





COMPENDIO

DE LA

Historia Universal,

ó

PINTURA HISTORICA

*de todas las Naciones,
su origen, vicisitudes y progresos hasta
nuestros días.*

Obra escrita en francés por Mr. ANQUETIL,
miembro de varias sociedades literarias; y tradu-
cida por el P. D. FRANCISCO VAZQUEZ, Clérigo
Reglar de San Cayetano.

Segunda Edición,

*corregida y aumentada con los sucesos ocurridos
en Europa de veinte años á esta parte.*

TOMO TERCERO.

CON LICENCIA : MADRID

Imprenta que fue de Fuentenebro. 1829.

DONATIVO

FLORENT



COMPENDIO

DE LA

Historia Universal.

CONTINÚA ROMA (REPÚBLICA).

Los hombres extraordinarios se sucedían unos á otros: se abrió en Roma en la plaza pública una sima que no podían cegar. Consultaron al oráculo, y este declaró *que allí se debía echar la principal fuerza de los romanos*. Un caballero llamado Curcio, persuadido á que la principal fuerza de los romanos era el valor y las armas, se revistió de las suyas, montó á caballo, y se precipitó en aquel abismo, el cual se cerró; pero, á decir la verdad, con ayuda de muchos escombros.

Otro egemplar de sacrificio se vió siendo cónsul Manlio Torcuato, buen hijo, y padre cruel. Parece que la misma naturaleza le habia favorecido poco esteriormente; y esta aparente privacion dió lugar á que acusasen á su padre de que le ha-

:

bia relegado al campo, en donde le hacia trabajar con sus esclavos por tener poco talento y ser tartamudo. Esta acusacion favorecia muy poco al padre, cuyo imperioso carácter desagradaba notablemente al pueblo. El hijo, instruido de esta acusacion, parte muy temprano del campo: llega á casa del tribuno acusador, que aun estaba en la cama, y entra con grande prisa como quien iba á dar fuerza á la acusacion; pero lejos de esto, se arrojó al tribuno con un puñal en la mano, amenazandole con que le habia de traspasar si no le prometia con juramento no convocar jamas la junta del pueblo para acusar á su padre. El tribuno se creyó obligado á cumplir su palabra, aunque arrancada por fuerza. El pueblo, que no vió que el negocio se siguiese, lejos de agraviarse por un procedimiento tan atrevido, le premió nombrandole tribuno de una legion, puesto considerable en el ejército.

Se mostró digno de esta eleccion, venciendo á un insolente gaula que desafiaba al mas valiente. Se presentó Manlio á Apio, que era el dictador, y este le dijo: "Ve, humilla el orgullo de ese enemigo que nos insulta: venga á tu patria con la felicidad que salvaste á tu padre." No duró mucho el combate, porque el agigantado gaula se arrojó á aquel enemigo á quien despreciaba; y traspasandole este por debajo de la coraza, le dejó muerto. Manlio le quitó el collar de oro, y el dictador adornó con él al mismo Manlio á vista de todo el ejército, por lo que le dieron el sobrenombre de Torcuato.

Este hombre, en quien se sospchaba poco ingenio, formado con una dura educacion, llegó á

ser uno de los mayores generales de Roma. Fue dictador ; pero no era mas que cónsul cuando tuvo con Decio aquel sueño que se cree haberse concertado entre los dos generales para animar el valor algo abatido de los soldados, á saber: que para conseguir la victoria era preciso que uno de los dos se sacrificase á la muerte. Consultaron sobre este sueño á los arúspices, y estos declararon que lo mismo confirmaban las entrañas de las victimas. Se dispuso en el consejo que Manlio mandase el ala izquierda, y Decio la derecha ; y que aquel cuyas tropas cediesen se sacrificaria por la salud de la patria, precipitandose en medio de los batallones enemigos. Tambien se arregló que para resucitar el vigor de la disciplina militar contra enemigos muy aguerridos, cualquiera que pelease fuera de su fila sin la licencia de los cónsules sería castigado de muerte.

Por desgracia cayó el rigor de la ley en un jóven digno de mejor suerte, hijo del mismo Manlio. No pudo sufrir verse desafiado por un capitán enemigo: peleó con él, y le mató. Volvió triunfante á buscar á Torcuato, y le dijo: " Padre mio, he seguido vuestro egemplo: me llamó un guerrero latino á singular batalla : á vuestros pies pongo los despojos." Infeliz, respondió el padre, ¿ cómo te has atrevido á combatir sin mas orden, y á violar las leyes de una disciplina que ha sido hasta ahora el apoyo del imperio? Me has reducido á la cruel necesidad de olvidarme de la calidad de padre ó de la de juez ; pero venza el interes de la patria, y así daremos grande egemplo el uno y el otro : muere, hijo, con tanto valor como has peleado." Dicho esto le corona á vista de todo

el ejército, y le hace cortar la cabeza. Espectáculo horrible, que escitó un murmullo general; pero restableció la disciplina, presagio de la victoria.

A vista de lo sucedido todos deseaban que cayese sobre Manlio el tener que sacrificarse; pero la suerte de los combates decidió lo contrario. Fue rechazada el ala de Decio, y este se determinó á cumplir la promesa. Lo estravagante de las ceremonias con que se sacrificaban á los dioses merece lugar en la historia. Llamó el general al pontífice Valerio para cumplir los ritos, y dictarle las palabras de su sacrificio. Estaban al rededor los soldados muy atentos, y mandó el pontífice que se desnudase del vestido militar, y vistiese la ropa bordada de púrpura que llevaba al senado: despues le cubrió la cabeza con un velo, y le mandó tener la mano levantada hasta la barba debajo del manto, pisar con sus pies un dardo, y pronunciar con él estas palabras: "*Jano, Júpiter, Marte, Rómulo, Belona.* ¡Dioses lares, ó heroes que habitais los cielos, y á todos vosotros los dioses que nos gobernais á nosotros y á nuestros enemigos: vosotros, sobre todo, dioses de los infiernos, yo os invoco, yo os suplico respetuosamente que nos concedais la victoria, y derrameis el terror sobre nuestros enemigos! Yo me sacrifico por el pueblo romano, por el ejército, por las legiones, por las tropas auxiliares de los romanos, y sacrifico al mismo tiempo á los dioses manes y á la tierra las legiones y tropas auxiliares de los enemigos." Dichas estas palabras monta en su caballo, y se arroja como un rayo en medio de sus enemigos.

La extraordinaria vista de un hombre sin cota de malla y con ropas de magistrado aturde á los

enemigos: penetra fácilmente las primeras líneas, y llega al centro; pero como le ven dar golpes como un furioso, y va cubriendo la tierra de muertos, todos y por todas partes disparan flechas, y cae sobre un monton de cadáveres. Sus soldados, llenos de aquel fuego que la religion enciende, le siguen por entre las líneas, ya desordenadas con el primer choque, y ganan una victoria completa. Se dió esta batalla al pie del Vesuvio, de lo que se infiere cuanto se iban alejando los romanos de la capital. Las irrupciones de los gaulas, que ya empezaban á continuarse, precisaron á los pueblos de Italia á socorrerse unos á otros. Los romanos auxiliaban gustosos á los que estaban distantes, con el fin de tener seguras sus propias fronteras. Camilo fue el que les dió este sistema de guerra.

Tambien su carácter emprendedor y el amor desenfrenado á la gloria de su patria los hicieron varias veces agresores, habiendo principiado por auxiliares: y de este modo llegaron á sujetar, de una en otra, naciones que primero los recibieron como aliados. Buen egemplar tenemos en Capua. Sus habitantes, gente perezosa y afeminada, se prometian vida tranquila bajo la proteccion de la república. Les inquietaron el reposo los samnitas, y en su indolencia reclamaron el socorro prometido en el tratado de alianza; y respondieron los romanos: "Mucho aflige al senado vuestra situacion; mas no puede hacer nueva alianza con vosotros por estar aliado con los samnitas por un tratado solemne. Bien está, dijeron los de Capua, nos entregamos á vosotros, y os damos los pueblos, los templos de los dioses, y todo cuanto poseemos." Con esto sanaron los romanos del escrúpulo, y ha-

llaron para favorecer á los sometidos las fuerzas que no tenian para los aliados.

Ninguna de las naciones que se opusieron á la potencia dominante resistió por mas tiempo que los volscos. Aunque arruinados y abatidos, no se daban por subyugados, y peleaban entre sus mismas cadenas, armandose muchas veces contra sus mismos vencedores. Despues de una violenta insurreccion, que los romanos tuvieron por rebeldía, se deliberaba en el senado sobre el castigo, y hubo algunos que opinaban por la muerte. Se hallaba presente el diputado de Priverno, ciudad de cuya suerte se trataba, y le dijo un senador: "¿Qué pena os parece merecen vuestros conciudadanos?" Respondió el volscó: "La que merecen los que se tienen por dignos de la libertad." Esta respuesta, que venia á ser una indirecta reprension de los romanos, disgustó á algunos, y agradó á otros; pero insistió el senador: "Si Roma os perdonára, ¿qué hariais?" "En vuestra mano teneis nuestro proceder: porque si son equitativas las condiciones de la paz, podeis contar con una constante fidelidad de nuestra parte; pero esta misma fidelidad durará poco si las condiciones fueren injuriosas." En estas palabras hallaron algunos senadores cierto aire de amenaza que les desagradó; pero los mas prudentes exclamaron: Hombres tan amantes de su libertad merecen ser romanos. Prevaleció este parecer, y dieron á los de Priverno el derecho de ciudadanos de Roma.

Conferia este derecho ciertos privilegios, como el poder apelar al senado de la sentencia de sus propios magistrados, no poder ser condenados á cierta especie de penas, y otras prerogativas se-

mejantes; pero no autorizaba para dar su voto en las elecciones del pueblo: para esto era preciso haber nacido romano, y estar alistado en las tribus y centurias. En Roma era una especie de ciencia el conocimiento de las formalidades establecidas para aspirar á algun cargo, ó para que le consiguiese uno antes que otro cambiando el modo de votar, ya por tribus, ya por centurias; porque esto daba mucho ascendiente al partido patricio ó al plebeyo, que de este modo se balanceaban mutuamente. Debíó desearse que se hubiesen desterrado estas distinciones, que eran causa de discordias en la república; pero lo mas que se consiguió fue que algunas veces se acercasen á la union, no tanto por amor al público, quanto por ambicion ú otros motivos. Por egemplo: la envidia de una muger introdujo una mutacion notable en la primera magistratura de Roma.

Fabio Ambusto, patricio ilustre pero muy popular, tenia dos hijas: la una estaba casada con un patricio, que á la sazón era tribuno militar, y la otra con un plebeyo rico. Un dia en que las dos hermanas estaban en la casa del tribuno cuando este volvía á ella, el lictor que le precedía llamó á la puerta con el baston de las fasces, segun costumbre, para advertir que llegaba el tribuno; y este ruido, que para la muger del plebeyo era extraño, la asustó, de lo cual su hermana se rió.

Esta risa, aunque tan inocente, la tuvo la muger del plebeyo por una ironía alusiva á la diferencia que causaban entre las dos, sus respectivos casamientos. Lo que aumentó su despecho fue ver los respetos y atenciones con que los clientes trataban á su hermana. Culpó pues á su padre por-

que entre su hermana y ella habia puesto una distincion que tanto la humillaba; cuando siendo plebeyo su marido, se veia privada para siempre de los honores que su hermana gozaba. Sintió Ambustó las quejas de su hija, y resolvió destruir la causa. Trató con tal destreza el punto con el yerno plebeyo y los de su clase, que estos se asociaron con él, y se mudó el gobierno sin alteracion de la paz de las dos clases. Se suprimieron los tribunos militares, que en aquel tiempo debian ser todos patricios; y se arregló que en adelante habria siempre un cónsul plebeyo, y despues hubo un dictador tambien de la misma clase; y de esta mezcla resultó mejorarse la suerte de la parte menos feliz. Se disminuyó la tasa de la plata, que daba lugar á enormes usuras, cuyo peso cargaba principalmente sobre el pueblo: se mitigó la severidad de las leyes contra los deudores: fueron frecuentes las adopciones entre patricios y plebeyos, con las que adelantaban unos en honores lo que otros en riquezas. Se hermanaron, por decirlo así, las dos órdenes; y esta union, que despues se alteró muchas veces, fue por entonces obra de las dos pasiones que regularmente siembran la discordia, cuales son la envidia y la ambicion.

No se sabe qué frenesí se apoderó por entonces de las damas romanas, pues formaron el horrible convenio de dar veneno á sus maridos. Autores hay que dicen haber sido hasta trescientas sesenta y seis, todas de distincion; otros solo cuentan ciento y setenta: que sin duda son muchas, y aun repugna que tantas se juntasen para semejante atrocidad. Murieron muchos patricios sin que se supiese del delito, porque se valieron de una tem-

porada de peste que asolaba á Roma, y estas mugeres aumentaron el mortal furor. Al fin las descubrió un esclavo, y los cónsules sorprendieron á diez cuando estaban preparando la ponzoña para deshacerse del resto de sus maridos. Dijeron que sus preparaciones químicas eran medicinas saludables; pero habiéndolas mandado que hiciesen la prueba en sí mismas, dudaron al principio: despues pidieron permiso para conferenciarlo con las cómplices: bebieron la copa fatal, y murieron. Los romanos tuvieron este suceso por una especie de vértigo procedido de alguna imprecacion que las comprendió: é hicieron por ellas sacrificios espiatorios; pero á la verdad tambien es muy posible que en aquel tiempo de ignorancia creyesen los magistrados con demasiada facilidad la delacion. No dejaron á las mugeres otro arbitrio que beber la confeccion para que se viese su delito: y cuando abrazaron este partido se tendrian por seguras; pero como la mistura era para cuerpos enfermos y preparados, pudo ser mortal recibida en cuerpos sanos y sin preparacion alguna: y así sería para las infelices un verdadero veneno que las quitó la honra y la vida: en cuyo caso los culpados fueron los delatores. Mirado el punto de este modo es mucho mas conforme al carácter conocido de las damas romanas, celebradas por su prudencia y fidelidad, gravedad de costumbres, y todas las virtudes de su sexo, que muchas veces egercitaron con heroismo.

Advierten los historiadores que siempre se interesaron mucho en la gloria de Roma, y que eran personales para ellas las desgracias de la república. Así es que se vistieron de luto con todo el aparato

del dolor al oír la noticia de la funesta aventura que sucedió al ejército del cónsul Postumio en el país de los samnitas. Conducido por unas guías infieles se entró en un sitio estrecho dominado de escarpadas montañas, y sin más que una salida, que al llegar el ejército, advirtió que la habían cerrado con grandes piedras y gruesos árboles. Retrocedió, y también encontró cerrada la entrada, descubriendo al mismo tiempo atrincherados á los enemigos, y las alturas guarnecidas de soldados, que por su situación no podían ser acometidos. Los mismos dioses, dice Tito Livio, no pudieran librarlos sin milagro. Puede imaginarse cuan afligido se hallaría un ejército de valientes reducido á estado tan miserable. Los mismos samnitas no sabían que hacer de los que tenían á su discreción.

Poncio, que mandaba á los samnitas, envió á pedir consejo á Heremio su padre, que era un anciano distinguido por sus luces y prudencia. Este respondió: "Aconsejo á mi hijo que abra el paso á los romanos, y los deje volver á su casa sin hacerles mal alguno." Este dictamen pareció extravagante á unos vencedores que tenían en su poder á los vencidos. Creyó el hijo que los diputados no habían sabido explicar á su padre la disposición del lugar, y así los envió mejor instruidos. Dijo el anciano: "Mi consejo es que se quite la vida á todos los romanos sin perdonar á uno solo." Esta contradicción los puso en mayor duda, y suplicaron á Heremio que fuese en persona á explicarse. Llegó pues, y comparando entre sí los dos pareceres, concluyó con estas palabras: "Tratad á los romanos con tanta generosidad que os los haga amigos, ó debilitadlos hasta hacerlos mucho me-



Las horcas caudinas.

Conducido por guías infieles el Cónsul Postumio, que iba contra los Samnitas, se halló de improviso encerrado con su ejército, y rodeado de enemigos en las horcas caudinas, sitio de donde le era imposible salir. Pudieron los Samnitas destrozar á los Romanos; pero se contentáron con hacerlos sufrir la afrenta de que todos pasasen por debaxo del yugo. Tal es el ordinario fruto de la nimia confianza.

nos temibles enemigos, porque en buena política no hay otro partido que tomar." Por desgracia no conocieron la fuerza del razonamiento, y tomaron otro tercer partido. Los romanos, imposibilitados de trepar por aquellas rocas inaccesibles, y debilitados con una hambre de tres dias, consintieron, aunque furiosos, en pasar por debajo del yugo. Sallieron pues de aquel funesto lugar, llamado *las Horcas Caudinas*, entregados á los insultos y silbos de una soldadesca insolente, desnudos, desarmados, y lleno su corazon de rabia. Un habitador de Capua, adonde primero llegaron, no se engañó en el juicio que formó de ellos. Todos creian al verlos tan abatidos que ya estaba muerto en sus corazones para siempre el valor romano; pero él dijo á los otros ciudadanos: "Ese silencio tenaz y esos ojos bajos manifiestan que tienen la cólera encerrada, pero que meditan una venganza terrible." Se portaron con estos infelices los capuanos no solo como aliados, sino como amigos. Para que no entrasen en Roma tan humillados les enviaron armas y vestidos, y proveyeron á los cónsules hasta de lictores con sus fasces.

Entraron en Roma de noche, y se escondieron en sus casas. Pero al dia siguiente el mismo cónsul Postumio fue el primero que aconsejó al senado no observar ninguna de las condiciones viles, que por fuerza habia admitido, y propuso que le enviasen á él á los samnitas para que dispusiesen de su persona á su voluntad, y el otro cónsul se sacrificó tambien generosamente. El oficial encargado de entregarlos al enemigo los hizo atar, y dijo al presentarlos. "Supuesto que esos hombres han hecho con vosotros un tratado de paz sin orden de la

república, lo cual es grande delito, os lo entregamos para que no venga sobre nosotros un castigo que debe recaer solamente sobre ellos." Poncio respondió: Que aquel procedimiento era absolutamente contrario á la justicia; y dijo: "En consecuencia de los pactos que hicieron, teneis allá vuestros ciudadanos, cuando yo pudiera haberles quitado la vida: y yo ahora no tendré la paz que he estipulado. Si no os agradan los tratados, enviad acá el ejército, y ponedle en las Horcas Caudinas, pues solo de este modo conservareis el honor, y no violareis el derecho de gentes, que afectais tener por sagrado." Este discurso convencía, pero no hizo fortuna con unas gentes determinadas á no mudar de parecer en lo que no les traia utilidad. Poncio, en lugar de vengarse, hizo desatar á los cónsules, y los envió á sus casas. Volvió la guerra á empezar con mas furor: hicieron prisionero á Poncio en una accion; y el dictador Fabio, muy distante de imitar su generosidad para con los cónsules, le llevó en triunfo. Esto pudiera ser suficiente represalia por lo sucedido en las Horcas Caudinas; pero despues le hizo degollar: accion indigna de un pueblo que se preciaba de justicia, y que casi nunca la guardó sino cuando se ajustaba con sus intereses.

El sacrificio de Postumio es laudable mirado por la parte del valor; pero sostener en el senado la necesidad de ser infieles á un tratado consagrado con el juramento, sin otro fin que el de reservar para su nacion la venganza de la afrenta sufrida en las Horcas Caudinas, era haerse víctima de la injusticia. Bien que este modo de sacrificarse no era raro por entonces, y así se vió un segundo

Décio, que se sacrificó haciéndose matar como su padre en una batalla: muchos particulares por pasión á la gloriosa fama, y aun batallones enteros, se sacrificaban. Pasó esta especie de epidemia de los romanos á sus enemigos, ó fue circulando entre ellos. En la clase de estos sacrificios se pueden contar los juramentos exigidos con ritos propios para escitar la valentía, y consagrar con la religion la ferocidad que es natural al soldado. Volviendo los samnitas á hacer guerra á los romanos con el frenesí de la venganza, hicieron pronunciar á diez y seis mil soldados suyos, y de los mas valientes, esta terrible imprecacion: "Caigan todas las maldiciones de los dioses sobre mí y sobre mi posteridad: si yo no sigo á mis generales por donde quieran llevarme: si yo vuelvo alguna vez la espalda: ó sino quito la vida á los que vea que huyen." Los que dudaron prestar este juramento fueron allí mismo degollados y arrojados al suelo entre las víctimas sacrificadas; pero á los guerreros que se obligaron con tan terrible empeño se les dieron armas resplandecientes con hermosos penachos ó garzotas para que se distinguiesen de todos los demas: arbitrio que siempre es útil para escitar la emulacion.

Por este tiempo hicieron los romanos una especie de policia en el pais latino, limpiándole de ladrones, reliquias perversas de los egércitos. Ya habian formado una tropa compuesta originariamente de esclavos; pero tan fuerte que se apoderó de muchas ciudades. ¡Infelices las que caian en su poder, porque egercian sobre ellas un dominio tiránico! No solamente se apoderaban de los bienes, sino que invadian la libertad de los hombres, y el honor y

castidad de las mugeres. Es notable una de sus leyes bárbaras, que prohibia que una doncella libre tomase esposo de su misma condicion, si antes no habia concedido sus favores á un esclavo. Una legion entera, compuesta de naturales de Campania, cayó en delitos casi semejantes á este en la ciudad de Regio, en donde habia estado de guarnicion; porque en castigo de una traicion supuesta mataron aquellos legionarios á todos los hombres, y obligaron á las mugeres y á las hijas á casarse con ellos. Enviaron los romanos un ejército que se apoderó de todos: los llevaron á Roma, y allí fueron azotados con varas, y degollados cincuenta cada dia.

Ni aun con la guerra cesaba la disension en la ciudad; antes bien parecia que la una fomentaba á la otra. La discordia hacia que se declarase la guerra para retirar de Roma los ociosos, y la victoria introducía la discordia á pretesto de repartir los despojos y las tierras conquistadas. A estas causas de division se juntaba la competencia, siempre subsistente entre patricios y plebeyos, con motivo de los cargos del sacerdocio, y otras prerogativas que pretendian los últimos. Estas querellas fueron tan vivas que ocasionaron un cisma ruidoso entre los patricios y el pueblo, el cual se retiró de nuevo al sagrado monte, y fue llamado otra vez por condescendencia del senado. No deja de admirar que se conservasen en su vigor las duras leyes contra los deudores, y que el acreedor tuviese todavia derecho para apoderarse de la persona del deudor, y tratarle como á esclavo. Se ejecutó este bárbaro derecho en el hijo de un cónsul. Reducido este á tomar prestado con grandes intereses, y no pudiendo pagar, se vió precisado por el acreedor á que le en-

trégase su hijo. El cruel le hizo azotar con varas, y el espectáculo del desgraciado jóven puesto en la plaza, y mostrando las llagas frescas de los malos tratamientos sublevó al pueblo y provocó el decreto con que quedó abrogada esta inhumana ley.

Estaba entonces en su vigor (2714) la censura de las costumbres, y se ejercia no solo con los que traian una vida disoluta, sino tambien con los que hacian ostentacion de ricos. Fabricio y Emilio Papio, censores inexorables, borraron de la lista de los senadores á muchos patricios por sus excesos, y aun á cierto antiguo dictador que se servia de una vagilla de plata de diez libras de peso. Pero la mejor censura era el egemplo que todavia daban romanos virtuosos, hombres consulares, generales antiguos y triunfadores, que despues de haber hecho á la patria los servicios posibles, se retiraban al campo, y no para entregarse á una vida regalada, sino para cultivar con su trabajo su pequeña porcion de tierra, de donde el lujo estaba desterrado, y donde reinaban la sencillez de costumbres y la sobriedad. De este modo los embajadores samnitas hallaron al célebre Curcio Dentato sentado en un escabel al hogar, y comiendo algunas raices. Iban á suplicarle que se interesase por ellos en un tratado que proponian á la república: le presentaron una grande cantidad de dinero; y mirándola Curcio con desden, dijo: "Llevaos vuestro oro: sin duda mi pobreza os ha dado esperanzas de corromperme; pero estimo mas mandar á los que tienen oro, que poseerle yo."

Por este tiempo podia Roma armar doscientos setenta y un mil ciudadanos: veia bajo sus leyes todos los paises situados desde lo mas remoto de la

D. del D.
2714.
A. de J. C.
284.

Etolia hasta el mar Jonio, y desde el mar de Toscana hasta el mar Adriático; bien que los pueblos de estos países no todos tenían igual dependencia: porque unos absolutamente estaban subyugados, otros habían conservado sus leyes y privilegios, y muchos eran simples aliados del pueblo romano. Debían dar tropas en caso necesario, y mantenerlas á su costa. Otros gozaban de prerogativas que los acercaban mas al pueblo romano, segun la diferencia de las condiciones con que se habían sometido. Toda la Italia era como una confederacion bajo la proteccion de la república, cuyo poder experimentó Pirro, rey de Epiro, cuando fue á socorrer á los tarentinos, en ocasion que la conducta de estos había sido insultante y derisoria para con los romanos, los cuales, como lo hemos visto en la vida de Pirro, demostraron entonces la magnanimidad que sabian ostentar cuando creian que eran el espectáculo del universo; á no ser que algun interes personal, ó el de las riquezas y dominacion, separase todas las demas consideraciones, como sucedió en sus guerras contra los cartagineses.

Primera guerra púnica.

Poseian estos diferentes países (2740) en Africa y en España: eran dueños de la Cerdeña, de la Córcega y de todas las islas que estan en la costa de Italia, y aun habían estendido sus conquistas hasta Sicilia. Ya las dos repúblicas se habían impuesto recíprocamente por tratados leyes de desconfianza y precaucion. Habían dicho los cartagineses á los romanos: No navegareis en los mares de Africa hasta Cabo Hermoso, que se cree estaba poco

D. del D.
2740.
A. de J. C.
258.

distante de Cartago, á no ser arrojados de alguna tempestad, y en este caso habian fijado el tiempo de la detencion, y ciertas leyes para las operaciones del comercio. Los romanos vedaban los mares de Italia con las mismas condiciones; pero los mares intermedios, como los de Sicilia, y aun la misma isla, debian ser necesariamente objeto de discordia entre las dos repúblicas igualmente ambiciosas. Habian abordado á Sicilia los cartagineses antes que los romanos, y tenian en ella grandes posesiones, por lo que no podian verlos sin envidia tan cerca de sus costas: ambas repúblicas culpaban la una á la otra, y la llamaban agresora.

Pero en las querellas de los pueblos, como en las de los particulares, no siempre el que da el primer golpe es el que acomete. Querian venir á las manos, y los romanos creyeron que era pretesto plausible el de oponerse á la grandeza de los cartagineses socorriendo á Mesina, que estos habian tomado por sorpresa. Esta conquista solo dejaba entre los dos pueblos rivales un pequeño estrecho muy fácil de pasar: la posibilidad pues de verse muy presto acometidos les pareció á los romanos suficiente derecho para acometer. Con efecto, es muy probable que los cartagineses no habian avanzado hasta allí sino para adelantar sus ventajas. Empezó pues la guerra entre los dos pueblos con una ferocidad que nunca se entibió. Irritados los cartagineses con el primer golpe de los romanos, cuando tomaron á Mesina degollaron á todos los italianos que se hallaban en su ejército: tal vez temerian una traicion, pero la precaucion fue muy cruel. Esta cerró á los romanos los ojos para no ver los peligros ni la imprudencia de semejante guerra,

por ser una guerra de mar que emprendieron sin navíos; pero en pocos meses se hicieron marineros experimentados.

Primero pasaron el estrecho en barcos; y al desembarco se siguió un combate contra Hieron, rey de Siracusa, al que los romanos precisaron á una paz que facilitó sus progresos en la isla. Viéndose inferiores á los cartagineses con sus frágiles barcas y mal contruidos bageles, proyectaron fabricar otros en suficiente número para componer una armada, y, lo que apenas es creíble, egecutaron el proyecto en dos meses. En solo este tiempo, contando desde el dia en que empezaron la corta de árboles, hicieron cien galeras de cinco filas de remos, y veinte de tres. Durante la construccion iban formando marineros de la gente de tierra que apenas habia visto el mar. Se sentaban al principio á la orilla del mar en el mismo orden que se observa en los bageles, y allí se acostumbraban á la maniobra como si hubieran estado con la chusma, ó como si tuvieran remos en las manos; y cuando ya estaban equipadas las galeras practicaron en el mar lo que habian aprendido en la ribera.

A mas se atrevieron los romanos; porque hicieron una especie de entramado para pelear desde él como si estuvieran en tierra: inventaron unas máquinas, que llamaron cuervos, con las cuales enganchaban las embarcaciones enemigas y abordaban. Provistos de estos preparativos buscaron á los cartagineses, y muy presto se encontraron las dos armadas. Algo asustó á los africanos ver aquellas máquinas levantadas sobre la proa; pero se redobló su susto cuando vieron que bajaban y de repente enganchaban sus bageles, y los hacian pelear

como si estuvieran en tierra. Eran muy superiores los romanos en este género de combate, y hacian sus marineros con tal perfeccion la maniobra, que siempre presentaban sus galeras aquellas máquinas terribles, y no podian librarse de ellas los enemigos con toda su habilidad y la ligereza de sus bageles. Ganaron los romanos una victoria completa: llegó la noticia á Cartago por su mismo almirante: creyó este que le convenia valerse de alguna traza para que le perdonasen la derrota que habia padecido. Envió pues un amigo, que hizo que se juntase el senado, y le dijo: "Anibal pregunta si ha de presentar la batalla al cónsul que tiene á sus órdenes una numerosa escuadra; pero compuesta de navíos mal contruidos, guarnecidos de unas máquinas que él jamas ha visto, ni sabe que uso tienen." La respuesta unánime fue: "Pelee nuestro Anibal con los romanos, y castigue la osadía de venir á desafiarlos en nuestro elemento." Al punto respondió el enviado: "Ya ha peleado, y ha sido vencido: no ha hecho mas que egecutar las órdenes que acabais de dar." Con esto le perdonaron la vida, favor bien raro en aquella república; pero le quitaron el mando. A Dicilio le premiaron en Roma dándole la honra de que por todo el resto de su vida llevase delante una hacha encendida, y un tocador de flauta siempre que volvia á su casa de cenar con sus amigos. Era esta una distincion que solamente se concedia al triunfador, y en solo el dia de un triunfo: era mucho para un pueblo que sabia convertir en premio de los grandes servicios de un dictador el permitirle que pudiese abrir su puerta hácia afuera ó hácia la acera por donde pasa la gente, en lugar de abrirla hácia adentro, que es lo mas regular.

A poco tiempo se convirtieron aquellos bajeles, que Anibal llamó mal contruidos, en galeras veloces y fáciles de manejar, contruidas por el modelo de una que apresaron los romanos. Ya mas bien equipados, y armados siempre con sus terribles cuervos, ganaron una victoria mas considerable contra otro almirante llamado Hannon. Este tuvo la imprudencia de ir sin guardias al ejército romano para hacer proposiciones de paz: lo que fue un paso muy arriesgado, pues habia cometido una traicion con un cónsul cargandole de prisiones y llevandole á Cartago, y así cuando se presentó esclamaron los romanos: Es preciso arrestarle y castigarle. Hannon sin aturdirse les dijo con sosiego: “¿Y qué ganareis con imitar nuestra perfidia? Se dirá que Roma produce hombres tan malos como Cartago.” Respondieron los cónsules: “Aunque los cartagineses pérfidos violaron el derecho de las gentes, los romanos saben observarle aun con los mismos pérfidos.” No hubo lugar al tratado, y así los vencedores dirigieron sus naves hácia Cartago.

A la cabeza de esta expedicion iba el cónsul Régulo; y como si hubiera previsto su desgracia, recibió con repugnancia el cargo. Fuese pretesto ó fuese verdadero motivo, escribió al senado: “Un jornalero, aprovechandose de la ocasion de la muerte del arrendatario que cultivaba mi campo, me ha quitado todos los aperós rústicos, y se ha huido, por lo que es necesaria mi presencia para que no se quede el campo sin cultivo, pues de lo contrario me sería imposible sustentar á mi muger y mis hijos.” Esta dificultad la venció el senado encargandose de todo, y mandó á Régulo que continuase en mandar el ejército en Africa.

Sus primeras acciones fueron brillantes, y llegó hasta los muros de Cartago: le pareció que estaba bien humillada la república para proponerla, entre otras condiciones de paz, que se sujetaría á un tributo anual, y solo tendría un navío de guerra servible, dando á los romanos, cuando las pidiesen, cincuenta galeras de tres filas de remos bien equipadas. Estas altivas proposiciones fueron despreciadas con indignacion. Mientras el procónsul, por no poder formar el sitio faltandole las máquinas, asolaba el campo y sacaba contribuciones, estaba un oficial cartagines, llamado Jantipo, ejercitando á los cartagineses, poco acostumbrados á las evoluciones militares de tierra; de suerte, que cuando se presentaron á dar la batalla á Régulo, se vió este tan sorprendido de su buena disciplina, como los cartagineses de la maniobra de los romanos, cuando vieron la primera vez la de los cuervos de las naves. ¡Dichoso el general que sabe causar admiracion á su enemigo! Ganó Jantipo una victoria completa: hicieron prisionero á Régulo, y le llevaron á Cartago cargado de prisiones. Así como se decia la buena fe púnica para significar el engaño ó la traicion, pudieran haber dicho la recompensa púnica para significar la ingratitud con que esta república pagó los servicios de un lacedemonio. Los autores convienen que este, hecho blanco de la envidia y sus furios, se vió precisado á dejar á Cartago; pero algunos añaden que los marineros del navío que le dieron, tuvieron orden de arrojarle al mar; otros que por tener el navío abierto el camino por donde entró el agua, vino él á perecer. Generalmente las repúblicas de aquel tiempo premiaban mal, y castigaban severamente.

Hay muchos egemplares de generales crucificados en Cartago, solamente por haber sido vencidos.

Durante la cautividad de Régulo continuó la guerra con el mayor teson, y las operaciones marítimas de los romanos fueron coronadas con felicidades, pero mezcladas de desastres; aunque estos provinieron del furor de los elementos. Dos veces sus armadas victoriosas fueron sepultadas en las olas por horribles tempestades; pero de sus arsenales salian como por creacion otras fuerzas mas temibles. En catorce años de tan funesta guerra se aniquilaron los cartagineses, y pensaron en la paz. El primer efecto de esta resolucion fue mitigar la esclavitud de Régulo, que habia sido hasta entonces muy dura. Le empeñaron en que fuese á Roma con su embajador: él aceptó, y prometió volverse á la prision si la negociacion no tenia efecto.

Cuando Régulo llegó á las puertas de Roma no quiso entrar, y dijo: "Yo no soy ciudadano romano, sino esclavo de los cartagineses, y el senado siempre da audiencia á los estrangeros fuera de las puertas." Llegó á verle su muger Marcia, y le presentó sus dos hijos jóvenes; pero este desgraciado padre clavó los ojos en la tierra, y se negó á sus abrazos. Se juntó el senado, y le admitió en su presencia con los embajadores de Cartago. Dijo Régulo: "Padres conscriptos, yo, que soy esclavo de los cartagineses, vengo de parte de mis dueños para hacer la paz, ó por lo menos el cange de los prisioneros." Quería retirarse durante la deliberacion: el senado le instaba á permanecer allí; y él no quiso hasta que los embajadores se lo mandasen.

Mientras los antiguos senadores decian su pa-

recer tenia los ojos fijos en el suelo ; y cuando llegó su turno empezó por estas palabras. “ Yo esclavo en Cartago , soy libre en Roma ; y así hablaré con libertad. Con efecto , probó que no la estaba bien á la república hacer la paz.” Las fuerzas de Cartago estan gastadas : vosotros sola una vez , y por mi culpa , habeis sido vencidos , bien que Marcelo ha reparado mi culpa ; pero los cartagineses han sido tantas veces vencidos , que no se atreven á mirar á un romano. Está tan apurada su hacienda , que no tienen con que pagar á los soldados extranjeros , que son su fuerza principal. Mi parecer es que prosigais la guerra con mas vigor que nunca. En cuanto al cange de los prisioneros teneis en vuestro poder muchos oficiales que hallandose en la flor de la edad podrian hacer muy señalados servicios : yo no estoy bueno para nada , y me restan pocos dias de vida : ¿ qué podreis pues esperar de un hombre que se dejó vencer y cargar de prisiones ?

No se sabe la deliberacion del senado sobre si abandonarían algunos intereses de la república por salvar á un hombre tan generoso. Algunos senadores se esforzaban á probarle que no tenia obligacion de volver á Cartago , ni á mantener la palabra que le exigieron por fuerza. Aun el pontífice supremo decidió que podia quedarse en Roma sin ser perjuro ; pero Régulo , indignado por una decision que miraba como injuriosa á su honra y su valor , dijo : “ Aunque sé bien los tormentos que me esperan en Cartago , los prefiero á la confusion de una accion infame que me acompañaria hasta el sepulcro. Mi obligacion es volver , y de lo demas cuiden los dioses.” Todas las instancias del senado

y del pueblo para detenerle fueron inútiles: no quiso ver á su muger ni á sus hijos por no enter necerse : partió pues con ojos enjutos y aire tranquilo , al mismo tiempo que los asistentes se des hacian en lágrimas.

¿Qué se podrá pensar de aquel pueblo y aquel senado que pudiendo con una palabra y el sacrificio de algunas ventajas librar del suplicio á un hombre tan magnánimo que en nada cedió , no lo hizo ? ¿Qué se puede pensar de la república de Cartago que fue capaz de hacer espirar entre horrosos tormentos al hombre mas estimable ? Le pusieron en un obscuro calabozo : le sacaron de allí para esponerle á los ardores del sol , despues de haberle cortado los párpados ; y por último le encerraron en un cofre erizado de puntas de hierro en donde murió. Entregó el senado romano á Marcia los principales prisioneros cartagineses , y esta los hizo perecer lentamente con los mismos tormentos que su esposo habia sufrido. ¡ Odiosas venganzas , funestas represalias ! de las cuales debieran ser responsables los que gobernaban.

Despues de otras atrocidades iguales , que la historia no cuenta por menor , pero que son muy ordinarias en los pueblos que enferman de odio nacional , llegó á tratarse de paces , término necesario de todas las guerras. Concluyó la paz Amilcar , el único general cartagines que habia sostenido el honor de las armas en Sicilia. Se obligaron á evacuar enteramente esta isla , y el resto de las concesiones hechas á los romanos consistió en dinero. El senado , á quien se reservó la ratificacion , aumentó la cantidad en que habian convenido sus comisionados ; y Amilcar , obligado de la necesidad ,

consintió en la sobrecarga ; pero el tono decisivo y absoluto de los romanos le inspiró un despecho, cuyos efectos les hizo sentir despues. Es preciso confesar que en esta guerra manifestaron una energía superior á quanto jamas habia hecho pueblo alguno. No solo la república , sino los patricios, contribuyeron con todas sus facultades ; y se vió una armada entera equipada por los ciudadanos á su costa ; sin contar los que se armaron en corso, de los cuales resultaba la doble ventaja de arruinar el comercio de los cartagineses , y de aprender por las noticias de sus prisioneros los lugares que eran mas favorables y abundantes para hacer cambios, porque entonces aun corria muy poco la moneda. Los romanos , imitadores escelentes , se perfeccionaron durante esta guerra en el arte de sitiar , y se acostumbraron á espediciones distantes , y á desafiar á los elementos como á los hombres.

Así en Roma como en Italia pasaron sucesos que no deben sepultarse del todo en el olvido. Una conspiracion de los esclavos y artesanos, unidos con el deseo de robar , puso en peligro á Roma, y manifestó la necesidad que hay, principalmente en las grandes ciudades, de invigilar con actividad sobre el populacho ; pero al mismo tiempo no se quedó sin proteccion esta clase de gentes, pues Claudia, señora romana, fue citada en justicia, y obligada, por mas que hicieron sus padres, á comparecer delante de los ediles, por haber dicho en tono de desprecio: “¿Cuándo arrojarán de Roma este populacho que la infesta?” y la condenaron á una grande multa.

En el triunfo de Marcelo, despues de sus victorias en Sicilia, se vieron ciento y cuatro ele-

fantes; y como los romanos no querian servirse de ellos ni gastar en su manutencion, los presentaron pasada la ceremonia en el circo para que allí les diesen caza, y de este modo los soldados, que antes se espantaban tanto de ver estos animales, se adiestraron á pelear contra ellos.

Al lado del laurel de Marte crece el laurel de Apolo. Los dos poetas, Enio y Nevio, nacieron para cantar las glorias de los Escipiones. Eran al mismo tiempo guerreros y poetas, y ambos tuvieron parte en las hazañas que celebraron. Por este tiempo empezó á practicarse el divorcio, y la antorcha de Himeneo, preservada por los romanos del soplo de la inconstancia, se apagó, y se volvió á encender pasando de una mano á otra. Hasta los corazones abrasados en un fuego puro, con motivo del egemplar siguiente, temieron que tendrian que llevar á otro altar la llama que iluminaba su union. Viendo los censores lo mucho que se disminuia la poblacion, creyeron que consistia en estar los matrimonios mal combinados, y obligaron á todos los ciudadanos á prometer con juramento que solo se casarian con el fin de dar individuos á la república. No fue su intencion que los matrimonios que carecian de esta circunstancia se disolviesen; pero así la interpretó Carvilio Ruga. Tenia este una muger á quien amaba con pasion; mas la repudió por estéril, y se casó con otra, dando un egemplo de divorcio, que fue el primero, aunque estaba mucho antes autorizado: y al paso que las costumbres se corrompieron, vino á ser mas frecuente. Con este motivo se introdujeron las contratas para asegurar á las mugeres sus bienes en caso de divorcio.

Habia en Roma un templo de Esculapio, y fue transportado este dios en figura de serpiente, por los embajadores que habian ido por él á Epidaurro. No se dice que fuese aquel templo escuela de medicina, como lo debia ser. Iban los enfermos á pasar en él la noche, por lo que parece que mas contaban con el poder de aquel dios, que con la ciencia de los sacerdotes. No obstante, es imposible que estos á fuerza de ver personas enfermas no se interesasen en su suerte, y que con la esperiencia no aprendiesen remedios para ponerlos en práctica; mas si tuvieron alguna ciencia no fue mucha, porque siempre se hizo en Roma poco caso de la medicina, como que era profesion de los esclavos. Un griego, llamado Arcá gates, llevó la cirugía, y al principio le estimaron mucho porque curaba; pero desagradó el modo de curar con profundas incisiones, por lo que le llamaron el carnicero, y por esto no se estendió mucho su profesion. No obstante, con dificultad se podrá creer que no hubiese cirujanos ó algunos hombres que dirigiesen con método la cura de las llagas y la reunion de las fracturas. ¿Unos egércitos tan grandes como los de los romanos se habian de pasar sin este auxilio?

La historia hace mencion de un egército de trescientos mil hombres, de los cuales doscientos cuarenta y ocho mil eran de infantería, y veinte y seis mil seiscientos eran caballeros romanos. Levantaron este egército contra los gaulas, que no eran mas que cincuenta mil hombres de infantería y veinte mil de caballería; y causaron tanto temor, que consultaron el libro de las sibilas, y dijeron los pontífices haber leído en él que los grie-

gos y los gaulas tomarían posesion de Roma. Enterraron vivos á un griego y una griega, un gaula y una gaula, creyendo que con esta ceremonia estaba cumplido el oráculo; y marcharon muy confiados contra el enemigo.

Se hallaba este reforzado con doscientos mil hombres que habian venido de las Galias con todo el ardor natural á su nacion. En la batalla que se dió manifestaron mucho mas valor que orden y disciplina. Porque sus vestidos les estorbaban, se presentaron medio desnudos á los romanos. Estos al principio se asustaron al ver una multitud de furiosos precipitarse á las lanzas contentos con recibir la muerte siempre que la diesen. Cedió la rabia al sosiego, y fueron los gaulas vencidos, dispersados, y aun aniquilados, por decirlo así. Los persiguieron los romanos hasta los límites de Italia, y sujetaron los pueblos por cuyos paises habian pasado los gaulas, creyendo que así se aseguraban una barrera; pero sucedió al contrario: y lo que hicieron fue señalar el camino por donde los estrangeros, mas bien gobernados, penetraron de nuevo, poniendo su imperio en gran peligro.

La paz con los cartágineses se hizo con tan duras condiciones, que de parte de estos no tenia mas seguridad que hallarse imposibilitados para romperla, y aun no ocultaban demasiado su deseo. Todos los que llevaban mal el yugo romano hallaban en Cartago auxilios mas ó menos directos, mas ó menos secretos, según lo exigian las circunstancias. Bien advertian los romanos estos manejos; pero el fiero continente de sus rivales los engañaba. Con la noticia que llegó á Cartago de que los romanos hacian grandes preparativos de guerra, en-



Juramento del niño Aníbal.

No satisfecho Aníbal con aborrecer á los Romanos, quiso transmitir y asegurar este odio en su posteridad; y habiendo de partir á una expedición, al ofrecer un sacrificio á Júpiter tomó de la mano á su hijo Aníbal, entonces de nueve años, le exigió promesa de eterna enemistad con los Romanos, y el niño les juró odio eterno. ¡Cuanto y como han abusado siempre del juramento los hombres!

viaron á Roma diez ciudadanos principales. Hannon, que era uno de ellos, admitido al senado, tuvo valor para decir: "Si estais determinados á romper el tratado que entre nosotros subsiste, volved á los cartagineses lo que poseian en Sicilia, pues á este precio hemos comprado la paz: cuando entre particulares falta la subsistencia de la venta, el hombre de bien y honrado, si quiere quedarse con la mercancía, restituye el dinero." No pudieron los senadores persuadirse á que hombres que hablaban con tanta resolucion no estuviesen prontos á todo trance; y así les cedieron lo que pedian.

Entre tanto iba creciendo el nublado de donde habia de salir contra los romanos una terrible tempestad. Amilcar, el que negoció la paz de Sicilia, cuyas condiciones habian agravado los romanos, nunca se olvidaba de esta afrenta. Tenia notado que los romanos solo eran temibles por las pequeñas potencias de Italia que se les juntaban, y de ellas componian sus fuerzas. Resolvió á su imitacion estender en España las conquistas de los cartagineses, por estar los españoles divididos en una infinidad de estados. De este modo pensaba sacar de ellos el mismo auxilio que los romanos sacaban de Italia. Antes de partir á esta empresa, de que pendia la suerte de las dos repúblicas, ofreció Amilcar un sacrificio á Júpiter; y cuando ya iba á inmolar la víctima, tomó de la mano á Anibal, su hijo, que no pasaba de nueve años, y le dijo: "Prometeme conservar enemistad eterna con los romanos. Sí, le respondió el niño: yo les juro un odio inmortal." Cumplió con fidelidad su juramento.

De su padre aprendió el arte de vencer, de conciliar el afecto de las matrones y el de los soldados. Miró Aníbal, dejando en un lago depositar sus secretos, y en estado de ejecutar sus planes con la reunión de muchos auxiliares, por fuerza ó por voluntad. No se ocultó á la penetración de los romanos esta política, y así quisieron ellos hacerse partidarios en España. De la diversidad de inclinaciones nacieron querellas entre los aliados de las dos repúblicas; y Aníbal se aprovechó de la ocasion de una riña entre los habitantes de Sagunto y sus vecinos, para acometer á esta ciudad, y castigarla de su constante afecto á los romanos. Estos, no pudiendo socorrerla, enviaron embajadores al jóven cartagines, que estrechaba con mucho calor el sitio.

Así que desembarcaron le pidieron audiencia, y él respondió: "Tengo yo por ahora mas que hacer, que dar audiencia á embajadores." No obstante los admitió á su presencia, y les dijo brevemente, que allí los agresores eran los saguntinos; y si teneis alguna queja contra mí, acudid al senado de mi república: lo cual ellos hicieron segun sus instrucciones. Durante su viage, viéndose los saguntinos reducidos á la estremidad, quemaron sus mas preciosos efectos, y encerrandose en sus casas, las pusieron fuego, y perecieron en medio de las llamas con sus hijos y mugeres.

Llegando los embajadores á Cartago, se quejaron de la altivez insultante de Aníbal, y pidieron que se les entregase el imprudente jóven para castigar en Roma su insolencia, declarando que su negativa se miraria como una aprobacion de la infraccion de los tratados y de la destruccion de Sagun-

to. Habían en Cartago dos facciones: la Barcina, llamada de Amílcar Barca, padre de Anibal; en la otra era presidida por Hannon. Esta se inclinaba á dar satisfaccion á los romanos entregando á Anibal; pero se opuso la Barcina, y venció. Hicieron algunas proposiciones mas templadas; pero los embajadores no quisieron oirlas. En otra ocasion habian presentado á los cartagineses un dardo y un caduceo para que escogiesen; y el gefe de la embajada, haciendo un pliegue en su manto, dijo hablando con el senado: Este lado dice paz: este otro dice guerra: elegid lo que querais. Nosotros, dijeron los cartagineses, no escogemos: dadnos lo que os parezca. Tomad pues la guerra, replicó el embajador; y al oir estas palabras gritó la faccion Barcina: ¡Guerra! guerra! Esto bastó para decidirse de comun acuerdo que se degollasen entre si millares de hombres.

Segunda guerra púnica.

¡A qué no se atreve el deseo de gloria! ¡á qué de peligros no espone á sus soldados la confianza de un general! (2785) De las costas meridionales de España parte Anibal á la cabeza de cincuenta y nueve mil hombres, de los cuales los cincuenta mil eran de infantería, para acometer á la república romana en el centro de su imperio. Tenia tomadas las medidas mas prudentes para asegurar las posesiones de Cartago en España, y dejó en esta á su hermano Asdrubal con fuerzas capaces de hacer frente á las de los romanos; y para tener mas seguridad de las tropas que le confiaba, hizo un cambio de españoles con africanos: llevó á España quin-

D. del D.
2785
A. de J. C.
213.

ce mil de estos y los reemplazó en Africa con un cuerpo de caballería española. También se informó sobre si podia esperar que concurriesen los gaulas cisalpinos y transalpinos cuando llegase á su país: y supo con grande satisfaccion suya que el odio y los zelos de aquellos pueblos contra los romanos eran grandes, y que así podia contar con ellos cuando su presencia les diese seguridad para declararse. Con estas esperanzas se puso en camino al empezar la primavera, pasó los Pirineos sin obstáculo, y llegó á las llanuras de Marsella.

Allí le esperaba Escipion para darle la batalla antes de pasar los Alpes; pero Anibal le engañó con su celeridad; y cuando el romano apenas creia que hubiese superado las montañas, estaba ya en las riberas del Ródano: pasó este rio con la misma prontitud, aunque tuvo que pelear con los bárbaros que poblaban las orillas. Dudó si iria á acometer al ejército del cónsul, que no estaba muy lejos; pero cedió á las representaciones de los gaulas establecidos en Italia, que se habian declarado contra los romanos, y estos los estrechaban. Por casualidad halló que dos hermanos, hácia la embocadura del Saona, en el Ródano, se estaban disputando el reino. Anibal ayudó al mayor, y ahuyentó al segundo. En agradecimiento de esta accion le proveyó el primero de víveres y de ropas para defenderse del frio que habia de pasar en los Alpes, y le fue escoltando en persona hasta el pie de las montañas.

No puede admirarse dignamente el valor con que los numidas y otros africanos se entraron por aquellas rocas cubiertas de nieve y hielo. No solamente tuvieron que combatir con todos los horrores de la naturaleza, con arroyos, precipicios y bos-

ques impenetrables, sino tambien con los rústicos montañeses de aquellos paises. Los régulos de estos montes se juntaron asustados al ver un egército cuyo destino ignoraban, y guarnecieron de tropas las alturas, desde las cuales echaban á rodar grandes piedras; y así tenian que pelear los africanos á un mismo tiempo con el enemigo y con la dificultad de los caminos. Las bestias de carga que llevaban el bagage fueron las que causaron el mayor desórden; porque heridas por los montañeses se dejaban caer sobre sus soldados, y los arrastraban consigo á los precipicios.

Anibal, siempre bien servido de la casualidad, llegó á un castillo que era un almacen de muchos víveres y ganados: le ganó, y con aquel refresco se animó el egército á superar las dificultades que tenia que vencer. Otro motivo de alentarse fue la vista de la Italia, que Anibal mostró á sus soldados desde lo mas alto de los Alpes, advirtiendoles en donde poco mas ó menos estaba Roma, que habia de ser el premio de sus trabajos. Tuvieron el consuelo en los dos días que estuvieron en la cumbre de ver que la mayor parte de los caballos que habian caído en el camino volvieron al campo siguiendo las huellas del egército.

No fue menos penosa y arriesgada la bajada de los Alpes que habia sido la subida. Es verdad que no tuvieron enemigos con quienes pelear; pero montes de nieve y de hielo, y un clima mas áspero que el que habian experimentado, con un frio vivo y penetrante, fatigaban á los españoles y á los africanos. Después de haber caminado dos dias por parages resbaladizos, escarpados y estrechos, llegaron á un sitio por donde no podian pasar caballos

ni elefantes; y por mas que buscaron rodeos favorables, fue preciso resolverse á cortar la roca; y en esta ocasion se dice que se valió Anibal del vinagre para hacerla saltar en pedazos, porque calentandola con mucho fuego, y echando encima vinagre, se abrian las piedras en planchas. ¿Pero en dónde encontrarían suficiente cantidad de vinagre, ni cómo podría tener tanta eficacia en la masa de la roca la cualidad corrosiva de aquel líquido? Sea lo que fuese: pues todavía se ignora el camino que se abrió Anibal en los Alpes; y lo que es mas maravilloso, solo tardó nueve dias en subirlos, y seis en bajarlos: de suerte que llegó á Italia cinco meses despues de haber recibido las últimas órdenes en Cartago. Su egército estaba reducido á doce mil cartagineses, ocho mil españoles de infantería, y seis mil caballos, número que hizo grabar en una columna; pero presto se aumentó con los gaulas cisalpinos que se le juntaron. Fueron á poner sitio á Turin, y le tomaron por asalto. El vencedor hizo pasar á cuchillo, para inspirar el terror, á cuantos hallaron con las armas en las manos, y en efecto temieron tanto todos los pueblos vecinos, que se le sujetaron, y le dieron víveres en abundancia.

Mientras el egército de Anibal se rehacia en el pais fértil de los ligurianos, se admiró mucho, sabiendo que Escipion, á quien habia dejado en las inmediaciones de Marsella, estaba muy cerca. Viendose el romano prevenido por Anibal, embarcó al punto la mayor parte de su egército, y esperaba al cartagines al pie de los Alpes, ya que no le habia podido estorbar el paso. Fue vencido Escipion en las riberas del Tesino: salió herido, y aun hubiera quedado prisionero á no haber sido

tan valiente su hijo, llamado despues Escipion el Africano, que le salvó. La causa de la derrota fue en parte la desercion de un cuerpo de gaulas, que desamparó al egército romano durante la batalla. Otra derrota que sufrió el cónsul Sempronio en la ribera del rio Trebia, empezó á asustar á Roma, y puso á Anibal en estado de avanzar, é intentar el paso del Apenino para entrar en Etruria.

No esperimentó allí menos dificultades que en los Alpes. Desde luego una furiosa tempestad, acompañada de una lluvia que daba de cara á los soldados, los obligó á detenerse; y un violentísimo viento no les permitió levantar las tiendas, y les fue preciso bajar de nuevo á la llanura. Como Anibal siempre iba de prisa, tomó el camino mas corto, que era una laguna tenuta hasta entonces por impracticable, y sobre todo para un egército. Con efecto, mucho tuvo que padecer el suyo, pues por cuatro dias y cuatro noches estuvo con los pies en el agua. La mayor parte de las bestias de carga murieron en el cieno; pero sirvieron de grande utilidad, porque sobre sus cadáveres y los fardos que llevaban, pudieron tomar algunas horas de sueño. El mismo Anibal, montado en el único elefante que le habia quedado, sufrió los mayores trabajos para salir de la laguna. Allí perdió un ojo por una fluxion muy dolorosa; y á esto se añadian las inquietudes que le causaban los poco fieles gaulas de su egército: le fue preciso hacer que los rodeasen los numidas, temiendo que desertasen; de lo que se puede inferir cuán grande sería su gozo cuando se vió en las llanuras de Etruria.

Pero su mayor felicidad fue tener que pelear

con el cónsul Flaminio. Este imprudente se empeñó en un valle estrecho, cerca del lago Trasimeno: de esta falta se aprovechó Anibal hábilmente, y logró una victoria completa, en que perdió Flaminio la vida, y los fugitivos llevaron con la noticia el susto á Roma. Subió el pretor á la tribuna, y no dijo mas arenga que esta: *Somos derrotados*. Grande habia sido la carnicería, pero mayor fue todavía la consternacion. Los pocos que volvieron se miraron como librados por milagro: dos madres murieron de alegría viendo volver á sus hijos. En este extremo eligió el senado por dictador á Fabio Cunctator, ó el *Contemporizador*, que justificó este sobrenombre con su conducta.

Hizo publicar una orden, en que mandaba que todos los que vivian en el campo se retirasen con sus efectos á lugar seguro; y despues se puso en marcha, no para atacar á Anibal, sino para estorbarle y cortarle los víveres, porque iba costeando siguiendo las alturas sin acercarse ni permitir se le acercasen. El cartagines robaba, quemaba y asolaba viendolo Fabio; pero no podia atraerle á una accion. Este modo de hacer la guerra perjudicaba mucho á Anibal, y al mismo tiempo descontentaba á los romanos, que no podian ver sin despecho aquella asolacion. Decia Minucio, que era uno de los generales: "Admirable gefe tenemos, pues nos esconde en las nubes para conservarnos mejor." Públicamente le acusaban de cobardía; pero respondia el dictador: "Mucho mas cobarde sería yo, si por temor de cuatro dicharachos dejara de seguir las reglas del juicio y de la prudencia."

A fuerza de ir contemporizando llevó á Anibal á un desfiladero, habiendo hecho ocupar las ave-

nidas: ya creyó que le tenía encerrado; pero el cartagines astuto hizo atar en los cuernos de los bueyes de su ejército unos haceditos, y les pegó fuego. Estos animales dirigidos contra los que guardaban el desfiladero los espantaron, y salió Anibal del mal paso. Esta astucia fue causa de nuevas burlas contra Fabio; mas no por eso mudó de conducta. Minucio, que habia encontrado medio para tener parte en el mando, impaciente con aquellas lentitudes, se atrevió á atacar á Anibal en la llanura: ya iba á ser derrotado cuando llegó Fabio á socorrerle, y le salvó. "Bien previsto tenia yo, dijo Anibal, que la nube que se paseaba por las alturas caeria por último con estruendo." No se le oyó al vencedor palabra alguna desagradable contra su cólega, el cual cuando volvió á su campo hizo este discurso á sus soldados: "Por una funesta esperiencia he conocido que no he nacido para comandante, y que mi ocupacion debe ser obedecer; por lo que vuelvo á tomar el estado que me conviene. Vamos pues, queridos compañeros, á ofrecer nuestros servicios al dictador, y á sujetarnos bajo su conducta: mande él solo, pues es el único que puede servir de alma á un cuerpo tan grande. Yo le llamaré padre mio, y todos le saludaremos como á nuestro patrono. Si no hemos vencido á Anibal, hemos hecho alguna cosa que es mas grande, pues nos hemos vencido á nosotros mismos." Se puso á la cabeza de su ejército, y marchó derecho al campo del dictador, que le abrazó, le consoló, y le empleó como igual suyo en el servicio.

Las intrigas de la plaza pública de Roma quitaron el mando á Fabio, y se le dieron á Terencio Varron, hombre violento. Se creyó que se

templaria su fuego dándole por compañero á Paulo Emilio, hombre muy moderado; pero la imprudencia venció á la prudencia. Puso Varron á Paulo Emilio en la necesidad de sostenerle en Canas, donde atacó sin juicio á Anibal, y donde sufrió la derrota mas sangrienta y mas completa que jamas padecieron los romanos. Allí pereció Paulo Emilio, y Varron se volvió á Roma con las reliquias del ejército. Nunca los romanos se mostraron tan grandes como en esta ocasion: se vió el dolor en toda la ciudad, pero no se vió la menor señal de abatimiento. El senado entero salió á recibir al cónsul, y le dió gracias de no haber desesperado de la república. Ofreció Anibal la paz, y ésponer al rescate los prisioneros. Por doble razon política, esto es, por no dar á Anibal dinero, de que tenia necesidad, y para que viesen los romanos que cuando no se determinaban á morir en el campo de batalla, no tenian que esperar de la patria; no admitieron ninguna de las dos proposiciones, y alistaron los delincuentes y los esclavos. Los aliados se apresuraron á dar su contingente: recibieron algun refuerzo de los ejércitos romanos de Sicilia y de otras partes, que enviaron prontamente destacamentos. Tambien tuvieron noticias ventajosas de España, en donde los dos Escipiones continuaban la guerra con felicidad.

Tomó fuerzas el valor por el tiempo que dió á los romanos el general cartagines. Manerbal, despues de la batalla de Canas, le aconsejaba que fuese derecho á Roma; y viendo que no admitia el consejo, refieren que dijo este oficial: *Bien sabeis vencer, Anibal; pero no sabeis aprovecharos de la victoria.* Mas todavia es un problema saber



Fabio y Minucio.

Viendo Minucio la generosidad con que le socorrió y salvó su ejército el mismo Dictador Fabio, cuyas lentitudes habia censurado; confesó públicamente su error, elogiando la prudencia de Fabio, y corrió á ofrecerse á sus órdenes con sus tropas. Ya veneraban estas en Fabio un héroe, que tan generosamente olvidó sus desayres; y halláron otro en Minucio, que confesó su indiscrecion y el mérito de Fabio.

quién tenía razón, el general ó el oficial. Anibal, debilitado por sus propias victorias, se hallaba á la cabeza de un egército valeroso, pero sin auxilios, sin víveres asegurados, y sin las máquinas necesarias para un sitio. Ninguna ciudad se habia declarado por él; y si no tomaba á Roma por asalto, lo que no podia esperarse de una plaza fortificada y poblada de guerreros, se hallaria espuesto á ver que su egército hambriento parecia de miseria. Tuvo pues por resolucion mas prudente tomar cuarteles, en donde pudiese restablecerle y reclutarle. Ocasiones hay en que el partido mas razonable no es el mas feliz. Por desgracia escogió Anibal á Capua, ciudad de delicias, en donde su egército perdió mas con los excesos y el regalo, que cuanto hubiera perdido en campaña con la inclemencia de la estacion y la espada de los enemigos. Despues de la batalla de Canas envió Anibal á su hermano Hannon á Cartago con la noticia de la victoria; y en prueba de ella presentó un celemin, y segun algunos autores tres, de anillos arrancados de los dedos de los caballeros romanos muertos en el campo de batalla: vertieron en la sala del senado los anillos; pero la arenga triunfal concluyó con pedir socorro. Es preciso, decia el enviado, enviar cuatro mil numidas, cuarenta elefantes, y mil talentos de plata. Aquí exclamó Hannon, cabeza de la faccion contraria: "¡Socorro pide! ¡Socorro pide Anibal! ¿Con que nos viene diciendo, yo soy vencedor, pero enviadme víveres y dinero? ¿Es este el modo de hablar de un hombre que ha subyugado tantos pueblos en Italia? La república romana, añaden, está reducida al último extremo; ¿pero acaso los romanos dan

alguna señal de desesperacion , ó algunos pasos para conseguir la paz? ¿Manifiestan siquiera que la desean?" "Yo confieso, replicó el diputado, que los romanos, á pesar de sus pérdidas, no parece que han perdido el valor." "De ese modo, replicó Hannon, tenemos la guerra tan entera como en el dia que Anibal pasó á Italia." "A la verdad hemos hecho lo suficiente por conseguir de Roma una paz ventajosa, y esto es lo mas favorable que podemos desear. Una sola derrota podrá trastornar todos nuestros proyectos; y así soy de parecer de no enviar á Italia socorro alguno: si Anibal ha logrado grandes victorias, no le necesita; y si nos envia relaciones falsas, no le merece."

Parece que la conclusion de Hannon hubiera sido mas ajustada si despues de haber dicho que las felicidades de Anibal solo debian ordenarse á una ventajosa paz, y haber advertido que una sola derrota podria trastornar todos sus proyectos, hubiese sido su parecer que se enviasen á Italia los socorros posibles para mantener la guerra allí, impidiendo que la trasladasen á la Africa, y obligar á los romanos á la paz, que debiera ser el objeto de la espedicion. ¿Mas cuándo la pasion discurre bien? ¿Y cuándo el pueblo, si le preguntan, no prefiere el consejo del que exhorta á no dar cosa alguna? Todo se le negó á Anibal; y así se vió abandonado á sí mismo.

No solo á su egército gustaban las delicias de Capua: el mismo Anibal, guerrero sublime en la austeridad de las campañas, que jamas habia gozado de los delicados placeres, se mostró demasiado sensible á los encantos de un descanso voluptuoso, y

le dejó con bastante sentimiento para ir á atacar á Nola, en donde Marcelo, general romano, se habia encerrado con sus tropas. Se lisonjeaba de que la tomaria presto, porque contaba con los habitantes, á los cuales siempre habia manifestado mucha atencion, y entre otros á Bancio, que era uno de los principales de la ciudad. Combatiendo este guerrero en Canas por los romanos, habia caido penetrado de heridas al lado de Paulo Emilio, á quien habia defendido hasta faltarle las fuerzas. Hallándole arrojando sangre en el campo de batalla, le hizo curar Anibal con mucho cuidado, sabiendo que el prisionero era de Nola; y despues de curado le envió generosamente á su patria. Por este servicio se aficionaron á los cartagineses Bancio y su familia, que era una de las principales de la ciudad.

Se hallaba pues Marcelo en medio de unas gentes que le eran poco afectas; y en circunstancias semejantes un general encerrado en una ciudad contiene á los habitantes con el rigor; pero el romano no lo hizo así. Un dia que Bancio fue á hacerle la corte, sin duda contra su voluntad, fingiendo Marcelo que no le conocia, le preguntó su nombre. "Mi nombre, respondió el jóven guerrero, es Bancio;" y Marcelo, afectando cierto aire de sorpresa, replicó: "¿Con que sois el famoso Bancio de quien se habla tanto en Roma? De vos es preciso valerse cuando un cónsul romano da en manos del enemigo. ¿Qué de sangre os costó quererle salvar la vida! ¿qué gusto es para mí ver y abrazar un hombre tan valiente, que tanto honor hace á su patria, y á quien reservan los dioses tal vez la gloria de ser el libertador de Roma!" A

estas palabras tan atentas añadió Marcelo los regalos. Los elogios hacen callar al reconocimiento; y así Bancio de cartagines que era, vino á ser todo romano; y por su medio Marcelo se empleó en el sitio de Nola solo en resistir á Anibal, á quien rechazó con pérdida, y fue la primera que experimentó el general africano. Mas feliz fue delante de Casilino, cuya plaza tomó bloqueándola por mucho tiempo, en el que los habitantes padecieron todos los horrores del hambre. Con haber llegado á tal extremo, no hablaban de rendirse, antes bien empezando la primavera sembraron rábanos en su ciudad. Anibal con esta noticia, dijo: "¿Con que piensan que yo he de esperar á que los puedan comer?" Y así eligió concederles una capitulación ventajosa.

Después de las grandes acciones del Tesino, del Trebia y la batalla de Canas, tanto los cartagineses como los romanos experimentaron alternativamente felicidades y desgracias. Perdieron los romanos un ejército entero contra los bayanos, que habían facilitado á Anibal la entrada en Italia. Los de Campania, fieles aliados del africano, fueron derrotados por Sempronio: se introdujo la división en el ejército de Anibal: su hermano Amilcar fue vencido en España por los Escipiones, y derrotado Hannon en la Apulia. Casilino volvió á caer en poder de los romanos; y Filipo, rey de Macedonia, llamado por Anibal, huyó sorprendido en su campo por Levino; pero el cartagines escitó en la Sicilia una sublevación que obligó á Roma á enviar fuerzas á esta isla. A Esparta vino el anciano Sifax, rey de la parte occidental de Numidia: Cartago le opuso el joven Masinisa, que

era hijo del rey de la parte oriental. Siendo joven de diez y siete años influyó mucho en la derrota de los dos Escipiones, que allí perdieron la vida. Todo lo restableció un simple caballero romano, llamado Marcio; pero en la carta en que avisaba de su victoria tuvo la imprudencia de tomar el título de propretor que le habia dado el ejército; por lo que le llamó el senado, no queriendo que los soldados se acostumbrasen á nombrar generales.

Los romanos estaban sitiando á Capua, haciéndola presentes las pruebas de afecto que les dió despues del desastre de las Horcas Caudinas; pero se habian mudado mucho con la estancia de los cartagineses; y así los habitantes, persuadidos á que debian temer mucho el resentimiento de sus amigos desamparados, se defendieron con el mayor teson: no cesaban de llamar en su socorro á Anibal; y con efecto fue, pero le vencieron. Su mala situacion en un pais arruinado y sin recursos le hizo tomar una resolucion digna de su valor. Levanta el campo, fuerza las marchas, hace cortar los puentes y quemar las barcas despues de haber pasado, y llega á ochocientos pasos de Roma. Fue grande el terror, pero no desalentaron. De la reunion de los ciudadanos, casi todos soldados viejos, se formó en ella un ejército; y otro que habia ido siguiendo como pudo á los africanos, llega por la parte opuesta, atraviesa la ciudad, y presenta á Anibal un frente que le podia engañar: avanza, se retira, vuelve y presenta la batalla. Cuando ya estaban para llegar á las manos sobrevino una tempestad que separó los dos ejércitos. Mientras que el general cartagines estaba ya á las

puertas, supo con una admiracion mezclada de despecho, que acababan de vender en Roma con público pregon el campo en donde él estaba, y tan caro como si no hubiera enemigos. Él, por represalias, hizo publicar las tiendas de mercaderes que habia al rededor de la plaza pública. No se sabe si halló compradores. Anibal, amenazado por todos lados, mas no reducido á tanta estremidad que le precisase á intentar un golpe desesperado, no atacó á Roma, ni se atrevió á volver delante de Capua. Resolvieron los senadores de esta ciudad rendirse con las mejores condiciones posibles; pero Vibio Viro, gefe de la faccion cartaginesa, persuadido á que no habia que esperar gracia de los romanos, no solamente renunció el perdon para sí, sino que tambien disuadió á los otros de pedirle; y juntando los principales ciudadanos, les dijo: "No tenemos mas remedio que la muerte: en mi casa está dispuesto un gran convite: allí nos regalaremos, y acabaremos nuestros dias con una copa de veneno: síganme los que desprecian la vida, pues una muerte gloriosa nos hará respetar de nuestros enemigos, y conocerá el pérfido Anibal la injusticia de haber abandonado á unos aliados tan fieles." Juntó Vibio hasta veinte y siete compañeros, que bebieron con él la copa fatal, y no fueron estos los mas desgraciados. No se sabe si los capuanos se rindieron á discrecion, ó si estipularon condiciones; pero fueron mal observadas, porque á cincuenta y tres de los principales senadores los azotaron los romanos con varas y los degollaron. Los antiguos habitantes, despojados de sus bienes y de sus casas, perdieron para siempre la esperanza de volver á su patria; y en lugar de estos enviaron algu



Continencia de Escipion.

Presentáronle al jóven Escipion una prisionera, cuya rara hermosura arrebató su atención; pero informado de que estaba prometida á un Príncipe celúbere, llamó á los padres y al futuro esposo, á quienes la entregó, detándola con las sumas que ellos le habian presentado por su rescate. ¿Qual victoria de las de este guerra es comparable al triunfo que logró en este caso sobre su mismo corazón?

nos libertos encargados del cultivo de las tierras para utilidad de la república romana.

Al mismo tiempo que se egecutaba en Capua esta venganza terrible, sacaba Roma por sus puertas casi á presencia de Anibal diez mil hombres de infantería y mil de caballería, que enviaba á España, en donde habia sufrido algunas pérdidas despues que retiró al caballero Marcio. Escipion, que ya era célebre por haber salvado la vida á su padre en una batalla, mandaba este egército, que por unánime consentimiento le confiaron, teniendo solos veinte y cuatro años. Su primera hazaña fue la toma de Cartagena, y la segunda una victoria memorable sobre su mismo corazon. Le llevaron los soldados una prisionera de la mas rara hermosura. Se sintió conmovido; pero la prudencia reprimió los primeros movimientos. Se informó de sus circunstancias, y supo que estaba prometida á un príncipe celtíbero. Llamó á sus padres y al futuro esposo, y se la entregó. Le suplicaron que aceptase por modo de rescate una cantidad de dinero: la tomó Escipion, y la volvió á entregar para aumento del dote. Este generoso proceder encantó á los españoles, y ganó á Roma muchos partidarios.

Acababan los romanos de poner á la cabeza del egército contra Anibal al famoso Marcelo, conquistador de Sicilia, llamado *la espada de Roma*, así como Fabio era el *escudo*. Perdió una batalla; pero cuando ya contaba el cartagines con gozar de su victoria, volvió á presentarse el romano, ya en estado de volver de nuevo á las manos. "Estraño es este Marcelo, exclamó Anibal, pues vencedor ó vencido, siempre está pronto á pelear."

Marcelo en esta ocasion logró su desquite , pero le fue muy costoso. Algun tiempo pasaron estos generales en observarse muy de cerca , para que hubiese entre sus tropas vivas escaramuzas.

Creia Marcelo que era imposible tomar precauciones escesivas contra un enemigo tan astuto, y así todo lo queria ver por sí mismo; pero estos cuidados, que por lo general debe dejar el comandante á subalternos reconocidos por capaces, le costaron la vida , porque cayó en una emboscada , y en ella pereció. Lo supo Anibal , y fue al parage en donde estaba el cadáver de su rival. Fue un espectáculo que le conmovió de suerte , que no pudo menos de manifestarse muy compadecido al ver á aquel grande hombre , que merecia perder la vida en circunstancias mas gloriosas. El primer cuidado fue quitar á Marcelo el anillo que llevaba y le servia de sello , con la intencion de sacar algunas ventajas. Admirando despues el aire noble con que el cónsul estaba tendido á sus pies, mandó que envolviendo el cadáver en una rica estofa , le colocasen en una hoguera ; y ya reducido á cenizas las depositó en una urna de plata , en la cual puso una corona de oro y otra de laurel , y envió á su hijo , el jóven Marcelo , las tristes reliquias de un padre tan estimable. Tal fue aquel Anibal á quien los romanos trataron de un bandido , y le persiguieron hasta la muerte.

Esperaba por entonces un socorro que le traia de España su hermano Asdrubal , librándose de la persecucion de Escipion. Ya habia pasado los Pirineos y los Alpes , cuando el cónsul Neron , sabiendo por una carta que interceptó , que el cartagines venia á juntarse con su hermano , sacó un

fuerte destacamento del ejército opuesto á Anibal, y llegó adonde estaba su cólega colocado en el camino. Se reunen los dos cuerpos; y acometiendo á Asdrubal, que no los esperaba, derrotaron su ejército, y á él le quitaron la vida. Neron, sin detenerse, volvió á su puesto, y fue el primero que dió á Anibal la noticia de la derrota de su hermano, arrojando su cabeza en el campo cartagines: lo que fue un modo muy bárbaro de anunciar la muerte de un hermano, aunque fuese á su enemigo. Este espectáculo causó en Anibal una mortal tristeza; pero sintiendo menos su desgracia que la de su patria, exclamó: “¡O Cartago! ¡ó infeliz Cartago, ya me rindo con el peso de tus males!”

A la verdad, por todas partes llevaban los romanos lo mejor, porque Escipion ya no veia enemigos en España; y el mismo Masinisa se habia hecho de su parte, ganado con los buenos procedimientos del general romano para con un pariente suyo prisionero, al que envió sin rescate y con muchos regalos. Su reconciliacion fue tan sincera, que aconsejó á Escipion que introdujese la guerra en la Africa, diciéndole los medios con que lograria el buen éxito. El romano fue allá llamado por Sifax, que queria tener la honra de hacer la paz entre las dos repúblicas. Para esto abocó al general romano con el general cartagines llamado Asdrubal, convidándolos á su mesa; mas nada logró. Lo que sucedió fue que se dejó seducir en favor de los cartagineses de aquel mismo Asdrubal, el cual le dió por esposa á su hija la bella Sofonisba, aunque la habia prometido antes á Masinisa. Volvió Escipion á España, y á poco tiempo fue llamado á Roma para ser electo cónsul, y enviado otra vez á Sici-

lia, de donde iban á salir los grandes cuerpos de egército contra Cartago.

Por último, pensaron los cartagineses en no dejar oprimir á Anibal, y dieron órden de que su hermano Magon le llevase socorros. Desembarcó este en Italia á la cabeza de diez y ocho mil infantes, dos mil caballos, y una buena suma de dinero para hacer reclutas. Al mismo tiempo Lelio, amigo de Escipion, abordaba, enviado por él á la Africa con un cuerpo escogido. Allí encontró á Masinisa que le dió nuevas instrucciones, y le hizo volver prontamente adonde estaba Escipion, para que los dos fuesen juntos contra Cartago, á la que encontraron destituida de tropas y de víveres. Fue Lelio á comunicar este consejo con Escipion; y este adoptándole, montó con su egército en los navíos que tenia ya prontos, é hizo vela á la Africa.

Llegar, pelear, vencer, cargar á Sifax de cadenas, y hacer prisionera á su esposa Sofonisba, fue para Escipion obra de algunos meses. Presentó Masinisa, amante ultrajado, los grillos á la hermosa cautiva, y entró el primero en el palacio triunfando de antemano del dolor que iba á causarla. Ella se postra á sus pies: él la mira, espera la reconvencion en sus labios, y no abre la boca sino para prometerla lo que le pedia con instancias, que era el no verse entregada á los romanos. Pero la prometia mas de lo que podia cumplir, porque estaba él á merced de los romanos: se hallaba en su campo, y esperaba que le restituyesen á su reino, de donde Sifax le habia echado. Los sentimientos de Sofonisba respecto de Roma, eran conocidos. Sifax, hecho prisionero algunos dias antes que ella, habia confesado que si su es-

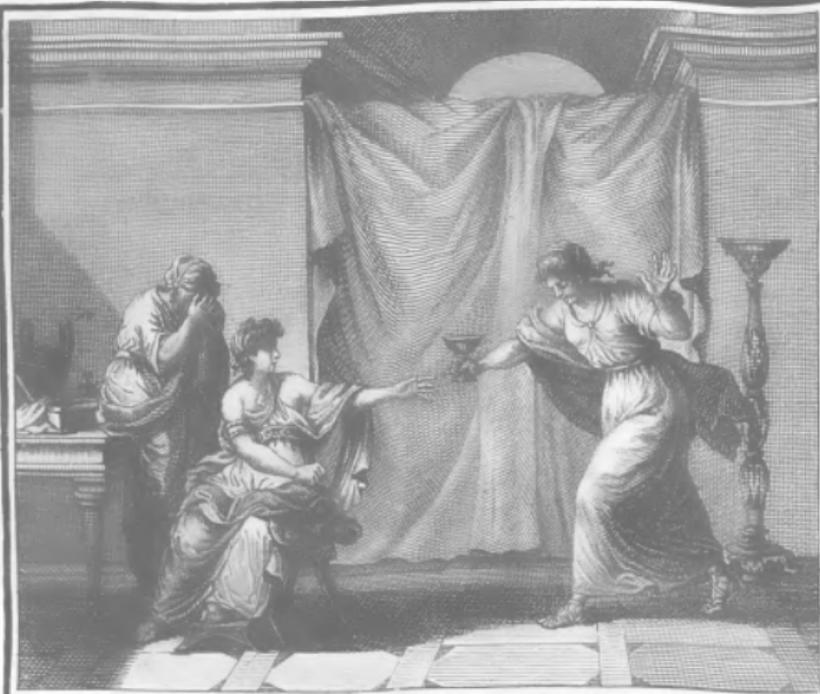
posa no le hubiera movido con seductivos discursos, siempre hubiera sido fiel á la república. ¿Cómo, pues, podia prometerse librar de la venganza romana á una enemiga tan peligrosa? El expediente que halló el amor, fue que Masinisa diese la mano á Sofonisba, persuadiéndose que no pretenderia Escipion tener derecho contra una princesa que ya era su muger. Pero un romano, endurecido con la cruel política de Roma, era inflexible como ella. Dejó Escipion al numida embriagarse de su amor, y fue feliz por entonces con las caricias de una muger á quien adoraba, y la conquista de su reino, adonde iba triunfante á la vista de su esposa. Volvió con esta á presentar á Escipion sus trofeos, y el general romano los recibió con un aire frio y altivo, que no presagiaba consecuencias agradables á los dos esposos. Despues de esta corta visita tuvo con el príncipe una conversacion particular, en la que empezó á felicitarle de sus hazañas verdaderamente heróicas: luego le hizo algunas reconvenciones sobre su casamiento, exhortándole á que no se hiciese esclavo de una muger despues de haber conquistado un vasto reino. Le hizo presente al mismo tiempo, que los despojos del enemigo y los cautivos pertenecian á los romanos, y concluyó su discurso con estas palabras: “Bien conozco el grande sacrificio que os pido; pero, Masinisa, volved sobre vos, pues si hasta aquí merece vuestra flaqueza mirarse con ojos de compasion, podria llegar á ser inescusable y disponeros un grande motivo de arrepentimiento.”

¿No habia medio alguno para arrancar su esposa á la barbaridad romana? ¿No podria separándose, y prometiendo no verla mas, asegurarla

la libertad y la vida? Sin duda conocia Masinisa la fria é inalterable firmeza del romano en sus crueles resoluciones cuando abrazó sin detenerse el partido mas desesperado. Entró en la tienda de Sofonisba y dijo: "Recibe el último testimonio de mi afecto y mi fidelidad: no está en mi mano libertarte de la esclavitud que te amenaza por otro medio que la muerte: acuérdate de quien eres hija, y del esposo que tienes: no temas de modo alguno bajar al sepulcro, que presto te seguirá Masinisa." Salió este deshaciéndose en lágrimas, y al punto se presentó una esclava con una copa de veneno.

Tomó la copa la desgraciada Sofonisba; y como llorase el ama que la habia criado, la reprendió porque deshonoraba su muerte con sus lágrimas; y mirando á la esclava, dijo: "Sepa mi esposo que muero contenta, pues muero por su orden: asegúrale que contra mi inclinacion contraje el primer empeño con otro: que mi corazón siempre ha sido suyo: y que en cuanto á mi cadáver, le abandono desde luego al furor de los romanos." Pocas muertes hay de tan heroica resolucion segun las ideas de aquel tiempo, pues no se oyen quejas, sentimientos ni reprensiones. Sería Masinisa despreciado si se creyera de él que se habia consolado con una silla curul, una ropa magnífica, una túnica bordada de ramos de palma, y una corona de oro. Pensará un ambicioso que halló algun lenitivo á su dolor con el título de rey, y la esperanza de verse presto, en recompensa de su sacrificio, monarca de toda la Numidia.

¡Feliz Sofonisba, que no vió el triunfo de los romanos á quienes detestaba, ni el desastre de su amada patria! Anibal se hallaba retirado en un rin-



Muerte de Sofonisba.

Recibe Sofonisba con entereza la copa de veneno que su esposo Masinisa la envia por ultimo testimonio de su amor, y como único medio de evitarse la afrenta de servir en Roma al triunfo de Escipion; y bebiendola con igual intrepidez, encarga solo digan á Masinisa que muere contenta, porque muere de su orden y muere suya. Fue Sofonisba víctima no tanto de su amor y su esposo, como de su propio orgullo.

con de la Italia, rodeado de egércitos romanos que él contenia alejados, como un leon que fatigado rechaza todavía de su caverna al temerario cazador. Allí supo que su hermano Magon, cuando iba á juntársele, habia sido vencido, y que volvia herido al Africa con las reliquias de su egército. Tambien él fue llamado, y tuvo que partir; pero al mismo tiempo que caminaba iba volviendo sus ojos con sentimiento para mirar aquel pais, teatro de sus triunfos. El despecho con que iba le arrancó muchas imprecaciones, y le inspiró una crueldad que no puede disculparse, ni aun con las circunstancias en que se hallaba. Algunos italianos de su egército no querian abandonar sus hogares ni seguirle; y temiendo que su egemplo llegase á ser contagioso, los hizo encerrar todos en un templo, y quitarles la vida.

Con tan fúnebres auspicios llegó á Cartago, de donde habia salido á la edad de nueve años, y habia ya treinta y tres que no la veia. Intrigas de familia, facciones del senado, pretensiones y tumultos en la plaza pública, todo era nuevo para él. Se hacia la guerra sin consideracion con todos sus horrores, robos, muertes, incendios; y siempre los cartagineses llevaban lo peor. Es verdad que Anibal volvia con tropas, y las mandaba; pero tambien Escipion recibia refuerzos, y era su comandante. Entre dos generales que se estimaban, se establecieron ciertas atenciones, cuyo fruto fue una conferencia que Anibal pidió á pesar de la oposicion del populacho de la ciudad. Avanzan Anibal y Escipion por entre los dos campos, colocados en la llanura de Zama, casi al pic de las murallas de Cartago: dejan su escolta, y se acercan el uno al otro: nunca se habian visto, pero muy bien se co-

nocian. Anibal miró como sorprendido á Escipion. Este general romano estaba entonces en la flor de su edad, y sus facciones regulares, y aun hermosas, se hacian mas recomendables con su magestuosa talla, y cierto aire lleno de dulzura. Su vestido era aseado, pero sencillo, como al soldado le corresponde. Estuvieron los dos por algun tiempo en silencio, hasta que Anibal le rompió el primero; y mezclando en su discurso muchas reflexiones sobre las mudanzas de la fortuna, y varios elogios de Escipion: concluyó por último, proponiendo á los romanos, que Cartago les cederia la España, la Cerdeña, la Sicilia y todas las islas situadas entre la Italia y el Africa. A lo que respondió Escipion: "Vosotros nos ofreceis lo que ya poseemos; y sin duda hubiéramos escuchado esas proposiciones si nos las hubierais hecho antes de mi partida de Italia; pero ahora ya tenemos otras pretensiones." Las espuso, y concluyó con estas palabras: "Si os agradan, no se negarán el senado y pueblo romano á tratar con Cartago: si no, decidamos la querella con las armas." Fue aceptado el desafio, y al dia siguiente se terminó este pleito.

La batalla de Zama, que fue entre las dos repúblicas la decision sobre cuál de ellas habia de tener el imperio del mundo, costó á los cartagineses vencidos cuarenta mil hombres, y no la ganaron los vencedores sin una grande pérdida. Momento hubo en que los combatientes no podian acercarse unos á otros por la mucha sangre que hacia resbaladizo el terreno, ó por una especie de muralla formada de los cadáveres amontonados. El cuerpo de ejército que Anibal mandaba se compo-

nia de veteranos cubiertos de laureles, y así fue el que resistió con mas teson. No cedió hasta que se vió envuelto por todos lados por el ejército romano, que se reunió todo contra él. Se libró Anibal acompañado de solos nueve hombres: débil escolta á la verdad, pero en la noche siguiente se redujo á uno solo.

Sabiendo el senado de Cartago el asilo de Anibal, le llamó para deliberar sobre la suerte de la república, y desde luego decidió que era preciso hacer las paces; y cuando Escipion propuso las condiciones, aunque muy duras, todavía dijo que era preciso aceptarlas. Se empezó á tratar sobre este plan, y hubo una suspension de armas hasta que el senado romano dió su ratificacion. Un cierto Asdrubal, de la faccion contraria á Anibal, y cabeza de la embajada, llevó la palabra, y de toda la guerra recargó la culpa sobre la familia de Amilcar: hizo la mas triste pintura del estado á que estaba Cartago reducida, y se obligó con juramento, en nombre de su república, á observar fielmente las condiciones de la paz que se les concediese; pero le dijo un senador: “¿Qué dioses poneis por fiadores de la sinceridad de vuestros juramentos?” Respondió el cartagines: “A los mismos dioses que han castigado tan severamente nuestros perjurios.” Esta respuesta, que tanto decia en pocas palabras, fue generalmente aplaudida; y nada añadió el senado romano á lo que Anibal habia propuesto. A la verdad, á no haber resuelto destruir á Cartago, no podia ser tratada con mayor rigor.

D. del D.
2803.
A. de J. C.
195.

Es cierto que la permitieron guardar sus leyes, y mantener las ciudades y provincias que aun la restaban en Africa; pero se quedaron los romanos

con la España y con todas las islas del Mediterráneo. Aumentaron el reino de Masinisa á costa de Cartago, y prohibieron que la república vencida pudiese hacer la guerra ni las paces con sus vecinos ni con otros sin el permiso de los vencedores. Fue preciso aprontar de contado una grande suma de dinero: obligarse á pagar otras aun mayores por plazos: entregar los prisioneros y los desertores: dejar que los romanos eligiesen entre los principales de la ciudad cien personas, que llevaron por rehenes á Roma: abandonar todos los elefantes domesticados; y prometer que no enseñarían la guerra á estos animales. Por último, lo que mas sintieron los cartagineses, fue entregar á Escipion todos sus navíos. Este los hizo quemar á su vista hasta quinientas velas, y solo les dejó diez galeras de tres bandas de remos para defenderse de los corsarios.

El contento del pueblo romano con las victorias de Escipion parecia locura. No hubo especie de honores ni de autoridad que no quisiese conferir al vencedor, hasta la dignidad de dictador perpetuo; pero él se contentó con el sobrenombre de Africano, que es el que ha hecho pasar su fama de siglo en siglo. Su triunfo escedió á cuanto en este particular se habia visto. Llevó de Africa un inmenso botin, y puso en el tesoro de la república el peso de veinte mil libras en plata. No obstante, los romanos en todas las guerras que tuvieron durante la vida de este hombre grande, le despreciaron. Él se empeñó por sí mismo en la guerra contra Antíoco, en que su hermano mandaba en calidad de teniente general, ayudándole con su persona y sus consejos: y las hazañas del menor le me-

recieron el título de Asiático. También se ve parecer en la historia á Escipion Africano en una embajada á Siria, en donde halló á Anibal fugitivo de reino en reino, y siempre perseguido de los romanos. Allí dió este proscrito una respuesta tan ingeniosa como lisonjera. Le preguntó Escipion conversando con él: "Qué generales eran los mayores á su parecer, y por qué orden se debian colocar." "El primero, dijo Anibal, es Alejandro, el segundo Pirro, y el tercero yo." "Y si me hubierais vencido, replicó Escipion con viveza, ¿en qué lugar os pondriais?" "En el primero, respondió el cartaginés." Parece que el pueblo romano vió con gusto á los Escipiones, gloriosos por sus hazañas, y perseguidos por los envidiosos, siendo el blanco de las malignas sátiras de Caton el Censor, que contra ellos dirigia cuantas máquinas inventó la envidia. Tenia este Caton un carácter verdaderamente propio para una república. Desde luego se distinguió en la guerra de España que le confiaron; y siendo sus tropas poco disciplinadas, las fue formando mas con su ejemplo que con sus palabras. Vestia del modo mas sencillo: era el primero que se aplicaba á los trabajos, y el último que los dejaba: frugal, impasible, por decirlo así, se esponia sin reparo á las injurias del aire, y sufría con paciencia las mayores fatigas: su valor era á toda prueba, y sabia hacerle conocer á tiempo: esta conducta le valió felicidades merecidas. Del botin ganado á sus enemigos dió á cada soldado una libra de plata, y á ciertos oficiales que manifestaron admirarse de semejante liberalidad, les respondió: "Mas vale que vuelvan muchos soldados romanos á sus casas con plata, que pocos con oro." Queriendo dar á en-

tender, que teniendo que defender un tesoro visible, permanecerian en el ejército; cuando pudiendo ocultar su riqueza, por abultar poco, se esponia á que les viniessen tentaciones de separarse por ir á ponerla en seguro en su familia. En cuanto á él nada se reservó del botin; y cuando volvió á Roma llevaba los votos de todos sus soldados, con una reputacion de popular, que siempre sostuvo, haciendo una vida retirada y severa. No solicitaba empleos, y se mostraba dispuesto á servir á la patria, aunque fuese en los últimos puestos del gobierno ó de la milicia.

Caton, que era orador picante y maligno, fijaba la atencion de la multitud con ciertos rasgos dirigidos contra el lujo, la riqueza y la distincion de clases, los cuales siempre son del gusto del pueblo. Con todas estas apariencias de modestia, le devoraba la ambicion de dominar, y la satisfacía formándose una especie de imperio en el populacho. Su frugalidad tan alabada, tal vez era efecto de avaricia, pues le oyeron decir mas de una vez, que no merecia un hombre la estimacion hasta no haber doblado su capital. Siempre alabó en público la continencia, y no obstante estos elogios vivió muy familiar con una hermosa esclava que tenia en casa. Para vengarse de su hijo y de su nuera, de quienes tenia algunas quejas, se casó segunda vez, aunque ya viejo; y preguntándole su hijo la razon de haberlo hecho así, le dió esta respuesta, que hace á dos sentidos: "Estoy tan contento con vosotros, que quisiera tener otros hijos que se os pareciesen." Como sus virtudes eran públicas, y sus malas propiedades se ignoraban, siempre le estimó mucho la multitud; tanto, que citado á juicio delante del pue-

blo, hasta cuarenta y cuatro veces, siempre le despacharon absuelto; pero tantas acusaciones dan á conocer bien que era un hombre incómodo é intrigante, de quien quisieron verse libres las gentes sossegadas y pacíficas.

Se pegó Caton á los Escipiones como una mosca al animal que va atormentando. A instancias suyas dos tribunos de la plebe, llamados uno y otro Petilio, acusaron al Africano de negligente en la guerra contra Antíoco, de haberse entregado á los placeres con exceso, de haber permitido á las tropas el saqueo, y de haber recibido dinero de aquel príncipe para concederle una paz ventajosa. Por casualidad el dia en que se habia de juzgar este proceso era el de la famosa batalla de Zama. Habia llevado Escipion consigo sus libros de cuentas; pero no hizo mas que mostrárselos al pueblo, y despues los rasgó diciendo: "En este dia fue vencido Anibal, y Cartago subyugada: no le perdamos pues en vanas declamaciones, cuando nos esperan los dioses en el capitolio: seguidme, romanos, y vamos todos juntos á ofrecer el tributo de nuestros votos y acciones de gracias." Le siguió todo el pueblo, y dejó confusos á los acusadores.

No por eso cayeron de ánimo, y así volvieron á la carga, citando de nuevo á Escipion: creyó este que debia ceder á la tempestad, y se retiró á una casa de campo. Querian que se le condenase en rebeldía, y se presentó el Asiático, diciendo, que su hermano estaba enfermo. Como no le quisiesen creer, tomó la palabra Tiberio Graco, aunque enemigo de la familia de los Escipiones, y dijo: "¿Por qué no se ha de creer al Asiático en punto de la enfermedad de su hermano? Si Escipion estuviera en

Roma, me opondria yo á que se le citase. ¿Pues qué el vencedor de Cartago habia de comparecer al pie de nuestro tribunal para servir de juguete al insolente populacho? ¿Por ventura derrotó á Anibal y á Antíoco para llegar á ser víctima de los dos Petilios? ¿Tendríamos nosotros valor para triunfar de un hombre que ha merecido y conseguido tan gloriosos triunfos? A lo menos es razon que halle su vejez asilo en el puerto adonde se ha retirado.”

No disfrutó por mucho tiempo de su asilo Escipion, el cual murió en su casa de campo, y resentido de la cobardía del senado, de la injusticia del pueblo y de la ingratitud de los dos, dejó muy encargado á su muger, hija del gran Paulo Emilio, que no llevase sus cenizas á Roma. Esta le erigió en su campo un mausoleo, en el que colocó su estatua con la del poeta Enio, que le habia acompañado en su retiro. Sin duda le habia precedido al sepulcro Terencio, que fue otro amigo de Escipion.

La accion de acusacion contra Escipion el Africano resucitó contra el Asiático y tres oficiales suyos, que fueron Aulo, Hostilio y Furio. Declaró el pretor que eran reos por haber recibido de Antíoco, Escipion seis mil libras de oro y cuatrocientas ochenta libras de plata: Aulo y Hostilio veinte libras de oro y cuatrocientas tres de plata: Furio finalmente cincuenta libras de oro y doscientas de plata: todo en barras. Por esto condenaron á cada uno de los tres á una fuerte multa. Los oficiales se sujetaron, y dieron caucion sobre la marcha: el general no quiso conformarse con la sentencia, diciendo: que habiendo dado cuenta de todo el dinero que habia traído de Asia, ya estaba descargado. Mandó el pretor que le llevasen á la cárcel: al mis-

mo tiempo se apoderaron de todos sus bienes , y no se hallaron los suficientes para pagar la multa , ni se descubrió cosa alguna que pareciese haberse adquirido de los despojos del Asia. Sin duda hubiera hallado mas fianzas de las que necesitaba , pues se presentaron á darlas todos sus amigos ; pero él les agradeció su buena voluntad. De este modo , quedando sus bienes confiscados , se vió reducido á la indigencia : sus parientes y amigos le ofrecian á porfia presentes ; y si hubiese querido aprovecharse de su generosidad , habria quedado mas rico que antes de la confiscacion : mas tuvo valor para no temer la pobreza , y así no aceptó mas que puramente lo necesario. Con el tiempo hizo Roma justicia á su inocencia y su mérito , y aun parece que recibia especial gusto en desagraviarle , procurándole ocasiones de enriquecerse : de suerte , que se vió en estado de celebrar juegos por diez años en memoria de su victoria contra Antíoco.

Caton se contentó con animar los espíritus , y despues se retiró. Teniendole el pueblo por bien intencionado , continuó en mirarle con respeto , y le manifestó su confianza prefiriéndole para el cargo de censor á Escipion , que era uno de los hombres mas honrados de la república , y á otros muchos de igual mérito. Señaló su odio constante contra el Asiático quitándole el caballo , que por honor le mantenía la república ; bien que todos los ornamentos superfluos fueron objeto de su severidad , y así condenó á multas considerables á cuantos los habian usado , sin distincion de sexos : hizo resucitar una antigua ley que prohibia á las mugeres las joyas de oro , los vestidos de diferentes colores , y el uso de los carros , así en Roma como en los pueblos

vecinos. Los mayores asuntos de la república no habían ocasionado jamás tantos movimientos ni tan apresuradas solicitudes. Se vieron llegar á Roma muchas mugeres de las colonias y ciudades vecinas para apoyar la demanda de las damas romanas. Hizo Caton un discurso satírico y maligno sobre la indecencia de parecer las mugeres en público, y andar solicitando votos; mas no por eso dejaron ellas de ganar el pleito. Fue muy severa su censura contra los senadores, y borró hasta siete de la lista. Si su rigor pareció excesivo respecto de Manlio; escluido de ella por haber abrazado á su muger en presencia de sus hijas; fue demasiado indulgente con Quincio, que era reo porque cuando mandaba en la Galia cisalpina había muerto con su mano á un hombre que iba á pedir su protección, por solo satisfacer á la curiosidad de un jóven cartagines, objeto de su pasión abominable, que deseaba ver el espectáculo de un hombre que moría con muerte violenta. Este Caton se ocupaba en las ciencias durante su vida privada, y compuso un libro sobre el origen de las ciudades de Italia, y otro sobre la agricultura.

Pocas épocas de los romanos fueron tan fecundas en victorias como esta. Vencieron á los españoles, derrotaron á los gaulas cisalpinos y á los galatas, sujetaron á los de Vayas y á los ligurianos, impusieron leyes á Antíoco, redujeron á su obediencia la Macedonia, conquistaron la Dalmacia, penetraron por la Galia transalpina, y subyugaron á los celtíberos, á los islianos y á los esteliatas. Con estos usó el senado una indulgencia notable por no ser comun. Despues de un combate desgraciado se entregaron confiados á discrecion del cónsul Pompei-

lio, su vencedor. Este no solamente desmanteló sus ciudades y les quitó las armas, sino tambien vendió por esclavos á todos los habitantes del pais. Ordenó el senado que Popilio restituyese á este pueblo á la posesion de su libertad y sus bienes, le comprase armas, y le entregase el dinero de la venta, concluyendo su decreto con estas palabras: "La victoria es gloriosa cuando se reduce á sujetar á los enemigos; pero se hace odiosa si se emplea en oprimir á los infelices."

En esta época fueron tambien los triunfos muy frecuentes, porque Furio triunfó de los gaulas: Caton y Fulvio de los españoles: Acilio de la Siria: Sempronio de la Istria: Paulo Emilio de Perseo; y los dos Escipiones de Africa y de Asia. Estas victorias eran el alimento de los soldados romanos, y los triunfos la espuela que los escitaba al combate. Contenia por entonces Roma trescientos treinta y siete mil quinientos cincuenta y dos ciudadanos en estado de llevar las armas. Los esclavos eran los que egercian las artes mecánicas, y así esta inmensa soldadesca se mantenía del tesoro público; por lo que era grande el interes de aumentarle con las conquistas. El espectáculo de los triunfos entretenía el genio guerrero, encendía en los corazones de los jóvenes el deseo de los combates, y le reanimaba en los veteranos. La pompa triunfal, la de la religion, los juegos públicos, las juntas para oír los alegatos en los tribunales, y las discusiones políticas, objetos de las asambleas generales, eran las ocupaciones y diversiones de la ociosidad de aquella multitud. No teniendo que cuidar de su subsistencia, vivían seguros de tenerla siempre que los convocaban; mas no es cierto que no tuviesen mas bienes que el

sueldo. Las sumas que recibían de sus generales y el botín llegaban á hacer en cada uno un caudal que le proveía para sus necesidades, y aun para el regalo. La disminucion, que anunciaba el fin de este fondo, era la señal que les hacia desear una nueva guerra: de aquí provenia la facilidad en alistarse cuando no habia quien se opusiese por alguna intriga. Concluida la carrera militar, estaba viendo el soldado que tenia seguro el descanso, ó bien en las colonias, si queria ir á vivir en ellas, ó bien en Roma con el producto de las tierras conquistadas que se les distribuian; cuyos antiguos propietarios, convertidos en arrendadores, aprontaban á los nuevos dueños la renta en que se ajustaban. No hay duda que los impuestos que se percibían en Roma estaban establecidos sobre estos objetos. Los pontífices y los augures estuvieron por mucho tiempo esentos de pagarlos, porque proveían al gasto de los sacrificios y convites sagrados. Crearon epulones; esto es, magistrados de los convites, con el cargo de hacer estos gastos. Entonces cesó la esencion de los ministros del culto. Por este tiempo se hizo la ley Porcia, que prohibia azotar á un ciudadano romano; pero no se entendia esto con los egércitos, pues continuaron los generales en el derecho de dar este castigo, como tambien la pena de muerte.

Las felicidades hacían feroces á los romanos D. del D. (2858), y el resistirles parecia un delito. Dos pre-
 2858.
 A. de J. C. tores, igualmente crueles, cometieron en España
 140. los mayores escesos. Luculo hizo pasar á cuchillo los habitantes de muchas ciudades sin distincion de sexo ni edad, y esto despues de haber capitulado. Mas de treinta mil lusitanos fueron muertos por orden de Galba, habiéndoles prometido solemne-

mente la libertad y la vida, y rendido las armas con estas condiciones. No reprendió la república á estos generales, ni aun fueron acusados, por lo que puede creerse que estaban autorizados para cometer tan horribles injusticias, con el fin de asustar á los españoles, y tenerlos subyugados con el miedo.

Con la misma política, y aun mas cruel, aplaudieron la barbaridad de Gulusa, hijo de Masinisa, que fue el preludio de la destruccion de Cartago. Tenia esta ciudad en Caton un formidable enemigo; aunque no estaba este tan envenenado contra ella como contra los Escipiones, pues la existencia de esta ciudad era un monumento odioso á su envidia. Sobre algunas diferencias suscitadas entre Masinisa y los cartagineses con motivo de la posesion de una ciudad que entre sí disputaban, le enviaron al Africa en calidad de mediador. No quisieran sujetarse los cartagineses al arbitrio de un hombre cuya parcialidad conocian bien, y dijeron: "Nuestros límites ya están arreglados en un tratado de paz; y la menor mutacion en este punto sería un insulto contra la memoria del mayor capitán que los romanos han tenido."

¿El mayor que los romanos han tenido? Mucho picó este elogio á Caton; y examinando con atencion maligna á Cartago, aseguró al senado cuando volvió á Roma, que las riquezas de esta ciudad eran inmensas, que sus almacenes estaban bien provistos, sus puertos llenos de naves, y que la guerra contra Masinisa no era mas que un ensayo de otra mas importante que premeditaba contra Roma; y concluyó su discurso exhortando al senado á que enviase tropas cuanto antes para conquistar una ciudad que de lo contrario sería un obstáculo eterno

á los progresos de las armas romanas. Despues ya no dijo jamas su parecer en el senado, aunque el asunto fuese muy diferente de la guerra, sin concluirle con esta fórmula: *Ademas de esto me parece que Cartago debe ser destruida.*

Tercera guerra púnica.

Nuevas dificultades que se ofrecieron entre la república africana y el rey de los numidas ocasionaron otra guerra, que se finalizó con una furiosa batalla que ganó Masinisa. Este bloqueó á los cartagineses en un campo en que á pocos dias se vieron sin agua ni víveres, y reducidos á tal extremo, que se sometieron á cuanto les pidió el vencedor. La principal condicion fue que los soldados pasasen bajo el yugo sin armas y medio desnudos. Al tiempo de retirarse, sufrido el abatimiento de esta ceremonia, Gulusa, hijo de Masinisa, irritado por algunas ventajas que estos infelices habian ganado contra él, les echó encima la caballeria numida, y fue tal la carniceria que hizo, que de cincuenta y ocho mil hombres solo se libraron Asdrubal y algunos oficiales que le seguian.

Se hallaba con Masinisa, que tal vez no previno esta horrible venganza, Escipion Emiliano, llamado así por haberle adoptado Paulo Emilio. Antes habian enviado por dos veces á Escipion Näsica, su pariente, para que examinase de cerca las disposiciones y proyectos de Cartago. Habia dado este general al senado un testimonio tan satisfactorio, que balanceó la maligna influencia de Caton, y suspendió la mala voluntad de los senadores contra Cartago; pero en el fondo siempre subsistian el

odio y los zelos contra esta ciudad infeliz. Se cree que dieron á Emiliano la comision de estar á la mira de los acontecimientos de la guerra, y de hacer entre las potencias africanas un tratado de paz si los republicanos vencian; pero de animar al rey si le veia victorioso, á perseguir vivamente á los cartagineses.

Estos, oprimidos con la última pérdida, enviaron á Roma embajadores pidiendo la continuacion de la paz; pero cuánta fue su sorpresa viendo que sin el menor motivo de rompimiento, cuando ellos daban estos pasos les declaraba la república la guerra! Supieron al mismo tiempo los preparativos formidables que se hacian contra ellos; y no hallándose en estado de resistir, determinaron sujetarse á los romanos por via de entrega; esto es, dándoles absoluta autoridad sobre sus ciudades, tierras y templos, y sobre todos los habitantes del pais de cualquiera clase, sexo y condicion que fuesen. Los que llevaban el encargo de esta humilde comision fueron en el senado bien recibidos. Se les prometió que conservarían sus leyes, paises, efectos y libertad con la condicion de que enviasen al cónsul que estaba en Sicilia, hasta trescientos para quedarse en rehenes y egecutasen lo que los cónsules Marcio y Manilio tuviesen por bien mandarles.

No bien estaban ya embarcados los rehenes, cuando Manilio á la cabeza del ejército y Marcio á la de la armada se presentaron delante de Cartago. Los cartagineses, que ya contaban con la paz, fruto de su sumision, envian á preguntar qué era lo que significaban aquellas demostraciones de hostilidad. Hicieron pasar á los que llevaron la comision por entre dos líneas de soldados al son de

los instrumentos militares, estando todo el ejército sobre las armas y con las banderas desplegadas. Vieron á los cónsules sobre un tribunal levantado, rodeados de sus principales oficiales, y separados del ejército con una balla; ante esta los colocaron como á los reos que van á ser examinados. El que iba de gefe en la diputacion hizo presente á los cónsules, con las atenciones convenientes, los inicuos procedimientos que contra ellos se empleaban, suplicando al mismo tiempo que no dejasen á los cartagineses en una cruel incertidumbre, y les comunicasen por último las verdaderas intenciones del senado.

Responde Marcio: "Yo os iré diciendo por su orden la que traigo de los padres conscriptos;" y para empezar á intimar estas órdenes, añadió: "Supuesto que estais bajo la proteccion de Roma, y deseais sinceramente la paz, ¿para qué necesitais de ese prodigioso número de armas de que estan llenos vuestros almacenes? Dadnos una nueva prueba de vuestro amor á la paz trayéndolas aquí todas." Respondieron los diputados, admirados de un preliminar tan espantoso, que tenian mas enemigos que los romanos contra quienes pelear, y que necesitaban de las armas, no solo contra los príncipes de Africa, sus vecinos, sino particularmente contra Asdrubal, que condenado á muerte por haber ofendido á Roma, se habia huido, y amenazaba con un ejército de veinte mil hombres. "Roma, replicó sin mas ceremonias el cónsul, sabrá proveer á vuestra seguridad; obedeced, y vivid tranquilos."

Cartago, engañada con la falsa demostracion de que se compondrian las dos repúblicas, no habia hecho provision de víveres: se ve, a sin aliados

y sin tropas asalariadas; lo mas escogido de sus tropas habia perecido en la última guerra contra Masinisa: no habia equipado la armada: y tuvo que resolverse á hacer el sacrificio que ya consideraba como el último. Se pasmaron los romanos al ver la inmensa cantidad de provisiones militares que los cartagineses llevaron á su campo; porque tenian para equipar toda la Africa. Llevaron entre otras cosas hasta dos mil catapultas, doscientas mil armaduras completas, y un número infinito de saetas y dardos. Acompañaban á este convoy de armas ancianos venerables, y los sacerdotes vestidos de ceremonia para escitar la compasion de los romanos.

Miraron los jueces con una sonrisa algo placentera al acompañamiento respetable. Pero revistiéndose inmediatamente de un aire grave y severo, habló Marcio, y dijo: "Mucho nos agrada esta primera señal de vuestra obediencia, y os damos la enhorabuena porque la habeis manifestado: sola una cosa tengo que pedir en nombre del pueblo romano. Este me manda declararos que su voluntad por último es que salgais de Cartago, pues se va á destruir; y que trasladéis vuestra habitacion al sitio que mejor os parezca en vuestros dominios, con la condicion de que ha de estar distante ocho leguas del mar, y sin fortificaciones ni murallas." Aunque hubiera caido un rayo entre los diputados, no los hubiera aterrado tanto. "Un poco de valor, añadió Marcio, bastará para que venzais vuestro afecto á la antigua patria; porque este está fundado en la costumbre mas que en la razon." A la verdad este consejo no era suficiente para consolar á los infelices: algunos se acongojaron, otros esplicaron su dolor con gritos y lamentos, y hasta los

mismos soldados no pudieron ver tan lastimoso espectáculo sin llorar. “ Poco á poco irán calmando, dijo Marcio, estos repentinos estremos; porque el tiempo y la necesidad enseñan á los desgraciados á llevar sus males con paciencia: en volviendo en sí los cartagineses, se resolverán al partido prudente de obedecer.” Con esta seca leccion de moral los envió á llevar á sus conciudadanos la noticia de la senténcia de Roma.

Figúrese cada uno el sentimiento, la indignacion, y los movimientos de furor y rabia que debió producir en Cartago esta perfidia de Roma: quitarles primero los mas distinguidos ciudadanos para tenerlos en rehenes; dejarlos después sin armas y sin defensa con engañosas apariencias de paz y de alianza; y cuando los tienen imposibilitados para resistir, intimarlos la orden de que dejen sus hogares y abandonen su patria. ¿Cómo habian de poder transportar sus mugeres, sus hijos, los ancianos, los enfermos? ¿en dónde se refugiarian? ¿en dónde hallarian casas para tanta multitud, ni materiales para edificarlas? ¿qué harian de sus vestidos y de los muebles? No se oia en toda la ciudad mas que un grito de desesperacion. Se arrojó el pueblo sobre los senadores que aconsejaron dar los rehenes y entregar las armas: los diputados fueron ignominiosamente arrastrados por las calles. Otros mas prudentes tomaron sus medidas para defender la ciudad; y dando libertad á los esclavos y á los que estaban en las cárceles, los hicieron soldados: adoptaron los senadores la resolucion de sufrir un sitio. Indultaron á Asdrubal, á quien por solo agradar á los romanos habian condenado á muerte, suplicándole que emplease los veinte mil hombres que man-



Esfuerzos de los Cartagineses.

Engañados los Cartagineses por la pérfida Roma, y para no ver arrasada su capital, convirtieron plazas, palacios y templos en obradores: en máquinas la madera de las casas: su cabello las mugeres en cuerdas; y fundidos el oro y plata de estatuas, vasos y utensilios particulares, supliéron por el hierro. Nada omitieron para resistir; y si fueron vencidos, acreditáron que merecian vencer.

daba ; y encargaron á otro Asdrubal , que era un general diestro , el mando de la ciudad.

Los cartagineses no tenían armas ; pero mandó el senado que se convirtiesen en talleres los templos, los palacios , las plazas públicas , y se fabricaban cada dia ciento y cuarenta escudos , trescientas espadas , quinientas picas y lanzas , y mil dardos. Sirvieron las maderas de las casas para construir máquinas ; y por falta de cobre y de hierro se valian del oro y de la plata. Fundieron las estatuas, los vasos, y hasta los utensilios de los particulares. En aquella ocasion se hicieron pródigos los mas avaros , y todo se sacrificó, hasta los ornamentos. Faltaron los materiales para fabricar cuerdas , y las mugeres se cortaron el cabello , y proveyeron con abundancia. Asdrubal empleó fuera de los muros sus tropas en juntar víveres , y transportarlos á la ciudad , en la cual á poco tiempo eran ya tan abundantes como en el campo de los romanos.

Con estos esfuerzos hallaron los cónsules una resistencia que no esperaban , y así fueron rechazados en dos asaltos. De los navíos viejos que se quedaron en el puerto fabricaron los sitiados brulotes, y dirigiendolos contra la armada de los romanos, quemaron gran parte de esta. Se alejó la guerra de los muros de Cartago , y se mantuvo con variedad de sucesos en las llanuras que estan al rededor. Escipion Emiliano , hombre siempre fatal para esta ciudad , siendo todavía un simple oficial , egecutó acciones de valor y destreza , cuya fama voló hasta Roma. Le eligieron cónsul para que concluyese esta guerra , que Manlio y Mancio creyeron acabar en pocos dias , y que por los recursos que se buscaron los cartagineses , duraba todavía despues de dos años.

Volvió á poner sitio á la ciudad, y cuando le parecia que la tenia bien bloqueada por mar y por tierra, los sitiados, que por algunos dias habian trabajado con ardor increíble, se abrieron salida por otro lado del puerto, y se presentaron de repente en el mar con una armada considerable, que atacó de improviso á las naves de los romanos. Duró el empeño todo el dia; pero á pesar de la sorpresa cedió en ventaja de los enemigos de Cartago, pues estos se hallaron al siguiente dia en estado de atacar un terraplen que por el mar cubria á la ciudad. Hicieron los sitiados prodigios de valor por defenderse. Muchos de estos se desnudaron, y tomando antorchas apagadas, avanzaron á nado hasta las máquinas construidas por los romanos: encendieron sus antorchas, y les pareció á los que guardaban las máquinas que eran algunos monstruos que habian salido del mar.

Mucho trabajo le costó á Escipion contener y asegurar á sus soldados. Al mismo tiempo que inyigilaba sobre los trabajos del sitio, seguia los movimientos del ejército de observacion de los cartagineses. No le dejó acercarse á las líneas: le acometió en sus trincheras, y dice su historiador que quitó la vida á setenta mil hombres, y que hizo prisioneros hasta diez mil. Esta derrota postró á los cartagineses: ofrecieron, valiéndose de Asdrubal su comandante, someterse á cualesquiera condiciones, si Escipion les prometia conservar su ciudad. No quiso ceder en este punto el general romano, y exclamó el cartagines: "No, no iluminará el sol la destruccion de Cartago viviendo Asdrubal." Irritado este con los desastres de su república, dió sobre los muros la muerte á todos los

prisioneros romanos; y no hubo género de suplicios que no les hiciese padecer allí. Les sacaban los ojos, les cortaban las narices, las orejas, los dedos; y, si se ha de dar fe á algunos historiadores, se divirtió este bárbaro inhumano en ver desollar vivos á muchos de estos infelices.

Pero este mismo hombre, despues de haber mostrado tanta resolucion, y de haber puesto á su muger y sus dos hijos en la ciudadela, bajo la custodia de los desertores romanos, que por no tener que esperar gracia debian hacer la mayor resistencia, fue á buscar en secreto á Escipion, y se rindió á él para salvar la vida. Parece que habia en la ciudad partidos, disensiones, y otras diferencias de las que anuncian y preparan las catástrofes: porque en el último asalto advirtió el general romano que no ponian el cuidado suficiente, y dijo: "No hay que temer de una ciudad llena de confusion. Ya los dioses la han puesto en nuestro poder." Con efecto, habia practicado Escipion antes del ataque cierta ceremonia religiosa que se usaba entre los romanos. Consistia esta en evocar los dioses tutelares de la ciudad sitiada, suplicándoles que desamparasen un lugar indigno de su presencia y proteccion; y despues de la evocacion ofreció solemnemente los habitantes de Cartago á la muerte y á los dioses infernales en estos términos: "¡O formidable Pluton, y vosotros, manes infernales, derramad sobre los cartagineses el miedo, el terror y la venganza! Sean destruidas las naciones y ciudades que han tomado las armas contra nosotros. Yo os sacrificio, ó furias, todos los enemigos de mi república en nombre mio y en el nombre del senado y pueblo romano; mas preservad de la muerte y de to-

dos los accidentes de la guerra nuestras legiones y nuestras tropas auxiliares.”

Subieron los romanos á las murallas, pero siempre avanzaban paso á paso, acometiendo á las casas una despues de otra; y á medida que iban quedando limpias las dos aceras de la calle, iban ellos subiendo á la ciudadela siempre peleando. Cada pulgada de terreno se la disputaba un ejército de cartagineses. Entre los gritos de muchos millares de heridos y moribundos hizo Escipion poner fuego al cuartel de la ciudad que caia hácia la fortaleza: duró seis dias el incendio; y por todo este tiempo fueron saliendo de entre los abrasados escombros hasta veinte y cinco mil mugeres y treinta mil hombres, á quienes el general perdonó la vida. Pasados los seis dias, los cartagineses que estaban en la ciudadela abrieron las puertas; y los desertores romanos, en número de novecientos, se refngiaron en el templo de Esculapio, que venia á ser como el torreón de la fortaleza; se defendieron allí cuanto pudieron; pero viendo que no podian resistir mas, incendiaron el templo. A proporcion que se estendian las llamas se iban ellos retirando: y ya estaban en el último recurso cuando un espectáculo horrible heló los corazones de todos.

Se presentó la muger de Asdrubal en lo mas alto de los muros, adornada como para un dia festivo: tenia sus dos hijos agarrados de las manos; y mirando á su marido, á quien alcanzó á ver al lado de Escipion junto á la muralla, le echó muchas maldiciones; y esforzando la voz, le dijo: “Hombre vil, el infame partido que has tomado para salvar la vida de nada te servirá: muere aquí en las personas de tus hijos.” Al mismo tiempo

mató con un puñal los dos hijos: todavía palpitaban cuando los precipitó desde lo mas alto del templo, y despues se arrojó á las llamas.

Tantas escenas horribles arrancaron lágrimas al general romano, y así permaneció por algun tiempo en un silencio triste, que despues rompió para decir dos versos de Homero, cuyo sentido es: *Tiempo vendrá en que perezcan la sagrada Troya, el belicoso Príamo y su pueblo.* Diciendo estas palabras dió un profundo suspiro. Preguntaronle, ¿qué es lo que entepdia por Troya, Príamo y el pueblo? Aunque Escipion no nombró á Roma, dió claramente á entender su temor de que algun dia vi-niese sobre su patria la infeliz suerte de Cartago. “¡Ay, dijo, que los mas grandes estados tienen sus períodos, y pasados estos, se complace la fortuna en abatir á los que ha levantado!” Aquí podriamos añadir: ¡Reinos florecientes y ciudades soberbias, que en el tiempo de vuestra prosperidad sois reinas de otras muchas, acordaos de la suerte de Cartago!

Abandonó Escipion á las tropas el saqueo, y estas le hicieron metódicamente segun la disciplina militar de los romanos. Los muebles, utensilios y la moneda de cobre que hallaban en las casas particulares pertenecian á los soldados. El oro, la plata, las pinturas y las estatuas debian ser entregadas al cuestor para beneficio de la república. Con esta ocasion recobraron sus ornamentos muchas ciudades que los cartagineses habian saqueado. Restituyó el Emiliano á los de Agrigento el toro de bronce, monumento de la crueldad de Falaris su tirano. Embarcó los despojos mas ricos en la galera que fue á llevar á Roma la noticia de la to-

ma de Cartago, y esperó la decision del senado sobre la suerte de esta capital, cuyos magníficos restos quisiera él conservar.

Llegó esta decision fatal; y Escipion, siempre pio, antes de dar principio á la destruccion cumplió con todas las ceremonias supersticiosas que se usaban en semejantes ocasiones. Ofrecian víctimas á aquellos dioses cuyos templos iban á arruinar, como para aplacarlos. Hizo llevar el arado al redor de las murallas; y despues mandó arrasar todas las obras que en muchos años habian levantado los cartagineses. Hecho esto, incendió los edificios, empezando el fuego al mismo tiempo en todos los cuarteles; y con ser así que todo lo devoraba con el mayor furor, duró el fuego diez y siete dias, hasta que consumió toda la ciudad. Habia esta subsistido por setecientos años, y disputado por doscientos con el poder de Roma. En el mismo año destruyeron los romanos á Corinto; y poco despues Numancia, famosa ciudad de España, fue víctima de su imprudente confianza en la buena fe que suponía en estos pérfidos conquistadores.

Siempre se ve en sus guerras contra los españoles el carácter de la injusticia y las vejaciones. Hallaron un contrario muy temible en Viriato, á quien muchas tribus y naciones habian hecho su general, y que siempre manifestó ser digno de su eleccion por el valor, prudencia y nobleza de sus procederes. El teatro de sus hazañas era la Lusitania. Por seis años consecutivos le favoreció la victoria, y esto le ayudó bastante para desprender á muchos del afecto á los romanos. Estos, temiendo perderlo todo, enviaron sucesivamente contra él

sus mas hábiles generales : como un Fabio, que restableció en las tropas de la república la disciplina ya despreciada : un Metelo, á quien se atribuye aquel dicho : *Si mi túnica supiera mis designios, la quemaria*. Despues de algunas ventajas contra el lusitano se dió á sí mismo la honra del triunfo á pesar del senado. Quiso un tribuno derribarle del carro ; pero Claudia su hija , que iba sentada con él , le defendió ; y el magistrado, honrando al sexo , y respetando la profesion de vírgen vestal, dejó á su padre concluir el triunfo.

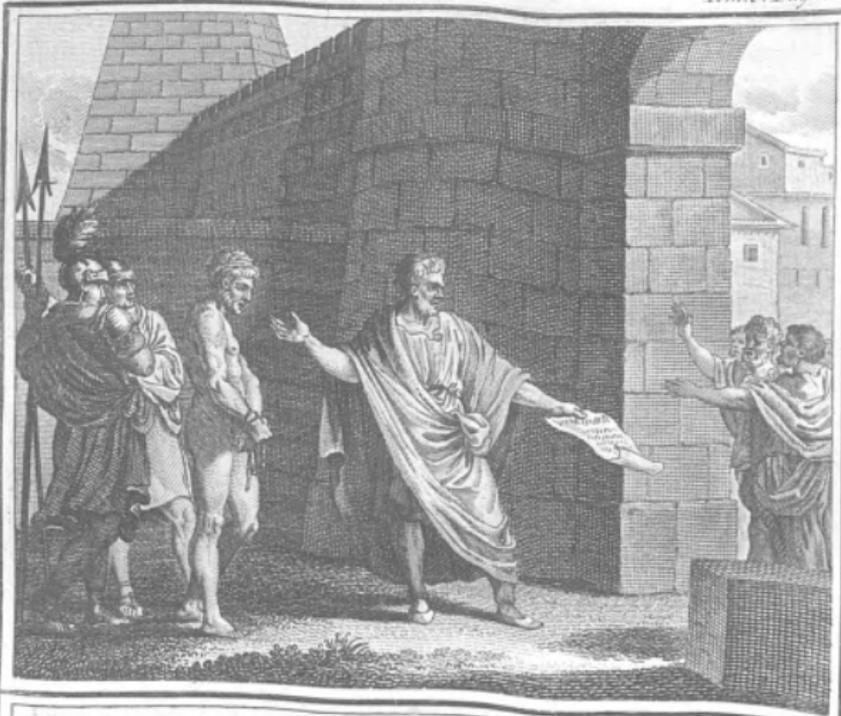
Mientras Metelo estaba sitiando una ciudad fue á rendirse uno de los habitadores principales, llamado Retógenes , que habia dejado en la plaza la muger y los hijos ; y los sitiados los pusieron en la brecha por donde iban los legionarios á dar el asalto. No pudiendo tomar la ciudad sin que costase la vida á aquellas víctimas inocentes, se resolvió Metelo á renunciar por entonces á una conquista que era segura ; y este fue un acto muy notable de humanidad en un general romano. Tenia en Roma un partido contrario, y este consiguió que le llamasen. Irritado con esta afrenta le sugirió el espíritu de venganza debilitar el egército que debia entregar á su sucesor. Licenció pues lo mas escogido de las tropas, agotó sus almacenes, dejó morir á los elefantes, y mandó romper las saetas destinadas para los archeros. De este modo empezaba ya el amor sagrado de la patria á dejar el lugar á la ambicion personal, y el primer egemplar fue Metelo, por sobrenombre el Macedónico.

Continuaba siempre Viriato sus victorias. Acometió al egército romano ; y pudiendo pasarle á cuchillo, propuso la paz á Pompeyo que le mandaba,

y se la concedió mas ventajosa que pudiera esperarla el cónsul. No fue tan generoso su sucesor Cepion en semejantes circunstancias; porque exigió de los lusitanos el duro sacrificio de entregarle los que habian escitado algunas ciudades á rebelarse, y el bárbaro les hizo cortar la mano derecha, y asesinar al mismo Viriato.

Se defendian con felicidad y valor los numantinos, pueblo pequeño, acometido por los romanos, y que solo les pedia la libertad y la paz; pero aunque en número inferiores, hicieron en una accion gran carnicería del egército romano; y aunque pudieran haberle destruido, se abstuvieron de efectuarlo con la sola condicion de quedar independientes, y contados entre los amigos de Roma. Roma sin embargo no concedia así su amistad: y resentida de que un pequeño pueblo se hubiese creído capaz de dispensarla gracias, resolvió destruirle. Se habia concluido el tratado por Tiberio Graco, cuestor del egército, á presencia del cónsul Mancino. Se daban ambos la enhorabuena de haber salvado diez mil ciudadanos á la república; pero se quedaron atónitos cuando llegando á Roma supieron que se desaprobaba su conducta, recayendo principalmente el castigo sobre Mancino.

D. del D. Antes de atacar á los numantinos (2871) el
 2871.
 A. de J. C. cónsul encargado de acometerlos y sujetarlos, les
 127. envió al mismo Mancino atado y desnudo como reo de una paz ilegítima, jurada sin orden ni potestad, y que la república no queria observar. Se negaron los numantinos á recibirle, diciendo que no le admitirian mientras con él no les entregasen todo el egército. Rechazaron al nuevo general; y se mostraron tan terribles, que teniendo Roma ley espresa



Mancino.

Dando Roma por ilegítima la paz autorizada por el Cónsul Mancino, que con ella la preservó 10⁰. ciudadanos: entrega atado y desnudo el mismo Cónsul á los Numantinos. Estos no le admiten, y exígen se les entregue el ejército mismo que Mancino libró con aquella paz; pero viendo atrepellada su razón, incendiáren su ciudad, abrasándose en ella todos, sin quedar uno á quien impusiera su vergonzoso yugo la pérfida Roma.

para no conferir la dignidad de cónsul á uno mismo dos veces en su vida, eligió á Escipion, persuadida á que solo el vencedor de Cartago podria subyugar á los numantinos. Estaba Numancia situada en una altura escarpada, y no tenia mas que cuatro mil ciudadanos capaces de llevar las armas. Embistió Escipion con sesenta mil hombres bien disciplinados, y los cuatro mil numantinos tuvieron atrevimiento para insultar á los romanos en sus trincheras, y presentarles la batalla. No la aceptó el general; y murmurando sus soldados, les dijo: "¿ No veis que los numantinos obran como desesperados? Ya es inevitable su ruina; y acometerlos ahora sería esponernos á derramar vuestra sangre. Jamas debe un diestro general arriesgar una batalla, sino cuando se vea precisado, ó tenga por segura la victoria."

Los numantinos, encerrados en su ciudad, y cercados de fosos y torres inespugnables, bramaban de rabia, porque no podian conseguir la muerte con el hierro de los enemigos, y la veian venir á paso lento traída del hambre cruel. Cinco de ellos engañaron á la guardia, y se esparcieron por las ciudades vecinas pidiendo que acudiesen á socorrerles. Se compadeció la juventud de Lutia, y se preparaba á dar sobre el campo de los romanos. Tuvo esta noticia Escipion por los ancianos, que eran de contrario parecer; y recibíendola despues de medio dia, se presentó al dia siguiente delante de Lutia con un gran cuerpo de tropas, y manda que le entreguen los principales de la juventud. Los padres ocultaron sus hijos, diciendo que se habian huido; pero el cónsul amenazaba con que iba á saquear la ciudad. Le presentaron hasta cuatrocientos: mandó cortarles la mano derecha, y se retiró. Esta accion

manchará siempre la reputacion del Emiliano, de quien se dice haber sido uno de los hombres mas honrados de la república. En cuanto á la suerte de Numancia hay dos opiniones: unos dicen que se entregaron á Escipion cadáveres ambulantes, estenuados con el hambre y la fatiga: otros que pusieron fuego á sus casas, y se quitaron la vida; pero de todas suertes no tuvo Escipion uno á quien llevar en su triunfo. La ciudad quedó enteramente consumida con las llamas; por lo que este Escipion Emiliano tomó el renombre de Numantino.

De las cenizas de Numancia salió la primera sedicion que manchó con sangre la capital, y fue el prelude de las guerras civiles, que costaron á Roma mas vidas de ciudadanos que la conquista del universo. Aunque no fue tan maltratado como Mancino, Cayo Graco, su cuestor, siempre tuvo sobre su corazon la infraccion de la paz de Numancia que él habia negociado. Culpaba en esto al senado: ocultaba el designio de vengarse, y halló el medio de conseguirlo en la renovacion de la ley litinia.

Prohibia esta ley que ciudadano alguno poseyese mas de quinientas fanegas de tierra; pero los nobles, despues de mas de doscientos y cincuenta años, la quebrantaban abiertamente. Consiguió Graco que le nombrasen tribuno del pueblo, y propuso que se restableciese en su vigor. Se dice que no fue la única causa de esta empresa el deseo de vengarse de los nobles, sino que le escitó á esto su madre Cornelia, que tambien lo era de la muger de Escipion. "Para hacerme honor, decia esta, me llaman la suegra del Africano. ¿Y por qué no me han de llamar la madre de los Gracos? ¿Es por ventura porque vuestro nombre no es muy ilustre? Procura hacerte famo-

so con alguna grande empresa, así por tí como por tu madre.”

La ley como la propuso Graco estaba bien mitigada. Tomandola con todo rigor hubiera despo-seido á los ricos sin reintegrarlos de todas las tier-ras que pasaban de quinientas fanegas; pero esta-blecia que todas las que escediesen se les pagasen del tesoro público. Permitia ademas que cada hijo de familia tuviese doscientas cincuenta fanegas á nombre suyo sobre las quinientas del que hacia ca-beza. Estas tierras, quitadas á los ricos, se debian distribuir entre los pobres, y era el atractivo que inventó Graco para ganar al pueblo. No habia hom-bre mas propio para salir bien de la empresa; por-que su firmeza en las resoluciones, su perseveran-cia é intrepidez, con su viva, fluida y poderosa elo-cuencia le hacian el ídolo del pueblo, á quien ha-blaba en su lengua, menos puro en las espresiones, que ingenioso en los rodeos que tomaba, y sólido en los razonamientos.

Para perder á un enemigo tan temible recur-rieron los ricos á la violencia y la calumnia. La primera no tuvo lugar, porque cuando iba ó volvia de hacer sus arengas le acompañaban siempre tres ó cuatro mil hombres. Tampoco sirvió acusarle de que aspiraba á la tiranía, porque el pueblo, cuya causa defendia, no lo quiso creer. Viendo los ne-bles que no le podian dañar personalmente, susci-taron un obstáculo á la misma causa. Ganaron á un tribuno llamado Octavio, hasta entonces amigo íntimo de Graco; y cuando este propuso la ley, in-terpuso Octavio su terrible *veto*, que todo lo sus-pendia. Súplicas, amenazas, todo lo empleó Graco para doblar á su amigo; pero fueron inútiles sus es-

fuerzos. Tomó el partido, hasta entonces desconocido, de hacerle dar por írrito y nulo. Pasó pues la ley, y se nombraron tres comisionados para ejecutarla: se hizo elegir Graco con su suegro y su hermano; pero por mas exactas que fueron sus investigaciones no les produjeron las cantidades de tierras suficientes para contentar á los pobres. Los ciudadanos que por entonces podian llevar las armas ascendian á casi cuatrocientos mil, y era preciso que siendo tantos hubiese muchos que necesitasen de la reparticion y que la deseasen. Viendo pues frustradas sus esperanzas, empezaban á murmurar contra Graco.

Por fortuna suya Filometor, rey de Pérgamo, dejó por aquel tiempo al pueblo romano heredero de su reino y sus riquezas. Hizo el tribuno que se decidiese, á pesar del senado, que el dinero de la sucesion se distribuyese á los que no podian conseguir tierras. Esta liberalidad picó en lo vivo á los padres conscriptos, y se exasperaron recíprocamente. Graco entonces quitó las mitigaciones de la ley, privando á los hijos de familia de las doscientas cincuenta fanegas, y contó con mas escrupulo las quinientas de los que hacian cabeza, para tener con que satisfacer á sus clientes. Hubo amenazas de parte de los nobles: publicó el tribuno que querian asesinarle; y se presentaba siempre vestido de luto, como quien estaba en peligro de muerte, y persuadió al pueblo que el único medio de librar su vida era continuarle en el tribunado.

Empezaban las tribus á votar á su gusto, cuando de repente los ricos, que se habian esparcido por la plaza, gritaron: "Justicia, justicia, que quieren trastornar todas las leyes, pues ningun ciudadano

puede ser tribuno dos años consecutivos." Fue tan grande el tumulto, que el mismo tribuno se vió precisado á dejar la asamblea para el dia siguiente. Durante la noche tomó sus medidas : y asignó los puestos á sus amigos , así en la plaza de los comicios , como cerca del capitolio , adonde él debia ir.

Cuando ya iba marchando llegaron á decirle que los senadores congregados en el templo de la Fidelidad al lado del de Júpiter Capitolino, se preparaban á salir y acometerle. El aviso era bien fundado : porque los senadores habian querido empeñar al cónsul Mucio Escévola en que los gobernase y los llevase contra el pueblo ; bien que su moderacion y prudencia no le permitieron ceder á esta impetuosidad. "Traicion nos hacen, gritaron muchos á un tiempo, pues nos abandona el cónsul. Tomemos la justicia por nuestra mano: vamos á derribar ese ídolo del pueblo : vamos corriendo, replicó con mas esfuerzo Escipion Nasica, primo hermano de Graco: vamos corriendo: síganme los que tienen amor á la república." Salen pues: entran en la plaza : trastornan los bancos : se hacen armas de sus astillas. Los partidarios del tribuno, dispersados, pedian la órden , y decian : "Prontos estamos , ¿ qué hemos de hacer?" No pudiendo Graco conseguir que le entendiesen, mostró la cabeza, queriendo decir que amenazaban á su vida. "Este, exclamaron los patricios y sus clientes, pide la corona." Huyó: le cogieron de la toga: la soltó: huyó en túnica; y sin duda se hubiera librado á no haber caido por estar el camino sembrado de los pedazos de los bancos; pero queriendo levantarse, le dieron tan fuerte golpe en la cabeza, que cayó de nuevo, y no vol-

vió á levantarse. Trescientos amigos suyos murieron en el motin: arrojaron sus cadáveres en el Tíber con el de Graco; y el senado estendió su resentimiento mas allá de este dia fatal, porque hizo buscar á cuantos habian sido amigos de Graco. Unos fueron asesinados sin forma de proceso, otros desterrados: á Cayo Bilio, uno de los mas zelosos defensores del pueblo, le cogieron sus enemigos, y le encerraron en una cuba con víboras y serpientes, en la que miserablemente pereció. No se detuvo el senado en absolver á Nasica y sus cómplices, justificando con su decreto todas las barbaridades cometidas contra Graco y sus compañeros.

Estas escenas, indignas de los que eran dueños del mundo, si se contaran por estenso pasmarian sin duda á los que se han formado una idea falsa de la magestad romana. ¿Qué mas hubiera hecho un senado de esclavos, cuales eran aquellos contra quienes en este tiempo combatian los romanos en Sicilia? Los de Damófilo, ciudadano de Ena, y los de su muger Megalis, dieron el primer egemplo de la rebelion. A lo que parece estos dos esposos eran crueles por emulacion; porque el marido habia hecho marcar en la frente á todos sus esclavos con un hierro ardiendo: todas las noches los encerraba en una estrecha prision, los hacia llevar muy temprano al trabajo sin mas alimento que el necesario para prolongar su miseria. La muger trataba con la misma crueldad á las esclavas, porque las daba tareas que no podian acabar, y por la menor falta las mandaba azotar con varas hasta derramar sangre. Estos dos monstruos tenian una hija de carácter enteramente opuesto. Era benigna y condescendiente; consolaba á estos infelices: les llevaba de

comer á la prision , y los aliviaba en cuanto estaba de su parte. Debe sentirse que no nos haya transmitido la historia el nombre de una persona tan estimable. Por último, la barbaridad del padre y de la madre pudo mas con los esclavos que los beneficios de la hija.

En la casa de un señor vecino estaba cargado de cadenas un cierto euno , nativo de Apamea en Siria. Despues de hecho esclavo en la guerra habia servido á diferentes dueños: era un hombre activo, vigilante, lleno de fuego: se preciaba de tener comercio con los dioses, y de conocer sus voluntades , y así le consultaban sus compañeros en la esclavitud. Habiendo formado conspiracion los de Damófilo con otros, fueron á consultar al Siro sobre si su proyecto sería agradable á los dioses, y saldrian con él. “Sí, respondió el oráculo, *como os deis prisa.*” A esta palabra sacudieron veinte mil brazos sus cadenas: resonó en toda la isla el nombre de libertad, y se alistó bajo sus estandartes una grande multitud. ¡Dichosos los dueños que habian tratado á sus esclavos con benignidad, pues hallaron defensores en su casa cuando los otros no encontraron sino verdugos! Tomó Euno el título de rey, señalando el principio de su reinado con el suplicio de los dos esposos, y tratando con el mayor respeto á su hija. Hizo matar á todos los habitantes de Ena, fundado en el principio de que no puede haber verdadera union entre esclavos y libres. Un tal Cleon , nativo de Sicilia, fue á buscarle con cinco mil hombres: otros le trajeron considerables tropas, y así se halló capitan de setenta mil esclavos; y aun si se hubieran reunido todos los que se rebelaron en diferentes para-

ges de la isla, pudiera haber formado un ejército de doscientos mil hombres.

Todas estas tropas, despues de algunas victorias y aun conquistas de ciudades, como compuestas de gentes mas afectas á la vida que á la honra, mas propias para el robo que para la disciplina, se deshicieron como la nieve á los rayos del sol, cuando las acometieron las tropas regladas, que los romanos enviaron en socorro de los sicilianos. Cleon fue muerto: Euno murió en la cárcel; y dispersado todo el resto, volvió á sus cadenas. A esta rebelion se siguió á lo menos la ventaja de que Rupilio, hombre digno de los primeros tiempos de la república, á quien enviaron para dar fin á esta guerra, dispuso para los sicilianos leyes que suavizaban mucho la suerte de los infelices esclavos.

Por este mismo tiempo Domicio esparcia el terror de las armas romanas en la Galia transalpina. Halló temibles enemigos en los de Obernia y en los Alobroges, que se cree son los suizos. Bitutico, rey de los primeros, envió al general romano un embajador que iba ricamente vestido, y con una numerosa escolta. Lo que sorprendió mas á los romanos fue ver que le seguia una compañía de perros que venian marchando detras de él como las tropas regulares: á su lado estaba un bardo que cantaba las alabanzas de su rey, de su pueblo y del embajador. Sostuvo Bitutico la guerra con valor; y aun la hubiera prolongado si Domicio no le hubiera hecho prisionero por traicion en una conferencia. Sus pueblos y sus aliados, viéndose sin el gefe, rindieron las armas. Llevaron al infeliz príncipe á Italia, y permitió el senado que adornase el triunfo de Domicio. Despues por un decreto le

confinaron á la ciudad de Alba, en donde murió.

Al mismo tiempo que Roma era el tormento de todos los pueblos, no se veía libre de disensiones (2883): pues la guerra intestina rasgaba sus entrañas, y la facción de Graco no había muerto con él, porque dejó un hermano capaz de sostenerla y de vengarle. Así como los nublados se amontonan, y ponen negro el horizonte antes de las negras tempestades, así se veían en la ciudad agitaciones, murmuraciones, reconvenções de unos contra otros, y los truenos de las amenazas. Todos pretendían sorprenderse en sus palabras. “¿Qué pensais, dijo un día el tribuno Carbon á Escipion, de la muerte de Graco vuestro cuñado?” “Yo pienso, respondió el héroe de la Africa, que sufrió el justo castigo de haber pretendido sembrar la discordia en la república.” El pueblo, instigado por el tribuno, recibió esta respuesta con silbos; y Escipion, revistiéndose del aire de la autoridad que da la costumbre de mandar, mirando hácia la multitud con altivez, la dijo: “¿Creeis que yo temo vuestro murmullo? ¿Yo que tantas veces he desafiado el furor de vuestros enemigos? Miserables, ¿qué hubiera sido de vosotros sin mí y mi padre Paulo Emilio? Seriais ahora esclavos de los que nosotros hemos vencido. ¿Ese es el respeto y el reconocimiento que manifestais á vuestros libertadores?” Se retiró el pueblo confuso, pero mas colérico que apaciguado.

La egecucion de la ley sobre las tierras, siempre pedida por el pueblo, y siempre estorbada por los patricios, era la causa de los odios y los enconos; pero tambien concurrían otras causas, como eran las envidias entre los ricos, las querellas de familia, y las venganzas particulares. Por un motivo

D. del D.
2883.
A. de J. C.
115.

de esta especie estuvo en peligro de morir Metelo, el conquistador de Macedonia, llamado por esto Macedónico. Siendo censor hizo que se negase lugar en el senado al tribuno Labeon. En una conmocion popular asió el tribuno al venerable anciano por la garganta, pronunció contra él una sentencia de muerte, y mandó que le precipitasen de la roca Tarpeya. Ya iban á egecutar la órden cuando otro tribuno, llamado prontamente por los patricios, se opuso, y sacó de la mano de los verdugos al primer magistrado de Roma despues de los cónsules. Labeon, lejos de ser castigado por su violencia, hizo pasar un decreto en virtud del cual debian tener en lo sucesivo los tribunos voz deliberativa en el senado. A los principios solo tenian asiento á la puerta exterior, para que se les pudiese llamar en caso necesario.

Los desórdenes que se iban multiplicando hicieron que el senado pensase en crear un dictador. Iban á elegir á Escipion, cuando al dia siguiente de haber tomado esta resolucion le hallaron muerto en su lecho, no sin sospecha de violencia, pues se advertian señales. De este modo uno de los dos Africanos murió asesinado, y otro en una especie de destierro. La misma patria, que ellos habian preferido á la humanidad, fue la que hizo justicia. Algunas veces dispone la Providencia estos egemplares; pero son inútiles para aquellos que tienen obstinado el corazon con el deseo de fama. El segundo Africano no dejó á sus hijos mas que treinta y dos libras de plata, y dos y media de oro: pobreza que á la verdad pasma en un general que pudiera haberse enriquecido con los despojos de Cartago. Los patricios le lloraron como á su padre; pero el pue-

blo se opuso á que se hiciesen pesquisas sobre su muerte, temiendo que se hallasen pruebas contra Cayo Graco, que sucedia á su hermano en el favor popular, y aun le reemplazaba tambien por sus talentos y por su odio al senado.

Empezó Cayo su carrera política por el servicio militar, consiguió la cuestura del ejército de Cerdeña, y en él se concilió la estimacion del general por su valor, su exactitud, y el afecto que le tenían los soldados por el cuidado con que los proveia de vestidos y de víveres. El senado, que no le perdía de vista, temiendo estos principios de crédito, llamó el ejército de Cerdeña, y le dejó en esta isla con el empleo de procuestor, ó como simple cajero de la república. A lo que parece ya estaba aliado con la faccion popular que se sostenia en Roma. Halló apoyo esta en Fulvio Flaco, cónsul plebeyo, que la dió nueva fuerza haciendo pasar una ley que daba el derecho de ciudadanos romanos á todos los aliados que no hubiesen tenido parte en la distribucion de las tierras. Graco, ó cansado con el empleo obscuro en que le ocupaban, ó llamado por sus partidarios, dejó su puesto sin el permiso del senado, y volvió á Roma. Este golpe ruidoso descubria sus intenciones y su atrevimiento. Le acusaron: pero le absolvieron. La alta estimacion y la inquietud que el pueblo dio á entender durante su proceso, le animó á solicitar el tribunado. Cornelia, su madre, que ya no tenia gusto en proyectos de ilustracion por el trágico fin de su hijo mayor, escribió á este desde la casa de campo en donde vivia retirada dos cartas muy tiernas.

“Hijo mio, le dice en la primera, ya ninguno participa contigo del afecto de tu madre: Tiberio no

vive, y eres tú por consiguiente el único objeto de mis esperanzas y mis temores. Tu hermano se abandonó al espíritu de venganza, y vino á ser él la víctima. ¿Te sacrificarás tú á la misma pasión?" Añade que la serviria de mucho gusto ver vengada la muerte de su hijo; "pero la idea del bien de mi patria, dice, puede mas conmigo, que la de haber perdido mi hijo. ¡Ay Graco! acuerdate de que el golpe que tires á tu patria, penetrará el seno de tu madre. ¿Qué es lo que digo? Tendrás que rendirte al peso de tu temeraria empresa, y así te perderé yo á tí, y quedarán vivos tus enemigos. ¡Ay desgraciada madre! pues de cualquiera modo que suceda siempre recaerán sobre mí los funestos efectos de las inquietudes que vas á escitar." Insistió Graco en sus intenciones, y le escribió su madre otra carta, esplicándose en estos términos: "Hijo cruel, despues de los que quitaron la vida á tu hermano, no tengo enemigo mas cruel que tú. ¿Podiera yo esperar que el único hijo que me quedaba envenenaria con pesadumbres los pocos dias que me restan de vida? ¡Infeliz de mí! ¿Qué espectáculo te atreves á proponerme? ¿Con que será preciso que yo antes de mi muerte vea destruida la república? Bastantes escenas trágicas ¡ó Graco! ha dado nuestra familia. Para pretender el tribunado espera hasta que yo esté en el sepulcro. No permitais, Júpiter, que mi hijo insista en un desig-nio que va á perderle á él con su madre y su pais."

Vanas reconvenciones, vanas súplicas, porque continuando en pretender el tribunado, le consiguió, y tuvo de particular su eleccion, que faltando ya lugar en donde se celebraban los comicios, subieron muchos ciudadanos á los tejados de

las casas, y desde allí dieron sus votos con aclamacion general. No tardaron mucho en manifestarse sus designios contra el senado, ayudándole mucho en ellos Fulvio el antiguo cónsul, furioso plebeyo y enemigo de los nobles. Dieron nueva fuerza á la ley de las tierras, para lo cual los habian nombrado comisarios. En la egecucion nada omitió Graco de cuanto pudiera agradar al pueblo. Hizo reparar los caminos reales, edificar muchos puentes, erigir columnas miliarias, colocar de trecho en trecho piedras para comodidad de los pasajeros, si tenian que montar á caballo. A pesar del senado hizo pasar una ley de que se edificasen en Roma grandes alnacenes, que estos se llenasen de trigo á costa del público, y cada semana se repartiase cierta cantidad á los pobres á un precio bajo. Para subvenir á estos gastos cargó de impuestos las mercaderías de lujo. Con estos reglamentos y otros semejantes, tomó tal ascendiente sobre el pueblo, que se podia decir que era señor de Roma.

Durante esta magistratura dió al senado un golpe fatal. Los caballeros, aunque de la clase del pueblo, se inclinaban no obstante, como ricos, á la de la nobleza. Graco ganó la voluntad de esta clase media, haciendo que pasase á ella la autoridad mas preciosa de los senadores; esto es, el derecho de hacer justicia. Con los esfuerzos de Graco, y á pesar de los padres conscriptos, consiguió establecer que el juicio de todas las causas así civiles como criminales entre particulares perteneciesen á los caballeros con exclusion de los senadores. "Por último, exclamó, ya he humillado á los senadores." De este modo se descubren algunas veces los que son ca-

bezas de faccion. Una sola palabra puede hacer patente su intencion perversa; pero el dicho de Graco prueba que estaba muy distante de trabajar únicamente por el pueblo, como él lo publicaba, y el pueblo lo creia. Tambien hizo que reviviese una obligacion impuesta en otro tiempo á los jueces, y consistia en no permitir que se egecutase sentencia capital contra un ciudadano romano sin el consentimiento y órden del pueblo.

Para dar mas fuerza á su partido, pensó Graco proponer que el privilegio de ciudadanos de Roma, concedido á algunos aliados, se estendiese hasta el derecho de tener voto como los verdaderos romanos. No tuvo buen éxito esta novedad, porque se opuso el senado; y aun se entibió la mas sana parte del pueblo, que miraba mal el desigño de que otros gozasen una prerogativa que hasta entonces era exclusivamente suya. Este proyecto habia llevado á Roma una multitud de forasteros dispuestos y determinados á apoyarle. Con esto se asustó el senado, y ordenó que saliesen de la ciudad. Permitted el tribuno que los echasen fuera, por temor, como él decia, de escitar una guerra civil; y esta flaqueza fue la que dió el primer golpe á su concepto para con la plebe. Continuó el senado en debilitarle oponiéndole un concurrente en la persona de Livio Druso, que era un plebeyo en la flor de la edad, buen orador, de una conducta regular, y muy inteligente en negocios. Concertaron secretamente con él los senadores ciertas proposiciones que hacia en utilidad del pueblo, y le dejaban el honor de hacerlas aceptar; y de este modo tuvo el favor popular igualmente que Graco. A este le armaron otro lazo que lisonjaba su amor propio; y

fue que partiese á reedificar á Cartago destruida por los Escipiones, que, aunque parientes muy cercanos, eran sus enemigos.

Cuando volvió, despues de separar las ruinas y levantar alguna apariencia de ciudad, á la que llamó Junonia en honor de Juno, halló á Druso, su rival, muy adelantado en el favor del pueblo; no obstante, consiguió que le hiciesen tribuno por la tercera vez; pero se indispuso con sus cólegas sobre distinciones y asientos en el teatro. Tambien dió contra el senado, no como antes quitándole derechos y prerogativas en favor del pueblo, sino calumniándole é insultándole, lo cual agradaba mucho á la plebe, pero no á la parte mas sana de los ciudadanos. Procuraron los senadores dar el consulado á Opimio, enemigo personal de Graco, que hizo cuanto pudo por escluirle de esta dignidad. Para volver á edificar á Cartago se dispuso la leva de seis mil romanos, que al parecer debian formar allí una colonia, y no eran de los mas acomodados de la capital. Graco, encargado de volver á dar la última mano á la empresa, levantó este cuerpo, mas no le llevó muy lejos.

Sobre una noticia que corrió, y tal vez se esparció á propósito, de que el senado iba á revocar la órden de reedificar á Cartago por no ser favorables los augurios, volvió Graco con su tropa, y sospecharon que este paso era como un desafio ó verdadera agresion. El dia en que se debia tratar de nuevo la reedificacion de Cartago, destinada á ser todavía, como se ve aun despues de su ruina, motivo de temor para los romanos, pusieron Graco y su amigo Fulvio grande número de sus partidarios bajo los pórticos del capitolio, como si pretendieran

bloquearle. El cónsul Opimio cumplió por su parte en el templo con el sacrificio que debía preceder á la deliberacion: uno de sus lictores llevaba las entrañas de la víctima fuera del templo; y pasando por donde estaban los amigos de Graco, les dijo con desatencion: "Malos ciudadanos, haced lugar á los hombres de bien." Pagó este insulto con una puñalada que le dejó muerto en el sitio. Por este caso, y por haber sobrevenido una fuerte tempestad, dejaron la asamblea para el dia siguiente.

Durante la noche se apoderó Opimio del capitolio: al amanecer se juntó el senado, é hizo llevar á su presencia el cadáver ensangrentado del lictor. Este espectáculo recalentó los espíritus, y abrasó los corazones con el deseo de la venganza. Salió decretado que el cónsul cuidase de la república, lo cual era lo mismo que darle la autoridad de dictador. Al punto hizo tomar las armas á todos los caballeros romanos, mandando que llevase cada uno dos criados bien armados. Sabiendo Fulvio estas disposiciones de hostilidad, juntó el populacho, y con dos hijos suyos y una confusa multitud fue á poderarse del monte Aventino: Graco, que lo supo, se prepara á seguirle: su muger, que le amaba tiernamente, acude bañada en lágrimas á detenerle: le ase de la ropa, y teniendo en sus brazos el hijo, prenda única de su amor, le dice: "¿Adónde vas tan de mañana? ¿ignoras tú que los que mataron á tu hermano, quieren hacer contigo lo mismo? Mira que vas á ponerte á la cabeza de un vil populacho, que te abandonará cobarde si ve el menor peligro. Si tienes algun afecto á mí y á este hijo querido, no arriesgues una vida que nos es tan preciosa." Penetrado de dolor, y

sin tener fuerzas para responder, se arranca de sus brazos. Ella le quiere seguir, y cae desmayada.

Llegó Graco adonde estaba Fulvio, y á la primera vista advirtieron que un populacho como el que los acompañaba, era incapaz de resistir á las tropas consulares y á todo el cuerpo de la nobleza, reforzado de sus clientes; por lo que procuraron entrar en composicion. Tenia Fulvio un hijo de doce años, admirado de cuantos le conocian por su hermosura y espíritu: le pusieron en la mano un caduceo, y le enviaron á ofrecer la paz. Opimio ridiculiza la embajada, y manda al embajador que diga á los que le habian enviado, que para conseguir la paz debian venir ellos en persona á sujetarse al juicio del senado; y hablando con el jóven Fulvio, le dijo: "Niño, cuidado que no vuelvas otra vez, porque el enviar un embajador como tú, no puede mirarse sino como un insulto." A pesar de que esta advertencia presentaba claramente las amenazas, volvieron á enviarle, y exclamó Opimio: "Esto ya es insultar demasiado; lleven al muchacho á la cárcel." Y al punto mandó tocar á acometer.

Antes de este tiempo habia habido entre los romanos algunas querellas sangrientas; pero esta fue la primera vez que se vió combatir romanos contra romanos dentro de Roma, y hubo una verdadera batalla: el choque fue terrible, y mordieron el polvo muchos patricios. El cónsul, hallando mas resistencia que pensaba, mandó proclamar la amnistia ó perdon para los que dejasen las armas, y puso al mismo tiempo en precio la cabeza de Graco y la de Fulvio, prometiendo pagarlas á peso de oro á los que las llevasen. Esta proclamacion tuvo su efec-

to, porque toda aquella multitud huyó ó se rindió. La codicia de la recompensa hizo buscar y encontrar á Fulvio y á su hijo mayor, cuyas cabezas llevaron al cónsul. Un asesino, alentado por el mismo motivo, le llevaba la de Graco. Septimulcio, que siempre habia profesado amistad al tribuno, tomó de manos del asesino aquella cabeza, y antes de entregarla á Opimio, la llenó de plomo, para que pesase mas, y se aumentase la recompensa.

El implacable Opimio envió un lictor á la prision á decir al jóven Fulvio, que eligiese el género de muerte que le habian de dar: hecha semejante oferta á un muchacho de doce años, se puso á llorar. Uno de los augures etruscos, que se hallaba en la misma cárcel, le dijo: ¿Tan terrible te parece que es morir? Ahora te haré ver que no hay cosa mas fácil; y al mismo tiempo se arroja contra uno de los postes de la puerta, se deshace la cabeza y muere: le imitó el muchacho, y tambien cayó muerto. A vista de esta barbarie no se debe esperar que el intratable Opimio perdonase á ninguno. Hace encarcelar y condenar á muerte á todos los amigos de los Gracos que pudo descubrir, y arrojar en el Tiber los cadáveres de tres mil hombres que habian perdido la vida en el monte Aventino, confiscándoles los bienes. Prohibió con decreto que sus parientes se vistiesen de luto; y para no chocar del todo al pueblo, cargó de réditos á las tierras que escediesen las quinientas fanegas que se permitia poseer. Estas rentas debian pagarse al tesoro, y este debia ayudar con ellas á los pobres; pero despues se suprimieron estas contribuciones, porque los patri-



Gladiatores.

Sin odio, y tal vez sin conocerse, se presentaban desnudos en la arena dos hombres armados con espadas, luchaban, y se herian hasta que el uno ó ambos perdian la vida. En el tiempo y en medio de la cultura Roma, con la autoridad de sus magistrados y á presencia de sus sabios y ciudadanos de todas clases, se repetia por solo diversion tan inhumano espectáculo; y sin embargo Roma llamaba bárbaro al que no era romano.

cios pagaban lo suficiente en los gastos á que les obligaban las funciones de sus empleos.

De este modo nada quedó de las empresas de los Gracos, sino la memoria de su inutilidad para el beneficio del pueblo. Lo que enseñaron á las cabezas de facciones que se siguieron fue el arte de inquietar al populacho, de apasionarle, embriagarle con esperanzas, y escitar y dirigir sus furores. A Opimio se le puede considerar como inventor de las proscripciones. Ofreciendo premio por las cabezas inflamó la codicia, y rompió los lazos del parentesco y la amistad. Con el espectáculo de los ciudadanos que todos los dias caian bajo el hacha de su venganza, acostumbró á los romanos á la sangre. Una miserable apatía ó insensibilidad, consecuencia de haberse envilecido los pensamientos, les hacia sufrir, casi sin murmurar, estas bárbaras egecuciones á su vista. Ya los llevaba á estos espectáculos una feroz curiosidad, cuyo gusto se sostuvo con los combates de gladiadores, que eran entonces muy comunes.

Se cree que los gladiadores tuvieron su origen en Grecia, y que fueron sustituidos por los sacrificios humanos, que por costumbre se hacian en las exequias de los grandes, y en vez de sacrificar á los que debian acompañarlos á la hoguera ó al sepulcro, se les hacia pelear unos contra otros. De los funerales pasó esta costumbre á las fiestas públicas, y vino á ser parte de ellas. Al principio solo se admitian los prisioneros de guerra; pero despues se presentaron en la palestra personas libres, ó por emulation de valentía, ó por ganar dinero, cuando se veian arruinados por sus escesos. Hasta mugeres se vieron presentarse; y para los romanos era un

espectáculo delicioso. Cada día se fue refinando mas y aumentando este abominable placer. En el primer combate de gladiadores, que se vió en Roma, no hubo mas que seis; y cuando Julio César tuvo el empleo de edil sacó hasta sesenta y cuatro. El modo mas seguro de conseguir el amor del pueblo era procurarle estas diversiones, porque las deseaba y pedia á gritos, y aun las llamaba verdadero beneficio: *Manus gladiatorium*. Las mugeres eran las que mas concurrían. Los poetas satíricos, que no se tienen por exageradores en esta parte, nos pintaron la inquieta curiosidad con que seguían los movimientos de los combatientes, con cuánta ansia esperaban ellas el éxito del combate, y cómo gritaban de gusto y admiracion al ver un golpe bien dado con que caía un infeliz sobre su sangre. Los historiadores nos cuentan tambien otros horrores, como la asquerosa barbaridad del bajo pueblo, que con pretesto de remedio aplicaban la boca á las heridas de los moribundos, y bebían la sangre que salía á borbotones. De este modo nos hace ver la historia, que en el carácter del populacho no ponen los siglos diferencia, y que si varía el modo de esplicar su brutalidad, el fondo siempre es el mismo.

Las crueldades de Opimio no se pasaron sin que nadie reclamase, y así le acusaron; mas como todo se mezcla en las facciones, un antiguo partidario de los Gracos, llamado Papirio Carbo, fue el que tomó su defensa, y le hizo absolver. Fue despues citado en justicia Carbo por haber movido á Graco el mayor á pedir un segundo tribunado, y haber sido uno de los cómplices en el asesinato del segundo Escipion. Su acusador Craso, jóven de veinte años, no quiso admitir para sostener su causa el

medio que le ofrecia la infidelidad de un esclavo, que hurtó la caja de los papeles de su amo, y se la presentó: le volvió á enviar la caja sin abrirla con el esclavo cargado de cadenas, diciendo: " Mas quiero que se salve un enemigo criminal, que perderle por tan viles medios; " y en efecto, no necesitó de mas que su elocuencia para triunfar de un contrario que era tambien muy elocuente. Carbo, cuando iban á condenarle, se envenenó.

Por este tiempo empezó á darse á conocer el famoso Mario (2886). Era de baja esfera, y habia nacido en el pais de los volsco. A una prodigiosa talla y fuerzas poco comunes juntaba la inteligencia, el valor y aun la temeridad. Su modo de mirar tenia no se qué de feroz. Sus modales eran rústicos; pero este grosero exterior ocultaba un gran fondo de espíritu. Pronosticó Escipion que sería uno de los grandes generales de la república. Para llegar á esta honra pasó por todos los grados del servicio, y nunca subió á otro mas elevado sino por alguna accion ruidosa. En los negocios civiles mostró la misma intrepidez que en la guerra. Le hicieron tribuno, y durante esta magistratura introdujo en las elecciones, á pesar del senado, un orden favorable al pueblo. Quiso oponerse el cónsul Cota, que habia sido su protector; y Mario, sin atencion á sus beneficios, le amenazó con la prision. Desistió el cónsul, y el valor del tribuno le hizo grande honor para con el pueblo, que desde entonces le miró como un firme defensor contra la opresion de los patricios.

Las leyes contra la depravacion de las costumbres dan á entender el grande desorden que reinaba en Roma; y este era peligroso, porque se introdujo

D. del D.
2886.

A. de J. C.
112.

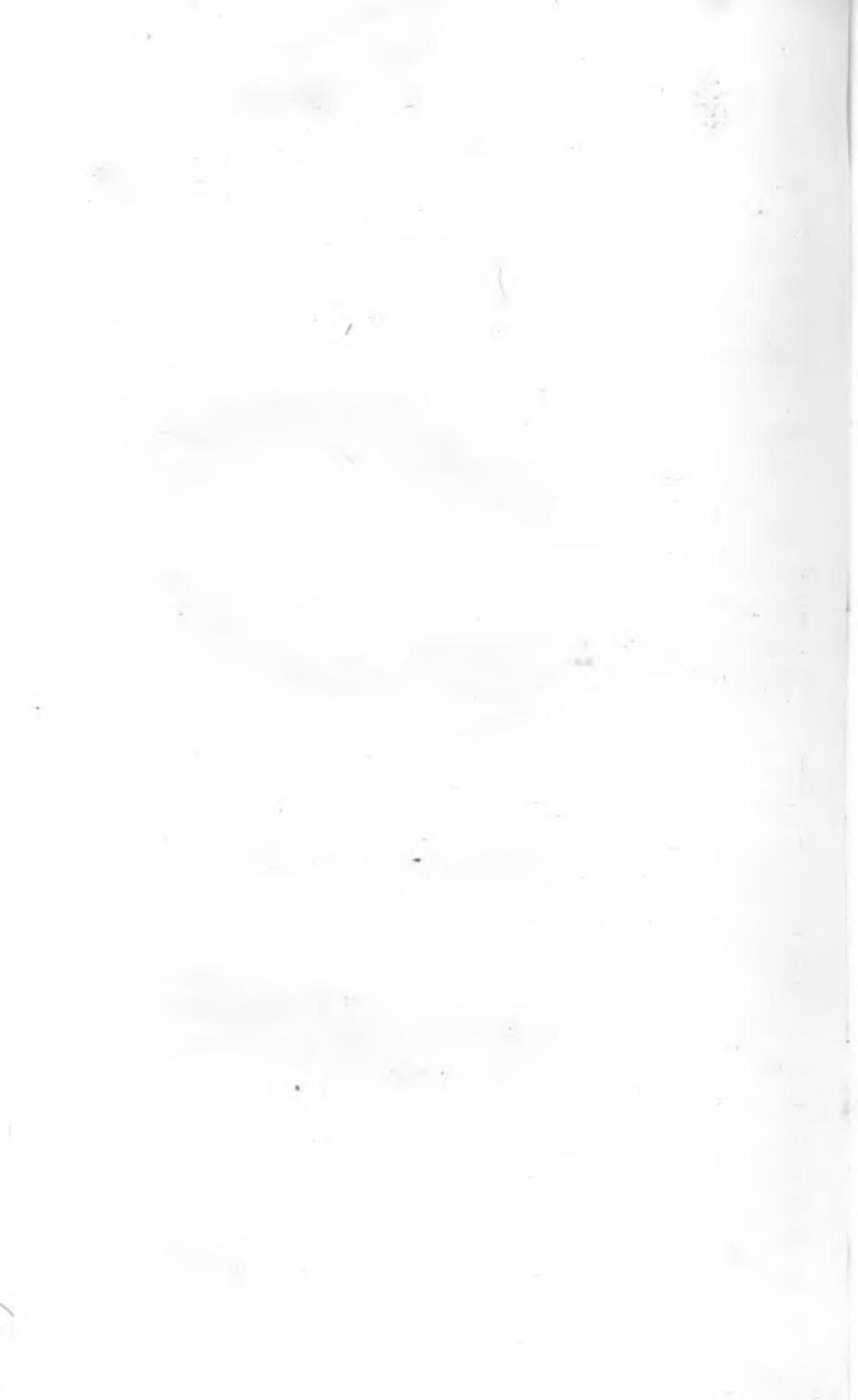
en las clases mas respetables de la república. Se vicron precisados los censores á borrar de la lista de los senadores treinta y dos patricios; y fue necesario hacer severos reglamentos contra el lujo de las mesas, los juegos de fortuna, y los conciertos públicos. Acusaron á tres vestales de haber faltado á su voto; pero los pontífices castigaron solo á una, perdonando á las otras dos, aunque tan culpadas, así porque eran de las primeras familias de la república, como por temor de que su castigo deshonrase demasiado el orden sacerdotal. Murmuró el pueblo, se examinó de nuevo el asunto, poniendo la decision en manos de Lucio Craso, que era hombre íntegro y severo. Este condenó sin misericordia á las dos vestales perdonadas, al mismo suplicio que la otra, esto es, á ser enterradas vivas; y á sus galanes, que tambien eran de las primeras familias, á ser azotados con varas hasta que muriesen. Por este tiempo se contaban en Roma trescientos noventa y cuatro mil trescientos treinta y seis ciudadanos en estado de llevar armas.

Ademas de esto tenia la república en las Galias egércitos, de los cuales desesperados de poder defenderse los de Estern, pueblo que habitaba al pie de los Alpes, pusieron fuego á sus casas, mataron sus hijos y mugeres, y se arrojaron á las llamas. En España Mario, siendo pretor, venció constantemente á los bandidos, y consiguió que los pueblos de su gobierno no viviesen de rapiña. Metelo triunfaba de la Macedonia, y su hermano de la Cerdeña y de la Córcega; pero al cónsul Papirio le habian vencido los cimbrios. Entre estas guerras, la que principalmente fijaba la atencion de los romanos era la de Numidia contra Yugurta,



Vestal castigada.

La Vestal que faltaba á su voto tenía en Roma la pena de ser enterrada viva; pero acusadas de este delito tres Vestales, los Pontífices, atendiendo á que des eran de las primeras familias, y temiendo que el castigo de tantas deshonrase al orden sacerdotal, solo hicieron sufrir la pena á la otra, no mas fragil sino mas desvalida. Se murmuró, se castigó á las otras; pero los malos Juices quedaron sin castigo.



Bien que esta atención no se empleaba tanto en las operaciones militares cuanto en las negociaciones pecuniarias (2892), á las que daban mas ó menos actividad las victorias ó los reveses de la fortuna. Empezaron así que Yugurta, nieto de Masinisa, hizo matar á Hiempsal, su hermano, heredero del trono como él; pero estaba otro llamado Adherbal con igual derecho al reino, y debia este dividirse entre los tres. Con el fin de evitar que su hermano le quitase la vida, se refugió á Roma reclamando su protección. Le siguió Yugurta; llamado á dar cuenta de su proceder; pero le justificó el dinero que derramó con profusión, y nombró el senado diez comisionados para repartir el reino entre los dos; porque en los poderes no se trató del asesinato del infeliz Hiempsal, pasándole en silencio como por puro accidente: así le presentó Yugurta, y quisieron darle crédito. Los diez comisionados estaban dispuestos á creer y condescender en cuanto pidiese el poseedor de los tesoros de Numidia. Hicieron el repartimiento, y se aplicaron tan poco á poner en seguro á Adherbal, que así que ellos partieron, le encerró su hermano en su propia capital.

Escauro, general romano, se presentó, habló con valentía á Yugurta, y le dio en rostro con que después de haber asesinado á un hermano, queria hacer que el otro muriese de hambre. Le mandó pues levantar el sitio de la capital: él lo ejecutó, y se retiró el romano; pero volvió el numida, tomó la ciudad, y quitó á su hermano la vida con su propia mano, después de darle crueles tormentos, en castigo de haber llamado contra él á los romanos. Esta conducta de Escauro fue tambien la de otros muchos generales que enviaron contra Yu-

D. del D.
2892.
A. de J. C.
106.

gurta. Le amenazaban vigorosamente para que el príncipe no regatease mucho en los medios de apaciguarlos, y duró este manejo hasta que el pueblo romano, instruido é indignado de la codicia vil, y la injusticia interesada de sus senadores, hizo el proceso á los culpados. Entre ellos fue uno Opimio, que se habia mostrado inexorable contra Graco y sus partidarios. Le condenaron con algunos de sus cómplices á un destierro perpetuo, y murió en la miseria. Este castigo se le dió Escauro, aunque tal vez era mas culpado que todos; pero habia tenido medios para conseguir que le nombrasen cabeza de la comision formada para este asunto, y castigó con la mayor severidad á muchos que eran menos delincuentes que él.

Quiso tambien el pueblo que se hiciese seriamente guerra á Yugurta, y la confiaron á Metelo, distinguido por su probidad, valor y habilidad militar. Debe advertirse que en esta guerra sirvieron los dos famosos rivales Mario y Sila: el primero como teniente general, elegido por el mismo Metelo, que le dió este grado; pero tuvo bien que arrepentirse de haberle escogido. Tenia Mario todos los talentos guerreros, valor, intrepidez, presencia de espíritu en el peligro, prontitud, y genio fértil en expedientes y recursos; pero ni aun sospechaba que hubiese en los otros aquellas disposiciones morales que forman el carácter de un hombre honrado. Era muy vano, y decia que no debia su elevacion sino á su mérito, y tan lejos estaba de conocerse obligado á Metelo, que le chocaban los justos elogios que daban á este general, y desacreditaba todas sus acciones. Si se le oia, ademas de que la lentitud y natural timidez de Metelo le hacian inca-

paz, según Mario, de detener un enemigo activo y vigilante; decía que su política le hacía prolongar la guerra para que le durase más el mando. Logró que llegasen sus calumnias hasta Roma, en donde había persuadido que en una sola campaña era él capaz de dar fin á la guerra con la mitad de las tropas de Metelo. Habiéndose preparado de este modo los caminos, pretendió el consulado, le obtuvo, y al mismo tiempo el generalato de Metelo.

Revestido de la dignidad de cónsul, trató con desprecio á la nobleza. Como le habían elevado á los primeros puestos de la república á pesar de los patricios, decía altamente que se tenía por más glorioso con la victoria que humillaba á los padres conscriptos, que con cuantas pudiese lograr contra Yugurta, aun cuando le llevase á Roma en triunfo y cargado de cadenas. Todos sus discursos al pueblo eran pomposos elogios de su mérito, é invectivas contra los patricios. Había publicado que Metelo tenía demasiadas tropas, y después le pareció que no tenía él las suficientes: por lo que empezó á alistarse en Roma, y compuso muchas legiones, bien que de lo más bajo del pueblo; pues prefería aquellos soldados á otros, como temeroso de tener en sus tropas hombres que le escediesen en calidad.

Mientras estas ocupaciones prolongaban la detención del cónsul en Roma, vencía Metelo á Yugurta, sitiaba y tomaba plazas. Cuando supo el arribo de su ingrato teniente, dejó el ejército á otro, se embarcó, é hizo vela hácia Italia. Los romanos le hicieron la justicia de no negarle los honores del triunfo. Mario, poco seguro de la constancia y disciplina de sus nuevas tropas, las em-

pleó primero en una espedicion que pedia mas valor que paciencia. Las hizo atravesar las abrasadas arenas de África, infestadas de monstruosas serpientes, que por el hambre y el calor se hacian mas temibles, con el fin de ir á tomar á Capsa, plaza rodeada por todas partes de un vasto desierto que la hacia casi inaccesible; por lo que halló á los habitantes en la mas profunda seguridad, y no necesitó de mas que presentarse para apoderarse de la ciudad, en la cual logró un grande botin. Una sorpresa debida á la casualidad, le hizo dueño de Muluca, fortaleza importante. Hecho esto, fue paseando su ejército por la Numidia y la Mauritania: robó, quemó, asoló, mató, y llenó aquellos reinos del terror de su nombre.

Entonces le llegó un refuerzo muy necesario para su ejército, bajo la conducta de Sila, el contrario de Mario, patricio jóven, de noble educacion, amable y criado en las delicias de Roma, á que se habia entregado. Una cortesana, llamada Nicópolis, le amó con pasion violenta; y correspondiendo él con sincero afecto, no solo le hizo participante de sus rentas, sino que al morir le dejó muchos bienes. Miraba Mario á Sila como á un hombre afeminado; por lo cual, y por ser patricio, no le gustaba que solicitase y consiguiese la cuestura de su ejército. Mientras pudo le dejó haciendo reclutas en Roma; mas al fin fue preciso que el cuestor cumpliese con su cargo. Llegando pues á la Africa, mudó absolutamente de conducta; y abandonando los placeres, se mostró siempre pronto en las fatigas y peligros, y vivió tan frugalmente como el menor soldado: afectaba imitar al general aun en sus modales agres-

tes, con lo que consiguió su estimación y confianza hasta el punto de verse declarado primer teniente del ejército. En este puesto se mereció, con justo título, la reputación de general hábil y diestro en manejar una negociación. Esta última calidad la consiguió especialmente por la destreza con que manejó el espíritu de Boco, rey de Mauritania, y yerno de Yugurta, consiguiendo que entregase á su suegro. Diputado á este monarca como embajador de Mario, iba marchando Sila con un cuerpo de ejército, que aunque fuerte, le rodeaban por todas partes lazos y emboscadas. Después de algunos días de camino se le presentó Volucio, hijo de Boco, que iba á preparar al romano para que hiciese entrar al rey de Numidia en el tratado que iba á concluir con el mauritano. Sin duda creyó adelantar alguna cosa con Sila por el medio de asustarle; pues á cosa de media noche entró aquel príncipe joven precipitadamente en la tienda de Sila manifestando espanto, y le dijo: "Sé que Yugurta viene á nosotros con fuerzas superiores: huyamos: dejad ahí las tropas, que yo me obligo á guiaros á un lugar seguro." "¡Que yo huya, respondió Sila con fiereza, que yo huya de un enemigo vencido tantas veces! ¡Que yo abandone mis soldados! No, porque sé cuanto es su valor; y así, ó vencerán conmigo, ó yo moriré con ellos."

Hasta entonces era una alarma falsa dada á propósito; mas presto fue un peligro real, porque con efecto se iba acercando Yugurta. Los soldados romanos, viendo de repente que su ejército estaba á poca distancia, exclamaron: "Aquí nos han hecho traición: Volucio nos ha vendido: quitemos al

traidor la vida." Sila aparentó la mayor seguridad: animó á su gente, y la exhortó á sostener en aquella ocasion peligrosa el honor del nombre romano. Mirando despues á Volucio, le dijo: "Convencido estoy de que nos haceis traicion: yo quiero ser mas generoso que vos, y así os concedo la vida: id á juntaros con Yugurta." El príncipe jóven procura disculpase: asegura á Sila que el numida venia á hacerle su corte, y disponerle para que le favoreciese. "Haced antes la prueba, añadió: vamos á encontrarle, y vereis que nada hay que rezelar." Se determinó el romano á dar este paso arriesgado, y con efecto abrió Yugurta á su tropa un paso libre por entre su ejército; y el buen éxito de esta temeridad mereció á Sila el sobrenombre de afortunado. Llegando á verse con Boco, estaba la dificultad en separar la causa del suegro de la del yerno; y en este punto consiguió el embajador tal vez mas de lo que esperaba. Es de advertir que los dos que se disputaban la Mauritania se servian de las mismas razones; y uno y otro contaban con dar principio á una traicion. "No podré yo, decia Yugurta á Boco, asegurarme de lo que me prometeis en nombre de los romanos, si no me dais en prenda su embajador." Decia tambien Sila á Boco: "Los reyes mas poderosos no pueden conseguir la alianza de Roma sino por algun servicio extraordinario. Aprovechaos de esta ocasion: entregadnos el bárbaro y pérfido Yugurta, manchado todavia con la sangre de sus hermanos. Ayudad á Roma á egecutar la venganza de los dioses, y contad para siempre con la proteccion y amistad de los romanos." "¡Qué! respondió Boco: ¡hacer traicion á un suegro, á un rey vecino, amigo y aliado! ¿Qué

pensará toda Africa?" La suave, penetrante y persuasiva elocuencia de Sila reprimió esta idea del honor: redujo al yerno á concertar con él las medidas para sorprender á su suegro, y se halló Yugurta cargado de cadenas, cuando con las esperanzas que Boco le habia dado se creia dueño de Sila. Llevó este su cautivo á Mario.

Así tuvo fin la guerra de Numidia. Hizo Mario marchar á Yugurta y á sus dos hijos para su triunfo, en el que, entre otros despojos de aquel reino, llevó mil setecientas libras de oro en barras, y cinco mil setecientas setenta y cinco de plata, tambien en barras, con una grande suma en dinero: todo esto para el tesoro público, y sin contar la parte del botin que tocó á los generales y á cada soldado. Necesitaba Roma de estas depredaciones para sostener una república como la suya; porque sin las riquezas que adquiria con el saqueo, no hubiera podido mantener trescientos ó cuatrocientos mil ciudadanos que vivian sin profesion, guarnecian ociosos la plaza pública en la discusion de los negocios, y constituian los egércitos. Como á semejantes repúblicas, mezcladas de aristocracia y democracia, no las pueden faltar facciones, necesita el populacho de ambiciosos que le compren, y los ambiciosos de un populacho que se venda, y el precio del mercado se halla en el botin que llevan los vencedores. De este modo se sostiene la lucha entre los competidores, hasta que abriendo el pueblo los ojos pisa sus ídolos y sus adoradores. Esta constitucion, si así puede llamarse un estado perpetuo de discordias, fue la que levantando á los romanos al mas alto grado de poder, los precipitó luego en el abismo de una vergonzosa servidumbre.

D. del D.
2898.
A. de J. C.
100.

Por este tiempo (2898) estaban ocupados en dos guerras que los inquietaban: la rebelion de los esclavos, y la irrupcion de los cimbro y teutones. La primera empezó en Italia, y tuvo por causa al amor. Un caballero romano llamado Vecio, que vivia en Capua, dominado de violenta pasion por una hermosa esclava, la compró á crédito; y cuando ya era preciso pagarla, se halló sin dinero, y arruinado con sus excesos. El vivir con la hermosa esclava le habia familiarizado con los compañeros de su esclavitud: les dió á conocer el romano cuantas eran sus fuerzas: los empeñó á rebelarse, y se hizo su gefe. La primera hazaña fue matar á los acreedores á quienes debia el precio ofrecido por su amiga; pero estaba Capua muy cerca de Roma para que esta insurreccion tuviese una felicidad constante. Enviaron contra él al Pretor Luculo con fuerzas superiores, y Vecio, que iba á caer en sus manos, se quitó la vida, y por esta parte cesó la rebelion. Pero un reglamento justo, intimado sin prever las consecuencias, causó en Sicilia otra mas peligrosa en las ciudades entre sí vecinas.

Los romanos hacian esclavos á todos los prisioneros sin distincion. Muchas veces se hallaban en los egércitos enemigos los infelices, á quienes antes habian hecho prisioneros en las tierras de los aliados de la república, y contra su voluntad los habian incorporado en las naciones que tenian guerra con los romanos. Cuando estos los cogian, sufrían como los demas la suerte de la servidumbre. Requerida por Nicomedes, rey de Bitinia, ordenó la república, por una inspiracion de justicia, que en ella no era regular, que se restituyese la libertad á todos



Atenion.

Cae herido el valiente Atenion, General de los esclavos sicilianos: su ejército le cree muerto, y se dispersa; huye Atenion, y en Triócota se burla del Romano Lucule: propone combate singular á Mario Aquilio: muere en él; y Roma triunfa de sus esclavos perdiendo un millen de ellos en esta guerra, originada solo de haber ofrecido Roma ser puesta una vez, y haber retrocedido inmediatamente á su habitual perfidia.

los esclavos nacidos en los reinos aliados con Roma. Eran estos muchos, y Licinio Nerva, pretor de Sicilia, que quiso desde luego que la ley se ejecutase, rompió los grillos de cuatrocientos de estos infelices, y declaró que oiria á cuantos tuviesen que reclamar. Bien fuese que se asustó con la multitud de reclamaciones, ó que no pudo resistir á las razones pecuniarias que sus dueños oponian, no solo cesó en la manumision, sino tambien se manifestó dispuesto á restituir á las cadenas á los que ya habia libertado. Estos últimos se juntaron, llamaron á otros, y eligieron por general á un tal Salvio, tocador de flauta, á quien dieron el titulo de rey. Este se mostró digno del título y del mando con las victorias que logró. Su ejército, que ya se componia de veinte mil infantes y dos mil caballos, tuvo el refuerzo de diez mil hombres que llevó Atenion de las cercanías de Egeso y de Lilibea. Repartieron entre sí los dos gefes las operaciones de la guerra, encargandose Salvio de la defensa de las ciudades, y Atenion de sostener la campaña. Se hallaba este á la cabeza de euarenta mil esclavos que habian servido casi todos antes de perder la libertad, por lo que estuvo por mucho tiempo balanceando el suceso de una batalla que les presentó Luculo, vencedor de los de Capua; y sin duda la hubieran ganado á no haber caido del caballo Atenion, herido en las dos rodillas. Le tuvieron por muerto; su ejército se desordenó; pero él se retiró entre un monton de muertos, y llegó á la ciudad de Triocola, que era su punto principal: en ella sostuvo un largo sitio contra Luculo, á quien cansó con su resistencia. Atenion, viendose libre y único gefe, porque Salvio habia muerto, volvió á ponerse en cam-

pañã; y estando para dar segunda batalla á Mario Aquilio, sucesor de Luculo, propuso el esclavo al romano un combate de hombre á hombre, el que se verificó á vista de los dos egércitos; pero engañó la fortuna las esperanzas del valiente Atenion, y murió en el desafio: huyó su egército, y todo fue despues carnicería. Diez mil que se salvaron en su campo quisieron mas matarse unos á otros, que rendirse á los romanos. Esta guerra, que duró cuatro años, les costó un millon de esclavos.

A la irrupcion de los cimbro y tétones precedió una guerra infeliz en las Galias. Cepion, en calidad de cónsul, habia logrado algunas ventajas, porque tomó el famoso tesoro de Tolosa, que consistia en el robo del templo de Delfos por los gaulas. Dicen que subia á cien mil libras de oro y otras tantas de plata. No podia menos de enviarle á Roma; así le puso en Marsella bajo una buena escolta para que le embarcasen; pero colocó en el camino tropas mas numerosas: y los soldados, á quienes convirtió en salteadores, robaron la parte del público, se la llevaron á él y se la apropió. Un hombre de este carácter no podria ver con buenos ojos un sucesor, concluido su consulado; y así miró al nuevo cónsul Mario, sino como á enemigo, por lo menos como á enviado para disminuir en cuanto pudiese sus utilidades. Le habian dejado cierta autoridad en calidad de procónsul, pero subordinada, y no quiso Cepion reconocer dueño: por lo cual se desavinieron entre sí los dos rivales; y no pudiendo los oficiales componerlos, les fue preciso repartir el egército. Esta falta de union dió gran ventaja á los gaulas y á los cimbro, que ya se habian reunido, y atacaron de concierto los campos

de los generales romanos: los gaulas al del cónsul Mario, los cimbro á los de Cepion, y se declaró por ellos la victoria.

Ochenta mil hombres, así romanos como aliados, los dos hijos del cónsul, y cuarenta mil criados ó vivanderos perecieron en esta fatal jornada. Solo diez hombres con los dos generales huyeron en los dos egércitos de Roma, siendo uno de estos diez Sertorio, el que fue despues tan famoso. Perecieron estos ciento veinte mil en cumplimiento de un voto que hicieron los vencedores antes de dar la batalla, y en consecuencia de este voto ahogaron los caballos, quitaron la vida á todos los prisioneros, destruyeron los despojos, y arrojaron en el Ródano el oro y la plata: de suerte que no le aprovechó á Cepion su robo.

Fue ruidosa la indignacion de Roma contra Cepion, que era patricio. Le depuso el pueblo con ignominia; y el senado miró este castigo sin egemplar como una injuria hecha á todos los senadores; pero se les preparaban otras culebras que devorar. Un tribuno transfirió al pueblo el derecho de elegir los pontífices. Otro hizo pasar una ley para que todo ciudadano degradado por decreto del pueblo, quedase para siempre privado de su asiento entre los senadores: de este modo perdía este cuerpo el derecho de restablecer á los que el pueblo habia humillado. Otro tercer tribuno hizo determinar, que todos los aliados del pais latino que acusasen á un senador y probasen, gozarian de los privilegios de ciudadano romano. Pero lo que mas mortificó al senado fue ver escogido para la guerra de los gaulas á Mario, su declarado enemigo, y que le elegian segunda vez cónsul, aunque ausente, y sin haberse

pasado seis años desde su primer consulado; sin embargo de ser la presencia y el intervalo de diez años, dos condiciones que siempre se habian respetado.

Esta eleccion asustó desde luego á los romanos jóvenes, destinados por su nacimiento á la guerra, porque temian ser mandados con dureza. Mario observaba en toda su conducta cierta austeridad. No gustaba de convites ni placeres: en él no habia lujo, sino la mayor sencillez en los vestidos: una frugalidad egemplar, y un modo de significar su voluntad, que no sufría réplica ni dilacion. El tono de su voz asustaba, y hacia temblar á aquellos á quienes daba sus órdenes. Envió á su teniente Sila á limpiar el pais al pie de los Pirineos por la parte de Narbona, en donde contaba con esperar á los cimbro, que acompañados de los gaulas y de los teutones habian ido á hacer una irrupcion en España. Iba él siguiendo á su teniente siempre cerca, y estableció en el ejército la mas severa disciplina.

Un sobrino suyo fue muerto por un soldado, á quien queria corromper; y muy lejos de vengar una muerte que verdaderamente sentia, puso Mario con su mano en la cabeza del matador una de aquellas coronas que los generales solo concedian á aquellos soldados que se habian distinguido por alguna accion brillante. Este generoso rasgo de equidad, publicado en Roma, aumentó su crédito, y contribuyó á darle el tercer consulado. Cuando trataron de darle el cuarto hubo mas dificultades, porque Mario aparentó que no queria se violasen tantas veces en su favor las reglas establecidas, y declaró que no permitiria que se pusiese su nombre con los de los candidatos; bien que Saturnino, uno de los tribunos que se entendian con él, habla-

ba de diferente modo. Decia este, que era preciso obligar á Mario, pues su resistencia en las circunstancias de urgente riesgo de la república, amenazada de una inundacion de bárbaros, era una verdadera traicion. Hicieron cada uno tan bellamente su papel, que aceptó Mario como con repugnancia las fasces consulares por la cuarta vez.

No volvieron los cimbro por donde los esperaba Mario, sino por el lado de Italia, ó por los Alpes orientales, al mismo tiempo que los teutones y otras naciones de las Galias y la Helvecia determinaban pasarlos por el lado del Occidente. Fue Mario á buscar á estos últimos, y los esperó cerca de Arles. Cuando ya estuvieron á la vista, cubrian todo el pais á cuanto esta podia estenderse. Deseaban dar la batalla, porque se acababan sus provisiones, y no podian esperar hallar otras en una tierra que el cónsul tenia de propósito asolada. Tambien la deseaban los romanos por no poder sufrir las bravatas con que los bárbaros les insultaban hasta en sus mismas trincheras.

Temió Mario no poder contenerlos, y recurrió á una astucia religiosa. Le habia enviado su muger Julia, de la familia de los Césares, una famosa adivina, que el cónsul recibió con el mayor respeto; y como si tuviese el talento de decir lo venidero, la consultaba en las ocasiones de importancia. Suplicandola el general que le dijese cual era la voluntad de los dioses respecto del combate que el ejército pedia, no dejó ella de pronunciar que aquel empeño sería fatal á la república. Esta respuesta sosegó á los soldados, y los tuvo en grande sumision á la voluntad del general. Este dió en sí mismo al ejército el egem-

plo de que despreciase las provocaciones del enemigo. Uno de los teutónicos, y el de mas alta talla, llegó hasta la puerta del campo á desafiarle á singular batalla; y él respondió: "Si ese germano está cansado de vivir, que vaya y se ahorque." Determinó pues el cónsul, y redujo á sus legiones á que dejasen desfilar tranquilamente la inmensa multitud de los teutones, y esta tardó tres dias en pasar á vista de los romanos. Parece que esta marcha los dividió, pues Mario alcanzó cerca de Aix, en las riberas del Ceno, que se llamó despues el *rio Arco*, á una division, y la derrotó enteramente. Las mugeres, atrincheradas en su campo, no pudiendo defenderse, ni conseguir para su honor la seguridad que pedian, degollaron á sus hijos, y se mataron á sí mismas. No lejos de allí acampaban los teutones que no habian entrado en el combate. Los atacó sucesivamente Mario, y logró una victoria completa. Los historiadores hacen subir á doscientos noventa mil hombres los que fueron muertos ó hechos prisioneros en las dos batallas. Estas felicidades le valieron á Mario el quinto consulado y el decreto de los honores del triunfo. Leyó este decreto, y dijo: "El consulado me pone en la obligación de vencer á los cimbras como lo he hecho con los teutones; y así le acepto. En cuanto al triunfo deseo que nada se hable hasta haber acabado mi victoria, pues no viene bien la pompa de un triunfo mientras haya bárbaros en las fronteras de Italia."

Le habian dado por colega en el consulado á Manilio Atilio, á cuyo cargo estaba defender la Italia contra los cimbras. Este tenia en su ejército á Sila, de quien no se sabe la causa por qué habia dejado á Mario, su primer general; bien que no de-

be causar admiracion que durase poco la buena inteligencia entre hombres de carácter, costumbres y prendas tan opuestas. Debió Sila inspirar á Manilio las precauciones que tomó para que Mario no se atribuyese todo el honor del buen éxito, cuando le llamaron á gritos los romanos para que fuese á ayudar á Manilio á rechazar los cimbro, los cuales si hubiesen conocido bien sus ventajas, hubieran penetrado hasta Roma. Sila, no consultando mas que el bien público, así que llegó Mario cerca del ejército de Manilio, fue á ofrecerle víveres y otros auxilios, que no se atrevió á rehusar, porque apenas podia pasar sin ellos; pero los recibió con tan poco aprecio, que Sila, sin temer la superioridad que daban á Mario los cinco consulados, cuando él no habia tenido ninguno de los empleos grandes de la república, se declaró abiertamente su enemigo.

Se apoderó Mario del derecho de comandante; porque habiendo espirado el tiempo del consulado de Catulo, ya no era mas que procónsul. Los cimbro, que esperaban á los teutones, quisieron entablar una negociacion por ganar tiempo, y enviaron á suplicar que se les permitiese á ellos y á los teutones sus aliados, establecerse en el mismo pais en que se hallaban. Mario les respondió: "Venis pidiendo tierras para vuestros aliados los teutones: sin duda ignorais que ya las tienen, pues actualmente se estan pascando en los campos por las riberas del Ceno:" "Ya os haremos arrepentir de esta burla, respondieron los cimbro, cuando nuestros aliados hayan pasado los Alpes." "Ya los pasaron, respondió Mario: aquí los teneis; y les presentó los prisioneros teutones: idos á preparar para juntaros aquí con ellos." Dicho esto les

asignó el dia de la batalla contra la costumbre de los romanos ; y aunque bien disputada , fue enteramente funesta para los infelices cimbro. Temiendo los esfuerzos de un ejército disciplinado , tuvieron la imprudencia de atarse unos á otros con cordeles , con el fin de presentar , si hubieran podido , una frente inmóvil ; pero rotas las primeras líneas , ya todo fue matanza general. Se defendieron las mugeres como las de los teutones , y tuvieron la misma suerte. Apenas se podrá creer que los romanos perdiesen trescientos hombres cuando mas , haciendo prisioneros á sesenta mil cimbro , y dejando muertos en el campo de batalla á ciento veinte mil.

Libertador de la patria , tercer fundador de Roma, fueron los títulos que en su entusiasmo dió prodigamente á Mario el pueblo romano , siendo así que no estaba bien probado que el honor de la victoria se le debiese á él principalmente. Por el contrario , como Catulo tuvo el cuidado de hacer señalar los dardos de sus soldados , se averiguó por examinadores escogidos que las cohortes de Catulo fueron las que dieron á los cimbro los golpes mas terribles. Por otra parte solo dos estandartes habia quitado el cónsul , y Sila habia llevado treinta y uno al campo del procónsul. Para quitar pues todo motivo de querellas se decidió que triunfasen juntos. Ya no habia razon para perpetuar los consulados de Mario ; mas este lo deseaba , y por entonces era su deseo mas poderoso que la razon. Empezó pues á pretender ; y aunque naturalmente soberbio y duro , se hizo tan humano y civil , que acariciaba aun al menor ciudadano. ¡ Mario afable y condescendiente ! ¡ qué no puede la ambición !

Todavía consiguió por la sexta vez las fasces consulares, y las llevó en oposicion contra el gran Metelo el Numídico, á quien habia suplantado ya en la guerra de Yugurta.

En este consulado se vió la república en grande riesgo con la asociacion de Mario, del pretor Glaucia y Apuleyo, quien para ser tribuno hizo quitar la vida en los comicios á su competidor, que era un hombre muy honrado. No solamente tenia este triunvirato á su disposicion al populacho de Roma, sino tambien á la parte mas vil de las tribus suburbicarias. Los llamaban en su socorro los triunviros cuando los necesitaban; y la canalla, pagada con dinero, acudia, rodeaba la plaza, y con sus clamores y amenazas impedia á los ciudadanos que diesen sus votos, ó los precisaba á votar á gusto de los que pagaban. No se proponian menos estos tres hombres que apoderarse de la suprema autoridad; y para esto era preciso destruir el senado, ó dejarle sin poder y envilecido.

En todos tiempos fue el juramento una de las armas de las conjuraciones. Apuleyo pues, con el fin de poner á los mas estimados senadores entre su conciencia y su honor, propuso, y así quedó establecido, que jurarian en junta plena confirmar cuanto el pueblo decretase. Los principales padres conscriptos quisieron que conociese la parte mas sana del pueblo, que semejante ley arruinaba absolutamente la constitucion de la república, haciendo al pueblo superior al senado; pero los sacaron con violencia de la tribuna de las arengas, y los persiguieron con ultraje. Al dar cuenta al dia siguiente, segun el deber de su cargo, de esta escena que habia pasado en la plaza, declaró el cón-

sul, que él jamás prestaría el juramento, y dijo: "Si la ley es buena, se la observará sin jurar; y si es mala, nunca podrá el juramento obligarnos á ponerla en práctica." Pero este discurso, aunque bueno en sí mismo, no era en su intención mas que un lazo para autorizar á los senadores, y sobre todo á Metelo, de quien quería deshacerse, para que no jurasen, y esponerlos de este modo á los malos tratamientos de sus satélites. En el día determinado para el juramento declaró al senado, que si él había prometido no jurar, era por no haber premeditado bien el punto; y que así prestaría el juramento, porque no era hombre tenaz. Admirados los senadores no se atrevían á abrir la boca: aparentó pues que contemplaba aquel silencio como una adhesión á lo determinado, y se los llevó siguiéndole al templo de Saturno, en donde se hacían de ordinario estos actos de religion, y prestó el juramento. Ninguno de los senadores se atrevió á resistir, escepto Metelo, el que á las súplicas é instancias de sus compañeros para que se rindiese á las circunstancias, respondió: "Las circunstancias no mudan la naturaleza de una acción injusta. No hay cosa mas regular, añadió mirándolos, que hacer lo que se debe cuando no media algun riesgo; pero el verdadero carácter de un hombre de bien consiste en desafiar los peligros que puede haber en ser fiel á la obligación." Esta constancia, que trataron de obstinacion, fue castigada sobre la marcha con un destierro. El cuerpo de los patricios y las tribus de la ciudad ofrecieron oponerse, aunque fuese con la fuerza, al decreto injusto del populacho; pero Metelo declaró que no sufriría que por él se derramase una gota de san-

gre, y dijo al partir: "O los negocios mudarán de aspecto, ó el pueblo se arrepentirá de lo que ha hecho, y en este caso me llamarán; ó permanecerán las cosas en el estado presente, y entonces mejor será para mí estar distante de Roma."

En todo este negocio hizo Mario el papel de hipócrita. Aparentaba que queria reconciliar al senado con el pueblo, y él era quien con sus dos agentes, Apuleyo y Glaucia, daba secretamente materia á las querellas que enredaban entre sí á los dos cuerpos. No obstante, estos tres hombres no siempre estaban de acuerdo, porque rara vez hay una paz constante entre los malos. Queria Glaucia lograr el consulado, y pretendia Apuleyo que á pesar del cónsul, que procuraba le confiriesen esta dignidad por la septima vez, se diese el tribunado á un indigno protegido suyo. Ni uno ni otro consiguieron su pretension. Glaucia, rabioso por haberla perdido, hizo asesinar á su competidor públicamente, y despues de este delito se quitó la mascarilla: él y Apuleyo emprendieron abiertamente la destruccion de la república. El populacho, al cual habian inspirado sus sentimientos, declaró por general á Apuleyo, y aun por rey, si se da fe á algunos historiadores: y los dos rebeldes se apoderaron del capitolio.

En él debian reforzarlos las tribus del campo; pero los caballeros, los patricios, y cuantos deseaban la conservacion de la república, se armaron y se opusieron para que no pasasen. Hubo en la plaza pública un combate sangriento, en que llevó lo peor el populacho. Los vencedores pusieron sitio á la ciudadela; y Mario, que durante estos alborotos no habia podido menos de tomar las medidas

convenientes contra los conjurados, diferia llevarlas al debido efecto, deseando, si pudiera, salvar á aquellos hombres desesperados, cuyo furor algun dia le pudiera ser útil. Pero los buenos ciudadanos, cansados de sus dilaciones, rompieron los conductos por donde el agua pasaba al capitolio, con lo que en poco tiempo se vieron los revoltosos en la mas funesta situacion: ofrecieron entonces rendirse á Mario, que les prometió salvar las vidas; pero el pueblo no ratificó el tratado, antes bien saliendo de las preocupaciones en que el populacho estaba, este mismo quitó la vida á Apuleyo y á Glauca. Llamaron á Metelo: Mario, por no ver que volvía glorioso, y picado de verse desacreditado en Roma, hizo un viage á la Asia, pretestando el cumplimiento de un voto; mas como debía toda su grandeza al ejercicio de las armas, y solo podia sostenerla con la guerra, su fin principal era encender alguna. Con este objeto hizo cuanto pudo por disgustar á Mitridates, proponiéndole una alternativa, que, como él decia, no tenia medio, ó hacerse mas poderoso que los romanos, ó sujetarse á su voluntad. El rey del Ponto, con ser el monarca mas valiente, disimuló esta injuria por hallarse desprevenido.

A la pena de no poder provocar una guerra estrangera se le juntaba á Mario la de saber que Roma disfrutaba la mayor tranquilidad; porque Metelo, sin grados ni dignidades, mantenía en ella la paz; y como su virtud le servía de magistratura, indicaba él los cónsules y los tribunos, y al punto los nombraban: indicaba los alborotadores, y en el instante los reprimían y castigaban. Parecía que se quería insinuar en la repú-

blica un espíritu de reforma. El procónsul Mucio Escévola buscó en Asia los caballeros romanos que tenían á renta las tierras de la república, y cobraban los impuestos. Los convenció de haber cometido vejaciones, y los castigó severamente. A su partida los pueblos á quienes habia hecho felices instituyeron una fiesta que se celebraba todos los años para perpetuar la memoria de sus virtudes y su reconocimiento. Esta fiesta se llamó Mucia por el nombre de su objeto, y le hizo mas honor que un triunfo. Muchos pretores siguieron su ejemplo en las provincias, y suavizaron el yugo romano.

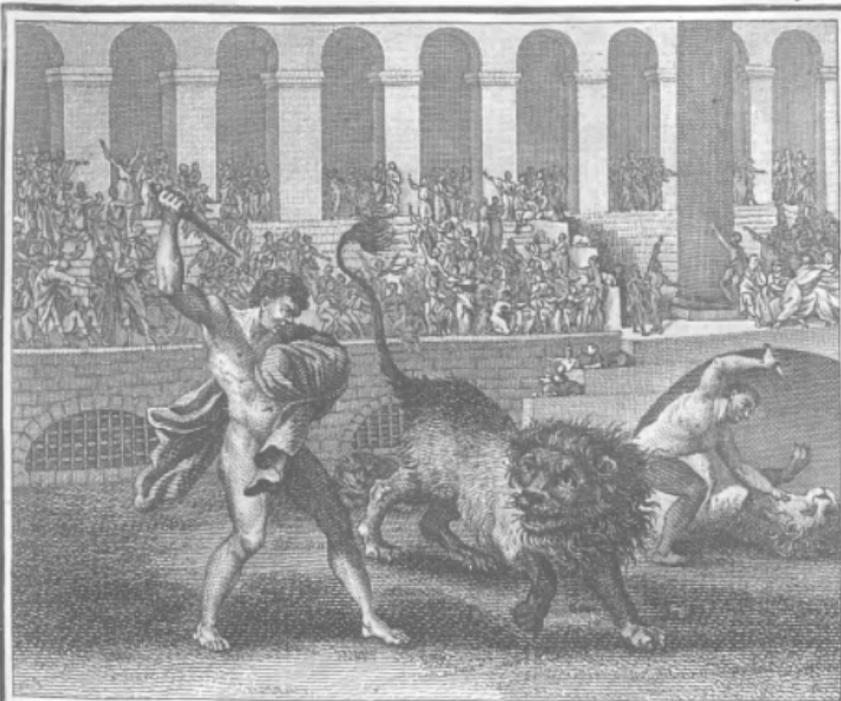
Por contraste de esta pintura consoladora debemos decir, que en España el cónsul Didio, por la simple sospecha de que una ciudad que ya se habia rebelado podria sublevarse otra vez, convocó á su campo todos los habitantes: fueron estos sobre la palabra del general, y teniéndolos ya en su poder, los dividió en tres cuerpos, hombres, mugeres y niños. Mientras asustados de ver esta division esperaban con inquietud su suerte, destacó contra ellos á sus legionarios, y mandó pasar á todos á cuchillo. Esta matanza, egecutada con la mayor barbaridad, fue aprobada en Roma.

Entre tanto aquel pueblo, que repartia la carnicería y la muerte por todos los conquistados, se divertia con la querella de dos censores suyos. Ahenobarbo acusó á Craso su cólega de que tenia afecto escesivo á una murena. Era esta un pescado que se habia amansado tanto que iba á tomar el pan de la mano; y el grave censor la amaba de tal suerte, que gustaba de adornarla con ricas joyas: muerto este pez se vistió de luto, y le erigió una especie de

monumento. Craso, en su defensa, tomó á chanza la acusacion de su cólega, y le dijo: "A la verdad que yo me he hecho reo de un crimen enorme por haber llorado la pérdida de un pez mi favorito; pero tú, Ahenobarbo, has sufrido la pérdida de tres mugeres sin derramar una lágrima."

Siempre reinaba en Roma el furor por los espectáculos. Habia enviado Boco á Sila cien leones, y algunos cazadores de Mauritania acostumbrados á combatir con estas fieras. Dió Sila en el circo este espectáculo al pueblo, el cual quedó tan encantado de esta novedad, que no fue poco lo que contribuyó la memoria de aquella fiesta para elevarle á los primeros empleos de la república. Al mismo tiempo Boco, que no era muy delicado, envió estatuas de oro que representaban como habia entregado á Sila la persona de su suegro. Mario, que ya habia vuelto á Roma, se picó mucho de que aquellos trofeos hiciesen á Sila mas honor que á él, é hizo cuanto pudo porque no los llevasen al capitolio; y Sila hizo todos sus esfuerzos por colocarlos en él. La lucha entre estos dos hombres estuvo para causar una sedicion; pero la previno la vigilancia de los cónsules. En odio de Mario, y no menos por darle que sentir que por lisonjear á Sila, se complacia el senado en emplear á este en comisiones de gusto.

Le encargó que fuese á poner en posesion de su reino á Ariobarzanes, rey de Capadocia. Y Sila, con esta ocasion, recibió los embajadores de Arbaces, rey de los partos. Todo esto modificaba á Mario, que ya estaba desesperado de verse despreciar. Se alojó en la plaza pública, por comodidad de sus clientes, como él decia; y á pesar de sus solicitudes todo el mundo se retiraba de sus modales



Combate de hombres y leones.

Los cazadores mauritanos habian reducido á arte la temeridad de presentarse desnudos y armados de un solo puñal á luchar con leones; y Sila, siendo el primero que dió en Roma el espectáculo de estas luchas, y admirando con él á sus conciudadanos, ganó su inclinacion, y adelantó mucho para el logro de sus ambiciosas miras; Quantas veces ha valido por vercludere mérito un obsequio festivo!



duros y altivos. Siendo ya soldado viejo experimentaba lo que sus semejantes en tiempo de paz, cuando llegan á una edad avanzada: todos se olvidan de sus victorias; y si ellos no se hacen recomendables con las virtudes civiles, los tratan como á las armas viejas, que llenas de orin se las mira como inútiles.

Todos se admirarán de ver que no hacen figura estos dos rivales en la guerra de los aliados, que abria tan bello campo á las intrigas (2913). El origen de esta guerra tuvo su principio en las medidas mal tomadas de un escelente ciudadano. El tribuno Livio Druso, sintiendo profundamente los males que iba preparando al estado el sordo descontento de las tres órdenes que estaba ya para romper, emprendió reconciliarlas. Por las leyes de los Gracos se habia quitado al senado, y se habia dado á los caballeros el conocimiento de las causas civiles, y esto era una piedra de tropiezo entre los dos cuerpos. Las mismas leyes de los Gracos, mal egecutadas, acerca de la distribucion de las tierras, mantenian el fermento de la division entre los pobres y los ricos. Por último, los demas italianos, aliados de Roma, se quejaban igualmente del senado y del pueblo. Es verdad que tenian algunos derechos de ciudadanos romanos; pero los querian todos, y principalmente el de dar voto. “¿Quién ha contribuido, decian, mas que nosotros á las conquistas de la república? Nosotros pagamos considerables tributos, y en tiempo de guerra damos mas tropas que las que en Roma se levantan: justo será pues que participemos de los honores y empleos de un estado que hemos engrandecido á costa de nuestra sangre y nuestros bienes.”

D. del D.
2913.
A. de J. C.

85.

Se lisonjeaba Druso de hallar los medios de conciliar todos estos intereses. Quiso pues empezar por el senado y los caballeros, y propuso restituir alsenado la jurisdiccion, pero incorporando trescientos caballeros con el fin de reintegrarles en el poder por el honor: mas el grande número de caballeros que no esperaban ser comprendidos en los trescientos, declararon que no consentirian, aunque fuese á toda costa, verse privados de su jurisdiccion. Tambien los senadores se negaron á recibir entre ellos tantos hombres de un nacimiento inferior. No pudiendo Druso conseguir que su proyecto fuese adoptado para bien de los dos cuerpos, resolvió precisarlos por medio del pueblo; y para ganarle se valió del medio infalible de gratuitas distribuciones.

Propuso el tribuno que diariamente se distribuyese á los ciudadanos necesitados la cantidad de pan que necesitaban. "No se acabará, decia, el tesoro público por esta liberalidad, entrando en él sumas inmensas." Tenia por entonces en el templo de Saturno un depósito de un millon seiscientas veinte mil ochocientas veinte y nueve libras de oro. "¿Será razon, añadia, que el tesoro público sea como el mar, que todo se lo traga, y nada vuelve?" Consiguió pues que esta ley pasase con grande satisfaccion de los pobres; mas no le sucedió lo mismo con las diligencias que hizo para que los aliados lograsen sus pretensiones, siendo su fin en esto aumentar el partido del pueblo. No soló los senadores y los caballeros se opusieron: aun la parte mas distinguida del pueblo no llevó á bien que les quisiesen dar por compañeros á los que estaba acostumbrada á mirar como súbditos.

El dia en que se habia de tratar de este ne-

gocio fueron los aliados en tropel á la ciudad; y viendo que eran inútiles los esfuerzos del tribuno, resolvieron asesinar á los dos cónsules, sus principales contrarios. Druso con la noticia de la conjuración, que le habia ocultado, la comunicó sobre la marcha á los cónsules; pero ni él mismo se libró del hierro de los asesinos, porque le dieron un golpe mortal en el mismo lugar donde acababa de arengar al pueblo, y exclamó: “¡Ingrata patria! ¿hallarás nunca hombre mas zeloso de tus intereses que yo?” Algunas horas despues espiró, dejándonos la lección de que es preciso saber proporcionar el zelo con las fuerzas.

La muerte de Druso, tan torpemente asesinado por haber querido procurar un derecho justo á los mas fieles aliados de Roma, los irritó, y tomaron por todas partes las armas. Jamas tuvo la república que combatir á un mismo tiempo con tantos enemigos formidables. Todos ellos habian servido en los egércitos, y estaban tan bien disciplinados como las legiones. Sus gefes habian aprendido el arte de la guerra bajo los mas hábiles generales de Roma. Nunca habian ganado los romanos batalla en que los aliados no hubiesen tenido parte, y muy considerable; principalmente los marsos, pueblo tan valiente y activo, que pensó dar fin á la guerra al empezarla. Pompedio Silo, su gefe, juntó hasta diez mil hombres intrépidos: ya iban derechos á Roma, y la hubieran sorprendido, cuando le encontró Cneyo Domicio, su antiguo amigo, que pasaba muy tranquilo como que iba á su casa de campo, y sin duda hizo al marso algunas promesas de conciliación, pues consiguió que se retirase.

No logrando este golpe, que hubiera sido de-

cisivo, tomaron los aliados vigorosas medidas para hacer la guerra. Erigieron una república en oposición á la de Roma: sitiaron á Corinficio, ciudad grande y fuerte: recogieron rehenes de todos los pueblos que quisieron entrar en la liga, exigiendo de ellos estas prendas de fidelidad. Formaron su senado de quinientos miembros, crearon cónsules, tribunos, pretores; y sobre todo levantaron considerables cuerpos de tropas, y dieron el mando á gefes experimentados. Tambien los romanos distribuyeron sus legiones á los mas distinguidos generales, á los Pompeyos, á los Césares, á los Marcelos, á los Marios y Silas. Así se vieron á la cabeza de un puñado de hombres estos grandes guerreros que habian mandado egércitos de cien mil hombres y mas; y puestos en uso en estas circunstancias, para vencer una cohorte ó conquistar un lugar, todos los ardidés de guerra de que otras veces se habian servido para sujetar imperios.

Hubo muchas acciones en que llevaron lo mejor los aliados. Fueron derrotados cónsules y procónsules, y aun el mismo Mario sufrió una pérdida que le mortificó mucho, porque al mismo tiempo Sila fue casi el único comandante que sostuvo el honor de las armas romanas. El anciano general, confuso y consumido de la envidia, se retiró á Roma, de cuyo senado salió por último una ley muy prudente que abrió el camino á la paz. En ella se decia "que todos los pueblos de Italia cuya alianza con Roma no admitiese duda, gozarian del derecho de ciudadanos romanos; y que aquellos aliados que se hallaban entonces en Italia fuesen tenidos por ciudadanos de Roma, con tal que fuesen á dar sus nombres en la casa de los pretores destinados á este fin,

y que esto lo cumpliesen dentro de sesenta dias.” Esta publicacion hizo caer las armas de las manos de una multitud que apresuradamente fue á alistarse; y por este medio se acabó la guerra por sí misma. De estos nuevos ciudadanos formaron tribus, que fueron colocadas despues de las otras; bien que los recién agregados deseaban que los incorporasen á proporcion en las treinta y cinco antiguas, porque conocieron que aquella disposicion hacia ilusorio el derecho concedido: pues no pudiendo sus tribus, segun el órden establecido, dar sus votos hasta despues de las otras; cuando llegase el turno á ellos, se habria verificado ya la pluralidad. No obstante, se contentaron por entonces con esta concesion, persuadidos á que lo que pasaba en Roma, ó se ofrecia en los egércitos, les daria presto ocasion para estender su privilegio.

En Roma se asesinaba públicamente. Aselion, pretor, que con multitud de sentencias contra la usura habia irritado á los ricos, fue muerto á puñaladas mientras ofrecia un sacrificio. Mandó el senado buscar los reos; pero el dinero de los usureros impuso silencio á los acusadores y á los testigos. Lo que resultó de aquí fue una prohibicion, en forma de ley, de que ninguno entrase en la plaza con armas algunas, de cualquiera género que fuesen. En los mismos egércitos no estaban libres de estos golpes sangrientos: pues el cónsul Porcio murió en un asalto, no con el hierro de sus enemigos, sino con el de sus soldados. Mataron las legiones á Postumio, su general; y aunque Sila tuvo órden de ir á castigarlos, se contentó, con mucha admiracion de ellos, con incorporarlos en la suya, sin darles ni una reprension. Esta estremada condescendencia

ganó á los legionarios, los cuales formaron un ejército que le fue muy afecto.

Le habian nombrado cónsul en premio de sus hazañas contra los aliados; y consiguió tambien que le enviasen contra Mitridates: lo que sintió mucho Mario, porque creia haberse proporcionado él esta guerra con la esperanza del botin, con que ya contaba: y así miraba como una especie de hurto el mando que habian dado á su rival, siempre favorecido de los senadores. Se propuso pues asegurar, si podia, aquella presa que se le huia; en lo que le ayudaba poderosamente Sulpicio, tribuno de la plebe, y declarado enemigo del senado. Veamos el retrato que de él nos hace la historia. "Sulpicio escedia en maldad á todos los demas hombres. Constituian su carácter la crueldad, la desvergüenza, y toda suerte de vicios. Tenia asalariados tres mil hombres anegados en deudas y delitos; y le rodeaba continuamente una compañía de caballeros jóvenes, á quienes llamaba sus satélites antisenatorios." El odio que tenia al senado era la medida de los privilegios que pretendia procurar para la plebe. Como algunas veces hallaba en el pueblo obstáculos á sus ambiciosas pretensiones, quiso componerlo de modo, que se hiciese dueño de él. La incorporacion de las tribus de los aliados con las treinta y cinco antiguas podia serle muy útil en este particular, y era el medio casi seguro de tener en su mano la pluralidad de los votos, por ser muy posible que los que le debiesen esta obligacion diesen el suyo á su gusto. Se opuso el senado á este proyecto; y con este motivo hubo una sedicion, en que mataron al yerno de Sila; y la vida de este estuvo en tanto peligro, que no tuvo otro arbitrio que

refugiarse en la casa de su mortal enemigo. Mario le pidió su palabra de que nunca se opondría á sus proyectos: él se la dió, y marchó á su ejército, que ya estaba pronto para la expedición contra Mitrídates. Apenas habia llegado cuando dos tribunos militares mensajeros del senado, temblando bajo el cuchillo de Mario, fueron á intimar á aquel ejército la órden de no obedecer ya á Sila, sino á Mario, que habia conseguido el encargo de la guerra de Asia. Los soldados, muy amantes de su general, apedrearon á los mensajeros, y exclamaron: "Vamos á Roma: vengamos los ultrajes hechos á la dignidad consular, y la opresión de nuestros ciudadanos."

Este fue el principio de las crueles represalias que por tanto tiempo ensangrentaron la capital del mundo. Mario hizo pasar á cuchillo á todos los amigos que Sila tenia en Roma, y abandonó sus bienes al pillage. Marchó el cónsul contra la ciudad con todo su ejército lleno de ardor, bien que le dejaron algunos oficiales, y se retiraron á los campos vecinos por no tener parte en la guerra civil. Mario y Sulpicio, no teniendo mas que un corto número de faccionarios que oponer á un ejército irritado, enviaron dos pretores con el encargo de prohibir, de parte del senado, á Sila que pasase adelante. Si el general no se hubiera opuesto al furor del soldado, la misma suerte hubieran tenido los pretores que los tribunos. Llegaron despues correos con proposiciones dirigidas solamente á retardar la marcha. El cónsul opuso ardid contra ardid, y mandando, delante de los correos, que se señalase el campo, así que partieron hizo marchar su ejército, el cual llegó á Roma muy poco despues que ellos.

No le costó dificultad alguna apoderarse de las puertas y fuertes; y despues de una verdadera batalla en las calles, se huyó el populacho de Sulpicio y Mario, y se ocultó por donde pudo. Los principales partidarios siguieron á sus gefes, los cuales hallaron modo de salir de la ciudad, en la que por las precauciones de Sila no hubo saqueo. Al dia siguiente todo estaba en Roma pacífico, y arengó el cónsul al pueblo con tanta tranquilidad, como si nada hubiese pasado. Hizo decretar leyes que restituían al senado su autoridad, y reducian la del pueblo á límites estrechos. Se puso precio á las cabezas de Sulpicio y Mario. Sila envió por todas partes tropas á prenderlos; y dió en sus manos Sulpicio, entregado por uno de sus esclavos, á quien Sila dió libertad y la suma prometida; pero despues mandó precipitarle de la roca Tarpeya por haber hecho traicion á su señor. Pusieron la cabeza del tribuno en una escarpia, enfrente de la tribuna de las arengas, desde la cual tantas veces habia hablado al pueblo con discursos sediciosos.

En la fuga de Mario hubo sucesos, cuyas vicisitudes pueden servir para alentar á los que la suerte reduzca á semejantes extremos. Saliendo de Roma le abandonaron casi todos los que le acompañaban. Se ocultó en una granja con su yerno y algunos criados; y faltandole los víveres, envió á Mario, su hijo, á buscarlos; pero antes que este volviese se vió su padre en precision de huir. Cuando ya estaba para verse entre un destacamento de caballería que le iba alcanzando, llegó á la ribera del mar, y hallando por casualidad una barca, se entró en ella; pero le echó hácia tierra un recio temporal. Se veia errante y estrechado de la nece-



Esclavo de Sulpicio.

Puso precio Sila á las cabezas de Sulpicio y Mario, por cuyo medio logró apoderarse del primero, entregado por un esclavo suyo codicioso del premio; pero Sila, á vista de tan infame accion, aunque dió al vil esclavo la libertad y la suma ofrecida, mandó tambien precipitarle de la roca turpeya en pena de haber vendido á su dueño. Ni el que busca traiciones puede mirar sin indignacion á los traidores.

sidad, temiendo igualmente encontrar alguno que le entregase, y morir de hambre si no encontraba á nadie. En esta inquietud ve á lo lejos unos pastores, llégase á ellos, les pide pan; pero los infelices no le tenían. Algunos de ellos le conocen, y le aconsejan que se retire cuanto antes si no quiere dar con un destacamento de caballería que habian visto en las inmediaciones.

Se salva en un bosque el infeliz proscrito pasando una cruel noche. Al dia siguiente, aunque devorado siempre del hambre, tiene valor para entretener á sus compañeros de infortunio con relaciones consolatorias, y presagios que él aseguraba tener de otra mas favorable suerte. Mientras que seguian la costa inciertos del lugar adonde iban, los de á caballo los persiguen á toda brida; pero al mismo tiempo se les presentaron dos pequeñas naves á la vela: Mario y sus compañeros se arrojan á nado sin deliberar. Los reciben á bordo; pero por algun tiempo estuvieron meditando si obedecerian á los de á caballo, que pedian á gritos se los entregasen, ó si los arrojarian al mar. Venció la compasion, mas no fue por mucho tiempo. Una de las dos naves desembarcó al yerno en una isla. Los marineros de la que llevaba á Mario, detenidos por una calma, le aconsejaron, como por compasion, que saltase á tierra á tomar algun reposo mientras el viento se levantaba, y les permitia continuar la ruta. Creyó á los pérfidos, cuyo fin no era otro que desembarazarse de él. Pasadas algunas horas de sueño, despertó; y ya no descubrió navío anclado, ni domésticos: pues todo habia desaparecido.

En tan terrible desolacion todavía no le abandonaba el valor: sigue por una laguna formada con

la inundacion del mar, llegandole el agua alguna vez hasta la cintura. Entra en la cabaña aislada de un anciano, y le dice: "Salvad á un hombre que podrá en alguna ocasion reconocer este servicio mas allá de vuestras esperanzas." Por no ser la cabaña lugar seguro, le llevó el anciano al hueco de una roca. Mientras Mario estaba allí oculto, unos caballeros enviados de Minturno, ciudad vecina, que le seguian los pasos, arrastran al anciano que le hospedó, y quieren que les diga el lugar en donde se ocultaba el que iban buscando: él se resistia; y Mario, que oia la disputa, para engañar al anciano, en caso que cediese, se fue metiendo en el agua hasta el cuello, y se cubrió la cabeza con unas cañas; pero advirtiendo los caballeros algun movimiento en el agua, le buscan tan bien, que encuentran la presa, y la llevan á Minturno.

Despues de algunos dias de deliberacion resolvieron los magistrados de Minturno obedecer el decreto que proscribia á Mario: le envian un verdugo á la prision, y entra este armado con un puñal. Estaba el lugar obscuro: solo los ojos centellantes de Mario despedian alguna claridad. "Detente, exclamó el viejo general con una voz que tronaba: detente, infeliz: ¿te atreverás tú á matar á Cayo Mario?" Con esta exclamacion se le cayó al verdugo el puñal de las manos: huye pues, y sale diciendo: "Yo no puedo quitar la vida á Mario." Los magistrados de Minturno tuvieron el suceso por una señal de la voluntad del cielo, y exclamaron á una voz: "Que se vaya donde quiera, y sufra en otra parte la suerte que los dioses le reservan; y estos mismos dioses nos perdonen el no haberle dado asilo en nuestra ciudad." Al punto le equiparon una

embarcacion, y en ella volvió á la isla en donde habian desembarcado á su yerno y demas compañeros de viage.

Mas no habia llegado todavía el fin de sus desgracias, porque haciendo vela hácia Africa, en donde era conocido y respetado, los detuvo una calma en el mar de Sicilia, en donde mandaba un cuestor de la faccion de Sila, que habia quitado la vida á diez y seis hombres que por necesidad saltaron en tierra, y que no habria hecho gracia al gefe, si le hubiera habido á las manos. Nuevo peligro halló Mario en el puerto de Cartago en donde desembarcó. Sestilio, pretor de Africa, no queriendo desobedecer al senado, ni incurrir en el odio de la faccion de Mario quitandole la vida, tomó un partido medio, y le mandó retirarse, so pena, si no lo hacia, de egecutar el decreto de proscripcion. A esta órden tan afflictiva observó Mario un triste silencio. Miraba fijamente al oficial que se la habia traído, y este le preguntó: "¿Qué respuesta me dais para el pretor?" "Decidle que habeis visto á Mario desterrado de su pais, y sentado sobre las ruinas de Cartago:" modo el mas enérgico de espresar la inconstancia de las grandezas humanas. En una isla que habia en esta costa se juntaron con el antiguo vencedor de Yugurta algunos compañeros de su infortunio, y entre otros Mario su hijo.

Este, menos infeliz que su padre, habia llegado sin gran riesgo á la corte de Hiempsal, rey de Numidia, que le recibió muy bien. Pero este príncipe manifestó cierta fluctuacion en sus resoluciones, entre el temor de desagradar á Sila y el deseo de proteger á su huésped. Era el romano

muy amable, y la ternura de una hermosa numida, concubina del rey, le proporcionó el medio de dejar un asilo que pudiera ser peligroso. El ansia de ver á su padre, de cuyo arribo tuvo noticia, le movió á no despreciar el recurso que el amor le ofrecia. La vista de padre é hijo fue muy tierna, despues de tantos peligros. Mientras conversaban sobre sus asuntos paseandose en la ribera del mar, advirtió el anciano guerrero, que estaban dos escorpiones peleando furiosamente entre sí; y como siempre tenia la cabeza llena de presagios, le pareció aquel combate de mal agüero, y dijo: "Algun peligro nos amenaza aquí, huyamos." Encontraron oportunamente una barca, y entraron en ella con todos sus compañeros; pero en aquel momento se cubrió la playa de caballeros numidas, enviados por el rey, doblemente irritado por la partida de su huésped y por el robo de su favorita. Huyendo de este riesgo los Marios, se retiraron á una isla, aguardando el cumplimiento de las esperanzas que les daba el estado de Roma.

No á todos agradaba el imperio que Sila habia tomado: llevaba el pueblo con indignacion ver proscrito á uno de sus primeros magistrados; y aunque los senadores veian con gusto humillado al pueblo, no podian disimular que tambien ellos padecian la humillacion de ver á sus cólegas hechos objetos de proscricion como si fueran infames bandidos. Por otra parte muchos ciudadanos perdieron la aficion á Sila, porque perseguia muy encarnizado á un hombre que poco antes le habia salvado la vida; y así no pudo conseguir que le sucediesen en el consulado dos amigos suyos que propuso. Lejos él de manifestar resentimiento por esta ne-

gativa, dijo: "Estoy muy contento por haber contribuido á restituir al pueblo la libertad de elegir sus magistrados. Pero todos sabian lo que debia pensarse de este desinteres. Ya que no pudo hacer otra cosa exigió de Cinna, que fue el electo, el juramento de abrazar inviolablemente los intereses del senado.

Mas como el juramento no muda las inclinaciones, Cinna, que siempre se aficionó al partido popular, no por haber jurado fue mas amigo de los senadores: pues desde que se vió revestido de la dignidad consular, en todas ocasiones se mostró enemigo del cuerpo cuya cabeza era, y se unió con Virginio, tribuno de la plebe. Para quitar á los padres conscriptos su mas firme apóyo, á pesar de la fidelidad que habia jurado á Sila, le citó delante del pueblo á dar cuenta de su conducta. Despues de este golpe de autoridad de parte de sus contrarios, creyó el ex-cónsul que no estaba seguro en Italia, y embarcando sus tropas, se hizo con ellas á la vela para el Oriente. Con su ausencia se lisonjeó Cinna de lograr sus proyectos, el primero de los cuales era hacerse dueño de los votos, incorporando los aliados en las tribus; pero el cónsul halló en su cólega Octavio un contrario terrible. Llegaron á las manos en la misma Roma, quedaron en el sitio muertos hasta diez mil aliados: vencido Cinna fue degradado del consulado; mas los aliados, por quienes peleaba, se reunieron al rededor de él, y compusieron un numeroso ejército. Ademas de esto llamó á los próscriptos, principalmente á Mario; y así que se divulgó la vuelta del anciano guerrero, fue á esperarle en el desembarco una multitud de gentes del campo, como

esclavos fugitivos, y otros hombres sin obligaciones. Halló tambien una carta de Cinna en que le daba el título de procónsul, y el permiso para formarse una guardia de lictores.

Mario, afectando una humildad que no era propia de su carácter, no admitió el título ni los lictores. Se presentó con un vestido viejo, desgredados la barba y el cabello, caminando á paso lento, como un hombre rendido con sus males; pero entre aquellas apariencias de tristeza se percibia en sus miradas la fiereza y el contento. Su vista era mas propia para inspirar terror que lástima. Mario, Cinna, Cárbon y Sertorio, estos últimos enemigos personales de Sila, por haberles quitado las plazas de tribuno, en un consejo de guerra que hicieron, determinaron marchar derechamente á Roma, y aun señalaron los lugares que cada uno de ellos debia ocupar en el bloqueo.

La primera accion entre los puestos avanzados, aunque no de grande mortandad, es notable por uno de aquellos sucesos que debian aumentar el horror que inspiran las guerras civiles. Se encontraron en la pelea dos hermanos, y sin conocerse combatieron entre sí, el uno hirió al otro mortalmente; pero al oír la voz de su hermano moribundo, se arrojó á abrazarle: y viendo que ya iba á dar el último aliento, le dijo: "Querido hermano, aunque nos habia separado el interes, nos reunirá la misma hoguera;" y dichas estas palabras se pasó con la espada teñida de la sangre de su hermano, y cayó á su lado muerto. Un suceso tan lastimoso hizo alguna impresion en los soldados; pero el espíritu de partido habia llegado á ser verdadero furor, y tenia tan endurecidos los



Los dos hermanos.

En una acción entre los puestos avanzados de Mario y de los partidarios de Sila se encontraron sin conocerse dos hermanos, uno de los cuales hirió mortalmente al otro; pero al oír la voz del moribundo se arrojó á abrazarle y exclamó: "si nos separó el interés, nos reunirá la hoguera," y con la misma espada que dio muerte á su hermano se quitó la vida. Estos horrores buscan los que excitan guerras civiles.



corazones, que esta impresion duró poco. Se halló Roma estrechada de cuatro egércitos, y tuvo el senado que ceder, restituyendo á Cinna las fascas consulares, y abriendo sus puertas.

En la conferencia que con este motivo tuvieron los senadores quisieron exigir del restablecido cónsul el juramento de ahorrar la sangre de los ciudadanos, y de no quitar la vida á romano alguno sino con las formalidades establecidas por la ley. Cinna prometió no consentir jamás que se diese la muerte á ciudadano alguno. Mario, que estaba presente, no habló palabra; mas sus miradas, en que estaba pintado el furor, amenazaban á la ciudad con muertes y carnicería. Cuando se vió ya á la puerta se detuvo: é instándole que continuase su camino, dijo en un tono burlon: "No conviene á un infeliz proscripto poner el pie en la ciudad antes que se le revoque la sentencia de destierro." Fue Cinna á la plaza pública, y convocó al pueblo; pero antes de recoger los votos, ya Mario, impaciente por derramar sangre, habia entrado á la cabeza de sus satélites, que eran los hombres mas perversos.

Les dió orden de matar sin compasion á cuantos le saludasen, siempre que él no correspondiese saludándolos. Esta señal fue la sentencia de muerte para muchos lisonjeros que se apresuraban á hacer su corte al tirano. Las guardias de Mario no pusieron límites á su crueldad, á su avaricia, y en una palabra, á sus mas desenfrenados deseos. Las mugeres mas respetables de la república se vieron hechas el objeto de sus escesos; y llegó el desorden á tal extremo, que no hallando Cinna y Sertorio otro medio de librar á Roma de aquella in-

fame tropa de asesinos, hicieron que los rodeasen por la noche en su habitacion, y los degollasen hasta el último. Mario sintió mucho esta mortandad de su guardia favorita; pero se desquitó dando con sus cólegas Cinna y Cárbon, á pesar de Sertorio, la sentencia de proscripcion contra todos los senadores que se habian declarado enemigos del pueblo.

En cinco dias que duró esta canicería fue esterminada la mayor parte: espusieron sus cabezas en espectáculo enfrente de la tribuna de las arenas, y llevaron sus cadáveres arrastrados con garfios hasta la plaza mayor, para que allí los devorasen los perros. Mientras Mario saciaba su rabia en el recinto de Roma, asesinaban sus soldados en la campiña á todos los partidarios de Sila, que pensaban haber hallado asilo en ella. Por haberse decretado pena de muerte contra los que ocultasen á los proscriptos, hubo pocos romanos que tuviesen la generosidad de no descubrir á sus parientes y amigos que buscaron refugio en sus casas. Triste efecto de las guerras civiles, que rompen los lazos mas sagrados. Esclavos hubo que avergonzaron en esta ocasion á los hombres libres, y salvaron la vida de sus amos. Los talentos y la probidad no servian de salvaguardia. Marco Antonio, famoso orador, suspendia con su elocuencia el hierro de los asesinos que le rodeaban; pero Anio su gefe, admirado de lo que tardaban sus verdugos, entró, y viéndolos enternecidos hasta derramar lágrimas, él mismo tomó el puñal, é hizo caer á sus pies al orador. Merula, estimado por su probidad, afabilidad, y todas las virtudes civiles, no tuvo mas delito, aun en sentir de los tiranos, que el de ha-

berse prestado á la dignidad de cónsul durante la degradacion de Cinna : y aun este queria salvarle ; pero á cuantas instancias hizo , respondió friamente Mario : “ Es preciso que muera . ” Cinna , cuya consulado espiraba , sin consultar al pueblo se nombró á sí mismo cónsul , como igualmente á Mario , que tambien lo fue por la septima vez .

Todos estos horrores los supo Sila en Asia , donde hacia una guerra feliz : se dió prisa á concluir , y escribió al senado . Contenia su carta una larga enumeracion de cuanto habia hecho por la república en las guerras contra Yugurta , contra los cimbro y teutones , y últimamente contra Mitrídates , el monarca mas formidable del Oriente . Concluia con estas palabras : “ Por premio de estos servicios han puesto precio á mi cabeza : mis amigos han sido muertos : mi muger y mis hijos precisados á abandonar su patria : me han arrasado la casa y confiscado los bienes : han anulado todas las leyes hechas cuando yo era cónsul . Esperad , padres conscriptos , verme en las puertas de Roma con un ejército victorioso : entonces puede ser que venga los ultrajes que he sufrido , y que castigue á los mismos tiranos , y á los instrumentos de su tiranía . ”

Esta carta inquietó á los cónsules , porque consideraban que no tendrian que pelear con una multitud sin disciplina , gobernada por gefes sin habilidad ni energía , como Merula , y su cólega Octavio , que les habia abierto las puertas de Roma . Parece que Mario , que habia pasado tantas desgracias , temia verse espuesto de nuevo en su vejez , que es la edad de descansar . Por mas que le aseguraban , le oian decir algunas veces : “ Has-

ta la cueva de un leon ausente es formidable.” Para disipar estas negras ideas se entregó á los excesos de la mesa, y el del vino le llevó presto al sepulcro. Otros dicen, que paseándose una noche despues de cenar con sus amigos, les trajo á la memoria todas sus aventuras, y acabó con esta reflexion: “Ya no conviene á mi edad fiarme de una diosa tan inconstante como la fortuna:” y entonces enterneciéndose contra su natural, el terrible anciano, abrazó á todos, se retiró y se dió la muerte.

Mario su hijo, á quien Cinna se asoció, ilustró las exequias de su padre con la muerte de todos los senadores que se hallaron en Roma y en las cercanías. En lugar de Mario dió su faccion la dignidad de cónsul á Valerio Flaco. Este señaló los principios de su magistratura con una ley que á todos los deudores daba por solventes en pagando la cuarta parte de lo que debian. Cinna, al fin de su consulado, se nombró por tercera vez, tomando á Cárbon por cólega. A Valerio le habian enviado al Asia, no tanto para continuar la guerra contra Mitridates, quanto para que contuviese á Sila, cuya vuelta á Italia temian. Como no era muy hábil general, le dieron por teniente á Fimbria; pero este, no contento con la segunda plaza, aspiró á la primera, y la consiguió sublevando el egército contra el general, á quien dió la muerte con su propia mano. Casi todo este mismo egército le abandonó cuando quiso medirse con Sila: irritado con esta desercion, quiso Fimbria asesinar á su rival; pero erró el golpe. Estaba Sila para forzarle en su campo cuando le pidió una conferencia; y Sila respondió: “No hay mas condicion

que volverse á Italia: para esto yo le aseguraré la vida, y le daré cuanto necesite.” “¿Yo, replicó el soberbio Fimbria, yo me habia de volver solo á Italia? Sé otro camino mas corto;” y se atravesó con su espada.

Durante estas dilaciones, Cinna y Cárbon establecieron en Roma su autoridad. No obstante, mataron en una conmocion al primero, y se quedó Cárbon cabeza única de la faccion. Se habia esta prodigiosamente reforzado, así por las gentes timidas, á quienes el temor de las proscripciones habia agregado al partido del mas fuerte, como por los enredadores é inquietos del pueblo, y los caballeros y senadores, que esperaban hallar crédito, riqueza y poder en el nuevo orden de las cosas. Todo el senado se componia de esta clase de gentes, porque las demas, ó se habian refugiado al lado de Sila, ó le esperaban impacientes para juntarse con él así que pusiese el pie en Italia.

Cuando él escribió al senado que se ponía en camino, este cuerpo, que se componia de lo que ya hemos dicho, le envió diputados, suplicandole que no escitase una guerra civil. La respuesta que dió á los senadores fue, que iba á quitar la vida á sus enemigos, ó con la espada ó con el hacha de los verdugos. A vista de una confesion tan terrible no tuvieron que pensar sino en defenderse. Levantaron pues hasta doscientos mil hombres, destinados á acordonar las costas y á cerrar todos los caminos. Los mandaban Escipion y Norbano, cónsules, con el jóven Mario, y otros muchos gefes que Sila no consideraba temibles. El único que le pudiera dar cuidado era Cárbon, que hacia la guerra en la Galia cisalpina.

A pesar de todos estos generales, y la multitud que les seguia, desembarcó Sila en Italia con un ejército que le queria en términos que los soldados le ofrecian la parte del botin que quitaron á Mitridates si la necesitaba. No se aprovechó el gefe de esta generosa oferta, por haber llegado Verres, que le presentó la caja militar de uno de los ejércitos enemigos, de que él era cuestor. Por grande que fuese el valor de sus tropas, temió que el escesivo número le venciese en una ocasion en que se halló envuelto entre los soldados de Escipion; pero Sila suspendió los esfuerzos del cónsul con una conferencia, durante la cual lo hizo tan bien, que le quitó su ejército sin dejar un solo hombre. Con la novedad de tan general desercion, exclamó Cárbon pasmado: "Tenemos á la frente un leon y una zorra; pero mas temible es la zorra que el leon."

El infeliz cónsul sufrió el mismo infortunio al frente de Pompeyo, afecto al partido de Sila, y que tambien así le quitó á Escipion un nuevo ejército que habia levantado; mas todavia sostuvo esta guerra con la capacidad y los esfuerzos de Cárbon, que habia vuelto de España. Este consiguió que le nombrasen cónsul con el jóven Mario, el cual llamó por auxiliares de su faccion á los samnitas; y acudieron en número de cuarenta mil bajo el mando de Poncio Telesiano, hábil general. Necesitaba de este socorro, porque Carnias, que era uno de sus tenientes, fue vencido por Metelo, partidario de Sila. Se vengó el cruel Mario de esta derrota quitando la vida á todos los amigos de Sila que volvian á entrar en Roma; pero Sila le venció á él, y tuvo que refugiarse en Pre-

este. Con esta victoria abrió Roma las puertas al vencedor, el cual juntando el pueblo, se quejó de lo que habian hecho con él: confiscó los bienes de los partidarios de Mario, y confirió á sus amigos los cargos de aquellos enemigos suyos que habian huido. Esta primera entrada en la capital no se manchó con acto alguno de crueldad, y dejandola despues de haberla puesto en el orden que permitian las circunstancias, fue á empezar el sitio de Preneste, acometida ya por sus tropas.

Durante este tiempo iban sus generales logrando por todas partes ventajas. Tambien le servia la traicion; y no porque la provocase, sino porque sabian todos que no le desagradaba. Confiado en esto Albinovano, teniente general de un ejército enemigo, convidó á una mesa espléndida á su general y los principales oficiales: al fin los hizo matar: y creyendo que con este servicio estaba suficientemente recomendado á Sila, pasó con los cómplices á su campo, donde fue bien recibido. Cárbon, asustado con esta traicion y muchas pérdidas, abandonó su ejército, que todavía era de cuarenta mil hombres, y se salvó en Africa con un corto número de amigos. El ejército de su general, atacado por Pompeyo, no se defendió bien: veinte mil muertos quedaron en el campo, y los otros se dispersaron.

De los gefes de la faccion de Mario, él estaba encerrado en Preneste, Cinna habia muerto, Cárbon huido; solo Espartaco, el mas honrado de todos, hacia todavía la guerra en España, pero estaba muy distante para que á Sila le pudiese hacer sombra. Se creia pues dueño de la Italia, cuando tuvo la noticia de que Telesiano, gefe de

los samnitas , marchaba á socorrer á Preneste con su ejército , que aun estaba intacto. Va Sila á ponersele delante , y manda á Pompeyo , que estaba á la cabeza de las tropas victoriosas del ejército que Cárbon abandonó , que siga á los samnitas para encerrarle entre los dos ejércitos. El samnita , estrechado por ambos lados , tomó la mas valiente resolucion : levanta el campo de noche , se aparta de su ruta , avanza hácia Roma , y llega al pie de sus muros al amanecer. Entonces se quita la mascarilla , y mostrandose tan poco amigo de Mario como de Sila , declara á sus soldados , casi todos samnitas y lucanios , que no era su objeto socorrer á un romano contra otro , sino esterminar , si era posible , toda la nacion , y sepultar los habitantes de aquella soberbia ciudad en sus ruinas. “Vamos , dijo , y reduzcamoslos á tal estado que no dominen la Italia. Lévese todo á fuego y sangre : á ninguno se perdone , pues mientras haya un solo romano , no podrá el género humano tener libertad.”

Por la resistencia que hicieron los jóvenes patricios en los muros , dieron tiempo á Sila para acudir en persona á socorrerlos ; pero fue vencida el ala que mandaba , y él estuvo en gran peligro de perder la vida por recoger á los fugitivos. Viendose en este riesgo , sacó una imagen de oro de Apolo , que habia traído de Delfos , y dijo : “Grande Apolo , tú que has dado victoria á Sila en tantas batallas y le has levantado á la cumbre de la gloria , ¿me has traído acaso á las puertas de mi patria para perecer en ellas vergonzosamente?” Esta súplica denota que Sila tenia sentimientos de su religion supersticiosa , juntamente con la capacidad militar. Al mismo tiempo que



Impiedad de SÍLA.

A mas de 30. Samnitas que se presentáron á Síla les ofreció gracia, con tal que acometieran espada en mano á quantos Samnitas no se les uniesen, de que resultó tal carnicería que de muchos millares les reduxo á cosa de 60. que llevó Síla á Roma; y en ellos, sin commoverse á los gritos, que oía de aquellas infelices víctimas de su perfidia.

á él le habian rechazado hácia su campo, supo que su teniente Craso habia batido la otra ala de los samnitas. Telesiano, que ignoraba esta derrota, llevaba sus soldados á Roma, y gritaba: "Valor, valientes amigos, valor, que presto seremos los dueños: no hay para nosotros seguridad hasta que hayamos destruido este refugio de lobos." En esta confianza le sorprendió Craso, y el valeroso samnita fue muerto, dando pruebas de un valor igual al de los mas famosos héroes de la antigüedad. De su ejército puesto en fuga se retiró una gran parte á un lado de Antemnas, degollados en el campo de batalla los romanos que habia en él. Triste presagio de la suerte que esperaba á los otros.

Entre los sannitas que en número de muchos millares se retiraron á Antemnas, y pudieran haberse defendido, se presentaron tres mil á Sila, pidiendole gracia. "Yo os la concederé, dijo, con la condicion de dar espada en mano contra los compañeros que no quieran juntarse con vosotros." Este nuevo género de proscripcion escitó entre ellos tan furioso combate, que solo quedaron cinco ó seis mil que Sila llevó consigo á Roma; y encerrandolos en el circo, juntó el senado en el templo de Belona, que estaba cerca; pero mientras él arengaba se oyeron horribles gritos que perturbaban á los oyentes, y eran de los infelices prisioneros, á quienes estaban matando. Sila, sin turbarse, dijo á los senadores muy sereno: "Atended, padres conscriptos, á mi discurso, y no os dé pena lo que pasa en otra parte, pues ese ruido que ois, es de algunos mal intencionados que hago castigar." Esta horrible egecucion heló de susto los corazones. Antes habian conocido á Sila tan inclinado á la compasion, que le vieron al-

gunas veces derramar lágrimas si se le presentaba á la vista algun espectáculo lastimoso; pero las felicidades que sucedieron á los reveses de su fortuna alteraron las buenas calidades de su natural, y sustituyeron la arrogancia, la inhumanidad, y en general todos los vicios que nacen de un poder sin límites.

Ya no se le conocia escrúpulo ni vergüenza, pues en los plenos comicios dijo al pueblo: "Yo he vencido; pero los que me han precisado á tomar las armas contra mi patria, espíarán con su sangre la que me he visto precisado á derramar. No perdonaré á ninguno de los que han llevado armas contra mí: todos han de morir."

Hecho dueño de Preneste, despues de un sitio muy difícil, se complacia viendo y contemplando la cabeza del jóven Mario que le presentaron, y dijo: "¿Por qué este jóven temerario quiso gobernar el timon antes de haber aprendido á manejar el remo?" Estableció en Preneste un tribunal para dar cierto aire de justicia á la venganza que iba á tomar de los partidarios de Mario que allí estaban, y de los habitantes que se habian manifestado afectos á él; mas le pareció muy larga la forma jurídica, aunque la sentencia era siempre de muerte, y haciendo encerrar juntos hasta doce mil de los que él tenia por sospechosos, los mandó quitar la vida en su presencia. Un prenestino, á quien quiso salvarse, porque en otro tiempo le habia recibido en su casa, respondió generosamente: "No quiero deber la vida al verdugo de mi pais;" y metiendose entre el tropel pereció con los demas.

Hizo Sila lo que no pensó Mario: dispuso una especie de orden en las proscripciones. La primera

lista que mandó fijar condenaba á muerte cuarenta senadores, mil seiscientos caballeros, y á todos los que amparasen á un proscrito, aunque fuese hijo, hermano, ó el propio padre: con premio á todo asesino, aun para el esclavo que lo fuese de su amo, y para el hijo que quitase la vida á su padre proscrito. Los hijos eran declarados infames hasta la segunda generacion, y sus bienes confiscados: todos se dedicaron al abominable oficio de asesinos. Entre estos se distinguió Catilina, un patricio que antes habia muerto á su hermano, y para tenerse por absuelto del delito, suplicó á Sila que pusiese al que él habia asesinado en el número de los proscritos; cuyo favor le agradeció señalándose entre los verdugos mas crueles, porque era Catilina un hombre que degollaba á los que recurrian á los pies de los altares: era un tigre nuevo, que lamiendo la sangre aprende á despedazar. Hubo tambien de aquellos suplicios que son mas horribles que la muerte: el que merece mas atencion fue el de Marco Mario, pariente cercano de Mario el viejo, y cuyo mayor delito era ser querido del pueblo. Le azotaron con varas por todas las calles de Roma: le llevaron despues mas allá del Tíber, en donde los satélites de Sila le cortaron las manos y las orejas, le arrancaron la lengua, le rompieron todos los huesos, asistiendo el mismo Sila á este espectáculo; y habiendo advertido alguna demostracion de lástima en un hombre que veja estas crueldades, le hizo matar allí mismo.

Algunos ministros de estas atrocidades se aprovecharon de aquel tiempo de alboroto y de horror para satisfacer á sus resentimientos particulares y á su avaricia. Fue tan general la matanza, que le

reconvinieron sus mayores amigos. Un senador jóven, llamado Cayo Metelo, le preguntó un dia en pleno senado: "¿Cuándo dareis fin á las calamidades de nuestros conciudadanos?" Y añadió: "Esto no es interceder por los que habeis resuelto matar; pero suplicamos que saqueis de la inquietud á los que pensais salvar." "Todavía no sé yo, respondió Sila, á quiénes haré gracia." "Nombrad pues, replicó Metelo, á los que quereis esterminar." "Eso es lo que yo haré, replicó Sila;" y al punto hizo fijar otra lista de ochenta proscriptos, la mayor parte senadores ó patricios. El jóven Caton, de edad de catorce años, prorumpió en un rasgo de atrevimiento, que dió á entender lo que habia de ser algun dia. Le llevaba su maestro muchas veces á la casa del tirano, y este le manifestaba mucha estimacion: pero viendo el jóven que llevaban las cabezas de los mas ilustres proscriptos, dijo un dia: "¿Cómo no matan al autor de tantas muertes?" "Porque es mas temido que aborrecido" le respondió su maestro. Y él replicó: "Venga una espada para que yo libre mi patria de una vez de yugo tan tiránico."

Los principales partidarios de Sila imitaban su crueldad por una especie de emulacion: y aquí se debe notar la ingratitud de Pompeyo respecto de Cárbon, que en otro tiempo le habia salvado sus bienes paternos, confiscados por los tribunos. El cómplice de Mario se habia salvado en Africa, como hemos dicho: y enviado á llamar por Pompeyo, pretor de Sicilia, se prometia que el espíritu de partido no hubiese sofocado todo sentimiento de gratitud para con un amigo que le habia preservado de la miseria; pero se engañó porque el jóven magistrado, en lugar de avergonzarse de ver en su tri-

lunal al anciano cónsul cargado de prisiones, permitió que se postrase á sus pies: recibió esta demostracion con un orgullo que chocó aun á sus íntimos amigos: y despues de haberle dado en rostro con los alborotos que habia causado en la república, le condenó á muerte, y se egecutó al punto la sentencia. Es verdad que disimuló huyesen los romanos aprehendidos con él, y que esto fue librar otras tantas víctimas de la espada esterminadora de Sila. Ya contaba este como nueve mil senadores, caballeros ó ciudadanos muertos por su órden, porque le vinieron sus nombres á la memoria, y decia: "Su dia les llegaré á aquellos que ahora no me ocurren." Despues de estas egecuciones bárbaras se retiró tranquilamente á una casa de campo como para descansar; y desde allí escribió al senado que le parecia conveniente y aun necesario elegir un dictador, dando á entender que él deseaba ser elegido; pero esta insinuacion era lo mismo que una órden, y así mas por miedo que por inclinacion le eligieron sin poner límites á la estension ni á la duracion de su poder.

Debe decirse (2992) en alabanza de Sila, que D. del D. en su dictadura hizo leyes tan prudentes, que hu- 2992. bieran prevenido las desgracias de la república á A. de J. C. 6. haberlas constantemente observado; pero las hizo con un imperio que algunas veces sirvió de obstáculo. En una de estas circunstancias recitó al pueblo una fábula, que esplicaba los motivos de su conducta severa, y aun cruel. Dijo pues: "La laceria incomodaba de tal modo á un labrador, que este se desnudó, y mató todos los piojos. A pocos dias empezaron á atormentarlo de nuevo; y los que entonces mató eran muchos mas que la primera

vez. Volvieron por último de nuevo; y fue tanto lo que se irritó el labrador, que quitándose todos sus vestidos, los arrojó al fuego y los abrasó. Aplicaos esta fábula, dijo, porque os conviene admirablemente. Hasta ahora las sediciones de vuestra ciudad han hecho derramar alguna sangre: temblad no sea que al fin se realice entre vosotros el apólogo." Cuando decia esto acababa de mandar á un centurion que fuese á cortar la cabeza en medio de la plaza á un hombre querido del pueblo, que á despecho del mismo Sila solicitaba ser tribuno.

Los empleos que él no daba por la autoridad de su cargo, se conseguian por su crédito; y así hizo conferir á Pompeyo el mando de Asia, donde este general de veinte y cuatro años esterminó en cuarenta y cinco días las reliquias del partido de Mario en esta parte del mundo. El dictador envidió su gloria y el honor del triunfo; pero le acarició mucho, y le dió el nombre de Grande, que siempre tuvo despues. No obstante, nunca renunció el derecho de triunfar, aunque tan jóven, y continuó en su solicitud. El pueblo estaba por él; pero Sila se oponia abiertamente, y dijo al candidato: "Haré cuanto pueda por impedirlo." A lo que respondió con firmeza: "El pueblo gusta de adorar al sol que sale:" sentencia que hizo temblar á los asistentes por la vida del temerario; pero el dictador exclamó, arrebatado de una fuerza irresistible: "Bien está, triunfe Pompeyo en nombre de los dioses." No usó de esta misma condescendencia con Julio César, que empezaba entonces á darse á conocer; y siempre tuvo Sila contra él cierta repugnancia. "Aunque es tan jóven, decia, descubro en él mas de un Mario." Tuvo César la prudencia de subs-

traerse á las sospechas de un hombre tan terrible, y empezó á viajar recorriendo una parte de Italia, y deteniéndose por algun tiempo en la corte de Nicomedes, rey de Bitinia. No hizo mucho honor á sus costumbres la conexion con este príncipe. Entró despues como voluntario en un egército romano que habia en Asia : allí empezó á manifestar el valor y los talentos que despues le hicieron tan célebre.

Sila, que tan zeloso fue para resistir á Pompeyo el honor del triunfo, no lo habia sido tanto para consigo mismo : pues el suyo duró muchos dias con juegos, espectáculos y festines, en los que se sentó todo el pueblo, cargando las mesas de los platos mas raros y esquisitos. En el primer dia llevaron en pompa delante del triunfador quince mil libras de oro y ciento quince mil de plata: en el segundo trece mil de oro y siete mil de plata: sumas prodigiosas y admirables. Despues de los gastos de la guerra civil, sumidero de hombres y caudales, todavia se contaban en Roma cuatrocientos mil en estado de llevar las armas. Cerró Sila la ceremonia con un discurso al pueblo, en que declaró que así como los otros generales tomaban el nombre de los paises que habian conquistado, persuadido él á que todas las felicidades las debia á la fortuna, queria que le llamasen en adelante *el afortunado*.

Todavia habia quedado en aquel corazon lleno de los sentimientos de su felicidad, lugar para el amor, pues se apoderó de él una muger jóven, llamada Valeria, que pocos dias antes se habia separado de su marido, sin que por el divorcio padeciese su reputacion. Era viva, festiva y sin duda poco tímida: por esto fijó la irresolucion de Sila con un arbitrio que pasaria por libertad en nuestras cos-

tumbres. Mientras él estaba atento al espectáculo fue como resbalando hasta poder poner ligeramente la mano sobre su espalda, y arrancando un pelo de su ropa, se volvió prontamente á su asiento. El dictador volvió airado la cabeza; y procurando descubrir el fin de aquella familiaridad, le dijo Valeria en tono gracioso: "Esto, señor, no ha sido por faltarnos al respeto, sino por participar de vuestra fortuna." Y desde entonces se creyó que en tomando alguna cosa que fuese de una persona feliz, podia traer la felicidad. La accion, la dulzura de la voz, y las gracias de Valeria hicieron tanta impresion en Sila, que, hallándose viudo entonces, hecha la informacion de su vida y carácter, la tomó por esposa.

Ya no le restaba á Sila mas que asegurar en sólidas basas tanta fortuna. Las que él escogió solo podian ser conocidas por un ingenio elevado, y no las podia emplear sino un carácter intrépido. Cuando habia subido á la cumbre de la grandeza sobre los cadáveres de cien senadores y de tres mil caballeros, sin contar mas de cien mil ciudadanos muertos con el hierro de los asesinos, ó de pesadumbres y miserias: rodeado, por decirlo así, de aquellos espectros, asustado todavia con su presencia; subió á la tribuna de las arengas, habiendo convocado al pueblo para una cosa extraordinaria. Pintó Sila en un enérgico discurso la situacion deplorable en que se hallaba Roma cuando él volvió de Asia, y el infeliz estado á que estaba reducida. "Yo conozco qu me he valido de remedios violentos, y que no he ahorrado la sangre; pero de lo contrario no habria hecho mas que aumentar los males en vez de destruirlos: "Ahora, romanos, que todo está tranqui-

lo, añadió esforzando la voz, renunció á la dictadura y á la autoridad sin límites que me habeis conferido. Gobernaos por vuestras propias leyes, y venga el que quiera á tomar cuentas de mi administración, que yo estoy pronto á satisfacerle." Dichas estas palabras, baja de la tribuna, y despide su guardia y sus lictores. Le abrió camino el concurso, y pasó. Todos callan de pasmados: solo un hombre levantó la voz, y le ultrajó con injurias; pero Sila, volviendo con sosiego el rostro hácia sus amigos que le seguian, les dijo: "Ahí teneis un jóven que será causa de que otro no se despoje del poder supremo." Se retiró al campo, y estuvo poco tiempo en él, para que no creyesen que habia salido de la ciudad por miedo.

Todavía se mezcló Sila alguna vez en los negocios públicos; pero sin mucho interes: y aun sufría que le contradijesen. A pesar de las gracias y amable compañía de Valeria, dicen que dió en muchos escesos; y así se apresuró la muerte. Atormentado de una enfermedad, efecto de los mismos desórdenes, y despedazado de unos gusanos que renaciendo siempre de nuevo, le roían las entrañas y envenenaban, por mas cuidado que hubiese, su comida y su bebida: divertía sus dolores escribiendo las memorias de sus hechos. La última obra que compuso fue un código de leyes que le pidieron los habitantes de Puzol: su última accion fue un rasgo de crueldad. Uno de sus renteros iba dilatando la paga, con la esperanza de que la muerte próxima de Sila le dispensaria de hacerla; pero el fogoso moribundo mandó traerle arrastrando á su estancia, y quitarle allí la vida con un cordel. Murió á los sesenta y dos años de su edad; y á pesar de los en-

vidiosos fueron magníficos sus funerales: asistieron todos los cuerpos del estado: las vírgenes vestales y los pontífices cantaron sus alabanzas. En el sepulcro que contenia la urna de sus cenizas grabaron este epitafio, que él mismo se habia hecho: "Yo soy Sila el afortunado, que en el discurso de mi vida escedí á mis amigos y enemigos: á unos por el bien; á los otros por el mal que les hice." Dispuso legados para todos sus amigos: solo Pompeyo, culpable á su parecer por alguna ingratitud, no se halló en su testamento.

Su muerte fue la señal de los alborotos: volvieron estos á empezar en la república, renovándose los Lépido y Catulo (2926): el primero afecto al pueblo, el segundo partidario del senado, y favorecido de Pompeyo. Lépido perdió muy presto su crédito, y fue á morir obscuramente en Cerdeña. La faccion de Mario se sostenia todavia en España por el valiente Sertorio; y cuantos esfuerzos hicieron los tenientes de Sila contra este valeroso romano, se malograron. Se habia formado en Lusitania Sertorio una especie de imperio, que no estribaba tanto en la fuerza, como en la estimacion y amor del pueblo. No hubo hombre que gobernase con mas benignidad y justicia. Habia establecido un senado, del que salian todas las órdenes, y al que él mismo sometia su conducta. Sus talentos militares no eran menos distinguidos que sus virtudes, y lo mas admirable fue, que siempre hizo cosas grandes con pequeños egércitos. Se aplicaba á conocer el carácter de los generales enemigos, y se gobernaba mas con este conocimiento que con las reglas. Tuvo sucesivamente hasta seis que se le opusieron, mandando ciento veinte mil hombres de infantería, diez mil

D. del D. 2926.
A. de J. C. 72.

caballos y dos mil archeros; pero él los resistió, los venció, ó siempre volvió á presentarse con nuevas fuerzas despues de las pérdidas.

Es famosa la corza de Sertorio. Se la habia dado pequeña: y él la domesticó tanto, que obedecía á sus menores insinuaciones: nunca le dejaba, ni aun en el tumulto de las batallas; y la admiracion que escitaba su familiaridad y docilidad dieron á su dueño la idea de que la tuviesen por un presente de Diana. Hizo creer que aquella corza le decia todos los sucesos, y los mas grandes secretos. Si por casualidad descubria que los enemigos marchaban por tal parte, decia que se lo habia revelado su corza, y enviaba un destacamento. Si le llevaban la noticia de que sus tenientes habian logrado alguna ventaja, escondia al correo, y presentaba la corza coronada de flores. Habia hombres apostados que insinuaban á los soldados que venian de los dioses aquellas señales de triunfo, y que seguramente tendrian presto noticia de algun suceso favorable; y siempre sucedia así. Estos ardidés, segun las supersticiones que entones reinaban, no son esclusivamente particulares á los siglos de ignorancia.

Pero á Sertorio le hubieran servido de poco sin sus grandes talentos, pues al fin se halló á la frente de los dos mas famosos generales de la república, Metelo y Pompeyo. El primero circunspecto por la esperiencia y la edad: el segundo, tal vez arrebatado de los hervores de la juventud, habia solicitado esta espedicion con la esperanza de dar fin á la guerra, y llevarse toda la gloria. Con esta confianza avanzaba con poca cautela, y siempre se prometia el buen éxito. Iba un dia apresurado á socorrer una plaza atacada por

Sertorio, y creyó que tenia encerrado entre él y la ciudad al general lusitano ; pero este habia dejado á distancia un cuerpo de tropas que encerró al mismo romano. No sospechando este ardid , escribió Pompeyo á los sitiados , que presto echaria de allí á los enemigos. Sertorio , que interceptó la carta, dijo : “ El discípulo de Sila debiera haber aprendido que lo mas esencial de un general es mirar mas bien hácia atras que adelante.” Tomó pues la ciudad y la destruyó , no tanto por crueldad , quanto por dar despecho á Pompeyo , cuyo tono confiado le desagradaba.

En otra ocasion dió Sertorio á Pompeyo otra leccion muy sensible. Ya le habia vencido muchas veces, y le hubiera enteramente derrotado si no hubiese llegado Metelo á socorrerle. “ A no haber venido este viejo, dijo Sertorio, ya habria yo enviado este muchacho á Roma, despues de castigarle como merece.” A fuerza de victorias precisó el lusitano á sus dos rivales á retirarse , desterrandolos al pie de los Alpes en una situacion muy embarazosa. El que se vió mas estrechado fue Pompeyo, y así pidió que le enviase Roma socorros prontos y abundantes. Sertorio, siempre afectó á su patria, envió á decir á los dos generales, que revocasen su decreto de proscripcion , y entonces él se sujetaria, y despediria sus tropas. Por este mismo tiempo le enviaron embajadores de parte de Mitridates á exhortarle que abrazase el partido de este monarca, y á ofrecerle auxilios , á que respondió él : Que aceptaria gustoso la alianza del rey , si este se obligaba á no hacer daño á las provincias que la república tenia en Asia ; y dijo el monarca : “ ¿ Qué órdenes me enviaria Sertorio, si presidiera en el

senado de Roma, cuando desterrado á las riberas del mar Atlántico, me amenaza con la guerra si me determino á acometer al Asia?"

Mejor suerte merecia este grande hombre que la que acabó sus dias. Perpena, un ingrato, á quien habia recibido cuando sus soldados le abandonaban, y á quien habia conferido un grado distinguido en su ejército, formó por envidia y ambicion una conjuracion contra su vida, y murió Sertorio asesinado. Despues ya no le fue difícil á Pompeyo dar fin á esta guerra, cuyos particulares sucesos no le eran honoríficos; pero el buen éxito le cubrió de gloria. Cayó Perpena en sus manos por la suerte de las armas, y ofreció entregarle la correspondencia de Sertorio con algunos personajes de la república, que le instaban á que pasase á Italia. Recibió Pompeyo el paquete, y en presencia de sus oficiales le arrojó al fuego sellado como estaba, y mandó cortar la cabeza á Perpena. Su discrecion para con los amigos de Sertorio le ganó su estimacion y confianza, de que supo sacar ventajas en las ocasiones importantes.

Fatigaban á la república otras dos guerras (2930): la primera, que fue la de los esclavos, le combatia por sus mismos cimientos, pues se hacia en el seno de la Italia, bajo la conducta de un gladiador natural de Tracia, llamado Espartaco. Sus soldados como no tenian que esperar gracia, á ninguno se la hacian: eran como ciento y veinte mil hombres, todos esclavos fugitivos, la mayor parte cogidos en la guerra, y por consiguiente susceptibles de la disciplina que introdujo Espartaco entre aquellos voluntarios. Tuvo fortalezas donde retirarse, arsenales, almacenes, y muchas veces pasmó á

D. del D.
2930.
A. de J. C.
68.

los romanos con sus imprevistas marchas, y con estratagemas que le valieron victorias. Rebatió á muchos generales experimentados, hasta que por último en una batalla decisiva le derrotó Craso. Presentándole su caballo en el punto del combate, le pasó con su espada, y dijo: "Si ganamos la victoria, no nos faltarán caballos; pero si se declara por los romanos, de nada me servirá." Con efecto, despues de una larga pelea, aunque abandonado de los suyos, continuó en defenderse con valor intrépido, y á pesar de una grande herida que habia recibido, combatia de rodillas con el escudo en una mano y la espada en la otra, dando muerte á cuantos se le acercaban, hasta que al fin penetrado de multitud de heridas espiró sobre un monton de cááveres de romanos. Algunos fugitivos se reunieron, y entraron en la Lucania, y recibió Pompeyo órden de ir á esterminarlos: pues parecia destino suyo recoger los laureles de otros; aunque no se puede negar que sabia ganarlos por sí mismo; y así como en España se habia aprovechado de las felicidades de Metelo, tambien se adornó en Italia con las coronas de Craso. Cayó en la imprudencia de escribir al senado: "Craso venció á los gladiadores en batalla campal; pero tambien yo he arrancado hasta las últimas raices de su rebelion." A los dos los premiaron igualmente haciendolos cónsules; pero como eran uno y otro ambiciosos, se enemistaron entre sí, y en poco estuvo que su discordia causase una guerra civil. No obstante, se fueron sobrellevando á instancias y súplicas de los senadores, y se pasó su consulado con bastante paz.

Siempre el motivo de las querellas era el fa-

vor del pueblo, que los rivales se disputaban con el fin de que los nombrasen para las plazas de que podian sacar honra ó provecho. Se presentó una ocasion que Pompeyo no quiso perder: era esta la guerra de los piratas, que sucedió á la de los esclavos. Estos piratas, esparcidos por las islas del Archipiélago, infestaban los mares, saqueaban las costas, interceptaban el comercio, detenian el trigo que iba de Asia, y aun hicieron á Roma temer el hambre. Nadie se libraba de ellos: el mismo César cayó en sus manos: la envidia de Sila le habia precisado á ausentarse de Roma, adonde volvió, muerto el dictador, y se distinguió por su elocuencia á los veinte y dos años de su edad; mas no contento con esta instruccion, á fin de perfeccionarse salió para Rodas, en donde daba lecciones Apolonio, retórico muy hábil. Le apresaron los piratas en el camino, y pasó con ellos treinta y ocho dias, los mismos que empleó en componer arengas y hacer versos, que les leia con mucha gracia. Cuando aquellas gentes groseras no le escuchaban con la atencion que él queria, se enojaba, y los trataba mal. Si sucedia que le quitasen el sueño, los amenazaba, diciendo, que en viendose libre los haria crucificar. Con efecto, respecto de algunos cumplió su palabra; porque pagado el rescate, empezó hacer correrías contra ellos, y cumplió exactamente su promesa crucificando á los que hizo prisioneros. De aquí fue á emplearse en otras expediciones militares.

La audacia y fuerza de los piratas, favorecidos de Mitridates, llegó á tal punto, que fue preciso enviar contra ellos no ya navios sueltos, sino una armada. Marco Antonio, que era el almiran-

te, se dejó vencer: los piratas colgaron á los prisioneros de los mástiles con las mismas cadenas que los romanos llevaban para cargarlos de hierro; y sintió tanto el desgraciado general este espectáculo, que murió de pena. Esta guerra llegó á parecer muy importante, principalmente porque podia juntarse con ella la de Mitrídates; y así excitó el deseo y emulacion de los principales generales la comision de dirigirla. No faltó á pretenderla Pompeyo á quien sostenia para con el pueblo el tribuno Gabinio; pero la estension que querian dar al mando exigia la atencion mas seria: pues se trataba nada menos que de poner en manos de un solo hombre el poder sobre todos los mares hasta las columnas de Hércules, y por tierra á la distancia de cuatrocientos estadios de las costas: autorizandole para reclutar cuantos soldados y marineros le pareciesen convenientes, tomando del tesoro público el dinero necesario sin responsabilidad, y por último, para nombrar á su voluntad quince senadores que sirviesen en su ejército en calidad de tenientes generales: debiendo confiarsele por tres años un poder tan amplio.

Habia propuesto Gabinio esta amplitud, porque contaba con hacer recaer el encargo en su amigo Pompeyo; pero aunque los mas prudentes senadores estrañaron esto, y procuraron dar á conocer al pueblo los inconvenientes; los que hablaron contra Pompeyo, cuya pretension se habia declarado, no fueron muy atendidos. Catulo, príncipe del senado, tomó un rumbo con el cual creyó conciliarse la atencion, y salir con la empresa. Todo su discurso se versaba sobre los elogios de Pompeyo, pintandole como un hombre necesario á la república;

y suplicando á los tribunos que no espusiesen una vida tan amable á los riesgos de una expedicion marítima tan peligrosa. "Si le perdeis, dijo, ¿en dónde hallareis otro Pompeyo, ó quien pueda substituirle?" "Ahí estás tú, Catulo, respondió el pueblo." El lisonjero cumplimiento cerró la boca al senador; y despues de algunos debates, bien inútiles por haber tomado ya partido y estar ya resueltos, eligieron á Pompeyo. El pueblo, que es tan incapaz de poner límites á su favor como á su odio, le dió mas que lo que Gabinio pedia: pues con el título de procónsul se acordó dar á Pompeyo quinientas naves, ciento veinte mil hombres de infantería, cinco mil de caballería, veinte y cinco senadores que le sirviesen de tenientes generales, dos cuestores, y una gran suma de dinero que se le contó antes de su partida.

Con estos medios no le fue difícil desempeñar la comision que le habian encargado. Barrió los mares, destruyó ochocientas ó novecientas embarcaciones, quitó la vida á diez mil piratas, se hizo dueño de ciento veinte ciudades ó castillos de que ellos se habian apoderado, restituyó la libertad á un prodigioso número de cautivos, hizo mas de veinte mil prisioneros, los destinó á poblar cuatro ciudades que los piratas habian dejado desiertas; y en lugar de tres años que le asignaron para esta expedicion, empleó en ella solos cuatro meses. Cuando llegaron á Roma estas noticias, Manilio, otro tribuno entregado del todo al general vencedor, se aprovechó de aquella especie de embriaguez que el contento causó en el pueblo para disponerle á otras gracias de mayor estension en favor de Pompeyo, y propuso que se llamase á Luculo de Asia, en

donde hacia la guerra á Tigranes y á Mitrídates, dando el gobierno á Pompeyo, con el mando en la Cilicia y Paflagonia, en la Frisia, Licaonia, Capadocia y Armenia, y retirando á los senadores que las gobernaban. Este proyecto, cuando el tribuno le proclamó en la asamblea, consternó á los patriotas y á los republicanos zelosos. “¡Con que tenemos, dijeron, un soberano, y la república se ha convertido en monarquía! Los servicios de Luculo, el honor de Glabrio y de Marcio se ven sacrificados por adelantar á Pompeyo. Jamas Sila llevó á tan alto punto la tiranía.”

Catulo y Ortensio, dos consulares, fueron los únicos que se atrevieron á oponerse á la ley Manilia, así llamada del nombre de su autor; y especialmente el primero nada omitió de cuanto pudiera convencer al pueblo del peligro de confiar tanta autoridad á un hombre solo; demostró claramente la injusticia que se hacia á Luculo y á los otros comandantes, cuando todos habian llegado á sus gobiernos por el camino de las victorias; hizo la pintura mas patética de los inconvenientes de una potestad sin límites; y viendo que no gustaba de sus razones la multitud, dirigió la palabra á los senadores, y les dijo: “Huyamos, padres conscriptos, á retirarnos como nuestros padres á algun monte ó entre rocas, que puedan servirnos de asilo contra la esclavitud con que nos amenazan.” El resto del senado, donde tenia Pompeyo muchos partidarios, calló, y todos esperaban algunas reclamaciones de Julio César, porque sabian no adoraba al ídolo del pueblo; mas no le disgustaba ver que los romanos iban perdiendo el gusto republicano, aunque era en favor de un rival suyo: y

así habló por la ley: y lo mismo hizo Ciceron, con el fin de que le elevase al consulado la faccion de Pompeyo, que tenia esclavizados los votos. El vencedor de los piratas recibió en Asia el decreto que deseaba; pero con tal aire de indiferencia, y aun desden, que chocó á sus mismos amigos. “¿Qué, dijo, quiere Roma encargarme todavía una nueva guerra? ¿con que jamas tendré reposo? ¿será razon que yo sacrifique á los deseos de mis compatriotas las dulzuras de una vida retirada, y el placer de estar con una muger á quien amo? ¡Dichosos los que confundidos en la multitud viven ignorados y tranquilos!” Esta fue en Pompeyo una moderacion hipócrita que á ninguno engañó.

César, á quien dejamos en Asia ocupado en expediciones militares, habia vuelto á Roma, en donde egercitaba otros talentos muy distintos (2940). D. del D.
 Consiguó que le hiciesen edil, y durante su ma- 2940.
 gistratura dió espectáculos magníficos, juegos, y un A. de J. C.
 58.
 combate de seiscientos cuarenta gladiadores. En estas diversiones atendió á lisonjear al pueblo, procurando que estuviese cómodamente sentado en las gradas, y á cubierto del sol y de la lluvia; añadiendo á estas cosas de puro agrado otras mas sólidas. La via Apia, que estaba muy destruida, se vió reparada por su vigilancia, y casi á su costa, empeñándose para esto en mas de seis millones. Por otra parte era un hombre honrado, afable y cortés; pero su generosidad no tenia límites. Los senadores mas perspicaces percibian en su conducta ciertas miras de ambicion muy sospechosas; pero quien mas las advirtió fue Ciceron, el cual decia: “En la mayor parte de sus acciones descubro un tirano; bien que cuando le veo tan ocupado en

componerse el cabello, no puedo creer que piense en trastornar la república." Ciertos arrojos á que se determinó César, ó á que el favor del pueblo le hizo aventurarse, convirtieron las sospechas en certidumbre.

Aunque el nombre de Mario era aborrecido del senado y de la nobleza, pronunció públicamente la oracion fúnebre de Julia su tia, y viuda de Mario; y con este motivo se atrevió á hacer ostentacion de las muchas estatuas del tirano. Contra esta audacia se sublevaron los patricios, y le acusaron altamente de que queria resucitar la faccion de un hombre, declarado enemigo de la patria; pero muy distante de ceder á estos clamores, siempre favorecido del pueblo, hizo llevar de noche al capitolio los trofeos de Mario, que de allí habia quitado Sila. Por ser estos trofeos piezas maestras del arte, llamaron grande número de espectadores, y muchos de los plebeyos, llenos todavía de gratitud á los beneficios de su protector, no pudieron menos de verter lágrimas. "¡Con que ya, exclamó Catulo en pleno senado, ataca César á la república, y no por medios ocultos sino asestando abiertamente sus baterias!" Supo el acusado si no quitar las sospechas, impedir á lo menos que contra él tuviesen consecuencias funestas: y en esto fue mas diestro que Catilina, cuya conjuracion rompió por este tiempo.

Lucio Sergio Catilina, de familia patricia, era un monstruo, tal vez peor que cuantos se han distinguido en los anales de los malos. En su primera juventud tuvo de una señora de calidad, que se abandonó á él, una hija con quien despues se casó. Engañó á una vírgen vestal, mató á su pro-

pio hermano, y fue uno de los egecutores mas feroces de las barbaridades de Sila. Perdido por sus escesos y anegado en deudas, no tenia otro recurso que el trastorno de la república; y se habia propuesto empezarle por el saqueo de Roma. Este proyecto atrajo á su partido todos los que como él se habian arruinado, y no tenian esperanza alguna sino en el desórden. Contaba Catilina con gran número de estos, aun en el senado y entre los jóvenes patricios en quienes el libertinage habia llegado á su término; y como el suyo era desenfrenado, se hizo familiar con cuantas gentes malvadas y sin costumbres habia en Roma, inspirándoles su misma audacia seguridad en todos los proyectos que queria abrazasen.

Su plan estaba muy bien dispuesto: tomó prestadas gruesas cantidades, y consiguió que hiciesen lo mismo sus principales partidarios. Dos motivos le hicieron adoptar este espediente: empeñar en su empresa á los pretores sin que lo supiesen; y proporcionarse tropas para acometer por fuera á la ciudad cuando llegase el dia de escitar dentro los alborotos. Entregó este dinero á Malio, soldado de fortuna, que levantó secretamente un egército, compuesto casi todo de los veteranos de Sila. Todo le salia bien al conspirador: se unieron con él los malcontentos que habia en todas las órdenes; entre los conjurados eligió gefes, de quienes se aseguró con horribles juramentos; y algunos dicen que se presentaron unos á otros una copa llena de sangre humana, que la llevaron á sus labios, y sobre ella sacrificaron á los dioses infernales con las imprecaciones mas terribles contra cuantos revelasen el secreto.

Pero el amor se burla de los juramentos. Fulvia, muger distinguida, se habia abandonado por comercio carnal á Quinto Curcio, que era uno de los conspiradores: le dejó viéndole pobre, aunque se habia arruinado por ella. El débil amante en vez de despreciarla pretendió ganar de nuevo su gracia, y se lisonjeó de que la conseguiria diciendo que tenia un secreto que jamas la revelaria. Este secreto no pudo sostenerse contra los artificios de Fluvia: porque se le arrancó á fuerza de caricias, y dió parte á Ciceron, entonces cónsul. De este modo la cabeza del senado, que tenia ya presuntas de alguna conspiracion, conoció todas las circunstancias de ésta. Los conjurados habian de poner fuego en un mismo instante á diferentes cuarteles de la ciudad, y aprovechándose del desorden, asesinar al cónsul y á los principales senadores en sus casas, hacerse dueños del capitolio, y fortificarse en él hasta que Malio llegase con sus veteranos.

Ya no se podia perder tiempo, y así descubrió Ciceron la conspiracion en pleno senado. Estaba presente Catilina, y la arenga del cónsul fue una picza maestra de la elocuencia vehemente. Entre las bellezas que centellean en la catilinaria se advertirá que el orador en la augusta asamblea del senado prorumpió en reconvençiones equivalentes á las mas groseras injurias que pudieran pronunciarse en nuestra lengua. Las escuchó Catilina con serenidad; y cuando le tocó hablar, suplicó al senado que no atendiese á las calumnias del cónsul, pues era su enemigo personal, y por otra parte un hombre nuevo, que no tenia en Roma una casa, circunstancia bastante poderosa en el espíri-

tu de los propietarios. No se dejaron engañar los senadores con las recriminaciones de Catilina, y así los que estaban junto á él se levantaron horrorizados, y de todas partes le oprimian con los nombres de incendiario y parricida. "Ahora bien, exclamó él enfurecido, ya que me poneis en este extremo, no pereceré yo solo: tendré la satisfaccion de arrastrar conmigo á los que han jurado perderme." Junta pues sus amigos, y los exhorta á aprovecharse de la primera ocasion de poner fuego á la ciudad, y egecutar las muertes proyectadas. "Yo, dijo, voy á ponerme á la cabeza de las fuerzas que Malio levanta en Etruria, y presto me vereis á las puertas de Roma con un egército capaz de hacer temblar á los mas atrevidos de mis enemigos."

El senado declaró á Catilina enemigo de la patria, y autorizó con decreto á los cónsules para que velasen sobre la salud de la república. Esta fórmula les daba autoridad dictatoria. Ciceron á la verdad tenia pruebas fuertes para acusar, aunque no para condenar y castigar; pero se las dieron los embajadores alobroges, que entonces se hallaban en Roma. Pretendieron los conjurados que estos les diesen tropas para juntarlas con las de Malio; mas como buenos políticos hallaron que convenia mas á su patria mostrar afecto á los primeros magistrados, que á una faccion menos prudente que viva y precipitada: y así advirtiéndole á Ciceron de las proposiciones que se les habian hecho, él los pidió que aparentasen ceder; y por consejo del mismo lograron de las cabezas de la conspiracion un papel firmado, en que inconsideradamente hacian á los embajadores varias promesas por los soldados que los alobroges se obligaban á

enviarles , y le pusieron en manos del cónsul. Ciceron con esta pieza hizo arrestar á los principales en sus casas, manifestó las pruebas al senado, con las cuales fueron condenados y castigados inmediatamente. Por las medidas que tomó el cónsul poniendo guardias en cada cuartel, y al rededor de las casas amenazadas, para prevenirse contra los incendiarios y asesinos, no hubo alboroto en la ciudad.

Enviaron un egército contra el de Malio, con quien se habia juntado Catilina. Este gefe de los conjurados no rehusó la batalla que le presentaron: fue larga y sangrienta, y perecieron en la accion tres mil rebeldes. Se halló el cuerpo de Catilina debajo de un monton de muertos: todavía respiraba, y conservaba en los últimos momentos de su vida aquel aire terrible que le habia hecho el espanto de sus enemigos. Petreyo, soldado de fortuna, que mandaba el egército de la república, no quiso que persiguiesen á los fugitivos, que eran casi todos romanos, para que pudiesen volverse á sus familias. Este perdon era laudable respecto de los subalternos, descaminados y seducidos; pero muchos senadores no querian que se estendiese hasta los gefes, y con este motivo hubo grandes debates en el senado. En él hizo César un magnífico elogio de la clemencia, bien que abogaba por sí mismo, pues no se dudaba que hubiese sabido la conjuracion. Un miembro del senado le acusó abiertamente, y se obligó á demostrar, por los papeles de Catilina, que tenia César secreta inteligencia con los conjurados; pero Ciceron, que entonces era poderoso, sofocó las denunciaciones; y no obstante César, cuando salió del senado, corrió peligro de ser

muerto: pues los caballeros que estaban de guardia volvieron hácia él las puntas de sus espadas, fijando los ojos en el cónsul como para recibir sus órdenes, y haciéndoles este una seña favorable, libró con ella á César. En esta ocasion ganó Ciceron los títulos lisonjeros que le daba el pueblo de libertador de Roma, segundo fundador de la ciudad, y padre de la patria, volviéndole á su casa en triunfo.

El mismo pueblo juntó en esta ocasion el reconocimiento al que habia disipado los conjurados con la estimacion hácia César, que habia aprobado y tal vez favorecido á la conspiracion; y así le dió la preferencia para la dignidad de soberano pontífice sobre dos grandes hombres de los mas respetados de la república; pero la dignidad no le libertó de un acontecimiento, del cual salió bien con un tono de magestad que impuso silencio á los burladores. Tenia su muger Pompeya grande pasion á Clodio, patricio jóven, y desacreditado por sus escesos. Aurelia, madre de César, y Julia su hermana, sospechando de Pompeya, la observaban muy de cerca, y no la dejaban ver de su amante; pero ella se aprovechó para citarle de la fiesta de *la buena diosa*, en cuyos misterios, por regla general, no se admitian hombres: y se observaba esta regla con tal severidad, que las mugeres hacian escrúpulo de no cubrir las pinturas que representaban hombres ó animales del sexo masculino. A Clodio le introdujo vestido de muger una esclava: favorecia su edad juvenil al disfraz. La impaciencia de ver á su querida le hizo salir del cuarto en donde estaba escondido, anduvo por la casa, y le encontró otra esclava, que reconociendo su sexo, alborotó toda la concurrencia. El se retiró adonde

primero estaba oculto; pero le encontraron, y le echaron fuera muy avergonzado. Toda la ciudad no hablaba al dia siguiente de otra cosa que del horrible atentado de Clodio. Le acusaron públicamente de haber profanado los misterios; pero el pueblo, aunque supersticioso, se declaró tanto en su favor, que los jueces por complacer á la multitud le absolvieron como inocente. No obstante, César repudió á su muger. Los enemigos de Clodio, que tenian á Ciceron por cabeza, creyendo haber hallado en la accion del pontífice nueva prueba contra el sacrilegio, renovaron su acusacion, é hicieron que compareciese en la causa César; y habiendo declarado este, que él no tenia que decir contra el acusado: “¿Por qué pues, le preguntaron, habeis repudiado la muger?” Y él respondió noblemente: “Porque de la muger de César ni aun se ha de sospechar.”

Entonces volvió Pompeyo de Asia, en la cual habia conquistado muchos reinos. Se estimó en mas de setenta y dos millones el botin que se repartió entre él y sus soldados, y en mas de trescientos el oro y la plata que puso en el tesoro público. Con estas riquezas, su fama y el afecto de los soldados pudiera haber sujetado á la república, y así el senado le temió; pero Pompeyo, aunque muy ambicioso, era al mismo tiempo pacífico; y si habia de llegar á la autoridad suprema, deseaba que fuese con suavidad y sin violencia. Adquirió grande fama de moderacion contentándose con el triunfo, y de humanidad no quitando la vida á ninguno de sus ilustres prisioneros contra la bárbara costumbre de los triunfadores, enviándolos á costa del público, ó bien

á su reino cuando no se los tenia por peligrosos, ó bien á los países que escogian.

Representémonos ahora á Roma habitada por Pompeyo zeloso, soberbio y lleno de ambicion, á pesar de su aparente modestia; y por Luculo, grande general, muy rico é irritado contra Pompeyo, que le habia suplantado en el gobierno de Asia; con César, que á nadie cedia en el deseo de dominar, y elevado al poder por todos aquellos que no tenian otro modo de pagar los millones que les habian prestado sino engrandeciéndole; y un Craso, que entonces era el romano mas rico, á quien los historiadores suponen á lo menos ochenta millones. A estos se puede añadir un Ciceron, vacilante entre los dos partidos, buscado por su elocuencia; al audaz Clodio, faccionario por gusto; y por último una multitud de intrigantes subalternos. Por otra parte, en oposicion á la irrupcion meditada contra la república, no hubo otro muro que el inflexible Caton, ayudado de pocos amigos, que eran fieles como él á la libertad de la patria. Por esta pintura júzguese de los peligros que entonces amenazaban á Roma.

Dos cosas pidió Pompeyo pasada la celebridad de su triunfo: la una que el senado diese á sus veteranos tierras en los países conquistados: otra que aprobase con un decreto todo cuanto él habia hecho en Asia. Esta pretension da á entender que era costumbre examinar por menor las acciones de los generales: costumbre que era un excelente freno contra la licencia arbitraria. En la primera peticion no hubo dificultad; pero en la segunda halló un poderoso obstáculo en el zelo de Caton, quien hizo presente que semejante decreto era como

el sepulcro de la libertad. Se le agregaron Metelo y Luculo. Pompeyo habia hecho cónsul á Metelo, y le tenia por amigo; pero era su enemigo secreto, porque habia repudiado á su hermana Marcia. La negativa del senado afligió dolorosamente al vencedor del Asia; y no teniendo estas tropas á su disposicion, se aplicó á intrigar ó enredar. Hizo con bajeza su corte al pueblo, con lo que desagradó al senado, sin lograr mayor partido en la multitud. Para tener en esta un apoyo sólido se empleó en hacer que eligiesen tribuno de la plebe á Clodio, reputado por infame desde la aventura de los misterios *de la buena diosa*. Este deseaba con ansia aquella dignidad para vengarse de Ciceron, que habia sido su mas tenaz acusador. No hicieron honor á Pompeyo las conexiones con este hombre.

D. del D.

2944.

A. de J. C.

54.

En esta situacion (2944), desacreditado en el senado, pero bastante favorecido del pueblo, se halló César cuando volvió de España. Le habia caido por suerte este gobierno despues de su pretura; mas tuvo para su partida un obstáculo de parte de sus acreedores. Los más tímidos no podian ver sin inquietudes destinado su deudor á una tan grande distancia; pero el rico Craso le fió, y le dió dinero. Atravesando los Alpes se detuvo en un lugar cuyos habitantes todos llevaban la librea de la miseria. Un compañero de viage le dijo por chiste: "Crees, César, que aquí tambien se disputen los cargos y empleos?" Y César respondió con mucha seriedad: "Quisiera mas ser el primero entre estos pobres habitantes, que el segundo en Roma. Llegando á España acometió sin distincion y sin causa á todos los paises que pudieran dejarle gran botin: y así dicen que se llevó trescientos sesenta

millones, y no los puso como los generales predecesores en el tesoro público, sino que pagó con una parte sus deudas, y guardó lo restante. No podia conseguirse el triunfo sino quedándose fuera de la ciudad con sus tropas, ni pretenderse el consulado sino en persona y en la plaza pública. César prefirió lo útil á lo honorífico: renunció al triunfo: fue á pretender el consulado, y le consiguió por medio de una negociacion política. Pompeyo por su reputacion, y Craso por su riqueza, se habian adquirido una especie de derecho á los votos; pero eran enemigos, y apenas se podia seguir al uno sin quedar mal con el otro. César los reconcilió, y aun hizo mas: probándoles que tenian su interes en ser perpetuamente amigos, los empeñó en firmar un tratado, por el cual se obligaban á socorrerse mutuamente en todas ocasiones, y á no emprender el uno cosa alguna sin el permiso del otro. Tuvo la destreza de entrar por tercero en aquella asociacion, que fue el primer triunvirato.

Los triunviros, resueltos á apoderarse del gobierno, se aplicaron á ganar la voluntad del mayor número. César se encargó de proponer una ley agraria con modificaciones que la hacian muy equitativa, porque solo caia sobre las tierras pertenecientes á la república, y que se habian de distribuir á los ciudadanos pobres, cargados de tres hijos por lo menos. A esto se opuso Caton, no porque la ley, decia, segun se propone tuviese por entonces incóvenientes, sino porque podria tenerlos muy funestos despues, y que siempre era arriesgado tocar en los principios de la administracion; y por último, que todo el que empleaba sus riquezas en conseguir los votos de la multitud, se hacia con justo título sospechoso.

Esta sindicacion, bien directa y en público, picó á César, que, como todos los cabezas de partido, no gustaba de que le adivinasen sus intenciones: y así su primer movimiento fue mandar á sus lictores que llevasen preso á Caton; pero volviendo en sí mandó que le dejasen en libertad. Tambien ganaron los triunviros á los caballeros, haciendo que se les rebajase un tercio de los impuestos que cada año pagaban á la república.

Estas generosidades, que nada costaban á los cólegas, y se llevaban todo el honor, los acreditaban mucho. Asustaban tanto á los verdaderos republicanos, que ya Caton, desesperando de la salud de la república, queria dejar á Roma; pero le dijo Ciceron: "Si Caton se puede pasar sin Roma, Roma no puede pasarse sin Caton." Este cumplimiento ablandó la inflexibilidad del rígido senador, y cedió á las circunstancias. Siguió el orador la misma conducta; pero se puso mal con los triunviros por los chistes y sarcasmos que se dejó decir sobre la ambicion. Tomaron este asunto con seriedad, y resolvieron hacer que callase y aun se arrepintiese el burlador.

Todos conocian el odio envenenado de Clodio contra Ciceron por haberle acusado cuando su arrojó en los misterios de la *buena diosa*. Le hicieron tribuno los triunviros, y con la autoridad de este empleo mortificaba al orador, para lo cual siempre le presentaba ocasiones la parte que Ciceron manejaba en los negocios públicos. Dispuso sus baterías desde lejos; y cuando todo lo tuvo bien preparado, subió á la tribuna de las arengas, y propuso este decreto: "Que el que hubiese tenido alguna parte en la condenacion de algun ciudadano romano, y

ejecutado la sentencia antes de confirmarla el pueblo, sería tenido por delincuente, y perseguido como tal." Esta especie de anatema caía directamente sobre Ciceron, que por delegacion del senado, y sin esperar á que le autorizase el pueblo, creyó tener, y verdaderamente tuvo derecho para quitar la vida en la prision á los que fueron cabezas en la conjuracion de Catilina. Herido como de un rayo cuando oyó la acusacion, no mostró valor ni constancia. Se desnudó de su trage ordinario, dejó crecer la barba, y volviendo á sus amigos les suplicaba que le defendiesen. No supo tomar partido: le aconsejaron que siguiese á César en las Galias en calidad de teniente: y contentandose Clodio con sacar de Roma al orador; Ciceron que habia aceptado, no quiso despues ir, con lo cual irritó mas contra él al triunviro. La misma vacilacion mostró respecto de Clodio, cuya amistad solicitó, y la despreció despues. Por último, *el libertador, el segundo fundador de Roma, y el padre de la patria*, conociendo la mala voluntad de aquel pueblo, que le habia dado estos títulos pomposos, se vió en la necesidad de librarse de su furor con la fuga. Se dió un decreto para que sus bienes se vendiesen á favor del tesoro público; pero nadie se presentó á comprarlos. La casa que tenia en la ciudad y la de campo fueron demolidas: reducidos á ceniza los efectos que contenian; y con el fin de que no pudiese recobrar ni aun el terreno, se dió orden á los pontífices para que le consagrasen.

Todas estas desgracias sucedieron á Ciceron por haberle abandonado Pompeyo, su antiguo amigo, á quien no perdonó en sus burlas. Como la fuga del orador dejó el campo libre á Clodio, este se hizo

emprendedor, y aun le temió Pompeyo, único triunviro que se hallaba en Roma: porque César y Craso hacian la guerra cada uno en diferente parte de las Galias. Pompeyo, viendose en la necesidad de oponer á la insolencia de Clodio vigorosos esfuerzos, resolvió que se llamase á Ciceron; y por mas que Clodio se opuso, consintieron el pueblo y el senado. Volvió el orador á la ciudad, *llevado*, como él mismo dice, *en hombros de todos los habitantes de Roma*. Levantaron la especie de anatema del terreno de sus casas, y las reedificaron á espensas del tesoro público: su autoridad, como de ordinario sucede, fue mucho mayor que antes en la estimacion del pueblo. Hizo conferir por cinco años á su bienhechor Pompeyo la comision útil y honorífica de proveer de granos á Roma, lo que le daba un poder supremo sobre todos los puertos del Mediterráneo.

Daba zelos á César la autoridad que Pompeyo adquiria en Roma, y á Pompeyo las victorias de César en las Galias; pero Craso mantenía entre ellos el equilibrio. Aunque no se amaban, siempre en lo público estaban unidos, rezelosos de que Craso se juntase á alguno de los dos si el otro le acometiese; y de este modo sostenian los triunviros en comun su poder, y aun le aumentaron con la dignidad consular que Pompeyo y Craso se hicieron conferir, conociendo cuanto les importaba. Bien veía César que no le convenia el influjo que las fasces consulares daban á sus cólegas; pero no habia otro medio de separar del consulado á Domicio Ahenobardo su enemigo, que declaraba altamente que en siendo él cónsul haría quitar á César el mando de las Galias. Era muy duro para este general perder el fruto que esperaba de sus conquistas: por lo cual en la pri-

mera conferencia que tuvieron los triunviros se concedieron recíprocamente sus pretensiones, y en la segunda dieron á su poder una solidez que le dejó á cubierto de cualquier ataque.

Se repartieron todo el imperio, tanto entre sí como entre sus mas seguros confidentes. Estipularon que César conservaria las Galias, Pompeyo mantendria la España, Craso la Siria y la Macedonia: que no se les podrian quitar estos gobiernos hasta haber pasado cinco años; y que durante este tiempo serian dueños de hacer las reclutas que juzgasen convenientes, como de exigir de los reyes y príncipes, aliados de la república, las contribuciones y tropas que quisiesen. Tambien formaron otros gobiernos de menor estension con privilegios revocables, y mas reducidos, distribuyendolos á sus partidarios, agregandolos á las grandes provincias que ellos se habian tomado. Arregladas así las cosas, Pompeyo en lugar de ir á España, se quedó con anuencia de los otros en Roma, y con un ejército repartido por las cercanías para contener al senado. Craso, deseoso de hacerse ilustre en una guerra contra los partos, marchó al Asia, y César continuó cubriendose de gloria en las Galias.

El mismo César fue el historiador de sus hazañas, y en sus comentarios se admira la rapidez de sus marchas, su intrepidez en desafiar los prodigiosos ejércitos de los pueblos aliados, su destreza en desunirlos, sus recursos en los riesgos, y su valor en la accion; y aun si puede decirse así, su insaciabilidad de gloria y de botin. Esta pasion era sin duda la que á sus ojos hacia legitima la matanza, el pillage, el incendio y la invasion de unos pueblos que jamas habian conocido, ni por consiguien-

te ofendido á los romanos. De ellos sacaba las riquezas inmensas que enviaba á Roma para sostener su faccion quando se descompuso con Pompeyo.

La primera causa de su desavenencia fue la muerte de Julia, hija de César y muger de Pompeyo. Esta princesa, tan querida de su padre como de su esposo, consiguió mientras la duró la vida que no hubiese entre ellos rompimiento. La segunda fue la muerte de Craso, que conservaba la balanza entre los dos rivales, y pereció con todo su ejército en la infeliz expedicion contra los partos: este fue el fin del primer triunvirato. No empezaron desde luego las desavenencias entre los dos aspirantes; por muchos años conservaron las exterioridades de la amistad. El mismo Pompeyo se quedó sin algunas legiones por enviarlas á socorrer á César en los tiempos de angustia; y César, aunque muy poderoso en Roma por el dinero que sus amigos distribuian al pueblo de su parte, no se oponia á la autoridad que allí gozaba Pompeyo.

Si él hubiera querido valerse de su autoridad la habria empleado en reprimir el horrible desenfreno de aquella ciudad, toda entregada á las intrigas, corrompida con la venalidad, y donde los asesinatos eran comunísimos. El de Clodio, aquel famoso tribuno del pueblo, muerto por Milon, escitó una conmocion peligrosa. El populacho, indignado con la muerte de su defensor, y viendo que el senado eludia el castigo, se arrojó con ímpetu á la sala, rompió los bancos de los senadores, hizo de ellos una hoguera, y quemó en ella, como en holocausto á la libertad, el cadáver de su protector. Pompeyo tenia las fuerzas suficientes para reprimir estos desórdenes; pero no le disgustaba dejarlos cre-

cer para hacerse necesario. Con efecto, se aprovecharon sus amigos del momento en que las violencias, fruto de la discordia general, llegaron á su colmo para proponer que se eligiese dictador: y el senado, cuya benevolencia habia Pompeyo solicitado por mucho tiempo, y se habia asegurado, consentia. Solo Caton se opuso, haciendo ver el peligro de poner una autoridad tan estensa y arbitraria en manos de un hombre que era ya tan poderoso; y propuso que, pues era preciso elegir el menor de dos males, le hiciesen único cónsul; pues así no le dispensaban de la responsabilidad como en la dictadura. Al mismo tiempo le concedieron el aumento de tropas, mas caudal que el que necesitaba para pagarlas, la continuacion de su gobierno de España por cuatro años, y el permiso de regirla por medio de sus tenientes.

Bien pudiera Pompeyo hacer que le continuasen único en el consulado; pero tuvo la aparente moderacion de asociar á Cecilio Metelo, con cuya hija Cornelia estaba casado. Esta alianza le dió mucho realce en el senado, porque Metelo gozaba en él de una estimacion bien merecida. Al año siguiente hizo que le reemplazasen Sulpicio Rufo y Claudio Metelo, el cual era enemigo declarado de César, y se gloriaba de serlo. Viendose en el empleo propuso á la deliberacion del senado que se llamase al gobernador de las Galias, aunque no habia espirado el tiempo de su gobierno; y aunque la proposicion fue despreciada, debió hacer prever á César lo que sucederia cuando él pidiese la prolongacion de su mando: como en efecto el senado se la negó; pero dicen que recibiendo la noticia puso la mano en el puño de su espada, y exclamó: *Esta me dará lo que Pompeyo me niega.*

No podia dudar que su desgracia fuese obra de su antiguo cólega. Siempre colocaba Pompeyo á los que conocia contrarios al vencedor de las Galias; pero tuvo la inadvertencia de confiar dignidades importantes, como el tribunado y el consulado, á hombres á quienes el dinero podia tentar, porque lo necesitaban. Se puede juzgar de quiénes eran los otros por solo Curion, patricio jóven, dotado de grandes talentos; pero que con sus excesos tenia perdida la reputacion, y debia ya mas de cien millones. A este le ganó César, bien fuese pagando todas sus deudas, ó bien la mayor parte; pero siempre sale esta verdad: que no podia quedar vencido un general que tenia á su disposicion tantos tesoros. El cónsul Paulo Emilio, aunque bastante caro, le costó mucho menos; y tambien otros se engolfaron en el dinero de las Galias que iba corriendo á Roma en grandes oleadas.

Cuando espiró el tiempo del gobierno de César, le hizo Curion un importante servicio, porque propuso al senado y al pueblo que los dos generales de Asia y de las Galias continuasen en su mando, ó que se les llamase á los dos. Apoyó esta proposicion con un motivo irresistible, diciendo: "Aquel que de los dos quedase solo y armado, vendrá á ser el tirano de Roma; siendo así que el poder del uno, si cada uno conserva su empleo, valanceará al del otro." Contra la esperanza de Curion, ofreció Pompeyo renunciar, y despedir su ejército, si César hacia lo mismo; pero el tribuno no se dejó coger en este lazo; y declaró á Pompeyo, que pues él era el mas fuerte, el mas cercano, y cuyo poder debia temerse mas, á él le tocaba empezar. César por su parte escribió al senado pidién-

do que le continuasen en su gobierno como se había practicado con Pompeyo ; y aun hizo la oferta, que hubiera sentido aceptasen , de dimitir si dimitiese Pompeyo ; pero ya estaba asegurado el partido. El decreto fatal que determinó la guerra civil salió del senado en estos términos: “Los cónsules que se hallan en egercicio, los procónsules, Pompeyo, los pretores, y todos los que han sido cónsules, que actualmente esten en Roma ó en sus cercanías, proveerán por los medios mas prontos y eficaces á la seguridad de la república.”

Pompeyo, como si este decreto valiese por todas las fuerzas del mundo, hacia con grande negligencia sus preparativos, teniendo contra sí un enemigo tan activo y temible. Admirado Ciceron de ver aquella lentitud en un hombre tan ambicioso, le preguntó por las tropas con que contaba para oponerse á César ; y él respondió: “A mí me basta dar una patada en el suelo para que al punto salga un egército.” Creyó que el asegurarse de las provincias de la república nombrando gobernadores de su devocion, era lo suficiente ; y así dió la Siria á su suegro Cecilio Metelo : á Ahenobardo le envió á reemplazar á César en las Galias : á Caton encargó la Sicilia : á Cota la Africa : á Tuberon la Cerdeña : á Bibulo y á Ciceron confió el cuidado de las costas. Por último, el Ponto, la Bitinia, Chipre, la Macedonia y otras provincias se dieron á los partidarios de Pompeyo, el cual tomó el título de generalísimo de la república ; pero el generalísimo en esta ocasion no fue ni aun general : pues confiandose de las pocas tropas que tenia al rededor de sí, se dejó sorprender, en lugar de valerse del permiso que tenia para levantar treinta mil romanos y

todos los auxiliares que tuviese por necesarios.

César, menos confiado y mas pronto, no omitia medio alguno de acelerar y proporcionarse el buen éxito. Se aseguró de su ejército con un nuevo juramento de fidelidad; y habiendose huido de Roma Curion con otros dos tribunos vestidos de esclavos, por temor, como ellos decian, del despotismo de Pompeyo, los presentó César en aquel disfraz á su ejército, con cuya vista á los soldados romanos que tenia los inflamó en el deseo de librar á su patria de la tiranía. Habia avanzado por las fronteras entre su gobierno de las Galias, y lo que propiamente se llama Italia, en la incertidumbre todavía del partido que habia de tomar. Si queria declarar la guerra, necesitaba elegir un punto de apoyo; y el mas propio para esto era la ciudad de Arimínio. Envió un destacamento por el lado del Rubicon, con orden al comandante de detenerse en la ribera del rio. En su marcha dió á sus principales oficiales un gran convite, y asistió á la lucha de los gladiadores: á la tarde dejó la mesa y el espectáculo, suplicó á los convidados que le esperasen, y se entró con algunos principales confidentes en un carro de alquiler, en el que llegó á su destacamento que estaba en la ribera del rio. Quería pasarle: mudaba de parecer: avanzaba, y volvía atras. "Si yo no paso el Rubicon, decia á su amigo Polion, estoy perdido: si le paso, ¡qué de desgracias van á caer sobre Roma!" En esta perplejidad, el odio de sus enemigos, sus esfuerzos para que perciese, su profunda malicia, todo le venia á la memoria. "Ellos lo quieren, exclamó, vamos adonde su furor nos impele, y adonde nos llaman los dioses: ya está echada la suerte." Atraviesa el rio: se apodera de Arimínio



César pasa el Rubicón.

Conociendo César que ninguna consideracion debia esperar de sus enemigos, se resolvió por fin á competirlos en su ambicion suscitando guerra civil; y rompiendo los límites de su provincia, pasó el Rubicón, apoderandose inmediatamente de Ariminio y otros pueblos de Italia. A los excesos de unos y otros servia de pretexto la libertad de su patria; pero tales la destruian por solo dominarla.

al amanecer, y llama al grueso de su ejército.

En Roma se pasmaron tanto como si no hubiera podido esperarse este suceso, y era general el susto. Los ciudadanos huían al campo, y los habitantes de la campiña se retiraban á la ciudad. El senado se juntaba, deliberaba, y nada decidía. No estaba Pompeyo sin susto; porque le era imposible juntar en tan poco tiempo sus tropas, dispersadas por las provincias. "Da una patada en el suelo, le dijo un burlon, y haz que salgan las legiones que nos prometias." Bien pudiera Pompeyo hallarlas en Roma; pero no le pareció conveniente armar al pueblo, porque le consideraba parcial de César, y así le pareció prudencia alejarse de la ciudad; y para verse como rodeado de la república, hizo publicar de parte del senado, que todo magistrado ó senador que no quisiera seguirle, sería declarado por enemigo de la patria. Esta publicacion consiguió que le fuesen siguiendo todos los que se hallaban revestidos de algun cargo eminente hasta entrar en Capua, adonde se retiró.

Le iba César á los alcances tan de cerca, que no tuvo otro recurso que retirarse á Brindis con las pocas tropas que tenia, y se embarcó para Asia: con lo que su rival se vió dueño de la Italia, y marchó á Roma, en la que hizo cuanto pudo para que volviesen los senadores que se habian retirado de miedo. A todos les escribió suplicando que volviesen presto para ayudarle con sus consejos; y la conducta que observaba con los que daban en sus manos podia inspirar confianza á los que él llamaba: á todos dió no solamente la vida, sino la libertad. Ahenobardo, que era su declarado enemigo, mandó á un esclavo que le preparase un veneno y se le diese:

le bebió; y cuando estaba esperando la muerte, supo la generosidad con que César trataba á los prisioneros: estaba el infeliz desesperado por su precipitacion; pero el esclavo que le habia dado en lugar de veneno un soporífero, le desengañó, y pudo disfrutar los beneficios del vencedor. Lo que este mas deseaba era ganar á Ciceron, por lo que fue en persona á buscarle en su casa de campo, y allí le instó para que se restituyese á Roma, creyendo que con su egemplo llevaria á otros muchos; y le declaró César que su fin era emplearle en la composicion que pretendia hacer con Pompeyo. Ciceron, para volver á Roma, pidió por condicion que le fuese permitido decir libremente su parecer en todos los puntos; pero esto no agradó al general; y así dejó al orador, advirtiendole amigablemente, pero con seriedad, que en tan delicadas circunstancias nada dijese ni hiciese sin haberlo pensado bien antes.

Cuando César entró en la capital fue recibido con aclamacion del pueblo, con el cual habia diez años que empleaba una providencia oculta, quiero decir, que le estaba enriqueciendo sin que se advirtiese; pero como todo tiene sus términos, ya era tiempo de que agotada su caja, la socorriese el tesoro público. Le hicieron presente los tribunos que no era permitido abrirle sin consentimiento de los cónsules; y él respondió: "Las armas y las leyes no se acomodar entre sí. En dejando yo las armas obedeceré á las leyes. Haced por vuestra parte cuantas arengas querais; pero lo que ahora os aconsejo es que os retireis." No hallandose la llave, mandó César violentar las puertas; y oponiendose Metelo echó César mano á la espada, y le amenazó con la muerte, diciendo: "Bien sabes, jóven, que á mí

me cuesta mas una amenaza que su egecucion.” Metelo intimidado no replicó, y tomó César trescientas mil libras de oro.

Anuló despues todos los nombramientos de gobierno que Pompeyo habia dado, substituyendo hechuras suyas, á quienes encargó que empezasen la guerra contra los que lo eran de Pompeyo en todos los puntos de la república, reservandose él para sí la persecucion de su rival. Despues de tan ruidosas felicidades pareció que la fortuna le habia abandonado de repente; porque le dió en España tales reveses, que todos los creyeron decisivos; y llegando la noticia á Roma, muchos senadores que se habian mantenido neutrales, se apresuraron á juntarse con Pompeyo en Asia; pero César salió de riesgos, de que parecia imposible librarse, y volvió á Roma victorioso. Se hizo elegir dictador; y habiendo conservado esta dignidad once dias, se nombró á sí mismo cónsul; y durante su magistratura se concilió con su benignidad, equidad y moderacion el afecto del pueblo y de los patricios que le habian quedado.

El mayor número de estos seguia á Pompeyo, que contaba hasta doscientos, presididos de dos cónsules. Se declararon único senado romano: tenian su tribunal en Tesalónica, en donde Pompeyo les habia edificado una sala magnífica; y por la afluencia de patricios, entre los cuales estaban los mas honrados de la república, se llamó el partido de Pompeyo *la buena causa*; y con esta opinion favorable se juntó la superioridad de las fuerzas. El general asiático, despertando de su letargo, fue juntando numerosas tropas de mar y tierra, hasta presentar á su contrario un frente formidable; pero este no se asustó, ni dejó de perseguirle, aunque con

egército muy inferior, ni aun con haberse disminuido con una pérdida considerable en las fronteras de Macedonia: pérdida que sintió mucho mas, porque tambien le interceptaron los socorros que le venian por mar. Reducido César á un corto número de soldados, y temiendo á cada paso que Pompeyo le acometiese si descubria su debilidad, escribió repetidas cartas á Marco Antonio, comandante de un cuerpo que habia dejado en las costas de Italia, para que le embarcase y se le llevase.

No recibiendo noticia alguna, tomó el partido desesperado de disfrazarse de esclavo, entrarse en una barca de pescador, é ir á informarse por sí mismo del motivo de la tardanza por entre la armada enemiga, que cruzaba hácia las costas de Grecia y de Italia. Se levantó un viento recio, que puso la barquilla en peligro: se sobresaltó el patron, y entonces el pasajero que no se habia dado á conocer se descubrió, y tomándole la mano, le dijo: "Nada temas, amigo, pues llevas contigo á César y su fortuna." Aumentandose la tempestad, se vió precisado á volver á tierra; y sus soldados, que estaban muy tristes por su partida, le rodearon, diciéndole con una ternura mezclada de indignacion: "¿Para qué será desesperar? pues que! ¿tanta gente se necesita para vencer bajo de tu conducta?"

Por mas confianza que le inspiraba la resolucion de tan valientes soldados, creyó que era prudencia dar algunos pasos de paz con Pompeyo, y le envió las proposiciones siguientes: "Que despedirian los egércitos en el espacio de tres dias: que renovarían su antigua amistad con solemnes juramentos, y se volverían á Italia." Esta era ya la segunda vez que César ofrecia el caduceo de la paz;

y Pompeyo, soberbio con sus fuerzas, no la admitió; pero como las armas no son siempre felices, le bloqueó César en su campo con las pocas tropas que tenia. Por un efecto semejante de las variedades de la fortuna batió Pompeyo á su enemigo, y le hubiera enteramente derrotado si hubiese proseguido; pero temió alguna emboscada; y lo que era prudencia, le pareció al ejército de Pompeyo una dilacion política, fundada en el deseo de perpetuarse en el mando.

Se hallaban en este ejército mucha nobleza y jóvenes patricios, que en lugar de quedarse en sus casas, y defenderlas contra César, se habian esparcido por todas partes, y reunido por último en el campo de Pompeyo, creyendo hallar asilo seguro en su terror, que trocaron, como sucede regularmente, en escesiva confianza: y viéndose apoyados con numerosos batallones, clamaban por una accion decisiva, é inspiraban á las tropas el mismo ardor, porque en su presuntuoso delirio se tenian por dueños de todo. Ya los ambiciosos se distribuian las fasces consulares y tribunicias, las sillas curules y la tiara pontifical; los avaros ya estaban cogiendo á manos llenas en los tesoros de César, y solicitaban la confiscacion de los bienes de sus mas ricos partidarios; uno queria los soberbios jardines que tenia César en Bayas; otro se contentaba con una casa magnífica: en una palabra, todos estaban menos ocupados en los medios de vencer, que en el cuidado de recoger de antemano los frutos de la victoria: "como si tuvieran que combatir, dice un historiador, con algun pequeño rey, y no con César, que habia tomado por asalto mil ciudades, subyugado mas de trescientas naciones diferentes,

logrado victorias sin número, y cogido un millon de prisioneros, sin contar casi otros tantos que habia muerto con su espada.”

Se fundaba su temeraria confianza en la grandeza de sus fuerzas (2954) porque el ejército de Pompeyo consistia en cuarenta y cinco mil infantes, siete mil caballos, y muchos archeros y fundibularios ó tiradores de honda; y el de César, con todos los refuerzos que le habian llegado, no pasaba de veinte y dos mil hombres de á pie y mil caballos; pero todos soldados viejos, cuyo valor y disciplina temia el mismo Pompeyo. No ocultó este rezelo á sus tropas en las arengas que les hizo al dar la batalla. “Quereis, dice, que me determine á aventurar el combate contra mi parecer; pero dadme á lo menos la satisfaccion de ver que no he contado inútilmente con vuestro valor.” César por el contrario manifestó una grande seguridad, y dijo á sus legiones: “Ya, amigos míos, se ha hecho lo mas difícil, pues no tendremos que combatir con el hambre ni la necesidad, sino con hombres; ¿y qué hombres? Con los mismos que dejaron la Italia porque no se atrevian á hacernos frente, despues de haber pretendido privarnos del honor que se debia á nuestras victorias. Acordaos de las promesas que hicisteis al alistaros conmigo: con voto os obligasteis á morir ó vencer; y ahora os ofrezco el medio de cumplirle. No hay retirada; porque he mandado destruir los atrincheramientos para que no os quede otro recurso que la victoria, ni otro alojamiento que el campo enemigo.”

Se nota que los dos ejércitos cuando se vieron á tiro guardaron por algun tiempo un triste silencio: y á la verdad, ¡qué espectáculo puede haber que

D. del D.
2954.
A. de J. C.
44.



Batalla de Farsalia.

En mas de la mitad de guerreros excedia el ejército de Pompeyo al de César quando se avistáron cerca de Farsalia; pero los de César excedian mucho en experiencia y disciplina. Así lo acreditó el suceso de aquella memorable batalla, en que huyendo los Pompeyanos, se decidió la suerte de ámbos Generales, fixándose la fortuna de César. No dan las victorias los muchos hombres, sino los buenos soldados.

mas asuste y entristezca que el ver tantos hombres unidos con la sangre y la amistad, que estan ya para degollarse unos á otros! Suenan las trompetas: cargan impetuosos de una y otra parte: se sostiene el combate con igual fortuna entre las dos infanterías; pero la caballería de Pompeyo cede, aunque mas numerosa, como que en gran parte se componia de patricios jóvenes y caballeros fugitivos de Roma. Se dice que encargó César á sus soldados que los hiriesen en el rostro; y que sintiendo menos la pérdida del honor que el verse desfigurados con las cicatrices, volvieron la espalda. Pompeyo, viendo derrotar el cuerpo escogido con que contaba, en vez de juntarse con los demas combatientes, deja el ejército, y vuelve con paso lento hácia su campo como un hombre enagenado, falto de consejo y de resolucion. Se retira á su tienda sin hablar palabra, hasta que sabiendo que el enemigo, dueño del campo de batalla, atacaba sus atrincheramientos, exclamó: “¡Qué es esto! ¡hasta mi campo!” Dichas estas palabras, dejó las insignias de su dignidad, se disfrazó y huyó.

Las cohortes, á quienes Pompeyo habia confiado los atrincheramientos, los defendieron con valor, y esto mismo hace mas reprehensible su conducta. Halló César los pabellones de los oficiales principales adornados con magnificas tapicerías, sus camas sembradas de flores, y cubiertas las mesas como para un grande convite. Le presentaron la caja en que guardaba Pompeyo sus cartas, y todas las hizo quemar sin leer una sola, diciendo: “Mas quiero olvidar los delitos, que verme precisado á castigarlos.” Dió libertad á todos los ciudadanos romanos: á los que se rindieron los recibió con afabilidad, y

los trató con atención. Manifestó mucha inquietud por el joven Bruto, á cuya madre Servilia habia amado, y el cual se habia agregado al partido enemigo; mas cuando le vió presentarse despues de la batalla implorando su clemencia, dio á entender un extremo contento. El ver los muertos, que hacen subir á veinte y cinco mil, le sacó lágrimas; y dando un suspiro profundo exclamó: "Ellos lo han querido, pues por su obstinacion me redujeron á la cruel necesidad de vencer por no perder mi propia vida."

Tal fue la famosa batalla de Farsalia en la Tesalia, que decidió del imperio del mundo. Huia Pompeyo abismado en las mas tristes reflexiones; y el que se habia visto vencedor por treinta y cuatro años, y dueño de la república, con haber tenido al universo sujeto á su poder, no sabia donde hallaria asilo. Se entró en una nave, y llegó á la isla de Lesbos, adonde habia enviado á su hijo Sexto Pompeyo y á su muger Cornelia; la cual no habia sabido en su retiro sino las ventajas de su esposo, y así le tenia por vencedor. Los lágrimas de una esclava, que la envió su marido para que la diese noticia de sus llegada, la anunciaron sus desgracias, y la vista de los dos esposos en presencia de todo el pueblo fue muy tierna. Cayó Cornelia desmayada en sus brazos: la estrechó afectuoso, la dió las esperanzas que él no tenia, y haciéndola entrar con su hijo en la misma nave, el resultado de la deliberacion sobre el lugar adonde se retirarian fue el Egipto. Tolomeo, á cuyo padre habia restituido Pompeyo al trono, era el que allí reinaba, y el que le habia dado señales de agradecimiento, que podian prometerle favorable acogida; ¿pero acaso los infelices tienen amigos?

Antes que Pompeyo llegase, se habia ya decidido de su suerte en el consejo del jóven príncipe: y cuando vieron la galera que le llevaba, enviaron á recibirle una barca, en donde estaban con Aquilas, general del ejército egipcio, dos romanos, Septimio y Salvio, sin duda para que le inspirasen confianza. Le convidaron á entrar en la barca, pretestando que el mar hácia la orilla no tenia suficiente fondo para su galera. Estaba la ribera cubierta de soldados, y la armada egipcia empavesada como para un combate. Estos preparativos inspiraron á Pompeyo alguna desconfianza. Cornelia se deshacia en lágrimas, y queria detenerle; pero él se arrancó de sus brazos, y bajó á la barca con Filipo su liberto, y con Cenes su esclavo. Reinaba en ella un profundo silencio; y Pompeyo para romperle dijo á Septimio: "Amigo, ¿no hemos servido juntos?" Y le respondió sin cortesía: No. Tomó Pompeyo un libro para divertirse en leer. Seguia Cornelia con sus ojos la barca, y cada movimiento, así en tierra como en mar, era para ella un motivo de esperanza ó de temor. Llegó la barca, y estaba ya para abordar, cuando Cornelia, viendo que se presentaban á Pompeyo algunas personas de distincion, se sosegó con este obsequio; pero al mismo tiempo, dando la mano á Pompeyo su liberto Filipo para ayudarle á saltar á la ribera, Septimio le atravesó por detras el cuerpo con la espada. Dió Cornelia un grito que se oyó en la ribera; y no pudiendo Pompeyo huir ni defenderse, se cubrió el rostro con su ropa, y allí espiró con los golpes que le dieron Salvio y Aquilas. Le cortaron la cabeza para embalsamarla y presentarla á Cesar, y su cuerpo se quedó en la ribera. Su liberto le lavó con las aguas del

mar, le envolvió en una de sus ropas, y haciendo una hoguera de algunas tablas podridas, reliquias de una barca de pescador, consumió en las llamas el cadáver de su amo, ayudándole un romano ya viejo que habia servido bajo el mando de Pompeyo. Lentulo, que acababa de salir del empleo de cónsul, llegó á esta sazón; y conociendo á Filipo que estaba cerca de la hoguera fúnebre, exclamó penetrado de dolor: “¡Es esta la suerte de Pompeyo el Grande!” Le cogieron las guardias de Tolomeo, y pagó con la vida sus tristes lamentos. Los marineros de la galera de Cornelia, viendo que la armada de Egipto empezaba á moverse, se largaron, y la salvaron con Pompeyo el jóven.

Cuando presentaron á César la cabeza de Pompeyo, se horrorizó y apartó los ojos: y aun la memoria de su antigua amistad le arrancó las lágrimas. La hizo enterrar con pompa, pidió á Tolomeo la libertad de los amigos de Pompeyo, á quienes habia arrestado, y los recibió con señales de la mas íntima amistad. Escribió á Roma que el mayor beneficio que habia logrado con su victoria, era salvar cada dia la vida á algunos ciudadanos romanos que contra él habian tomado las armas. Se advierte que cuantos tuvieron parte en la muerte de Pompeyo murieron miserablemente, como fueron el mismo jóven rey, Fotino y Aquilas, sus dos ministros, y un orador llamado Tecdoto, cuyo sangriento parecer contra Pompeyo prevaleció en el consejo; y aun tuvo la desgracia, mas que los otros, de espirar entre tormentos horribles en castigo de haber sido el autor de la traicion.

Poco faltó para que César pereciese con una perfidia semejante á la de Pompeyo: porque el jó-



La cabeza de Pompeyo.

Quando presentáron á Cesar la cabeza de Pompeyo se horrorizó, apartó la vista y derramó lágrimas. Le habia en otro tiempo amado y conocido por amigo; y esta memoria le arrancó aquel llanto: pero como unas mismas miras ambiciosas les habian hecho competidores, no es extraño tampoco que le horrorizase aquella cabeza, si la contempló avise del fin funesto que le iba preparando su propia ambición.

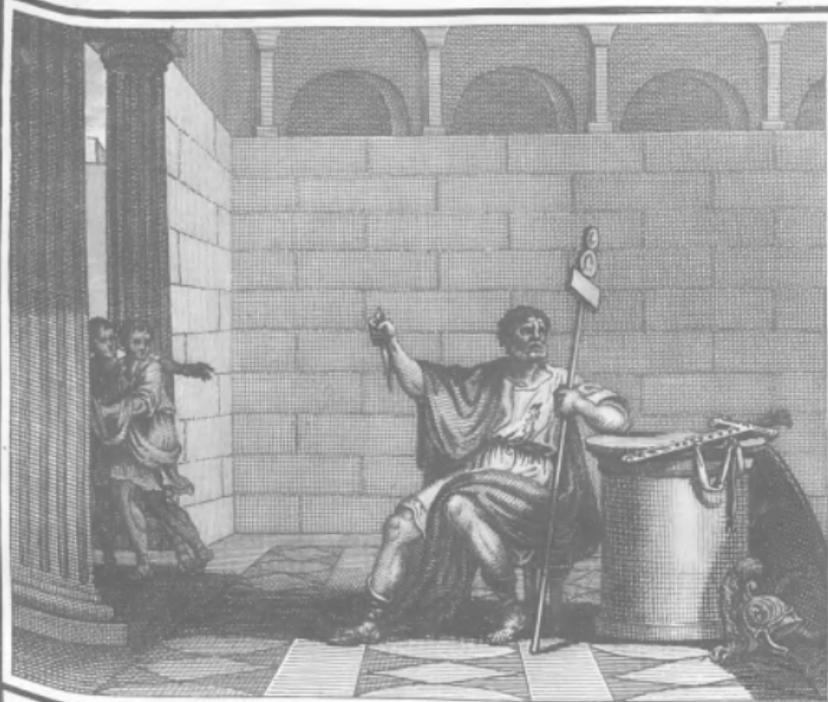


ven monarca y sus consejeros, mal contentos por no haber hallado todo el reconocimiento que esperaban por haberle librado de Pompeyo, le acometieron en Alejandría, cuando todavía estaba lejos su ejército; pero su intrepidez y serenidad le sacaron de muchos peligros en que cualquiera otro hubiera perecido. Este hombre grande sin embargo de calidades tan heroicas manifestó flaquezas. Cleopatra le cautivó; bien que menos le detuvo ella que las operaciones militares que tenia que concluir.

Mientras César corria los riesgos mas grandes en las riberas del Nilo, le estaban dando una autoridad sin límites en las márgenes del Tiber: pues con unánime consentimiento le nombraron cónsul por cinco años, dictador por uno, gefe del colegio de los tribunos por toda su vida, con absoluto poder para hacer la paz y la guerra, segun le pareciese conveniente. Tantas dignidades y potestades reunidas en su persona le hacian señor absoluto de la república: y así sin violencias ni proscripciones tuvo un poder mayor que el que Sila se adquirió con los destierros y muertes de tantos ciudadanos. Esperando á gozarle por sí mismo, confió el ejército á Marco Antonio, nombrándole general de la caballería, ó teniente de dictador en Italia. Cuando volvió de tantas expediciones y tan prontas, que él mismo parece que se admiraba cuando decia: "Vine, ví y vencí:" señaló su vuelta con diferentes actos de clemencia para con sus enemigos. Ciceron y otros muchos recibieron de esta las pruebas mas felices. La reputacion de estos beneficios fue antes que él á Roma, en la que hizo una entrada muy modesta, y la ilustró con acertadas leyes, que restablecieron en ella la tranquilidad. Su moderacion y la

prudencia de su porte hacian singular contraste con el lujo y los excesos de Marco Antonio, su teniente, los que castigó con algunos dias de desgracia.

No era propio del carácter de César hacer que sus amigos sintiesen su poder, cuando ni sus mismos enemigos pudieron quejarse con razon de su altanería; antes bien procuraba conciliárselos con beneficios. Solamente Caton huyó de su indulgencia, y fue cosa que el mismo dictador sintió mucho. Era Caton un hombre de virtud estóica, republicano por gusto y por conviccion, y la autoridad de uno solo le parecia, por decirlo así, un insulto hecho á la humanidad. Despues de la derrota de Farsalia, en donde peleó como un leon, fue á suscitar enemigos á César entre las bestias mas feroces, atravesando los abrasados arenales del Africa; y desesperado de conseguir su intento, se retiró á Utica, en donde le adoraban á pesar de la rigidez de sus principios. Cuando César llegó, el mismo Caton exhortó á los habitantes á que recurriesen á su clemencia; pero les prohibió que le nombrasen á él entre los que imploraban su favor, y aun pidió que ninguno pronunciase su nombre, diciendo: "No quiero yo deber á un tirano gracias que solo puedo considerar como señales de su tiranía: entre estas cuento la accion de dar la vida, teniendo accion para quitarla." No se puede pensar mayor reflexion, ni mas entera voluntad que la de Caton en el proyecto de darse la muerte. Juntó todos los aprestos, estuvo saboreándose con una especie de deleite en la dulzura de poder disponer de sí mismo. No se mató al primer golpe, ni este fue mortal; pero no quiso vivir, y se abrió mas la herida con su propia mano. En Utica causó su muerte un sentimiento



Muerte de Caton.

Resuelto Caton á darse muerte antes que aprovecharse de la generosidad de César, se recreó primero con la idea, para él tan halagüeña, de que podía disponer de sí. Se hirió, no logró morir con la herida, y se la rasgó con su propia mano hasta consumir su despecho. No dudaba Caton que le trataria César con singular aprecio; pero tuvo por mucho mas gloriarse morir con orgullo, que vivir con agradecimiento.

universal; y cuando César tuvo la noticia, dijo: "Caton, yo te envidio tu muerte, pues tú me envidias-te el poder de conservar tu vida."

Antes de esta expedicion de Africa la legion décima, que era la que el dictador tenia por mas afecta á su persona, quitando á dos de los primeros oficiales la vida, se rebeló, cansada, como decia, de tantos trabajos, y temiendo que la arrastrasen á nuevas fatigas. Desde Capua, en donde estaba, marchó á Roma con banderas desplegadas. Guarneció César las puertas y los muros, tomó todas las medidas contra la violencia, y la envió á preguntar qué queria. "Queremos, respondieron los legionarios, hablar al mismo César." "Que vengan, dijo, y vayan al campo de Marte sin otras armas que sus espadas." Viéndolos juntos, fue el dictador, despreciando los tímidos consejos de sus amigos, á oír sus quejas. La presencia de un general famoso por tantas victorias les inspiró tal respeto, que ni los mas atrevidos osaron hablar palabra. Se vió precisado á aleantarlos; y entonces le representaron su edad, sus heridas y sus largos servicios, poderoso motivo para esperar el descanso.

Ellos pensaban que á la primera guerra no dejaría el general de hacerles grandes presentes para reducirlos á seguirle; pero su admiracion fue sin igual cuando les dijo friamente sin manifestar la menor sorpresa: "Vuestra peticion es justa; y así os doy la licencia: en vuestra mano está marcharos." Despues de un momento de silencio, advirtiendo su consternacion, añadió: "No es mi intencion privaros de los premios debidos: ya se os darán cuando yo haya triunfado del resto de mis ene-

migos." A estas palabras exclamaron todos: "Pues teneis la intencion de recompensarnos, nosotros os suplicamos que nos permitais merecer la recompensa con nuevos servicios." Pero él como si no atendiera á su súplica, les dijo; "Idos, ciudadanos, y volved á vuestras casas." Esta palabra ciudadanos fue para ellos un rayo; y dijeron á gritos: "Nosotros somos soldados, y queremos seguiros á la Africa." César, fingiendo que no se dignaba de admitir sus ofertas, así como habia despreciado sus amenazas, vuelve la espalda, y baja del tribunal: entonces le rodean, se postran á sus pies, y le piden que los castigue antes que despedirlos tan vergonzosamente.

"No, dijo, no puedo yo resolver el castigo de una legion que siempre se ha distinguido por su fidelidad, y yo la he amado tiernamente. Cuando yo vuelva del Africa os daré los premios prometidos; mas no me acompañareis: yo sabré vencer sin vosotros." "¡Ah! exclamaron, bañados los ojos en lágrimas, mejor será que nos diezmeis, que privarnos del honor de tener parte en vuestras victorias; y si no os dignais de ponernos en el número de vuestras legiones, os seguiremos como voluntarios." Enternecido el dictador de ver su arrepentimiento, no pudo ya disimular, y volvió á darles el nombre de soldados, asegurando que participarian de la gloria y los provechos de sus victorias. Con semejantes soldados ya no es maravilla que tan grande general, despues de sujetar la Italia, la Asia y la Grecia, subyugase tambien la Africa. Permitted reedificar á Cartago y á Corinto; y así estas dos ciudades destruidas en un mismo año, salieron en el mismo de sus ruinas.

Los partidarios de Pompeyo se habían juntado en España con sus dos hijos (2959). El mayor, ^{D. del D. 2959.} que ya tenía edad para mandar, se acercaba á la ^{A. de J. C. 39.} capacidad de su padre, por lo que César no tuvo por conveniente confiar á nadie una expedición que había de poner el sello á sus felicidades; y á la verdad, otro que no fuera él, no hubiera logrado el buen éxito, porque se le ofrecieron dificultades y peligros superiores á cuanto había pasado. Hasta sus soldados, los legionarios viejos, fueron rechazados mas de una vez; y solo sus discursos y su ejemplo eran capaces de volverlos á las fatigas y combates. Sobre todo, necesitó de toda su intrepidez y presencia de espíritu en la célebre batalla de Munda. En otra igual circunstancia viendo que huían sus soldados fue suficiente detener al signífero, que se dejaba arrastrar del tropel, y decirle: "Soldado, vuelve la cara: hácia allí están los enemigos." El la volvió, y le siguió la legion. En Munda veía el dictador que se iban desordenando sus tropas, y todo se perdía: echó pie á tierra, tomó el escudo de un veterano, se precipitó en medio de los enemigos gritando: "Soldados, ¿no teneis vergüenza de entregar al general en manos de estos muchachos?" "En otras ocasiones, decía, peleé por la victoria, pero en esta por la vida;" y esta acción decidió de la suerte de la facción Pompeyana. Todas las plazas se rindieron sucesivamente: el hijo mayor de Pompeyo fue muerto en la fuga, y por sus talentos y su amor filial merecía mejor suerte. El segundo se ocultó tan bien, que no pudo hallarle el vencedor. Muchos de sus enemigos se le rindieron ó le fueron entregados, y experimentaron igualmente su clemencia. Volvió á Roma después

de haber sosegado la que él llamaba rebelion.

Ya habia triunfado en la capital cuando volvió de Africa; y en cuatro dias diferentes triunfó tambien de los gaulas, del Egipto, de Farnaces y de Juba. Lo que se cuenta de sus triunfales pompas escede toda imaginacion. Las fiestas, y la generosidad que las acompañaba, no serian creibles si no las afirmaran historiadores verídicos. Tres mil seiscientas libras á cada soldado, siete mil y doscientas á cada centurion, el triple de esta cantidad á los oficiales y tribunos militares, y á cada ciudadano diez medidas de trigo y diez de aceite, y por último, un convite servido en veinte y dos mil mesas, con una delicadeza y profusion que pasman, eran los medios con que el dictador hacia que se olvidase la república. Advirtió que en la peana de la estatua que le erigió el senado estaba esta inscripcion: *A. César semidios*; é hizo borrar la última palabra. Mandó tambien que volviesen á levantar las estatuas de Pompeyo, y de este modo, segun lo observó Ciceron, aseguró la suya.

Se concluyó la ceremonia con un discurso al senado, del que deben recogerse estos rasgos. "Yo no renovaré la matanza de Sila y de Mario, cuya memoria me horroriza. Hubiera yo querido salvar el estado sin derramar una sola gota de sangre, y sin privar á Roma de un solo ciudadano; pero esto no ha podido ser. Ahora que ya estan sujetos mis enemigos dejaré la espada, y procuraré ganar con mis buenos oficios á los que continúan en aborrecerme." A la verdad no se valió de su poder sino para restablecer el buen orden; y así restituyó á las magistraturas su dignidad, y la magestad al culto: arregló el calendario: desterró el lujo excesivo: intro-

dujo una saludable reforma de costumbres: recompensó con privilegios y distinciones las familias de los que habian muerto en la guerra civil por su causa: llamó á los que se habian espatriado: hizo muchos reglamentos útiles para la justicia, la que confió á los senadores y caballeros de mas conocida probidad: distribuyó los cargos y empleos de la república, el gobierno y mando de los egércitos á sus mas afectos partidarios; pero reservó para sí solo la administracion de la hacienda, y se hizo crear dictador perpetuo.

Un poder de tanta estension (2960), conferido á un hombre para toda su vida, aunque anunciaba la caida de la república, no le miró mal el pueblo; pero no sucedió lo mismo con el título de rey, que quiso el dictador se le diese. Ya tenia lo esencial, que es el poder, y este el mas absoluto: por lo que en un hombre como César es incomprendible la manía de haber pretendido con su ambicion un nombre que no ignoraba ser odioso á los romanos. Sus aduladores, entre los que el primero era Marco Antonio, le presentaron una diadema envuelta en flores en una fiesta pública; y advirtiéndole César que este obsequio no se miraba favorablemente, le despidió. Al siguiente dia se vieron todas sus estatuas adornadas de coronas: el pueblo lo murmuró: los tribunos las mandaron quitar; pero el dictador lo reprendió, y el pueblo se indignó abiertamente por la reprension. Lo contrario hizo despues, dando muestras de contento cuando César, en las circunstancias de aceptar el título de rey, que le daban los pretendientes, dijo: *Yo me llamo César, y no rey.*

D. del D.
2960.
A de J. C.
38.

Por mas esfuerzos que hizo el dictador para ga-

nar á los patricios, y que no envidiasen su fortuna, nunca lo pudo conseguir. En vano hizo restituir á los que venian del destierro los bienes que se pudieron recobrar; porque estaban mas enojados por la pérdida, que reconocidos por la restitution. En vano tambien acertaba á distribuir las dignidades y magistraturas entre ellos y sus amigos, porque la menor preferencia les chocaba. Un pasage de esta especie dió gefe á los malcontentos. Cayo Casio, por otra parte zeloso republicano, llegó á ser enemigo personal de César, porque el dictador habia dado en perjuicio suyo á Bruto una pretura honorífica; y tuvo arte para hacer que el rival preferido fuese el instrumento principal de su venganza.

Ya hemos visto que César amaba á Bruto como á hijo, y así lo manifestó públicamente despues de la batalla de Farsalia; pero contaba este pretor entre sus mayores al Bruto que echó de Roma los Tarquinos, y era sobrino y yerno de Caton de Utica, tres calidades capaces de contrapesar en su corazon á una paternidad equívoca. Casio, que para conseguir su proyecto necesitaba del crédito de Bruto y de la estimacion que gozaba en el senado, le entró por el entusiasmo republicano, que supo despertar en él, ó inspirarsele. Halló el magistrado mas de una vez trazadas en su tribunal estas palabras: “¡Tú, Bruto, duermes! Ya, Bruto, no eres el mismo.” Supo tambien que al pie de la estatua de Bruto, su antepasado, habian escrito: “¡Ojalá que todavía vivieras, ó que se te pareciese algun descendiente tuyo!” Casio, que le observaba, descubrió que hacian impresion en él estas indirectas; y entonces se le descubrió, y le hizo presente con tanta viveza la necesidad de deshacerse del tirano para destruir la

tiranía, que consiguió que Bruto se empeñase tanto como él en buscar cómplices.

Porcia, su muger, y digna hija de Caton, advirtió en el aire pensativo de su esposo, que le ocupaba algun proyecto importante; y resuelta á saber de qué provenia su inquietud, le dijo un dia: "¿No te casaste conmigo para que yo participase de tu felicidad ó de tus desgracias? ¿Cómo podré yo aliviar tus penas y pesadumbres si no me las comunicas? ¿De mi indiscrecion rezelas? Mira que soy hija de Caton, y muger de Bruto, dos titulos que me aseguran de guardarte el secreto. Ya me he probado á mí misma, y he visto que puedo desafiar al dolor." Al mismo tiempo descubrió una profunda herida que se habia hecho en el muslo con el fin de experimentar si en caso necesario podria resistir con silencio á los tormentos. Esta fortaleza determinó á Bruto, y la descubrió el plan y los medios de la conspiracion.

En esta se alistaron hasta sesenta senadores, muchos de los cuales habian servido siendo César el general desde el principio de las guerras civiles, y siempre le habian tenido grande afecto. Como una conjuracion es semejante al fuego encubierto, arrojaba algunas centellas segun se iba estendiendo, y ya César empezó á sospechar. Querian que diese sobre Marco Antonio y Dolabela; pero el dictador respondió: "No desconfio yo tanto de esas gentes gruesas y bien alimentadas, quanto de esos hombres flacos y pálidos, como Casio y Bruto." No obstante, despreció las precauciones diciendo, que mejor es morir que vivir en temores perpetuos. Por el mismo principio, preguntandole sus amigos qué género de muerte era el mas envidiable, respon-

dió: *La mas pronta*; mas por pronta que esta sea, la añade mucho horror sin duda recibirla de una mano querida.

César no dejaba su proyecto fatal de hacerse declarar rey antes de ir á una guerra importante que meditaba contra los partos. Habiendo vengado en estos pueblos la muerte de Craso y de los romanos que perecieron en aquel pais, tenia que atravesar la Hircania, costear el mar Caspio hasta el monte Cáucaso, pasar á Escitia, y desde allí á Germania, de esta á las Galias, y volver por último á Italia, despues de haber dado vuelta á su imperio. Hasta diez y seis legiones y diez mil caballos tenia juntos para esta espedicion; y Cota, que gobernaba los libros sibilinos, declaró que, segun los oráculos, no podia tener buen éxito si no era conducida por un rey. Para que se pudiese componer la delicadeza de los romanos con los motivos religiosos, debia Cota pedir al senado que César tuviese en Roma el nombre de dictador, y le autorizasen con un decreto para ceñir la diadema en todas las provincias sujetas á la república: esta proposicion se fijó para los idus de Marzo.

Dicen que hubo presagios siniestros que advertian á César que se guardase, y que se vieron figuras humanas de fuego combatiendo en los aires. Se halló que una víctima que el dictador ofrecia no tenia corazon. Un aire violento abrió de repente por la noche las puertas y ventanas de la pieza en donde estaba César acostado con Calpurnia su muger. Esta no despertó; pero él la oyó pronunciar palabras mal articuladas, interrumpidas con suspiros; y asustada con inquietos sueños, le suplicó que en aquel dia fatal no saliese de su casa. Espurina, cé-

lebre adivino, le habia aconsejado que se guardase de aquel dia, pues se veria en algun grande peligro. Cuando iba al senado para que se diese el decreto que tanto deseaba, encontró César á Espurina, y le dijo riendose: *Ahora bien, ya han llegado los idus de Marzo. Sí*, le respondió el adivino; *pero aun no han pasado.*

Los conjurados por otra parte no estaban sin gran susto, porque su secreto se iba propagando, y aun gentes á quienes no le habian confiado les hablaban del asunto. No llegaba hombre al dictador, que abriese la boca ó hiciese algun gesto, sin ponerse ellos descoloridos de sobresalto. Entre esta desconfianza por una parte, y terror por otra, se reunen en la sala del senado todos los actores de la escena trágica. Los conjurados rodean con serenidad al dictador, y algunos con varios pretestos sacaron de la sala á Marco Antonio y á los que pudieran defenderle. Le presentan memoriales unos, se abaten otros como suplicandole, y tocan la orla de su ropa: ya uno de ellos la levanta de repente, y le cubre con ella la cabeza. Se siente herido, y se desembaraza con vigor: "Pérfido Casio, exclamó, ¿qué es lo que haces?" Pero mirando á todas partes no ve mas que espadas desnudas, y puñales prontos á traspasarle. Tan apretados estaban al rededor de él los conjurados, y descargaban con tanto encarnizamiento los golpes, que se hirieron unos á otros. Se inquietaba el infeliz; pero viendo entre los asesinos á Bruto, dijo con una voz ahogada: "¡Y tú tambien, mi amado Bruto!" Entonces se dejó caer, y espiró al pie de una estatua de Pompeyo. Mario y Sila, tiranos crueles, murieron en su cama: Pompeyo y César, que, fuera de la batalla, solo á mas

no poder vertieron la sangre humana, murieron asesinados.

Fue tal la sorpresa de los senadores que no estaban prevenidos, que ninguno de ellos dejó su asiento para defenderle, ni para ayudar á los conjurados. Así que el dictador dió el último aliento, se adelantó Bruto hasta el medio de la sala, y quiso dar á los padres conscriptos razon de su conducta, y disculparla; pero ninguno le escuchó: y todos se precipitaron hasta las puertas con tanta confusion, que muchos se hirieron con los puñales de los conjurados, y otros se ahogaron en el tropel. En un instante se vió la ciudad alborotada y en una terrible agitacion; y cerrando los artesanos sus talleres, y los mercaderes sus tiendas, acudió el pueblo al senado para ver el cadáver y saber las circunstancias del asesinato. Al mismo tiempo recorrian los conjurados las calles con un aire de triunfo, la espada ensangrentada en la mano, y un rey de armas á quien pusieron una especie de capote que llevaba en una lanza por símbolo de la libertad. Muchos senadores, que no se habian agregado á la conjuracion, se juntaron por ostentacion con ellos: se detenian en las plazas y arengaban al pueblo, el cual andaba vagueando sin objeto ni designio, manifestando en los semblantes su tristeza y susto.

En cuanto á este hecho apenas vaciló su opinion: pues luego se mostró indignado, y tuvieron los cónsules por resolucion prudente apoderarse del capitolio, y encerrarse en él. Bajaron al dia siguiente, hablaron, y por un instante creyeron que les daban oidos favorables; pero el aire de tristeza que sobrevino despues de las primeras se-

ñales de aprobacion, les hizo retirarse á su fortaleza. De dos cónsules, Dolabela y Antonio, se declaró el primero por los conjurados, aunque habia recibido muchos beneficios de César; y se creyó tan seguro del pueblo, que propuso celebrar una fiesta en los idus de Marzo, como la que se hacia todos los años por la fundacion de Roma. Fue tanto lo que desagradó esta proposicion, que le fue forzoso huirse al capitolio. Antonio, que era el otro cónsul, tomó el camino opuesto: se habia visto en peligro de perder la vida por su declarado afecto al dictador. Bruto le libró, y se ocultó Antonio; pero así que vió las disposiciones del pueblo, salió con sus fasces consulares, reunió algunos amigos de César, y las primeras medidas que tomó fueron mandar como cónsul á Lépido que llevase una legion que mandaba en las cercanías, y la dispusiese en el campo Marcio.

Vió la aurora juntarse los padres conscriptos; bien que jamas se habian visto en tan delicada coyuntura, porque se trataba de decidir si César habia sido un magistrado legítimo ó un usurpador, y si los que le habian asesinado merecian premio ó castigo. Despues de los debates que se podian esperar de semejante cuestion, Antonio, que veia estar ya para ser condenada la memoria del dictador, hizo á los senadores un discurso con que varió la disposicion de los espíritus: "Si al dictador, dijo, se le declara tirano, yo no veo mas que confusion y alboroto en el imperio. No tendrá magistrado la república, ni gobernadores las provincias, ni gefes los egércitos, pues todos estos han recibido los empleos de César; por lo que si ha sido usurpador es preciso que los renuncien, y que

su cadáver sea arrastrado por las calles conforme á las ordenanzas de nuestros mayores, y arrojado ignominiosamente en el Tíber. ¿Con qué ojos mirará el pueblo que le adora este espectáculo?” Ciceron, por este y otros motivos, consiguió que se dejase la cuestion de *si César habia sido ó no tirano*, y sepultó en una amnistía general todos los resentimientos; pero contra su parecer se insertó en el decreto que no se haria mutacion alguna en cuanto el dictador habia ordenado durante su administracion, por lo cual escribió este orador á su amigo Atico: “Ya no hay tirano; pero subsiste la tiranía: manifestamos gran contento por su muerte, y confirmamos al mismo tiempo todas sus ordenanzas.” Bajaron Bruto y Casio del capitolio con todos sus amigos, y los rivales se abrazaron unos á otros, y se trataron.

Lo que ganaron los conjurados en esta especie de armisticio fue que no se les llamó ya tiranidas; pero no los miraba bien el pueblo; y Antonio, que tenia interes en no dejarlos gozar tranquilamente del favor, aunque pasajero, supo renovar contra ellos el odio y el furor, haciendo leer públicamente el testamento de César. Las gracias que este distribuia á los asesinos, provocaron la indignacion. Los legados que hacia al pueblo, acordándole Antonio con amargura la benevolencia de su bienhechor, escitaron los mas vivos sentimientos; y así se oyeron sollozos, y se vieron correr las lágrimas. Bruto, con un diestro discurso, calmó la conmocion, que empezaba á sublevar las olas de aquel mar tempestuoso; pero Antonio sopló nuevas borrascas. En una calle se vió un pequeño templo de madera dorada semejante al de



Cadáver de César.

Marco Antonio á presencia del cadáver de César arrenjó al pueblo, excitando la compasion ácia el muerto y el ódio contra sus matadores. Aspiraba igualmente que César al dominio absoluto, creyéndose por esto amenazado de los mismos puñales; pero, aun á vista de aquel cadáver, tiraba solo á separar los riesgos para facilitarse la empresa. La ambicion halla á veces castigos; ¿pero conoce escarmientos?

Venus, dentro habia una cama de marfil, en la que las cortinas de púrpura con relieves de oro dejaban ver el cuerpo de César que estaba embalsamado, y la ropa que llevaba cuando le quitaron la vida.

Toda la ciudad acudió á ver el espectáculo, y Antonio subió á la tribuna de las arengas. En la oracion fúnebre que pronunció no omitió circunstancia alguna de cuanto podia hacer impresion en el espíritu de los oyentes. De las victorias del difunto pasó á los honores que le habia conferido el senado, siendo sobre todos el título de *padre de la patria*. Ensalzó sus virtudes morales, su humanidad, su valor, su elocuencia y generosidad, é hizo presente al pueblo el solemne juramento que habia hecho de defenderle. Por contraste desplegó la ropa ensangrentada: mostró el lugar de las heridas, y las fue contando: "Gran Júpiter, exclamó, y vosotros dioses protectores del imperio romano, aquí os llamo por testigos de que yo habia resuelto vengarle, pero solo el decreto de los padres conscriptos me ata las manos." Despues del cónsul subió uno de los espectadores, y estendió de nuevo la ropa del César, pronunció con tono lamentable estas palabras interrumpidas con suspiros: "¡ Con que esto es todo lo que nos ha quedado de un héroe amado de los dioses, y respetado de los hombres hasta la adoracion!" Al mismo tiempo se vió la misma imágen de César en cera con todas las llagas tan bien figuradas, que parecia arrojaban sangre.

El pueblo, rendido á tantos impulsos, no se contiene. Resonó la plaza en imprecaciones, amenazas y gritos de venganza. Uno de los asisten-

tes propuso no dilatar mas sus exequias. Tomán las sillas de los magistrados, y forman una hoguera: cuando empezaba á arder el pequeño templo, los veteranos, sus antiguos soldados, arrojaban al fuego las recompensas militares que habian recibido. Muchas damas hacian holocausto de sus joyas, de los adornos de sus niños, y de todo lo mas precioso que tenian. Aunque habian puesto guardia, sacó la plebe tizones ardiendo, y los llevó furiosa á las casas de los conjurados; pero no hicieron mucho daño, porque ellos habian juntado muchos criados y amigos, á quienes no pudo apartar una multitud sin mas armas que su ambicion y su rabia. Para evitar mayores daños salieron de la ciudad Bruto y Casio; y ninguno que no vistiese luto por el dictador estaba seguro.

El senado llevo á mal la escena trágica de Antonio, y la miró como una especie de traicion despues del perdon general con que se habian reconciliado. Para apaciguar á los malcontentos propuso el cónsul que se llamase á Sexto, aquel hijo de Pompeyo que César no habia podido hallar, é hizo castigar á los que se habian distinguido mas en el desórden; pero volviendo á ganar la gracia del senado, perdió la del pueblo. Bien fuese sentimiento ó realidad los peligros que dijo le rodeaban, le sirvieron de motivo para pedir permiso de tener guardias: se le concedieron, y eligió seis mil legionarios que habian servido á César bajo su mando; y entonces no pudiendo temer resistencia en la ciudad, nombró magistrados, y distribuyó las comandancias de los egércitos y los gobiernos segun las indicaciones de las memorias

del dictador, que le entregó su secretario. Tenia un hermano tribuno del pueblo y otro pretor: atrajo á Luculo que ya era su amigo, procurándole la dignidad de soberano pontífice, vacante por la muerte de César, y casando su hija Antonia con el hijo del pontífice: de suerte que en poco tiempo se halló con la autoridad que habia tenido el dictador, gozándola como él sin compañero.

Pero le sobrevino un rival en la persona de Octaviano, sobrino de Julio César. A este jóven le habian dado tan escelente educacion, que á la edad de nueve años, dicen, arengaba en público, y á los diez y siete hizo la oracion fúnebre de su abuela. Era de hermosa figura, le amabá tiernamente su tio, y le adoptó en su testamento. Para darle ocasion de distinguirse le habia de llevar César á la guerra de los partos; mas entre tanto no le tenia ocioso á su lado, sino que le habia enviado á Apolonia para que se perfeccionase con la enseñanza de Apolodoro, famoso retórico. En esta ciudad estaba Octaviano cuando supo la muerte trágica de su tio: unos le aconsejaban que se ocultase, otros que á lo menos permaneciese en donde estaba; y sobre todo que no se declarase su hijo adoptivo por temor de que le envolviesen en su desgracia. El, por solo su parecer, parte y llega á Brindis, en donde se hallaba junta la mayor parte de las tropas que habia preparado el dictador para su espedicion de Oriente. Así que supieron la llegada del sobrino de su general, no solo le ofrecieron sus servicios, sino tambien todas las provisiones de guerra y de boca almacenadas en aquella ciudad para transportarlas al Asia. Ademas de esto tomó el dinero destinado á la paga de las tro-

pas, y el tributo que enviaban á Roma las provincias situadas de la otra parte del mar. Atravesando la Campania se le juntaron los amigos de su tío, sus parientes, sus libertos, y aun sus esclavos. Tambien llegaron á ofrecerse los veteranos, á quienes César habia procurado tierras en Italia. Cuando ya estaba á corta distancia de Roma, le salieron al encuentro la mayor parte de los magistrados y oficiales de las tropas. Solo Antonio faltó en esta ocasion á las atenciones acostumbradas, y ni aun le envió á cumplimentar por un criado. A los que dijeron á Octaviano que lo notase, respondió honestamente: "A mí, que solo soy un jóven y un simple particular, es á quien toca ir á saludar á un hombre que sobre ser mayor, ocupa el mas importante puesto de la república."

No llegaba Octaviano á los diez y ocho años; y aunque no se puede negar que le favoreció singularmente la fortuna, tambien es preciso confesar que se mostró muy digno de sus favores en esta ocasion, y con dificultad se hallará que en el resto de su vida se le pueda reprender de haber dado un paso en falso. Apenas salió de la infancia cuando concibió el atrevido proyecto de suceder al dictador, no tanto en sus bienes quanto en su poder, y marchaba imperturbable á su objeto sin asustarse ni retardarse por los obstáculos. Para disfrazar su designio, no dió á entender que tenia otro móvil de sus acciones que la venganza de su padre adoptivo; y para llegar á sus miras ambiciosas empleó constantemente el amor y la proteccion del pueblo.

Antes de ir á visitar á Antonio hizo reconocer su adopcion ante el pretor, y consagrarla con las

ceremonias ordinarias. Se presentó despues al cónsul, le dió las gracias por el afecto que habia manifestado á su padre, le suplicó que le ayudase á la venganza; y concluyó el cumplimiento proponiendo á Antonio que le pusiese en estado de pagar los diferentes legados que el dictador habia hecho á los soldados y al pueblo, dandole para esto el dinero que habia hecho transportar á su casa, y aun el prestado, pues no sería suficiente el efectivo que dejó su padre al morir. El cónsul, que descubrió perfectamente el objeto de esta arenga, le respondió: Que aquel dinero, que era mucho menos de lo que él pensaba, pertenecia á la república, y ya se habia distribuido en gran parte á los magistrados; pero que estaba pronto á entregarle el resto; y añadió: "Permiteme, jóven, que te aconseje que no emplees este dinero en liberalidades inútiles, porque el populacho es un monstruo insaciable, que paga siempre con ingratitud el bien que le hacen. Estás versado en la historia griega, y debes saber que por lo comun no ha sido larga la vida de los favoritos de la multitud, y que el afecto del pueblo es mas inconstante que las olas del mar."

Mas ya Octaviano estaba resuelto; y conociendo que Antonio le negaba el dinero para que no consiguiese el favor del pueblo, puso en venta todas las casas y tierras que habian sido del dictador, declarando que no queria de su herencia sino lo que no pudiese privar á tantas familias de las liberalidades destinadas para ellas. Antonio atravesó la venta haciendo reclamar aquellos fondos, unos por los antiguos poseedores á quienes se los habian quitado en las guerras civiles, otros como confiscados antes, y pertenecientes á la república. Octaviano, para qui-

tar dilaciones, puso en venta su mismo patrimonio, y con el producto cumplió inmediatamente parte de los legados. Dió al mismo tiempo una prueba de fortaleza que le hizo mucho honor, con la ocasion del privilegio concedido por el senado á César para que colocase en los espectáculos una silla dorada y una corona de oro para él, continuando esta misma honra despues de su muerte, con el fin de inmortalizar su memoria: pues en los juegos que se dieron por entonces no faltó Octaviano á enviar la silla y la corona; y no queriendo el edil que se colocasen; y quejandose Octaviano á Antonio, le respondió el cónsul friamente: "Yo consultaré al senado." "Yo, replicó Octaviano, mientras vos lo consultais la haré poner." Así lo hizo, y aun subió á la tribuna de las arengas, donde se quejó amargamente de los obstáculos que le suscitaban cuando él pretendia cumplir con la obligacion de su reconocimiento á un héroe y á un padre tan respetable; y volviendose á Antonio, como si estuviera presente, dijo: "Sacrificadme, si quereis, á vuestra venganza; pero no ultrajeis á los manes del hombre grande, á quien debeis esa dignidad: permitidme que á lo menos pague yo los legados que dejó á sus conciudadanos; todo lo demas lo abandono á vuestra avaricia insaciable; y me tendré por bastante rico si puedo distribuir al pueblo lo que mi padre le dejó en su testamento."

Esta conducta hizo ver á Antonio que tenia un contrario mas peligroso que lo que podia temer de su corta edad. Los amigos comunes se interesaron en reconciliarlos; y el cónsul le dió la mano con toda voluntad, porque para conseguir el gobierno de la Galia cisalpina necesitaba para con el pueblo del

crédito del jóven heredero de César. Este gobierno llevaba su poder hasta las puertas de Roma. Por él habia empezado el dictador á invadir la autoridad, y el cónsul se proponia mantenerse en ella. Los dos rivales, como que estaban unidos mas por política que por afecto, se desavinieron: volvieron á reconciliarse, y llegaron por último á los rompimientos. El senado fomentaba ocultamente esta desavenencia, favoreciendo á Octaviano, á quien juzgaba menos temible. Ciceron le apoyaba con todo su crédito y elocuencia; y Octaviano por su parte, agradecido, al parecer, por la preferencia que los padres conscriptos le daban sobre su rival, se mostraba dispuesto á sostenerlos con todas sus fuerzas.

Sin título ni diploma de general retenia las legiones á sus órdenes; y el senado le sufría con la esperanza de oponerle á Antonio, que despues de su consulado queria ponerse en posesion de la Galia cisalpina. Bruto, el asesino de César, que la tenia del dictador, queria conservarla, y hubo entre los dos competidores sangrientos combates, en que murieron Hircio y Pansa, y aun Bruto huyó socorriéndole Octaviano. Queriendo manifestar su reconocimiento al jóven vencedor, le respondió este: "A mí no me debeis obligacion alguna, pues yo no os socorrí por amor, sino por castigar la insolencia de Antonio, el cual podrá no obstante llegar algun dia á ser mi amigo; pero siempre conservaré un odio inmortal contra vos y contra los que mancharon sus manos con la sangre de mi padre." Las felicidades, aunque procuradas por Octaviano, dieron á Bruto tal ascendente sobre Antonio, que le precisó á dejar el gobierno que él pretendia, y á repasar los Alpes con tal precipitacion, que tuvo

que dejar sus provisiones y bagage.

Su egército perecia de hambre y miseria retirado en las gargantas de los Alpes. En vano llamaba á su socorro á Lépido, Planco, Polion, todos amigos antiguos de César, que combatian armados en diferentes cantones de la república contra los conjurados, porque Polion respondió: "Que siempre estaria pronto á ayudarle, pero se hallaba muy lejos." Planco en correspondencia secreta con todos los partidos le dió una respuesta ambigua. La de Lépido fue: "Que no queria él participar del anatema del senado, que le tenia declarado enemigo de la patria; pero que al mismo tiempo nunca obraria contra su amigo por mas órdenes que recibiese." Es de advertir que Lépido era el que estaba mas cerca. Salió Antonio de entre las rocas de los Alpes, y sin haberse anunciado fue con las reliquias de su egército á acamparse cerca del de Lépido. Va pues á visitarle con vestido de luto, desmelenado el cabello, y con barbas muy largas. Este exterior conmovió á los legionarios, que en tiempo de César habian sido mandados por Antonio, y le estimaban. Quiso aumentar este principio de conmocion con una arenga, y Lépido hizo tocar las trompetas para que no le oyesen; pero este artificio, lejos de perjudicar á Antonio, solo consiguió irritar á los soldados, que de comun acuerdo dejaron á Lépido, y se entregaron á Antonio; y aun en el primer movimiento de la ira ofrecieron matar á su general antiguo, á quien Antonio salvó la vida, y aun le conservó comandante en su egército. En este mismo tiempo fue Octaviano á visitarle, resuelto á una sincera reunion por las eshortaciones del cónsul Pansa, que le descubrió al morir las pérfidas astucias

del senado, y la resolucion tomada entre los padres conscriptos de perder á los dos rivales, al uno por medio del otro.

Con efecto (2961) ya se habia notado la parcialidad del senado hácia los conjurados, porque los favorecia en todas ocasiones; pero Octaviano al principio opuso astucia contra astucia: y despues la fuerza, cuando se vió en estado de poder hacerlo. Se habia apoderado del espíritu de Ciceron, lisonjeandole, y haciendole creer que no se gobernaria sino por sus consejos: con lo que el viejo fue perfectamente engañado por el jóven. Desde luego se presentó á los deseos que este mostraba de ser cónsul, diciendo que no aspiraba á esta dignidad sino con la condicion de tener por cólega al orador romano, para aprender á gobernar con tan grande maestro. No pudo sostenerse contra este cebo la vanidad de Ciceron; y aun tuvo la flaqueza de presentar este plan de administracion al senado, el cual le despreció; pero consiguió para su protegido dispensa de la edad para ser elegido cónsul cuando lo permitiesen las circunstancias; y presto las proporcionó Octaviano, presentando como un derecho al consulado el servicio que acababa de hacer á la república ayudando á Bruto contra Antonio. Negandosele el senado, pasó como su padre el Rubicon: fue á Roma, y tuvo la satisfaccion de verse precedido de las fasces consulares á la edad de veinte años.

La preponderancia de Octaviano en Italia precisó á Bruto y Casio á que la dejasen: el primero se retiró á Grecia; y el segundo á Asia. Estaban estos paises llenos de soldados romanos, que andaban errantes desde la batalla de Farsalia, y aun algunos estaban unidos en diferentes cuerpos que los con-

D. del D.
2961.
A. de J. C.
37.

jurados fugitivos mantenian bajo sus banderas. Estos dos, que eran cabezas principales, los llamaron así, y formaron egércitos de suficiente fuerza para sujetar las provincias, y aun hallaron muchas armas y provisiones enviadas por el dictador para la expedicion que premeditaba. Los cuestores, ó abiertamente cómplices ó partidarios secretos, pusieron en sus cajas militares los tributos pagados á la república. Los conjurados dieron noticia de su fortuna al senado, cuya mayor parte les favorecia por lo menos con sus deseos: mas no por esto dejó Octaviano de dar á los conspiradores un golpe decisivo. La prueba del poder que tenia en Roma es, que á todos los citó á juicio, y los condenó á destierro perpetuo confiscandoles los bienes; aunque por verse Bruto mandando veinte legiones, creyó Octaviano que no le sería fácil destruirlos sin los auxilios de Antonio y de Lépido.

Estos dos capitanes tenian hasta veinte y siete bajo su mando; y el jóven cónsul, reconciliado de nuevo con ellos por la mediacion de sus amigos, los persuadió que pasasen los Alpes, y entrasen en la Galia cisalpina. Asustado el senado por ver que se iban acercando, y no sabiendo que Octaviano se entendia con ellos, le mandó que se opusiese á la empresa, y él se alegró mucho, porque se le ofrecia ocasion de obligar á su rival. Antes de salir de Roma encargó á Pedio, su cólega y hechura, que insinuase al senado, como si fuera pensamiento suyo, que sería muy conveniente á la república anular el decreto en que Antonio y Lépido fueron declarados por enemigos de la patria, para no exasperar á tan útiles ciudadanos, principalmente á Antonio, que era un gran capitán. No parecia muy bien la pro-

posicion á los padres conscriptos; mas presumiendo que sería pensamiento de Octaviano, y que podia haber peligro en despreciarla, le escribieron para que dijese su parecer: y el cónsul se conformó fácilmente con el deseo de su cólega; aunque para engañar al senado daba á entender en su respuesta que su egército era en cierto modo el que le obligaba á dar su consentimiento. Antonio reconoció este favor, sacrificando á la causa comun á Decio Bruto, primo del gefe de la conjuracion, y del mismo nombre, que habia sido amigo suyo, y que se habia refugiado en la casa de un señor gaula, á quien en otro tiempo habia hecho favores; pero el ingrato gaula dió aviso á Antonio, quien le escribió que le matase, y le enviase la cabeza. Se advirtió que la contemplaba con ojos furiosos; y esta muerte fue el preludio de las proscripciones.

La horrible resolucion de asesinatos y carnicería fue controvertida, consentida y jurada entre Octaviano, Antonio y Lépido, con una crueldad fria y reflexiva que no puede suficientemente admirarse. Se juntaron en una isla pequeña que forma un rio poco distante de Mantua. Sentados en un pabellon, y á la vista de sus egércitos, estuvieron arreglando los destinos del imperio, y pronunciaron y fijaron irrevocablemente la suerte de gran número de infelices, que por desgracia eran sus conocidos. En cuanto al imperio decidieron que se repartiase la autoridad suprema entre los tres, y que le gobernasen por cinco años con el nombre de triunviros, y en calidad de reformadores de la república. A Antonio se le dieron las Galias transalpina y cisalpina: á Lépido las Españas: á Octaviano el Africa, la Sicilia y la Cerdeña, quedandose la Italia por algun tiem-

po en comun; y en cuanto á las provincias orientales, que estaban en poder de Bruto y Casio, habian de reunir sus tropas Antonio y Octaviano para hacerlas la guerra, quedandose Lépido en Roma para mantener la autoridad del triunvirato. Sentados estos preliminares, llegaron á los medios de sostener la guerra, que son tropas, dinero y terror. En cuanto á las tropas pensaron aficionarselas con un excedente sobre la paga actual, con la promesa de una suma de dinero que habia de enriquecer con proporcion á cada uno de los soldados y oficiales, y la obligacion solemne de darles establecimientos en diez y ocho ciudades de las mejores de Italia, las que arrojando fuera á los habitantes, serian entregadas á los soldados con sus casas y las tierras de su pertenencia. Nombraron de antemano muchas de estas infelices ciudades, y las sacrificaron á la violencia y la invasion. En cuanto al dinero, si no fuese suficiente el del tesoro público, se contentaron con hallarle en las casas de los ricos, quitándoles la vida. Y por último, el terror que esparcieran los muchos asesinatos que habian de egecutarse ferozmente sin respetar parentesco, amistad ni inocencia, impediria la reunion de los que pudieran oponerse, y aseguraria el buen éxito de las proscripciones; y mas señalándose premio al esclavo, hijo ó esposa que presentase la cabeza de un proscrito, y castigo no menor que la muerte á los que salvarsen la vida de alguno.

Con la misma bárbara tranquilidad abandonaron los triunviros, cada uno al gusto del otro, parientes, amigos y enemigos. Quería Octaviano salvar á Ciceron, á quien debia obligaciones muy particulares; pero Antonio, que le aborrecia por las Fi-

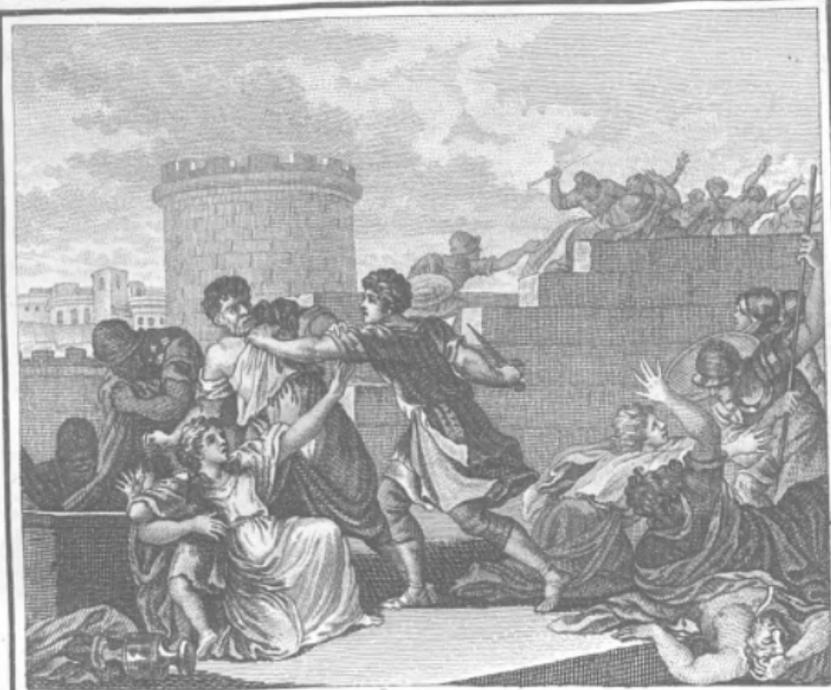
lípicas, pidió que se le sacrificase: y se le concedió, aunque con la condicion de que Antonio habia de abandonar al rigor de Octaviano á Lucio César su tío materno; y los dos compraron de Lépido la muerte de Emilio su hermano, cediendole las víctimas que les eran mas ó menos amadas. Sin disputar mucho para llenar su lista infernal, se abrazaron despues estos tres monstruos, y fueron á decir á los egércitos lo que les quisieron comunicar de sus disposiciones, que fue solamente el trato ventajoso que habian determinado dar á los soldados, sin que lo demas se supiese; porque aun en las mas acaloradas altercaciones y en los debates mas ardientes, que duraron por tres dias, hablaron siempre tan bajo, que nadie, ni aun de ios que los escoltaban á corta distancia, percibió cosa alguna.

Presto se conocieron sus resoluciones por los hechos, pues en el tercero dia por la tarde enviaron á Roma el sangriento decreto. ¿Para qué no se hallarán razones, cuando estos pretendieron justificarse? Decian en él que si la clemencia de César no hubiera perdonado á los pérfidos, no habria sido víctima de su traicion, ni ellos se verian en la precision de proceder con sus enemigos de un modo que afectaban *serles muy desagradable*. Seguian haciendo la apología de sus severas disposiciones, fundandola en el temor de que la demasiada benignidad pusiese á la ciudad en mayores alteraciones, y concluia con una especie de tarifa para premio de los asesinatos. Enviaron con algunas cohortes satélites de los de mas confianza, que empezaron por quitar la vida en las calles á cuatro proscriptos, se esparcieron por las casas y los templos, dando todos grandes gritos de horror, y en un instante se llenó Ro-

ma de confusion. Por no haberse publicado todavía la lista de los proscriptos, todos temian estar en ella comprendidos, lo cual produjo general consternacion. Algunos quisieron por desesperacion envolver toda la ciudad en su desgracia, y á este fin pegaron fuego á diferentes cuarteles; y la oscuridad de la noche, las llamas que empezaban á levantarse por muchas partes, y los gemidos de los moribundos, hacian un espectáculo horroroso.

El cónsul Pedio iba por todos lados procurando asegurar á los temerosos, diciendo, que los proscriptos no eran tantos como creian: y con efecto, la lista que apareció al amanecer solo era de diez y siete, con lo que viendo tan corto número, se sosegaron algun tanto los espíritus. Tambien les sirvió de motivo de distraccion la entrada de los triunviros, que se hizo en tres diferentes dias, entrando acompañado cada uno de una formidable guardia pretoriana, mientras sus egércitos cercaban la ciudad. El primer cuidado de los triunviros fue hacer que el pueblo los confirmase la autoridad que ellos se habian tomado: y á la noche siguiente añadieron ciento treinta personas á su primera lista de proscriptos: pocos dias despues ciento cincuenta; y por último subió la lista fatal á mas de trescientos senadores y dos mil caballeros.

Representése cada uno, si puede, el estado de aquella infeliz ciudad. Todo ciudadano rico, ó sospechoso de desaprobacion la tiranía de los triunviros, era condenado á muerte sin misericordia. Como era delito capital dar acogida á algun proscripto, y la traicion, la denunciacion y el asesinato eran virtudes premiadas con liberalidad, á muchos ciudada-



Asesinatos en Roma.

Apoderados de la soberanía los Triunviros Marco Antonio, Octaviano y Lépido, acordáron deshacerse de quantos pudieran desaprobár su dominio: Sus satélites inundáron de sangre á Roma, donde aun el acoger á un proscripto era delito capital y se premiaba la denunciacion. Asi trataron á sus compatriotas estos Xefes de aquella Roma donde para todo sirvió de pretexto siempre el amor de la patria.

nos los descubrieron ó mataron sus esclavos ó sus libertos, y á otros sus huéspedes ó parientes. Grande número de ellos se sepultaron entre los bosques y lugares inhabitables, en donde perecieron de miseria con sus hijos; y no se veia mas que sangre y carnicería. Las calles estaban cubiertas de cadáveres, las cabezas de los mas ilustres senadores espuestas sobre la tribuna de las arengas, y sus cuerpos insepultos servian de pasto á los perros y á las aves carnívoras. Muchos que no estaban en la lista de los triunviros fueron víctimas de la avaricia, del odio ó del desprecio; y otros cayeron en la misma desgracia por haber ocultado á sus parientes y amigos.

La pintura de las proscripciones se ve variada con rasgos de valor, de grandeza de alma, de fidelidad, de piedad filial, paterna ó conyugal, y aun con sucesos estraños, que merecen bien el pincel de la historia. Apio, senador, como otro Eneas, llevó en hombros hasta la ribera del mar á su anciano padre, y se salvó con él en Sicilia. Esta generosa accion fue tan admirada del pueblo, que pasadas las proscripciones le nombró por aclamacion edil; y porque arruinado con la confiscacion no tenia dinero para gastar en los espectáculos que estos magistrados daban cuando tomaban el empleo, tomaron los artesanos el honroso empeño de trabajar sin interes en los preparativos. El pueblo contribuyó para juntar las cantidades necesarias, y le dió doce veces mas de lo que valian sus bienes. Geta publicó que su padre se habia muerto á sí mismo, y para acreditarlo gastó toda su hacienda en las exequias. Esclavos hubo que murieron en los tormentos por no descubrir á donde se habian refugiado sus

amos. La muger de Ligario no pudiendo salvar á su marido, descubierto por un esclavo, fue á pedir á los triunviros la muerte que merecia por haberle ocultado; y no pudiendo conseguirlo, se dejó morir de hambre. La esposa de Asilio le rescató dando todas sus joyas á los esclavos. La del senador Caponio se resolvió, aunque muy solicitada, al mas penoso sacrificio con el infame Antonio.

Julia, madre de Octaviano, retiró á su aposento á Lucio César su hermano, y llegando los asesinos, se puso á la puerta, y les dijo: "No quitareis la vida á Lucio no empezando por mí, por mí, que he dado la vida á vuestro general;" y ellos se detuvieron dando tiempo para que fuese á hablar á Antonio. Estaba este en su tribunal recibiendo las cabezas de los proscriptos, y pagando á los asesinos lo prometido, y dijo ella: "Yo he recibido á mi hermano en mi casa; y estoy resuelta á defenderle hasta que mandes quitar la vida á los dos." A lo que él respondió con serenidad: "Ese proceder es de buena hermana, pero de mala madre;" bien que la permitió poner á su hermano en seguridad. Muchos proscriptos ilustres se libraron, porque Sesto Pompeyo, que estaba en Sicilia, sabiendolo todo á tiempo, hizo que cruzase por las costas de Italia gran número de barcas para recibir á los fugitivos. Algunos pudieron llegar á la Macedonia, en donde estaba Bruto. Los esclavos de Apio y de Meneyo se dejaron matar llevando puestos los vestidos de sus amos, mientras estos huian disfrazados de esclavos. Restio debió la vida á un esclavo, á quien en un arrebató de cólera habia marcado en la frente con un hierro ardiendo, aunque despues con toda suerte de beneficios procuró se olvidase de aquel

pronto; y el esclavo, menos sensible á la injuria que reconocido á los favores, llevó á su amo á una caverna, y allí le alimentó; pero viendo que se acercaban á ella algunos soldados que podian descubrirle, dió de repente sobre un pobre paisano, le cortó la cabeza, y la presentó al gefe del destacamento, diciendo: " Ya estoy vengado de la marca que mi amo me imprimió en la frente."

Ventidio engañó á los asesinos fingiendo que él tambien lo era, y que buscaba muy apresurado con algunos amigos á los proscriptos. Otro senador cansado de estar escondido ya en una, ya en otra parte, entre susustos continuos, se volvió á Roma, abrió una pequeña escuela en un sitio retirado, y continuó esta profesion hasta pasadas las procripciones sin ser descubierto. Pero mas diestro y mas atrevido que todos estos fue Pomponio: pues se vistió de pretor, salió muy de mañana con sus esclavos disfrazados de lictores, y á costa del público viajó publicando por todas partes que le habian enviado los triunviros á negociar un tratado con el jóven Pompeyo. En todas las ciudades fue muy bien recibido; y aunque le encontraron muchas partidas de soldados asesinos, ninguno le detuvo, ni examinó al embajador de los triunviros: de suerte, que llegó á Sicilia sin ser conocido. De algunos, aunque muy pocos, se cuenta que con el auxilio de sus esclavos y sus amigos mataron á los soldados que les iban á quitar la vida, salvando la suya con la espada en la mano.

Ciceron y Quinto su hermano eran perseguidos con furor. Quinto se estuvo oculto en su casa, de lo que estaban ciertos los satélites, pero no sabian el sitio. Despues de haberle buscado inutilmen-

te, hallaron á su hijo, y le dieron tormento para que revelase el asilo de su padre; pero el amor filial del jóven romano fue mas fuerte que los tormentos: sin embargo, como el dolor le arrancaba de tiempo en tiempo gémidos, Quinto, que no estaba lejos, y los oia con una conmocion mas cruel que la misma muerte; no pudiendo resistir á la idea de que su hijo moria entre los dolores por salvarle la vida, se presentó á los verdugos suplicando que le matasen á él, y dejaran á su hijo; pero aquellos bárbaros al uno y al otro dieron muerte: al padre porque era proscrito, y al hijo porque habia querido salvarle. Al mismo tiempo perseguian otros asesinos á Ciceron, le alcanzaron cuando ya iba á embarcarse, le cortaron la cabeza y una mano, y las presentaron á Antonio como un presente muy agradable, y él envió la cabeza á Fulvia su muger. ¡Oh cómo las guerras civiles borran todo sentimiento de humanidad, aun en el sexo pasivo! Contemplaba Fulvia con placer aquel espantoso objeto, y sacandole la lengua la estuvo picando con la aguja del cabello, porque habia pronunciado las terribles filípicas contra su marido. Ciceron llevó la pena de haber estado indeciso entre los partidos: siguió el de Octavio; pero no con tanta firmeza que mereciese ser esceptuado de la proscripcion. Conservó el triunviro cierto respeto á la memoria de este orador: pues viendo una de sus obras en manos de un sobrino suyo que queria ocultarla de su tio temiendo desagradarle, la tomó Octaviano, estuvo de pie leyendo gran parte con atencion, y volviendola al sobrino, le dijo: "Este, hijo mio, era un hombre sabio que amaba mucho á su pais."

Como si la sangre de este grande hombre hu-

biera servido de general espiacion, cuando Antonio vió su cabeza exclamó: "Este es el término de las proscripciones: vivid, romanos, que ya no teneis que temer." Cesaron las proscripciones; pero el fin de la crueldad no fue el de la vejacion. No contentos con las confiscaciones de los bienes de los proscriptos, y la necesidad de juntar las cantidades correspondientes para hacer la guerra á Bruto, resolvieron los triunviros acometer indistintamente á todos los ricos. Oprimieron pues con impuestos á todo el pueblo, disfrazándolos con los nombres de dones gratuitos ó de empréstitos, y recogieron todo el oro y plata que hallaron en especie. Se llevaron los preciosos ornamentos de los templos, y las riquezas que estrangeros y ciudadanos habian depositado en las vírgenes vestales, y no pareciendoles suficientes estos robos y rapiñas para el gasto de la guerra, hicieron una lista de mil y cuatrocientas damas de las mas ricas de Roma, madres, hermanas ó parientas de los proscriptos, y las cargaron de contribuciones excesivas.

En vano recurrieron estas damas á las parientas de los triunviros para que se moderase la contribucion, porque se hicieron sordas á las instancias de sus compañeras, ó dieron con hombres sordos á sus recomendaciones. Entonces tomaron el partido de ir todas juntas á defender su causa delante de los magistrados cuando estos estuviesen en su tribunal en la plaza. Se presentaron pues abriendose camino por entre la multitud y los satélites que cercaban á los tiranos, y pidieron audiencia. Los triunviros, pasmados y asustados, mandan á sus guardias dispersar á aquellas mugeres; murmura el pueblo, y consigue por fuer-

za que las oigan : con lo que Hortensia , hija del famoso orador Hortensio , tomando la palabra , dijo : “ Las infelices mugeres que vienen á implorar vuestra justicia y bondad , no hubieran tenido la osadia de parecer aquí , si antes no hubieran agotado cuantos medios las permitia emplear su natural modestia. Aunque este paso parezca contrario á las leyes de la moderacion prescrita á nuestro sexo , las muertes de nuestros padres , hijos , hermanos y esposos , bastarian para justificarnos , principalmente cuando se toma por pretesto para las desgracias que nos amenazan. Suponeis que ellos os ofendieron ; pero ¿ qué mal os han hecho las mugeres para reducir las á tal estado de pobreza ? ¿ Por qué no las proscribis como á los hombres , si son tan culpadas como ellos ? ¿ Por ventura os hemos declarado nosotras por enemigos de la patria ? ¿ Hemos sobornado á vuestros soldados , levantado tropas contra vosotros , ó impedido que llegueis á los primeros honores de la república ? Esta desgracia de que nos quejamos no proviene de nuestra ambicion , porque el imperio , las dignidades y los honores no son para nosotras. ¿ Con qué derecho pues se nos obligaria á proveer á los gastos de una guerra que de ningun modo nos interesa ? Si en la guerra púnica asistieron nuestras madres á la república , reducida entonces á necesidades estremas , ninguno las obligó á vender sus bienes , sus muebles ni sus casas. Algunos anillos y joyas fueron suficientes , y las dieron por su propia voluntad , sin que nadie las obligase á deshacerse de ellas. ¿ Y qué peligro es el que hoy amenaza á la ciudad ? Si los gaulas ó los partos estuvieran acampados en las riberas del Tiber , no nos veriais menos

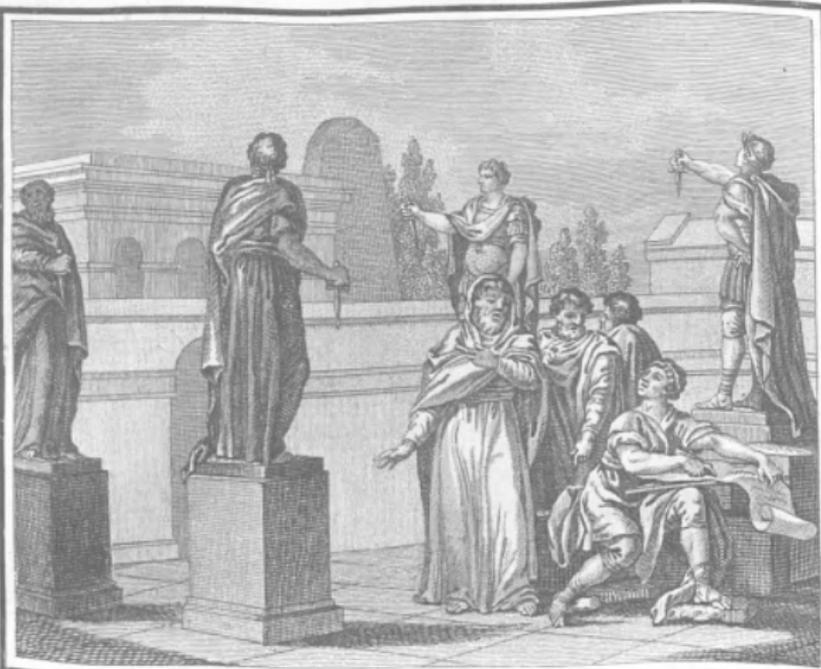
zelosas que nuestras madres para contribuir á la defensa de nuestra comun patria ; pero ni podemos ni queremos tomar parte en las guerras civiles.”

Concluyó Hortensia comparando los miramientos de Mario y Sila para con las señoras romanas, y la conducta de los triunviros , dando la preferencia á los antiguos tiranos contra los nuevos. Este paralelo los irritó , y mandaron á los lictores que apartasen á aquellas incómodas suplicantes ; pero el pueblo murmuró todavía mas alto de aquella violencia, por lo que para apaciguarle redujeron á cuatrocientas el número de las contribuyentas ; y para no perder nada cargaron á las personas privilegiadas , cuya prerogativa se habia hasta entonces respetado , y entre otras obligaron á los sacerdotes á pagar inmediatamente la décimaquinta parte de sus fondos , y un año entero de sus rentas.

No guardaron mas atencion con los derechos sagrados del pueblo que con las propiedades , porque sin dignarse de consultarle á él ni al senado , nombraron por su propia autoridad cónsules para el año siguiente , pretores y ediles para muchos años. Arreglado así todo en la ciudad , se quedó en ella Lépidio para mantener el órden establecido : Octaviano y Antonio repartieron entre sí el dinero y las tropas , y cada uno se embarcó para las provincias ultramarinas , en donde Casio , Bruto , Sexto Pompeyo y los demas gefes de los conjurados sostenian la guerra. Los dos primeros habian huido de Roma sin dinero , sin armas , sin naves ni soldados , y sin ciudad alguna con que poder contar , y no obstante se hallaban á la cabeza de veinte legiones , y dueños de muchas grandes provincias.

Esta ventajosa mutacion se debió á la fama de

la probidad de Bruto y de la capacidad de Casio. Los atenienses les levantaron estatuas enfrente de las de Hermodio y Aristógiton, asesinos de sus primeros tiranos. Siempre se mostró Bruto humano y benigno, respetando la sangre romana con sus propios enemigos, y solo permitió la represalia en la persona de Cayo Antonio; y aun se cree que sufrió que le matasen, porque estando prisionero procuraba corromper las guardias y sublevar las legiones. También Casio dió un ejemplo de bondad perdonando á los habitantes de Tarso parte de la gruesa cantidad que se les habia impuesto por haberse inclinado en favor de los triunviros. Estos infelices vendieron para pagarla las tierras del público, las propias suyas, los adornos de los templos; y no siendo suficiente el producto, vendieron tambien sus hijos de ambos sexos, sus viejos y sus mugeres. Ya empezaban á vender los jóvenes en estado de llevar las armas, cuando Casio sabiendo á qué extremo habian llegado, y que muchos de los vendidos se habian quitado la vida, prefiriendo la muerte á la esclavitud, les perdonó la paga del resto. No mostró tanto desinterés con los rodios. Después de haber vencido sus armadas y tomado su ciudad, hizo traer á su presencia en la plaza pública á los cincuenta ciudadanos que mas se habian declarado contra su causa, pronunció sentencia de muerte contra ellos, y se ejecutó inmediatamente: siguiendose á tan terrible sentencia la orden de llevar todo el dinero y plata pena de muerte. En tiempo de facciones y bandos ni se conoce otra pena, ni otros objetos que merezcan premio sino la delacion y la traicion. Todavía experimentaron suerte mas funesta los habitantes de Xanto, castigando en ellos los con-



Estatuas de Bruto y Casio.

Bruto y Casio, que sin autoridad, sin proceder juicio, y solo como xefes de una conjuracion quitáren la vida á César en medio del Senado, mereciéron tan alto concepto á los Atenieneses, que les erigieron estatuas. Verdad es que su mismo alucinamiento les hizo colocarlas al frente de las de Harmedio y Aristógiton, igualmente asesinos; pero al fin vemos que la sabia Atenas honraba los delitos.

jurados el amor á la patria, el afecto á los triunviros, ó la neutralidad; porque en las guerras civiles todo el que no es amigo es enemigo.

Despues de muchas hazañas se reunieron en Macedonia Bruto y Casio para oponer la masa de todas sus fuerzas á las que Octaviano y Antonio llevaban contra ellos. Tuvieron entre sí al verse muy fuertes altercaciones sobre las cosas que habian quedado secretas; pero concluyeron como deben acabar las querellas entre amigos: derramaron muchas lágrimas, y se arrojaron el uno á los brazos del otro. Menos debian temer la disension entre sí que entre los que los acompañaban, todos iguales, muchas veces obstinados en su parecer, y prefiriendo el interes de su orgullo y sus pasiones á la causa común. No obstante, todos se conformaron en ir á encontrar á los triunviros y combatirlos en Europa, mas bien que dejarlos penetrar en el Asia.

Bruto y Casio se procuraron con acertadas maniobras una posicion ventajosa en los confines de la Tracia y de la Macedonia, cerca de una ciudad llamada Filipis. Tenia delante una hermosa llanura, á la izquierda el rio Estrimon y algunas lagunas, á la derecha unas montañas cortadas, y con desfiladeros que estaban á su disposicion: por detras estaba el mar, y por este podian recibir todas las provisiones. Esta posicion les permitia esperar en un campo casi inespugnable á que el ejército de los triunviros cayese por sí mismo en un pais arruinado, en que presto le faltaron los víveres; pero la impaciencia de los oficiales y soldados desconcertó las prudentes medidas de los gefes. Se decidió pues dar la batalla; y aunque esta se volvia á empezar muchas veces y por muchos diferentes dias,

se puede contar por una sola. Además de la continuidad de la acción tuvo de particular que los dos ejércitos, parcialmente victoriosos ó vencidos, se tomaron recíprocamente el campo uno del otro, y que los dos generales republicanos murieron fuera del combate con muerte violenta y voluntaria.

En cierto modo así se lo habían prometido entre sí, cuando antes de la batalla se sondearon la disposición de sus corazones. Preguntado Bruto por Casio sobre lo que pensaba hacer en caso de derrota, le respondió: "Yo he reprendido en Caton que se quitase la vida, porque hallo que no es permitido al hombre abandonar el puesto que le señala la Providencia, y así debe sufrir con valor los males que los dioses le quieran enviar; pero la presente situación me ha hecho mudar de parecer: de suerte, que si perdemos la batalla, no quiero mezclarme mas en nuevos motivos de guerra, y estoy ya resuelto á salir de las miserias del mundo." En esto se condenaba Bruto á sí mismo; porque ¿qué es lo que en esto haria sino abandonar el puesto que la Providencia le señalaba por no poder sufrir con valor los males que los dioses querian enviarle? Casio le respondió abrazandole afectuosamente: "Con tan nobles pensamientos vamos con ánimo al enemigo: porque ó venceremos, ó no tendremos que temer del vencedor."

Algun tiempo antes se habia asustado la imaginación de Bruto con la vision de un espectro que ella misma se formó. En una noche tranquila, cuando todos al rededor de él dormian en su campo, y solo él velaba segun su costumbre, ocupado en escribir cartas, ó en trazar el plan de la campaña en el que estaba sin duda la posi-

cion ventajosa de Filipis, se abrió su tienda, y se le presentó una figura monstruosa que le estuvo mirando con silencio. Bruto se pone á considerarle, y dice: “¿Hombre ó dios, dime quién eres, y qué es lo que te trae aquí?” El espectro le respondió: “Yo soy tu genio malo, y tú me volverás á ver cerca de la ciudad de Filipis.” “Bien está, yo te volveré á ver, dijo Bruto sin moverse.” Sin moverse dicen los historiadores; pero hay apariencias de que la vision, hija de su imaginacion inquieta, le dejó profundas impresiones, y esto no sucede sin conmocion.

Por la parte de los triunviros todo el peso de la accion cayó sobre Marco Antonio, porque Octaviano se retiró á su tienda con pretexto de estar muy débil por resultas de una enfermedad. Eran los dos egércitos iguales en número, valor, disciplina, oficiales valientes y experimentados. Romanos contra romanos, y legiones contra legiones, las de Bruto cargaron primero, y se llevaron la ala enemiga persiguiendola hasta el campamento, al cual saquearon. Al hacer este movimiento descubrieron el cuerpo que mandaba Casio, al que Antonio tomó por el flanco, y tambien le rechazó hasta su campo, del que se apoderó. Volvió Bruto cargado de los despojos del campo enemigo de Octaviano, que no pareció mas, y fue á socorrer á Casio. Este, ignorando el suceso de Bruto, se habia retirado á una altura, y viendo un cuerpo de tropas que se estendia por la llanura, no pudiendo discernir si eran amigos ó enemigos, envió á su amigo Ticinio á la descubierta. Sucedió que reconociendose el escuadron de Ticinio y los caballeros de Bruto, echaron pie á

tierra y se abrazaron. Casio, que desde lejos no veía bien, juzgó que aquellos caballeros hacían á Ticinio prisionero. “¡Ay de mí, exclamó, que por conservar las reliquias de una vida miserable espuse á mi mayor amigo á quedar preso á mi propia vista!” Y con esta triste preocupacion se separó de los demas, y se mató con el mismo puñal, dicen, que le sirvió para asesinar á César.

Ya estaba espirando, cuando llegó Bruto. Este, regando su cuerpo con un torrente de lágrimas, gritaba: “Ved ahí el último de los romanos.” Ticinio, culpandose á sí propio por haber estado algunos momentos mas con la tropa que iba á reconocer, dijo: *Mi tardanza ha sido la causa de su muerte.* Y diciendo esto se mató sobre el cadáver de su amigo. Antonio, viendo que no se hallaba en estado de sostener la conquista del campo de Bruto, le abandonó; pero ya este habia dejado tambien el de Octaviano; y de este modo cada ejército volvió á sus atrincheramientos. Confirmado Bruto con esta desgracia en la resolucion que habia tomado al principio de esperar á que el ejército enemigo se deshiciera en su mismo campo, no queria volver á empezar la batalla; pero le precisaron sus soldados con tales instancias que ya llegaban á motin. Bruto deshizo la ala que mandaba Octaviano, y las legiones gobernadas por los oficiales de Casio retrocedieron acometidas por las de Antonio; y este, sin detenerse á perseguirlas, dió de repente sobre la retaguardia de Bruto, y la puso en desorden.

Al contento de la victoria creyó añadir el triunfo de tener en sus manos á Bruto. Un cuerpo de caballería tracia le llevó un prisionero que se lla-

maba Bruto. Adelántase Antonio, y reconoce á Lucilio, que era el teniente general, el cual se habia entregado para detener á aquellos estrangeros, que no conocian á Bruto, mientras este se ponía en salvo. Le dijo á Antonio: "Tened por cierto que ninguno de nuestros enemigos tiene ni tendrá jamas en su poder á Marco Bruto vivo. Impedid, ó dioses inmortales, que triunfe tanto la fortuna de la virtud y el valor. Yo me rendí por salvar su vida: aquí me tienes pronto á experimentar los tormentos que quieras hacerme sufrir, sin que yo pida gracia ni la espere." Antonio movido de la fidelidad de Lucilio, dijo á los trances: "Amigos, os considero irritados porque Lucilio os ha engañado; pero contad con que habeis hecho un prisionero que estimó mas que el que deseabais coger. Vosotros buscabais un enemigo, y me traeis un amigo." Dichas estas palabras abrazó á Lucilio, y le recomendó al cuidado de un amigo de ambos.

Bruto, aprovechandose del favor que le habia hecho Lucilio, llega al anochecer á un valle al pie de una roca escarpada, acompañado de un corto número de oficiales. Entregado por un momento á sus propias reflexiones, le vinieron á la memoria con amargura de su corazon los amigos que habia perdido. A unos los nombra con estimacion, á otros con ternura, y pronuncia en alta voz un verso de Eurípides, cuyo sentido es: "Castigad, ó Júpiter, al autor de tantos males." Uno de sus compañeros en la desgracia, temiendo que la tardanza llegase á ser funesta, le dijo: "Huyamos, no nos detengamos mas." "Huyamos sin dula, dijo Bruto; pero sea con las manos, y no con los pies: para mí es cosa muy dulce el ver que ninguno de mis amigos me ha fal-

tado: mi patria es la que siento, porque yo me tengo por mas dichoso que los que han ganado la victoria. Yo conservaré en la posteridad la gloriosa memoria que es el premio de la virtud, que no pueden merecer la tiranía y la injusticia." Acabó de hablar, y suplicó á Estraton, su fiel amigo, natural de Epiro, que le quitase la vida. Este, no pudiendo determinarse á manchar su mano con la sangre de su amigo, se tapó los ojos con el brazo izquierdo, y con el derecho presentó á Bruto la espada; y arrojandose sobre ella con violencia, se pasó de parte á parte, y espiró.

Fue Antonio adonde estaba el cadáver de Bruto, y tributandole lágrimas, le cubrió con un manto de púrpura, y le dispuso magníficas exequias. Lo contrario hizo Octaviano: mostró un contento que no debiera dar á entender, pues no habia tenido parte en la victoria. Hizo cortarle la cabeza, y la envió á Roma. Se alabó la prudencia de Bruto, sus arregladas costumbres, y su amor á la justicia: pues no podia sufrir robos ni desórdenes, aun en aquellos de quienes él necesitaba. Con motivo de la muerte de César ponian entre él y Casio esta diferencia: que Bruto aborrecia la tiranía, y Casio al tirano. Por último, aunque elogian la benignidad y humanidad de Bruto, es preciso condenar en él la orden que dió despues del primer choque de Filipis para que quitasen la vida á un gran número de prisioneros, porque su custodia ocupaba muchos soldados que él necesitaba para el combate; pero semejante atrocidad no se autoriza con el pretexto de necesidad alguna.

Despues de la victoria hizo Antonio degollar sobre el sepulcro de su hermano Cayo Antonio al

orador Hortensio, que habia influido en su muerte, y á Varo, senador ilustre, enemigo personal del triunviro, y severo censor de su infame vida. Hasta la muerte se la reprendió, y le predijo estando debajo de la cuchilla del verdugo, que su vida escandalosa tendria trágico fin. Muchos patricios ilustres hechos prisioneros en la batalla eligieron quitarse la vida antes que esponerse á la conmiseracion insultante de los vencedores, ó á su crueldad. Era tan pública la reputacion de Octaviano en este punto, que ningun prisionero queria que le llevasen á él, y todos preferian ser presentados á Antonio. A un infeliz, que fiel á sus opiniones en punto de la falsa religion de los romanos le pidió, por única gracia, los honores de la sepultura, le respondió: *Eso lo decidirán los cuervos*. Le suplicaba un padre que perdonase á su hijo, y este que perdonase á su padre; y Octaviano les propuso que peleasen uno contra otro, prometiendo la vida al que venciese: asistió él al espectáculo, y vió con serenidad que el hijo atravesó con la espada á su padre, y la sacó para metersela á sí mismo. Entre las muertes mas funestas debe contarse la de Porcia, muger de Bruto, que habiendola quitado todo instrumento mortífero, tragó carbones encendidos y se ahogó.

De los restos de las tropas vencidas recogieron los triunviros catorce mil soldados, y los añadieron á sus egércitos. Distribuyeron á sus legiones todo el dinero que pudieron haber, y las prometieron mucho mas. En egecucion de otra promesa anterior dieron la licencia á los veteranos; pero muchos se quedaron en calidad de voluntarios. Repartieron los triunviros entre sí las operaciones, cuya egecucion faltaba todavía para establecer sólidamente su

imperio. Octaviano tomó á su cargo hacer la guerra á Sexto Pompeyo y sus partidarios, y poner á los veteranos en posesion de las tierras que les habian prometido en la Italia. Antonio partió al Asia á perseguir á muchos romanos que se habian ido á refugiar, y amenazaban perpetuar lo que llamaban rebelion,

Pasó por la Grecia, en la que se complació de dar buena idea de su gusto en las ciencias y las artes gratificando á los que las cultivaban, por lo que recibió mútuamente los mas lisonjeros aplausos. El genio inventor de los griegos agotaba su caudal en discurrir como variar los recibimientos mas agradables. En efecto, le salieron á recibir las mugeres con el trage con que solian presentarse en las fiestas de Baco, y los hombres disfrazados de mugeres y de sátiros. Iba Antonio marchando al son de instrumentos, y de cuando en cuando paraba: entonces cantaban en su elogio versos en que le prodigaban tambien los títulos de *Baco el gracioso y amable*; bien que le cuadraban perfectamente, porque gustaba mucho de regalarse, y hacia buen convidado. Los reyes y príncipes del Asia, sujetos á la república, fueron á rendirle homenaje, y muchos de ellos le llevaban sus mugeres y sus hijas para cautivar su benevolencia. Las reinas se disputaban sobre cual habia de hacerle los presentes mas magníficos, y ostentar á su vista mas encantadoras gracias. Con semejantes lisonjas ¿cómo podria menos de envanecerse un hombre que habia nacido simple ciudadano de Roma? y así se portaba como quien no conocia límites ni freno. Tomaba arbitrariamente á unos con que gratificar á otros. Tomaba de los ricos para premiar á sus cómicos y bufones, y sacaba de una ciudad opulenta ó de una provin-

cia tesoros para darlos á las que ya tenía arruinadas. Los impuestos que cargó sobre los estados de Asia eran enormes; y todavía no eran suficientes para su lujo. Si Antonio no se separó de los placeres cuando hacia vida de soldado, con mas motivo se entregó á sus atractivos cuando se los presentó Cleopatra. Entonces empezó esta pasion, que fue causa de todas sus desgracias.

Entre tanto que Antonio se olvidaba de sí mismo con esta encantadora, estaba Octaviano arreglando los asuntos de la Italia, y repartiendo entre los veteranos las tierras y ciudades que les habian prometido; lo que era una operacion bien embarazosa. Los habitantes de aquellas ciudades infelices iban en tropel á Roma: las mugeres con sus niños en los brazos hacian resonar los templos y plazas públicas con sus gritos y lamentos, y su infortunio terrible llenaba al pueblo de compasion, y todos decian comunmente: "¿Qué razon hay para que los triunviros quieran contentar á sus soldados á costa de hacer desgraciadas tantas familias? Sin duda emprendieron la guerra por sus particulares intereses: ellos, que se llevan las utilidades, son los que deben llevar las cargas." Es preciso decir que hizo Octaviano cuanto estuvo de su parte por contentar á los veteranos antes de llegar á este repartimiento: tomó prestadas grandes cantidades, y se las distribuyó; pero no siendo esto suficiente, le fue preciso resolverse á la dura estremidad de echar fuera á los habitantes de las ciudades y sus campiñas sacrificadas á la desolacion, para colocar en ellas sus soldados. Con esta ocasion cantó Virgilio al son de su rústico instrumento: "¡Ay de tí, triste Mantua, demasiado cercana de la desgraciada Cremona! ¡Con

que un soldado feroz va á poseer los sembrados que yo laboreaba, y el bárbaro ha de echar la hoz en mis ricas mieses! Mirad, discordias civiles, á lo que reducís á los ciudadanos pacíficos. Ve ahora, infeliz Melibeo, y trabaja mucho en ingertar tus árboles y plantar tus viñas, para que te diga algun estraño insolente: huid, habitadores antiguos; y se apodere del fruto de tus desvelos." De aquí pasa á hacer la pintura del dulce y puro contento del pastor, que lleva su ganado á su propio campo: del leñador, que derribando un árbol hace resonar el bosque con sus canciones rústicas: del viñador, que anda observando si maduran sus uvas: de la robusta aldeana, que vuelve al acabarse el dia cargada con el haz de yerbas para darlas á sus terneras, y ordeña las vacas sacando con abundancia la dulce leche. Pone Virgilio estas compasivas descripciones en contraste con las del mismo pastor, que llevando su infeliz ganado, el cual parecia que volviendo los ojos hácia los cobertizos antiguos participaba del dolor de su dueño, y de la cabra, que en vez de experimentar el cuidado de la pastora, tiene que dejar entre las desnudas rocas el cabritillo que acaba de parir. ¡ Oh! ¡ cuántos objetos tenia el pincel del poeta en que egercitarse, si hubiera querido dibujar el tumulto y el espanto de aquellas ciudades desoladas, la desesperacion de sus habitadores arrojados de sus bosques, ó precisados á partirlos con unos huéspedes feroces! ¡ Qué objetos de compasion hubiera podido presentar! pues siendo las grandes ciudades muy indiferentes á los males que no llegan á ellas, con estos sin embargo se vió Roma conmovida.

Por ser Octaviano el único egecutor de estas violencias, escitaron contra él una general indig-

nacion en la capital. En esta habia dejado Antonio á Fulvia su muger, la cual habia tenido de otro marido á Claudia, que se casó con Octaviano: se enemistaron el yerno y la suegra, y repudió á Claudia, declarando con juramento que volvia á entregarla vírgen. Sobre esto dividió la Italia en dos bandos: los veteranos que habian servido á Antonio, y los que fueron echados de sus propias casas, con grande número de amigos y parientes, tomaron partido por Fulvia, por lo que esta se halló con suficientes fuerzas para juntar legiones, y formar un campamento en Preneste, en donde se la vió con su morrion en la cabeza y la espada en la cinta haciendo de general. Al mismo tiempo Lucio, que era su cuñado, la reclutaba tropas hácia los Alpes; pero Octaviano no esperó á que llevase este refuerzo, sino que le salió al encuentro, y bloqueandole en Perugia, se rindió Lucio despues de una defensa desesperada; pero aunque creia haber asegurado en la capitulacion la suerte de los habitantes, no lo pensó así el triunviro, pues contra su palabra, hizo llevar á su presencia cargados de cadenas á los que componian el consejo de la ciudad, y los condenó á muerte. Algunos de estos infelices quisieron escusar su conducta con la necesidad en que se veian de obedecer á Lucio, que era mas fuerte que ellos; pero él no les dió otra respuesta que esta: *Moriendum est*, es preciso morir: por lo que los llevaron al pie de un altar dedicado á Julio César, y allí los sacrificaron como víctimas á los manes del dictador en el mismo dia de los idus de Marzo, que era el del aniversario de su muerte, y la ciudad fue reducida á cenizas. Leyendo todas estas sanrientas egecuciones, todos convendrán en que

ningun asesinato fue vengado con tanta crueldad como este.

Fulvia, muy débil, así contra las tropas como contra las astucias del jóven triunviro, se vió precisada á huir, y se retiró á Macedonia con algunos de sus partidarios: otros tomaron caminos diferentes, segun la seguridad que se prometian, ó la mayor facilidad de la fuga; y entre los que huyeron de la persecucion de Octaviano se nota como egemplar de las variedades de la fortuna á Tiberio Claudio Neron, que tuvo la de encontrar una pequeña nave, en que pasó á Sicilia con Livia su muger, y Neron su hijo, que apenas tenia dos años. Si él hubiera querido pudiera haberse unido con Fulvia, y dar que hacer á Octaviano; pero se contentó con recoger los fugitivos. Tambien fue bastante felicidad del yerno de Fulvia la de haber hallado esta mucha frialdad en Antonio su esposo cuando le escribió contra Octaviano; aunque no obstante se determinó á pasar á Italia, no tanto por darla esta satisfaccion, quanto por oponerse á las invasiones de su cólega; y aun la trató con tanta indiferencia quando la vió pasando por Macedonia, que murió ella de pesar. Por necesitarse todavía los triunviros uno á otro, se hizo muy presto la paz entre los dos; y para cimentarla se casó Antonio con Octavia, hermana de Octaviano. Hicieron nueva division del imperio; y en virtud de esta se quedó Octaviano con la Dalmacia, las dos Galias, España y Cerdeña; y Antonio con todas las provincias orientales hasta el Eufrates, dejando como por compasion el Africa á Lépido, que no se hacia temer. En quanto á la Italia la reservaron para los dos en comun. Resolvieron que Antonio hiciese la guerra á los partos, y

Octaviano á Pompeyo, perdonando además á los cómplices en la guerra de Perugia.

Era necesario hacer guerra á Pompeyo; porque este, despertando de su adormecimiento, desolaba las costas de Italia, é interrumpiendo el comercio interceptaba el trigo destinado á la provision de Roma. Sobrevino la carestía, y se levantó el pueblo: mas por no parecerles suficientes á los triunviros sus fuerzas de mar, escogieron por entonces tratar y no combatir. En la composicion no solo procedió Pompeyo con buena fe, sino con delicadeza: porque desde luego propuso que los triunviros le admitiesen en su compañía en cuanto á todo su poder; bien que al fin se contentó con la Sicilia, la Cerdeña, las islas adyacentes y el Peloponeso. Le confirieron la dignidad de supremo pontífice, el derecho de procurar el consulado aunque ausente, y el permiso para regentar este cargo por medio de algun amigo, con la restitucion de los bienes de su padre; concediendo perdon general á los que se habian alistado bajo sus banderas: la libertad á estos y á todos los que no habian tenido parte en la muerte de César para volver á sus casas; y la restitucion de la cuarta parte de sus tierras. El se obligó á retirar de Italia sus tropas, á no permitir desembarcos en las costas, y á enviar cuanto antes á Roma el trigo que habia detenido, limpiando el mar de piratas.

Enviaron á Roma este tratado; y depositándole en las vírgenes vestales, se ratificó con promesa de casamiento entre la hija de Pompeyo y Marcelo, sobrino de Octaviano, que aun era niño: dándose los contratantes fiestas entre sí con recíprocos convites. Dió principio á esto Pompeyo, re-

cibiendo en su galera á Antonio y á Octaviano; y estando á la mesa llegó su almirante Menas, y le dijo al oido: "Buena ocasión de vengar las muertes de vuestro padre y vuestro hermano, y aun de haceros dueño del imperio romano. Mandad cortar el cable, y lo demas dejadlo á mi cuidado." Todas las tropas de los triunviros estaban en tierra, y la armada de Pompeyo en forma de batalla rodeaba á los convidados: el golpe era seguro, y la tentacion violenta. Se dice que dudó; pero al fin respondió: "Menas puede tener esa idea, pero el hijo del gran Pompeyo no faltará á su palabra." El se llevó todo el honor del tratado. La generosidad que mostró en la estipulacion de los intereses de tantos proscriptos ilustres, y el procurar que volviesen á su patria, se aplaudió altamente, y le llenó de glorias. Entre los que volvieron se hallaron Tiberio Neron, su muger Livia y su hijo aun jóven, los cuales se vieron en la precision de huir despues de la guerra de Perugia. Se enamoró Octaviano con grande pasion de esta fugitiva, y no se atrevió su esposo á oponerse á la inclinacion de un amante tan temible. Repudió el triunviro á Escribonia su muger, y se casó con Livia, aunque estaba á la sazón en cinta. Llegó á tomar y conservó para con este esposo un imperio que no se podia esperar cuando fue á Sicilia á buscar asilo contra sus furores.

Una baja adulacion encendió tambien en Atenas la antorcha de un himeneo mas interesado que sólido. Volviendo Antonio á esta ciudad dió un espléndido banquete á los habitantes de alguna distincion, y juegos, en que él mismo quiso presidir. Se presentó en una solemne procesion con

los atributos de Baco, cuyo nombre le habian dado los atenienses, y cuyo papel gustaba de representar. Este pueblo pues, siguiendo su carácter adulator, se postró delante del nuevo Baco, y le suplicó que se casase con Minerva su protectora, á que él respondió: "Está bien; pero la dareis el dote;" y al mismo tiempo señaló una muy grande cantidad en que habia de consistir. Los lisonjeros, pasmados, representaron, suplicaron, regatearon; pero fue preciso pagar todo el dote por entero, y se recogió de todos los habitantes. Estos se vengaron con epigramas; pero el esposo de la diosa despreció los versos, y tomó el dinero.

Los epigramas eran alusivos á sus amores con Cleopatra, cuyos grillos fue á recibir dejando á Octavia, la cual, que no era inferior en gracia á la reina de Egipto, y la escedia mucho en virtudes, fue consumiendose de tristeza en Atenas. Todos conocian los desórdenes de Antonio, porque eran públicos; y sin embargo digna siempre Octavia de proponerse por modelo á las mugeres casadas con maridos que no guardan fidelidad, jamas se desahogó con quejas ni murmuraciones, ni omitió diligencia alguna para mantener la union entre los dos cuñados. Sobrevino un nuevo disgusto escitado por las pretensiones recíprocas; pero Octavia, aunque estaba en cinta, se espuso á los peligros del mar: fue á verse con su hermano, y le suplicó con lágrimas en los ojos que se reconciliase. "No me hagas, le dijo, la mas infeliz muger, cuando soy la mas dichosa. El pueblo romano pone en mí la atencion, por los lazos que me unen á los dos hombres mas grandes del mundo: siendo yo esposa del uno, y hermana del otro,

si dos hombres que tanto quiero llegan á un rompimiento, ¿no seré yo igualmente digna de compasion hácia cualquiera lado que se incline la victoria?" Las lágrimas de una hermana tan amada consiguieron de Octaviano que fuera á verse con Antonio. Terminaron pues sus diferencias, y se proporcionaron por algun tiempo las ventajas de la paz.

D. del D.
2968.
A. de J. C.
30.

Una de las principales condiciones (2968) fue que Antonio cederia á su cólega parte de la armada para hacer la guerra á Pompeyo, que provocado con las falsedades de Octaviano, empezaba de nuevo á bloquear los puertos de Italia. La indiscreta política de Antonio hizo que ayudase á su rival á desembarazarse de un enemigo de quien algun dia podria él necesitar. Los varios sucesos de esta guerra, y los peligros en que se vió Octaviano, dan bien á entender la necesidad que tenia del socorro de su cólega. Tambien le asistió Lépido en persona; y la fortuna, tan inconstante como el elemento en que pelearon, casi en toda esta guerra se alistaba alternativamente bajo los estandartes de los dos partidos. Dos tempestades, que sobrevinieron en pocos dias, dispersaron la armada de Octaviano, y desconcertaron sus primeros proyectos; pero le consoló en esta desgracia una victoria de Agripa, que era su mejor almirante. El triunviro sufrió en sus navíos una gran derrota, y fue fortuna poder salvarse en su egército de tierra que se hallaba en un terreno sin agua, y cubierto de las cenizas del Etna, en donde hubiera perecido si no hubiera llegado á socorrerle Agripa, que era tan hábil en tierra como en mar, y que habiendo librado al triunviro, volvió á montar su navío. Las



Desafío naval.

Desafiado por Sexto Pompeyo el Triunviro Octaviano á que terminasen la guerra con un combate de 300. á 300. galeras, y aceptada la proposicion por Octaviano; debió este á su Almirante Agripa la derrota de su enemigo. De nada le sirvió á Sexto Pompeyo el valor con que combatió siendo el fruto de su desafío verse precisado á una fuga. Nunca és, por lo comun, mas feliz el que confia mucho de si ó de su fortuna.

circunstancias determinaron á Octaviano á aceptar el desafío que le propuso Pompeyo de concluir la guerra con un combate de trescientas galeras contra otras trescientas. Se dió este combate á la vista de los dos egércitos, que en virtud de una tregua eran pacíficos espectadores. El triunviro, mientras pudo, huyó siempre las batallas; pero en esta se halló sin poder evitarlo, porque creyendo que sería atacado el egército de tierra, se habia refugiado á la armada, y el almirante de Pompeyo la acometió contra lo que Octaviano esperaba; y así no pudo menos de hallarse en una accion que él habia aceptado, y debia ser decisiva. Si se ha de creer á Antonio, ni aun tuvo valor para mirar las dos armadas en forma de batalla, porque tendiendose en su galera con los ojos levantados al cielo, se mantuvo en esta actitud hasta que Agripa venció.

Pompeyo por el contrario se portó con el mayor valor; pero en vez de ponerse despues de la derrota á la cabeza de su egército de tierra, y tentar la suerte en otro segundo combate, no pensó mas que en recoger sus tesoros depositados en una ciudad vecina, y se retiró á la Asia menor en donde sostuvo tambien por algun tiempo la guerra. Era el departamento de Antonio, y este le opuso á Ticio, un teniente suyo, que venció al infeliz general y le hizo prisionero. Habia ordenado Antonio que se le enviasen; pero Ticio, fingiendo que no habia entendido la órden, le quitó la vida; y de este modo Antonio, despues de haber ayudado á su cólega á hacer una guerra ventajosa, tuvo la desgracia de poner el sello á la fortuna de su rival, librándole de un contrario que á él le pudiera ha-

ber servido mucho en las querellas que despues los dividieron.

Todo era prosperidad para el feliz Octaviano, pues aumentó sus batallones, ya muy numerosos, con los de Pompeyo, y poco despues con los de Lépido, que era el otro cólega. Este no tenia mas que la sombra de la autoridad del triunvirato; pero á Octaviano le incomodaba hasta la sombra. Segun su ordinaria habilidad en acusar á los otros de la ambicion en que él era culpable; se quejó de algunas empresas de Lépido. Este probó fácilmente que si habia invasion del poder era de parte de Octaviano; y no de la suya. Por las palabras que se dijeron llegaron á exasperarse, y acamparon los dos egércitos el uno al lado del otro: ganó Octaviano á los principales oficiales de su cólega: se presentó con una simple escolta en la tienda de Lépido como para esplicarse; y todas las legiones desampararon al infeliz Lépido como de caso pensado. Este se arrojó á los pies de su cólega pidiendole la vida. Era muy poco temible y muy despreciado para que no se la concediese; y así le envió á que la acabase vergonzosamente en el destierro, y dividió su pequeño departamento repartiendo con Antonio. Con la reunion de tantas fuerzas se halló Octaviano á la cabeza de un egército mas poderoso que cuantos habian tenido los generales romanos: pues consistia en cuarenta y cinco legiones, veinte y cinco mil caballos, ciento sesenta mil infantes armados á la ligera, y seiscientas naves de guerra, sin contar el prodigioso número de embarcaciones pequeñas.

Cuando volvió á Roma salió formado el senado á recibirle á la puerta de la ciudad: le acompañó al capitolio coronado de flores con el tropel del

pueblo, y le volvió á llevar á su palacio. Al dia siguiente fueron tantos los honores que se le decretaron, que le dió vergüenza aceptarlos, y se contentó con la oracion, permitiendo que le erigiesen en la plaza una estatua con esta inscripcion: "A César, por haber establecido la paz por mar y tierra;" y que se mandase celebrar una fiesta anual el dia de su victoria contra Pompeyo. Hizo una generosa accion, bien que le habia dado el ejemplo Julio César. Todas las cartas que se hallaron en los papeles de Pompeyo, aunque habia muchas de los senadores principales, las llevó á la plaza pública, y las echó sin leerlas en el fuego. Agradó tanto esta generosidad al pueblo, ganado ya con sus liberalidades, que le nombró en el instante tribuno perpetuo. No se opuso el senado á este favor, porque el triunviro declaró solemnemente que renunciaria su autoridad así que Antonio volviese de su expedicion contra los partos.

Esta guerra se hacia por Ventidio con felicidad, porque vengó á Craso, abatió los trofeos que los partos habian levantado despues de la batalla de Carras, y restituyó el honor á las armas romanas; pero Antonio no tuvo parte en esta gloria: se estaba afeminado en las delicias acompañando á Cleopatra, é hilando, por decirlo así, su ignominia, al lado de esta nueva Onfala; y cuando quiso volver á tomar la maza, ya era muy pesada para sus manos débiles. Entre muchas derrotas, en que pereció lo mas escogido del ejército mas florido, tuvo algunas ventajas, con las cuales se autorizó para tomar el titulo de vencedor de los partos, y aun se creyó árbitro de los reinos, por lo que dió á su querida, ademas del Egipto, que ya ella tenia, toda

la Fenicia, Chipre, y una gran parte de Arabia y la Judea.

El senado y el pueblo romano llevaron muy á mal estas liberalidades, y sobre todo el que por haber hecho prisionero por sorpresa á Artabano, rey de Armenia, triunfó de él en Alejandría; como si hubiera enviado á Roma el privilegio de ser la única ciudad de los triunfos. Estaba tan ciego de su fatal pasion, que no tardó en incurrir en otra nueva fatal, que redobló el descontento. Vió Alejandría levantar en lo mejor de sus plazas un troño de plata con dos sillas de oro, una para Antonio, y otra para Cleopatra, y otras sillas mas pequeñas para sus hijos. Allí vieron á los dos amantes con los atributos de Isis y de Osiris, y proclamó con mas solemnidad á Cleopatra por reina de los países que ya la habia dado; y asociando á Cesarion, que era el hijo que ella habia tenido de César, repartió entre los tres hijos que á él le habian nacido de ella tambien, la Armenia, la Media, la Libia, el pais de Cirene, todos los de la Asia menor desde el Eufrates hasta el Helesponto, la Partia, y todas las provincias occidentales, desde el Eufrates hasta el Indó para cuando las tuviese conquistadas.

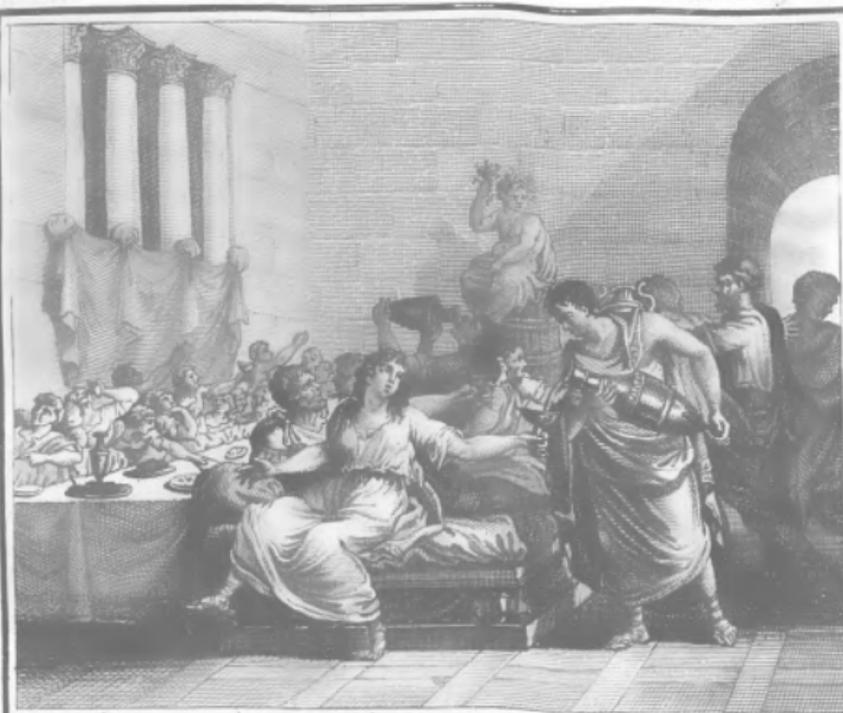
No se quedaron aquí sus imprudencias, porque á solicitud de Cleopatra, que temia tanto las gracias como la virtud de Octavia, repudió á esta. La prudente romana no desmintió su juicio en esta ocasion; porque mandándola su hermano que dejase la casa de un marido que la trataba con tanto desprecio, le suplicó que no la obligase á dejar la casa del que ella siempre queria honrar como á su esposo á pesar de su inconstancia; y así se quedó aplicandose á la educacion no solo de sus hijos, sino

de los que él había tenido de Fulvia. Las personas que su indigno esposo enviaba á Roma tenían segura su proteccion, y empleaba para con ellos todo el crédito que lograba con su hermano; y cuando Antonio, llenando la medida de su locura, la mandó dejar su casa, y aun envió satélites que la sacasen por fuerza si resistia, obedeció sin quejarse, y continuó los mismos favores con los que eran hechuras de su marido: tambien suplicó á su hermano que no hiciese á Antonio la guerra por una afrenta que solo á ella tocaba.

Octaviano pues libre ya de Pompeyo, y desembarazado de Lépido, no tenia quien le estorbase para ser dueño absoluto del imperio, sino la concurrencia de Antonio. Los multiplicados desaciertos de su rival le precipitaban á su ruina, y el triunviro de Roma nada olvidaba de cuanto pudiese acelerar la caída de su cólega. La pública opinion todayía era de algun peso, y él la animó contra Antonio, haciendo de su mala conducta pinturas demasiado verdaderas, y repartiéndolas con profusion. Se multiplicaron entre los dos cuñados cartas, quejas y reprensiones: Octaviano sacó por fuerza el testamento que Antonio habia depositado en manos de las vestales, en el que particularmente habia visto con despecho que Antonio declaraba á Cesarión por hijo de legítimo matrimonio entre César y Cleopatra, y por consiguiente la intencion del amante de esta princesa, que reconociendo la legitimidad de este matrimonio, queria pasar la sucesion de César al que habia nacido de él, despojando á Octaviano, que solo era sobrino. Le hizo pues leer por entero en el senado, llamando su atencion á las disposiciones que podían chocar á la altivez roma-

na: v. gr. las atenciones del testador con una reina estrangera: los legados de sus bienes patrimoniales á los hijos que de ella habia tenido; y sobre todo la voluntad espresa de que en donde quiera que muriese llevasen á Egipto sus cenizas, y las uniesen con las de Cleopatra. Tambien se reprendió en Antonio que diese á Cleopatra la famosa biblioteca del rey de Pérgamo, compuesta de trescientos mil volúmenes: haber leído cartas amorosas en su tribunal: haberse levantado oyendo un juicio importante por seguir á la Egipcia: haberla ido siguiendo en una fiesta solemne dejando la mesa, lo que los convidados tuvieron por efecto de cita; y en esto se conoce que todavía la dignidad de las costumbres no estaba en Roma absolutamente olvidada.

Todo esto hizo tanta impresion, que muchos partidarios de Antonio le abandonaron, y otros le fueron á buscar suplicandole que reformase su conducta, y dejase á Cleopatra; pero ella, señora siempre de su entendimiento como de su corazon, tuvo suficiente influjo con él para que despreciase tan prudente consejo, y aun para que separase de sí á sus mas verdaderos amigos. En lugar de juntar sus tropas, y caer en Italia, como se lo aconsejaban, sobre su rival que aun no estaba prevenido; se divertia en Atenas y en Samos con tales convites y fiestas, que hacian decir á los espectadores: “¿Qué les queda que hacer para celebrar el triunfo despues de la victoria, si ahora tanto se regocijan á la entrada de una guerra sangrienta?” La declaró Octaviano, pero no á Antonio, que era el objeto principal, sino á Cleopatra, para aparentar así todavía alguna atencion con su cólega. Esta guerra pudiera haber durado largo tiempo entre dos generales, due-



Ocio de Marco Antonio.

Distraído del todo Marco Antonio con Cleopatra, lejos de prepararse para resistir á enemigo tan respetable como Octaviano, y de sorprenderle, como pudo, quando le hubiera hallado desprevenido; se divertia en convites y fiestas, como si celebrase ya la victoria de la sangrienta guerra que le amenazaba. ¿Qué mas haria si se hubiese propuesto castigar en sus parcialles la imprudencia de serlo?

ños de tantos países como se podrían disputar, si ambos no desearan acabarla, el uno por política para no dejar enfriar la indignación del pueblo romano, y el otro por el interés de sus placeres. Se buscaron pues apresuradamente, y como deseaban encontrarse, lo consiguieron bien presto cerca del cabo de Accium; cada uno con fuerzas de mar y tierra.

Los mejores oficiales de Antonio le exhortaban al combate de tierra; pero prevaleció Cleopatra: porque en caso de derrota la ofrecía el mar retirada mas segura. Equipó su armada con las mejores tropas; y un veterano al embarcarse le descubrió el pecho, y le dijo: "Mi general, ¿por qué no os fiáis mas bien de estas heridas y esta espada, que de unas tablas podridas? Dejad el mar á los de Egipto y Siria, criados en este elemento; pero á nosotros romanos, dadnos la tierra, en donde estamos acostumbrados á desafiar á la muerte, y llevar por delante á nuestros enemigos." Nada le respondió el general, en el cual, por mas que se esforzaba á mostrar esperanzas, se dejaba ver la desconfianza por entre las esterioridades de seguridad. *El alma de un amante*, dice Plutarco, *no es ya la misma que animaba al cuerpo*. Demasiado esperimentó Antonio esta verdad: porque su corazón, que jamas habia dado entrada al miedo, se dejó penetrar del temor de Cleopatra. Huía esta; y él la siguió sin reflexion, y sin pensar que poniendose á la cabeza de sus legiones podia reparar en tierra la desgracia que habia tenido en el mar.

Si hubiera mostrado alguna energía, lo que le sucedió huyendo prueba muy bien que no le hubicra sido imposible llamar á la victoria á seguir sus

estandartés. Habia enviado Octaviano naves ligeras á perseguirle: Antonio con poca escolta, y viendose estrechado, mandó á sus pilotos que las esperasen; y este rasgo de fortaleza hizo rebirar de bordo á toda la escuadra: sola una nave, mandada por Euricles Lacedemonio, continuando su ruta, abordó con altivez á la galera del romano, y le amenazó con la lanza. “¿Quién eres tú, dijo en alta voz el triunviro, sin levantarse de la silla en donde estaba sentado con tristeza, quién eres tú para tener el atrevimiento de perseguirme así?” “Yo soy, respondió el espartano, Euricles, hijo de Lascaris, á quien la fortuna de César trae para vengar la muerte de su padre.” A este le habia quitado la vida Antonio como á pirata. No se dignó el romano de mudar de postura, antes bajando la cabeza se entregó á sus pensamientos; y Euricles pasó adelante por apoderarse de una nave, prefiriendo la riqueza de esta á su venganza. Desde este instante hasta la funesta catástrofe de los dos amantes casi todas las acciones de Antonio llevan consigo el carácter de la imprudencia y de aquella especie de enagenacion que sigue á una pasion desenfrenada, y se ven marchitadas con el desaliento, estupor é inercia mas vergonzosa. Aun despues de sepultado sobrevivió en su posteridad, que dió senadores al imperio del mundo; al mismo tiempo que Octaviano, cuya política funesta no habia podido sufrir á su lado un colega en el trono del universo, murió sin dejar hijos herederos de su grandeza.

Cuando Octaviano volvió á Roma le honraron con tres triunfos, y en el último llevó á los dos hijos de Antonio y Cleopatra, y la figura de esta reina picada en el brazo por un áspid. Entonces reci;

bió el título de emperador, no en el sentido en que hasta aquel tiempo se entendia , sino de modo que llevaba consigo la suprema autoridad. Tambien aceptó el nombre de Augusto, hasta entonces reservado para objetos de respeto religioso. Despues se trató de lo que se habia de hacer con un poder tan enorme: si le renunciaria como Sila, que murió tranquilamente en su cama; ó si le conservaria con el riesgo de encontrar, como César, con otro Marco Bruto. Este punto se controvertió en su presencia entre dos confidentes suyos, los mas queridos, Agripa, que era gran soldado, y Mecenas, político profundo. Prevalció la opinion de este último, cuyo parecer fue que conservase la autoridad.

Sin duda por los consejos de Mecenas hizo Octaviano muchos reglamentos propios para que no le envidiasen la potestad: tal fue el repartimiento de las provincias entre el emperador y el senado. A este noble cuerpo, con el que mostró siempre condescendencia sujetandole, señaló las provincias mas cercanas como mas agradables por su tranquilidad; pero en tomar para sí las mas espuestas á la irrupcion de enemigos no tenia otro objeto que el de concentrar en sí toda la fuerza militar, como que solamente habia tropas en los paises amenazados de enemigos, y de estas él solo tenia el mando. Se aplicó á ganar al pueblo y á los soldados con liberalidades; y vieron los romanos que Roma se iba hermoseando bajo de su dominio, pues segun su expresion la habia encontrado de ladrillo, y la dejó de mármoles. Siempre con su vigilancia se administró la justicia con equidad, y se mostró fiel á la máxima que le propuso Mecenas por basa de su gobierno en estos términos: "Sereis feliz en vuestras em-

presas, y famoso en la historia despues de la muerte, si gobernais á los otros como deseariais que os gobernasen." Cuando este príncipe, mas político que sincero, propuso renunciar la autoridad, y ponerla en el senado, los padres conscriptos, que ya le habian experimentado por cuatro años, le suplicaron que la conservase; y Augusto tuvo la modestia de aceptarla por diez años; pero siempre se la volvian á dar por otros diez; y de este modo tuvo fin la república romana.

No obstante, permaneció la apariencia, porque los comicios se tuvieron siempre, como regularmente, en el campo Marcio: elegian magistrados, aunque indicados por el emperador: subsistieron los mismos empleos con su pompa, y con aquel aparato sorprendente; pero en el fondo carecian de autoridad; y no obstante se mostró el senado tan satisfecho con lo que el emperador le habia dejado, que le honraba con el título de *padre de la patria*. Este príncipe, que abundaba en deferencias, sujetó á la sancion del senado casi todas sus leyes relativas al gobierno, á la milicia y á las costumbres: y tuvo la atencion de no aceptar de la lisonja sino aquellos honores que le pudieran ser útiles: y así no admitió la dignidad de dictador, porque teniendo ya el poder no la necesitaba; pero sí el título de tribuno perpetuo, que hacia inviolable su potestad, y el de supremo pontífice, que la hacia sagrada. Con ser tan respetables estos títulos no aseguraban su persona tanto como nueve cohortes, que venian á componer unos diez mil hombres con corta diferencia, y se llamaron despues *cohortes pretorianas*. Las alojó en las cercanías de Roma, y así él como sus sucesores les dieron privilegios que interesaban á esta guardia en

la conservacion de los emperadores ; no obstante, no libraron al mismo Augusto de algunas secretas conspiraciones.

En el castigo de la primera, tramada por Murena y Cepion, se mostró inexorable. Estas cabezas de motin enredaron en él algunos senadores, descontentos con la reforma que se habia hecho en el cuerpo del senado, reduciendole de mil que eran á seiscientos. Quieren decir que Augusto quitó la vida á algunos de los senadores degradados, aunque no estaban culpados en la conjuracion, por la indigna razon política de que *un príncipe debe deshacerse de aquellos á quienes ha ofendido*. Es máxima odiosa, pero practicada algunas veces: y su propio carácter le inclinaba á la severidad. Bien dura leccion le dió una vez Mecenas. Viendo este que se preparaba para condenar con inflexible rigor á los delincuentes, y no pudiendo por la mucha gente llegar al tribunal, le arrojó un billete, en el que leyó estas palabras: *Baja, carnicero, del tribunal*. Augusto bajó sin hablar palabra, y despidió la asamblea. No es menos admirable la docilidad del soberano que la resolucion del ministro. Otros dos rasgos acreditan su afabilidad y su amor á la justicia. Un legionario, soldado raso, que tenia un pleito, llegó á suplicarle que defendiese su causa: el emperador le respondió: "Que él estaba muy ocupado para abogar en persona: pero que le buscaria un buen orador." No satisfizo al soldado esta respuesta, aunque tan atenta, y dijo á su general: "¿Por ventura, cuando yo peleaba por defenderos, lo hice por procurador?" Le pareció bien á Augusto la franqueza, y respondió: "Tampoco yo pleitearé en vuestra defensa por procurador." Le cumplió la palabra, y

defendió el pleito en persona. Tampoco se desdenó de atestiguar por pura bondad en favor de un acusado, sin que nadie le llamase, y diciendole el acusador: "¿Qué teneis que hacer aquí, y á qué venis adonde ni os esperan ni os necesitan?" "Me llama el bien público," respondió. No perdió ocasion de hacerse útil. Cuando no quiso la dictadura, tomó el cargo de gobernador de Roma, y le trasladó á Agripa, que aplicó útilmente sus cuidados á mejorar la ciudad. A Augusto se debe el panteon que aun existe, y la abundancia de escelentes aguas que aun hoy disfruta aquella ciudad.

Tantas ventajas procuradas á Roma, así por el mismo Octaviano como por los que él empleó, le merecieron la estimacion y amistad general en tanto grado, que en una enfermedad peligrosa que tuvo, resonó toda la ciudad con sentimientos y llantos, pidiendo su salud á todos los dioses del Olimpo; pero distingamos entre el profundo dolor y las bajas adu- laciones del senado: pues la política tuvo sin duda tanta parte en los votos de los padres conscriptos por su convalecencia, como en las precauciones para su seguridad despues de la conjuracion de Murena. Consistian estas en ordenar que velasen por su turno de dia y de noche los senadores á la puerta de su cuarto. Mientras esto se deliberaba, Labra, que era hombre de mucho espiritu, fingió que se dormia, y aun dió algunos ronquidos; y haciendo que despertaba con sobresalto, dijo: "No conteis mucho conmigo para la guardia del emperador, porque soy hombre que me duermo, y seguramente le incomodaria sin servirle de nada." Este chiste le ahorró al senado un decreto, que por lo menos hubiera sido ridiculo. Desde la enfermedad de Augusto se cuenta exencion

de contribuciones en los médicos por reconocimiento de la salud que le procuró uno de ellos, así como con el motivo del gusto que le dieron dos comediantes los libró del castigo de ser azotados con varas en el teatro cuando no contentasen al público: y de este modo cuidó igualmente de los que curan las enfermedades del cuerpo y de los que disipan la tristeza del alma. También puso términos al furor de los combates de gladiadores, que había llegado á tal esceso, que peleando por centenares era una verdadera carnicería. Se vieron jóvenes de las primeras familias, y aun mugeres, que no se avergonzaban de presentarse al combate.

Para contener los excesos de los romanos jóvenes, y precisarlos á casarse, puso Augusto una contribucion sobre los celibatarios; permitió á los patricios casarse con plebeyas, aun con libertas, é hizo otros reglamentos útiles á las costumbres. ¿Pero de qué sirven las leyes sin el ejemplo? Octaviano por desgracia no era escrupuloso en este punto: pues entre otros desórdenes se le reprende el trato escandaloso con Terencia, muger de Mecenas: y así él como ella disimularon tan poco, que la llevó á los campos sin su marido. Unos dicen que por esto se entibió la amistad del príncipe y el ministro: otros que el apacible esposo, en vez de disgustarse por este comercio, se prestaba á él condescendente. Se cuenta que estando un dia á la mesa con los dos amantes, cerraba los ojos para no incomodarlos: y que un esclavo creyendo que dormia, tuvo esta por ocasion favorable para hurtar un vaso de oro; pero que quando le llevaba, le detuvo Mecenas, diciendole: *Pícaro, yo no duermo para todos.*

Augusto pagó la pena del mal ejemplo que ha-

bia dado á su corte. Su hija Livia se abandonó á los mas vergonzosos desórdenes y la imitó otra Livia , hija de la primera , que era viuda de Agripa, y muger de Tiberio. Cuando el padre supo, tal vez el último del imperio, los escesos de su hija, la deterró á una isla casi desierta , de donde se la permitió volver á Italia; pero su padre no la quiso ver mas. En el esceso de su dolor tuvo la imprudencia de revelar al senado las torpezas de su hija en una carta que se hizo pública; pero él mismo confesaba que si hubiera tenido consigo á Agripa y á Mecenas, no hubiera caido en esta falta. Estos dos hombres fueron muy afectos suyos, y así los premió como á cada uno de ellos le correspondia: Mecenas llegó á tener abundancia de riquezas que le sirvieron para levantar palacios menos suntuosos que agradables, en donde vivia voluptuosamente con sus amigos, y los libertos á quienes protegía, enriquecía y que han hecho su reputacion inmortal: Agripa, segun su genio, fue colocado por gefe de las fuerzas de mar y tierra, condecorado con grandes dignidades, y encargado de comisiones penosas y arriesgadas. Erigió suntuosos edificios, y grabó la gloria de Augusto en los mármoles y bronces que la han conservado para la posteridad. Le dió el emperador su hija en casamiento; y fuese reconocimiento ó política, traspasaba á su suegro la honra de sus conquistas y victorias. Se nota que tuvo la modestia de no aceptar los triunfos, y que esta moderacion, imitada por los otros generales, que advirtieron sin duda ser del agrado de Augusto, hizo mas rara esta ruidosa ceremonia.

Con bastante amargura sintió el príncipe la pérdida de estos dos amigos en las pesadumbres domés-

ticas. Además de la disension que siempre reinó en su casa, vió sucesivamente desaparecerse sus dos nietos, Lucio y Cayo, hijos de Agripa y de Julia, á quienes habia adoptado, miraba como los apoyos de su trono, y los habia criado con esta esperanza. Le quedaba uno, llamado Agripa Postumio, que desde su juventud mereció por sus excesos la desgracia de su abuelo, y del cual se deshizo despues Tiberio sin mucho sentimiento. En este feliz Tiberio se reunieron no los afectos, sino los favores de Augusto, por la proteccion de Livia su madre, y por el imperio que esta muger diestra supo tomar sobre su marido. Puede creerse que Augusto sintió el yugo, y que algunas veces le llevaba con impaciencia, pues contaba por los dos tormentos de su vida á su hija y su muger, y decia: "¡Qué dichoso sería yo si hubiera vivido sin muger y sin hijos!" Vivísima debia ser la pesadumbre que le oprimiese, si estaba noticioso de lo que todo el mundo sospechaba, esto es: que la emperatriz habia quitado con veneno la vida á los naturales herederos de su esposo por substituir á su amado Tiberio.

Este Tiberio era hijo de Neron, su primer esposo: Druso, á quien parió despues de haberse casado con Augusto estando ya en cinta, pasaba por hijo de este príncipe, y es cierto que el emperador le amó como padre, y en su testamento le asoció á sus dos nietos. Su valor y capacidad le merecieron en la guerra grande reputacion: los sentimientos republicanos que claramente mostraba le conciliaron la amistad de los romanos, y generalmente se creia que si llegaba á ser el dueño restableceria la república. Aunque en su muerte no hubo cosa extraordinaria, se creyó no haber sido natural, y le sintie-

ron como una calamidad pública. Muy distante estaba Tiberio de merecer los mismos sentimientos: su vida desde la infancia estuvo envuelta en tinieblas, siempre tomaba rumbos oblicuos y tortuosos, poniendo todo su mérito en que no conociesen sus intenciones: rara vez se emplea tanto arte en ocultarse cuando solamente se quiere hacer lo que es bueno. Como él de todos desconfiaba, nadie había que de él confiase, y así, á pesar de su sagacidad le sobrevinieron varias desgracias; y se le vió, después de haber mandado los egércitos, desterrado de la corte de su suegro, y pasar una vida obscura en Rodas, de donde después volvieron á llamarle, y le pusieron, digámoslo así, en la escalera del trono por la adopción; pero con la condición precisa de que él también adoptase á Germánico, hijo de su hermano, á Druso y á Agripa Postumio.

El estado de la familia de Augusto ocasionaba reflexiones, y las reflexiones proyectos. El partido republicano, que aun no estaba estinguido, concibió esperanzas, y de estas nació la conjuración de Cinna, nieto de Pompeyo, en la que se hallaron interesados muchas personas de la primera clase. Llegó á noticias del emperador, y le puso en grande perplejidad sobre si todavía tendría que derramar arroyos de sangre, ó si viviría seguro perdonando. Esta alternativa fue materia de una conversacion con Livia, su esposa, y aun se da á la emperatriz la honra de haberse determinado su esposo á la clemencia. Tomado este partido, llamó á Cinna á su gabinete, le fue nombrando todos los cómplices, y le probó que sabía el tiempo, el lugar y las circunstancias convenidas entre los conjurados. Si un rayo hubiera caído junto á Cinna, no le hubiera asus-

tado mas; pero cuando el pasmo llegó á su auge fue cuando Augusto despues de recordarle todos los beneficios que le habia hecho, le dijo: "Yo te perdono, Cinna: por amor á tí perdono á todos los que has empeñado en la conjuracion: y en prueba de que no conservo enemistad, te nombro cónsul para el año próximo." Esta generosa conducta hizo tan profunda impresion en el espíritu de Cinna, que toda su vida quedó interesado por Augusto y su familia.

Dos veces se cerró el templo de Jano en su reinado, que es decir, que el mundo conocido se vió dos veces en paz. Costó bien cara á los pueblos atormentados por la república, y que no hallaron mas reposo bajo el dominio de los emperadores. Testigos son los infelices españoles de Vizcaya y Asturias, á quienes el mismo Octaviano despues de la batalla de Accium obligó á destruir sus paisés para poner por medio un espacio intransitable entre ellos y la esclavitud con que el vencedor los amenazaba. Redujo á provincias romanas por sus tenientes la Galicia y la Pisadia: inquietó á los árabes: hizo dejar las armas á Candaces, reina de Etiopia: vió á sus pies en Roma á los embajadores de Tiridates y de Fraates, y este contó por felicidad conseguir su proteccion enviandole el resto de las águilas romanas y las banderas perdidas por Craso. Augusto dió á Tigranes la corona de Armenia: bajo los estandartes de Agripa envió el terror á los germanos, y bajo los de Druso la matanza á los habitantes del Bósforo, y él mismo llevó este azote á las Galias y á la Liguria. En su reinado ninguna guerra se renovó mas á menudo que la de Germania. Despues de Agripa llevó allá las armas Druso, y á Druso sucedió Tiberio, que logró ventajas con que mereció el triun-

fo. Este príncipe, favorecido de Germánico, marchó contra los de Dalmacia y de Panonia: volvió contra los germanos; pero éstos se vengaron en Varo de todas sus derrotas, y rara vez habían experimentado los romanos una pérdida tan considerable como la que sufrió este general. Se dejó bloquear entre bosques y lagunas, y de su ejército, que era numeroso, apenas se libraron algunos caballeros para llevar la noticia de su desastre. Los oficiales se mataron unos á otros por no dar en manos de los vencedores; y la cabeza de Varo fue enviada al emperador como por arrogancia; pero este por ninguna desgracia tuvo mayor sentimiento en su vida, pues mas de una vez se le oyó esclamar en su dolor: *Varo, dame mis legiones.*

Cincuenta y seis años de reinado desde su consulado primero, cuarenta y tres desde la batalla de Accium, setenta y cinco de edad, y sobre todo la debilidad de su salud, advertian á Augusto que estaba próximo su fin. Hizo que el senado diese un decreto en estos términos: "A petición del pueblo de Roma concedemos á Cayo César Tiberio la misma autoridad en las provincias y en los ejércitos del imperio romano que Augusto gozaba, y aun goza; y suplicamos á los dioses que le conserven por largo tiempo." Si Tiberio debió su asociación al imperio á las diligencias de su madre Livia, no puede negarse que sus talentos políticos y militares la merecían, ni que si sus enfermedades precisaron á Augusto á tomar cólega, no podia hallar otro en su familia. Su nieto, Agripa Postumio, se mantenía desterrado en la isla Planesia: la ternura del abuelo pensó en sacarle de allí, y fue con mucho secreto á verle. Uno y otro vertieron muchas lágrimas, y se

dice que el temor de que le llamase del destierro determinó á la emperatriz á apresurar la muerte de su esposo.

¿Pero qué necesidad habia de dar veneno á un cuerpo gastado con la edad, los trabajos y los excesos? pues Octaviano tambien tenia esta falta, que es la deshonra de los viejos sin costumbres morales, y corrompidos desde la juventud. Además del testimonio de los historiadores sobre su gusto desenfrenado en refinar con extremo los placeres, es buena prueba de ello el destierro del poeta Ovidio por haber sido testigo involuntario de sus torpezas. Sintió que se iba desmayando, y la intermitencia de esta lámpara que estaba para apagarse, dió tiempo á la emperatriz para prevenir á Tiberio, á quien habia enviado otra vez á Germania, y no se sabe si llegó á hora de poder ver á su bienhechor. Lo que se tiene por cierto es que por algunos dias no se permitió á los íntimos amigos del emperador acercarse á verle, con pretesto de que necesitaba de tranquilidad: y de esto se conjeturó que ocultaron su muerte hasta que llegó Tiberio, ó por lo menos hasta que tomó sus medidas.

La primera fue el asesinato de Agripa, al que envió quien le quitase la vida en la isla Planesia. El tribuno, que se encargó de este crimen, llegó públicamente á decir á Tiberio que sus órdenes estaban ya egecutadas. Este, que hubiera querido que se creyese haber Augusto sido quien habia mandado degollar á Agripa, á la primera noticia de su muerte respondió: "Yo no lo mandé: tú responderás al senado." Crispo, su confidente, que habia dado la orden de su parte, asustado con el riesgo de culpa al emperador, ó de condenarse á sí mismo,

recurrió á Livia haciendola presente que sería una imprudencia divulgar los secretos del palacio, los consejos de los ministros, y los servicios de la soldadesca. "Debe guardarse mucho Tiberio, añadió, de debilitar su autoridad dando cuenta al senado, porque el despotismo por su naturaleza debe residir en una sola persona." Agradó el consejo, y no se habló mas de la muerte de Agripa.

Los dos cónsules prestaron el juramento de fidelidad á Tiberio, y recibieron en su nombre y en el del senado el de la milicia y del pueblo. Tiberio afectaba empezar todas las funciones públicas por el ministerio de los cónsules como si la antigua república subsistiera, ó como si dudara si debía aceptar el imperio: y así el edicto con que convocó al senado era corto y en términos modestos. Decía en él, que sólo usaba de este derecho en virtud del poder del tribuno con que le habia revestido Augusto; pero este humilde estilo no le impidió para dar desde que murió Augusto sus órdenes á las cohortes patricias para ir al senado rodeado de guardias, ni para escribir á los egércitos como quien acababa de suceder en el imperio. Su objeto era asegurarse antes de todo de la fidelidad de las tropas esparcidas en diferentes provincias, temiendo que se declarasen por su sobrino Germánico, que á la sazón mandaba un grande egército en Alemania.

Cuando los padres conscriptos le ofrecieron la suprema autoridad, aunque ya se habia apoderado de ella, fingió que no la queria, y empezó un discurso fastidioso sobre la grandeza del imperio romano y su incapacidad. "Solo el genio de Augusto, dijo, podia cumplir con semejante empleo. Yo por la parte que tuve con él en el gobierno conocí cuantas

dificultades y peligros cercan al soberano poder: y pues la ciudad está poblada de tantos ciudadanos ilustres, no es justo que yo solo lleve tanto peso.”

A esta arenga hipócrita se siguieron acciones que no lo eran menos. Muchos senadores se arrojaron á sus pies, y le suplicaron con lágrimas en los ojos que tomase las riendas del gobierno, pues solo él era capaz de manejarlas. “Es imposible, respondió, que yo lo gobierne todo; pero me encargaré de la parte que me quieran señalar.” “Decidla pues,” dijo Galo de pronto; y Tiberio, cogido en la palabra, conoció su falta, se quedó cortado por un momento, y replicó: “No me permite la buena crianza elegir ni despreciar; bien que yo quisiera mas que me dispensasen de todo.”

Estaba alterado; y Galo, que lo advirtió, creyó sosegarle con la protesta de que no habia tenido intencion de dividir el imperio, sino probar que era indivisible por la dificultad de repartirle. Este discurso artificioso ni hizo honor á Galo ni satisfizo á Tiberio, el cual despues se vengó de todos los que habian conocido sus ficciones; y mas bien perdonó á los que le hablaron francamente. Uno le dijo: “Hay hombres que egecutan despacio lo que prontamente prometen; mas vos prometeis lentamente lo que ya habeis egecutado.” Otro dijo: “Aceptad el imperio, ó declarad limpiamente que no le quereis.” Dió fin á esta comedia diciendo: “Yo acepto el imperio, y le conservaré hasta que vosotros, padres conscriptos, penseis con vuestra prudencia cuando será tiempo de que yo descanse en mi vejez.” Entonces tenia cincuenta y seis años. Su primer cuidado fue privar á su esposa Julia de la moderada pension que la habia dejado su pa-

dre, y murió realmente de miseria. También quitó la vida á algunos amantes suyos, á quienes el padre había perdonado, no obstante su indignación. La clemencia de Augusto en sus últimos tiempos hizo decir, que pudiera descarse, ó que nunca hubiera nacido, ó que hubiese sido inmortal. Con su muerte prevalecieron los sentimientos; y los mismos republicanos, consternados con las primeras acciones de su sucesor, lloraron sinceramente al que los había sujetado.

Pidió Tiberio al senado la potestad proconsular para su sobrino Germánico; y se cree que con esta dignidad pensó en que se le aficionase este príncipe, que por sus calidades de amable carácter, era el ídolo del pueblo y de los soldados. Druso, su hijo, y no adoptivo, no tenía en el mismo grado las prendas propias para cautivar los corazones y conciliarse la estimación. Dos alborotos que hubo en los principios del reinado de Tiberio pusieron á la prueba los talentos de estos dos príncipes. La primera de tres legiones en Pannonia fue provocada por un soldado raso llamado Percennio, que era un insolente hablador, y á quien la especie de elocuencia que había adquirido en su primera profesion de farsante sirvió para ir poco á poco alborotando á sus camaradas. En sus conversaciones nocturnas les predicaba la insubordinación, la igualdad con sus gefes, poderosos atractivos para engañar á la multitud: y en el poder que les aconsejaba para usurpar, les hacía ver las riquezas y el reposo que serian justa recompensa de sus trabajos.

El mal se aumentó por la negligencia de Bleso su general, y á los dichos insolentes sucedieron

las violencias contra los tribunos, que querian reducir á los soldados á su obligacion. Los castigos empleados sin prudencia por Bleso no hicieron mas que irritar los espíritus y hacer mayor el desorden: pues los soldados fueron corriendo en tropel á la cárcel, forzaron las puertas, rompieron las cadenas de los delinquentes, y ya los rebeldes hicieron causa comun con los perversos reos de delitos capitales. Otro simple soldado, llamado Vibuleno, puso en gran riesgo la vida del general; pues formando de los hombros de sus camaradas una especie de tribunal, exclamó desde allí: "Vosotros acabais de dar la vida y la respiracion á los moribundos; ¿pero quién se la restituirá á mi hermano? El venia enviado por el ejército de Germania á tratar con vosotros sobre nuestros comunes intereses, y Bleso le hizo degollar la noche pasada por los gladiadores que tiene armados cerca de su persona para matar á los soldados. Responde Bleso: ¿en dónde has echado su cadáver? Damele, pues los mismos enemigos le niegan la sepultura." Esta insolente reconvenccion iba ya á lograr las mas funestas consecuencias contra Bleso, cuando otro que todavía amaba la justicia pudo conseguir que le oyesen, y probó que Vibuleno jamas habia tenido hermano.

Cayó la calumnia; pero no castigando al calumniador no dejó de continuar el alboroto. Habia llegado este al extremo cuando sobrevino Druso con una escolta de gente escogida, mucha caballería pretoriana, los mas valientes germanos que componian la guardia del emperador, y con un consejo de personas prudentes y militares antiguos, estimados de los soldados, para dirigir al jóven príncipe en aque-

lla ocasion delicada; pero ¡qué podian la fuerza ni la prudencia contra tres legiones bien armadas, y arrebatadas de una especie de vértigo! Recibieron al hijo del emperador con aire equívoco, y procuraban mostrar tristeza; pero sus rostros anunciaban mas bien el motin, y asegurandose de las puertas, dividieron en facciones algunos cuerpos de tropas, y el resto se puso delante del tribunal.

Druso, consiguiendo el silencio con mucho trabajo, les leyó una carta del emperador en que les preguntaba el motivo de sus quejas, añadiendo, que en sabiendole se le comunicaria al senado, y se les haria justicia. “¿Pues qué, exclamaron todos, para azotarnos con varas, desgarrarnos á golpes, y llevarnos al enemigo no se consulta, y cuando se nos han de distribuir premios siempre hay que tomar consejo?” Se apoderó el furor de aquella soldadesca, daban ahullidos, corrian como insensatos por el campo, y herian indistintamente á los oficiales, aun á los que mas habian respetado hasta entonces. Se pasó el dia en este tumulto, temiendo que de noche serian mas funestos los sucesos; pero estando el cielo claro y sereno se obscureció la luna, les negó su luz; y este eclipse, cuya causa ignoraban los soldados, los llenó de terror, teniendole por un castigo de los dioses. Druso y su consejo, aprovechandose del primer momento de consternacion, hicieron prender y cortar la cabeza á los dos gefes del motin, Percennio y Vibuleno. Los otros autores principales fueron muertos por los mismos soldados, y así con poco trabajo separaron una de otra á las tres legiones, y las enviaron á diferentes y distantes cuarteles, en donde fue fácil sofocar las semillas de rebelion que podian quedar en ellas. Druso fue en



Eclipse de luna.

La sublevacion de tres legiones en Panonia, movida por las instigaciones de los reveldes Percennio y Vibulno, hacia temer muy fatales consecuencias; pero Druso, enviado por Tiberio á aplacarla, supo aprovecharse, para castigar á los revoltosos y á sus principales xefes, del terror que un eclipse de luna infundió en los soldados; y estos necios vinieron á ser victimas de su propia supersticion.

persona á informar á Tiberio de la felicidad de su comision debida á una casualidad, de que supo aprovecharse.

A los motivos de queja, que fueron causa ó pretexto de la rebelion de las legiones en Panonia, que eran la dureza del servicio y la dilacion de las recompensas, se añadió en los egércitos de Germania un espíritu de ambicion, y la pretension ya suficientemente esplicada de disponer del imperio. Conocian su fuerza, y divididos en dos cuerpos numerosos en el alto y bajo Rin, pero ambos subordinados á Germánico, sobrino de Augusto, y adoptado por Tiberio, se esparció entre ellos la opinion de que este jóven príncipe gustaria de verse llevar al trono: por lo cual no tuvieron temor alguno los dos egércitos cuando supieron que de las Galias, en donde recogia los tributos, venia á reprimir la rebelion, que, como todas las demas, empezó por la relajacion de la disciplina, la ociosidad de los campamentos, y los discursos de los charlatanes.

Llegando al egército del bajo Rin, mandado por Cecina, halló Germánico las legiones en plena rebelion: y sobre todo los veteranos, antes modelos de obediencia, parecian los mas agriados. Estos hablaban de sus treinta años de servicio, y suplicaban al príncipe que aliviase sus fatigas concediendoles el retiro que los pusiese á cubierto de la mendicidad; y para que no pudiese alegar la falta de poder para satisfacerlos, le instaron á que aceptase el imperio, declarandole que estaban prontos á sostenerle. A esta proposicion se arrojó el príncipe de su tribunal, como si le hicieran cómplice en la rebelion, y queriendo salir del campo, los soldados se le opusieron con las armas en la mano, amenazandole con

la muerte sino volvia á subir. Sacó él la espada, y exclamó: "Antes morir que hacer traicion á mi deber." Y ya volvia la punta contra su pecho, cuando los unos le detuvieron, y otros gritaron *que se hiera*. En este tumulto le sacaron sus amigos, y le llevaron á su tienda.

Por medio de cartas supuestas de Tiberio, que suavizaban la vergüenza de una condescendencia sin honor, concedió Germánico á las legiones una parte de lo que pedian, y para satisfacerlas le fue preciso vaciar su propio bolsillo y tomar del de sus amigos: y despues se dejaron dócilmente llevar por Cecina á sus cuarteles de invierno.

Se iba esparciendo la epidemia de rebelion, y poco faltó para que las legiones, que estando de guarnicion hácia la Frigia se sublevaron, quitasen la vida á Mennio, su comandante, que las quiso contener. El se salvó; pero descubrieron en donde estaba retirado: sacaronle violentamente de su asilo aquellos furiosos; pero él les arrancó el estandarte, y volviendole hácia el campo, gritó: "No es á mí á quien haceis la traicion, sino á Germánico vuestro general, y á Tiberio vuestro emperador." Añadió con un tono de voz firme: "El que se apartare de la marcha será tratado como desertor." Ellos con la rabia en el corazon se dejaron todos llevar al cuartel, queriendo desobedecer, pero sin atreverse.

Despues de haber pacificado Germánico con sus liberalidades el egército del bajo Rin, dirigió sus pasos hácia el del alto Rin, mandado por Cayo Silio. Tenia consigo á Agripa su muger, que estaba en cinta, un hijo pequeño, y varias señoras de la primera distincion, casadas con los principales ofi-

ciales del ejército. Después de las primeras expresiones, se vió llegar la rebelion á tal punto de furor, que no permitia esponer unas personas tan queridas. Todas se negaban á abandonar á sus esposos, y á Agripina que abrazaba á Germánico, entre sus sollozos se la oyó decir estas palabras: "Yo desciendo del divino Augusto: yo he heredado su constancia y estaré intrépida en el peligro." No obstante, fue preciso separarse, y las penetrantes despedidas de tantas personas arrancadas de los brazos unas de otras, atrajeron grande número de soldados. El espectáculo de la muger de su general que iba huyendo del ejército de su esposo, llevando en sus brazos un niño de corta edad, y acompañada de las mugeres de sus amigos, tan consternadas como ella, conmovió á las legiones.

Germánico se aprovecha de este momento de sensibilidad, las habla, las ruega, las reprende. Ellas se conmueven, reconocen lo mal que han hecho, piden perdon, dicen que vuelva Agripina, que les traigan su niño, y que no les quiten unos hijos concebidos y nacidos en su campo, y sobre todo que no se las haga la afrenta de darlas en prenda á los gaulas, con quienes iban á retirarse. Germánico les hizo entender, que el perdon le tenian en sus manos; y al punto ellos corren á prender á los mas alborotadores, y los traen cargados de cadenas á la presencia de Cetronio, teniente general de la primera legion. Se habian juntado los legionarios con espada en mano, y un tribuno les mostraba el acusado puesto sobre lo alto del tribunal, y si le proclamaban reo, le precipitaban de alli, y al punto le mataban, pareciendole al soldado que haciendo correr la sangre de es-

tos infelices, borraba su propio crimen. Como las quejas contra los centuriones habian sido fuertes, y parecian fundadas, hizo Germánico la revista de estos. Citado cada uno de ellos, uno despues de otro, declaraba su nombre, su pais, sus años de servicio, sus acciones memorables, y las distinciones que habia conseguido. Aquellos, cuyos talentos é integridad conseguian la aprobacion pública, fueron mantenidos en sus empleos, ó promovidos á mayores grados, y se borraron los nombres de los que quedaron convencidos de avaricia, crueldad ó de otros vicios diferentes.

Algunas de las legiones del bajo Rin, sosegadas con el dinero de Germánico, conservaron algunos principios de rebelion, que al fin rompió. Cecina dió aviso á Germánico: este respondió, que él partia con las legiones purificadas con el castigo de sus traidores, y que iba á esterminar aquella canalla rebelde. Cecina manifestó esta terrible carta á los oficiales encargados de las águilas y las banderas, y á los soldados mas zelosos en su obligacion, y les dijo: "En esto os va la vida." En tiempo de paz se examinan los asuntos, y se decide segun el mérito; pero la guerra sacrifica al inocente con el culpado. Aquellos oficiales sondearon á los que tenian por mas propios para entrar en sus miras, y con el permiso de Cecina convinieron en caer con espada en mano sobre los mas perversos y faccionarios, sin perdonar á ninguno. Habian comido el dia antes á las mismas mesas, habian pasado juntos la noche, y en la misma tienda; pero al amanecer se oyeron clamores, se arrojaron dardos, cargaron unos á otros á cuchilladas, corrió la sangre, no pareció un oficial que pusiese freno al furor del soldado: así de-



Derrota de los facciosos.

Noticioso Germánico de la rebelion de algunas legiones en el baxo Rhin, escribió á Cecina que iba á partir con ánimo de exterminarlas. Manifestó aquel Xefe esta carta á los oficiales, y soldados mas zelosos, y produjo en ellos tal efecto, que acometiendo llenos de furor á los descuidados facciosos, hicieron una matanza horrible. ¡Quantas veces son peores los remedios que los males mismos!

gollaron á todos los proscriptos. Llegó Germánico, y se halló testigo de aquel espectáculo horrible. "¡Ay de mí! dijo, que este no es remedio, sino carnicería." A vista de estos egemplos, bien imprudente es el que cuenta con la proteccion de una multitud que él haya sublevado.

Se reprendió en Tiberio que no fuese en persona á sosegar las legiones, como lo habian hecho César y Augusto en semejantes circunstancias. Fingió que tenia intencion de ir, hizo trabajar en su equipage, preparó las naves, y escogió los que le habian de acompañar; pero ya con el pretesto del rigor de la estacion, ya con el de los negocios, engañó primero á los políticos, despues á la ciudad, y por largo tiempo á las provincias: teniendo por mas prudencia fiar esta comision á sus dos hijos, que esponer desde luego la magestad imperial. Si los amotinados resistian á Germánico ó á Druso, todavía estaba Tiberio en tiempo de suavizarlos ó sujetarlos; pero si llegaban á despreciar al emperador en su persona, ¿qué recurso se podria substituir?

Apenas habia calmado la sedicion cuando el soldado, agitado todavía con el susto, se vió sobreco-gido del deseo de acometer al enemigo, que era el único medio de espíar tantas muertes. Consideraba que manchadas sus manos sacrílegas con la sangre de sus hermanos no aplacaria sus manes siuo recibiendo honrosas heridas. Germánico animó aquel ardor, echó un puente sobre el Rin, atacó á los germanos, que con la noticia de la rebellion se contaban por seguros, é hizo en ellos grande carnicería. En vano se unieron muchos pueblos para correrle la retirada; porque se libró de todos sus esfuerzos y sus lazos: gobernandose esta expedicion

con tal valor y prudencia, que voló hasta Roma la gloria del general, y dió muchos zelos á Tiberio.

Tenia muy poca razon para consumirse por entonces con la pasion de la envidia, pues gozaba de una reputacion personal bien merecida. Manifestaba grande aversion á los honores extraordinarios señalados con las estatuas que pretendian levantarle; y si las sufría en los templos era como adornos, pero no á par de los dioses. No admitia los títulos demasiado pomposos, ni las lisonjas; por el contrario, toleraba las burlas y escritos picantes, diciendo que en una ciudad libre tambien deben ser libres los pensamientos y las lenguas de los habitantes. Pidiendole permiso el senado para buscar los autores de algunas sátiras contra él, y hacerles causa, respondió: "No estamos tan despacio para divertirnos en semejantes bagatelas: si una vez abris la puerta á esa especie de informaciones, no tendreis que hacer otra cosa, porque con este pretesto se vengará cada uno de sus enemigos, denunciándolos como autores de libelos."

En el senado sufría que le contradijesen, hablaba con respeto de todos los senadores, se levantaba en el teatro delante del cónsul, y le cedia el lugar en las calles. Se mostraba con frecuencia en los tribunales para acordar á los jueces la santidad de sus funciones: el lujo en los muebles y comidas halló en él un severo censor, dando en su persona el egemplo de la frugalidad. Echó de la ciudad á los patricios jóvenes, y á las mugeres de distincion, cuyas costumbres no correspondian á su nacimiento. La policia doméstica le pareció merecer su atencion, como un medio de cortar los desórdenes en su principio. Sobre este punto renovó una ley que au-

torizaba á los padres para castigar á sus hijas, aun casadas, cuando por su mala conducta deshonoraban la familia; y fue sobre esto tan severo, que prohibió hasta el beso que segun costumbre se daban para saludarse. Manifestaba una repugnancia laudable en cuanto á cargar al pueblo de nuevos impuestos, y decia: "Un buen pastor ha de trasquilar las ovejas, y no desollarlas." Así se portó Tiberio hasta que vió bien asegurado su poder.

ROMA (IMPERIO).

Germánico hacia siempre la guerra en Germania, y tenia á la frente un contrario digno de él en Arminio, que habia causado la derrota de Varo encerrandole en los bosques pantanosos en donde pereció. Se propuso el general romano, como una accion que le podia hacer ilustre, la venganza de su antecesor. Penetró por los mismos bosques, destruyó los trofeos que deshonoraban á los romanos, juntó los esparcidos huesos, tristes reliquias de las legiones, y los sepultó con todas las ceremonias consagradas por la religion. En uno de los combates que dió para llegar á aquel campo fúnebre hizo prisionera á la muger de Arminio, que era hija de un rey muy afecto á los romanos. Esta, contra la voluntad de su padre, se habia casado con él, y bebido sus sentimientos contra los desoladores de su pais; y su desgracia no la arrancó una lágrima cuando la presentaron al vencedor; antes bien sin humillarse á pedir gracia, cruzaba los brazos sobre el pecho, mirando hácia su vientre, como quien parecia menos ocupada en su desgracia, que en la del niño que llevaba en él, porque iba á nacer en la es-

clavitud. Germánico debió compadecerse si entonces tuvo presente á la tierna Agripina, á quien habia visto huir en el mismo estado.

Vivia esta princesa en los campos, y cuidaba principalmente con él de los soldados: visitaba á los enfermos ó heridos, conversaba familiarmente con ellos, les distribuía vestidos, dinero y toda suerte de socorros. "Tantos cuidados no carecen de secretas miras," decia Seyano, íntimo favorito de Tiberio, al príncipe asustadizo. "No se pretende ganar contra el estrangero al soldado con liberalidades; y ya ha dado Agripina mas de una prueba de sus fines ambiciosos, llevando de tienda en tienda al hijo del general vestido como soldado raso, y queriendo que le llamasen César Calígula:" palabra que significaba un calzado militar de los gaulas que llevaba el jóven príncipe, quedandose por él con este nombre.

Se nota que Tiberio se mostró mas malo á proporcion del mayor imperio que ganó sobre él su ministro Seyano. Por entre la ligera gasa de algunas acciones estimables, como la beneficencia para el pueblo, las gratificaciones á las tropas, y las generosidades con los senadores pobres, se percibia un fondo de carácter malévolo y triste, que ocasionó algunas burlas, que empezó á no tomar ya sin cuidado como otras veces. Hizo el emperador recibir la ley de lesa magestad, que en el tiempo de la república solo tenia lugar cuando alguno tiraba contra la magestad del pueblo romano, entregando un ejército, sublevando al pueblo, ó administrando mal la república: pues se castigaban las acciones, y nunca las palabras. Augusto fue el primero que estendió esta ley hasta la pena de muerte por libelos infamatorios, y se habia publicado para reprimir la des-

vergüenza de Casio Severo, que se habia atrevido á manchar con sus sátiras á hombres y mugeres de la primera clase. Tiberio, picado de ciertos versos y otros escritos anónimos, esparcidos en el público contra su orgullo, su crueldad y la desavenencia con su madre, juzgó que convenia renovar esta ley terrible; y empezando desde entonces las delaciones se vieron puestos en justicia caballeros y senadores por haber hablado mal del emperador. Un senador fue acusado al tribunal por haber profanado una estatua de Augusto poniendola en venta con sus bienes; pero los jueces se veian dudosos, y preguntando á Tiberio si se habia de hacer la justicia en virtud de aquella ley, respondió él secamente: *Todas las leyes deben observarse.*

Con este príncipe no podia usarse de chistes. No habia pagado todavía los legados de Augusto al pueblo romano; y un hombre chistoso, viendo pasar un entierro, se acercó al ataud, hizo que hablaba al oido al difunto, y despues dijo al cadáver en alta voz: "Acuerdate tambien de decir á Augusto que todavía no se han pagado sus mandas al pueblo romano." Supo el emperador esta burla: hizo venir al bufon: le pagó su parte de los legados, y mandó al punto quitarle vida, diciendo: "Que vaya á verse con Augusto, y le dará por sí mismo noticias mas frescas que las que le envió por el muerto." Pocos dias despues pagó todos los legados al pueblo.

El gusto desenfrenado de los espectáculos, causa y consecuencia de la corrupcion de las costumbres, se manifestó entre los romanos con una especie de furor. Estaba la ciudad dividida en partidos, que protegian á tal ó á tal actor, y tal vez llegaban á las manos haciendo del teatro campo de batalla. En

semejantes ocasiones habian quedado heridos ó muertos algunos oficiales y soldados encargados de la policía : la rivalidad de los mismos actores daba lugar á estas querellas sangrientas ; y para contenerlas se trató en el senado sobre si convendria abrogar la ley de Augusto , que exentaba á los cómicos de la pena de ser azotados con varas. Por atencion á Tiberio, que hacia escrúpulo de quebrantar las disposiciones de su antecesor , no se resolvió la revocacion de este privilegio ; pero se hicieron reglamentos que parecerán severos á las personas cuyas costumbres se apartan poco de las que en ellos se proscribieron. Se prohibió que los senadores romanos entrasen en las casas de los pantomimos, y que los caballeros romanos les hiciesen obsequios en las calles ; y no se permitió representar en otra parte que en el teatro público , para reprimir de este modo el empeño de los romanos mas distinguidos en hacer la corte á los comediantes para tener en sus casas espectáculos particulares : pues habian llegado las cosas á tal punto, que los nobles los visitaban con frecuencia, los acompañaban en todas partes , y vivian con ellos , por lo que los llamaban los esclavos pantomimos. Por último , les disminuyeron el salario, y dicen , que con este decreto se pretendió humillar su orgullo, y reprimir la insolencia que los honores y riquezas no dejan de producir en semejantes gentes. Tambien se prescribieron á los espectadores reglas de buena crianza con severas penas.

Tiberio , aunque en el fondo de su corazon fomentaba el odio contra Germánico , hizo que el senado le nombrase emperador , y confirmó las gracias que habia hecho á los soldados. Estas señales de aprobacion alentaron al general para nuevas empresas en

Germania, y tomó parte de esta provincia por las costas marítimas. Todavía se presentó Arminio para defenderla: peleó como desesperado; pero tuvo de nuevo el sentimiento de ver que el gran número cedió á la disciplina. También Germánico se vió en grandes peligros; y lo que le sorprendió fue el flujo y reflujo del Océano, fenómeno del cual le habia dado el Mediterráneo una idea muy débil. El mar tempestuoso en aquellas costas se sublevó como para defender el pais que rodeaba: asaltó una tempestad á la armada fuerte de mil naves, y fue preciso arrojar al mar caballos, bestias de carga, bagages y aun armas para aliviar las embarcaciones. A unos se los tragaron las olas, á otros los arrojaron á islas desiertas, en donde no tuvieron los soldados por muchos dias mas alimento que los caballos muertos que hallaron en la ribera. Con muchos cuidados y trabajos juntó Germánico sus torpas, y las llevó victoriosas; pero disminuidas, consumidas, y despojadas de armas y vestidos. Sin embargo las victorias tan costosamente compradas, escitaron la envidia de Tiberio, temeroso de la reputacion que daban á este príncipe, y así decidió llamarle á Roma; y á la representacion que le hizo Germánico de que no estaban concluidas las cosas de Germania, respondió: "Si se ha de continuar la guerra, deja esa gloria á tu hermano Druso, que no puede merecer el título de emperador ni recoger algunos laureles sino en Germania, pues el imperio no tiene en otra parte enemigos." Fue preciso obedecer á un soberano cuyas insinuaciones eran órdenes, así como la desgracia con que castigaba á alguno era una sentencia de muerte.

Bien triste esperiència fue la de Libon, parien-

te cercano suyo. Era este un hombre muy rico, mas aturrido que perverso, que dió en los sueños de los adivinos y astrólogos; y habiendo lisonjeado estos su vanidad persuadiendole á que siendo biznieto del gran Pompeyo, y de una familia tan ilustre, pudiera ocupar tambien el trono imperial como el hijo de Tiberio Neron: le hicieron ver su futura grandeza en profecías que ellos forjaron, en los oráculos de sus antepasados, haciendo aparecer sus almas por evocacion. Al mismo tiempo que le engañaban eran sus delatores, y daban cuenta á Tiberio de toda su conducta; y aunque él pudo muy bien haber salvado á Libon deteniendo el curso de sus extravíos, quiso mas saberlos y perderle. Hubo senadores que se encargaron de hacer el odioso personage de acusadores, y fueron muy poco delicados en entrar á la parte de sus bienes cuando le condenaron. Tiberio les confirió sin formalidad las magistraturas que deseaban en premio de haberle complacido. El dinero y las honras son medios infalibles de multiplicar semejantes monstruos. Con esta ocasion echaron de Italia á los astrólogos, matemáticos y mágicos.

Un simple esclavo, llamado Clemente, que habia sido de Postumo Agripa, dió por este tiempo inquietudes al emperador. Con la noticia de la muerte de Augusto se embarcó para la isla de Planesia, con intencion de salvar á su amo, y colocarle en el trono; mas por la lentitud del barco que tuvo que tomar, llegó demasiado tarde. Se parecia mucho á Agripa, y tomó para sí mismo la resolucion que habia concebido á favor del príncipe, inventando la fábula verisímil, de que este príncipe, perseguido de los asesinos, se habia huido; y diciendo que él era Agripa, lo hizo creer, ó á lo menos pareció que

lo creían muchas personas de la primera distinción, que no hubieran querido mas que verse desembarazadas de Tiberio de cualquier modo que fuese ; y estas ayudaron al aventurero con su dinero y sus consejos ; pero como fuese creciendo el partido, Tiberio, temeroso del rompimiento, encargó á los mismos asesinos del verdadero Agripa que le deshiciesen del falso. Mas hicieron los satélites de lo que él podia esperar, porque le sorprendieron, y le llevaron vivo al emperador, el cual le preguntó: “¿Cómo has llegado tú á ser Agripa?” y el audaz Clemente respondió: “Como tú has llegado á ser emperador.” Le hizo Tiberio matar secretamente, y no se habló mas de él.

Todo el pueblo se ocupaba por entonces en el triunfo de Germánico, que fue de la mayor magnificencia, porque ademas de los cautivos, los despojos, y la muger de Arminio, que llevaba su hijo en brazos, se veian las representaciones de los montes, rios y batallas. La hermosura particular del vencedor, sus tres hijos, Neron, Druso y Cayo, y sus dos hijas, Agripina y Drusila, que ocupaban el carro triunfal, hacian aun mas interesante el espectáculo ; y para que nada faltase á la solemnidad hizo Tiberio distribuir dinero en nombre de Germánico al pueblo y á los soldados. Tantas demostraciones de amistad inspiraban á muchos un susto secreto, porque se acordaban con inquietud de que el favor del pueblo para con Druso su padre no habia tenido felices consecuencias : de que á Marcelo su tio, las delicias de Roma, se le habian quitado en la flor de su edad ; y de que todos los que los romanos querian, parecia estar destinados á una infeliz y corta duracion.

Demasiado se realizó esta triste fatalidad, porque despues de su triunfo envió á Germánico al Asia, cuyo mando prometia mas honores que los trabajos que ofrecia. Solo se trataba de recorrer aquellos ricos y bellos países como distribuyendo gracias, dar á un príncipe provincias, ceñir á otro la frente con la diadema real, crear privilegios, restablecer los antiguos, proclamar la paz, y sembrar la abundancia; y Germánico derramó estos beneficios con tal gracia, que les daba nuevo precio. Tiberio habia separado de este gobierno la Siria, dandola á Calpurnio Pison, de una familia de las mas ilustres de Roma, esposo de Plancina, la que no cedia á su marido en nobleza, como ni en soberbia: circunstancias propias para que los dos se opusiesen á Germánico y Agripina, conteniendo la autoridad que estos quisiesen tomar, y balanceando las prerrogativas de la clase. Se cree que este fue el objeto de Tiberio en la eleccion del gobernador de Siria; y si tal fue su intencion, correspondieron perfectamente Pison y su muger, porque el uno ganaba las tropas con el dinero y los alhagos: todo se le sufría al soldado, la ociosidad en los campos, la licencia en las ciudades, las correrías y el libertinage en las campañas; y Pison desacreditaba abiertamente al general hablando siempre de él con desden y con desprecio. Su muger en todas las ocasiones afectaba por lo menos la igualdad con Agripina; y estos procedimientos llegaron á tal exceso, que generalmente se creyó que Pison y Plancina tenian órdenes secretas de Tiberio.

La paciencia de Germánico dió cierto aire de probabilidad á las sospechas, y mas no pudiendo dudarse quanto debia sentir este príncipe los ataques

de los dos esposos. Cayó enfermo, y al punto se contó por envenenado: curó no obstante; pero una nueva recaída le puso en mayor peligro, y aun él lo aumentó con la firme persuasión de que era veneno, y lejos de ocultarla se lo aseguró á sus amigos, suplicandoles que le vengasen. "Llevad, dijo, mis quejas al senado: reclamad la justicia de las leyes: mostrad al pueblo romano la nieta de Augusto, la viuda de Germánico: presentadle nuestros seis hijos, que si se fingen órdenes criminales, el público no las creerá." Estas últimas palabras prueban que el moribundo no estaba sin sospechas de que sus enemigos podrian escusarse con órdenes, y ser protegidos.

Sucedió la mitad de lo que él habia previsto; pero antes debe decirse que jamas hubo luto mas sincero, mas bien espresado ni mas universal que el que escitó la muerte de este príncipe. Habia predicho, y se habia explicado en términos, que siempre notan de algun modo á Tiberio, é indican los culpados: dijo pues: "Aquellos á quienes mis esperanzas, los lazos de la sangre, ó tal vez la misma envidia, hayan hecho atentos á mi suerte, verterán lágrimas por un príncipe, en otro tiempo tan colmado de gloria, y que se salvó de tantos combates, para que le postrasen los enredos de una muger; y los mismos desconocidos llorarán á Germánico." A la verdad, los enemigos á quienes habia vencido, dieron á su memoria testimonios de dolor y de estimacion. Por todas partes levantaron á su gloria monumentos regados con las lágrimas de los que los erigian. Agripina, llevandó las cenizas de su esposo en una urna funeraria, halló los caminos cubiertos del pueblo enternecido. Los lúgubres cantos de

los funerales fueron interrumpidos muchas veces por un silencio y unos sollozos mas espresivos que los mas pomposos elogios. Esta viuda desolada, entregada en el retiro á la educacion de sus hijos, se ocultó para que no la viese el público, siguiendo sin duda las prevenciones de su marido, de quien se cree haberla dado por último consejo el de desconfiar de Tiberio.

No se dejó ver en persona, ni su nombre se escribió en el proceso que se hizo á Pison y á su muger Plancina. Además de la insolente alegría que habian mostrado durante la enfermedad de Germánico y en su muerte, el mismo Germánico los acusaba por sus últimas palabras dirigidas á sus amigos, las que habian sido públicas. "Cuando mi muerte fuera natural, decia, parece que tendria motivo para quejarme de los mismos dioses, cuya prematura sentencia me arrebataria en la fuerza de la edad á mis parientes, á mis hijos y á mi patria; mas pues muero por la perfidia de Pison y Plancina, á vuestros corazones confio mis últimas súplicas. Decid á mi padre y á mi hermano los pesares devoradores y los negros artificios que han acabado mis tristes dias con una muerte aun mas deplorable." Con estas noticias no le fue posible á un padre, aunque adoptivo, el no permitir que fuesen puestas en justicia las personas notadas. Pero la acusacion de veneno faltó de repente; porque una confidenta de Plancina, famosa envenenadora, que podia dar las luces que se necesitaban, se halló muerta en su cama cuando la llevaban á Roma.

Fue preciso pues limitar la acusacion contra Pison á la seduccion de los soldados, á la afectacion de desacreditar á Germánico, de levantarse contra



Muerte de Germánico.

Colmado de gloria, entre las lágrimas de los pueblos y en los brazos de sus amigos, murió este amable Príncipe, víctima al parecer de la rivalidad de un padre sanguinario y de la baxeza de un vil competidor. El tósigo que introduxo en sus venas una mano oculta pudo, si, cortar el hilo de su frágil existencia; pero en el silencio de su sepulcro, la memoria de sus virtudes sternizará el nombre de Germánico.

sus órdenes , y de suscitar ocasiones de darle pesadumbre. Este último daño se atribuía en comun á Pison y á su muger ; pero Livia , que era íntima amiga de Plancina , halló medio para descargarla. Cuando vió Pison que tenía que sufrir solo todo el peso del proceso , desesperó de su pleito. No obstante , se sospecha que tuvo intencion de presentar para su justificacion órdenes secretas , que le habian servido de regla en su conducta ; pero bien sea que le temiesen , ó que él mismo quiso mas librarse de la infamia del proceso y la sentencia , la víspera del juicio se le halló atravesado con una espada que estaba en el suelo á su lado : con lo que se ha quedado en duda si se mató á sí mismo , ó le mataron temiendo que hablase. Lo que hay que notar es que despues se declaró Tiberio protector de su familia , sin querer que se deshonrase su memoria ; y que al mismo tiempo mandó con un edicto que cesase el duelo importuno por Germánico , y fuese reemplazado por las fiestas ; bien que en Roma con tantas divinidades no faltaba motivo para solemnizar muchos dias. A proposito ocurrió la solemnidad de la madre de los dioses para hacer diversion en los sentimientos.

En este mismo tiempo se prohibieron los ritos egipcios , y fueron desterrados sus sacerdotes por un delito de uno de ellos. Una señora de distincion , llamada Paulina , muy devota del dios Anubis , se dejó persuadir á que pasase una noche en su templo , porque el dios la deseaba. Fue allá con el consentimiento de su esposo , que era tan crédulo como ella ; pero en lugar del dios se halló sin saberlo con *Mundo* , caballero romano y jóven , que antes , aunque inútilmente , la habia ofrecido una cantidad de

dinero porque correspondiese á su pasión. Este, con la misma cantidad, ganó al ministro del templo, y le proporcionó la satisfacción que deseaba. Tuvo la imprudencia de alabarse del caso con la misma Paulina; y ella desesperada con el engaño dió parte á su marido, y este se quejó al emperador, el cual hizo crucificar al infame ministro, y echó de Roma á todos los otros. También desterró á los judíos por los fraudes de algunos que hicieron prosélita ó convirtieron á su culto una muger rica, y se quedaron con el rico presente que por mano de ellos enviaba al templo de Jerusalem.

Semejante á las madres que saben mucho del mundo, y por esto velan mas de cerca que las otras sobre la conducta de sus hijas, era Tiberio rígido censor de las costumbres. Desterró á una muger, que siendo de linage patricio, se habia hecho escribir en la lista de las prostitutas, con el fin de abandonarse con mas libertad bajo la protección de la policía. A otra muger adúltera la castigó con el destierro, juntamente con su marido condescendiente. La ley Popea contra los celibatarios era un pretexto de vejaciones, porque sentenciaba á multas, y se aprovechaban de ellas los receptores del fisco: la moderó pues el emperador, y reprimió los abusos de las concusiones. No se le puede tachar de haber hollado á los particulares, ni á los pueblos en general; antes bien se mostraba generoso, principalmente en las ocasiones de importancia. Habiendo sobrevenido en Asia un terrible terremoto, envió grandes cantidades á las ciudades arruinadas, y en cuanto pudo consoló aquellas infelices provincias.

Con el pretexto de su salud, y de que necesitaba respirar los aires del campo, empezó el em-

perador á hacer frecuentes viages; y su vuelta á Roma casi siempre era señalada con varias especies de asesinatos jurídicos: quiero decir, que sacrificaba las víctimas de su odio ó de su envidia con la espada de la ley, presentada y afilada por los denunciadores, á quienes él animaba en secreto. Se puede juzgar en cuan poco estaba la vida de un hombre por el suplicio de Calpurnio, acusado de llevar un puñal cuando iba al senado, y de tener veneno en su casa: por la muerte de Cremucio Cordo, condenado por haber hecho unos anales, en los que Bruto y Casio eran nombrados los últimos de los romanos: por la de Latayo, por haber hecho de antemano un elogio fúnebre de Druso, que solamente estaba enfermo; pero su verdadero delito era un poema que causaba compasion, y le hizo sobre la muerte de Germánico. Decia el misericordioso Tiberio que le queria perdonar, y se quejó al senado de su egecucion precipitada; pero bien diligente fue para salvar á Cato, reo de insignes calumnias, al mismo tiempo que dejaba salir al destierro ó subir al cadalso los acusados que tenian connexion con las mas illustres familias, por poca amistad que profesasen á Agripina. Dos proscriptos, desterrados á islas desiertas y sin agua, vieron no obstante fijarles él mismo su destierro en otras islas no habitadas, pero que tenian manantiales, diciendo: "Pues el senado les deja la vida, no se les debe quitar el medio de conservarla." De este modo, con una fingida piedad se burlaba de los senadores, aunque sabia que solo eran crueles por complacerle. Cuando se hallaba entre sus familiares, decia: "¡Ah cobardes, y como vais corriendo á la servidumbre!" Bien sabia el tirano como se abaten los brios y se

propaga el terror, y que tal vez el que haria cara á los batallones, tiembla al ver los malvados fomentadores de calumnias, y exploradores de los pensamientos mas secretos.

Vió el senado en su presencia á un hijo acusar á Bibio Severo su padre, antiguo procónsul de España, condenado, á la verdad por mala versacion, á destierro en la isla de Amorga; pero no podia esperar ver por cúmulo de sus desgracias que le imputasen el delito de lesa magestad. El viejo, arrancado de su destierro, desfigurado y casi desnudo, estaba cargado de hierro: el jóven ricamente adornado, siendo juntamente denunciador y testigo, sostenia que su padre habia conspirado contra el príncipe, é intentado sublevar con sus emisarios las Galias. “¿En dónde están los cómplices?” decia el infeliz, á quien solo uno presentaban. “¿Sin duda no habré yo emprendido, yo que soy el segundo, matar al príncipe, y trastornar el imperio?” El acusador, aturdido, nombró algunos senadores, y entre otros á Léntulo, cuya probidad era tan conocida, que el mismo Tiberio se avergonzó de la acusacion, y dijo: “Yo no mereceria vivir, si fuera aborrecido de Léntulo.” Enviaron al padre al destierro, pero no castigaron al hijo desnaturalizado. Saliese la acusacion bien ó mal, nunca castigaron á los delatores, y aun estaban seguros de recibir premio. “Mas vale, decia el emperador, suprimir la justicia, que privarla de su apoyo quitando el salario á los que son guarda de las leyes.” ¡Véase qué leyes y qué guardas!

Si no hubieran tenido tan conocida la predileccion de Tiberio para con estos malvados, ni hubieran temido verse abandonados á su furor, es



Bibio Severo acusado por su hijo.

Aherrojado, y lleno de miseria desnudez, y amargura fue arrancado este venerable anciano de su destierro, para satisfacer en el Senado á los cargos que le hacia su mismo hijo sobre un delito de lesa magestad. Destituída la acusacion de pruebas, fué vuelto á su destino el inocente padre: pero la justicia llora desde entonces el horror de q.^e hijo tan denaturalizado queda se impune.

muy verisímil que se habrian hallado sugetos que le inspirasen rezelos de las empresas que se meditaban contra su familia; y en estos puntos no está la sospecha distante del descubrimiento; pero Seyano, su favorito y ministro, le merecia demasiada confianza para que ninguno se atreviese á darle el menor susto por su cuenta, por lo que dispuso con la mayor seguridad sus negras maquinaciones. No se puede dudar que tuvo intencion de sentarse sobre el trono, á pesar de tantos herederos que le cercaban y le aseguraban. No le parecieron obstáculos invencibles los hijos de Germánico, ni Druso, que tenia otros dos. Tiberio, dejando toda desconfianza respecto del que mas la merecia, habia dado á Seyano un poder sin limites sobre las guardias pretorianas, y con las liberalidades, las condescendencias y los oficiales, que eran hechuras suyas, formó un cuerpo absolutamente entregado á su voluntad.

Para desembarazarse de Druso, que tenia un poder superior al suyo, mas se necesitaba la astucia que la fuerza; pero los perversos se adivinan. Halló Seyano una cómplice zelosa en la impúdica Livila, muger del príncipe, é hija de la impúdica Livia; y el adúltero las fue conduciendo y gobernando para que le diesen veneno. La muger dió á su marido una bebida, cuyo efecto se diferenciaba poco de una enfermedad ordinaria, y murió llorado de los romanos, aunque tenia muchos defectos, y principalmente el ser de un carácter feroz; pero sus vicios eran menos terribles que el profundo disimulo de su padre. Fue Tiberio al senado, y en medio de los sollozos que las circunstancias arrancaban á los senadores, pronunció en tono firme y sostenido una

arenga á que dió principio con estas palabras : "No ignoro que se me puede notar que me presente en el senado , siendo mi dolor tan reciente. Casi todos los hombres huyen en estos instantes de que los consuelen sus parientes y amigos , y apenas pueden sufrir la luz ; pero yo , sin culpar su flaqueza , vengo á buscar un alivio mas eficaz en los brazos de la república." Representó despues de un modo que enternecia , que la emperatriz su madre tocaba ya en el extremo de su carrera ; que empezaban en la suya sus nietos sin esperiencia todavía , y que él mismo se hallaba en la declinacion de la edad. "No vea otros recursos para el estado en su desgracia sino los hijos de Germánico."

Mandó que entrasen ; y tomándolos de la mano , dirigió á los asistentes estas palabras : "Yo habia remitido estos dos huerfanitos á su tio : le supliqué que los acariciase como á suyos : que los criase é hiciese dignos de él y de su posteridad. Hoy que me han quitado á Druso , dirijo , padres conscriptos , á vosotros mis ruegos en presencia de los dioses de la patria. Adoptad y gobernad á los nietos del divino Augusto , descendientes de tantos héroes , y cumplid para con ellos vuestra obligacion y la mia. Neron y Druso , ved ahí al presente vuestros padres." Esta especie de adopcion estaba indicando á Seyano las víctimas que debia sacrificar ; pero las guardaba una madre vigilante ; y no esperando el pérfido sorprenderla , resolvió perderla con ellos en el espíritu del emperador , y esterminarlos por este medio á todos juntos.

Antes intentó adquirir derecho al soberano poder casandose con Livila , y se atrevió á pedirselá á Tiberio. Era su nacimiento muy desproporcionado

para esperar tan grande honor: pues no era mas que hijo de caballero, de familia senatoria por su madre, y poco ilustrada en sus alianzas; pero creyó que todo lo supliria el favor del príncipe. No obstante, Tiberio no le concedió lo que pedia, y se tomó el trabajo de motivar su negativa en una larga carta que concluia dandole la esperanza de otras gracias. Debíó contar Seyano por fortuna que semejante peticion no diese al emperador rezelos; y aun parece que el favorito adquirió mayor imperio en su corazon, de lo cual se sirvió, de concierto con Livila, para hacer á Agripina y á sus hijos sospechosos de aspirar al poder supremo, lo cual era á los ojos de Tiberio delito imperdonable.

A fuerza de calumnias, y temores sugeridos, consiguió Seyano enemistar al tio y á la sobrina. Se quejaba esta de las vejaciones directas é indirectas que la hacian sufrir, porque bastaba que alguno se la aficionase para ser atormentado. Sus amigos, decia ella, eran arrastrados á los tribunales, y condenados sin mas delito que su afecto á ella y á sus hijos. Todo se hacia sospechoso de parte del emperador para la viuda de Germánico, y así no se atrevia á comer á su mesa, porque la advertian secretamente que temiese el veneno. Notaba Tiberio este susto, y á él tambien le prevenian, y se indignaba con semejantes sospechas. De esta violenta situacion nacia los abusos de confianzas y las explosiones de amenazas que despues se contaban con maligna exageracion.

Habiendo ya Seyano y su partido separado es- A. de J. C.
tos corazones (26) se aplicó á impedir que volviesen á unirse, como pudiera suceder viendose unos
á otros y esplicandose. Persuadió pues á Tiberio que

dejase á Roma , y no volviere : retiró al cual le inclinaban razones poderosas : las verdades desagradables que oia algunas veces en el senado : el temor de algun atentado , que es mas posible en una ciudad grande , entre un populacho inmenso , que en algun lugar reducido , y fácil de guardar ; y el deseo que se añadia á esto de no verse mortificado en sus atroces proyectos por los respetos que no podia menos de tener á Julia Augusta su madre , á quien debia el trono. Ademas estaba corrido Tiberio de ver á qué estado se habia reducido su cuerpo en la vejez : una estatura larga , seca y encorvada , una enorme calva , y un rostro cubierto de pústulas y sembrado de emplastos ; y así fue á ocultar su horrible figura en la pequeña isla de Capreas , cerca del cabo de Sorrento , en donde le asistia al rededor el cortejo de la mas abominable torpeza.

Le fue fácil á Seyano , teniendo á Tiberio en aquel retiro , consumir la perdicion de Agripina y de sus hijos , por los cuales nadie abogaba : el mismo Tiberio no tuvo vergüenza para acusarlos al senado por carta ; es decir , para entregarlos á una suerte funesta , porque bien sabia que la decision de aquel tribunal cobarde no podia ser otra que el decreto de proscripcion. Lo que sabemos de la acusacion solo consiste en palabras vagas , y conjeturas de haber tenido el designio de substraerse á la dominacion de su tio , y de invadir el imperio. Por estas imputaciones fueron los hijos separados de la madre , y esta desterrada á la pequeña isla Pandataria ; sufriendo muy mal tratamiento del centurion que la guardaba , y sobre todo tantos golpes en la cabeza , que vino á perder un ojo. Druso , su segundo hijo , fue puesto en una prision en un rincon

del palacio. Neron, que era el mayor, y jóven de grandes esperanzas, murió encerrado en la isla Poncia; unos dicen que de miseria, otros que de susto al ver entrar al verdugo en su habitacion con los instrumentos del suplicio, como si le hubieran enviado á darle tormento; bien que esto sucedió cuando ya habia muerto la emperatriz Livia. Esta pagó á la naturaleza á los ochenta y cinco años un tributo tardío, pero todavía precipitado, pues se cree que ella era la que con el ascendiente que conservó sobre su hijo ponía algun freno á su crueldad. Con efecto, muerta Livia se entregó Tiberio sin medida á cuantos excesos le sugeria su carácter sombrío y feroz. Todos se admiran de que debiendo conocer Seyano aquel carácter asustadizo, admitiese los honores extraordinarios que le decretó el senado, pues ordenó que el día de su nacimiento se celebrase anualmente, que le levantasen estatuas en todos los cuarteles de la ciudad, y se ofreciesen sacrificios por su conservacion. Su nombre en las inscripciones se añadió al de Tiberio, le prorogaron por cinco años el consulado que egercia en comun con el emperador. Tanta grandeza atraía á su palacio la concurrencia de los primeros de Roma, que iban á hacerle la corte, y en su ausencia se la hacian á sus favoritos y á sus esclavos. Se levantaba este coloso á la vista de Tiberio, y él le apoyaba con toda su autoridad, al mismo tiempo que instruido por Antonia, viuda de su hermano Druso, de todos sus artificios y pasos se disponia á derribarle. Eran tantas las precauciones de Seyano, que Antonia se vió precisada á hacer pasar su carta por sendas estraviadas, porque los que rodeaban al emperador eran otras tantas espías pagadas por el ministro: de suerte, que

se hallaba Tiberio detenido en una especie de cautiverio. Las cohortes pretorianas, en las cuales la mayor parte de los oficiales debian su puesto al valido, atendian mas á sus intereses que á los del emperador, y lo mismo podia decirse del senado. No juzgandó sino por lo que se veia, se hubiera creído que Tiberio solo era príncipe de la pequeña isla, y Seyano soberano de Roma; pero ya esta soberanía empezaba á vacilar, y se advertia que Tiberio iba retirando insensiblemente su apoyo, y casi tenia seguridad de que al dar el último golpe se desplomaria todo el edificio.

Entre tanto, así como los sacrificadores van coronando las víctimas, Tiberio iba continuando en acumular nuevas honras sobre la cabeza de aquel á quien pensaba sacrificar. Solo le faltaba la potestad tribunicia; pero el emperador le lisonjeó con la esperanza de esta dignidad; y con pretesto de realizar su promesa, mandó que saliese de Capreas Centonio Macron, quien para no ser visto no entró en Roma hasta el anochecer. Fue á apearse en casa del cónsul Régulo, que no era amigo de Seyano, y concertó con él sus medidas. Juntó el senado por la mañana, y Seyano se admiró de ver á Macron sin carta de Tiberio para él. Ya la traigo, le dijo Macron al oido, y voy á presentarla á los padres conscriptos, á quienes el emperador pide que te confieran el cargo de tribuno. El ministro lleno de alegría con esta noticia toma su lugar: presenta Macron la carta al cónsul: se retira; y mientras la leian va á hacerse reconócer comandante de la guardia pretoriana, la distribuye una gratificación, muda el destacamento que habia llevado al senado, y hace guardar la puerta por otro á las

órdenes de un oficial que sabia el secreto.

La carta era escesivamente larga, y compuesta con singular artificio. Al principio se estendia Tiberio en palabras vagas, despues decia alguna contra Seyano, trataba de otra materia, volvia á Seyano, y así iba continuando á pausas; pero cada vez iba aumentando la dureza de las espresiones precedentes. Todos estaban suspensos: Seyano asustado no hablaba, y se iba poniendo pálido. A cada frase de la carta, que se dirigia contra él, se iban apartando con un movimiento casi imperceptible los senadores que tenia cerca. Cuando llegó el artículo espantoso en que el emperador condenaba á muerte á dos senadores, íntimos amigos de Seyano, que sabian todos sus enredos, se siguió otra órden aun mas terrible de asegurarse de su persona. Al punto los tribunos y pretores dejaron sus asientos, se pusieron á sus dos lados para que no se huyese ni levantase alborotos; y en la sala de los padres conscriptos, que antes resonaba con sus alabanzas solo, no se oyeron mas que imprecaciones contra Seyano. El mismo cónsul en persona, acompañado de todos los magistrados, le llevó á la prision.

Con mucho trabajo le pudieron librar del furor del pueblo: queria confuso y humillado cubrir su rostro con una punta de la toga; pero las guardias le hicieron por fuerza dejarse ver: el pueblo derribó y despedazó sus estatuas: el senado se juntó en el mismo dia, y declaró la sentencia de muerte, que se egecutó inmediatamente. Su cadáver, abandonado al populacho, le sirvió por tres dias de juguete igualmente que los de todos sus amigos, á quienes mataron sin distincion de sexo ni edad, hasta sus hijos, que fueron jurídicamente condenados:

su hijo, que apenas habia salido de la adolescencia; y su hija, tan niña todavía, que cuando la llevaban al suplicio iba gritando y diciendo: “¿pues qué es lo que yo he hecho?” y que ya no lo haria mas: que la castigasen como á los muchachos de su edad; pero despues de hacerla pasar por los mayores ultrajes, para que no muriese vírgen, la cortó el verdugo la cabeza. Los triunviros tambien, por ser muchacho el que habian condenado á muerte, le mandaron vestir con la toga viril antes de la egecucion, para que pareciese que no quebrantaban la ley que prohibia quitar la vida al que no habia salido de la adolescencia.

Mientras Tiberio llenaba la ciudad de terror y espanto con sus órdenes, no estaba él sin susto en su isla. La mayor parte del tiempo la pasaba en lo mas alto de una roca escarpada, para que con las señales en que estaban convenidos le avisasen de lo que sucedia; y por si acaso no le era favorable, ya tenia naves listas para que le llevasen á buscar otro asilo; mas no disfrutó el gozo de su fortuna sin mezcla de pesares. Apicata, muger de Seyano, á quien este habia repudiado cuando se quiso casar con Livila, viendo entre los cadáveres espuestos á la vista del público los de sus hijos, no pudo sobrevivir á este dolor; pero antes de matarse hizo saber á Tiberio que queria atormentarle la memoria revelándole el horrible secreto de la prision de Druso, los medios y los cómplices.

Un hijo y una conjuracion que temia contra su persona despertaron en él cuidados tan punzantes, que hicieron salir de madre, por decirlo así, la crueldad de que estaba llena aquella alma atroz. Livila fue condenada á morir de hambre; y no solo

procuró buscar los cómplices, sino á cuantos habian tenido alguna conexion con ellos. Hacia que se los llevasen á su isla, como un tigre en su caverna, para sacar por si mismo la confesion con tormentos, y gozarse con su dolor. Uno de ellos se quitó la vida, y exclamó Tiberio como con desesperacion: *Carnucio se me ha escapado*. A uno de los que tenia presos, y le suplicaba que abreviase su suplicio con la muerte, le respondió: "No somos tan amigos como todo eso." A los culpados y amigos se siguieron los que no tenian mas delito que haber sido protegidos: despues los delatores ordinarios por no haber desempeñado bien su obligacion por entonces, y aun los mismos indiferentes. Con esta ocasion se cuenta que llegando en estas circunstancias un hombre natural de Rodas, á quien habia llamado y le queria mucho, mandó, sin advertir lo que decia, que le pusiesen al tormento como á cuantos le traian. Cuando conoció su disparate, le mandó matar, para evitar que le diesen en rostro con su inadvertencia. No quiero ser prolijo: algunas veces hacia precipitar los infelices al mar desde lo alto de una roca, y tenia abajo galeras preparadas con hombres encargados de que á golpes de espolon mätasen á los que aspiraban á salvarse á nado, y el mismo Tiberio presidia á este espectáculo.

Faltaria una circunstancia á la barbaridad de este tirano, si ya que mataba á los que aborrecia, no hubiera procurado deshonorarlos; pero precipitando con sus malos tratamientos á la desgraciada Agripina á acabar con una vida intolerable, publicó este monstruo que se habia ella dejado morir de hambre por la pena de haber perdido su amante: así llamaba á un respetable anciano, á quien dejó por

tres años consumiéndose en una cárcel. En la carta con que anunció al senado la muerte de esta princesa se alababa de clemente, pues no la había hecho ahogar y arrojar á las gemonias; y le dió el senado las gracias. A la infeliz viuda de Germánico precedió al sepulcro su hijo Druso. Este infeliz príncipe estuvo deteniendo á la muerte con diferentes medios, y se vió algunas veces reducido á poner en la boca el tamo y la lana de sus colchones para engañar el hambre. Hizo Tiberio leer en pleno senado las acciones de Druso, y lo que resultaba era que se había usado con él la inhumanidad de tenerle siempre rodeado de unas gentes que sin cesar le estuviesen; por encargo del emperador, mirando al rostro y observando sus quejas, y aun los suspiros mas secretos, y daba cuenta al público de lo que tenía en las cartas de las espías; esto es, que tal dia tal centurion había reprimido las murmuraciones de este príncipe por sus espresiones crueles; que otro dia le había intimidado otro con amenazas; y por último, un tercero le había cascado porque desatento se esplicaba con imprecaciones contra su abuelo, diciendo: "Homicida de tu nuera, del hijo de tu padre, de los nietos y de toda tu familia, quieran los dioses que venga sobre tí la venganza debida á nuestro nombre, á nuestros mayores y á la posteridad." Tiberio concluía la carta llamándole hijo ingrato, desvergonzado, enemigo del estado. Los senadores fingian que estaban escandalizados con el delito del príncipe; pero en realidad los indignaba la imprudencia del emperador, que siendo antes tan secreto y reservado, se había hecho tan atrevido que abría, por decirlo así, en su presencia el calabozo de su nieto, y se le mostraba deba-

jo de la vara de su centurion , molido á golpes por los esclavos, espirando de hambre, y pidiendo inútilmente con que prolongar el último suspiro.

Solo un hijo de Germánico, Calígula, de quien ya hemos hablado, se libertó de su rabia, y aun mereció su cariño: tal vez porque con un exterior benigno y modesto, en el que se parecia á su padre, ocultaba, como su abuelo adoptivo, inclinaciones crueles y rústicas. Vivía este con él en Capreas, disimulando tanto, que no se le escapó un suspiro, ni se le mudó el rostro, cuando supo la muerte de su madre y de su hermano, aunque se valieron de toda suerte de artificios para arrancarle alguna señal de resentimiento. Todo su estudio era copiar el carácter de Tiberio, imitando su modo de mirar, sus espresiones y su trage: de suerte, que cuando llegó al trono, decian de él, que jamas habia habido mejor esclavo, ni señor mas malo. Muy penetrado tenia el abuelo á este nieto, cuando dijo, hablando de su disposicion testamentaria: "Yo dejo al pueblo romano una serpiente que le devore, y á la tierra un faeton que la abraze." A él mismo le dijo, con motivo de algunas chanzas que se le ofrecieron sobre Sila: "Tú tienes todos sus defectos, y ninguna de sus virtudes." Por último, abrazando al jóven Tiberio, hijo de su querido Druso, á quien quiso dejar el imperio, y por su corta edad solo pudo hacerle cólega de Calígula, mirando á este con ojos feroces, le dijo: *Tú le quitarás la vida; pero otro te la quitará á tí.*

Mientras vivía agitado con estos tristes pensamientos, setenta y nueve años y una enfermedad de consuncion le ponian delante de los ojos una muerte cercana. Había salido de Capreas, y pa-

seaba su esqueleto por donde le parecia que aires mas sanos y distracciones renovadas sin cesar podrian reparar sus fuerzas, y desterrar sus funestas reflexiones. Esta especie de agonía fue demasiado corta para lo que merecia, si sentia en ella vivos dolores y punzantes remordimientos, y si podemos suponer que delante de sus ojos, que ya se iban apagando, pasaban sucesivamente amenazandole las sombras de los que habia sacrificado á su venganza ó sus sospechas: esta fue casi la única comitiva que le acompañó al sepulcro. Mostraba el cetro á su sucesor; pero le retenia, y faltó muy poco cuando ya se le iba á caer de su mano desfallecida para no impossibilitar que le recogiese Calígula: porque advirtiendo que Macron hacia su corte al futuro sucesor, le dijo con tono de despecho: "Parece que abandonas al sol que se pone, para adorar al sol que sale:" observacion que podia causar el eclipse del astro y el castigo del adorador.

Se ignoraba el verdadero estado del enfermo, y aun era peligroso querer saberle, por lo que su médico tuvo precision de valerse de la astucia. Pretestó un viage, y tomandole la mano como para besarla, le pulsó, y reconoció que le faltaba poco para morir, de lo que aseguró á Calígula. Pero el emperador luchaba valeroso con la muerte: se le veia recoger todas sus fuerzas, ya para dar audiencia vestido y adornado como en sana salud, ya para asistir á un convite y alegrarse con los convidados. Se desmayaba, y se levantaba mas vigoroso. Tantas alternativas inquietaban y fatigaban la esperanza; mas por último dijeron á Calígula, que ya Tiberio no veia ni respiraba. Todos los cortesanos rodean al nuevo emperador, y mientras recibe enho-

rabuenas, acude un esclavo diciendo, que el moribundo habia recobrado la vista y la palabra: entra Macron en su cuarto, y le sofoca, por decirlo así, con el peso de tanta ropa como le cargó. Resistia el moribundo, y se dice que entonces el mismo Calígula le cubrió la cabeza con una almohada, y le estuvo apretando la boca hasta que espiró: muerte demasiado dulce para semejante tirano. Si alguna vez se piensa en hacer una galería de los monstruos que han asustado la tierra, póngase una tela negra en el cuadro destinado para su retrato, y quede olvidado para siempre.

El reinado de Calígula se divide en dos épocas, A. de J. C. una que solo duró algunos meses, y en ella mani- 37. festó buenas intenciones, y egecutó acciones laudables; la otra contiene la vida de un loco perverso, cuya existencia aun admira menos que la paciencia de los que le sufrieron. Su ascenso al trono causó un gozo escesivo, pues mas de ciento y sesenta mil víctimas cayeron en la estension del imperio con el hacha de los sacrificadores, acompañando á las súplicas que se hicieron por su prosperidad. Fue á las islas Pandataria y Poncia á recoger las cenizas de su madre y de su hermano: honró á sus tres hermanas Agripina, Drusila y Livila de todos los modos imaginables, dandolas los privilegios de vírgenes vestales, siendo así que lo menos que tenian era mérito para ellos. En los principios quisieron hacerle temer una conspiracion contra su vida. "Nada rezelo, dijo, pues nada he hecho yo para que ninguno me aborrezca, y así no creo á los delatores." Su prudencia para con el pueblo, al que aseguró su subsistencia y buena policia, que son los únicos bienes que rigorosamente se le deben: para

con los conscriptos, á quienes restituyó sus bienes; y para con los prisioneros, á quienes desató las cadenas, le mereció del senado lisongeras distinciones. Se determinó que su imágen, grabada en un escudo de oro, fuese llevada todos los años al capitolio por el cólega de los sacerdotes: que los senadores siguiesen la procesion con los hijos de los patricios de ambos sexos, cantando himnos en honra suya, y que aquel dia se celebrase con la misma solemnidad que el de la fundacion de Roma.

¿Qué mas se pudiera haber hecho despues de un reinado glorioso? ¿Por ventura pudiera lo que pasaba mirarse sino como esperanzas? Pero en estas se engañaron cruelmente. Calígula cayó enfermo, y la consternacion se esparció por la ciudad y todo el imperio romano; pero ¡cuánto mayor fue al ver que este malvado emperador salió de los fúnebres velos en que ya habia estado envuelto para mostrar todos los vicios opuestos á sus primeras virtudes! En su juventud habia tenido ataques de epilepsia, y los que le trataban de cerca percibian que algunas veces se enagenaba, y se presume que la enfermedad afectó su espíritu, y acabó de trastornarle. Todos los locos tienen una pasion dominante: la suya fue la crueldad y la ridiculez, y los absurdos eran los intervalos. Así que convalació, tomó Calígula los títulos soberbios *de hijo de los acampamentos, padre de los egércitos, graciosísimo y poderosísimo César*. Decia que el jóven Tiberio, nombrado en el testamento del viejo por su cólega, era su hijo adoptivo: que su vida la estimaba tanto como la suya propia; y á un momento de estas protestas le envia la órden de que se mate con su propia mano. Era el infeliz muchacho de un carácter dul-

ce, y jamas habia asistido á suplicios ni aun á los combates de los gladiadores. Iba presentando con docilidad el cuello al oficial mas cercano y despues á los otros, suplicando con los ojos bañados en lágrimas que cumpliesen con la cruel orden que les habian encargado; y negandose estos á la egecucion, sacó su espada, y dijo: "A lo menos enseñadme qué es lo que debo hacer para matarme de un golpe." Tuvieron ellos esta bárbara condescendencia, cayó palpitando; y fueron los viles esclavos á anunciar á su señor que ya estaban egecutadas sus órdenes.

Si se pudiera aprobar la crueldad, se diria que estaba bien empleada en los bajos aduladores que se obligaron á combatir, como si fueran gladiadores, en los juegos que se daban por la salud del cruel Calígula, porque los obligó á que cumpliesen sus votos. Un plebeyo distinguido habia hecho juramento de dar su vida por la del príncipe si los dioses le sanaban; y Calígula le entregó á los ministros de los sacrificios. Estos le adornaron como á las demas víctimas, le pasearon por toda la ciudad, y dieron fin á su triunfo precipitandole desde lo alto de la roca Tarpeya. Como todo es creible en un loco, se puede decir, sin temor de ofender á la veracidad de la historia, que no hallando Calígula cuando iba al espectáculo los delinquentes destinados á pelear con las fieras, le sucedió hacer que presentasen en la arena á los que ya estaban en las gradas para asistir como espectadores, mandando cortarles la lengua para que no pudiesen reclamar, condenando despues indistintamente á los infelices prisioneros de guerra puestos en linea á cortarlos la cabeza señalando con el de-

do desde tal calvo á tal calvo: à calvo ad calvum. La misma injusticia egecutó con los ancianos y enfermos que no podian ganar su vida. “Estos son, decia, servicios que hago á la sociedad, librandola de los miserables que la sirven de carga.”

Con mas fuerte razon se creerá que no sufría á los que se atrevian á reconvenirle: por solo este delito condenó á muerte á Caninio Julio; y le dijo tranquilamente el romano: yo te doy gracias por los diez dias, que segun el decreto del senado debian pasar entre la sentencia y la egecucion, y los pasó en sus ordinarios egercicios. Cuando el centurion le fue á llamar para el suplicio le halló jugando al agedrez, y levantandose Caninio, como para una cosa indiferente, abrazó á sus amigos, y dijo: “Ya llegó el tiempo de saber de cierto la inmortalidad del alma: haré particular observacion sobre el modo con que se separa del cuerpo, y si puedo volveré á deciros cual es su estado.” Gustaba Calígula de hacer padecer á sus víctimas, de modo *que ellas sintiesen que iban muriendo*, como él se esplicaba. Teniendo un dia á su mesa á los dos cónsules empezó á dar risotadas, y les dijo: “Estareis sorprendidos; pues sabed que estoy pensando que no tengo mas que hacer una seña para que os degüellen.” A una muger que él queria mucho, la dijo acariciandola: “Yo haré caer esa hermosa cabeza cuando me venga á la fantasía.” Ultimamente, viendo al pueblo romano junto en la plaza, se le puso en la imaginacion este deseo extravagante: “quisieran los dioses que toda esta multitud tuviese una sola cabeza para gozar yo del placer de cortarla de un solo golpe.” Pero en lugar de este placer, cuando arrojaba dinero al pueblo gustaba de mezclar con él puñales, para que los



Barbaridad de Calígula

Después de llenar el perverso Calígula de horrores la ciudad de Roma llevó su impudencia al extremo de dedicarse y ofrecerse á sí mismo sacrificios en los altares y templos que se hizo erigir: y hallándose una vez próximo á herir la víctima que le debia ser inmolada, tuvo la bárbara ocurrencia de descargar el golpe sobre el inmediato sacerdote, tomando á chiste el mas exécrable asesinato.

infelices que se disputaban la presa tuviesen con que degollarse unos á otros : por lo que perecieron mas de trescientos en un día.

El se creía seriamente de distinta naturaleza que los demas hombres , fundado en este raciocinio : " los que gobiernan los bueyes y los carneros no son carneros ni bueyes , sino de otra naturaleza superior á la de estos animales : luego del mismo modo los que se hallan establecidos sobre todos los hombres , no deben mirarse como puros hombres ." En virtud de este discurso se hacia erigir templos y altares , en donde ofrecia sacrificios á sí mismo. En una de estas ceremonias le pareció chiste , en lugar de herir la víctima apartar el golpe , y descargarle sobre el sacerdote que estaba á su lado. Aunque era hombre que tenia á los otros por muy inferiores , trataba con mucha estimacion á las bestias , porque á su caballo *Incitato* le honró con quanto puede imaginarse : con un palacio soberbio , con guardias , intendente y secretario , y aun iba á hacerle cónsul cuando murió.

Por la audiencia que dió á Filon , diputado de los judíos , se puede formar idea de las otras , y la refiero porque se parece bastante á las de algunos poderosos. Se trataba de la fortuna y de la vida de treinta ó cuarenta mil judíos , que en aquel momento se hallaban espuestos en Alejandria á la ruina y á la muerte. Calígula recibió á Filon y sus compañeros con aire risueño , les hizo señal con la cabeza de que los escucharia favorablemente , encargó al introductor que se los presentase quanto antes , y partió de Roma sin acordarse de ellos. Fue á visitar sus palacios , y volvió prevenido por los alejandrinos , que eran sus perseguidores , y así los reci-

bió muy irritado, diciendo: "¿No sois vosotros aquellos impíos que teneis descaró para disputarme la divinidad que todo el mundo reconoce?" Pasada esta primera borrasca, los escucha por un instante, dá las órdenes para ciertos adornos que se habian de poner en su palacio, lleva tras de sí á los embajadores judíos por todos los rincones y escondites que iba visitando, se vuelve gravemente á ellos, y pregunta: "¿Por qué no comeis tocino?" Y sigue: "Haceis bien, porque es comida insulsa." Se vuelve á hablar con los otros, y luego dirige á ellos la palabra, diciendoles: "¿Con qué derecho pretendéis ser ciudadanos de Alejandría?" Y antes que acabasen de responderle, ya habia pasado á otra sala paseandose muy aprisa: desde esta va corriendo á otro cuarto en donde se puso á considerar las pinturas. Los infelices enviados no sabian la salida de aquella audiencia, y al fin los despidió con la mano, diciendo: "Estos son menos malos que ignorantes, y con la desgracia de no creer que yo soy dios." Entre tanto ya estaban degollados los judíos de Alejandría, y aun no se sabe el éxito que tuvo la embajada.

Sus casamientos eran como el resto de su conducta. Le convidaban á las bodas, le gustaba la novia, se la llevaba, la volvia á enviar á los tres dias, y condenaba despues á destierro á los dos esposos porque se habian juntado. Por la fama de hermosura de la abuela de Lolia, conjeturó que se le pareceria la nieta. En efecto, le gustó, la tomó por muger, aunque casada con otro, y al instante la repudió con amenazas de muerte si se volvia con su esposo ó se casaba con otro. Solo fue constante con su hermana Drusila, con la cual vivió como ma-

rido, y la colocó en el número de las diosas después de su muerte. A las otras dos hermanas, Agripina y Livia, las desterró á la isla de Poncia por sospechas de conjuración, y dijo: "Al menor movimiento que hagais os haré ver que tambien como islas tengo espadas." Se casó con Cesonía, aunque casada con otro, y que sobre hallarse en el último mes de su embarazo, no era hermosa ni jóven; pero le gustó por su escesiva lubricidad. Tanto por codicia como por desenfreno hizo de su palacio lugar de prostitucion, y él mismo iba por los cuartos á cobrar el precio. Infeliz el romano algo distinguido que no llegase con buenas cantidades, porque este ya era un insolente censor, un enemigo del monarca, digno del destierro y de la muerte.

A estas infamias añade la historia ridiculeces; pero mezcladas de atrocidades, como podian esperarse de semejante insensato. Edificó sobre el mar un puente, compuesto de barcas desde Bayas hasta Puzol, construido desde los dos cabos de palacio: pasó por él en triunfo con la claridad de infinitas hachas que iluminaban toda la bahía; y para completar la diversion hizo que sus tropas empujasen al mar una multitud de espectadores, á los que cuando querian salir á tierra, los acogotaban con un remo. Le vino el deseo de ir á sujetar á los germanos y los bátavos: le llevaban á esta espedicion en litera en hombros de los soldados, atravesando los Alpes hasta el Rin; y su compañía eran bailarines, farsantes y cortesanas: é iban delante muchos componiendo el camino y regándole. Llegando á su ejército, la reforma que hizo fue despedir á los oficiales viejos con pretesto de que no podian llevar los trabajos de la guerra, y borrar los soldados mas va-

lientes: por lo que al oír *al arma* entró el temor en aquel ejército, y huyó. El emperador hallando el puente embarazado con los bagages, fue pasando de mano en mano hasta la ribera opuesta. No obstante, por no dejar aquel país sin alguna apariencia de victoria, envió al otro lado del Rin un destacamento que se ocultó en el bosque. Fue Calígula á sorprenderle con las mejores legiones: fingieron que peleaban, retrocedió el enemigo, y volvió el emperador coronado de laureles. El mismo valor le llevó á las costas del Océano enfrente de Inglaterra. Dispone las máquinas, toca á acometer, se esparcen las tropas por la ribera, y en ella recogen conchas, gloriosos despojos del mar y de las islas.

No se sabe si con la ocasión de sus hazañas, queriendo inmortalizarlas Calígula, dispuso un combate de elocuencia en griego y en latin en los juegos que hizo celebrar en Leon de Francia. Tal vez no serian inútiles en nuestros dias las condiciones que propuso, y eran, que los vencidos premiarían á los vencedores. Aquellos, cuyas obras se juzgaban por absolutamente malas, eran condenados á borrarlas con la lengua, sino preferían verse azotados como estudiantes inútiles, ó sumergidos en el Ródano, pero sacados despues. El senado, siempre servil, envió sus diputados al emperador para felicitarle de sus victorias; pero no le gustaron sus arengas; y como le suplicasen con el mayor respeto que volviese á Roma, respondió: *Volveré, sin duda, y llevaré esta conmigo*, mostrando su espada. Cada uno temió por entonces, y los cobardes padres conscriptos, dóciles al simple deseo que manifestó el tirano de ver despedazar á un senador, se arrojaron sobre Escribonio Cópulo, hombre venerable, que era el

que él los había indicado , le mataron á cuchilladas con los cortaplumas , y arrojaron al populacho su cuerpo ensangrentado. Semejante suerte con corta diferencia destinaba para otros muchos , pues se hallaron despues de su muerte dos listas intituladas *la una espada , la otra puñal* , sin duda por el instrumento con que habian de morir las personas allí escritas , y tambien se halló una caja con venenos. En veinte años de vida y cuatro de imperio , ya Calígula habia reinado y vivido demasiado. Casio Querea libró de él á los romanos , y le pagaron mal este servicio. Era un oficial escelente , intrépido y valeroso ; mas por tener una voz afeminada gustaba el emperador de mortificarle , como creyendo que era cobarde y sin corazon. Jamas le daba la contraseña que no le injuriase , ya con alguna palabra obscena , ya con el nombre de alguna prostituta ; y por otra parte , se sabia que en habiendo una comision odiosa ó desagradable se le encargaba á Querea ; y lo que á este sucedió en el particular es hecho único en la historia.

Una famosa comedianta , llamada Quintilia , acostumbrada á recibir buena compañía en su casa , fue acusada de haber permitido que un cierto Propedio , especie de filósofo epicureo , conocido por no reprimirse en sus discursos ni acciones , hablase mal del príncipe á su mesa. Preguntada sobre este punto , respondió que nada habia oido , insistiendo siempre , aunque amenazada con el tormento. Ya Querea habia proyectado vengarse por las afrentas continuas de parte del emperador : ya estaba urdida la trama , y no lo ignoraba Quintilia. Fuese casualidad ó malicia , le nombró el emperador para presidir al tormento , y no podia haber circunstan-

cias en que se hallase mas cortado : porque en hacer que Quintilia sufriese los tormentos en toda su fuerza , arriesgaba que confesase la conspiracion ; y tratarla con atencion y cuidado era esponerse á sí mismo. Esta valerosa muger halló medio de asegurarle su firmeza ; y cumpliendo su palabra , sufrió el tormento sin decir espresion que cargase á Propedio ni á los conspiradores , aunque la pusieron en tal estado que se compadeció el mismo Calígula , y la hizo dar una cantidad de dinero para desagraviarla. Esta única vez reconoce la historia en él alguna compasion.

Querea , saliendo de esta lastimosa escena , juntó sus cómplices , y apresuró la egecucion. Muchas veces se le opusieron las circunstancias ; pero por la dilacion no desmayó ninguno de los conjurados , aunque eran muchos. Sorprendieron al tirano con algunos danzarines que le habian traído desde el Asia , y le mataron con treinta puñaladas : tanto temian el errar el golpe : la primera fue la de Querea , y la que le hizo espirar fue de Aquila : todos se encarnizaron sobre su cadáver , y le hicieron pedazos.

A. de J. C.
40.

A vista del egemplar de Claudio (40), ninguno debe desesperar de la fortuna. El hizo todo el gasto de su elevacion. Es verdad que era nieto de Marco Antonio y de Octavia la hermana de Augusto por parte de su padre Druso , nieto de Livia Augusta , hermano de Germánico , sobrino de Tiberio , y tio de Calígula ; pero le habia formado la naturaleza tan desgraciado , que solia decir su madre Antonia : "Que era un monstruo de figura humana que la naturaleza habia dejado por desbastar." Cuando queria dar en rostro con la estupi-

dez, decía: "Tan bestia eres tú como mi hijo Claudio." Cuando Augusto le quería dar un nombre mas suave, decía: *Ese pobre muchacho*. Toda su familia le tenia por estúpido, y esto fue lo que le valió para que Calígula le exceptuase cuando se des- hizo de todos sus parientes. Esta misma estupidez creció con la educacion que le dieron. Entregado á los criados mas rústicos que le maltrataban, de- sechado, despreciado, y á pesar de su nacimiento, juguete de cuantos se le acercaban, juntamente con las crueldades que muchas veces veia al rededor de sí, llegó á contraer una timidez invencible, y así todo le inquietaba, y se asustaba con el menor ruido.

Cuando asesinaron á Calígula estaba Claudio en el palacio; y con el tumulto que este hecho ocasionó, huyó buscando algun retiro, y se escondió detrás de un tapiz. Desde allí oia los gritos de aquellos á quienes los guardias del emperador, que habian acudido tarde, mataban sin distincion de personas, así conjurados, como curiosos de ver el espectáculo de un tirano. Desde su escondite vió Claudio pasar las cabezas que los soldados, llenos de furor y rabia, llevaban por aquellas salas. Cuando ya iba cesando el ruido, un pretoriano, llamado Grato, que andaba errante por el palacio, viendo si hallaba que robar, vió unos pies por la parte inferior del tapiz: le levantó, y halló á Claudio: se arrojó el príncipe á sus pies, y le pidió la vida. El soldado le levanta, y le saluda emperador, haciendo que por tal le reconociesen sus camaradas. Estos le pusieron en una litera, y le llevaron en hombros al campo. Cuando el pueblo le vió pasar, creyendo que le sacaban para quitarle la vida, se lastimaba de

su suerte, y suplicaba que no hiciesen mal á un hombre que á ninguno se le habia hecho en su vida.

Entre tanto se habian congregado los senadores á deliberar, y la mayor parte era de parecer que se apoderasen otra vez del imperio. Dieron el mandò de la ciudad á Querea, que desde luego se habia ocultado por no esponerse al primer furor del pueblo; pero este aunque se sosegó, siempre echaba menos un emperador que le favorecia con tantas liberalidades como si le sustentara para que en nada se emplease; y le daba tan bellos espectáculos que no podia esperar otro tanto del senado. Por otra parte, si habia sido cruel, esto se entendia con los grandes: pero los plebeyos, que estaban distantes del trono, nada tenian que temer de los caprichos del soberano. Así discurrían tambien los soldados, que esparciéndose por la ciudad empezaban á hacer causa común con los ciudadanos. Esta reunion de opiniones asustó á los padres conscriptos; y así suplicaron á Agripa, rey de Judea, que tuvo mucha amistad con Calígula; que fuese á verse con Claudio, y le hiciese desistir del imperio. Este monarca, á quien le convenia un emperador débil mas que un senado difícil de manejar, hizo todo lo contrario: exhortó al príncipe á que se aprovechase de su fortuna, dándole la idea de hacerse afectos los pretorianos distribuyendoles dinero: espediente que despues fue la causa de todos los males del imperio.

Volvió Agripa, y dijo á los senadores que estaba el ejército ganado, que el pueblo se entendia con él, y así no creia que podrian sostener su resolucion. Ya no deliberaron mas los padres conscriptos: fueron apresuradamente y á porfia sobre quién

sería el primero que llegase para dar pruebas de contento y sumision. Algunos que no fueron tan diligentes sufrieron malos tratamientos del populachio, y fue Claudio proclamado uniformemente emperador. Los que le aconsejaban tuvieron por conveniente á la seguridad de los príncipes que no se quedase sin castigo el asesinato de su antecesor; y aunque aprobaban interiormente la accion de Querea, le condenaron y le quitaron la vida; pero el pueblo, que habia pedido su muerte, echó flores sobre su sepultura, y nada se hizo con los otros conjurados, aunque todos los conocian muy bien.

Tenia Claudio cincuenta años, y entre su mala educacion habia adquirido algun gusto á las artes y ciencias. Se esplicaba bastante bien, y pensaba con juicio cuando no se le turbaba este con el miedo ó con muy fuertes instancias. Este carácter medroso era el propio para dejarse gobernar de las mugeres y favoritas, que fueron el azote de su reinado. Se atiende bastante al esterior en un príncipe, y por desgracia el de Claudio nada tenia que inspirase ideas favorables: porque aunque de grande estatura era mal formado, y sus ademanes rústicos: su voz era muy baja: la pronunciacion nada espedita; no miraba derecho, y tenia una fisonomía desagradable. A pesar de esto se hizo amar al principio por su bondad y dulzura; pero como que estaban poco acostumbrados á esta, no era igual la estimacion, principalmente en el tribunal: pues desempeñaba mal el oficio de juez, y con todo eso le gustaba mucho jugar. Claudio abrogó el delito de lesa magestad: prohibió que le llamasen dios: y emprendió trabajos útiles, como la construccion de un puerto á la embocadura del Tiber, y el desagüe de

las lagunas. Llamó del desierto á sus dos primas, Agripina y Julia: dió fin por medio de sus tenientes á una guerra feliz en Mauritania. Una ley que publicó hizo creer que el servirle produciria honor: pues en ella mandaba que aquellos á quienes confiriere los gobiernos de las provincias no les diesen las gracias en el senado, segun costumbre: y decia en su decreto: "A mí me pertenece dar gracias, porque me ayudan á llevar el peso del estado; y si cumplen bien, los premiaré con mas amplitud cuando vuelvan."

Aquí acaba Claudio, y empieza Mesalina su muger, cuyo nombre ha llegado á ser injurioso: Póssides, el eunuco, dueño de lo interior del palacio: Calixto, depositario de los memoriales que presentaban: Narciso, secretario: y Palante, ministro de hacienda, fueron en tiempo de Claudio los emperadores de Roma. El primer ensayo del poder de Mesalina se vió en Julia, prima de su marido, y en el filósofo Séneca. Los hizo desterrar lejos, porque temia para con su débil esposo las gracias de la una, y la sabiduría del otro. El segundo ensayo fue contra Silano su cuñado, de quien ella se habia enamorado, y que rechazó con horror las proposiciones. En consecuencia de las medidas que se habian tomado, entró Narciso, como lleno de susto, en el cuarto de Claudio: le despierta con sobresalto, y le cuenta que acaba de ver en sueños á Silano matando al emperador con un puñal. Mesalina, que estaba á su lado, afirma que habia muchas noches que la traia inquieta el mismo sueño. Por desgracia avisan en el mismo instante que Silano estaba á la puerta de palacio, y queria entrar por fuerza, lo cual era cierto porque le habian llamado de órden



Prision de Silano.

Resentida la impúdica Mesalina del desayre que hizo á sus amores su cuñado Silano, alarmó los rezelos de Claudio con un fingido sueño en que suponía haberle visto morir á manos de aquel. El crédulo y tímido Emperador dió por seguro lo que ni aun era soñado, y llegando Silano á la sazón le hizo prender y matar sin mas examen. ¿De que no es capaz una muger ofendida con ascendiente sobre un corazón débil?

del emperador : este , sin otro exámen , ordena que le libren de aquel traidor , y le mataron . Claudio dió parte al senado de esta bella accion , y determinó que á su liberto se le diesen públicamente gracias por el cuidado que aun en sueños tenia de su salud .

Pero el riesgo de estar sujetos á un príncipe débil les pareció á algunos senadores tan molesto como obedecer á un príncipe cruel : y empeñaron á Camilo , gobernador de Dalmacia , que estaba á la cabeza de un buen egército , á que se sublevase ; mas por desgracia sus legiones , despues de haber consentido , le abandonaron , y le quitaron la vida . El proceso de sus cómplices se instruyó en senado pleno con asistencia de Claudio . Estaba detras de él Narciso , el cual impaciente de ver que á Galeso , liberto de Camilo , no le estrechaban con viveza en el interrogatorio , se atrevió á tomar la palabra , y dijo : “ ¿ Qué hubieras hecho tú si tu amo hubiera llegado á ser emperador ? ” á lo que respondió Galeso : “ Me hubiera siempre contenido , y no olvidandome de mi condicion , no tendria la insolencia de hablar en presencia suya . ” Arria , muger de Peto , uno de los conjurados , es celebrada por su valor . Viendo esta que su marido no se apresuraba á darse la muerte , se armó con un puñal , se le metió por el pecho ; y presentandole al marido , dijo : *Eso no hace mal alguno* . El emperador , contra la costumbre establecida , restituyó á los parientes los bienes de los proscriptos .

Es preciso distinguir entre Claudio , dueño de sí mismo , y Claudio seducido , asustado y turbado . Al primero se debe el haber perdonado á Oton , que castigó las legiones culpadas en la muerte de su general Camilo ; y no solamente le perdonó , sino

que movido de su noble fortaleza, dijo: “¡Ojalá mis hijos se le parezcan algun dia!” Al mismo rodeado de sabios y personas honradas se debe su buena conducta en la guerra que por sí mismo hizo á los bretones: la buena acogida á los oficiales hábiles, la recompensa á los soldados, la clemencia con los vencidos, y la indulgencia que usó con Galo, hermano uterino de Tiberio Póstumo, que habia formado el proyecto de apoderarse del trono, y Claudio se contentó con desterrarle. Bien aconsejado se le deben las leyes prudentes y reglamentos laudables sobre las costumbres; pero por demasiado bueno era poco exacto en la práctica, y así envió sin castigo á un jóven manchado con muchos vicios, porque su padre dió de él buenos informes: á otro muy desacreditado le dijo por toda reprension: “Sé mas discreto y prudente: ¿qué necesidad hay de que aquí sepamos á qué mugeres vas á ver?”

A Claudio, esclavo de la impúdica Mesalina y de sus crueles libertos, se debe la muerte de las dos Julias: la primera hermana de Calígula, ya víctima por su destierro de los zelos de la esposa: la segunda mereció su desgracia por cómplice en el veneno dado á Druso su marido. ¿Pero tocaba á Mesalina hacerla castigar, cuando ella dió veneno á Vinicio por no haberse rendido á su pasion, é hizo cortar la cabeza á Pompeyo porque tenia mucho talento, y podia cautivar á su marido; redujo á Popea su rival al extremo de matarse, é hizo quitar la vida á Valerio Asiático por lograr los soberbios jardines de Luculo que él poseia? Esta Popea era su rival, y no por su marido, sino por un famoso pantomimo llamado Mnestero. Este, creyendo que era muy peligroso familiarizarse con la emperatriz, pues si se descubria

su trato podía causarle muchas desgracias, daba la preferencia á Popea, muger de Escipion. Tuvo Mesalina la desvergüenza de quejarse al emperador de la poca correspondencia de Mnestero, é hizo que se le diese por esclavo, mandandole que obedeciese á cuanto ella le ordenase; y porque podía huirse con Popea, hizo que esta infeliz se asustase tanto con el temor de los tormentos que la preparaba, que al fin se dió la muerte.

En cuanto á Valerio, condenado contra toda regla, no en pleno senado, como lo exigia la cualidad de antiguo cónsul, sino en el cuarto del emperador, llegó á conmover al príncipe, y arrancó las lágrimas á la misma Mesalina; mas no por esto dejó de ser víctima de la codicia de la emperatriz con la calumnia y los testigos falsos. Por toda gracia le dieron á escoger el género de muerte: le exhortaban los cortesanos á dejarse morir de hambre, pretendiendo que era una muerte muy dulce; pero aunque los dió las gracias por su consejo, no omitió alguno de sus ordinarios egercicios: tomó el baño: cenó alegremente: visitó la hoguera ó pira preparada: hizo que la mudasen á otra parte para que la llama no hiciese daño á los árboles: se hizo abrir las venas, y conservó su tranquilidad hasta el último suspiro. Todos estos horrores se cometian en nombre de Claudio. Sabian estraviar su espíritu y enagenarle tanto, que muchas veces se olvidaba de lo que habia mandado; y se le advirtió sorprendido de no ver á su mesa, como era regular, personas á quienes el dia antes habian quitado la vida por su órden, y entonces con sollozos y sentimiento daba á entender su pesadumbre.

Narciso, Calixto y Palante se prestaban á to-

dos los antojos de Mesalina, conociendo el imperio que tenia sobre su esposo; pero cada cosa tiene su término. En la emperatriz eran tales los excesos de disolucion, que si no los revelaban ó contenian, quedaban espuestos á ser castigados con ella: y así se valieron de los medios posibles para hacerla observar alguna moderacion en las demostraciones de apasionada para con Silio, que era su amante favorito, y el mas hermoso de la capital; pero como si la publicidad aumentase grados á sus placeres, parecia que tomaba por empeño que se supiese en toda la ciudad. Reflexionando Silio su situacion, hizo presente á Mesalina que era demasiado lo que hacian para lisonjearse de evitar la muerte luego que supiese el príncipe su conducta, lo que no podia tardar: que solamente se prevendria el peligro con una resolucion desesperada: que él tenia amigos con quienes podia contar: que era preciso casarse con ella, y que él adoptaria á su hijo Británico,

Aprobó Mesalina esta proposicion, aunque tan increíblemente atrevida y sin ejemplo. Esperó que su marido partiese á Ostia, adonde le llamaba una solemnidad, y celebró sus bodas con toda la pompa ordinaria en presencia del senado, de la orden de los caballeros, de todo el pueblo y de los soldados. Se dice que habia prevenido al emperador acerca de este casamiento, y le habia hecho firmar el contrato en el concepto de que ella solo se determinaba á esta ceremonia para que cayesen sobre otro ciertas calamidades que amenazaban al que era su marido. Este trueno espantoso consternó á toda la casa del emperador: Narciso, sobre todo, por estar mas espuesto que otro alguno á las reconvenciones, como principal confidente del emperador, queria darle

cuenta; pero no sabia como hacerlo; y despues de muchas meditaciones lo dejó en manos de dos cortesanas muy favorecidas del príncipe: la una se arrodilló, y le dijo, que Mesalina acababa de casarse con Silio: la otra le confirmó la noticia reclamando el testimonio de Narciso. Le llamaron, dijo que era verdad lo que habian contado al emperador, pide humildemente perdon de no haberle informado antes; y añadió, que no debia perderse tiempo, y que si Claudio no se valia de la mas pronta diligencia, el nuevo esposo de Mesalina iba á hacerse dueño de Roma. Tembló Claudio, juntó su consejo: turbada su imaginacion con el susto decia: "¿Soy todavía emperador? ¿Lo es ya Silio?" Le dictaron varios medios, y el primero fue que volviese repentinamente á Roma.

Durante esta deliberacion, Mesalina, mas disoluta que nunca, y en la persuasion de que ninguno se atreveria á desengañar al emperador, se entregaba á toda suerte de placeres. A la sazón era tiempo de vendimias, y dió una representacion, en la cual Silio se presentaba disfrazado de Baco; y ella con un tirso en la mano, esparcido el cabello, y en medio de mugeres vestidas de piel de tigre, imitaba con sus danzas y sacrificios los furores de las bacantes. Estando en lo mas fuerte de su loca alegría, se esparce la noticia de que todo lo sabia Claudio, y que llegaba. Al contento sucedió el susto general: todos se dispersaron, huyendo cada uno por su lado; y Mesalina, despues de algunas tristes reflexiones, se determinó á ir á ver á su esposo, y ponerse delante, que era el medio que la habia salido bien muchas veces, principalmente haciendo que fuesen Británico y Octavia, á quienes mandó que se arrojasen

al cuello de su padre. Iba caminando Claudio acompañado en su carruaje de personas de la elección de Narciso, entre las que se había sentado el ministro, como que estaba interesado en no dejar imperfecta la empresa. Por el camino iba Claudio suspirando, agitado de diversos pensamientos, y decía: "¡Qué muger::: la que yo tanto he amado!" Y los compañeros del viage hacían una especie de eco, respondiendo: "¡Qué delito! ¡qué maldad!" y callaban. Mesalina, turbada, no había encontrado más que una carreta: á la mayor distancia que descubrió á su marido, empezó á gritar y suplicarle, que escuchase á la madre de Británico y de Octavia. Narciso gritaba más, ocupando los oídos del esposo con la relación de los excesos de su muger. Cuando la quiso mirar le puso el liberto delante de los ojos una memoria en que estaban contados todos sus desórdenes: y cuando los hijos llegaron la hizo retirar.

Apeandose en palacio hizo notar á Claudio los preparativos hechos para la infame ceremonia, y que para ella estaban prostituidos los muebles y alhajas de los Drusos, los Germánicos y los Neronés. Le llevó después al campo de los pretorianos, como que necesitaba estarse allí para su seguridad: desde allí fingiendo que zelaba la honra de su señor, envió á quitar la vida sin forma de proceso, no solamente á Silio, sino también á todos los amantes de la impúdica, así convencidos como sospechados. No acusaron en justicia sino á Mnestero, aquel infame infeliz pantomimo: este disputado por Poppea y la emperatriz, solo á golpes se había rendido á sus deseos, y todavía mostraba en las espaldas las señales de la violencia. "Acordaos, decía Claudio, que presidía á este juicio: acordaos de la orden que

grandes prendas, ni que á la valentía de soldado juntaba la habilidad de capitán. Poseía en el mas alto grado la ciencia del gobierno, los artificios de la política, un gusto raro en la magnificencia, fortaleza en las desgracias, conocimiento de los recursos, talento para hacerse obedecer, y para conseguir la estimación y amistad de los que necesitaba. Pero también debe reconocerse que tuvo una crueldad capaz de desacreditar todas las virtudes con un carácter inquieto, suspicaz, asustadizo, vengativo, sin escrúpulo en los medios, ni límites en disfrutar los placeres. Ninguno se entregó mas á sus pasiones, ni recibió de ellas mayor castigo. Ya se dijo que mostraba alguna humanidad antes de llegar al trono; pero desde que subió no tuvo mas cuidado que de ejecutar dos proyectos: el de llenar sus cofres, ya vacíos por las grandes sumas que tuvo precisión de dar á los romanos, y el de destruir las reliquias de la facción de Antígono. Estas dos especies de necesidad le inspiraron la resolución de robar sin piedad; y así hizo llevar á su tesoro los preciosos muebles de las casas mas opulentas, y confiscó entre otros los bienes de cuarenta y cinco ricos del partido de Antígono, á quienes quitó la vida; y para que no se le escapase un hilo de los despojos puso guardas á las puertas para que visitasen las cajas de los cadáveres, por si acaso iba en ellas alguna parte de sus riquezas.

Todavía introdujo el amor en aquel ánimo atroz algunas centellas, bien que se perdieron todas en el funesto fuego de los zelos. Estos, nacidos por la ternura, ó por la autoridad, fueron la raiz de la desgracia de Herodes y de cuantos le acom-

pañaban. Habia conseguido la mano de la hermosa Mariamne, hija de Alejandra, hermana de Hircano. Mariamne tenia un hermano llamado Aristóbulo, que estaba en la flor de la edad, y tan hermoso como ella. Su abuelo, el viejo Hircano, á quien habian llevado al pais de los partos, cuando tomaron á Jerusalem para Antígono, vivia entre ellos tranquilo y retirado, y Herodes habia puesto en su lugar, en la dignidad de gran sacerdote, á un hombre ausente llamado Ananel, que ni aun era de familia sacerdotal. Sintió mucho Alejandra el motivo de esta preferencia, que no era otro sino llenar la plaza para tener pretexto de no poner en ella á Aristóbulo, que era el que debia suceder á su abuelo. La madre del jóven príncipe, viendo que eran inútiles sus esfuerzos con el yerno, recurrió á Cleopatra, y consiguió de Antonio una orden para que Herodes colocase á su cuñado; y este la ejecutó muy á su pesar. En la fiesta de los tabernáculos, el nuevo sacerdote, que no pasaba de diez y siete años, se presentó delante del altar revestido con los ornamentos pontificales, y desempeñó el sagrado ministerio con tanta gracia y magestad, que prorumpieron los asistentes en grandes demostraciones de alegría; pero sus aclamaciones fueron la sentencia de su muerte: porque pocos dias despues convidaron unos emisarios de Herodes al jóven Aristóbulo á bañarse en un rio, le hicieron sumergir como por diversion y no le sacaron del agua hasta que ya se habia ahogado. Con este delito tienen conexion todos los que Herodes cometió en su familia, para los cuales fue causa é instrumento su hermana Salomé, que era del carácter mas infernal que jamas se ha visto.

Llegó esta traición á noticia de Cleopatra por medio de Alejandra que pedia venganza. Llamaron á Herodes; y este, aunque habia tomado en sus tesoros las razones para hacerse declarar inocente, cuando se puso en camino previno á José su tio, á quien dejó encargada á Mariamne, que la quitase la vida, si él no volvía, para que no cayese en manos de Antonio, de quien sospechaba que estaba enamorado de ella solo por haber visto su retrato. En un momento de confianza comunicó José á Mariamne esta estraña demostracion de amor; y Mariamne tuvo la indiscrecion de dar en rostro á su marido con la queja cuando volvió. Semejante confianza era precisamente, segun la conjetura de un zeloso, efecto de la mas estrecha union; y Salomé, picada contra Mariamne que la despreciaba, introdujo en el corazon de su hermano sospechas, á las que dió falsa probabilidad con mentiras; y sin mas exámen quitó la vida á su tio José, y encerró á Alejandra por haber sido la causa de su funesto viage.

Por entonces hizo la política (2965) alguna diversion á los cuidados del amor. Quitaron la vida á Antonio, y se vengaba Octavio cruelmente de los que habian seguido su partido. Herodes por consiguiente tenia grande motivo para temer, y así fue á Roma á defender su causa por sí mismo. Antes confió su hermana Salomé á su hermano Ferroras, personajes sin duda dignos el uno del otro. En cuanto á Mariamne su esposa, la encerró con su madre Alejandra en la fortaleza de Masada, bajo la guardia de José su tesorero, y de Soemo su confidente, con las mismas órdenes sanguinarias que habia dado al partir á Egipto. Tambien se desem-

D. del D.
2965.
A. de J. C.
33.

barazó de otra inquietud: el viejo Hircano, aunque se hallaba muy bien en Babilonia, tenia vivos deseos de volver á ver su patria: y cuando Herodes subió al trono se vino creyendo que por los antiguos servicios que habia hecho á su familia sería bien recibido, pues aun el mismo Herodes le lisonjeaba por atraerle. Cuando llegó á Judea le trató con la mayor indiferencia, y hubiera sido muy dichoso si esta hubiera durado; pero el tirano, lleno de sospechas, consideró que Alejandra pudiera valerse del crédito de su padre para escitar algunas inquietudes; y el infeliz Hircano, siempre esclavo de los otros en su grandeza, fue á los ochenta años de su edad sacrificado al temor, no del mal que podria hacer, sino del que pudieran hacer en su nombre.

Tomadas estas crueles precauciones se embarcó Herodes para Roma, y en estas ocasiones se conoce la energía de su carácter. Se presentó á Augusto, no como quien suplicaba, sino como hombre intrépido y leal, diciendo: "Yo he sido amigo de Antonio; pero no ha estado en mi mano que no haya hecho á vuestras armas gloriosa resistencia. Yo le aconsejaba que se deshiciese de Cleopatra, y tentase todavia contra vos la suerte de los combates con los recursos de aquel reino. Yo le hubiera ayudado, porque así me lo dictaban el honor, la gratitud y la amistad; mas pues Antonio despreció mis consejos, me ha puesto en el estado de venir á ofreceros mis servicios: si os dignais de aceptarlos, hallareis en mí un amigo afecto á vuestros intereses, como lo he sido para los de vuestro rival." Esta arenga acompañada de magníficos presentes, encantó á Augusto, que concibió particular



Firmeza de Caractaco.

La suerte de las armas y una perfidia precipitaron á este Rey desde el solio á la servidumbre; pero superior á sus infortunios, supo justificar con tal energia ante el imbecil Claudio la defensa de sus derechos atropellados por la ambicion y la desgracia, que sensible el Príncipe á sus cárgos, le concedió la libertad, y la de su esposa é hijos. Tal es la fuerza de la raxen sostenida por un coraxen firme.

estimacion del rey de Judea , y siempre fue su amigo mas bien que su protector; y Herodes le confirmó en estos sentimientos , recibéndole magníficamente así cuando iba á la Siria como cuando volvió. Nada omitió para esto , enviando presentes á la corte de Augusto, víveres á sus tropas , grandes cantidades que puso en su tesoro , y disponiéndole diversiones y placeres.

Al mismo tiempo que el monarca se desvelaba ordenando estas fiestas , le devoraba una cruel pesadumbre con respecto á Mariamne. Tenia esta la peligrosa curiosidad de inquirir si se habian renovado contra ella las mismas órdenes crueles. Y por haber descubierto Soemo el fatal secreto, cuando volvió Herodes lleno de afecto á la esposa que adoraba, halló en ella el mas frio recibimiento seguido de amargas quejas. Bien fuese que Mariamne se tuviese por segura de que con el amor de su marido cortaria cuando quisiese el fuego de la venganza , ó que temiese las consecuencias: disgustada de vivir con un hombre que aborrecia , no cesaba de quejarse por la muerte de su hermano y la de su abuelo , y por los atentados contra su propia vida. Al fin , estas quejas, aunque bien merecidas, pusieron al monarca en la desesperacion, y le hicieron ver que ya no podia contar con una ternura que hubiera comprado con su misma sangre, y estas reflexiones tenian su corazon en una inquietud horrible. Proyectos de violencia , arrepentimiento, desesperacion, y esperanza de conseguir gracia: los movimientos mas impetuosos y desordenados se apoderaron sucesivamente de su alma. Salomé, enemiga despreciada é implacable , se aprovechó de un instante de estos violentos escesos para vengarse de

su cuñada. El que servia la copã al rey se presentó teniendo una envenenada, y con el dinero que dijo le acababa de dar la reina para que diese veneno á su esposo. La trama estaba mal urdida; pero qué no creerá un hombre preocupado? Sin duda se halló comprendido en la acusacion un eunuco estimado de la princesa, y Herodes mandó que le diesen tormento. No dijo otra cosa el infeliz sino que creia que la orden dada á Soemo era la causa de la aversion de la reina para con su marido; y de esta confesion halló el zeloso motivo para persuadirse á que entre el eunuco y su muger habia intimidad reprehensible; y le mandó quitar al punto la vida. Mariamne fue presentada á unos jueces ganados por Salomé; y la condenaron á muerte; bien que suplicaron que se suspendiese la egecucion; pero la cuñada dispuso que llegase á oidos de Herodes que el pueblo se sublevaba en favor de la culpada, y así consiguió la orden fatal. Iba Mariamne al cadalso con pasos tranquilos; y Alejandra su madre, creyendo ganar la benevolencia de su yerno, la salió al encuentro, y tuvo la bajeza de insultar con ultraje á su desgraciada hija; pero la reina no la quiso responder, y recibió el golpe con una fortaleza heróica.

No consiguió Alejandra lo que esperaba de la vil adulacion con que envenenó los últimos alientos de la vida de su hija: porque Herodes la mandó matar por un ligero resentimiento, y desde entonces no esperimentó sino remordimientos que le hacian la vida odiosa, persiguiéndole siempre la imágen de una muger que idolatraba. Siempre estaba viendo á su querida Mariamne: la llamaba en alta voz en los ratos de su delirio: mandaba que se la

trajesen , y no podia persuadirse á que la habia perdido , sin que hubiese diversiones capaces de suspender su desesperacion. La misma religion , que es muchas veces el calmante de las penas , no tenia imperio sobre su alma ; pues aunque la habia mostrado algunas veces , para nada le detuvo cuando se vió dueño absoluto. Murmuraba el pueblo , y fuese por apaciguarle ó por fausto , determinó restituir al templo su antiguo esplendor , y gastando grandes cantidades hizo un magnífico edificio , que se acercaba al de Salomon , si no le escedia : restableció los muros de Jerusalem , y fortificó muchas ciudades : en el tiempo de miseria y en las desgracias , como en un temblor de tierra y una peste que hicieron grandes estragos en Judea , ofrecia el tesoro real grandes recursos con liberalidad. Suscitaba el rey la alegría comun con fiestas , juegos y espectáculos que no podian menos de ser muy agradables para un pueblo que hasta entonces solo habia conocido las solemnidades religiosas. Tuvo especial cuidado de evitar la guerra : con la paz florecian sus estados , y todo el reino era feliz al mismo tiempo que el monarca sufría sentado en su trono nuevas pesadumbres , que pudieran hacerle envidiar la suerte del mas pobre vasallo.

Envió Herodes (2984) á los dos hijos de Ma-
 riamne , Alejandro y Aristóbulo , á Roma para su
 educacion , y despues pasó en persona á buscarlos :
 casó á Alejandro con Glafira , hija de Arquelao ,
 rey de Capadocia ; á Aristóbulo le dió por esposa á
 Berenice , hija de su hermana Salomé ; y estos dos
 príncipes , imitadores de la franqueza de su madre ,
 no podian ocultar la indignacion que les causaba
 la memoria de su triste suerte. Muchas veces se veia

D. del D.
 2984.
 A. de J. C.

14.

Salomé comprendida en sus quejas; y aunque no acusaban abiertamente á su padre, daban á entender con su indiferencia lo que pensaban de la horrible catástrofe. Quiso Herodes en vez de reducir aquellos espíritus irritados con la suavidad, sujetarlos con el miedo. Habia tenido de otra muger, anterior á Mariamne, otro hijo llamado Antípatro, á quien manifestaba especial predileccion, y le distinguió en sus favores. Los dos hermanos, incapaces por su carácter de contener el resentimiento, hacian cuanto este los dictaba contra su rival; pero él, artificioso y disimulado, no hablaba palabra, como quien aspiraba al trono. Quería Salomé separar á los que temia vengativos, y muy presto se estableció una perfecta armonía entre ella y Antípatro. Como los malvados se adivinan los pensamientos, consiguieron llenar el corazon de Herodes de tantas sospechas, que arrastró con sus hijos á Roma para acusarlos de alta traicion. Esta calumnia arrancó lágrimas de despecho en ambos príncipes: defendió Alejandro su causa y la de su hermano con tal elocuencia, que Augusto conoció que eran inocentes, y no pudo menos de decir al padre, que los habia acusado con demasiada ligereza. Se reconciliaron pues con Herodes; pero este era muy asustadizo, sus hijos demasiado imprudentes, y sus enemigos muy diestros, y así duró poco la reconciliacion,

Se renovaron las sospechas inspiradas por los dos traidores; y antes de emplear contra sus hijos la rabia del monarca, le ofrecieron otras mejores víctimas. Nadie estaba seguro en palacio, y ninguno podia esperar á justificarse, porque la muerte seguia á la acusacion. Llegaron por último á acu-

sar á los dos príncipes: Alejandro fue acusado de que tenia ganado al mayordomo y al que servia la copa, para envenenar al rey. Puestos los dos á cuestion de tormento negaron constantes; y atormentados de nuevo dijeron algunas palabras que parecieron las suficientes para arrestar al príncipe. Desesperado este envió al rey cuatro confesiones diferentes, en las que decia mucho mas de lo que se habia sacado con la tortura, porque comprometia toda la corte y sus ministros, al mismo Feroras, y sobre todo á Salomé; porque la acusaba de que habia ido á buscarle á su propia cama para que apoyase la conjuracion formada contra el tirano, de quien mientras viviese no habia que esperar paz ni felicidad alguna.

Esta acusacion, que no tenia otro objeto que el aumentar las inquietudes del rey, logró su efecto, porque Herodes, no sabiendo ya de quien fiarse, llegó á ser el juguete de sus propias sospechas y furor. De dia y de noche le pintaba la imaginacion á sus hijos armados de puñales, y prontos á traspasarle el corazon; tanta lástima daba el tirano como las víctimas de su crueldad. Arquelao, suegro de Alejandro, sabiendo estos desórdenes, fue á Jerusalem, y con su benignidad, las exhortaciones que hizo á los hijos, y las súplicas con que rindió al padre, consiguió que se reconcillasen. Se probó que jamas los príncipes habian atentado á la vida ni á la corona de su padre. Feroras tuvo el descaro de cargarse del crimen de la acusacion, atribuyéndolo al afecto excesivo que tenia á su hermano Herodes. Este le oyó, le creyó, y le mantuvo consigo.

En ofensas tan grandes contra los infelices príncipes trabajaban mucho los calumniadores por

deshacerse de ellos, y era natural que les desagradase vivir en una corte dominada de sus enemigos; por lo que resolvieron retirarse á algun pais cercano en donde pudiesen vivir con tranquilidad. Esto mismo dió al rey nuevos sustos, y procuraron darles fuerza como si fuera un proyecto de revolucion. Herodes convencido, sin mas razon que la propuesta, arrestó á sus hijos, juntó un tribunal, y llamó á él los comisarios de Augusto. El mismo rey en presencia de quinientas personas hizo de fiscal contra sus desgraciados hijos, con tal vehemencia, que todos los oyentes se indignaron. Salió á pluralidad de votos sentencia de muerte, sin oir á los acusados. Un hombre solo, llamado Tiron, tuvo valor para hacer presente al rey, que con la muerte de sus hijos iba á incurrir en la indignacion del pueblo que los amaba, y á ponerse en manos de Antípatro, único autor de las conspiraciones tramadas contra él. Tuvo Salomé destreza para que recayese sobre Tiron el delito que atribuia á Antípatro. Preguntaron á Tiron por los cómplices del príncipe, y no los pudo nombrar; antes bien se halló acusado de haber ganado al barbero del rey para que le degollase; y así pusieron en tortura á Tiron, á su hijo y al barbero, y en los mismos tormentos espiraron, y los dos príncipes perdieron la vida degollados.

Estas muertes llenaron de susto á los mismos que las habian procurado, y cada uno huia de la habitacion de un tirano tan peligroso, temiendo hasta encontrarse con su vista. Feroras, con pretexto de un descontento que él mismo se buscó, se retiró á su hierarquía; y Antípatro consiguió que le enviasen á Roma al lado de Augusto, con el fin de

cultivar su amistad con Herodes. Estos dos hombres viéndose distantes meditaron el modo de deshacerse uno de su hermano y otro de su padre. Envió Antípatro á Feroras el veneno; y este, movido de algunas atenciones de Herodes, no quiso emplearle. Murió de enfermedad, y dejó á su muger depositaria del veneno. Todo lo descubrió Herodes: envió á llamar á Antípatro, que volvió muy confiado, y le cargaron al punto de cadenas. Por desgracia suya se habia hecho una enemiga formidable en Salomé, su tia, por haber querido hacerla sospechosa con su hermano el rey. Enviaron á Roma las cartas en que se contenia la prueba de esta intriga; y Salomé, muy fuerte con su inocencia, quizá por la primera vez que la conoció en su vida, incitó la indignacion del rey contra su antiguo cómplice, y le hizo comparecer en un tribunal que presidió Varo, pidió á Augusto por Herodes.

Esta última escena de la vida de Herodes enterneceria, si la memoria de sus crueldades no hubiera cerrado la entrada á la compasion. Se presentó Antípatro, pintada la vergüenza de su crimen en el rostro, se postró cobarde implorando la piedad de Herodes, y le dijo su padre: *Levántate, y escucha.* Le acusó de haber pretendido envenenarle, espuso toda la trama de la conspiracion que acababa de descubrir, citó los tiempos y dedujo las pruebas. La última acusacion que articuló con la mayor vehemencia fue la de la muerte de sus dos amables hijos, diciendo: Tú fuiste su bárbaro perseguidor si eran culpados, y su infame homicida si eran inocentes. Al nombrar los dos príncipes le cortaron la palabra las lágrimas y los sollozos, y no pudo hacer otra cosa que una seña para que prosiguiese el

abogado en los capítulos de acusacion. Quiso Antipatro justificarse; mas oprimido con el peso de las pruebas recurrió á las maldiciones y juramentos, como es regular en los malvados convencidos. Varo no pronunció sentencia; pero la remitió al juicio de Augusto, á quien Herodes escribió.

Entre tanto el monarca, sobre los tormentos de su alma, tenia afligido su cuerpo con una dolorosa enfermedad, de la que los historiadores hacen una espantosa pintura; mirándola como un anticipado castigo, precursor de las penas que iba á padecer en la otra vida. Cada síntoma anunciaba una cercana muerte. Supo Antipatro en la cárcel que corria la noticia de que acababa de espirar; y porque manifestó alegría le mandó su padre matar; mas él no sobrevivió á su hijo sino cinco dias, y murió á los setenta años de su edad: consolado, dice Josefo, en sus domésticas pesadumbres con el placer de que en todo lo demas habia salido con su intento. Hasta el fin conservó su carácter atroz; y sintiendo que estaba para morir, mandó que, so pena de muerte, fuesen todos los principales de la nacion á Jericó: hizo que los encerrasen en el circo, y dejó encargado á Salomé y á su marido, que asi que diese el último suspiro quitasen la vida á todos aquellos judíos, y dijo: De este modo pretendo reprimir el maligno gozo de este pueblo, y aun obligarle á que acompañe con lágrimas mi muerte; bien que no se egecutó esta bárbara disposicion, pues al punto que el rey murió abrieron las puertas del circo y dieron libertad á los prisioneros.

Año I.^o
de la Era
Cristiana.

Reinando Herodes se cumplió la profecía de que el Mesías habia de nacer cuando saliese de

Judá el cetro; esto es, cuando ya los judíos no serian gobernados por príncipes de su estirpe. No hay duda que Herodes habia destruido todos los príncipes asamoneos: luego en su reinado debe buscarse la venida del Mesías tan deseado. Los judíos le desconocieron, porque el nacimiento de Jesucristo no se anunció con hechos que adornen la historia profana. Quisieran algunos hallar en la vida de Herodes, primero el recibimiento que hizo á los magos: segundo, su conversacion con ellos cuando les pidió que en habiendo hallado al niño que buscaban, pasasen por su corte: tercero, la órden inhumana de matar los niños de Belen y sus cercanías, que no pasasen de dos años, con el fin de que cayese en la matanza el que habia nacido con derechos al trono que ocupaba, y él destinaba á su familia. Pero ¿qué prueba sería el silencio de los historiadores profanos cuando la corte de Herodes opulenta y magnífica era frecuentada de infinidad de estrangeros curiosos? y no es regular que contasen los historiadores todos cuantos venian á visitarle, teniendo que hacer mencion de algunos recibimientos solemnes, como fueron el de Cleopatra, el de Augusto y el de Agripa. Las inquietudes que Herodes manifestó á los magos pudieron considerarlas sus cortesanos como otros muchos efectos de su carácter espantadizo, que no merecian pasar á la posteridad. En cuanto á la matanza de los inocentes, despues de las crueldades de Herodes, que con las armas, la miseria y los suplicios acabó con infinitos infelices de ambos sexos y de todas edades; ¿qué podria estrañarse una órden de quitar la vida á los niños de un pueblo y sus aldeas? Y aunque esto merecia las lágrimas de los intere-

sados, no era suficiente para fijar la atención de un historiador. Además de esto, de la intención horrible de ensangrentar sus funerales con tantas muertes, sin más fin que el que acompañasen con lágrimas la suya, bien se infiere semejante monstruosidad.

El luto, como él lo había previsto, no fue largo ni lúgubre: porque Arquelao, su nieto, declarado en el testamento por sucesor, dió á la pompa fúnebre un magestuoso lucimiento finalizando con una fiesta y gracias al pueblo, y dando un magnífico convite á sus amigos. Decía espresamente en el testamento *que no tendria fuerza hasta que César le ratificase*; y Arquelao, observando esta cláusula, no quiso tomar la corona antes de haber estado en Roma.

Se dilató su partida por una sublevación; y no consiguiendo el sosiego de los amotinados con la suavidad, se valió de la fuerza, y se lo contaron por delito (3000). Durante su viage se declararon otros cuatro motines: el primero contra los oficiales romanos, que habían ido á ejecutar el testamento de Herodes: del segundo fue cabeza un bandido llamado Judas, que se sostuvo algún tiempo por haberse apoderado de un arsenal real, en donde halló vestidos y armas para su tropa: del tercero lo fue un jóven llamado Simeon, de hermosa figura, muy estimado de los judíos, que hacia la guerra mejor para tiempo de motin, porque llevaba sus partidarios á las casas opulentas, y les abandonaba las riquezas. El último fue el de Artiongo, hombre de audacia brutal y talla gigantesca, que apoyado de cuatro hermanos que se le parecían, pretendió cambiar con el cetro el cayado de pastor. Sus sol-

D. del D,
3000
Años
de J. C.
2.

dados cometian grandes violencias en todas partes adonde llegaban. Mucho trabajaron los romanos en sosegar estos motines, porque las cabezas de ellos mas querian morir que rendirse, y de este modo se evitaron el cruel suplicio de sus compañeros, que en número de dos mil fueron crucificados. Tantas rebeliones y en tan poco tiempo casi justifican la bárbara severidad con que Herodes habia gobernado aquel pueblo indómito.

Entre tanto se disputaban en Roma los pretendientes sobre reinar en una nacion en que era tan difícil; y no fue solo Arquelao, porque Salomé, siempre enredadora é intrigante, habia llevado á Antipas, que era otro hijo de Herodes. Existian dos testamentos de este príncipe: en el uno declaraba á Antipas por sucesor: en el otro daba la corona de Judea á Arquelao. Tratándose de decidir entre los dos, decian los defensores del primer testamento, que estaba hecho en tiempo en que el testador no estaba debilitado con la enfermedad y la vejez. El abogado de Arquelao hacia valer para el segundo la cláusula en que se remitia la egecucion á la disposicion de César. Otro tercer partido de diputados judíos no querian por rey á ninguno de los dos, sino que la Judea se declarase provincia romana, y se gobernase por magistrados romanos. Tomó Augusto un corte en tan varias opiniones, y dió á Arquelao el título de etnarca, ó gefe de la nacion, prometiendo que le daria el de rey, si con su conducta acreditaba que le merecia. En la suerte de Arquelao se comprendian la Judea, la Idumea y la Samaria. El resto de los estados de Herodes se dividió entre Filipino, á quien tocó parte de Galilea con los estados adyacentes; y Antipas, que

llevó la otra parte confinada por el Jordan. No permitió Salomé, que era muy favorecida en los dos testamentos, que la dejasen olvidada, y así logró algunas ciudades y dinero. Distribuyó Augusto todo su legado entre los otros nietos del difunto: casó las hijas que estaban por colocar, quedándose con algunos vasos de poco valor para conservar la memoria de su amigo.

La cláusula que prometia á Arquelao el título de rey, si tenia buena conducta, no se puso sin motivo, porque daba pocas esperanzas de gobernar con prudencia, y así pasaba por despótico y vengativo: reprendiéronle de cruel en el castigo de los rebeldes antes de partir á Roma, y en todo lo siguiente correspondió á este principio. Además de su mala conducta, perversas costumbres, libertinage público, afectada irreligion, fueron los judíos y samaritanos á quejarse en Roma de sus exacciones y tiranía: por lo que Augusto le envió como á un simple particular desterrado á Viena en las Galias, despojado de sus bienes, y haciendo de sus estados una provincia romana.

En pocos años fueron cuatro gobernadores todos codiciosos, imperiosos y arbitrarios, y lo que comunmente causa mayores desgracias, despreciadores de los mismos á quienes gobernaban. Poncio Pilato, que fue el quinto, reunió en grado eminente todas las malas propiedades de los otros. Hacia juguete de la dignidad de gran sacerdote: la daba y la quitaba, sin atender al mérito, á la opinion ni á la estimacion pública; cuando aunque fuesen preocupaciones siempre son respetables las de todo un pueblo, y nunca se deben tocar, sino con grandes precauciones y por pura necesidad. Aborrecian

tenia tiempo para comer en público como lo hacia, despues de haber advertido á los espectadores, que al salir de la mesa les cantaria con aire de mas gusto. Un dia mientras estaba cantando se conmovió todo el teatro con un temblor de tierra; mas no por eso cesó, ni dejó salir á nadie hasta acabar su cancion; y así que el teatro quedó desocupado se arruinó.

Para disminuir su propia infamia procuró que imitase su eemplo la antigua nobleza, á quien su pobreza misma hacia capaz de todo. De este modo los nobles se hicieron gladiadores, y hasta las mugeres no se avergonzaban de luchar en la arena. Cesó toda moderacion, porque se admitia á todo el mundo á este oprobio sin distincion de edades, condiciones ni sexos. Un senador podia hacer, sin que nadie le reconviniese, el oficio de bufon griego ó latino, con gestos y ademanes lascivos. Las señoras del mas alto nacimiento se presentaban allí en deshonestas posturas. Al rededor de los sitios destinados á estos espectáculos habia tiendas surtidas de todo cuanto pudiera desear el lujo y la torpeza: habia tabernas y burdeles.

Pero nada llega en este género á la fiesta que en el lago de Agripina le dió Tigelino, cuya crápula, avaricia y crueldad supieron ganarle la gracia del emperador. Se presentó Neron en una nave en que brillaba por todas partes el oro y el marfil: hacian la maniobra los jóvenes mas hermosos, y el grado de su perversidad era el que señalaba los asientos mas cerca de su persona. Iba á abordar cerca de unos huecos decorados en forma de rústicas grutas, en las que se hallaban las primeras damas de Roma mezcladas con las cortesanas, y tan des-

caradas las unas como las otras. En todos los bosques y palacios vecinos resonaban conciertos, y estaban rodeados de luces: la mesa tenia los mas esquisitos y raros manjares traídos á grande costa. Despues de este escandaloso espectáculo dió Neron otro aun peor, casandose con Pitágoras, el mas infame de los escandalosos. Se celebró este himeneo con las ceremonias acostumbradas: se consignó el dinero en manos de los augures: le pusieron el velo que llevaban las desposadas, y le aderezaron un lecho nupcial encendiendo las antorchas del himeneo. Despues de haber sido muger de Pitágoras fue esposo de otro jóven perdido llamado Esporo: le alojó en su palacio, le paseó por todas partes en Italia y en Grecia, vestido de emperatriz. "Dichoso hubiera sido el mundo, dijo uno en esta ocasion, si el padre de Neron hubiera tenido semejante muger." ¿Falta ya alguna especie de escesos á las infamias con que el Cielo permitió que este príncipe se manchase en castigo de sus maldades?

Por entonces estaba casado con Popea, y no contenta con haber arrojado á Octavia del trono y lado del emperador, quiso que desapareciese de sobre la tierra. Los calumniadores que la suscitó la acusaron de trato y comercio con un músico de flauta; y aunque sus criadas puestas en el tormento sostuvieron la inocencia de su señora, no por eso dejaron de desterrarla y de sofocarla, cortadas las venas, con el vapor de un baño caliente; y esto á los veinte y dos años de su edad. ¡Infeliz princesa, que tuvo este premio por haber traído á Neron el imperio en dote! No logró en su vida un momento de felicidad.

Aunque los dos maestros del emperador, Bur-

rho y Séneca, se mostraron condescendientes, su sola presencia era una especie de reprension que le molestaba. El primero, á quien hace un autor trágico hombre de heróicos sentimientos, fue envenenado. Séneca, cuyas obras estoicas hacen maravilloso contraste con su condescendencia en los excesos de su discípulo, despues de habersele envuelto injustamente en una conjuracion, de lo que él se justificó, salió mal de otra segunda acusacion, y le precisaron á hacerse abrir las venas, hasta que agotada la sangre murió; bien que Neron tuvo la bondad de mandar cerrar las de Plancina, esposa del filósofo, que habia imitado á su marido; pero la quedó una palidez que toda su vida dió testimonio de su amor.

La misma Popea, aquella á quien tanto amó Neron, llegó á serle importuna con sus representaciones, y no se libró de la brutalidad de su esposo. Le hacia esta varias reconvenciones sobre algunos excesos; y él irritado, estando ella en cinta, la dió en el vientre una patada, de la cual murió. En este bárbaro se advierte una ferocidad reflexionada y á sangre fria, que añade horror á la crueldad. Presentandole la cabeza de un tal Ruberio, que acababa de ser asesinado por su orden, la contempló con complacencia, y dijo riendo: "No sabia yo que Ruberio tenia una nariz tan larga." En circunstancias casi semejantes estuvo Agripina mirando con curiosidad la cabeza cárdena de una de sus rivales, y abriendola la boca se detuvo á examinar los dientes, que á lo que parece tenian algo de particular. ¡O qué monstruos eran personas semejantes!

A las crueldades egercitadas contra algunos particulares se juntan las egecuciones que cayeron so-

bre multitudes. Segun una antigua ley , todos los esclavos que se hallaban en la casa de su señor asesinado debian morir. Se contaban hasta cuatrocientos en casa de Telario , á quien quitaron la vida siendo gobernador de Roma ; y tan grande número escitó la compasion del pueblo , que pedia gracia para tantos inocentes ; mas no creyó Neron que la sangre noble de uno solo fuese con esceso espiada con la sangre vil de tantos , y así los hizo matar inhumanamente. A él se le atribuye el famoso incendio de Roma , que de catorce cuarteles destruyó enteramente tres , y causó grande estrago en siete de los mas hermosos , de suerte que solo cuatro quedaron enteros. Estuvo el fuego abrasando por nueve dias con una confusion y falta de socorros , que hicieron creer que si Neron no era el autor de aquel fuego , á lo menos gustaba de verle durar. Contemplandole desde lo alto de su palacio , declamó un poema de Troya abrasada , vestido con el mismo traje con que se presentaba en el teatro cantando. Se dice que hubiera querido ver á Roma quemada del todo con el objeto de edificar en su sitio una ciudad , y poder darle su propio nombre. Sobre los escombros humeantes del sitio mas maltratado por las llamas levantó el mas vasto y magnífico palacio , en el cual se veian , ademas de los mas bellos adornos de la arquitectura y los muebles mas ricos , jardines del mas esquisito gusto , y hasta lagos y bosques.

El espectáculo de aquel terrible incendio , los gritos de los ancianos , mugeres y niños , la desesperacion de los que veian perecer sus bienes , el tumulto de los que los sacaban , y pensando salvarlos se veian rodeados de las llamas ó perecian oprimidos con las ruinas : este horrible espectáculo no llega to-

avía á la inhumanidad del que dió Neron al pueblo en sus jardines, siendo los que le representaban los cristianos. Para apartar de sí la sospecha bien acreditada de que él era el autor del incendio echó la culpa á los cristianos, los cuales se habian multiplicado ya mucho en la capital: refinó cuanto pudo acerca de los tormentos que habian de padecer: unos cubiertos de pieles de fieras eran entregados á los perros, que los devoraban: otros puestos en una cruz esperaban una muerte lenta entre agudísimos dolores; y otros por último, cubiertos de materias combustibles, y clavados á varios postes, ó arrojados en diferentes fuegos, sirviendoles de pábulo con su carne, eran las luminarias que daban luz á las diversiones de un monstruo que vestido de cochero recorría las alamedas en su carro. Pero ni estas atrocidades, ni algunas señales de bondad que dió al pueblo pasado el incendio, pudieron conseguir que cayese la opinion de que él habia sido el incendiario.

Ya por último llegó á su colmo la impaciencia de los romanos, y produjo una conspiracion. Senadores, caballeros y aun mugeres entraron en ella, y sin duda se formó por el descontento general, sin que se sepa positivamente el autor. Cayo Pison pasó por haber sido el gefe: mostraba este unas virtudes que se hacian sospechosas con su lujo y sus gastos, y se creyó que no tanto le escitó la gloria de vengar á sus conciudadanos y librarlos del tirano mas horrible, quanto el deseo de conseguir el imperio. Casi en sus principios estuvo para ser descubierta la conspiracion por la imprudencia de una liberta, llamada Epicaris, cuya conducta de nada tenia menos que de arreglada. Esta ó la emplearon, ó ella misma se empleó en ganar cómplices entre las tropas,

y abrió indiscretamente su corazón á un tribuno que la descubrió. Ella negó con tanta firmeza que no la pudieron convencer; pero Nerón la hizo guardar en la cárcel.

Una ligera falta de atención y una precatción demasiada descubrió toda la conjuración: porque uno de los conjurados, llamado Escevino, se había reservado el honor de dar el primer golpe; y examinando su puñal, halló que no estaba bien afilado y tenía un poco de orín. Se le dió á Milico, liberto suyo de confianza, para que le llevase á componer. Al mismo tiempo hizo preparar vendas como para vendar llagas y detener la sangre. Dió también un gran festín á sus amigos, en el que estuvo con aire pensativo, y después recompensó á algunos esclavos, y dió libertad á otros. Todo esto dió que rezelar á Milico. Este dió cuenta al emperador, el cual en estos preparativos vió de repente la conspiración contra su vida. Se aseguró de Escevino, quien al principio se defendió muy bien; pero la muger del liberto indicó coloquios y conferencias secretas, con lo que arrestaron á muchas personas. Estas se contradecían en el interrogatorio: una asustada de ver el aparato de la tortura, declaró á sus mejores amigos: otra hasta á su propia madre.

Ya llegó el momento de hacer hablar á Epicaris, y así la sacaron de su prisión, y la pusieron al más cruel tormento; pero siempre sostuvo que estaba inocente, y á ninguno acusó. Llevándola á nueva tortura en una silla, porque no podía andar, hizo un nudo corredizo del pañuelo que tenía al cuello, le ató por un extremo á la silla, y se ahorcó. Menos constancia manifestaron los hombres que una muger: se multiplicaron las confesiones, y con ellas

los tormentos para sacar otras. Lo que ya vimos en otra ocasion, y siempre admirará, es que los mismos cómplices tuvieron tal vez á su cargo la odiosa comision de presidir al tormento: que cumplieron en ella con todo el rigor como si fueran inocentes, y que los atormentados no los declararon, aunque los conocian muy bien por cómplices. Asistia Neron á estas horribles escenas con tan atenta observacion, que no podian los gefes de los verdugos suavizar de ningun modo los tormentos. En uno de estos interrogatorios, viendose uno de los jueces ya para ser acusado, hizo cierta demostracion de que queria matar al tirano, y un cómplice le detuvo con una seña, dandole á entender que aun no era tiempo. La mayor parte mostraron muriendo mas fortaleza que la que se necesitaba para egecutar su designio.

Pison se hizo cortar las venas. Laterano, cónsul designado, respondió con los términos del mayor desprecio á Epafrodito que tenia orden de interrogarle; y aun tuvo generosidad para no reconvenir al tribuno, que era cómplice con él, y tenia el encargo de degollarle. Herido ya con el primer golpe, se puso por sí mismo en proporcion de ser decapitado. Subrio, gefe de una cohorte pretoriana, preguntandole Neron por qué habia faltado al juramento de fidelidad, respondió: "Yo te he sido fiel mientras tú lo merecias; pero no te he podido sufrir desde que llegaste á ser parricida, cochero, bufon é incendiario." Esta animosa respuesta fue lo que Neron sintió mas. Sulpicio Asper, á quien preguntaba por qué habia conspirado contra él, le dijo: "Porque no hallaba otro remedio á tus maldades." Los talentos, en vez de servir de salvaguar-

dia, se atraian una atencion peligrosa. El poeta Lucano pereció mas por sospechas que por haberle convencido. Petronio tuvo antes de morir el gusto de dejar una sátira, cuya libertad se tiene por una memoria de las infamias de Neron, creyendo que así le sacrificaba á los desprecios de la posteridad. Aunque no tuviese alguno mas culpa que la de no gustarle, bastaba para que no le perdonase el tirano, y se complacia en asustar á los mismos que creia inocentes. Envió á quitar la vida al cónsul Vestino, que estaba dando un gran convite, cuando ni aun se creia que se acordase de él, pues no habia incurrido en la conjuracion; pero Neron le aborrecia: hizo que toda la noche estuviesen los convidados con guardias entre las angustias de la incertidumbre, y dijo, enviando á ponerlos en libertad: "Bien han pagado la honra de haber comido en la casa de un cónsul."

No perdonó á los hijos de los conjurados, porque á unos los echó de Roma, hizo encarcelar ó matar de hambre á otros con sus preceptores y criados, y esterminaba de una vez familias enteras. Mientras se hacian estas egecuciones y muertes, resonaban en los templos las acciones de gracias y cánticos de alegría. Este, á quien habia quitado el hijo; aquel, á quien habia privado de un pariente ó un amigo, adornaba su casa como en una fiesta y regocijo público. Los senadores aparentaban un gozo proporcionado á la tristeza que precisamente ocultaban: decretaban ofrendas á los dioses, y principalmente al sol, que habia descubierto la conjuracion, para que no se egecutase la muerte en su templo, como estaba proyectada; y el puñal que habia de servir de instrumento fue consagrado en el capi-



Vestino asesinado.

Sin otro delito que ser odioso á Neron quando Vestino entre la alegría de un convite, y rodeado de sus amigos, ni aun sospechaba este desgraciado Cónsul que se acordase de él aquel perverso, le asaltan y asesinan por órden suya. No bastaba á saciar la rabiosa sed de sangre en este tirano la de tantas victimas inmoladas á sus recelos, pues se recreaba tambien en hacer derramarla por solo capricho.



folio. ¿Cómo podía el tirano menos de tener estas apariencias por sinceros testimonios de alegría, viendo que unos iban á besarle la mano, y otros á abrazarle las rodillas? A muy pocos perdonó; pero dió grandes recompensas á los denunciadores y á los verdugos. Libre ya de inquietudes, volvió á tomar el arpa y el vestido de cómico, y se presentó en la escena sujetandose á todas las leyes del teatro; esto es, á no reposar ni limpiarse con el vestido, y á no gargarajar ni sonarse mientras duraba la accion: por último, poniendo una rodilla en tierra y saludando al concurso, esperaba la sentencia de los jueces con la modestia de un hombre que la aguardaba con temor; pero no habia seguridad ni aun en parecer indiferente: pues tenia espías esparcidas por el anfiteatro que observaban el semblante de cada uno; y aun Vespasiano corrió peligro de la vida por haberse dormido, despues que habia estado en vela aquella noche guardando su puesto.

Da fin el historiador Tácito á sus lúgubres relaciones y espantosas pinturas con dos escenas que enternecen. La primera es la de una familia, cuyos individuos murieron juntos, á saber: Lucio Vetus, su suegra Sercia, y su hija Polacia. No tenia Neron contra Lucio otro agravio que vengar sino que era sobre la tierra una reprension viva de la muerte de su yerno Rubelio injustamente condenado; pero Neron hizo acusar al suegro con la misma injusticia. Fue Polacia, y se arrojó á los pies del emperador; pero no pudiendo conseguir gracia, volvió á anunciar á su padre con mucho valor que no habia mas recurso que morir. Se encerraron todos tres en un mismo cuarto, los llevaron al baño, y allí les abrieron las venas con un mismo hierro. Mira-

ba el padre á su hija, la madre á sus hijos, y cada uno deseaba ser la primera víctima de la muerte que se les acercaba. La mas anciana espiró antes segun la ley de la naturaleza, despues murió el padre, y últimamente la hija; y el senado fue tan vil que los declaró por reos de alta traicion.

La otra escena es el proceso de Traseas, aquel senador intrépido que no quiso aplaudir la muerte de Agripina, ni ofrecer sacrificios por la conservacion de la voz divina del emperador: estos fueron los principales capítulos de acusacion contra él. Las culpas de Sorano, citado tambien á juicio, eran que siendo gobernador de Pérgamo no habia permitido que Acrato, liberto de Neron, se llevase las estatuas y pinturas de esta ciudad. Por último, á su hija Servilia se la imputaba á delito el haber consultado á los mágicos: estas son las maldades por las cuales mandó el emperador condenarlos á muerte, pero dejando á su eleccion como habia de ser esta. Los culpados fueron introducidos á la audiencia entre dos filas de soldados, con el encargo de decir á los senadores cual era su delito. De esta obra de iniquidad solo se sabe el interrogatorio de la hija de Sorano, de la que el historiador asegura que era jóven y hermosa. "¿Has consultado tú á los adivinos?" la preguntó el juez. "Sí, respondió ella con ingenuidad y candor; pero fue para saber si habia medio de aplacar al emperador y salvar la vida de mi padre." "¿No has vendido hasta las joyas para emplear el dinero en conjuraciones mágicas?" Aquí se postró en tierra la desconsolada Servilia, y despues de algunos instantes de silencio, dijo, abrazando al altar y con los ojos bañados en lágrimas: "Yo no he invocado divinidad alguna prohibida: todas

mis súplicas han sido santas, y sin otro fin que el de librar á mi padre : he dado mi pedrería y mis adornos, y hubiera dado mi sangre y mi vida si me la hubieran pedido por la suya. Si en esto he faltado , yo sola soy la culpada , que mi padre está inocente.” El padre exclamó : “Pues mi hija no tiene parte en los delitos que me imputan , no es razon confundir nuestras causas. Yo estoy pronto á sufrir mi destino sea el que fuere , y espero que no será comprendida una hija inocente en la condenacion de su padre.” Quiso abrazar á su hija , ésta le estendió sus brazos, y se pusieron por medio los lictores. Aunque por haberse perdido esta parte de la historia de Tácito no sepamos cual fue la suerte del padre y de la hija , no nos permite creer el carácter conocido de Neron que este bárbaro se compadeciese. Traseas se hizo abrir las venas.

Dejó Neron á Roma por algun tiempo, y dió el gobierno á Helio su liberto, asociandole á Policletes, que tambien lo era; y tenian un poder tan absoluto, que podian desterrar y quitar la vida aun á los senadores sin dar parte al emperador. Este fue á pasear sus caprichos y su locura en la Grecia; porque decia que los griegos conocian mejor que los romanos las prendas de cada uno. Admiraban su voz celestial, y así no les escaseaba el placer de oirle. Los tenia dias enteros en el teatro, y sería sin duda ingratitud no escucharle cuando tanto trabajo se tomaba por conservar aquella hermosa voz. Siempre dormia boca arriba con una plancha de plomo en el estómago: usaba frecuentemente de purgantes, y se abstenia de las frutas ó manjares que pudieran echarsela á perder. Temiendo que cuando hablaba en público se le desarreglase el tono con descrédito

de su admirable órgano, creó un empleo, y el que le tenia debía advertirle cuando no se afinaba lo suficiente, y ponerle un lienzo en la boca si arrebatado de alguna pasión no atendia á sus advertencias. Este empleo no tiene egemplar en la historia.

Llevó el emperador el premio en los juegos olímpicos y en otros que usaba la Grecia. Hacia que le diesen ricas coronas, en términos que se recompensaba del placer que habian tenido en oírle. Como gustaba de las obras del arte, se llevó de todas las ciudades las pinturas, estatuas y curiosidades que le parecian bien; pero repartidas estas preciosidades en muchos navíos, se perdieron en una horrible tempestad que le sobrevino cuando volvió á Roma, adonde le llamaron temiendo una sublevación que estaba para romper por las estorsiones de los gobernadores. Helio fue corriendo á avisarle del peligro, y á suplicarle que fuese á sosegar y castigar á los romanos. “¡Con que me envidian, dijo suspirando, la gloria que recibo en Grecia!” Llegó á tiempo para prevenir el efecto de una conspiración, cuyas circunstancias se ignoran.

Todos se admiran de la inacción insensible de una ciudad como Roma, grande y opulenta, en la cual, á pesar de las proscripciones, habia aun familias distinguidas, hombres de grande mérito, un senado numeroso, los magistrados del antiguo gobierno, cónsules, tribunos, censores, ediles, pretores, y otros que eran la fuerza y ornamento de la república. Habia colegios de sacerdotes encargados de la magestad del culto, escuelas para la enseñanza, el orden de los caballeros capaces de reflexionar y obrar; y entre los ricos y el populacho la clase de hombres industriosos que tienen necesidad de la paz,



Neron en los juegos olímpicos.

No cansado este monstruo de abusar de la paciencia y abatimiento á que habian llegado los romanos, tomó la extravagante resolución de dexar á Roma, y pasar á Grecia, abandonando el gobierno en manos de unos despóticos libertos, para lucir en los juegos olímpicos su destreza cocheril; objeto mas interesante sin duda en su concepto, que la felicidad de los pueblos que regia.



y por su grande número son capaces de mantenerla cuando existe, y de restablecerla cuando otros la turban. No obstante, ya se habia encorvado Roma bajo un cetro de hierro ensangrentado, hasta ser desde el tiempo de Augusto el juguete de la locura de los emperadores y de sus ministros. Se pregunta por la causa de este abatimiento, y la hallan en la política que presidió en la transformacion de la república. Aunque Augusto conservó el exterior de las autoridades, las confundió unas con otras: mudó ó cercenó el poder de cada una. La aprobacion con que animaban á los delatores y los castigos consiguientes introdujeron el terror en todas las almas, y pusieron silencio á los que pudieran reclamar. Ya los tribunales y aun el mismo senado no eran intérpretes de la justicia, sino ministros de la voluntad de aquel que echaba mano de las calumnias y verdugos. El pueblo estaba contento ó indiferente porque le proporcionaban fiestas y le divertian con espectáculos: y sobre todo se procuraba que no le faltasen víveres.

Si alguna vez se irritaba por las injusticias claras contra personas de su estimacion, estaba allí cerca el campo formidable de las cohortes pretorianas, en palacio una numerosa guardia, y en todos los cuarteles de la ciudad destacamentos de soldados feroces, que eran una tropa compuesta de todas las naciones, hombres sin parientes y sin propiedad, que solo conocian á quien los pagaba. Los pretorianos, que eran sacados de los auxiliares ó de los pueblos subyugados, acostumbrados á la libertad de campaña, hallaban una sociedad muy análoga á su carácter en el populacho de Roma, del que se valian en caso de necesidad por ser una mis-

ma la brutalidad de costumbres, la falta de propiedades, y por estar sacrificados igualmente al que podia soltar la rienda á su codicia. A la parte industriosa la contenia y hacia dócil á las voluntades de los tiranos el temor del pillage que continuamente la amenazaban bajo la espada de las cohortes y el puñal del bajo pueblo. De este modo se dejaba Roma sublevar, agitar y calmar como la ciudad mas pequeña.

A las órdenes arbitrarias que los emperadores enviaban á las provincias bajo las antiguas fórmulas de *Senatus Consulto*, ó decreto del pueblo, se las daba entera obediencia, porque en los países distantes ignoraban las astucias y violencias con que se conseguian estas determinaciones. Además de esto tenian en Roma como en rehenes á las familias de los gobernadores, y por poca oposicion que quisiesen mostrar ellos y sus principales oficiales, todos romanos, debian temblar por no perder unas prendas tan queridas. Esta política fue la que impidió por tantos años que se atreviesen contra unos príncipes tan bárbaros ó locos, y por la que hicieron con tanta lentitud sus esfuerzos, que Neron con la menor energía y valor hubiera podido contenerlos.

Los primeros golpes contra este príncipe salieron de la Galia Céltica, cuyo gobernador era Julio Vindex: descendia de los reyes de Aquitania, y por su origen se le hacia mas insoportable ver suspirar á los gaulas oprimidos con impuestos. Juntó hasta cien mil de ellos, y envió públicamente á proponer á Galba, gobernador de una parte de España, cuyas secretas intenciones conoceria sin duda, que se juntase con él, prometiendo reconocerle por em-



Discurso de Galba.

Determinado finalmente Galba por las razones de Tito Vinio, convoca una junta de Españoles, y en un vehemente discurso les pinta los excesos de Nerón, les exhorta á sacudir su tiránico yugo, y á vengar tantas víctimas sacrificadas. Conmovidá la asamblea le saluda Emperador; pero él protesta no admitir este cargo sino como teniente del Senado y del pueblo. Pocos exemplares hay de tanta moderación.

perador; y el gobernador de Aquitania al mismo tiempo le pedia socorro contra Vindex. Galba, dudoso entre dos proposiciones tan opuestas, juntó sus amigos, y estos le aconsejaron que sondease las disposiciones de la capital antes de resolver. Tito Vinio, tribuno de la única legion que habia en la provincia, se levantó y dijo: "¿Qué hay que deliberar? Ya es delito capital el que se trate sobre si continuaremos en ser fieles á Neron. Ya no hay medio: debéis entrar en la idea de Vindex, ó marchar al punto contra un hombre que mas quiere ver á Galba en el trono que á Neron." Con este breve discurso se determinó Galba; y convocando una junta general de españoles, subió á la tribuna rodeada con los retratos de muchas personas ilustres inhumanamente sacrificadas, é hizo un discurso vehemente, en que reprendia todos sus delitos. "¿Qué atentado ha sido para él demasiado horrible? ¿No se ha manchado con la sangre de su padre, de su madre, de su muger, de su preceptor, con la de todos cuantos en el senado, en la ciudad y en las provincias se distinguian por su nacimiento y sus riquezas, ó por su valor y virtud? La sangre de tantas victimas inocentes pide á gritos la venganza. Pues tenemos armas y ocasion de servirnos de ellas, avergoncémonos de estar por mas tiempo sacrificados, no á un principe, sino á un incendiario, á un parricida, á un can-tarin, á un comediante, á un... ¿Podré yo honrar con el nombre de hombre á un monstruo, que no pertenece á nuestra especie, pues tiene un hombre por marido, y él es marido de otro hombre?" Galba al concluir protestó á la numerosa asamblea, que le saludaba emperador y augusto, que él se

tomaba el mando como teniente del senado y del pueblo.

Mientras él deliberaba, se veía Vindex perseguido por Virginio, gobernador de la alta Alemania. Se cree que los dos gefes estaban de acuerdo para unirse contra Neron; pero á pesar de ambos pelearon los dos egércitos: Vindex fue el vencido, y se quitó la vida. El egército victorioso ofreció á su general el imperio; pero este no le admitió, diciendo que no sufriria que alguno egerciese el soberano poder sino se le conferia el senado, que era á quien pertenecia de derecho. Esta resolucion paró á Galba, porque sus negocios con la derrota de Vindex estaban reducidos á una crisis temible; pero Neron lo ignoraba.

Estaba este en Nápoles cuando supo la rebelion de Vindex, y no le inquietó mucho la noticia. Lo que mas sintió fue que el gobernador de la Galacia le llamase en su manifiesto *pobre arpista*. "¿Le pertenece á él, decia, juzgar de mi capacidad en un arte que á mí me ha costado trabajo, y él no ha aprendido?" y para refutar la odiosa calumnia de los rebeldes empezó á tocar el arpa con mas frecuencia que nunca. Estudiaba la atencion de los oyentes, y cesaba de cuando en cuando para preguntarles si jamas habian conocido otro que le igualase. No obstante, como las noticias iban siendo mas desagradables, volvió á Roma: allí supo la rebelion de Galba, la cual no le ocasionó susto, sino rabia. Quería enviar á todas las provincias asesinos que matasen á los gobernadores, á los generales de egército, á todos los desterrados, temiendo que se declarasen por los rebeldes; y hacer degollar á todos los gaulas que habia en Roma como cóm-

plices de sus paisanos: dar veneno á todo el senado en un convite: poner fuego á la ciudad, y soltar á un mismo tiempo todas las fieras que se guardaban para los públicos espectáculos para que los habitadores no pudieran apagar las llamas.

Despues de este volcan de desesperacion, que se apagó con la imposibilidad de egecutar proyecto tan terrible, pensó Neron en levantar tropas, y ninguno se presentó voluntariamente: quiso valerse de la fuerza, pero huian y se ocultaban: ya no era tiempo de alistar, como algunas veces le habia sucedido, los bailarines y cómicos: era demasiado serio el asunto, y no era ocasion para armar á sus concubinas y las cortesanas de Roma, de las cuales en tiempo de mas sosiego se habia hecho una compañía de guardias. Al rededor de él tronaba la tempestad, y se aceleró el rompimiento por un contratiempo que sublevó la ciudad.

Sobrevino hambre, y dijeron que habia llegado un navío de Egipto, que era el pais de donde venia regularmente el remedio de este mal. Acudió el pueblo creyendo hallarle lleno de trigo, y vió que venia cargado de arena para los gladiadores y luchadores: entraron todos en furor, se juntó tumultuariamente el pueblo, hizo pedazos las estatuas del emperador, rasgó sus retratos, saqueó las casas de sus favoritos y cometió una infinidad de desórdenes.

En estas circunstancias supo Neron que se habian rebelado las legiones de la alta Alemania, y habian ofrecido el imperio á Virginio. Se vió consternado, se previno de veneno, y tomó la resolucion prudente de huir á Egipto; pero dilató la egecucion para el dia siguiente. Durante la noche, Ninfidio, que era su mayor favorito despues de Tigelino, for-

mó el proyecto de apoderarse del trono. Era Ninfidio hijo de una liberta que seguia la corte, y muy condescendiente con los que la constituian. Por solo este título decia ser hijo de Calígula: y porque tenia la talla, el aire furioso de este príncipe, y la pasion á los excesos con que él habia manchado su fama.

Era juntamente con Tigelino comandante de las guardias pretorianas. Mientras Neron dormia, hizo decirles que el emperador se habia huido; pero como estimaba tanto á Galba, le hizo proclamar, aunque contando con que él substituiria despues en su lugar.

Despertó Neron, supo la desercion de sus guardias, hizo llamar á sus amigos, pero nadie vino. Salió de su palacio, fue á buscarlos, y llamando á sus puertas, no le respondieron. Volvió, y todo en su cuarto habia desaparecido, muebles, pinturas, hasta la cama y la caja del veneno: mandó á un gladiator que le matase, y este no quiso. "¿Qué es esto? dijo, ¿con que soy tan infeliz que no tengo amigos ni enemigos!" Faon, que era uno de los primeros, le ofreció ocultarle en su casa de campo. Se puso en camino acompañado de cuatro personas, montado sobre un mal caballo, con un vestido viejo, y ocultando el rostro. Pasando por el campo de las guardias pretorianas, oyó las maldiciones que le echaban los soldados. A la sazón habia una horrible tempestad, y los truenos, la lluvia, los relámpagos, hasta un temblor de tierra, hacian su huida mas penosa. Se le cayó el lienzo con que cubria el rostro, y le conocieron; pero él con el temor de que le prendiesen, se entró por entre espinos y zarzas hasta la puerta de la casa, y despues de alguna tardanza se la abrieron.

Allí supo que el senado le habia condenado á muerte *segun la costumbre de los antiguos*. Preguntó que cual era esta costumbre de los antiguos, y le respondieron: "Ser despojado, atado á un poste por la cabeza, azotado con varas hasta morir." Bien conocia que debia preferir una muerte mas pronta; pero no tenia alientos para darsela: hubiera querido que alguno de sus criados le diese egemplo para animarle; pero ninguno se halló con disposiciones de complacerle. Sacó un puñal, le acercó á la garganta, y dijo: ¡Qué hombre tan hábil va á perder el mundo!" Esta fue una de sus últimas sentencias. Epafrodito, su liberto, le hizo de un golpe el servicio que pedia.

Ratificó el senado (69) la proclamacion que ha- A. de J. C.
 bia escitado Ninfidio, y envió diputados á Galba. ^{69.}
 Sin duda los padres conscriptos, rodeados de guardias pretorianas y bajo su poder, no se atrevieron á tomar la autoridad que habian tenido y restablecer la república. Se lisonjeaban de que su suerte sería mas feliz, y de que verian renacer los hermosos dias del imperio con un hombre de carácter benigno y buen general, que habia dado pruebas de moderacion cuando no quiso aceptar el imperio sin el consentimiento del senado; pero Galba se dejó gobernar de tres favoritos, cuyos malos consejos le hicieron cometer los desaciertos que abreviaron su reinado y su vida. El primero Vinio Celio, que con su fortaleza le habia hecho aceptar el imperio mientras deliberaba sobre la oferta de Vindex, no quiso haber inspirado en vano esta resolusion, y orgulloso y altivo siempre estaba por el rigor. El segundo Cornelio Lacon, hombre de poco valor, pero insolente, habiendole hecho capitán de las guardias pre-

torianas, no podia con estos defectos disimular su envidia contra los que tenian algun mérito. Por último, Icelo, esclavo antes, pero ya liberto, y el hombre mas codicioso, solo pensaba en juntar tesoros. Se hizo mas rico en siete meses que los mas avaros ministros de Neron en catorce años.

Tenia Galba setenta cuando subió al trono: en él habia notado Augusto por su fisonomía un no sé qué de afortunado: pues habiendo un dia ido á saludarle con otros jóvenes de su edad, le puso la mano sobre la cabeza, y le dijo: *Tú, hijo mio, tomarás el pulso al imperio.* Era exacto en la disciplina y la justicia, y algo severo, y se condujo en el mando de los egércitos y en el gobierno de las provincias de manera que se llevó la estimacion pública. Desde que murió Calígula le solicitaron para que tomase el imperio, y él se negó á la oferta, y aun ayudó á Claudio á subir al trono; y tal vez hubiera sido fiel á Neron, si este por influjo de sus coleccionadores de impuestos, porque no los ayudaba en sus exacciones como ellos deseaban, no hubiera manifestado la intencion de deshacerse de él.

Tomó su camino el nuevo emperador por las Galias acompañado de una guardia española y de sus tres confidentes. Virginio se le presentó; pero Galba menos agradecido á que el gobernador de la alta Alemania acababa de renunciar el imperio que le ofrecian sus soldados, que picado de que no hubiese querido reconocerle antes de la eleccion del senado, le recibió con frialdad, lo cual desagradó á sus legiones. Mientras caminaba con lentitud en una litera por su mucha edad, estaban los pretorianos haciendo justicia de Ninfidio, el cual les habia confesado que bajo el nombre de Galba trabajaba por

si mismo. Tuvo la audacia de ir á su campo proponiendo comprar los votos con promesas exorbitantes, y le mataron. Muchas personas, aun consulares, se habian agregado á su fortuna, y envió Galba órden á Roma para que las condenasen. Señaló su marcha con sangrientas egecuciones, algunas justas, y otras por provocacion de sus ministros apresurados á aprovecharse de ún reinado que no podia ser muy largo. Se les reprende de que todo lo vendian, los cargos, las provincias, las rentas públicas, y la justicia, quitando la vida á los inocentes, y dejando libres á los culpados, de suerte que ya se temia en Roma la llegada de un príncipe antes tan deseado.

Tomó cuentas á los ministros de Neron, lo que mereció la aprobacion general, y alabaron mucho que los castigase; pero llevaron á mal no ver entre ellos los nombres de Tigelino y Haloto cubiertos del odio público. Pedia el pueblo á gritos su castigo; y no le consiguió, porque ellos habian repartido sus rapiñas con los favoritos del emperador: y aun tachó éste en un edicto la grande ansia del pueblo por esta especie de venganza. No fue tan indulgente con los cómicos, las cortesanas y otras gentes gratificadas por Neron: pues contó con ellos, y los hizo entregar y poner en el tesoro del estado nueve partes de las diez que habian recibido.

Le pidieron los pretorianos la gratificacion que Ninfidio les habia ofrecido en su nombre, y respondió con sequedad: *Yo escojo mis soldados, no los compro*. El grande rigor con que castigó á un cuerpo de marinos que habian faltado á las reglas de la disciplina exasperó los espíritus de la soldadesca. El asesinato de Macer, comandante en Africa, y el de Ca-

piton en la baja Alemania, sin que se supiesen sus delitos, y cuyas muertes se atribuian á la envidia de los ministros, hizo temblar á los hombres de alguna distincion. El pueblo estaba enfadado de no ver ya fiestas, espectáculos ni distribuciones, y de tener que trabajar: de suerte que estaba fermentando un sordo descontento que solo esperaba el instante de romper.

En estas circunstancias tuvo Galba noticia de que las tropas de la alta Alemania se habian rebelado porque en lugar de Virginio, á quien estimaban, las habia dado un comandante incapaz. Esta especie de desprecio, junto con estar persuadidas á que nunca perdonaria á Galba que hubiesen ofrecido el imperio á Virginio, las hizo tomar la resolucion de pedir otro emperador. Esto fue lo que llevó al punto de madurez el proyecto, que el viejo Galba meditaba, de adoptar un sucesor; el conocimiento de esta intencion llenó la corte de intrigas; y los que fijaban la atencion eran dos sujetos principales, Oton, el antiguo marido de Popea, y Dolabela, pariente cercano del emperador. El primero parecia el mas querido de Galba segun los muchos favores que le hacia, y tenia de su parte el voto de los cortesanos de Neron, lisonjeados con la esperanza de que con él nacerian de nuevo los placeres: tenia tambien el de los soldados, de quienes era estimado, y la proteccion de Vinio, que por no estar casado pensaba en darle su hija. Lacon, otro ministro, estaba por Dolabela, porque este le parecia inclinado á dejarse gobernar.

Pero mientras fermentaba la intriga, el viejo que solo pensaba en el bien público, fijaba su eleccion en Pison Luciano. Era este de edad de treinta

y un años, y amado generalmente por su modestia y conducta urbana para con todos. Se notaba en sus costumbres la severidad de los antiguos romanos, y virtudes morales que Galba habia observado en él mucho tiempo antes, y que le habian hecho tomar la resolucion de instituirle su heredero antes de ascender al imperio. Cuando le nombró para sucesor le hizo un discurso de mucho juicio y ternura, diciendole: "Por el amor á mi patria y por tu virtud te doy el imperio: si la república pudiera pasarse sin un soberano, hubiera yo empezado por separarme; pero en el estado en que se halla, ni yo puedo hacer mas que elegir un buen sucesor, ni tú servirle mejor que mostrandote digno de serlo." Despues le dió los consejos mas prudentes sobre la conducta con los cortesanos. "Aunque conserves tu virtud, los que se te acerquen perderán la suya: la adulacion ocupará el lugar de la verdad, y el interes el del afecto, siendo así que es el veneno que le mata: los cortesanos no tanto hablan con nosotros quanto con nuestra fortuna." Le hizo presente la suerte de Neron, y dijo: "No fue Vindex quien le quitó la posesion con una provincia desarmada, ni yo con una legion: su crueldad y sus excesos le hicieron el primer egemplar de un príncipe condenado por sus mismos vasallos." Y concluyó con estas palabras notables: "Ten por cierto que el método mas seguro para reinar es considerar bien lo que se aprueba y lo que se reprende en otros príncipes. Aquí no sucede lo que en otras naciones, en las cuales uno solo es el que manda, y todos los demas obedecen: tú vas á gobernar unos hombres que ni pueden sufrir la servidumbre ni la libertad."

Ya Oton habia contado con el imperio; pero

viendo frustradas sus esperanzas, y hallandose cargado de deudas, no tenía otro recurso que el trastorno del estado. Sus esclavos y libertos, que esperaban contentos esta fortuna, le animaron á no dejarse caer en semejantes circunstancias; y uno de ellos le presentó dos hombres como muy á propósito para empezar una revolucion. Era el primero Veturio, simple soldado de las guardias; y el otro Barbio, oficial de poca graduacion, que tenía á su cargo recibir por escrito la *palabra* del tribuno, y comunicarla en las tiendas. Los examinó Oton, y hallandolos capaces de cualquier ardua empresa, les hizo grandes regalos, y les prometió otros mayores: los cargó de dinero, y los envió al campo bien instruidos, y no menos deseosos del acierto.

A cada uno le hablaban segun le consideraban dispuesto: á los alemanes de la preferencia concedida á los españoles; á los marinos del castigo cruel de sus camaradas diezmados por una insubordinacion. Ya se iban moviendo los espíritus, y cuando poco mas ó menos consideraron los dos agentes que estaban ya seguros, lo pusieron en noticia de Oton. Se resolvió pues; pero no halló mas que veinte y cuatro soldados en el puesto de donde habia de salir la esplosion. Asustado con tan corto número, quiso huir; mas ellos le detuvieron; y juntandose otros veinte, le llevaron al campo, y le proclamaron. Pasó de boca en boca el nombre de Oton, y á poco tiempo resonó en la ciudad, que estaba llena de soldados. Galba tuvo noticia del hecho; pero como no podia imaginar semejante desórden, tomó medidas muy débiles: envió á Pison á los pretorianos que estaban de guardia, se presentó Pison á ellos, les hizo una arenga: manifestaron buena voluntad; pero

arrastrandolos el tropel los siguió Galba.

Mientras marchaban al campo se esparció la voz de que habian quitado á Oton la vida; y aun dicen que se propagó con el fin de infundir seguridad al viejo; mas apenas entró este, cuando le atropelló la multitud, le atravesaron con una espada, y espiró. La mayor dificultad para Oton fue impedir el pillage; porque no habia en la ciudad cuartel que no estuviese hormigueando en soldados, y todos, por decirlo así, respirando robos y muertes; pero los contuvo á fuerza de ruegos y promesas. Solamente dió rienda á alguno de los mas feroces, cuya crueldad dirigieron sus emisarios contra aquellos de quienes podia tener mas que rezelar ó temer. En esta confusion mataron á Vinio; y Tigelino, que se habia librado de la justicia de Galba, recibió de Oton orden para quitarse la vida, y lo ejecutó en medio de sus cortesanos despues de muchos sentimientos y abrazos. No se creyó emperador Oton hasta que le presentaron la cabeza de Pison. De Galba se dice que si nunca hubiera subido al trono, le habrian tenido por hombre capaz de gobernar.

Despues del primer tumulto, inseparable de las alteraciones del imperio, subió Oton al trono con la tranquilidad de un hombre que toma posesion de una legitima herencia, llevandole sus soldados en triunfo, felicitandole el pueblo y aplaudiendole el senado; pero ya tenia á la frente un rival en Vitelio, cuya sublevacion le habian ocultado á Galba. Se hubiera admirado mucho con la noticia este emperador, porque no le tenia capaz de empresa alguna importante: pues cuando le dió el mando de la baja Alemania al sentarse en el trono, declaró Galba que no se le conferia por tenerle en grande estima-

cion, ni por la opinion ventajosa de su habilidad, sino porque estaba persuadido á que los grandes comedores no eran temibles, y por ser la Alemania un pais propio para que engordase un hombre del apetito de Vitelio.

Quien le sacó del letargo de su gula fue el capitán de una legion, llamado Valente, que no estaba bien con Galba, y le escitó á aprovecharse del afecto que le tenían los soldados y él se merecia, como que le habia ganado con acciones de justicia y bondad. Otro comandante de legion, que se llamaba Cecina, hizo que se declarase en su favor el ejército de la alta Alemania, que ya estaba irritado contra Galba, y así se halló Vitelio emperador casi sin pretenderlo. Como en todas las revoluciones hay efusion de sangre, concedió en esta Vitelio á instancias de los soldados que se quitase la vida á algunos; pero libró á otros de su furor mandando llevarlos á la cárcel. Hizo con sus dos generales su plan de guerra, y esta habia de caer sobre la Italia: Valente se convino en pasar los Alpes por el camino que despues se ha llamado el *gran San Bernardo*, y Cecina con treinta mil de la alta Alemania por el monte *Cénis*: eran estas tropas la flor de los ejércitos romanos. Desde el Norte del imperio marcharon á las Galias por entre arroyos de sangre, esparciendo en todas partes el terror, forzando á los indiferentes y á los enemigos á seguir sus estandartes; y habiendo pasado los Alpes, se hallaron con la fortuna, que siempre acompañó á Vitelio, de que un cuerpo de caballería se habia sublevado á su ejemplo, les aseguraba las llanuras que riega el Po, y el paso de este rio.

Oton por su parte se hacia amar por sus cos-

tumbres dulces y benignas ; y porque , sin dar en los excesos de Nerón , restituyó á Roma algunos regocijos con su afición á las diversiones. Se nota que fiel á sus primeras amistades levantó á las dignidades aquellos amigos del tiempo de su juventud que las merecian , y volvió á levantar las estatuas de Popea su esposa , derribadas despues de la muerte de su asesino. Tenia de su parte todo el mediodia del imperio y casi toda la Italia. Con estos auxilios no le fue difícil juntar un ejército formidable : se puso á su cabeza , y fue á buscar á los enemigos. Seguía Vitelio á lo lejos á sus generales con un cuerpo numeroso de reserva. Se escribieron los dos rivales cartas bastante corteses ; luego propusieron recíprocamente cederse el imperio con los reintegrós y recompensas correspondientes ; despues de esto repartirle ; y por último , se enviaron mutuamente injurias , amenazas y asesinós.

Las envidias , los odios y los intereses personales , que son los que sustentan las facciones , dieron á cada uno de ellos partidarios ; y en Roma principalmente se advertia la division. Dominaba en esta ciudad una inquieta manía , que á muy poco se convertia en frenesí. El tribuno Crispinio , encargado de armar una cohorte que venia de Ostia , hizo por precaucion abrir los almacenes y cargar los carros al principio de la noche. El momento y el aspecto de los egércitos dió que sospechar á los soldados , y de repente se apoderó de ellos el furor acusando á sus gefes de malas intenciones. Empezaron los sediciosos por dar muerte al tribuno , montaron á caballo con espada en mano , marcharon al palacio del emperador , que á la sazón estaba dando un convite á muchas personas de ambos sexos,

entre las cuales habia ochenta senadores ; y los convidados no sabiendo si debian huir ó quedarse , si era traicion ó conmocion , todos miraban al emperador , quien por su parte no estaba menos asustado que ellos. Despachó los gefes de las cohortes pretorianas á sosegar el tumulto , y despidió á los convidados. Huyó cada uno y se escondió en donde pudo : entraron los furiosos en la sala del festin diciendo que querian ver al emperador : este puesto sobre una silla les habló y rogó ; y á fuerza de súplicas y lágrimas consiguió que se volviesen al campo.

Al dia siguiente , como sucede en una ciudad cuando la ha tomado el enemigo , estaban cerradas las casas , y el pueblo muy triste. Por las calles se encontraba poca gente , y los soldados iban cabizbajos mas de vergüenza que de arrepentimiento. Les arengaron los gefes de las cohortes separadamente y por compañías , en términos mas ó menos suaves segun los genios diferentes ; pero no hubiera tenido efecto su elocuencia á no haberla apoyado con una grande gratificacion. á cada soldado. Fue Oton al campo , y los soldados que ya estaban muy mudados con el cebo del dinero le rodearon y pidieron el castigo de los culpados. El emperador se hizo un mérito del perdon , cuando pudiera haber sido peligroso el otro extremo ; y así solamente castigó á dos.

Aunque se restableció la calma en la ciudad , lo que acababa de suceder hacia temer que volviesen las proscripciones de Sila y las de Augusto : por una parte era preciso agradar á Oton ; por otra no enojar á Vitelio que tenia un partido poderoso. Por toda la ciudad se habian esparcido los soldados : estos se entraban disfrazados en las casas informandose con disimulo de quienes eran los mas distinguidos por

su nobleza y opulencia. Se sospechaba con fundamento que habia entre ellos algunos del ejército de Vitelio que venian á averiguar los que le eran afectos, y así todos estaban asustados no teniendose por seguros entre su misma familia y en lo interior de sus casas; pero el temor les hacia redoblar en lo público la precaucion. Entonces procuraba cada uno componer su rostro y sus ademanes segun los sucesos, cuidando de no manifestar indiferencia ni aprension con las buenas ó malas noticias. En el senado principalmente era difícil observar el debido temperamento para no dar á entender demasiada libertad ó reserva. Los senadores sin dar contra Vitelio decreto alguno, se contentaban con hablar de él en términos mezclados con algunas injurias; pero que no contuviesen sentido muy odioso. Los mas prudentes se absteniaian aun de estas injurias mientras no hablaban muchos á un mismo tiempo para que no se oyesen demasiado, y poder alabarse de su atrevimiento cuando llegara la ocasion.

Estas disposiciones equivocas traian á Oton inquieto. Confinó á Dolabela en la ciudad de Aquino, poniendole guardias de vista, no porque le halló reprehensible, sino porque le hacian sombra su ilustre nombre y el ser pariente cercano de Galba. Se llevó consigo al ejército la mayor parte de los magistrados y consulares, sin darles empleo alguno, y con solo el pretesto de acompañarle. Entre estos iba Lucio, hermano de Vitelio, sobre el mismo pie que los otros, y sin mirarle con ojos mas ó menos favorables que á todos los demas. Tenia Vitelio en Roma su madre, su muger y sus hijos, con quienes Oton observó las mayores atenciones; y cuando partió los dejó recomendados á sus amigos.

A todo el que reflexionaba le ponía en cuidado la situación de Roma: los principales senadores se hallaban debilitados con la edad, ó ya habían degenerado con la larga paz: la nobleza había por su ociosidad perdido el gusto á las armas: los caballeros sin experiencia cuanto más hacían por ocultar su temor, más le manifestaban. Algunos, aunque de corazón cobarde, afectaban valor brillando con el resplandor de su armadura ó montando caballos inquietos y soberbios: otros procuraban no pensar en cosa alguna entregándose al regalo y los placeres; y entre tanto la multitud ignorante se sustentaba de vanas esperanzas. Los adeudados hallaban su seguridad en la confusión y alboroto; pero muy presto experimentaron todos ellos los males de la guerra en la carestía de víveres y la falta del dinero, porque se gastaba en el sustento y paga de las tropas.

Estas, después de muchas marchas y contra-marchas, llegaron á avistarse cerca de Bedriac, entre Cremona y Verona. El ejército de Vitelio, mandado por Valente y Cecina, tenía grande interés en pelear, porque le empezaban á faltar los víveres, y no podía sacarlos de los países que dejaba atrás por haberlos arruinado á su tránsito. El de Oton por el contrario abundaba en toda especie de provisiones: estaba en posesión de la Italia, y principalmente de Roma, que además de los víveres le suministraba también oro, que en las guerras civiles es más poderoso que la espada. No se sabe por qué Oton con todas estas ventajas se obstinó en precipitar la batalla contra la opinión de sus mejores generales; y mucho menos se adivina el motivo que tuvo para estar distante del lugar de la acción. Es cosa bien



Batalla entre Otonianos, y Vitelianos.

Mal asegurado Oton sobre un trono usurpado, encontró un poderoso competidor en Vitelio. Cerca de Bedriac se avistaron los ejércitos de ambos: se rompieron los vínculos de la amistad y de la sangre; como en toda guerra civil el amigo no conoció á su amigo, ni el padre al hijo; y para substituir un tirano á otro, pelearon con tanto ardor, como si tratasen de coronar á un Monarca legítimo.



notable que ninguno de los dos competidores al imperio presenciase este combate que iba á decidir de su suerte.

No por esto fue menos vivo y sangriento. Las nuevas reclutas se portaron con tanto valor como las tropas veteranas, y pelearon con igual esfuerzo; pero como era preciso que alguno venciese, llevaron la peor parte los soldados de Oton despues de una porfiada resistencia, y se retiraron á su campo tan vacilantes sobre la resolucion de defenderse como los vencedores sobre la de acometer. Por esta indecision parlamentaron algunas veces, y el resultado fue la rendicion de las tropas de Oton. Entregaron estas su campo, y juntandose los dos egércitos, los vencedores abrazaron llorando á los vencidos. Todos maldecian las guerras civiles con un gozo mezclado de tristeza; curando uno las llagas de su hermano, y otro las de su pariente. Apenas hubo quien no derramase lágrimas por algun amigo muerto en aquella funesta batalla. Los mismos honores se hicieron indistintamente á los capitanes de ambos partidos. Todos por último se sujetaron á Vitelio prestando el juramento de fidelidad.

Estaba Oton esperando el suceso á algunas leguas de Bedriac; y luego que le supo, declaró la resolucion que tenia formada de quitarse la vida en este caso; pero la hubiera perdido sin duda mas gloriosamente á la cabeza de su egército, que tal vez animado con su presencia habria logrado la victoria; aunque es verdad que muriendo en la batalla se ignorarian sus pensamientos que honran su memoria. No todas las tropas que se salvaron del combate se habian encerrado en el campo; muchas legiones capaces de formar un buen egército fueron

á juntarse con el emperador en su retiro. Los primeros soldados que supieron estaba resuelto á quitarse la vida , creyeron que era efecto de desesperacion , y se unieron para animarle á vivir , prometiendole con juramento inviolable fidelidad , y lo confirmaron dos matandose en su presencia , diciendo uno de ellos al herirse: "Sírivate, ó César, esto para prueba de nuestra aficion: no hay entre nosotros uno solo que no esté pronto para hacer lo mismo por servirte." "¡ Ay de mí, exclamó el sensible Oton , que hombres tan valientes y leales, no los espondré mas á nuevos peligros por mi amor!"

Suplicandole el capitan de sus guardias que no abandonase á tanta gente valerosa , le dijo : "Mas grandeza de alma es sufrir las calamidades que substraerse de ellas con la muerte." Pero Oton ya habia sacrificado su vida á la pública tranquilidad: así se esplicó con sus soldados , cuyas súplicas y lágrimas le enternecian , diciendo : "Este dia , compañeros , que me da pruebas tan claras de vuestro afecto , me parece preferible á aquel en que me saludasteis emperador ; y así os pido que no me quiteis la satisfaccion de dar mi vida por conservar la de tantos hombres generosos ;" y añadió que no ignoraba sus recursos , que á la verdad eran grandes , que sabia muy bien que de todas partes le llegarían considerables fuerzas ; "mas ay de mí, exclamó, que no peleamos contra Pirro, contra Anibal, ni contra los de las Gaulas , sino contra nuestros compatriotas: Roma pelea consigo misma ; y bien sea que se declare la victoria á mi favor ó contra mí, es preciso que eueste la sangre á Italia ; y cuanto mas feliz sea el suceso , mas tendrá que reprenderse , y mas lágrimas habrá de verter el vencedor. Cuando me repre-

sento la flor de la juventud romana, y tantos bellos egércitos destruidos, es para mí esta idea mas cruel que la muerte. Dignaos de sobrevivirme, y dejadme llevar al sepulcro la satisfaccion de haberos visto dispuestos á sacrificaros por mí. Yo daré el ejemplo de que para defender mis derechos sola una vez armé romanos contra romanos. La posteridad juzgará de Oton sabiendo que Vitelio encontrará vivos á su hermano, sus hijos y su muger. Persuadidos á que voluntariamente prefiero el sepulcro al trono: porque todo el bien que yo haria á la república con las guerras, no podrá igualar á las ventajas que la procurará la egecucion de mi pensamiento. Solo mi muerte podrá ser el sello de una paz durable, y librar á la Italia de otro dia tan funesto como este.”

Dichas estas palabras pidió á los que tenia al rededor que á toda prisa fuesen á buscar al vencedor: suplicó á los viejos, y dió órdenes á los jóvenes, cuidando hasta de hacer preparar carros y barcas para los que habian de partir. Distribuyó su dinero y sus alhajas, quemó todos los papeles y memorias que pudieran perjudicar á alguno, y escribió dos cartas, una á su hermana y otra á Mesalina, que habia sido esposa de Neron, y él tenia intencion de que lo fuese suya: á esta encomendó sus cenizas. Se levantó en el campo una especie de sedicion, fue á sosegarla, volvió tranquilamente y bebió un vaso de agua fresca: hizo que le llevasen dos pañales, los probó, y puso el uno bajo la almohada de su cama, y al siguiente dia le hallaron muerto de un solo golpe. Apenas se divulgó su muerte prorumpieron los soldados en gritos de dolor: apresuraron sus funerales como él lo habia mandado,

temiendo que le cortasen la cabeza para servir de trofeo. Iban los oficiales de las guardias llorando cuando llevaban su cuerpo á la hoguera, y los soldados llegaban á besarle las manos y la lлага: muchos se quitaron la vida al lado de la hoguera, y en el mismo campo de Bedriac le levantaron un monumento sencillo, y sin otro epitafio que estas palabras: *A la memoria de Marcó Oton.* No tenia mas que treinta y siete años, y habia reinado tres meses.

Si Vitelio no hubiera tenido generales hábiles, y hombres interesados en sostenerle, tal vez no hubiera durado su imperio mas que el de Oton. El senado, muerto este, reconoció en el instante al gobernador de la baja Alemania, y le envió una embajada. Determinó tambien dar gracias á aquellas legiones germánicas que despues de la victoria dieron en los mayores excesos, saqueando los templos; y que de inteligencia con los salteadores, que siempre buscan los paises bien poblados, robaban las casas de los ricos; informandose antes de cuales eran. Los generales Cecina y Valente dejaron su ejército en medio de la Italia, donde bajo las órdenes de unos gefes condescendientes vivieron como en un pais de conquista, hasta que por sí mismos retrocedieron á Leon de Francia, en donde presentaron á Vitelio los generales vencidos, á quienes no trató con la generosidad que sin duda hubieran hallado en Oton: pues á muy pocos hizo gracia, y quitó la vida al desgraciado Dolabela, víctima de su nacimiento y su mérito. Mientras seguia su ruta, justificaba Vitelio la observacion de Galba sobre su glotonería. Continuamente estaban cubiertos los caminos de los dos mares de proveedores ocupados en llevarle lo mas delicado que producian todos aquellos pais-

ses. Las ciudades por donde atravesaba se arruinaban en suntuosos convites, por ser este el mejor medio de cortejar al nuevo príncipe.

Las tropas que le habían dado la victoria y las que quedaron vencidas, por haberse unido bajo sus banderas, formaron un cuerpo formidable; pero muy embarazoso para conducirlo, porque ya en mala inteligencia y ya de acuerdo, daban que rezelar tanto de su union como de su division. Separaron las legiones mas difíciles de gobernar, enviando unas á las fronteras del imperio que siempre estaban en guerra con sus vecinos, y otras á las ciudades opulentas para domarlas con la quietud. Dió el emperador licencias y despidió muchas tropas, así de las nuevas reclutas como de los veteranos, los cuales por no hallar habitacion fija pararon en errantes y vagos.

Desde Cremona, por donde pasaba Vitelio, fue al campo de Bedriac, que cuarenta dias antes habia servido de teatro á la victoria de sus generales. Un campo lleno de sangre y de miembros despedazados que infestaban el aire con insoportables exhalaciones, ofrecia un horroroso espectáculo, impropio para tentar la curiosidad. Pretendieron algunos de los que rodeaban á Vitelio que se alejase de aquella fetidez, y él respondió: "El olor de un enemigo muerto es bueno; pero el de un ciudadano muerto aun es mejor." De este modo tanto tenian que temer los amigos como los enemigos de un hombre incapaz de otro cuidado que sus placeres.

Ya se veian seguirle bandadas de eunucos, de comediantes, y de otros infames ministros de la corte de Neron, perpetuo objeto de su admiracion. A esto se añadia la glotonería mas escesiva que

cuanto se habia oido decir de otros. Hacia Vitelio regularmente tres comidas al dia: muchas veces cuatro, y algunas cinco: gracias á la facilidad con que volvía cuanto tenia en el estómago cuando le parecía. Todos los festines en que se hallaba costaban sumas prodigiosas: muchas veces á costa de sus amigos, á cuyas casas se convidaba sin ceremonia; pero no se le podia tratar del mismo modo. Se habla de una comida que le dió uno de sus cortesanos, y dicen que cubrió la mesa con dos mil platos de pescado, y siete mil de diferentes aves, todas esquisitas en su genero y de coste muy subido. Un dia se hizo servir un grande plato de hígados, sesos, lenguas y cabezas de toda suerte de peces y aves de precio escesivo. Su loca prodigalidad le hizo gastar para regalarse en solos cuatro meses mas de ciento y veinte millones; y si hubiera reinado mas tiempo, no hubieran sido suficientes todas las riquezas del imperio para la provisión de su mesa.

Sumergido en el cieno de su vergonzosa glotonería, abandonó los negocios á un consejo compuesto de libertos, y de otros ministros, que en su reinado llegaron á ser tan poderosos como lo habian sido los de Claudio. Les estimaba el que le privasen del conocimiento de aquellos sucesos que podian interrumpir sus placeres. No obstante, fue preciso que supiese que Vespasiano se habia sublevado. Acababa este general de dar fin á la expedición contra los judíos, á la cual le habian enviado con tres legiones y un buen cuerpo de auxiliares. La gloria que le resultó de la destrucción de Jerusalem fijó sobre su persona las miras de todo el Oriente. Muciano, gobernador de Siria, tenia á su disposición cuatro legiones bien aguerridas: Alejandro, prefecto de

Egipto, mandaba á dos: las del Ponto, la Misia, Capadocia y otras provincias al mediodia, manifestaban disposiciones de rebelarse, teniendose por tan dignas de dar señor al imperio como las del norte. El espíritu conciliador de Tito, hijo de Vespasiano, reunió todos los gefes; pero su padre, á pesar de esperanzas tan lisonjeras, no se resolvía á tomar el cetro que por sí mismo se le presentaba, temiendo las consecuencias de este primer paso, porque decia: "En las querellas particulares siempre la retirada puede servir de asilo; pero en atreviendose á aspirar al imperio, es preciso reinar ó perecer."

Cuando Vespasiano llegó á resolverse á la empresa, se aplicó con el mayor ardor á cuanto podia influir en su buen éxito. Fijó su residencia en Beryto de Fenicia, y llamó á sus partidarios militares los mas ardientes, y á otros, de los cuales compuso su consejo. En este se decidió juntar reclutas, llamar á los veteranos, forjar armas, batir moneda, y hacer tratados con los reyes de Partia y Armenia para asegurar las fronteras, de donde se llamasen las legiones. La multitud que los negocios atraian daba á la casa de Vespasiano un aire de corte imperial. Allí se hizo el plan de campaña, y era este: que Vespasiano quedaria en Egipto, que era el centro de las provincias aseguradas, desde donde enviaria socorros á Muciano, encargado de avanzar con método á las de Italia, en la cual de antemano introducirian el hambre, cortandola por mar el recurso de los granos en Alejandría.

Pero la lentitud del hambre no la aprobó Primo, comandante de las legiones de Misia. Este, que habia nacido en Tolosa, y se veia despojado

por Neron de la dignidad senatoria por haber forjado un testamento, despreciado de Galba, olvidado de Oton, y descuidado de Vitelio, así que vió conspiraciones se presentó en la escena. Era uno de aquellos hombres, que por decirlo así, nacen revolucionarios. Atrevido de lengua y de manos, verdadero botafuego de guerra civil, gran ladron, pero liberal, pernicioso en la paz, y muy útil en tiempo de guerra: sostuvo en un consejo, celebrado casi á la vista de la Italia, que la tardanza no podia menos de ser útil al enemigo, y dijo: "El aire y las delicias de Roma tienen enferma una parte de los soldados de Vitelio, y otra muy lánguida: si dilatais acometerlos, les volverá con las fuerzas el valor. Si esperamos, ¿en dónde hallaremos víveres y dinero? Penetremos por la Italia, que yo estoy pronto para egecutar lo que me atrevo á aconsejaros." Prevaleció su opinion.

Sin esperar á Muciano, nombrado para entrar en Italia cuando fuese tiempo, marchó Primo á la cabeza de un cuerpo de tropas escogidas: se apoderó de muchas ciudades, animando á sus soldados con el saqueo, y la generosidad con que les daba liberalmente aun de lo suyo, con la confianza de tomar mucho mas en adelante. Durante estas hazañas se vió Vitelio servido como merecia, porque sus tropas enervadas se adelantaban perezosamente hácia el enemigo, y sus mejores capitanes, Valente y Cecina, pensaban en hacerle traicion. Cuando debieran haber acometido á Primo, pues no le habian llegado todavia todas las fuerzas, se divirtieron en abrir correspondencias con él, y entre tanto se le juntaron muchas legiones. Ya se experimentaron los egércitos en algunos ensayos, y cerca de Cremona



Toma de Cremona.

La inercia del gloton Vítelio dió margen á la sublevacion de Vespasiano. cuyo exército penetró en Italia esparciendo el terror y la devastacion. Un cuerpo escogido de sus tropas, mandado por Primo, se presentó delante de Cremona, derrotó á los Vítelianos, tomó la plaza por asalto, la saqueó, y reduxo inhumanamente á cenizas. ¡A costa de que horrores se compra á veces el mentido placer de ocupar un treno!

hubo un combate de caballería, en el cual se debió el buen éxito al valor de Primo, porque huyendo sus soldados con desorden, los detuvo: fue por todas partes en donde habia peligro y esperanza: traspasó con su dardo á un oficial que huia con la bandera: se la arrancó de las manos, y la volvió hácia el enemigo. Su intrepidez restableció el combate. Ya los Vitelianos empezaron tambien á titubear, Primo se los llevó por delante, y los persiguió hasta las mismas murallas de la ciudad.

La noche le impidió adelantar en aquel día la victoria; pero al siguiente se dió una batalla general, en la cual un hijo mató á su padre, y le reconoció despojandole cuando ya daba los últimos suspiros. La derrota de los Vitelianos fue seguida de la toma de Cremona, ganada por asalto, saqueada con la mayor inhumanidad, y reducida á cenizas, mas no por culpa de Primo, pues este hizo cuanto pudo por contener al soldado; pero en las guerras civiles los gefes por poco obedecidos hallan algunas veces mas riesgos de parte de sus tropas que de sus enemigos. Bien lo habia experimentado Cecina, á quien sus soldados cargaron de cadenas antes de la batalla de Cremona; y cuando esta ciudad se tomó, cayó en manos de Primo, el cual le trató favorablemente en atencion á sus proyectos de composicion. Valente, que era el otro general de Vitelio, se embarcó con intencion de ir á sublevar la Galia, y levantarse en ella trono; pero le hicieron prisionero, y le quitaron la vida.

Disimulaba el emperador en público el fatal estado de sus negocios; y aun hubiera querido ocultarse á sí mismo. A cada mala noticia se llenaba de susto, mas no dejaba de embriagarse. Mal polí-

tico, y peor capitán, se hallaba en la mayor confusión, tanto en los planes de operaciones que le presentaban para la guerra, cuanto en las diferentes proposiciones que le hacían para concluir la. Un ejército considerable colocado cerca de los montes Apenninos, y capaz de cerrar el paso al enemigo, lo estaba pidiendo con instancias. Ya fue, y le vió; pero asustado con el aparato militar, y tal vez porque pensaba en la frugalidad que le sería preciso practicar allí, se volvió prontamente á Roma.

Allí se vió el infeliz rodeado de negociaciones, y apenas hallaba tiempo para hacer dos ó tres comidas. Primo, Muciano, Varo, almirante de una escuadra, y todos los generales de Vespasiano aspiraban al honor de empeñar á Vitelio en ceder el imperio, diciéndole, que tendría un retiro seguro, y dinero para satisfacer su apetito si quería rendir las armas y renunciar el imperio. No dejaban de agradarle estas ofertas, y trató el punto con Sabino, hermano de Vespasiano, y gobernador de Roma, quien por esta circunstancia estaba mas que los otros en estado de hacer ratificar sus promesas; mas cuando llegó el caso de presentarse en la plaza pública para hacer su renuncia, sus amigos, mas officiosos por su propio interes que por él, empeñaron al pueblo en que no la admitiese.

Muchos senadores, contando el negocio por concluido, se habían juntado ya con Sabino, y temerosos de caer en poder de Vitelio, animaron al hermano de Vespasiano á que pidiese la ejecución del tratado. Por su consejo se retiró Sabino al capitolio, en donde le sitiaron los soldados de Vitelio: él se defendió valerosamente: forzados los pórticos, se retiró á lo interior atrincherándose con las estatuas de

los dioses, y con cuanto pudo encontrar para atrancar las puertas. Los Vitelianos irritados arrojaron hachas encendidas, envolvieron en llamas todo el edificio, y aquel monumento tan apreciado de los romanos, y el mas bello ornamento de su ciudad, quedó consumido. Domiciano el jóven, hijo de Vespasiano, se salvó en trage de sacerdote. A Sabino, su tio, le prendieron y mataron por mas esfuerzos que Vitelio hizo para libertarle.

Cuando Primo supo la novedad, marchó prontamente á Roma. Los Vitelianos le esperaron á pie firme: primero pelearon á las puertas, y despues en las calles. El pueblo, como si asistiese á un espectáculo, aplaudia ya á los unos, ya á los otros; y si alguno manifestaba cobardía huyendo y ocultándose en las casas, pedia el pueblo á gritos que sacasen al fugitivo y le matasen. La faz que Roma presentaba era al mismo tiempo lastimosa y ridícula: pues por una parte se veian lujo y escesos, por otra solo matanza y sangre, y por todas partes un compendio de disolucion y crueldad. La mitad de la ciudad parecia loca, y la otra mitad furiosa. Ya por último vencieron los soldados de Primo, y persiguieron á las guardias pretorianas hasta su campo en donde los mas valientes hicieron vigorosa resistencia; pero oprimidos por el mayor número, murieron todos con la cara vuelta hácia el enemigo.

Vitelio, entre tanto que peleaban por él, se metió en una litera, y mandó que le llevasen al palacio de su muger, pensando ir desde allí á Terracina, en donde su hermano, llamado tambien Vitelio, habia juntado un egército. Esta sin duda era la determinacion mas prudente; pero el miedo, cuya propiedad es turbar el entendimiento, le hi-

zo volverse á su palacio. Entrando en él halló una profunda soledad, porque hasta sus menores oficiales huían de encontrarse con él. Vió si podia entrar en algun aposento, y todos los halló cerrados; cansado de andar vergonzosamente errante, fue á esconderse detras de una cama en el cuarto del portero de palacio; pero allí le descubrieron. Pidió que le conservasen hasta que Vespasiano llegase, pues tenia que comunicarle cosas de grande importancia; pero los soldados, sordos á sus ruegos, le llevaron con las manos atadas atras, rasgadas sus vestiduras, con un cordel al cuello, y nadie manifestó compadecerse; antes por el contrario, el populacho, siempre insolente y enemigo de los desgraciados, aquel populacho, que pocos dias antes le habia suplicado que conservase el imperio, se burlaba de su miseria insultándole con toda suerte de ultrajes. Los que le llevaban le picaban con las espadas en la barba, para que llevase la cabeza derecha y viese arruinadas sus estatuas. De este modo arrastraron con él hasta el matadero, en donde le degollaron como á un cerdo cebado.

Tarde llegó el ejército de Terracina á su socorro: al Vitelio que le conducia tambien le mataron. La muerte de los dos hermanos puso fin á la guerra sin dar la paz; porque los vencedores continuaron en perseguir á sus enemigos, y les quitaban la vida en donde quiera que los encontrasen, aunque se valiesen del sagrado de los altares. Violentaban las puertas, y saqueaban las casas de los particulares con el pretesto de que se ocultaban en ellas algunos Vitelianos. Se juntó el senado, y nombró César al jóven Domiciano, que se hallaba en Roma como representante de su padre, y decretó á

Vespasiano ausente todos los títulos y privilegios hasta entonces concedidos á su antecesor; y Tito, su hijo, fue asociado en la dignidad consular.

Vespasiano como particular, y Vespasiano como emperador, son dos hombres muy diferentes. De él como particular se cuentan muchas acciones reprehensibles entre algunos hechos laudables. Como emperador tenia casi todas las virtudes morales, y un vicio de grande consecuencia, que era el amor al dinero. Su abuelo, natural de Rieti en el pais de los Sabinos, era colector de impuestos; pero su padre, que egirió la misma profesion, fue tan moderado y justo, que los contribuyentes le levantaron una estatua con esta inscripcion; *Al honrado cobrador*. Se enriqueció con la usura, lo que en aquel tiempo no deshonoraba. El jóven Vespasiano, á quien Calígula hizo senador en tiempo en que esta dignidad se hizo comun, fue despues tribuno militar, cuestor en las provincias, edil y pretor en Roma: se distinguió imperando Claudio en la guerra de Inglaterra; fue cónsul y gobernador de Africa, en donde se casó con una esclava, de la que tuvo dos hijos, Tito y Domiciano.

Príncipe muy estimable, que por todos estos grados hubiera subido con solo los medios honrados; pero conquistó el favor de los emperadores y el de sus favoritos con las mas viles lisonjas, y entre otros el de Calígula, de quien fue servil adulator. Se declaró con afecto admirador de este monstruo, cuando le dió gracias en pleno senado de haberle convidado á su mesa. Su protector fue el infame Narciso, lo cual hace poca honra al protegido. Se portó muy mal en su gobierno de Africa, con lo que se grangeó el odio de los pueblos, no obs-

tante que no se enriqueció allí. Volviendo á Roma, no se avergonzó de buscar infames medios para subsistir, como mezclarse entre los cortesanos de los ministros, y vender su crédito por dinero; bien que por dos veces, á pesar de la vigilancia de cortesano, se entregó al sueño al son de la lira de Neron, y por dos veces estuvo para pagar con la muerte su descuido impolítico.

Viendose emperador se aplicó todo á restituir al imperio su antigua grandeza. Respetaba las leyes, y las hacia respetar: proveia al bien general y particular: prevenia la opresion, y la castigaba: animaba la virtud, dando á entender que no tenia otro objeto que el de merecer y conseguir el afecto de su pueblo. Restableció la disciplina en el campo, y refrenó la libertad del soldado en las ciudades: ni las mismas tropas que le habian ayudado á conquistar el imperio se libraban de su severidad cuando eran culpables contra los ciudadanos. Le desagradaba tanto la blandura y afeminacion en la gente de guerra, que á algunos borró de la lista de oficiales por solo este defecto. El senado siempre tuvo que alabar su atencion, porque asistia á las deliberaciones sin atribuirse la preponderancia en la decision; y decia á los senadores: "Decid con libertad vuestra opinion, que yo no os he convocado para que apróbeis ciegamente mis ideas, sino para recibir vuestros consejos y seguirlos."

Vespasiano corrigió los abusos que se habian introducido en la administracion de justicia, quitó los malos jueces, y abrevió los pleitos. Abogaban en su presencia, era público su tribunal, y comunmente conseguian sus sentencias el general aplauso. Merecieron su cuidado los desastres de Ro-

ma, causados con las revoluciones y los incendios, y proveyó á la reedificacion de las casas particulares y á la de los templos, edificios públicos y el capitolio. Buscó con grandes gastos los fastos y leyes de Roma, grabadas en otro tiempo en láminas de bronce, y sepultadas despues en los escombros; y reparó las pérdidas en cuanto pudo. Era muy afable con todos, y daba libre entrada en su palacio, cuyas puertas nunca se cerraban. Le vieron verter lágrimas por los grandes delincuentes á quienes su justicia no le permitia librar del suplicio. Despreció los títulos honoríficos, y solo con grande modestia, y despues de haberle bien merecido, aceptó el *de padre de la patria*. En consecuencia de sus virtudes morales se burlaba de los genealogistas que le querian dar origen muy illustre. Se atrevió Demetrio, filósofo cínico, á decirle injurias en público, y se contentó Vespasiano con responderle: *Tú si que eres un verdadero cínico*. Querian ponerle en cuidado acerca de un hombre que le presentaron como que aspiraba al imperio, y al momento le nombró para el consulado, y dijo sonriéndose: "Cuando este se vea revestido del soberano poder, espero que se acuerde de este rasgo de amistad." Por último, teniendo motivos para quejarse de un hombre que abusaba un poco del derecho que le daban al reconocimiento del emperador los servicios que le habia hecho, le dió quejas como á un amigo comun; pero arrepintiendose luego de haberse escedido algo en el resentimiento aunque justo, terminó su confianza con estas palabras: "Al fin soy hombre, y por consiguiente poco exento de ser reprehensible."

Acusaron á Vespasiano de amor excesivo al di-

nero, de haber renovado impuestos ya abolidos, y de haber establecido otros nuevos, hasta sobre el desahogo de las necesidades naturales. Tito, su hijo, le reconvino; y el padre tomándolo á chanza, le aplicó á la nariz una pieza de plata, y le dijo: "Hijo mio, el dinero huele bien, venga de donde viniere." Tambien se divirtió con los diputados de una ciudad que le hicieron presente que su senado le habia decretado una estatua que habia de costar grande suma. El emperador abrió la mano, y les dijo: "Ved aquí la basa, no tenéis que hacer mas que poner sobre ella el dinero de la estatua." Si solo en circunstancias semejantes hubiera manifestado su aficion al dinero, se le culparia injustamente; pero dicen que daba las mejores intendencias á los que halló mas hábiles para robar, con intencion de aprovecharse de su rapacidad, diciendo: "Estas son unas esponjas que se mojan cuando estan secas, y en estando bien empapadas se las esprime." No puede escusarsele, si es cierto, que entraba á la parte con sus ministros y domésticos en las utilidades de su proteccion.

Verdad es que halló el imperio muy empeñado, y que se le debe la justicia de haber hecho siempre un uso noble y generoso de sus rentas. Las obras públicas que emprendió fueron soberbias, sus presentes muchos, y las fiestas que dió magníficas, sobre mantener á gran número de senadores pobres. Con sus cuidados muchas ciudades destruidas por incendios ó terremotos, salieron mas brillantes de sus ruinas. Reparó los caminos públicos y los acueductos: protegió las artes y las ciencias, y fue el primero que dió pensiones á los

profesores de elocuencia griega y latina en Roma. Llamó á ella con sus beneficios á los mas famosos poetas y hábiles artesanos. Uno de estos, que era excelente mecánico, se ofreció á transportar enormes pesos á poca costa con máquinas de su invencion. El emperador se las pagó noblemente; mas no quiso servirse de ellas, diciendo que era preciso dar de comer al bajo pueblo.

Dos hazañas militares ilustraron los primeros años de su reinado: la derrota de los bátavos, que se rebelaron bajo la conducta de Civilis, y la toma de Jerusalem. Civilis, que habia nacido príncipe en las Galias, y se habia formado en las campañas de los romanos, tomó de estos la política y el valor. La primera le sirvió para introducir la division en las legiones, y el segundo para vencerlas. Llegó á establecer un imperio en las Galias, aunque fue de poca duracion por la discordia de las ciudades aliadas, y el envidioso deseo de tener cada una el trono de este imperio, por lo cual se separaron; y haciendo paces particulares con los romanos, dejaron á estos conquistadores la preponderancia en las Galias. Tambien Civilis hizo la suya con las ventajas que las circunstancias permitian. La misma falta de union perdió á los judíos atacados por Tito bajo las órdenes de Vespasiano, por lo que el padre y el hijo triunfaron juntos de esta nacion en Roma.

Era ya tiempo de que se restituyese á esta ciudad, en donde se hallaban tres hombres poco proporcionados para ceder el uno al otro, y eran Muciano, Domiciano y Primo. Muciano habia llegado el dia siguiente de la muerte de Vitelio con un poder sin límites que le confió el emperador

cuando este general partió para Italia, como que le debia el soberano poder. Bien sabidos son los servicios que hizo Primo á Vespasiano, y el reconocimiento que por ellos esperaba no le permitia sufrir á otro sobre sí durante la ausencia del emperador. En quanto al jóven Domiciano, estimulado por los que le hacian la corte, miraba como una usurpacion toda la autoridad que los otros se tomaban. Llegó el emperador, y con su presencia se eclipsaron estas potestades subalternas, porque se asoció á Tito su hijo mayor, que era muy digno de esta honra.

A escepcion de algunas guerras distantes y en las fronteras del imperio, el reinado de Vespasiano fue pacífico. Entre otras guerras es notable la de Inglaterra gobernada por Julio Agrícola, famoso general. Fue llamado á la comandancia por la voz pública, que no siempre se engaña, y algunas veces dirige la eleccion de los que gobiernan. Vespasiano tuvo el gusto de deferir al público, y Agrícola sujetó á los ingleses mas con sus virtudes que con sus armas, debiendoles estos el beneficio de su exacta justicia y prudente administracion, útil al pueblo, y represiva de violencias y exacciones. Le debieron tambien el egeemplo de una casa bien regulada, en la cual no se advertia ni la dominacion de los libertos, ni la insolencia de los criados: policia, dice Tácito, que es algunas veces tan dificil como gobernar una provincia.

No se reconoce la clemencia ordinaria de Vespasiano en lo que sucedió á Sabino. Nació Gaula en la ciudad de Langres, y desde el tiempo de Vitelio habia tomado el título de emperador de las Galias. Este, viendose derrotado, se refugió á una de sus

casas de campo, y la puso fuego para que creyesen que habia perecido en las llamas. Mientras ardia se ocultó en un subterráneo preparado á propósito, con dos libertos, de quienes tenia seguridad. Dejó Sabino que le hiciese los funerales su muger Empona, á quien amaba mucho; pero no la quiso decir que habia huido, para que su dolor sin artificio engañase mejor sobre la persuasion de su muerte. Despues por uno de sus libertos la envió á decir que vivia, y el sitio donde se ocultaba. Segun las instrucciones que la habian dado, supo Empona contener su gozo; y aunque lloraba en público de dia por su esposo, iba á pasar con él una parte de la noche: ya se atrevió á pasar semanas enteras allí con diferentes pretextos. Duró este misterio nueve años, en los cuales tuvo dos hijos, que nacieron y se criaron en el subterráneo. Llegando á ser mas frecuentes sus ausencias, escitaron la curiosidad, y la fueron siguiendo. Sabino fue descubierto, y llevado con su muger á Roma. Se arrojó ella á los pies del emperador: procuró mover su compasion con súplicas y lágrimas: Vespasiano no pudo menos de llorar con tan lastimoso espectáculo; pero este movimiento de piedad no le impidió para condenarla á muerte con su esposo. Ninguno ha sabido los motivos de una severidad que pareció poco necesaria, y dejó manchada la memoria de Vespasiano,

A pesar de sus buenas prendas hubo contra él una conspiracion, cuyos autores fueron castigados. Un cierto Helvidio Prisco, perdido republicano, se aplicó á provocarle con sus vehementes declamaciones y aun invectivas: tanto fue su atrevimiento, que llegó á celebrar en público el dia del nacimiento de Bruto y Casio, exhortando al pueblo á que siguie-

se sus pisadas; y aunque no le dió Vespasiano mas castigo que el destierro, allí se encarnizó mas Helvidio, esparciendo invectivas contra el emperador, por lo cual el senado le condenó á muerte, y sin embargo de que Vespasiano dió á los verdugos órden contraria, el senado, previendo su indulgencia, tenia ya tomadas sus medidas, y se egecutó la sentencia.

Murió Vespasiano á los setenta años de edad, en el décimo de su reinado. En su última enfermedad no dejó de despachar los negocios ni de dar audienciá. Sintiendo un dia que se desmayaba, dijo: "Si yo no me engaño, ya voy á ser dios." Chiste notable en un hombre que quiso pasar por obrador de milagros: pues hallándose en Alejandria, y subiendo al tronó, sufrió que le presentasen enfermos para sanarlos, y permitió que se divulgase que habia dado la vista á un ciego. Estando para dar el último aliento se le oyó decir: *Un emperador debe morir en pie*; y haciendo un esfuerzo para levantarse espiró en los brazos de los que le sostenian. Su muerte fue universalmente sentida.

De nueve emperadores que le habian precedido, fue este el único que murió de muerte natural. A César le habian asesinado. Se presume que Livia apresuró la muerte de Augusto: á Tiberio le ahogó Macron su favorito: á Calígula le mataron los oficiales de sus guardias: á Claudio le dió veneno su muger Agripina: Neron se dió de puñaladas: á Galba le asesinaron sus soldados: Oton se dió la muerte con su propia mano: á Vitelio le quitaron la vida como á un delincuente ordinario. Vespasiano fue el primero que murió en su cama, y tuvo por sucesor á su hijo Tito, que le hizo magnificas exequias,

La manía de los espectáculos era tan fuerte en Roma, que hacian parte de las pompas fúnebres, y en ellos se pintaban las acciones y el genio del difunto. En los funerales de Vespasiano preguntó á sus mayordomos el cómico que los representaba, cuánto costaria su pompa fúnebre; y respondiendole que una suma de tanto, dijo: "Dadme ese dinero, y arrojadme si quisierais al Tiber."

A Tito le llamaban *las delicias del género humano*; pero los dioses, segun la espresion de un poeta, no hicieron mas que mostrarsele á la tierra. Dos rasgos serian suficientes para darle á conocer. No podia resolverse á despedir descontento á ninguno, y por lo menos sin esperanza, aun cuando no estuviese en estado de cumplir lo que su buen corazon le dictaba prometer. "No es razon, decia, que alguno salga triste de la presencia del príncipe" Una noche se acordó de que no habia hecho aquel dia beneficio alguno, y exclamó: "Amigos míos, he perdido un dia." Son bien conocidos sus talentos militares, de los cuales principalmente dió pruebas en la Judea. Semejante á su padre Vespasiano, no prometia antes de subir al trono todas las virtudes morales que manifestó en él, principalmente el imperio de sus pasiones, que supo sujetar á sus deberes. Mucho le costó desprenderse de Berenice, hermana de Agripa, rey de Iturea; pero sabiendo los deseos del pueblo romano, sacrificó su ternura á la magestad de su clase, y la devolvió á su hermano. Tampoco en sus costumbres se vieron despues algunos vicios que habian deslustrado su juventud.

Mostró para con su hermano Domiciano un amor que este desmerecia por su vil envidia, y algunas veces reconcilió con su padre á este ingrato

hermano. No hubo príncipe que gobernase jamás con mayor prudencia, moderacion y bondad. Sin que nadie le suplicase confirmó todos los privilegios de las ciudades, y abolió la ley de lesa magestad, porque algunas veces la hacian valer contra los que hablaban mal de los emperadores difuntos, diciendo: "Pues mis predecesores son dioses, á ellos les toca castigar los ultrajes que les hacen. Por mi parte, si injustamente me deshonran, los compadezco: si con razon, sería horrible injusticia castigarlos por haber dicho la verdad." Llegó su clemencia hasta perdonar á dos conspiradores convencidos y condenados; y haciendolos venir á su presencia, les dijo: "Abandonad un proyecto tan inútil, porque la soberanía depende de un poder superior al de los hombres, y así no la mudarán vuestros esfuerzos." Sospechó que la madre de uno de ellos, distante de Roma, estaba con grande inquietud sobre la suerte de su hijo, y la envió un correo para sacarla del cuidado.

Las calamidades públicas dieron ocasion á Tito de egercitar su beneficencia. Padeció mucho la Campania con los temblores de tierra: el monte Vesubio vomitó fuegos que arrojó por todas las cercanías: las piedras y cenizas sepultaron enteramente las ciudades de Herculano y Pompeya: otras quedaron destruidas: fue grande el hambre que se sintió en Roma, y á esta se siguió la peste. Tito en vez de cargar impuestos, y de recibir los donativos á que todo el imperio quiso sujetarse, prefirió vender sus alhajas y los muebles de su palacio, así para construir de nuevo los edificios públicos, como para proveer á sus desgraciados pueblos, con una ternura verdaderamente paternal, de todos los ali-

vios posibles. Por solo dos años disfrutó el placer de ser útil á los demas, y murió á los cuarenta y un años, no sintiendo perder con el imperio sino el poder para hacer felices: volviendo, dicen, los ojos compasivos á sus vasallos que iban á caer bajo el dominio de su hermano.

Domiciano emperador en nada desmintió á Dom-
miciano César, que desde su juventud se habia su-
mergido en los escesos mas infames; y revestido de
casi todo el poder, mientras esperó en Roma la lle-
gada de su padre, habia manifestado tales rasgos de
crueldad, que todos temian su reinado. Agradable-
mente engañó en los primeros tiempos, aplicando-
se á ganar el afecto del pueblo con una conducta
digna de un gran príncipe. Hizo leyes prudentes:
no admitió los bienes que le dejaban con perjuicio
de los herederos, y no solamente se mostró exento
de avaricia, sino liberal: reparó los edificios públi-
cos: adornó magníficamente el capitolio: empleó
sumas considerables en copiar manuscritos para res-
tablecer las bibliotecas destruidas en los últimos in-
cendios: fue vigilante en mirar por la justicia y las
costumbres: por último, se escedió, por decirlo así,
de bueno, lo cual en él bastaba para infundir des-
confianza. Para darse un aire de benignidad, y de
que aborrecia las crueldades, prohibió que sacrifi-
casen bueyes ni otros animales; pero mandó matár
á Sabino su pariente cercano, porque el pregonero
público en lugar de promulgarle cónsul, le procla-
mó por descuido emperador. Esta muerte le quitó
la mascarilla.

Años
de J. C.
81.

Con intencion de parecer ocupado en los nego-
cios del imperio se encerraba todos los dias á una
cierta hora; pero se estaba divirtiendo en coger mos-

cas y clávarlas con un punzon, de donde vino el chiste de su mayordomo, cuando preguntándole si estaba alguno con el emperador, respondió: *ni aun una mosca*. También hubiera querido que le tuviesen por guerrero; aunque sin talentos para ser general, porque gustaba demasiado de sus comodidades; ni para pelear como soldado, porque reparaba demasiado en los peligros: por lo cual su padre, que le conocia bien, le negó todo mando militar. Llegando á ser emperador tuvo el mejor campo donde recoger laureles, si hubiera querido tener parte en los que Agrícola continuaba adquiriéndose en la guerra de Inglaterra.

Habia llegado este general á la estremidad de la isla, y para sujetarla enteramente no le restaba ya sino subyugar á los caledonios, pueblo situado en la costa enfrente de Irlanda. Tenian estos por gefe á Gálgaco, tan elocuente como valeroso. Este en el discurso á sus soldados al empezár la batalla decisiva contra los romanos, les hizo ver que tenia muy conocidos á los ambiciosos conquistadores. "Ya estamos, les dijo, en la estremidad de la isla como en un santuario, no teniendo ni aun la vista manchada con la servidumbre de los gaulas. Este es el cabo del mundo, y el último retiro de la libertad. Hasta este dia no nos habia conocido la fama; pero ahora ya estamos manifiestos. Por una parte estan los enemigos, y por otra el Océano: ni podemos librarnos con la fuga, ni esperamos salvarnos con la sumision. Los romanos, continuó, son los ladrones de todas las tierras, y los piratas de todos los mares; el Oriente y el Occidente no han podido saciar su codicia: con los ricos son avaros, y ambiciosos con los pobres. Matar, robar, asesinar es

lo que llaman en su lengua reinar, y lo que llaman paz es una eterna servidumbre. En todos los hombres ha puesto la naturaleza amor á sus hijos; y estos objetos tan queridos nos los quitan ellos para soldados asalariados, que sean el instrumento de su dominacion en otras tierras. Las mugeres y las doncellas que quedan vivas, son presa de su violenta lascivia; y las que se libran del furor de las armas, se rinden durante la paz á infames persecuciones. Todos nuestros bienes son suyos con pretextos diferentes: nuestro dinero para sus impuestos: nuestro trigo para su subsistencia: nuestros brazos y nuestro cuerpo se emplean en revolver la tierra para asegurar nuestra servidumbre.”

Despues les hizo presente lo que tendrian que sufrir de los romanos si los sujetaban, por no tener tesoros ni riquezas para rescatarse de los trabajos personales que les impondrian los vencedores; y así para resistir á sus esfuerzos no tenian otro medio que el de permanecer unidos. “Ellos han fundado, añadió, su imperio en nuestras divisiones, y han conseguido sujetar la Inglaterra por los vicios de esta mas que por el valor de ellos.” Hizo ver Gálgaco á sus caledonios, que si podian vencer á los romanos, verian como los asalariados y los aliados que traian consigo los abandonaban sobre la marcha. “Despues de este combate ya no hay que temer, porque sus fortalezas estan sin guarnicion; sus colonias llenas de ancianos; sus ciudades mal aseguradas por la tiranía de unos, y la desobediencia de otros. Aquí, dijo, señalando á su ejército, aquí está la salud y el descanso; y allí, mostrando á los romanos, estan las minas que nos harán cavar, los tormentos, los impuestos, y todos los ma-

les de la servidumbre: en vuestro poder está, soldados, acabar con esta, ó hacerla eterna. Marchad pues al combate, teniendo delante de los ojos lo pasado y lo venidero, la posteridad y nuestros mayores.”

La arenga de Agrícola á sus tropas no fue tan vehemente; pero fue mas bien servido por la disciplina de sus tropas, que Gálgaco por el valor de sus caledonios, y así hizo horrible carnicería en los isleños. Los infelices, vencidos por el arte, á pesar de su valor, daban aullidos de desesperacion: unos arrastraban con sus heridos, otros llamaban á los que se habian perdido: estos, viendo la derrota, incendiaban sus casas antes de dejarlas: aquellos abandonaban los primeros retiros para buscar otros más seguros. Algunos se juntaban á consultar, y se inspiraban mútuas esperanzas: muchos sentian que resucitaba su valor con la vista de sus mugeres y sus hijos, y otros furiosos las mataban desesperados por librarlas de la insolencia de los vencedores. Los que enviaron á perseguirlos veian desde lejos el humo de las casas, pero no encontraban á ninguno: no se oia ruido en los valles, y en todas partes reinaba un triste silencio. Viendo Agrícola que en ningun lugar se juntaban, retiró su ejército al centro de la isla, en donde trabajaba por civilizarla.

¿Seria para felicidad de aquellos salvages, que vivian antes contentos con su suerte, procurar que adoptasen los usos y costumbres, y aun el traje de los romanos? Si se juzga de la causa por el efecto, se dirá que Agrícola pretendió hacerlos afeminados con las delicias y superfluidades. Los ayudó á edificar casas, á construir templos, y lugares públicos

de concurrencia. Hacia enseñar las bellas letras á los hijos de los principales. Bien presto aprendieron los vicios de los que los dominaron , y se acostumbraron á los baños , á pasearse bajo los pórticos , á la ociosidad de las ciudades , y empezaron á llamar , como lo observa Tácito , civilidad y cultura lo que era parte de servidumbre.

Envidioso Domiciano de las glorias de Agrícola , le llamó , y le recibió con frialdad : el conquistador de Inglaterra , para no ponerle en cuidado se condenó á una vida retirada , y á poco tiempo enfermó. Por la atención del emperador en enviarle á visitar casi á todas horas , y en informarse cuidadosamente de la salud de un hombre á quien despreciaba antes , se congeturó que Agrícola murió con veneno.

Hubo en Africa una rebelion , y se apaciguó con la total derrota de los rebeldes ; mas no tuvo tan buen fin la guerra contra los daces. Fue Domiciano en persona á sus fronteras , pero solo desde lejos vió al enemigo ; y como sucede á los ignorantes presumidos , no concedió á Decébaló , su gefe , condiciones razonables ; pero vencidos sus generales , pasando de extremo á extremo , se sujetó vergonzosamente á un tribuno. Entonces envió al senado una carta falsa de Decébaló , en la que este príncipe se reconocia vencido y se sujetaba al tributo ; y á favor de esta descarada mentira triunfó vilmente Domiciano de los daces en Roma.

Pero aunque á ninguno engañó , no hubo uno que reclamase ; no se atrevian ni á comunicarse sus pensamientos. Habia renovado el emperador la ley de lesa magestad que abolió su hermano , cuya conducta y gobierno procuraba desacreditar. Con es-

tos medios tiránicos se deshacia de los grandes, á los cuales parecia haber jurado un odio mortal. Si un hombre de alto nacimiento era popular, decia que solicitaba el afecto del pueblo, y que amenazaba una guerra civil: si hacia vida retirada, que pretendia adquirir fama afectando que huia del mundo: si era de costumbres irrepreensibles, le parecia un nuevo Bruto que censuraba tácitamente con su conducta la del emperador: si alguno era ignorante y estúpido, que preparaba con estas apariencias algun sangriento designio: si era hombre de espíritu y actividad, ya no le quedaba duda de que seria un genio revoltoso. Todo ciudadano rico era demasiado poderoso para ser un vasallo; y todo pobre, por serlo, se le figuraba capaz de empresas desesperadas. De este modo iba llenando los destierros y las prisiones por sospechas y calumnias, hasta que las desocupaban los verdugos.

Los cristianos, gente de arregladas costumbres, que vivian con retiro unidos entre sí como hermanos, y que hacian santo misterio de sus ritos y ceremonias, no podian menos de escitar la atencion de un tirano tan suspicaz; y así los persiguió Domiciano en todo el imperio, y principalmente se esplicó su crueldad contra los de clase distinguida: y de su misma familia se cuentan mártires. Pero nada debe estrañarse en un hombre que se hacia llamar *Señor y Dios*, y mandaba que le levantasen altares y ofreciesen víctimas á sus estatuas. Sus barbaridades iban acompañadas de espectáculos magníficos, y de fiestas muy espléndidas que daba al pueblo. Adelantó los juegos seculares, los cuales no debian repetirse hasta pasados cien años desde que empezó el imperio; é inventó los juegos capitolii-



Juegos seculares.

La tiranía de Domiciano hubiera al fin llamado la atención del pueblo, á no haberle distraído su política con fiestas y espectáculos; anticipó los juegos seculares, y mientras la flor de la juventud romana corria entre himnos y cánticos á coronar á Apolo Palatino, el déspota gozaba de la mas insolente impunidad; ¿pero quando olvidáron los tiranos el vil secreto de adormecer al miserable pueblo?



nos, creados para celebrar sus virtudes, con la condicion de que se debian renovar á los cinco años, como se verificó; bien que sin la torpeza de su origen, y llegaron á ser una de las épocas.

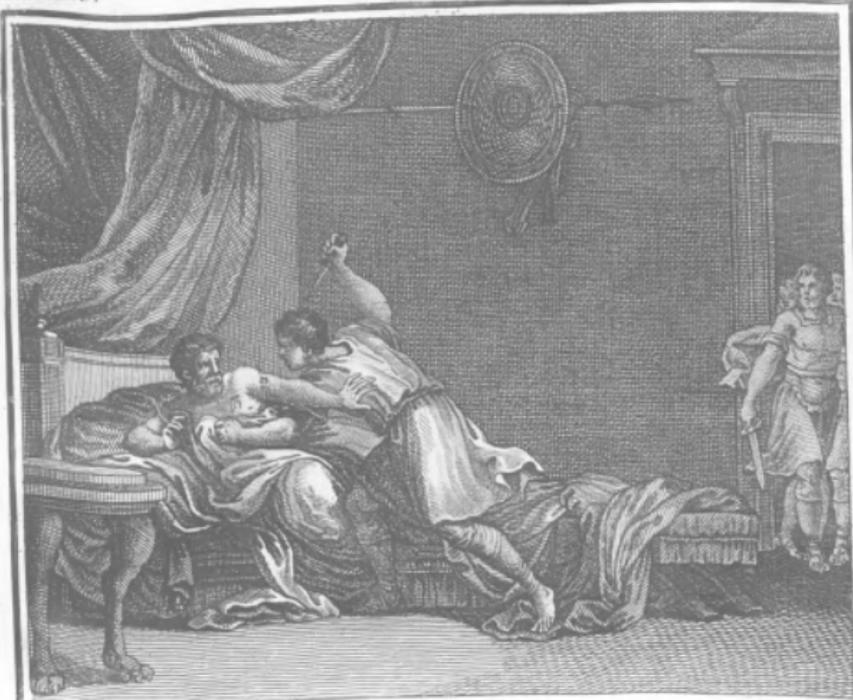
Se cuenta de este príncipe una burla que apenas podria inventar un hombre que no fuese de su carácter. Convidó á cenar á los principales senadores y caballeros. Desde las puertas del palacio los condujeron á una pieza enlutada, en la que todo representaba la muerte. A la escasa luz de algunas lámparas percibian tantos ataúdes como personas eran ellos, y el nombre de cada uno estaba escrito con grandes caracteres. Despues de estar esperando con una inquietud mortal, se abren de repente las puertas de la sala. Unos hombres desnudos y teñido todo su cuerpo de negro, con una espada en una mano y en la otra una antorcha encendida, se esparcen por la sala, y empiezan á danzar al rededor de los convidados amenazandolos: cuando ya el susto habia llegado al mas alto grado, llegó un mensajero del gracioso emperador á anunciarles que ya podian retirarse. No se dice si él disfrutó el placer del espectáculo; pero se congetura que no era hombre que se privaria de este gusto.

Puede ser que Domiciano quisiese que otros sintiesen las angustias y los sustos que él experimentaba; porque á él le sobresaltaba todo, y á cada paso crecia que estaba rodeado de asesinos. Ademas de otras precauciones que daban á entender sus sobresaltos, con el fin de ver los que pudieran sorprenderle por la espalda, hizo incrustar ó revestir de una piedra que reflejaba los objetos de la galería en que acostumbraba á pasearse. El mismo se habia fijado, no se sabe por qué, cierto dia en que debia temer mas, y

hasta qué hora le debia ser funesto ; pero no habia proyecto alguno premeditado contra él , antes bien la causa de su muerte fue una simple casualidad.

Un niño que tenia en su cuarto para divertirse haciendole charlar , vió mientras el emperador dormia un papel que salia por debajo de la almohada de su cama. Le tomó y se le llevó para jugar con él. La emperatriz Domicia , su muger , vió al niño , le quitó de las manos el papel sin fin particular , le leyó y quedó pasmada al ver que era una lista de proscriptos , entre los cuales estaba ella la primera. Se juntaron las personas amenazadas , y reconocieron que no tenian mas medio de librarse que la muerte del tirano ; y al punto resolvieron darsela sin dilación , antes que pudiera Domiciano echar menos el papel. El que se encargó de darle el golpe fue un liberto llamado Esteban , hombre muy fuerte y robusto. Le introdujeron en el cuarto del emperador con otro pretesto , le presentó un papel , y mientras le leia con atencion le dió Esteban una puñalada en el vientre : empezó á revolcarse , entraron los demas y le acabaron. Con la misma prontitud derribaron sus estatuas : en la ciudad pisaron sus imágenes , y borraron su nombre de todos los monumentos magníficos que habia construido : dejando solo existente lo que no podia disminuir el oprobrio de su memoria. Vivió cuarenta y cuatro años , reinó quince , y fue el último emperador de los que llaman *los doce Césarés* , entre los cuales , con deshonra de la humanidad , no se hallan mas que dos buenos , Vespasiano y Tito , los únicos que murieron de muerte natural.

En tiempo de Domiciano se vió un hombre extraordinario (cuya historia llenó Filostrato de pa-



Muerte de Domiciano.

Las nimias precauciones con que Domiciano creía librarse de asesinos no bastáron á impedir que durmiendo él, un niño que le divertía tomase para juego un papel, que divisó debaxo de la almohada. Se le vió la Emperatriz, y tomándole sin objeto, se halló proscripta en él con otros, á quienes dió aviso; y matáron á puñaladas al tirano en su mismo quarto. ¡Tan cierto es que solo el hombre de bien vive seguro!



trañas doscientos años despues , y no obstante los impíos de ahora la citan para desacreditar el Evangelio). Se llamaba este Apolonio, y era natural de Tianeá en Capadocia. A los catorce años aprendió la metempsicosis y los demas dogmas de la filosofia Pitagórica. A los diez y seis años profesaba sus prácticas mortificantes , absteniendose de vino y de toda suerte de animales, iba descalzo, dejando crecer los cabellos, y vistiendose de lienzo para no tomar nada de los animales. En un templo de Esculapio aprendió á conocer las enfermedades y á curarlas. Soberbio con su virtud censuraba agriamente los vicios de los hombres, bien que no por eso pudo librarse de las sospechas de haber sido demasiado amigo de sus discípulos. Muchos de estos le acompañaron en sus viages á Etiopia, á Egipto, á la Grecia, entre los bracmanes de la India, y los magos de la Persia. Se alababa de saber las lenguas de todas estas naciones; y pasando por Babilonia aprendió de los caldeos los oráculos que daban las aves con su canto; y así este sabio recorria el mundo para cargarse de las locuras particulares á cada país.

No se contentaba Apolonio con la filosofia sola: las intrigas de corte no le parecieron indignas de ocuparle: tuvo noticia de las conjuraciones contra Neron y Domiciano, y animó á los cómplices: le consultó Vespasiano, y Apolonio le hizo sus predicciones. Le atribuyen los milagros de haber desaparecido estando delante de Domiciano, cuya indignacion temia, y de haber resucitado una doncella, no obstante que dicen los autores se cree que no estaba del todo muerta; pero el mas célebre es la revelacion del asesinato de Domiciano, y le

cuentan así. Estaba este supuesto profeta arengando en Efeso á un numeroso concurso, bajó de repente la voz como sobrecogido del miedo, y aunque con debilidad continuó su discurso, dando á entender en esto que estaba atento en otra cosa. Al fin cesa de hablar, fija los ojos en tierra, y de allí á un instante esclama: "Valor, Esteban valiente, valor: hiere al tirano." Todos se quedaron inmóviles de sorpresa, y Apolonio, tomando de nuevo la palabra, dijo: "Alegraos, porque el tirano es muerto: ahora acaba de espirar." Examinando las circunstancias y las datas, se halló, dicen, que estas palabras fueron pronunciadas en el mismo dia y hora en que Esteban dió la puñalada á Domiciano.

Juzgando á Apolonio por sus costumbres, intrigas y vanidad, y examinando las memorias de su vida por el carácter de *Damiz*, que recogió los hechos, muy crédulo y muy afecto á su maestro: reflexionando sobre el contesto entero de la historia que compuso Filostrato largo tiempo despues de los sucesos, con declarada intencion de hacer de su héroe un hombre maravilloso; y observando los errores de las datas, las falsas descripciones, y faltas de toda especie que verminan en esta obra: no puede menos de reconocerse que es un tegido de fábulas y embustes, que no ha tenido ni tendrá jamas autoridad, sino con los que quisieran hacer inciertas las verdades mas santas, careandolas con los prestigios de la mentira.

Luego que se divulgó la muerte de Domiciano, el senado, el pueblo y el ejército nombraron á Ner-

A. de J. C. va (96) y se cree que ya los conjurados estaban de antemano seguros de su consentimiento. Abrazan-

dole en el senado su amigo Antonio, le dijo: que no se alegraba tanto de su ascenso al trono, cuanto felicitaba al imperio porque iba á hacerle feliz. Le dirigió esta notable prediccion verificada por otros príncipes: que su elevacion le espondria al odio de sus amigos y de sus enemigos; "pero sobre todo, le dijo, de los primeros, los cuales no dejarán de aborrecerte desde que los niegues una sola gracia de las que te pidan."

Habia pasado Nerva por los cargos de pretor y de cónsul: cultivaba las bellas letras, y se distinguió por su talento en la poesía. Revestido del supremo poder, unió la libertad con la potestad absoluta. En su gobierno gozaron los romanos las dulzuras de la una, sin experimentar los inconvenientes de la otra. Empezó quitando las prisiones á los que las sufrían por reos de estado, llamó á los desterrados, y al mismo tiempo castigó á los delatores, aun con mas severidad que Tito que los aborrecia, y prohibió con el edicto de este que á ninguno se le suscitase causa sobre crimen de lesa magestad. En su reinado respiraron algun tanto los cristianos. Juró no quitar la vida á senador alguno, y cumplió su palabra. Por orden suya vinieron los propios dueños á recobrar en su palacio los efectos que les habian quitado mientras estuvieron desterrados ó en la cárcel. Disminuyó los impuestos, mandó que no le levantasen estatuas de oro ni plata, y cercenó todo gasto supérfluo.

Se le atribuye á generosidad lo que tal vez sería efecto de su política. Compró con su propio dinero tierras, y las repartió entre los pobres de Roma. Algunos han creído que tomó este medio de descargar á la capital de aquel populacho, cuya ocio-

alidad misma le hacia temible. Para estas adquisiciones vendió considerable parte de su vagilla de oro y plata, muchos muebles, y aun sus casas y jardines convirtiendolos en tierras que poder repartir. En los ajustes no regateaba mucho, pues queria que así los vendedores como los compradores se aprovecharen con él igualmente.

Halló un particular en su propia casa un gran tesoro, dió aviso al emperador, y le suplicó diese sobre esto sus órdenes; el príncipe le respondió: *usa de él*; mas temiendo las diligencias de los oficiales del fisco, representó que el tesoro era muy considerable para un hombre de su calidad: "Bien está, le dijo, *abusa de él.*" A este buen emperador solo le notan de escesiva indulgencia con los malos: tuvo la complacencia de admitir á su mesa á Veyento, que á la verdad era un cónsul antiguo, pero se habia hecho odioso con sus delaciones en tiempo de Domiciano. Durante la comida en que se hallaba este consular cayó la conversacion sobre otro famoso delator, llamado Catulo, que era de aquel mismo tiempo, y dijo Nerva: "¿Qué haria Catulo ahora si viviera?" Uno de los convidados, llamado Mauricio, tomó intrépidamente la palabra, y respondió: "Bien sé yo lo que él haria: *estaria con nosotros á la mesa.*"

A pesar de la bondad de este príncipe, y puede ser quizá que por su mucha bondad, escitaron alborotos en la ciudad las guardias pretorianas con el pretesto de querer vengar la muerte de Domiciano. Fueron á sitiar á Nerva en su palacio, y pedian á gritos el suplicio de los que habian asesinado al emperador. En esta ocasion mostró grande fortaleza, ofreció su cuello á la furiosa sol-

dadesca, y protestó que primero moriria él que entregar á los que le habian procurado el imperio; pero le fue forzoso abandonarlos, y aun dar señales de aprobacion á sus asesinos. Esta violencia le hizo tomar el partido de nómbrarse un cólega, cuyo vigor pudiese libertarle de semejantes escesos, y ayudarle á llevar la carga del gobierno. Aunque tenia parientes, eligió á Trajano, que era el hombre mas capaz que se conocia. Nerva murió poco tiempo despues, y no fueron los sentimientos en algunas provincias tan vivos como en Roma, porque los gobernadores, abusando de su bondad, abatian y pisaban los pueblos; tan difícil es de hacer el bien. Vivió Nerva setenta años, y solamente reinó diez y seis meses.

Cuando Trajano tomó las riendas del gobierno tenia cuarenta y dos años, edad igualmente propia para alejarle de la temeridad de la juventud, como de la indolencia de la edad avanzada (98). Nació en España de una familia mas antigua que ilustre. Subió por todos los grados de la milicia hasta el de general; y cuando Nerva le asoció al imperio mandaba las legiones de Alemania. Casi al mismo tiempo supo su adopcion y la muerte de su bienhechor. Su muger, Pompeya Plotina, era digna de su esposo. Subiendo esta la escalera del palacio se volvió hácia el pueblo, y dijo en alta voz: "Yo espero salir de aquí como entro:" y á la verdad su conducta fue irreprochable.

Años
de J. C.
98.

Era Trajano de cuerpo robusto y acostumbrado á la fatiga, de aire noble, y sus modales cautivaban. Como se habia criado en las campañas tenia pocos estudios; pero favorecia á los sabios, y escitaba á los otros á adquirir lo que á él le faltaba. Fue

sin contradiccion el mayor capitan de su siglo, y comparable á los mas ilustres generales de la antigüedad. Infatigable y vigilante marchaba á pie á la frente de su egército, aun cuando ya era emperador: así atravesaba vastos paises con sus tropas, sin servirse de carro ni de caballo. En el vestido y la comida era muy poca la diferencia que habia entre él y los soldados. Hacia con ellos los egercicios militares, los socorria cuando estaban enfermos: no volvía á entrar en su tienda hasta haber visitado las de los otros, y era el último que se recogía. Conocia á todos los soldados viejos, los llamaba por su nombre, sabia todas sus bellas acciones, y no dejaba de alabarlas; pero tambien los mantenía en la disciplina.

Al subir al trono declaró públicamente que no creía estar menos obligado á la observancia de las leyes que el menor del pueblo. Lo mismo habian dicho los demas emperadores; pero Trajano hizo lo que prometió; y parecia que en conservar el supremo poder no tenia otro fin que el de precaver la anarquía. Con esta mira disminuyó su propia autoridad, y las prerogativas de su grandeza, siempre que se oponian á los intereses del pueblo. Persuadido á que el orgullo no podia conciliar á un príncipe la estimacion ni el afecto, y á que la condescendencia se enlaza muy bien con la dignidad, vivía con su pueblo no como un monarca con sus vasallos, sino como un padre con sus hijos. Estaba su palacio abierto para toda clase de personas: oía con paciencia, corregía con suavidad, y quería como Tito que ninguno saliese descontento de su presencia. Así en la vida privada como en la pública de los negocios, no usaba de artificios, y mi-

raba las astucias en los tratos como frivolidades de la capacidad y bastardías del ingenio. A nadie condenó jamas por sospechas, aunque fuesen veheméntisimas: "Menos malo es, decia, perdonar á mil delincuentes, que tener á cargo la muerte de un solo inocente." Se notó como produccion de una alma pura y franca lo que dijo al prefecto del pretorio, dandole la espada en señal de su dignidad: "Sírvaos esta aun contra mí, si no cumplo con lo que debo; y á mi favor, si hago lo que es de mi obligacion."

Buscandole vicios los historiadores, solamente le hallaron los defectos de haber gustado de buena mesa, de haberse entregado al vino, de haberse dejado llevar de la pereza, que solo consistia en que la mayor parte de las cartas se las escribia su secretario. Se dejaba arrastrar del placer; pero nunca por esto descuidó de los negocios públicos. Con mas justo motivo se reprende en un hombre tan benigno el haber permitido que fuesen perseguidos los cristianos. Si no hubiera hecho mas que sufrir que se ofreciesen sacrificios á sus estatuas, que el pueblo jurase por su vida y su eternidad; con ser esto tan abominable mirado á las luces del Evangelio, se le pudiera disimular como que solo prestaba á una costumbre establecida por sus predecesores. Pero no se le puede escusar de la mas excesiva vanidad, si oyó en público senado las alabanzas que le dijo en su presencia Plinio el menor, en su panegírico, que duró muchas horas. ¡Quién sufriría por tiempo tan largo un elogio directo! Todos quisieran por honor de Trajano que hubiese dirigido el panegirista sus palabras mas á la estatua del emperador que á su persona. Le dió el senado

el renombre de *Optimo*, que se ve escrito en las medallas y en los muchos edificios que este príncipe hizo construir ó reformar, por lo que le llamaron *Parietario*, nombre de una planta que se pega á las paredes y murallas.

Tenia Trajano un favorito, ó por mejor decir un ministro, llamado Licinio Surano, que le servia de mucho en la administracion de los negocios. Este fue el que inclinó á Nerva á adoptarle, y el emperador le pagaba este servicio haciendo de él entera confianza; pero esto suscitó grande envidia entre los cortesanos. Fatigaban estos al emperador con calumnias contra su privado, hasta atribuirle la infame intencion de asesinarle; cansado Trajano de oír estas acusaciones, fue á cenar en casa de Surano sin que este le convidase: despidió á sus criados, y llamó al cirujano de este ministro para que le aplicase un remedio á los ojos: se dejó afeitar de su barbero, se bañó, y se sentó á la mesa con la mayor confianza; y dijo al dia siguiente á los que solian hablarle contra su privado: "Si tuviera intencion de quitarme la vida, lo hubiera ejecutado ayer."

En el reinado de Trajano se renovó en las legiones romanas el espíritu guerrero. Las llevó en persona contra los dacios, y triunfó dos veces de Decébalo que habia impuesto un tributo á Domiciano. El mismo deseo de gloria le hizo pasar al Asia, en la que subyugó pueblos, cuyo nombre no se conocia en Roma. Tomó por punto de honor recorrer los países que Alejandro habia sujetado, y aun adelantar mas allá sus conquistas: concibió como él grandes proyectos; y si no edificó ciudades, reparó muchas de ellas: los temblores de tierra, que

fueron en su reinado muy frecuentes, le dieron ocasion para egercitar su aficion á edificios. El Eufrates se hubiera visto unido por medio de un canal con el Tigris, si no le hubiese detenido el temor que le inspiraron, de que siendo uno de estos rios superior al otro, pudiera precipitarse con tal rapididad, que no siendo posible contenerla, convirtiera en mar un pais muy vasto.

Aunque desde que empezó sus hazañas guerreras solamente por intervalos y muy cortos habitaba en Roma, no por eso dejó de aplicarse á hermosear esta parte de su imperio. Atravesando por muchas naciones bárbaras hizo construir un camino ancho y cómodo desde el Ponto Euxino hasta las Galias. El dios del Danubio, dijo un poeta, avergonzado de ver cautivas sus aguas entre los pilares de un puente, se escondió debajo de sus cañas. Fundó tambien Trajano muchas bibliotecas, levantó un teatro en el campo de Marte, ensanchó el circo, hizo fuentes de aguas dulces y limpias en los cruceros de las calles, y allanó en un terreno montuoso la soberbia plaza de su nombre, cuya columna trajana, monumento del gusto y la magnificencia, hace que se sienta mucho la pérdida de los demas adornos.

Debajo de esta columna enterraron á Trajano. Otros dicen que las cenizas de este grande hombre estaban encerradas en una manzana de oro que tenia una estatua colocada sobre este monumento. Se le llevó la muerte en pocos dias con un flujó de vientre en Selinuta, ciudad de Cilicia, á la edad de sesenta años, habiendo reinado diez y nueve y medio. Por un reves de fortuna para él tan sensible que no contribuyó poco á su muerte, casi to-

das las conquistas de Asia, con las cuales creia haberse formado una corona de inmortal gloria, se le habian ya huido de las manos; entre tanto que, por el contrario, el cristianismo, que él pretendia destruir, triunfaba, y se ha conservado.

Años
de J. C.
117.

No se saben de cierto las miras de Trajano en punto de sucesor. Autores hay que dicen tuvo intencion de proponer al senado diez personas de las que él tenia por mas dignas del imperio para que eligiese una. Otros dicen que estuvo dudoso entre tres sugetos, de los cuales el uno era gran juriconsulto, el segundo buen general, y el tercero otro á quien honró por sus prendas con estimacion particular. Sea de esto lo que fuere, pasó por muy constante, que estando para morir adoptó á Adriano, que era español como él, hijo de un primo hermano, y esposo de Julia Sabina, sobrina suya. Para hacer este casamiento habia mediado la emperatriz Plotina, que gustaba mucho de Adriano: y Trajano, que dió su consentimiento mas que su aprobacion, jamas concedió señal alguna de consideracion á los dos esposos, cuyo himeneo fue mas efecto de política que de inclinacion, como se vió por la frialdad con que vivieron juntos, tan distantes el uno como el otro de la ternura conyugal.

Si se han de creer ciertos rumores que corrieron sordamente, tuvo Plotina oculta por algunos dias la muerte de su marido; y entre tanto dirigió sus baterías con Taciano, español, que habia sido tutor de Adriano: llamó á este príncipe, que estaba ausente y bien distante, y puso en la cama á un hombre, que fingiendo la voz del emperador moribundo, adoptó á Adriano. Si en los historiadores no hay lisonja, fue Adriano un verdadero prodigio:

porque su memoria le servia tan prontamente y con tal exactitud, que le presentaba sin equivocacion los nombres no solo de todos los soldados actuales, sino tambien de cuantos habian militado á sus órdenes, aunque hubiera mucho tiempo que les habia dado la licencia. Tomaba un libro, le leia, y le sabia de memoria. Egercitado en casi todas las ciencias, era el orador mas elocuente y el mejor poeta de su tiempo. Sabia pintar, grabar, cantar y tocar todos los instrumentos con una superioridad que pasmaba á los mejores maestros. Ademas de cultivar felizmente la filosofía y las matemáticas, se estendió tambien á la medicina, al conocimiento de las propiedades de las yerbas y de los metales. Se observó que dictaba al mismo tiempo á muchos secretarios, y acordaba en la misma audiencia con muchos ministros los negocios de importancia.

Adriano honró á los sabios literatos con una proteccion particular. Era una de sus diversiones desafiar los talentos de los poetas, mandándoles hacer de repente algunos versos. Delicado en el uso de su idioma gustaba de que triunfasen sus notas. Censuró un dia ciertas espresiones que usó Favorino, y que este gramático pudiera haber defendido bien con autoridades: admirándose sus amigos de que no lo hiciese, respondió: "¿Pensais que quiero yo disputar mi ciencia con un hombre que tiene á sus órdenes treinta legiones de soldados?"

Se atribuyen las contradicciones de la conducta de Adriano en los principios de su reinado al influjo de dos ministros diferentes. El español Taciano, su tutor, duro y severo, le aconsejó acciones de crueldad, como deshacerse de algunos senadores solo por sospechas; y condescendió. Similis, hom-

bre benigno y pacífico, estimado de Trajano, no daba á su señor sino consejos de paz y de perdon que siguió muchas veces. Debemos decir á honra de Adriano, que privó á Taciano de su gracia, y aun tuvo intencion de castigarle mas rigurosamente. En cuanto á Similis se retiró por sí mismo á la edad de setenta años, viviendo todavia otros siete, y mandó grabar sobre su sepulcro: *Setenta y siete años estuve sobre la tierra; pero solo viví siete.*

Afable con todo el mundo, y familiar con sus amigos, visitaba Adriano en sus enfermedades aun á sus libertos. No se vengó de ninguno de aquellos á quienes habia tenido por enemigos antes de subir al trono; y habiendo encontrado á uno de ellos, le dijo: *Ya te ves salvo*; pero daba demasiado crédito á los aduladores, y muchos de sus cortesanos fueron víctimas de esta credulidad; no era seguro su favor. Era liberal y magnífico, y tan exacto en la observancia de la disciplina militar, que daba el primero ejemplo. En el ejército vivia como soldado: caminaba á pie y descubierta la cabeza: en lo mas alto de los Alpes helados iba vestido como en los desiertos abrasados de Africa. Ha sido celebrada su integridad en el ejercicio de la justicia y su respeto al senado: jamas emprendia cosa alguna sin el consejo de los senadores: asistia regularmente á sus juntas cuando estaba en Roma ó en las cercanías: iba á casa de los cónsules cuando tenia que hablarlos, y no sufría que se apelase á él de sus sentencias. Manchó esta conducta estimable con su indiscreta curiosidad en asuntos que no eran suyos, con los excesos de la embriaguez y el furor de la supersticion. Abandonando Adriano las conquistas de Trajano, se descargó de un grande peso; y aunque

tambien hubiera querido desembarazarse , con algunas cesiones , de la guerra que los daces y otros pueblos mantenian en las fronteras : le hicieron presente que avanzando siempre estas naciones , le tendrian continuamente en estado de guerra , y que era lo mejor tenerlas distantes ; pero aunque le agradaron estos discursos , no las hizo retirar mucho , y permaneció en la defensiva . Esta tranquilidad le dió proporcion de satisfacer su gusto de viajar , y decia : " Que semejante al sol , que ilumina todas las regiones de la tierra sin limitarse á solas algunas , debia el emperador visitar todas las provincias de su imperio para no verse en la precision de creer lo que le contaban los que las gobiernan . " Bien pudo Adriano tener un motivo tan loable ; pero al ver con que ardor continuaba sus correrías , se puede creer sin negarle el motivo de utilidad , que le arrastraba la curiosidad poderosamente . ¿ Mas quién no se entregaria á esta pudiendo viajar como emperador , y siendo dueño de ir á sorprender á la naturaleza en los lugares mas difíciles , en donde oculta sus misterios , á admirar sus bellezas , y á hacer que le muestren todas las magnificencias de sus artes ? Un grande , sin embargo , con el resplandor de su comitiva , y como un viajante aislado y solo , no ve á los hombres , ni conoce las ciudades , la paz obscura de la mediocridad , ni la inocencia y alegría de las pobres chozas . De este modo todo se compensa .

En diez y siete años de viages recorrió Adriano las Galias , la Inglaterra , la España , la Germania , la Mauritania , el Africa , la Livia , la Sicilia , la Acaya , la Macedonia , el Egipto , la Palestina , la Arabia , la Siria , la Cilicia , la Panfi-

lia, la Licia, la Capadocia, la Frigia, el Asia, la Bitinia, la Tracia, la Misia y la Dalmacia. En las Galias visitó las principales fortalezas romanas, dejando en todas partes vestigios de su generosidad. Permaneció por algun tiempo en la Germania, donde estaban las tropas escogidas del imperio, para restablecer en ellas la disciplina; y ya que no quisieron los caledonios sujetarse á las leyes romanas, tomó sus medidas para que á lo menos no inquietasen á los ingleses que las adoptaban. Contuvo á los bárbaros en su pais por una fuerte muralla, cuyas señales se ven todavia. Los mas bellos monumentos manifestaban por donde habia vuelto, y la estancia que hizo en las Galias. En Nimes la señala un magnífico palacio para Plotina, viuda de Trajano, y el anfiteatro de la misma ciudad: y no lejos de allí el puente del Gard.

En Tarragona, en España, reedificó el templo de Augusto fundado por Tiberio, y enriqueció con grandes privilegios su patria. De Roma pasó á Sicilia y á Grecia: adornó muchas ciudades con templos y plazas públicas, y otros edificios: volvió á Roma á celebrar los funerales de Plotina, que fueron magníficos: edificó un templo á Venus, y otro á la fortuna de Roma. Acerca de estas dos obras solicitó la aprobacion de Apolodoro, arquitecto de la plaza trajana, á quien antes debiera haber consultado. Este, menos condescendente que el gramático de quien hemos hablado, con un hombre que mandaba á legiones, dijo: "Que las bóvedas eran demasiado bajas, y las estátuas demasiado altas." "Cuando las diosas, añadió, quieran levantarse y salir, no podrán." Este chiste le costó la vida.

Quando pasaba de una provincia á otra no des-

preciaba Adriano lo agradable ó espantoso que ofrecia la naturaleza , como eran los hermosos sitios, las bellas vistas , el magestuoso levantarse del sol visto desde las montañas, las detonaciones del rayo, la calma de un mar inconstante y traidor, y el horror de las tempestades. No se ocultaban á sus ojos observadores los caracteres y costumbres de las gentes. En una carta á su cuñado nota que en Alejandría todos tenian oficio, hasta los ciegos: "Los paganos , le dice , los cristianos , los samaritanos , los judíos , y pudiera haber dicho que todos los hombres, adoran á un mismo Dios, que es su interes." Hermoseó, dotó, enriqueció el museo de Alejandría, soberbio establecimiento de los Tolomeos , fundado en su palacio , en el cual se sustentaban y alojaban magníficamente los hombres de letras , repartidos en muchas compañías , segun la secta ó ciencia que profesaban. Se le debe el *edicto perpetuo* , vasta coleccion de todas las leyes publicadas por los pretores. Pensaba tambien establecer un código uniforme en el imperio.

Estando Adriano en Egipto perdió á Antonino, jóven tan hermoso que le lloró , dicen los autores, como á una muger adorada: comparacion que esplica la especie de su afecto. Las fiestas que instituyó en honra suya y los templos que le dedicó dan á entender con qué desvergüenza se deshonran algunas veces con infames pasiones los siglos ilustrados. No solo pasó el emperador por Atenas , sino que volvió , y depuso en esta ciudad el fausto imperial , gustando de presentarse vestido de arconte, como un simple magistrado. Decoró esta ciudad con magníficos edificios , é hizo liberalidades al pueblo.

Mientras Adriano se divertia en Egipto fue el

tiempo con corta diferencia en que sus generales asolaban la Judea. Se habian rebelado sus habitantes bajo la conducta de un judío llamado Barcozebas, que se vendia por el Mesías. Juntó este impostor una inmensa tropa, que no se dejó degollar impunemente. La guerra fue por tres años muy funesta á los romanos, mas al fin lograron una victoria completa. Tomaron y arrasaron los vencedores cincuenta ciudades y castillos considerables con novécientos y ochenta lugares, y quitaron la vida á mas de quinientos mil hombres. Los que perecieron con el hambre y las llamas son innumerables: casi todos los judíos que sobrevivieron fueron vendidos en las ferias al precio de los caballos; y á los que no pudieron vender, los transportaron á Egipto, murieron allí de hambre, ó afligidos y maltratados por un pueblo que los tenia en execracion. Se les prohibió pena de la vida entrar en Jerusalem, y aun habitar en parages desde donde pudiesen verla. Adriano mudó esta ciudad de modo que se puede decir no ser la misma; porque la dió otra cerca, dejando fuera lo que estaba dentro, y la quitó hasta el nombre de Jerusalem, dandola el de Aelia Capitolina, que conservó mucho tiempo. Hizo colocar en la principal puerta un puerco, animal aborrecido de los judíos, con el fin de retirarlos de allí; pero no por esto dejaron de ir así que pudieron á llorar sobre las ruinas de su antigua patria.

Esta guerra, y otra en que vencieron á los alanos, son las únicas algo notables del imperio de Adriano. Una enfermedad le empeñó en elegir sucesor, y adoptó á Cómodo Vero; pero le sobrevivió. Tenia este príncipe bellos conocimientos y figura de soberano; pero era de débil constitucion, y

aun la deterioró con sus excesos, porque pasaba los días y las noches con las prostitutas; y pidiéndole su muger á lo menos la preferencia, la respondió: "El nombre de esposa es nombre de honor, y no de placer." Despues de su muerte adoptó Adriano á Antonino con la condicion de que este adoptase á Vero, hijo del difunto, y á otro Vero, que fue despues Marco Aurelio. Adriano habia vivido con Sabina su esposa de tal modo que no tuviesen hijos, y aun ella se alababa de haber retirado sus caricias, diciendo sencillamente: "Que de ellas no podia nacer mas que un monstruo." Muerta Sabina, la colocó en el cielo, en donde la queria mejor ver que en la tierra. Le quedaba su cuñado Salviano, de edad de noventa años, y un nieto de Salviano que ya tenia diez y ocho: á uno y á otro quitó el emperador la vida por una conspiracion verdadera ó supuesta. El contraste de las edades, y la imposibilidad que de ellas resultaba, dió á las dos muertes una mancha indeleble que le hacia odioso. Salviano al morir tomó al cielo por testigo de su inocencia, deseando que Adriano, en pena de su injusticia, desease la muerte, y no la hallase.

La maldicion fue oida, pues le acometió una enfermedad, cuya tristeza y dolores le parecieron insufribles. Se rodeó de charlatanes, y recurrió á la magia sin experimentar alivio alguno. Se puso de un humor tan agrio, que condenó á muerte á algunos senadores; aunque Antonino supo salvarlos ó ocultarlos. El emperador quiso que le matase un esclavo, y sepultar un hierro en su pecho: le quitaron el puñal, y se vió condenado á vivir todavía por algun tiempo á pesar de sus deseos de morir. Ya por último lo consiguió á los sesenta y dos años,

y veinte y uno de su imperio. Si, como se puede conjeturar de algunos versos que dejó, creia la inmortalidad del alma, no debió morir sin inquietudes sobre lo venidero, despues de sus escesos y crueldades. Siendo tan amigo de edificar no debía olvidarse de su sepulcro, y así se hizo construir uno mas semejante á una fortaleza que á un sepulcro, y le llamó *Moles Adriani*; por lo que sirve y ha servido de fuerte con el nombre de castillo Sant'Angel. El puente sobre el Tiber es igualmente obra suya. Se dejó arrastrar á una persecucion contra los cristianos; pero las apologías victoriosas y demostrativas que estos le presentaron la suspendieron, y aun segun un autor tuvo intencion de levantar un templo á Jesucristo, y ponerle en el número de los dioses. Consultados los oráculos sobre este punto, respondieron: "Si el emperador permite que el Dios de los cristianos tenga templos, se quedarán desiertos los de los otros dioses." Esta amenaza ó prediccion le hizo renunciar al proyecto.

Años
de J. C.
138.

Antonino Pio (138) así llamado por el afecto á su religion, y su respeto á Adriano que le adoptó, ocupa una de las primeras sillas entre aquellos soberanos, que evitando los escollos del poder, solo le usaron para hacer bien á otros. Era originario de Nimes, de familia antigua, aunque habia poco que se habia ilustrado: nació en Italia, y desde su niñez le hacia su amabilidad querido de cuantos le veian. Siempre sostuvo este feliz carácter, con el que se hizo amar en todos los grados que ocupó. La estimacion universal determinó á Adriano para adoptarle, despues de haber experimentado su capacidad en los gobiernos que le confió, y sus luces en el consejo. La historia nos le pinta como uno de

los príncipes mejores del universo ; afable , accesible , magnífico sin lujo , económico sin avaricia , que á todos oía con paciencia , mas deseoso de ser amado que de ser aplaudido , nada lisonjero , intolerante de la lisonja , lleno de equidad y condescendencia con el senado , asistente continuo á las públicas ceremonias y actos de religion , y manifestando la veneracion mas profunda á la divinidad . A esta pintura general se añadirán algunos rasgos particulares .

Llegando al Asia con el carácter de procónsul le alojaron en Esmirna en la casa del sofista Polemon , que se hallaba fuera de ella . Volvió este á su casa muy entrada la noche , y estrañando que estando él ausente hubiesen admitido al procónsul , hizo tanto ruido , que se vió precisado el huésped á salirse en lo mas obscuro de la noche . Arrogante como filósofo tuvo la audacia de ir á saludar á Antonino en Roma siendo ya emperador , y toda la venganza del príncipe fue decir : “ Den aposento á Polemon , y nadie se atreva á echarle de él , ni aun de dia .” Lo que hizo con el procónsul no le pareció al sofista que le estaba prohibido hacerlo con un cómico , y así le echó del teatro en medio del dia . Fue el cómico á quejarse al emperador , y este le respondió : “ Me echó á mí de casa á la media noche , y con todo eso no apelé .” Apolonio , otro filósofo igualmentepreciado , llevó muy á mal que Antonino , que le habia hecho ir desde Calcis á Roma para preceptor de Marco Aurelio , le llamase á su palacio para entregarle el discípulo , y dijo : “ El discípulo debe ir á buscar al maestro , y no el maestro al discípulo .” A lo que respondió el emperador riéndose : “ Apolonio debe tener por viage mas penoso llegar desde su casa á palacio , que venir des-

de Calcis á Roma." El pedagogo hubiera quedado bien castigado de su altanería, si el emperador tomandolo con seriedad, le hubiera corregido despidiendole, pues habia llevado consigo numerosa comitiva de discípulos, *todos argonautas*, dijo el burleon Lucano, muy dispuestos á buscar el vellocino de oro.

Pero Antonino sabia dar su justo precio á las cosas y á las personas. Tomó por lo que valia la respuesta impolítica y rústica de un cierto Omulo, que preguntandole el emperador de dónde le habian venido unas magníficas columnas de pórfido que tenia, le respondió: *De casa de otro*. Es necesario ser sordo y mudo; pero ni en otras ocasiones de importancia desmintió lo bondadoso. Le cuentan entre los maridos benignos; y no porque autorizase los desórdenes de su muger Faustina, sino porque la sufrió, y no la castigó. En lo demas, le gustaba todo lo que manifiesta bondad de alma, como se lo dió á entender á sus cortesanos, á quienes pareció indecente é impropio de la magestad de un príncipe, que su hijo llorase la muerte del que le habia criado. "Dejadle llorar, les dijo, y sufridle que sea hombre; porque ni la filosofia ni la dignidad imperial deben apagar en nosotros los sentimientos de la naturaleza."

Contra un príncipe tan bueno se formó una conspiracion, y mandó el senado ajusticiar á dos que eran cabezas de ella; pero el emperador no quiso que prosiguiese en la inquisicion de los demas conjurados, diciendo: "No quiero que se sepa cuantos son los que me aborrecen." Jamas emprendió la guerra cuando pudo conseguir la paz, y dijo muchas veces: "Mas quiero salvar la vida de un solo

ciudadano, que esterminar mil enemigos;” y así hubo pocas guerras en su tiempo. Gozaba de una estimacion tan general que las naciones distantes, las vecinas, las sujetas y las aliadas todas tenian igual confianza en su probidad y buena fe. Cuando querian hacer algun movimiento, valia mas una carta suya que las legiones. Despues de un reinado de veinte y dos años, y setenta y tres de edad, dejó á Marco Aurelio un cetro que no se habia manchado con la sangre de los amigos ni de los enemigos. No persiguió á los cristianos; fue tan al contrario, que escribió á un gobernador concluyendo la carta con estas palabras: “ Si alguno en adelante hace mal á los cristianos y los acusa como tales, al acusado se le absuelva sea ó no sea cristiano, y sea castigado el acusador segun el rigor de las leyes. ”

Marco Aurelio, á quien adoptó, y fue su sucesor, se llama tambien Annio Vero, que quiere decir verdadero: Antonino le llamaba Verísimo; virtud que en la sociedad es la basa de todas las otras. Tambien le llamaron el filósofo en el mejor sentido de esta voz, que significa *amigo de la sabiduría*. Se cuenta con admiracion que creyese no poder sujetar sus pasiones sino mortificando su cuerpo; y que sus austeridades filosóficas, practicadas desde su juventud, á pesar de su constitucion fuerte, alteraron su temperamento. El objeto principal de sus estudios fueron los sistemas filosóficos sobre la formacion del mundo, y los sabia á fondo; de la moral dió preceptos en su vida y en sus escritos. Reverenciaba mucho á los que le habian inculcado estos preceptos. Tenia en su gabinete los retratos de sus maestros, los miraba con ternura, é iba algunas veces á echar flores sobre su sepulcro. Segun las resolucio-

Años
de J. C.
161.

nes de Antonino, que él ratificó, tomó Marco Aurelio por cólega á Lucio Vero, hijo de Vero, adoptado por Adriano; y aunque se veía emperador, siempre atendió á Faustina su muger, digna hija de la Faustina de Antonino. Cuando le aconsejaban que la repudiasse por sus desórdenes, tan conocidos que se representaron en el teatro, respondia: "Con qué será necesario restituirla el dote, que no es nada menos que el imperio que yo recibí de su padre." En un pasage de sus obras alaba el carácter franco y abierto de su muger, y su sinceridad en la estremada complacencia para con él.

La virtud de Marco Aurelio fue probada por todos los medios que pueden interesar á un buen corazon, é inquietar el espíritu de un sabio: pestes, hambres, guerras interiores, alborotos, y una conmocion general del imperio, cuya disolucion suspendieron solas sus grandes calidades. Salió el Tíber de madre de un modo espantoso: la dificultad de la navegacion ocasionó la miseria, y la estancacion de las aguas una infeccion: muchas provincias se vieron atormentadas con temblores de tierra, y se levantaron sediciones en Armenia. Los partos declararon la guerra, y envió Marco Aurelio contra ellos á Vero su cólega, á quien dió su hija Lucila por esposa. Esperaba el alivio por medio de este príncipe; mas por su mala conducta, que le llevó jóven al sepulcro, fue para él un azote. Fueron tantas las pesadumbres que le dió su cólega, que algunos creyeron que para salir de él le habia dado veneno; pero esta es una sospecha muy injusta respecto de un príncipe tan humano y sufrido. Los egipcios intentaron sacudir el yugo, y hasta despues de muchos sangrientos combates no los sujetaron los



Marcomanos vencidos.

Encerradas por estos rebeldes las tropas de Marco Aurelio en un parage desventajoso y sin agua, se veian en el mayor apuro, quando una abundante lluvia las restituyó á la vida; pero hubieran perecido mientras saciaban con ansia su rabiosa sed, á no haber dispersado á sus enemigos una tempestad de piedra y rayos: interesando al parecer el cielo en la victoria de tan digno Príncipe.

romanos. Los moros invadieron la España; pero la guerra mas peligrosa fue la de los marcomanos, pueblos de la Germania.

El mismo Marco Aurelio se encargó de esta guerra, y desplegó en ella toda la intrepidez de un héroe con la inteligencia de un hábil general; mas como las armas son inconstantes, despues de muchas victorias tuvo la desgracia de que los enemigos le encerraron en un parage nada ventajoso, y privado totalmente de agua. Los romanos, cubiertos de heridas, muriendo de sed, y sin poder combatir ni defenderse, tocaban ya en la mas terrible estremidad, cuando juntandose de todas partes las nubes, cayó una abundante lluvia que les restituyó la esperanza, el valor y la vida. Desde que empezó á llover levantaron la cabeza para recibir el agua en la boca; despues presentaron al cielo sus copas y sus escudos: así estan representados en la columna de Antonino en Roma, que es el monumento depositario de este famoso suceso. Entre tanto que los romanos apagaban la sed, dieron los bárbaros sobre ellos, y viendose entre dos necesidades, y que la de beber les fatigaba mas que la de pelear, estaban para ser pasados á cuchillo, cuando la piedra y los rayos vinieron á socorrerlos, hiriendo á los marcomanos y perdonando á los romanos, por lo que los primeros perdieron la formacion. Esta lluvia siempre se ha tenido por milagrosa, y conseguida con la oracion de una legion cristiana. En la carta en que el emperador notició al senado esta victoria, daba á entender, aunque con la mayor circunspeccion, que la debia á los cristianos; pero á lo menos renovó en su favor la prohibicion de Antonino de citarlos en justicia como á cristia-

nos, y añadió la pena de muerte contra los acusadores.

Para sostener esta guerra, no queriendo el emperador cargar de nuevos impuestos á su pueblo, por estar exhausto el tesoro, vendió los muebles de su palacio, sus vagillas de oro y de plata, las pinturas y estátuas pertenecientes á la corona, los vestidos de su muger ricamente bordados de oro, y una preciosa coleccion de perlas que Adriano habia comprado en sus viages. Dos meses duró la venta, y produjo una suma tan prodigiosa, que Marco Aurelio tuvo la satisfaccion de proveer de víveres al pueblo en un tiempo de escasez, y de pagar los gastos de una guerra de cinco años. Impuso á los marcomanos y á los cuados unas condiciones muy ventajosas á los vencedores sin ser demasiado duras para los vencidos, á los cuales pudiera haber reducido á estado en que no tuviese que temer su irrupcion, si no le hubiese llamado al Oriente la rebellion de Avidio Casio.

Este pretendia descender del famoso republicano de su nombre que quitó á César la vida, y decia: "Que solo deseaba el imperio para restituirle la libertad." Nunca otro general mantuvo la disciplina por medios mas rigurosos. Crucificaba á todo soldado ladron, hizo quemar vivos á los que habian cometido violencias, y arrojar á otros con grillos en el mar; mandaba cortar los pies y las manos á los desertores, y decia: "Mas impresion hace el espectáculo de un delincuente mutilado así, que el del mismo reo espirando de un solo golpe." Este Casio, encargado de la guerra contra los sármatas, hizo un egemplar terrible de severidad. Unas tropas que sin su orden pasaron el Danubio,

mataron á tres mil enemigos, y volvieron cargadas de botin. Sus centuriones, que las habian excitado á la empresa, se lisonjaban con la esperanza del premio; pero el inflexible general, temiendo el peligro del mal ejemplo, hizo crucificar sin piedad como á esclavos á los centuriones. Esta atroz severidad sublevó todo el ejército; pero Casio, firme y á sangre fria, se presentó sin armas en medio de aquella multitud irritada, y dijo en alta voz: "Matadme, y añadid, si os atreveis, al olvido de vuestra obligacion el asesinato de vuestro general." Esta tranquila intrepidez sosegó á los soldados, y se volvieron con silencio á sus tiendas. Los sármatas que supieron el suceso, desesperados de vencer un ejército mandado por tal gefe, pidieron la paz.

En recompensa de sus servicios le nombró Gobernador de Siria el emperador, y supo ganar á los gobernadores vecinos y á los pueblos, desaheritando así á Marco Aurelio como á Vero, que aun vivia. Iba juntando tesoros, y reprobando cuanto hacian los dos emperadores: al uno le representaba como á un filósofo extravagante; al otro como á un libertino entregado á la embriaguez. Vero advirtió á su suegro, y le hizo presente el peligro que corrían él y sus hijos dando su confianza á semejante hombre. Marco Aurelio respondió: "He leído tu carta, y he notado en ella mas inquietud que la que conviene á un emperador. La equidad de nuestro gobierno condena esas sospechas; pero si la suerte destina el imperio á Casio, en vano nos opondremos á ella. Bien sabes el dicho de nuestro abuelo Adriano: Ningun hombre mata á su sucesor." Le representaba despues, que sería injusticia tratar

como delincuente al que nadie acusa todavía. "En el caso de traicion, aun cuando el delito esté probado, nos gusta creer que el acusado puede tener alguna disculpa. Siga Casio su camino, pues es un excelente oficial y un hombre útil al estado. En cuanto á mis hijos, (por cuya seguridad quisieras que yo le sacrificase, si merece ser mas amado que ellos, y si su vida promete mas ventajas: que viva Casio, y mueran los hijos de Marco Aurelio."

Tomó Casio el título de emperador como Vero lo habia previsto, y Marco Aurelio se preparó á marchar contra él con la intencion, dicen los historiadores, de entregarle el imperio si los dioses querian que reinase en su lugar. "Porque, decia este buen príncipe, el esponerme yo á los peligros de la guerra y á tantos sustos y trabajos, no es por interes ni ambicion, pues solo deseo la felicidad de mi pueblo." Mientras avanzaba hácia el Asia, y las tropas que habian enviado delante se egercitaban contra Casio, mató un simple centurion á este, sin saber cómo ni con qué motivo. La emperatriz Faustina, que en sí misma conocia la mucha indulgencia de su marido, recelando que en esta ocasion la manifestase demasiado, le envió una carta instándole á castigar á los cómplices con rigor, y él la respondió: "He leído tu carta, querida Faustina, y miro el consejo que me das como una señal de tu amor á mí y á nuestros hijos; mas permíteme, querida Faustina, que perdone á los de Casio, á su yerno y á su muger, y que escriba al senado en su favor. Mucho siento la muerte de Casio, y quisiera poder restituírle la vida. Sosiégate, no te entregues al miedo ni al espíritu de venganza, porque á Marco Aurelio le protegen los dioses."





Muerte de Marco Aurelio.

Una enfermedad contagiosa que á los cincuenta y nueve años de edad sobrevino á este Príncipe, dió fin á su vida, y á un reynado de diez y nueve años de fatigas. Su amor á las ciencias, su humanidad, y todas las prendas que le caracterizáron, harán apreciable siempre á los hombres sensatos su memoria. Defectos se le notan; pero defectos hijos de su buen corazón. ¡Oxalá que los hombres no tuviesen otros!

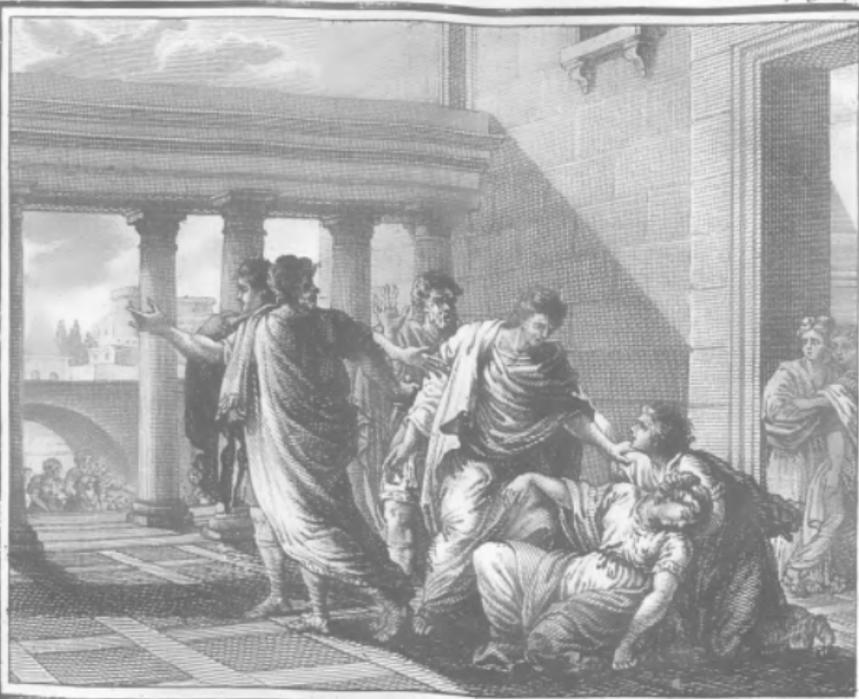
Con efecto, escribió al senado en estos términos: "Os suplico, padres conscriptos, que no castigéis con demasiado rigor á los culpados, y que atendáis á vuestro carácter y al mio. A ningun senador se le quite la vida, ni se derrame la sangre de persona alguna de distincion: vuelvan los desterrados y gocen de sus bienes: yo quisiera restituir la vida á los que la han perdido: la venganza es indigna de un emperador. Perdonareis pues á los hijos de Casio, á su yerno y á su muger; mal he dicho perdonar, porque ¿qué delito han cometido? Vivan seguros y entren en posesion de cuanto tenia Casio: permitaseles vivir en donde quieran, para ser un monumento de vuestra clemencia y de la mia. Tambien pidió que todos los senadores y caballeros romanos que han tenido parte en esta rebelion, queden por vuestra autoridad esentos de la pena de muerte, proscripcion ó infamia; en una palabra, de toda especie de castigo. Dígase en honra vuestra y mia, que esta rebelion no costó la vida sino á los que murieron en los primeros alborotos de la guerra." Por la estension de esta amnistía ó perdon general se ve que la conspiracion habia sido muy considerable.

Estos actos de clemencia terminaron gloriosamente una vida laboriosa, y empleada toda en hacer felices; pero Marco Aurelio cuando murió no tuvo el consuelo de lisonjearse de que sus esfuerzos por la felicidad del imperio serian coronados con el buen éxito, porque dejaba la diadema á Cómodo, su hijo, pero indigno de tal padre. A Marco Aurelio le buscan defectos, y solo le hallan el de su tolerancia con Faustina, á quien hizo honrar con el título de diosa, y con Cómodo, cuyos vicios no

debiera ignorar. Le casó antes de morir, y le encomendó á sus amigos pidiendo que le ayudasen con sus consejos. Se atribuyó su muerte á una enfermedad contagiosa. La última vez que fue el tribuno á pedirle la contraseña, le dijo: "Ve al sol que sale, que yo ya voy al ocaso." Tenia ciucuenta y nueve años, y reinó diez y nueve. Tenemos en él algunos fragmentos de una obra moral, que hacen honor á su corazon y á su entendimiento. Su gusto por las ciencias multiplicó en su reinado los filósofos, á quicnes distribuia grandes pensiones; aunque muchos, dicen los historiadores, solo tenian de los sabios de aquel tiempo la capa y la barba larga.

Años
de J. C.
180.

Despues de los Calígulas, Neronos y Domicianos no debia esperarse tener que tratar de otro que los igualase en infamias y crueldades (180). Sin embargo, aquí tenemos uno que los escedió, y que reinó trece años. Complacíase Cómodo en hacer dar tormento en su presencia. Para experimentar el vigor de su brazo, y tener el placer de ver derramarse las entrañas, dividia á un hombre en dos pedazos. Para divertirse arrancaba un ojo á los que encontraba de noche en las calles, ó los cortaba un pie, para hacer pruebas de su habilidad en la cirugia. Cortaba tambien las narices y las orejas á los que por necesidad tenian que recurrir á él. Al bien vestido le mataba, y tambien al mal vestido. Con el nombre de Hércules, la piel del leon al hombro y la maza en la mano acogotaba á los hombres, haciéndolos primero disfrazar de monstruos. Su palacio era un lugar infame lleno de prostitutas, y aun el otro sexo no estaba libre de su petulancia. Violó á todas sus hermanas, y á una de ellas la



Atrocidad de Comodo.

Fueron tan inauditas las crueldades con que por espacio de trece años manchó este infame el trono de su Padre, que logró exceder á los Caligulas y Neronas. Ni el bello sexo, ni sus hermanas mismas se vieron libres de su ferocidad; y despues de haberlas violado á todas, tuvo la bárbara complacencia de matar á puñaladas á una de ellas. No á hombres, ni aun á tigres debieron gobernar semejantes monstruos.

mató á puñaladas despues de haber abusado de ella. Hizo lo que ningun tirano hasta entónces, pues vendia el permiso de asesinar. Tenia fuerzas prodigiosas, y de una lanzada atravesaba un elefante. En un solo dia mató cien leones en el anfiteatro, y todos al primer golpe. Su destreza era igual á su fuerza: nadie le igualaba á tirar con el arco. Setecientas treinta y cinco veces combatió en la palestra sin ser vencido jamas, aunque escogia por contrincantes á los atletas mas fuertes. A vista de sus vicios, la fuerza de su constitucion, y la conducta de su madre Faustina, se ha creido que Cómodo no era hijo de Marco Aurelio, sino de un vigoroso luchador.

Los germanos habian vuelto á tomar las armas, y Marco Aurelio se hallaba cuando murió ocupado en sujetarlos. Al punto reconoció el egército á Cómodo, y este le distribuyó mucho dinero. Se aprovechó el nuevo emperador de las victorias de su padre para hacer la paz, cuando debiera haber puesto aquellos pueblos en estado de no atreverse en adelante á atacar el imperio; pero le urgia ir á gozar de las delicias de Roma, en donde cobardes le honraron con un triunfo no merecido, con el titulo de piadoso, y otras muchas señales de distincion que por dárselas pródigamente se envilecieron.

No tardó mucho en dar á conocer que era imprudente, injusto y sanguinario. Los oficiales, los magistrados y cuantos habia empleado Marco Aurelio en el gobierno, no eran propios para Cómodo, y así á todos los mudó, substituyendo á los compañeros de sus vicios. Murmuraron; pero él creyó poder imponer silencio con los castigos, el destierro y aun la muerte. Con esto se avivaron

mas las quejas, y se aumentó el número de los malcontentos, á cuya cabeza se puso Lucila su propia hermana. Era viuda de Vero, y habia vuelto á casar con Pompeyano; pero conservaba la clase y honores de emperatriz, aunque despues de Crispina, que era la reinante. La fastidiaba verse en segundo lugar, y se dice que aspiraba al primero, no para colocar en él á su marido, sino á un amante á quien preferia. Otro Pompeyano, hijo de su esposo, y prometido á su hija, debia dar el primer golpe. En lugar de herirle hizo brillar el puñal, diciendo á Cómodo: *Este es el presente que te envia el senado.* Lo advirtieron los guardias, y le arrestaron: la consecuencia de esta conspiracion mal concertada fue la muerte de los cómplices, y de la misma Lucila, desterrada y muerta en el destierro.

En las pesquisas cayeron muchos inocentes, y la conjuracion le sirvió al emperador de pretexto para deshacerse de los que le disgustaban ó le eran sospechosos. Cómodo tuvo por mucho tiempo aquella felicidad que algunas veces han logrado otros príncipes, cuyas crueldades en la opinion del pueblo se han atribuido á sus ministros. Solo le costó sacrificarlos al odio público para estar él seguro. Por entonces empezaron á llamarlos prefectos del pretorio, y el primero que se conoció con este título es Perenio, á quien dos autores contemporáneos dan un carácter absolutamente opuesto. El uno le llama malvado, corruptor de su jóven madrastra, instigador de crímenes, protector de atrocidades para sostenerse en su puesto. Otro escritor le da prudencia, buenas costumbres, verdadero deseo y esfuerzos para corregir las inclinaciones perversas del emperador; pero es difícil creer que fuese virtuoso

el favorito y ministro confidente de Cómodo: y si lo fue, llevó el castigo de haberse juntado con un hombre tan malo, pues se levantó contra él un poderoso partido: vinieron quejas de todas las provincias: hizo el ejército representaciones como suelen hacerlas los soldados furiosos, y temblando el emperador abandonó á su ministro, y le hicieron pedazos á él, á su hermana y á sus dos hijos.

Hay apariencias de que esta sublevacion fue suscitada por Cleandrò, que aspiraba á la plaza de prefecto del pretorio, que con efecto consiguió, manteniéndose en ella con la indignacion general que escitaba su gobierno altivo y arbitrario. Previendo un asalto, le habia procurado precaver con tropas que le rodeaban. El pueblo y una parte del ejército llegaron á presentar contra él el mismo memorial y con las mismas formalidades que contra Perenio. El ministro hizo rechazar los quejosos con un cuerpo de caballería que habia tomado á su sueldo. Se estaba el emperador mirando tranquilamente el combate; pero advirtiéndole una de sus hermanas que el éxito pudiera ser funesto para él, hizo cortar la cabeza de su ministro; y arrojada esta entre los que peleaban, suspendió los golpes como si fuera un talisman poderoso, y se hallaron los malcontentos con entera libertad para egercer su venganza en la muger, hijos y amigos de Cleandro, á todos los cuales quitaron la vida.

La misma indiferencia que mostraba Cómodo acerca de lo que pasaba á su vista en Roma, observaba sobre lo que sucedia en las provincias. Dejaba á los generales y gobernadores que allá se desenredasen como pudiesen de las guerras y sublevaciones que sobrevenian. No solamente los pueblos limítro-

tes de las fronteras, ó las naciones sujetas al imperio se levantaban ó contra los egércitos que tenían en la raya, ó contra sus opresores; las mismas legiones romanas se cansaban ya de vivir bajo las banderas de semejante emperador; y hubo desertores que se formaron en cuerpo de egército, y costó mucho trabajo dispersarlos. Campos enteros ofrecieron el imperio á sus gefes, y no le admitieron. En medio de estas turbulencias tenia Cómodo ocupada toda su atencion en las facciones del circo y en los combates de los gladiadores, entre los cuales hacia él su papel como uno de tantos.

Era tanta su predileccion á esta tropa feroz, que se habia hecho preparar cuarto en el edificio en que estaban alojados los gladiadores, y aun contaba con hacerle su palacio. De allí se proponia salir en adelante rodeado de las fasces consulares é imperiales, desnudo, ó armado como los gladiadores, escoltado de solos estos para asistir con mas autoridad y pompa á la lid. Marcia su concubina, á la cual habia comunicado este pensamiento ridículo, intentó disuadirsele; pero le desagradaron los esfuerzos que hizo para ello; y resolviendo deshacerse de todos los incómodos censores, puso á Marcia la primera en la lista de ellos; pero dicen que se descubrió su perversa intencion casi como la de Domiciano. Un niño, mientras el príncipe dormia, tomó casualmente el escrito en que estaban los nombres de los que pensaba matar. Marcia encontró al niño como la emperatriz Domicia, y comunicó, como esta, el escrito con los que en él estaban amenazados, y en un consejo que tuvieron entre sí los proscriptos, se encargó Marcia de envenenar á su detestable amante. Este tomó el veneno al salir del

Baño, y se quedó dormido: le despertaron las náuseas; empezó á dudar del hecho y á amenazar. Entonces hicieron entrar á un robusto atleta llamado Narciso, y este viendole debilitado con la operacion del veneno, le ahogó fácilmente, quedándole muerto Cómodo á los treinta y un años de su edad.

Buscaron defectos á Marco Aurelio, y solo uno le hallaron. Se buscan las buenas prendas de Cómodo, y ninguna se le encuentra. Si tuvo hijos de Crispina su muger, murieron de tierna edad. Esta emperatriz se tomó la libertad de imitar á su esposo en los escesos, y desterrandola él á la isla de Capreas, la hizo asesinar allí. Muerto Cómodo: Electo y Leto, el primero gefe del palacio, y el segundo capitán de las guardias, fueron á casa de Helvidio Pertinax, por ser el senador que les pareció mas digno del imperio. Ya estaba la noche muy entrada, y cuando supo su llegada á buscarle, creyó, como todo hombre de bien lo pensaria, que venian de parte del emperador á quitarle la vida, y no se aquietó hasta que volvieron los amigos que él habia enviado, y le aseguraron haber visto el cadáver del emperador.

El padre de Pertinax habia sido esclavo, y vendia carbon en un pequeño pueblo del Monferato. El jóven Pertinax viendose rico adornó su patria con bellos edificios; pero nunca permitió que la pequeña tienda de su padre, que estaba en medio de tantos edificios soberbios, fuese derribada, ni que se hiciese en ella la menor mutacion. Le habia dado su padre una educacion muy superior á su estado, y por largo tiempo se obstinó el hijo en atenerse á la paterna profesion; por lo cual

Años
de J. C.
193.

le dieron el sobrenombre de *Pertinax*, que quiere decir *tenaz ó porfiado*. Al fin la dejó, y abrió en Roma escuela de gramática: pero viendo que no era estado correspondiente á sus esperanzas, abrazó la profesion de las armas; y de simple soldado ascendió á centurion, comandante de cohortes, almirante de una escuadra, general de ejército, senador, pretor, cónsul, visitador de las tropas para restablecer la disciplina, procónsul de Africa, comandante de muchas provincias, encargado de las provisiones de Roma; y por último, gobernador del capitolio, que era el puesto que ocupaba cuando quitaron la vida á Cómodo.

Dicen que subió al trono contra su voluntad; lo que parece es que le ocupó con desconfianza, y por esta hubiera elegido no ocuparle: pues ofrecia al senado dejarle, y solamente le conservó á instancias de los padres conscriptos, y á súplicas de todos los hombres de bien. Pero las guardias pretorianas no tuvieron la misma satisfaccion en verle armado del cetro: pues acostumbradas á la libertad temieron en los primeros dias experimentarle pesado. Aunque las habia dado la gratificacion ordinaria, dejó caer en su arenga algunas palabras de reforma que asustaron á estas soberbias cohortes. Era *Pertinax* muy aplicado á los negocios, grave sin desagrado, humano sin indolencia, prudente sin astucia, frugal sin avaricia, y grande sin orgullo. Un historiador le llama el amigo del género humano, y sincero defensor de las antiguas costumbres romanas. En cuanto á esposa no fue mas feliz que los dos buenos emperadores Antonino y Marco Aurelio; pero á lo menos no quiso dar á la suya los honores que no merecia. Tenia

Pertinax un hijo jóven, y le envió á casa de su abuelo materno para que allí le educasen, lejos de la peligrosa ociosidad de la corte, sin permitir que se quedase en el palacio imperial: y aun el mismo emperador no permaneció en él por largo tiempo.

Desde que tomó la posesion se pasaron pocos dias en el campo de los pretorianos sin alguna intriga, porque estos soldados ociosos y discursivos solo se ocupaban en proyectos de mejorar su suerte, es decir: en elegir un emperador que los enriqueciese, y no se opusiese á sus placeres. Ya ponian los ojos en un gefe, ya en otro; y Pertinax, que supo sus pensamientos, separó al cónsul Falcon, á quien quèrian poner á la frente; pero no le castigó. No desconfió de Leto su capitan de guardias, que era el que le habia puesto en el trono; mas este hombre que se habia lisonjeado de lograr grandes premios, no hallaba que los que le habian dado correspondiesen á un servicio tan grande. La plaza que ocupaba en el egército pretoriano le dió los medios de fomentar el descontento, y le aumentó castigando con severas penas en nombre del emperador á los soldados á quienes hallaba en alguna falta.

Esta pérvida destreza le salió bien, porque con el motivo de un castigo de esta especie, egecutado entre las murmuraciones de los soldados, dejaron trescientos el campo, atravesaron las calles de Roma con espada en mano, y fueron hácia el palacio. Leto, contento con haberlos precipitado á este exceso se huyó, y se ocultó: en vano le buscan para que diese las órdenes como gefe de las guardias. Asustados los cortesanos aconsejaron al emperador que se pusiese en salvo, persuadiendose á que poco tardaria el pueblo en acudir á su socorro. Pertinax,

negandose á esta cobardía, se presentó á la puerta del palacio, y les arengó con tanta energía, que muchos volvieron la espada á la vaina, y se retiraban en silencio; cuando uno de ellos le arrojó un dardo gritando: "Eso es lo que los soldados te envían." A esta señal la tropa desesperada se arrojó sobre él, le traspasó con mil puñaladas, le cortó la cabeza, y la paseó en triunfo por toda la ciudad. Sería difícil explicar las desolaciones del pueblo y del senado con espectáculo tan triste. Despues del horrible reinado de Cómodo, perdian á los tres meses un emperador que daba las mas bellas esperanzas: al morir se le oyó pedir al cielo que vengase su muerte. Electo, gefe de su palacio, que habia contribuido como Leto á elevarle al imperio, no le abandonó; pero despues de haber herido á dos ó tres soldados, tambien él espiró bajo la espada de los rebeldes. Vivió Pertinaz sesenta y seis años, y reinó ochenta y siete dias.

Mientras los trescientos verdugos asesinaban al emperador, Sulpiciano su suegro, á quien él habia diputado al campo, procuraba sosegar el alboroto de los pretorianos: mas sabiendo la muerte de su yerno, no se avergonzó de mendigar de aquellos asesinos el imperio, ofreciendoles dinero. Los rebeldes soberbios con su delito hicieron publicar en los muros de Roma, que el imperio se vendia al que mas ofreciese. Aquel mismo dia Severo Juliano, que era el mas rico ciudadano de Roma, daba un convite á sus amigos, porque hay hombres en las grandes ciudades que sienten poco los sucesos que solo miran al público. Entre la alegría de la comida le aconsejaron los convidados que no despreciase la compra que le proponian. El se levantó de la me-

sa, llegó al campo, se puso sobre la trinchera, y hizo sus proposiciones á los pretorianos: Sulpiciano propuso las suyas en el campo; pero las mejores eran el dinero que ofrecia cada uno de los competidores. Se estableció entre los dos una verdadera subasta, y á cada mejora que hacian daban los soldados gritos de contento. Por último, desde cinco mil dracmas por cabeza que prometia Sulpiciano, subió Juliano hasta seis mil doscientas y cincuenta pagadas de contado, y se quedó con el imperio.

Las guardias pretorianas le llevaron en orden de batalla al senado; y aunque el pueblo no se opuso á su marcha, no se le oyó aclamacion alguna. Empezó Juliano á reinar con poca estimacion y aun despreciado, á pesar de su estremada benignidad, y de que no le faltaban talentos. Habia gobernado la Bélgica, y hecho la guerra con honor. Estaban divididas las opiniones sobre sus costumbres, y sobre el origen de tan grandes riquezas. Las costumbres mas eran de un opulento voluptuoso que de un hombre abandonado. Algunas veces se permitia estravagancias, como suele suceder á los dueños de una buena mesa, seguros de que se las han de aplaudir. Los juegos de suerte, y la esgrima de los gladiadores, eran sus diversiones favoritas; y la sobriedad no era su virtud propia. Hallando al entrar en palacio la cena preparada para Pertinax, hizo burla al verla tan mediana, y mandó que dispusiesen una suntuosa: comió mucho; mas no sin la turbacion de las importunas reflexiones sobre la suerte de su antecesor, cuyo cádáver encontró en el camino, y mandó enterrarle con honor. Estos pensamientos inquietos le acom-

pañaron á la cama, y se le mezclaron con los sueños dentro de las cortinas imperiales.

Supuesto que las guardias pretorianas se arrogaban el derecho de dar el imperio, ¿qué razon habia para que no se le tomasen las legiones de las provincias? Las de Inglaterra le ofrecieron á Clodio Albino su general, y él le aceptó con la intencion, segun dicen, de restablecer la república, lo que le hizo muy amable al senado. Era de Africa, y allí hizo sus estudios con felicidad. La razon le inclinaba á cultivar las ciencias; pero su gusto, que trataba él mismo de locura, le empeñó en la profesion de las armas. No tuvo motivos para arrepentirse de esta eleccion, porque pasó por los grados militares y los gobiernos con todos los peligros que en el reinado de Cómodo acompañaban á tales hombres. Era Albino de una escesiva severidad en mantener la disciplina, injusto con sus domésticos, insoportable para su muger, desagradable para con todos, muy aseado en sus vestidos, y poco sóbrio, por no decir gloton. ¿Se podrá creer que para almorzar pudiese comer un hombre quinientos higos, cien melocotones, diez melones, cien picafigos, y cuatrocientas ostras? Pues esto es lo que de él se cuenta. Tambien se dice que á veces bebia con exceso, y otras no le probaba; y que siendo muy poco casto castigaba severamente á los que no lo eran.

Si todavía queremos ver nuevos contrastes, se hallarán en Pescenio Niger, nombrado emperador por las legiones de Siria. Un autor le pinta como modelo de buenas costumbres: otro le representa como sumergido en los excesos: y otro, que sin duda se acerca mas á la verdad, dice que en este punto, ni merecia elogios ni censuras. Otro escritor le

llama soldado valiente, excelente oficial, general experimentado, ilustre cónsul, y desgraciado emperador. Puede ser que no hubiese habido jefe mas duro para los soldados, y esto no obstante le adoraban; pero tambien daba ejemplo de paciencia en las fatigas militares, marchando siempre á pie en la primera fila, y con la cabeza descubierta en todas las estaciones. Obligaba á sus domésticos á ir cargados para que no se creyese que solo servian á sus comodidades personales, al mismo tiempo que los soldados llevaban sobre sí sus armas y sus bagages. Cuando el orador, á tiempo que le saludaron emperador, empezó su panegírico segun la costumbre, le interrumpió, y le dijo: "Haznos aquí el elogio de Mario, de Anibal, ó de cualquiera otro famoso capitán que haya muerto, y dí qué es lo que hicieron digno de ser imitado; porque alabar á los vivos, y sobre todo á los emperadores que pueden premiar y castigar, es el oficio de un vil adulador. Yo deseo agradar al pueblo mientras viva: despues de mi muerte me alabarás, si lo hubiere merecido." Niger era de una familia de caballeros, tenia pocos estudios; pero aunque bien querian los romanos que los gobernase, se presentó un terrible antagonista en Septimio Severo, con quien habia tenido estrecha amistad.

Proclamado emperador por las falanges del Ilírico, hallaba este general en la proximidad de Italia mas facilidad que sus competidores, para asegurar el derecho que le acababan de conferir. Le reconocieron las legiones de las Galias, y por no dejar detras de sí motivos de inquietud, al avanzar contra Juliano, que vegetaba en Roma, escribió una carta muy fina á Albino, en la que le decia, que

deseaba adoptarle. Le dió el título de César, que él aceptó, aunque ya le habian saludado emperador. A Severo le miraban como al hombre mas activo é inteligente del imperio: amigo constante, enemigo peligroso, tan violento en su amistad como en su odio, hábil en prevenir lo venidero, prudente en la eleccion de los medios, poco delicado sobre el mérito de una reputacion sin mancha porque todo lo sacrificaba á la ambicion, avaro pero menos que cruel, enemigo de todo fausto, de poco comer, pero algunas veces se entregaba á los excesos del vino con sus soldados, á quienes acompañaba en los trabajos mas penosos. Habia nacido en Africa, cuyo afecto siempre conservó. Se aplicó á la elocuencia y filosofia: fue escelente en las artes liberales y en la jurisprudencia, la que estudió con Papiniano, y no despreció los conocimientos en medicina, ni los de la astrología judiciaria. Se valia Severo de esta falsa ciencia en la conducta de su vida. Creia en pronósticos; y muerta su primera muger, se casó con Julia, que era una dama de Emesa de Siria, porque su horóscopo anunciaba que sería esposa de un soberano.

Sabiendo Juliano que iba Severo contra él, recurrió á las guardias pretorianas, á quienes habia pagado bien el imperio. Empezó á egercitarlas; pero le parecieron tan débiles con la ociosidad, que juzgando que no estaban en estado de resistir, suplicó al senado que declarase á su rival por traidor y enemigo de la patria, y así lo hizo. Le suplicó despues que le asociase á Severo para el imperio, lo que tambien se egecutó. Envió Juliano á llevar este diploma á Severo, el cual quitó la vida á los comisionados con el pretesto ó razon de

que iban encargados de asesinarle: y entonces Juliano acudió á toda suerte de resoluciones ridículas, como la de defenderse con los gladiadores, la de poner fuego á la ciudad, y la de degollar á los senadores. En la incertidumbre de estas deliberaciones, considerando el senado con madurez el estado de las cosas, creyó que lo mejor que podia hacer era someterse á Severo, que iba llegando magestuosamente á la cabeza de un ejército bien disciplinado, que ya no estaba distante. Para que este obsequio fuese mas agradable, enviaron los padres conscriptos á intimar la muerte á Juliano. Hallaron los verdugos al infeliz deshaciendose en lágrimas; él ofrecia resignar el imperio: retirarse al sitio que le quisiesen señalar, cualquiera que fuese, y todo lo daba como le dejasen la vida. Tambien suplicaba que por lo menos esperasen á que viniese Severo. “¡Ay de mí! decia con dolor, ¿qué mal he hecho yo? jamas he quitado la vida á ninguno.” Pero fue preciso sufrir la suerte, y así presentó el cuello como un cordero cuando le degüellan, á los sesenta años de su edad, y sesenta y seis dias de reinado.

Cien senadores enviados á recibir á Severo le hallaron armado á la cabeza de sus tropas, y no fueron admitidos á su presencia hasta haberlos registrado bien. Sin mas respuesta que un presente que les hizo les dió á elegir, que se volviesen á Roma sobre la marcha, ó que fuesen lentamente con él. Antes de llegar hizo quitar la vida á los asesinos de Pertinax, los cuales habia pedido á los pretorianos, y estos se los habian entregado. A los mismos pretorianos les mandó venir á verle sin armas, y solo en el traje en que acompañaban á los príncipes en las públicas solemnidades. Cuando llegaron

al campo los rodearon las tropas que tenían orden para esto. Se presentó el emperador en su tribunal con aire irritado: les reprendió la muerte de Pertinax, la infamia de haber vendido el imperio á quien mas diese, y su infidelidad en no haber defendido á Juliano, á quien ellos mismos habian elegido, y añadió: "Quiero perdonaros los castigos que merecis, quítenseles los caballos y todas las señales de la milicia por indignos. Huid lejos de Roma, y el que se acerque á treinta leguas será castigado con la muerte mas cruel." Atemorizados con este discurso, se dejaron quitar los caballos, y despojar de sus túnicas, con lo que se retiraron en silencio, cubiertos de la vergüenza y confusion que merecian. A uno de ellos le siguió su caballo por mas esfuerzos que hicieron para detenerle, y su dueño le mató, quitandose despues á sí mismo la vida sobre el bruto.

Hizo Severo su entrada en Roma, acompañado de sus tropas armadas, arrastrando las banderas de los pretorianos estinguidos. Dejó sus armas á la puerta, y tomó la ropa de púrpura. Le acompañaban los senadores con ramos de laurel: el pueblo vestido de blanco manifestaba el exceso de su gozo: la ciudad estaba adornada de guirnaldas, flores, y colores vistosos, y embalsamada de perfumes. El emperador se retiró al palacio despues de haber sacrificado en los templos, y dejó á los soldados alojarse á su gusto, y apoderarse sin pagar de cuánto les convenia, amenazando de que si les resistian tomarian mas. Pero despues de haber asustado á los romanos haciendoles ver lo que podia, todo lo puso en orden, y con una arenga muy prudente tranquilizó al senado, que aun estaba incierto de lo que le habia de suceder. En lugar de la guardia pretoriana

estinguída creó otra , cuyos soldados escogió entre los mas valientes de su egército : y dispuso el establecimiento de esta tropa en términos que la admision á ella fuese motivo de emulacion y recompensa de la buena conducta y el valor. Hizo que el senado confirmase á Albino el título de César , y se preparó para atacar á Niger.

Desde su llegada á Roma no habia hablado Severo de este rival, ni se advirtió que pensase en él sino porque hizo arrestar en forma de rehenes á sus hijos, y á los de los capitanes que le eran afectos. Segun el conocimiento que tenian del carácter firme de Niger y de su habilidad, pudiera creerse que durase esta guerra largo tiempo , pero tres batallas la conclayeron en pocos meses. No asistió á ellas Severo ; y le trajeron la cabeza de su competidor cerca de Bizancio, ciudad que tomó despues de un largo sitio , y la arrasó. Tambien los habitantes de Antioquia esperimentaron la severidad del terrible vencedor, y todos los partidarios de Niger, públicos ó particulares, sintieron los efectos de su cólera. No hizo el emperador distincion entre los que voluntariamente se embarcaron en el tempestuoso mar de la faccion , y aquellos á quienes habia arrastrado la ola , ni perdonó á hombres, mugeres ni niños ; por lo que perecieron familias enteras. Solamente hizo gracia á una estatua que habian erigido en Roma á su rival, con una inscripcion que pintaba las grandes prendas de aquel desgraciado. Mandó Severo que la conservasen, diciendo: "Quiero yo que sepa el mundo lo que era el enemigo á quien vencí."

Para iluminar solo al universo romano , no faltaba mas que eclipsar á Albinio, cuya luz, aun-

Años
de J. C.
194.

que débil y limitada, fatigaba los ojos zelosos de Severo, y mas sabiendo que el César de Inglaterra era amado en Roma, adonde le llamaban los deseos del senado, al cual trataba el emperador con dureza. Bien fuese que Albino mostrase algun desigño de corresponder á estos deseos, ó que Severo le temiese, le envió algunos malvados con una carta, como para algun negocio importante, pero realmente encargados de asesinarle. Descubrió el César la trama, y aun la hizo confesar á los emisarios. La publicidad que dió á una traicion tan odiosa, aumentó el número de sus partidarios, y casi todas las Galias se declararon en su favor.

La perfidia de Severo le suscitó tambien una guerra, que al principio le causó grande inquietud. Se dice que antes de ponerse en marcha hácia las Galias, partiendo del Oriente, en donde sus generales acababan de vencer á Niger, hizo sacrificar una doncella jóven para prever con la inspección de sus entrañas lo que habia de suceder. No hubo mas que una batalla cerca de Leon de Francia, en la cual se hallaron los dos rivales, y estuvo Severo á riesgo de perder la vida: le mataron el caballo, y se desordenó su egército; pero él se arrojó á ponerse delante de los que huian, y así hizo venir la victoria á sus banderas. Albino, herido de muerte, fue llevado á los pies de su rival, y espiró en su presencia. Severo, en el exceso de su contento, dió en esta ocasion mas á su carácter que á la decencia; porque pasó con su caballo sobre el cadáver de su enemigo: mandó que le dejasen espuesto hasta que le despedazasen los perros, y envió la cabeza al senado. La muger, los hijos, los padres de Albino, y cuantos amigos ó partidarios pudo encontrar, to-

dos fueron asesinados. Ciudades enteras sepultadas en luto lloraban por sus mejores ciudadanos, y sobre todo los mas ricos, cuyo delito principal era en muchos su misma opulencia. Por este medio juntó Severo inmensos tesoros, y ganó el afecto de los soldados con sus liberalidades.

Con susto se recibió en Roma la noticia de su llegada á la cabeza de un egército victorioso. Cuando envió á los senadores la cabeza de Albino, les escribió: "Os la envio para que veais que me habeis irritado, y pudiérais ser castigados por un efecto de mis resentimientos." Amenaza que no dejó de cumplirse. El dia despues de su llegada afectó en su arenga al senado querer alabar á Cómodo, enemigo mortal de aquel augusto cuerpo; y para ultrajarle mas ordenó que este tirano fuese colocado en la clase de los dioses. Elogió como precauciones precisas las crueldades de Sila, Mario y Augusto, y atribuyó la muerte de Pompeyo y la de César á su intempestiva clemencia. Volviendo á tomar el camino á su palacio hizo reinar la carnicería en toda la ciudad. En pocos dias fueron víctimas de su venganza cuarenta y dos senadores condecorados con el consulado y la pretura. Quitó la vida, segun un autor contemporáneo, á todos los que por su nacimiento, mérito ó riquezas lograban crédito en la ciudad ó en las provincias. Mientras duraron estas muertes tenia grande cuidado del pueblo, y jamas salió de Roma sin haber provisto ampliamente á sus necesidades, y aun á sus placeres.

Cuando Severo marchó contra Níger vió el Eufrates, y penetró hasta Arabia. Volvió de nuevo al Oriente provocado de los partos, costeó el Eufrates, y á sus orillas tomó á Babilonia, hallán-

dola abandonada del mismo modo que á Seleucia; pero encontró resistencia en Ctesifon, en donde los reyes partos tenian su corte. El monarca se libertó, pero la ciudad experimentó la crueldad del vencedor. Pasó los hombres á cuchillo, y vendió como esclavos á las mugeres y niños en número de cien mil. Despues de esta hazaña, que mereció á Severo el renombre de Pártico y un triunfo, asoció á su imperio á Basieno, su hijo mayor, conocido con el nombre de *Caracalla*. Este nombre en la lengua de los gaulas significaba una casaca ó especie de vestido que llevaba este príncipe por diferencia. Le casó su padre con Fulvia Plautila, hija de Plautiano, cuyo favor es cosa bien singular en la vida de Severo.

No se sabe por qué medios adquirió tanto crédito como lograba con el emperador: este le trataba tan cariñosamente, que no solo en las conversaciones, sino tambien en las arengas al senado, le daba mas elogios que cuantos Tiberio habia empleado pródigo respecto de Seyano, siendo así que Plautiano no era guerrero ni estadista, ni de muy ilustre nacimiento. Severo le hizo prefecto del pretorio, y se puede formar juicio de su poder por las honras que le conferia el senado, por las muchas estatuas que le decretó, por la lisonja vil con que le determinó sacrificios, y *jurar por su fortuna* como por la del emperador. Su mesa era mas bien servida que la del príncipe, y su equipage mas magnífico: la dote que dió á su hija seria suficiente para cincuenta reinas. Abusaba en tanto grado de la confianza de Severo, que quitaba la vida á personas ilustres sin consultarle, y aun sin su noticia. Tenia espías al rededor del soberano para que le contasen cuanto se

hablaba. El emperador, por el contrario, vivia tranquilo sobre la conducta de su favorito sin informarse de nada, y continuaba colmándole de honores.

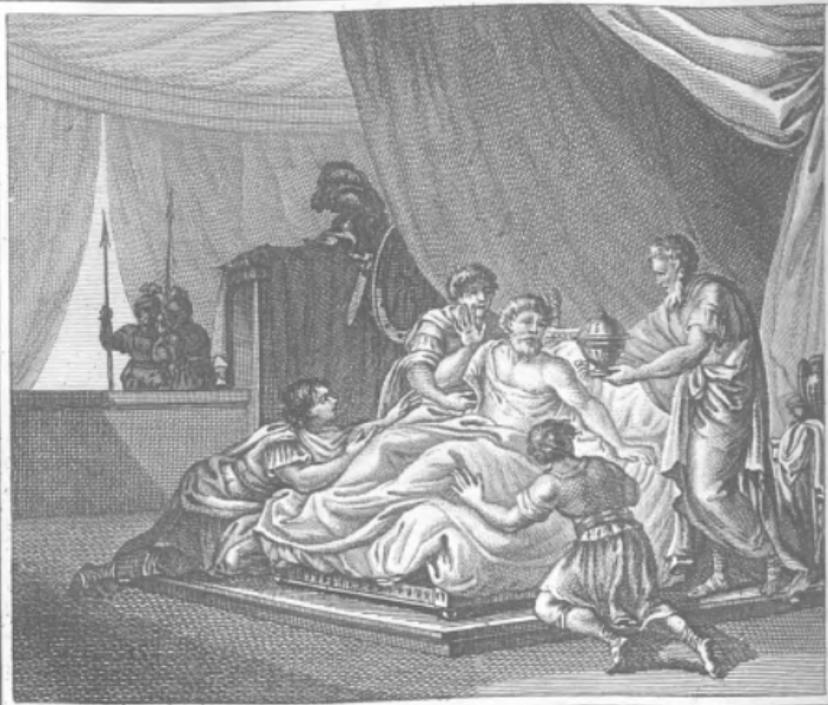
Mucho mas hubiera durado esta ciega confianza, si Geta, hermano de Severo, no le hubiese denunciado. Estando para morir suplicó al emperador que fuese á visitarle, y en una larga conversacion le descubrió la conducta de su odioso ministro. No se sabe si llegó hasta inspirarle temores sobre el designio, que Geta sospechaba de Plautiano, de asesinarle como tambien á su hijo, para colocarse en su lugar. Severo, segun parece, no dió crédito en cuanto al proyecto; pero creyó lo suficiente para pensar que debía cercenar el poder de su privado: y á pretesto de que eran escesivos los honores que le habian dado, mandó derribar las estatuas que le habian levantado en Roma: apariencia de desgracia que arruinó en un instante la autoridad del ministro. Pero su yerno Caracalla no juzgó que era bastante castigo, y buscando motivos de queja, en el mismo cuarto del emperador le hizo matar en su presencia. Cuando Severo dió cuenta en el senado solamente se lastimó del destino de los hombres, "entre los cuales, dijo, unos aman demasiado y otros abusan del afecto que se les tiene."

Lo que le sucedió con su hijo Caracalla es un apoyo de esta reflexion. Hubo una rebellion en Inglaterra, y á pesar de una especie de caducidad apresurada en Severo con los trabajos, resolvió ir á sosegarla en persona. Llevó á esta expedicion sus dos hijos Caracalla y Geta, y la victoria siguió sus banderas. Despues de haberles hecho pasar los límites fijados por el muro de Antonino, volvió sobre

sus pasos , y levantó otra muralla contra las correrías de los caledonios , y fortificó de nuevo contra estos los mismos muros. Mientras estaba tratando con los bárbaros, y en prueba de su buena fe le entregaban las armas, se oyó un horroroso grito: volvió Severo la cabeza, y ve á Caracalla que con la espada desnuda iba á traspasarle. Detuvo aquel grito de horror al hijo desnaturalizado: y el padre sin pronunciar una palabra, ni manifestar la menor sorpresa, continuó el tratado.

Volviendo á su tienda llamó á su hijo, y le dió en rostro con la atrocidad de su crimen en presencia de Papiniano, capitan de la guardia, y de Castor gefe de su palacio; y presentándole despues una espada desnuda, le dijo: "Si la sed de reinar te precisa á manchar tus manos en la sangre de tu padre, toma satisfaccion en esta tienda, y no á la vista de nuestros amigos y enemigos; pero si todavia habla la naturaleza en tu corazon feroz, manda á Papiniano que penetre el mio. Tu eres emperador, y así te obedecerá." Estas palabras terribles no produjeron el menor remordimiento en el alma de Caracalla, antes bien confirmándose en su funesto designio, esparció entre los soldados que era indigno de su valor el obedecer á un viejo enfermo, é incapaz de mandar; y de este modo consiguió que se rebelase contra el emperador una parte del egército, cuyo mando le habia entregado este padre demasiado indulgente. Juntó Severo las legiones, é hizo cortar la cabeza á los cómplices en su presencia, mas perdonó á su hijo; y mirando á todo el egército con aire magestuoso y terrible, dijo: *¿Goberna la cabeza ó los pies?*

Estaba enfermo, é irritando sus dolores el de-



Muerte de Severo.

Quando postrado á la violencia de una enfermedad tocaba este sanguinario Emperador en el termino de sus dias hizo conducir la urna en que habian de depositarse sus cenizas y dirigiendose á ella, exclamó: "En ti has de ver reducido á aquel para quien toda la tierra era muy pequena: ¿pero despertaria en su corazon esta idea la memoria de su ambiciosa locura, ó el amargo pesar de no poder verla realizada?"

lito de su hijo, se vió bien presto en el término de sus dias. Sintiéndose desmayar llamó á sus dos hijos, y les dejó el imperio en comun, exhortándolos á la concordia, y dándoles por regla principal de gobierno el principio estimado de los tiranos, que era aficionarse los soldados con liberalidades, y desafiar á todos los demas. Poco antes de espirar exclamó: *Yo lo he sido todo, y todo es nada.* Hizo traer la urna en que habian de depositar sus cenizas, y habló con ella en estos términos: "En tí has de ver reducido á aquel para quien toda la tierra era muy pequeña." Aumentándose sus dolores pidió veneno, y no osando ninguno llevarle, tomó tanta cantidad de viandas de las mas sustanciosas, que estas le ahogaron á la edad de sesenta y seis años, habiendo reinado diez y ocho, y dejando la memoria de un grande hombre, pero de un mal emperador.

Poco sentimiento hubiera causado su muerte si no le hubiera reemplazado su hijo Caracalla, que era uno de los monstruos mas feroces que ensangrentaron el trono. Apenas se habia sentado en él, cuando por sus empresas contra la vida de su hermano Geta, dió á entender que quería ocuparle solo. El carácter de los dos hermanos era absolutamente contrario. Los juegos de la niñez siempre en ellos degeneraban en querrela: se aborrecieron desde que se conocieron. Antes de salir de Inglaterra, ya Caracalla atentó á la vida de su hermano; y mientras volvian á Roma con las cenizas de su padre en compañía de su madre Julia, el odio y la desconfianza no les permitieron alojarse y comer juntos: cada uno tenia su casa y sus guardias. Geta, enemigo de una vida tan violenta, pidió á su

Años
de J. C.
211.

hermano que le cediese el Asia y el Egipto, pues él le dejaría todo lo demás, y se iría á vivir pacíficamente en Alejandría. Se opuso Julia á esta division del imperio, diciendo á sus hijos: "Divididme tambien á mí entre vosotros."

Bien tuvo motivos de arrepentirse por no haberlo permitido, pues Caracalla, desesperado por hallar siempre á Geta muy prevenido, y no pudiendo deshacerse de él, le pidió con pretesto de reconciliacion que se viesen los dos en el cuarto de su madre, sin mas testigos que esta. Fue allá Geta sin armas; y Caracalla, arrojandose sobre él, le mató á puñaladas en los brazos de su misma madre, que tambien quedó herida. Salió como un furioso del cuarto, gritando por todas partes que su hermano le habia querido asesinar. Fue al campo, y se refugió en el sitio donde se guardaban las banderas, que era un asilo, y dió gracias á los dioses por haberle preservado del peligro en que fingia haberse visto. Se le juntaron al rededor los soldados, les aumentó la paga, les hizo un presente considerable por cabeza, les permitió que fuesen á tomarle por sí mismos en el tesoro público, y le saludaron único emperador. Al dia siguiente se presentó al senado con una cota de malla debajo del manto imperial, renovó contra su hermano la acusacion de asesinato, citó á Rómulo en justificacion de su fratricidio: todos le escucharon y aplaudieron, y concluyó con los magníficos funerales en honor del mismo á quien acababa de degollar.

Despues de su delito se le puede comparar á un tigre, que aficionado por haber gustado sangre humana, no se puede abstener de ella. Se dice que se deshacia en lágrimas al oír el nombre ó al ver las

estátuas de su hermano ; pero por éstas pérfidas lágrimas no dejó de esterminar sin distincion de edades, calidad ni sexo á todos los amigos del infeliz Geta. Empezó la matanza por sus domésticos, cuyo número subia á veinte mil, y la estendió despues á todos los caballeros y senadores que su padre y su hermano habian estimado. Habiendo hallado en palacio á su madre llorando con algunas damas la muerte de su hijo, se puso tan furioso que le faltó poco para quitarlas la vida; pero aunque perdonó á su madre, todas las otras cayeron sucesivamente bajo la espada del asesino. Era delito digno de muerte solo pronunciar el nombre de Geta; y como en el teatro este nombre era comun de los esclavos que se introducian en la escena, fue preciso mudarle. Mandó el emperador que todas las monedas en que estaba este nombre se fundiesen de nuevo y se borrasede todas las inscripciones; pero no osando á lisonjearse de que estas precauciones pudiesen conseguir que se olvidase su delito, pretendió justificarle, y encargó á Papiniano, amigo de su padre, y gran jurisconsulto, que le hiciese una apología; mas este grande hombre respondió: "No es tan fácil justificar un parricidio como cometerle, y sería incurrir en otro segundo infamar á un inocente despues de haberle quitado la vida." Sobre la marcha mandó el emperador cortarle la cabeza.

Un hijo del emperador Pertinax pagó con su vida una amarga chanza que se le deslizó con motivo de una infame adulacion del senado, el cual por algunas hazañas medianas dió á Caracalla los títulos de *Sarmático y Pártico*; y dijo por chiste: "Sería preciso añadir el de *Gético*." Podia entenderse esta palabra en dos sentidos, porque acababa de lo-

grar algunas ventajas contra los getas; pero Caracalla la tomó en el maligno sentido, y castigó con la muerte al burlador. También quitó la vida á algunas vestales que habian llorado la muerte de Geta. No se escaparon de su puñal ni la infeliz Plautilla que habia sido su esposa, ni Plautilo su hermano con todos sus parientes. Jamas el pueblo romano fue tratado con mas barbaridad. Por haberse burlado en los juegos del circo de la poca destreza de un cochero á quien el emperador protegía, mandó degollar á todos los que se habian hecho culpados con esta insolencia; y como no era fácil conocerlos, los soldados pasaron á cuchillo á toda la gente, perdonando á solos los que rescataron su vida abandonandoles sus bienes. Tenia el príncipe su parte en estos robos, y la gastaba como la adquiria. Le reprendia su madre sus prodigalidades, diciendo que temiese que le podia faltar; y él mostrandola su espada desnuda, la dijo: "Mientras yo tenga esta, nada me faltará." No obstante, hallandose ya exhausto el tesoro público por sus larguezas insensatas, hizo moneda falsa, y fue el primer soberano que dió este peligroso ejemplo.

Sin duda los historiadores ocupados en contar sus crueldades se olvidaron de sus excesos; pero no es fácil que no fuese culpado en mucho, rodeado como siempre estaba de hombres infames, á quienes elevaba con preferencia á las dignidades eminentes del imperio, y así confirió el gobierno de Roma al eunuco Sempronio, médico y envenenador de profesion, á quien Severo habia desterrado á una isla desierta. Hizo capitán de sus guardias á Teócrito, primero esclavo, y despues maestro de baile y cómico. Epágato, otro esclavo, á quien ha-

bia dado libertad , gobernaba con ellos al emperador y el imperio , y vendia la justicia y la sangre de los inocentes. En tiempo de estos ministros , poco favorables á Roma , se estableció ó se promulgó la ley que declaraba ciudadanos romanos á todos los vasallos libres del imperio ; y de este modo , estendiéndose los privilegios de los habitantes de la ciudad , se hicieron menos preciosos ,

Tambien tuvo Caracalla intencion de empobrecer aquella opulenta ciudad privandola por algun tiempo de la presencia de la corte imperial. Empezó sus correrías por las Galias , en donde hizo matar á tanta gente , que le aborrecian mas que en Roma. Ni aun perdonó á los médicos que le habian asistido en una peligrosa enfermedad , y á todos los condenó á muerte. No se sabe el motivo de esta crueldad ; pero bien la merecian por haber salvado á semejante monstruo. Los alemanes y los celtas hicieron por la primera vez irrupciones en las tierras del imperio , y Caracalla se mostró contra ellos soldado valeroso y mal general. Mató en singular batalla á uno de sus valientes que le desafiaba , y se vió forzado á concluir con ellos una paz vergonzosa ; pero antes tuvo el gusto de saber que unas mugeres alemanas , á quienes habia dado á escoger la muerte ó la esclavitud , se habian quitado á sí mismas la vida con sus hijos por no ser vendidas. Esta hazaña le hizo tomar el título de *Germanico y Alemánico*. Pasó al Asia con muchos de los senadores mas ricos á quienes contra la voluntad de ellos habia arrastrado consigo. Los admitia á su mesa ; pero les hacia pagar el gasto del viage , y les precisaba á hermosear con circos , anfiteatros y otros edificios públicos las ciudades por donde pa-

saba. En la Galia vistió el traje de la tierra, y en Germania el germano. Se hizo Aquiles en las ruinas de Troya, imitando sus combates en juegos públicos, y Alejandro en Macedonia, copiando su aire, sus ademanes y la costumbre de inclinar la cabeza sobre el hombro. A una legion la llamó falange, y dió á sus capitanes los nombres de los del conquistador de Asia. Los reyes de Armenia y de Oroene, llamados con promesa de un tratamiento legal, fueron encarcelados y forzados á un tratado que no ratificaron sus pueblos. Los habitantes de Alejandría, inclinados á la burla, experimentaron la venganza de algunos dichos satíricos, que se permitieron con ocasion de la muerte de Geta, y hay pocos egemplares de una ciudad tan cruelmente tratada. Ordenó una matanza general que se egecutó durante la noche, y la hizo continuar durante el dia para gozar del espectáculo de los cadáveres arrojados á la calle, y de los arroyos de sangre que corrian. Antes de dejar este teatro de su rabia despojó la ciudad de todos sus privilegios: suprimió las juntas célebres de los literatos: echó fuera los extranjeros, é hizo cerrar cada calle con paredes guarnecidas de cuerpos de guardia para que los infelices alejandrinos no se pudiesen ver sino con permiso caramente comprado.

Las falsas hazañas que merecieron á Caracalla el título de Pártico, del cual ya hemos hablado, se cuentan diversamente en los escritores que se conforman en la relacion de la última catástrofe, es á saber, que pidió á Artabano, rey de los partos, su hija por esposa: bien fuese por confianza ó por temor, abrió el monarca su pais al futuro yerno: se acercó el emperador á Ctesifon con una es-

colta que pudiera pasar por egército: Artabano fue á verle acompañado de la mas ilustre nobleza de su reyno, todos sin armas, y soberbiamente vestidos. A una señal ya concertada, que hizo el pérfido Caracalla á sus soldados, se arrojan estos sobre los partos, los roban y los degüellan: solo el rey se salvó. Irritado el emperador de que se le hubiese escapado, entró á fuego y sangre por todos los paises y ciudades por donde regresó.

El tirano no volvió á ver á Roma. La magia, á la que daba crédito, ocasionó su muerte, ó la apresuró. Mandó á Flavio Materniano, comandante de las milicias de Roma, que investigase por todos caminos, aun por la magia, si habia alguno que aspirase al imperio. Materniano descubrió que un adivino africano prometia públicamente el imperio á Macrino, que entonces era prefecto del pretorio, y al punto el agente del emperador le participó su descubrimiento. Recibió la carta su madre Julia, que estaba á la sazón en Antioquía, y la hizo pasar á su hijo que se hallaba en Edesa. Llegaron los pliegos á tiempo que él gobernaba un carro en los juegos públicos, y el príncipe sin abrirlos se los entregó á Macrino, que estaba á su lado, para que despues le diese cuenta. En el anuncio de la profecía del africano vió Macrino su muerte cierta, y apostó cuatro hombres malcontentos, que tal vez tendria ganados de antemano. Uno de ellos, llamado Marcial, se acercó al emperador cuando todos se habian apartado para dejarle libremente satisfacer á cierta necesidad: le sepultó el puñal en la garganta, le mató al primer golpe, y se mezcló con la multitud. Jamas hubieran conocido al asesino si hubiese tenido la precaucion de arrojar el puñal; pero

conociendole uno de la guardia, le quitaron al punto la vida, y el secreto de Macrino quedó enterrado con Marcial. Tenia Caracalla veinte años de edad, y habia reinado seis.

Viendo á Macrino en el trono, ninguno desespera de su fortuna, pero tampoco se fue demasiado. Era de Alger, de desconocido nacimiento, pero con sus costumbres benignas y honestas borraba la mancha de su humilde cuna. El conocimiento que tenia de las leyes le dió alguna reputacion: fue mayordomo de un gran señor, y desterrado á la Africa por Severo, sin saberse por qué, ganó su vida abogando. Tuvo un empleo en las postas: volvió á Roma reinando Caracalla, y consiguió el cargo de abogado del fisco: de allí pasó á prefecto del pretorio, con el que cumplió segun todas las leyes de la justicia: la muger con quien casó no era de reputacion intacta, y tal vez fue ella la que le proporcionó la proteccion en la corte impura de Caracalla. Macrino tenia en ella mucho crédito, como se vé en la facilidad con que halló de repente y en un caso necesario conspiradores contra el emperador, y un egecutor del designio. Se ignoró que él tuviese parte; y el egército, como aterrado con el golpe, permaneció algunos dias sin resolverse. Macrino hizo correr su nombre por las filas, y le eligieron; menos tal vez por estimacion, que por no haber otros, y mediante el dinero que dió y el que prometió.

No parece que deliberaron mucho en el senado. Le escribió Macrino: "Caracalla ha sufrido la suerte que merecia, y el egército me ha elegido para reemplazarle: me lisonjeo, padres conscriptos, de que confirmareis la eleccion de los soldados." No en

vano se lisonjeó ; porque el senado , dócil á la voluntad de las legiones, le declaró emperador: le dió todos los honores concedidos aun á sus mas ilustres predecesores, y por una consecuencia del entusiasmo que se apoderó de todos los espíritus con la noticia de la muerte del tirano, mandó fundir todas sus estátuas de oro y de plata, borrar su nombre de todas las inscripciones, y anuló todos sus edictos. Este zelo escesivo no agradó á los soldados, afectos por interes á Caracalla. Exigieron estos á gritos su *apoteosis*: consintió Macrino á mas no poder; y el senado, que por fuerza tenia que obedecer á un emperador obediente á la soldadesca, determinó los honores divinos para el bárbaro Caracalla. Enviaron sus cenizas á su madre Julia, la cual se dejó morir de hambre.

Continuó Macrino la guerra de los partos, provocada por la traicion de su antecesor, y no habiendo sido en ella feliz, la terminó con una paz equívoca. Este emperador, sacado de la abogacia, entendia mas de leyes que de guerra, por lo cual se alaban sus reglamentos, el orden que puso en la justicia, y su exactitud en hacerla observar. No se puede negar que en esto fue algo severo si trató á todos los delitos como al adulterio, pues hacia quemar vivas á las personas convencidas de haberle cometido, de cualquiera condicion que fuesen. No halló Macrino la docilidad que queria cuando pidió á las tropas que volviesen á la buena disciplina por estar esta muy relajada. En el reinado de Caracalla estaban los soldados acuartelados en las ciudades, y pasaban una vida licenciosa. Macrino los hizo alojarse en el campo en sus tiendas, prohibiendoles acercarse á ciudad alguna. Este rigor les pareció me-

nos tolerable á vista que su emperador se entregaba en Antioquía á una vida afeminada, al mismo tiempo que á ellos les faltaba muchas veces lo necesario. Empezaron á echar menos á Caracalla, á aborrecer hasta el nombre de Macrino, y á darle en rostro con la bajeza de su origen. Por último, habiendo sabido que era el autor de la muerte de Caracalla, eligieron otro emperador.

Esta conspiracion fue obra de Mesa, hermana de la difunta emperatriz Julia: y de esta muger dicen los historiadores, que á la astucia de su sexo juntaba el valor del nuestro. Habia vivido en la corte durante el reinado de Severo y el de Caracalla, y ademas de las riquezas adquirió grande conocimiento en los negocios. Macrino la dejó las riquezas, y la desterró á Edesa de Fenicia, ciudad en donde habia nacido. Allí se estableció con sus dos hijas y sus dos nietos, Julia Soemis, madre de Basiano Avito, muchacho de trece años; y Julia Mamea, madre de Alejandro, que era de nueve. La abuela consagró sus dos hijas al sol, divinidad principal de Edesa, adorada con el nombre de Heliogábalo. Avito fue el principal sacerdote, y por sus funciones en servicio del sol le llamaron Heliogábalo. Por estar el templo fuera de los muros de Edesa, y poco distante del campo de Macrino, tuvieron los soldados romanos mas de una ocasion de visitar y admirar al jóven pontífice, notable por su hermosura y por sus modales, que anunciaban el mas amable carácter.

Observó su abuela Mesa con placer las disposiciones que iban naciendo en el corazon de los soldados en favor de su nieto: las cultivó: esparció con destreza el rumor de que el jóven gran sacerdote

era hijo de Caracalla: hizo ostentacion de sus riquezas: distribuyó generosamente una parte: y prometiendo la otra, supo dirigir su intriga con tal acierto que los soldados llamaron á Heliogábalo á su campo, y le saludaron emperador antes que Macrino pudiese sospecharlo. Trató de bagatela Macrino esta rebelion por ser obra de una muger y de un muchacho, creyendo que bastaria enviar á quien arengase á los soldados para reducirlos á la obediencia; pero su arengador fue mal escuchado y muerto. Entonces el emperador marchó con todas sus tropas en busca de los rebeldes; pero estos se habian hecho ya mas fuertes con otros cómplices, y la batalla fue sangrienta entre dos egércitos igualmente aguerridos. Al principio llevaba la ventaja el de Macrino; pero el valor de Heliogábalo y el de su madre Soemis volvió de nuevo los soldados á la carga, y quitó la victoria á Macrino, que se puso en fuga, y fue muerto. Reinó solos catorce meses, y murió de cincuenta y cuatro años. Por sus primeras disposiciones, que prometian un gobierno equitativo, sintió el senado su desgracia, aunque fue en Macrino reprehensible el haber colocado libertos y otras gentes de baja estraccion en las plazas que hasta entonces siempre se habian visto ocupadas de senadores.

Por haber subido al trono Heliogábalo á la edad de catorce años, se halló en proporcion para todos los escesos. Escesos de convites y lubricidad ó torpeza, de lujo desenfrenado, de un fausto que llegó á ridiculez, y de prodigalidad casi increíble. Todos los manjares de su mesa habian de venir de paises distantes: el camino al cuarto en que dormia estaba sembrado de polvos de oro, como que creia ser

Años
de J. C.
218.

cosa indigna de su persona tocar la tierra. Jamas se puso dos veces un vestido, ni se adornó dos veces con las mismas joyas y sortijas: todos las dias repartia sus vestidos y joyas entre sus criados y demas que le acompañaban; y toda su vagilla se repartia á los convidados. Hizo de su palacio una casa de prostitueion en ambos géneros, y llamó á ella á las mas infames disolutas de Roma: renovó en público los matrimonios monstruosos de Neron: recibió en su lecho sucesivamente seis esposas legítimas, y entre otras una vírgen vestal, escándalo horrible para los romanos; pero él la despidió y volvió á tomarla: "Yo sacerdote, decia, y ella sacerdotisa, tendremos una sucesion digna de los dioses."

Considerando solamente estos horrorosos desórdenes, diremos que Heliogábalo fue un monstruo; pero atendiendo á las circunstancias desaparece en cierto modo el monstruo, y se ve con lástima un desgraciado jóven, entregado sin freno á un temperamento ardiente con todos los medios de satisfacer la petulancia, y rodeado de aduladores, ministros de la corrupcion, escitadores de sus pasiones por gusto y por interes: veremos un jóven que embriagado de la idea de su poder, le hacia consistir en la licencia para hacer cuanto queria.

Añádase á esto la escesiva condescendencia y debilidad de una madre idólatra de su hijo, ciega para no ver sus desórdenes, ó que no se atrevia á reprenderlos temiendo perder con él su crédito: y escitará nuestra compasion la suerte de aquellos poderosos, á quienes no se han inculcado bien los principios severos antes que las circunstancias ó su nacimiento los espongan á la orilla resbaladiza del principio de su mismo poder.

En tiempo de Heliogábalo empezaron las mugeres á hacer papel público en el gobierno del imperio; mas no fue feliz el ensayo. No se pondrá en el número de las faltas graves del jóven emperador el haber introducido á su abuela en el senado con órden de que se sentase, y dijese su parecer inmediatamente despues de los cónsules, ni el haber creado un senado de mugeres presidido por su madre Soemis: porque como este senado solo tenia á su cargo arreglar las modas, vestidos, clases, visitas, no teniendo consecuencia estas instituciones, solo se deben mirar como caprichos poco peligrosos. No se pensará lo mismo de la influencia que parece haber tenido en la pública tranquilidad la autoridad rival de las dos hermanas Soemis y Mamea: esta era madre del jóven Alejandro.

Se dice que era cristiana, y por consiguiente cuidadosa de inspirar á su hijo sentimientos virtuosos, y reformarle las costumbres, por lo que fue muy diferente de su primo Heliogábalo. Por la mala conducta de este temió su abuela Mesa que no le sufriesen los romanos por mucho tiempo en el trono. Juntó sus esfuerzos con los de su hija Mamea para conseguir del emperador que nombrase César á Alejandro, de edad de trece años. Heliogábalo condescendió con los deseos de su abuela y de su tia; mas se arrepintió muy presto, ó por el despecho de que el jóven César no queria ser compañero de sus escesos, ó por la envidia de la estimacion que hacian de su primo, y así intentó deshacerse de él. Pero Mamea velaba muy de cerca sobre la vida de su querido hijo, y de concierto con Mesa, que la revelaba los designios de su nieto, le salvó de las emboscadas secretas. Entonces

Heliogábalo envió públicamente asesinos para quitarle la vida ; pero las guardias pretorianas, instruidas de los peligros que amenazaban al jóven príncipe , fueron volando á palacio , y hubieran muerto á puñaladas al mismo emperador , si este no les hubiera entregado los compañeros de sus excesos , y los que tenían por enemigos de Alejandro. Tambien pidieron que prometiese enmendarse.

La historia no hace á Soemis cómplice de este delito, como ni de la muerte de muchos senadores, y otras crueldades de Heliogábalo con los que creia afectos partidarios de su primo ; pero siempre parece haber sido del consejo de su hijo, y es desgracia para la reputacion ser consejeros de los malos príncipes. Si no fue cómplice, fue la madre mas infeliz por ver con grande afliccion tantos crímenes, y por la catástrofe. Renovó el emperador sus tentativas contra su primo: se declararon los pretorianos de nuevo por él, y exigieron que para su seguridad se le llevasen á su campo. Consiente Heliogábalo, y le acompaña ; pero enojado con el recibimiento que hicieron á su primo, quiere castigar como á traidores á los que le aplaudian. Se alborota el egército: huye el emperador, y se oculta. Le descubren los soldados, y le degüellan entre los brazos de su madre, y quitan á esta la vida. Solo tenia diez y ocho años , y reinó cuatro. Le mataron en las letrinas del campo , sepulcro digno de tal difunto.

Años
de J. C.
222.

Las esperanzas que se concibieron de la buena educacion de Alejandro Severo no salieron frustradas. Conservó sobre él su madre aquel imperio que logra la ternura ilustrada en una alma virtuosa. Procurándole las instrucciones útiles, no despreció los

conocimientos agradables. Sabia pintar, cantar, tocar instrumentos, y desde luego habian formado su cuerpo para los trabajos y la fatiga. Desde su infancia se notan en él rasgos de humanidad: su carácter generoso le inclinaba á obligar. Subió al trono á los trece años; y en esta edad, menos se debe atribuir á él que á su madre y á su abuela, cuyas luces siempre respetó, la eleccion de un consejo de diez y seis senadores muy estimables, entre los que se cuentan Sabino, llamado el Caton de su siglo; Ulpiano, célebre jurisconsulto; Gordiano, que despues llegó al imperio; Catilino Severo, admirado por su profunda erudicion; Sereniano, respetable por su probidad, y Quintilio Marcelo, gran partidario de las antiguas costumbres de los romanos. Con semejantes consejeros y escelentes disposiciones empezó Alejandro un reinado digno de servir de modelo á todos los príncipes.

Parecia el imperio tan venal, y de tal modo destinado á ser presa de los que supiesen conciliarse la benevolencia de los soldados, que no debe admirar que se levantasen pretendientes. Los egércitos para tener la gloria y el provecho de dar dueño al imperio, convidaban á sus generales, y aun á otros contra su voluntad. Un cierto Taurino, honrado con el título de emperador, contra su gusto, en el egército de Siria, huyó; y perseguido por los amotinados, se precipitó en el Tíber y se ahogó. Urano, mas sensible al resplandor de una corona, la aceptó del egército de Edesa; pero se la despedazaron las tropas fieles á Alejandro. En Roma emprendieron algunas guardias pretorianas colocar en el trono á uno que se llamaba Antonino; pero él huyendo de su furor, se retiró á los campos.

Alejandro se desembarazó por sí mismo de las persecuciones ambiciosas de un competidor: este era Arinio Camilo, senador, y de una de las mas ilustres familias de Roma. El jóven emperador, sabiendo que trabajaba por conquistar el afecto de los soldados, con esperanzas de que le diesen la púrpura imperial, le hace venir á la corte, le da gracias de que quisiese tener parte con él en los trabajos inseparables de su dignidad, y le nombra su colega. Era preciso partir á una guerra contra pueblos limitrofes del imperio: Alejandro ofreció el mando á Camilo; y negándose este, el emperador le suplicó que á lo menos entrase con él á la parte en la gloria de la expedicion. Parten los dos colegas juntos y á pie: despues de haber andado pocas leguas, se halló Camilo cansado, y le aconsejó el emperador que hiciese el resto del viage á caballo. El caballo tambien le fatigaba, y le hizo Alejandro tomar carruage. Este proceder, al parecer cortés, humilló de tal modo al colega, que renunció á su dignidad, y se volvió á su casa de campo, en donde Alejandro le dejó vivir tranquilamente.

El egemplo que daba el emperador á los soldados en la marcha, se le daba en todo lo demas: iba vestido como ellos, y usaba de los mismos alimentos. Todos podian verle comer, y hablarle á todas horas: vigilaba singularmente por su conservacion: los visitaba en las enfermedades: los recompensaba noblemente; pero tambien exigia de ellos una grande exactitud en la obligacion. Estos cuidados, no obstante su juventud, le daban sobre ellos un derecho que en las ocasiones sabia hacer respetar. Considérese á un jóven rodeado de una legion murmurante, y esplicando su descontento

¿ gritos, y que les dice con un tono encantador: "Callad, y reservad esos clamores para espantar á los persas, á los samnitas y á los germanos. Los que os enseñaron el arte de la guerra debieron advertiros, que á quien se debe asustar con gritos es al enemigo, y no á vuestro emperador, que os alimenta, viste y paga. Dejaos de discursos sediciosos, ó temed que irritado este, no se contente con borraros de la lista militar." Continuando en amenazar, les dijo Alejandro en tono muy airado: "Retiraos, paisanos, y dejad las armas." La legion, herida como un rayo, deja las armas, se despoja del talabarte militar, y se retira con silencio; pero despues de haberla mortificado, la recibió el emperador en su gracia, y se notó haberse distinguido entre todas en la guerra de Persia.

Este jóven y valeroso príncipe se señaló en esta espedicion, y se portó como grande capitán. El mismo hizo en pleno senado la relacion de su victoria, hablando honestamente en nombre de todos, y no atribuyendose mas que el honor comun con el resto del ejército. "El enemigo, dijo, vino á atacarnos con setecientos elefantes: nunca se vieron estos juntos en tanto número: tenían sobre sí torres llenas de archeros: cogimos trescientos de estos elefantes: matamos doscientos, y hemos traído con nosotros diez y ocho. Tenian los persas mil y ochocientos carros armados de hoces, y les quitamos doscientos: hemos hecho pedazos un ejército de ciento veinte mil caballos, con diez mil hombres armados de todas armas: hicimos prodigioso número de prisioneros, y los vendimos. El ejército ha vuelto cargado de gloria y de riquezas. A vosotros, padres conscriptos, pertenece dar gracias á los dioses que pro-

tegieron nuestras armas, y manifestarles nuestro reconocimiento." Tiraban del carro de su triunfo en lugar de cuatro caballos blancos, segun costumbre, cuatro elefantes; y tuvo este triunfo otra particularidad, pues sobre la gratificacion acostumbrada que hizo el emperador al pueblo, estableció en nombre de su madre Mamea fondos para sustentar á los hijos de los ciudadanos pobres, y por esta razon los llamaban *los niños de Mamea*.

Si es obligacion de un príncipe el ser bueno, aun es mas rigurosa la de ser justo, y esta la cumplia Alejandro con la mayor exactitud. "Es grande recomendacion de los cargos que no los pretenden", decia: y jamas permitió que se vendiese alguno. Sobre esto se esplicó con esta sentencia: "El que compra tambien ha de vender, y sería injusticia castigar á un hombre por haber vendido lo que le permitieron comprar." Cuando se proponia conferir á alguno el gobierno de una provincia publicaba su nombre, y alentaba á todos los que sabian alguna cosa á que la declarasen, bien fuese en público, ó bien en particular. "Supuesto que los cristianos, decia, llevan este método en la eleccion de sus sacerdotes, es razon que tambien nosotros le usemos en la eleccion de los gobernadores de provincia, que tienen en su mano los bienes y la vida de tantos hombres." Debe notarse esta disciplina de los primeros cristianos, citada é imitada por un príncipe pagano. Tenia por máxima favorita, y la hizo escribir en todas partes: *Haced con los demas lo que quisierais que ellos hiciesen con vosotros*.

Puede ser que Alejandro sea el único que castigó á un hombre que vendia no su crédito, sino la sombra del favor. Como atendia escrupulosamente

¿ lo que hacian los que le rodeaban, descubrió que uno de sus cortesanos se daba por hombre muy poderoso con el emperador : y que con esta apariencia á todos los que necesitaban de proteccion les prometia hablar en favor de su asunto, y recomendarle con eficacia, mediante la cantidad que estipulaba: que se hacia pagar de antemano, y algunas veces tomaba por las dos partes; y se probó que alguna vez no abria en su favor la boca, manteniendolos en esperanzas, y haciendoles añadir á la primera cantidad, por cuyo medio fraudulento habia juntado inmensas riquezas. Indignado el emperador de una astucia capaz de deshonorarle, acusó al reo en presencia del senado, y este le condenó á muerte. Le colgaron de la horca hasta que le sofocaron con el humo de haces de leña verde encendidos al rededor de él; y mientras duró el suplicio gritaba un pregonero público: *El que vende el humo, muere con humo*. Es probable que no tuvo precision Alejandro de egercer dos veces la propia justicia, y que esta sirvió de freno contra otras malversaciones que se permiten algunas veces al lado de los príncipes. Disminuyó cuanto pudo los impuestos, y á los empleados en cobrarlos los llamaba *males necesarios*.

A la guerra de los persas sucedió otra contra los germanos, á cuyo pais partió el emperador con su madre y su consejo ordinario; y hallando á las legiones en una total indisciplina, fue su primer cuidado restituirla al orden: proyecto que asustó á los soldados, cuyo descontento y temor fomentaba con artificio uno de sus oficiales llamado Maximino, godo de nacion, á quien Alejandro, en atencion á su valor, habia puesto á la cabeza de un cuerpo de panonios. Se valió del crédito que tenia con sus sol-

dados para representarles al jóven emperador como un príncipe débil, que se dejaba gobernar de una muger incapaz de mandarlos y hacer la guerra con vigor: y por este medio ganó muchos cómplices.

Habia bien examinado el bárbaro los lugares, y estudiado los momentos. Como una hora despues del mediodia, cuando las guardias vencidas del sueño estaban menos vigilantes, llegó Maximino con una tropa determinada á un parage, poco distante del egército, que ocupaba el emperador. La mayor parte de las guardias huyeron sorprendidas, y las otras fueron asesinadas: acudió Mamea, llamada del ruido, con algunos capitanes de guardias, á todos los cuales mataron los rebeldes, y entraron con la espada desnuda y ensangrentada en la tienda del príncipe. Viendose solo y desarmado, no hizo resistencia alguna: se cubrió el rostro con su manto, y recibió en silencio los golpes que le dieron. Así murió á los veinte y seis años y medio Alejandro Severo, despues de haber reinado trece. Puede ser que hiciesen cosas mayores Trajano, Antonio y Marco Aurelio; pero tambien es justo observar que cuando estos subieron al trono imperial tenian mas años que Alejandro cuando descendió de él.

Años
de J. C.
235.

Maximino, despues de haber presidido y cooperado al asesinato de Alejandro, tuvo la destreza de persuadir que no habia tenido parte en él, y de hacerse elegir emperador por el egército: y no osando el senado oponerse, confirmó la eleccion de los soldados. El nuevo emperador asoció consigo á su hijo Maximino. El padre habia nacido de un godo y de una alana, y su primera ocupacion fue la de pastor. Se dice que tenia cerca de ocho pies de al-

tura: era bien proporcionado y de fuerzas extraordinarias. Las pruebas que de ellas dió, juntas con su intrepidez, le condujeron á las dignidades militares: se dice que arrastraba un carro que dos bueyes tiraban con trabajo: que arrancaba de raíz grandes árboles, y que deshacia los guijarros entre los dedos.

En unos juegos que dió Severo pasando por la Tracia, viendo Maximino, que entonces tenia veinte años, que habia premio que ganar, pidió en lengua medio latina y medio tracia, que le admitiesen en el número de los combatientes. Le señalaron por contrarios los esclavos mas vigorosos del campo, y él venció hasta diez y seis, uno despues de otro. El emperador en premio le admitió en la caballería. Visitando este príncipe á caballo algunos dias despues los diferentes cuarteles del campo, le seguia Maximino corriendo á pie: Severo para experimentar le llevó su caballo á galope, y Maximino dió vuelta á todo el campo con él sin parecer que se cansaba. Acabada la carrera, le dijo el emperador: "Tracio, ¿quieres luchar ahora?" él dijo que sí: y llamando los mejores luchadores del ejército, derribó á siete, como si fueran niños. Le honró el príncipe con un collar de oro, y le gratificó con un grande prest, del cual tenia necesidad: porque sin hacer esceso comia cada dia cuarenta libras de carne y bebia veinte y cuatro botellas de vino. En tiempo de Caracalla estaba en las guardias, y por afecto á este príncipe no quiso servir á Macrino que le habia muerto. Heliogábalo le hizo tribuno; y ofendido por algunas palabras picantes del emperador, se retiró de su servicio, y volvió á parecer en el de Alejandro, que le dió el mando de una legion; y contando con él para el restablecimiento de la disciplina, le confirió

en el ejército aquel grande poder de que abusó. Su hijo, de estatura casi igual á la de su padre, era tan recomendable por su fuerza y valor, como notable por su hermosura.

Aborrecia tanto Maximino á las personas de calidad, que pareciendole que le estaban dando en rostro con la bajeza de su nacimiento, quitó inhumanamente la vida á un número considerable. Dos motines que sucedieron en su mismo campo le sirvieron de pretesto para sacrificar á su odio los grandes y los ricos. El uno fue el de Magno, consular y de ilustre nacimiento, que tuvo intencion, cuando el emperador que iba contra los alemanes pasase el Rin con parte de su ejército, de romper el puente y hacerse proclamar emperador por la parte restante; pero habiendose descubierto su conjuracion, le quitaron la vida. El otro motin era involuntario de parte de Cuartino, hombre consular y amigo de Alejandro, á quien, por mas que resistió, revistieron del manto imperial las legiones descontentas. Un oficial amigo suyo, para que no se supiese que habia tenido parte en la rebellion, cortó la cabeza por la noche al competidor de Maximino; pero este le mandó matar como á rebelde á su príncipe y traidor á su amigo. Adquirió Maximino en la guerra de Alemania la confianza de los soldados con sus victorias, y en la carta que escribió al senado se alabó de un gran triunfo; ¿pero qué triunfo es, mirado con los ojos de la humanidad, haber desolado ciento y cincuenta leguas de país, destruido otros tantos lugares, hecho un número increíble de prisioneros, y dado mas batallas que ninguno de sus predecesores?

Pero mientras pasaba las lagunas de la baja

Alemania, en donde pensó perecer, sus crueldades le suscitaron enemigos en los abrasados arenales de la Africa. Dos jóvenes de distincion, condenados por un agente de Maximino á una multa que los arruinaria, ganaron á los soldados, y mataron al agente del emperador; y conociendo que vengaria la muerte de su empleado, le suscitaron un rival en Gordiano, procónsul de Africa. Este, sobre un ilustre nacimiento, tenia todos los talentos que podian constituir un buen emperador: luces, afabilidad con los pueblos de su administracion, y presencia magestuosa: nada le faltaba para llevar dignamente el cetro; pero la edad de ochenta años se le hacia pesado, y así le rehusó en cuanto pudo, y solo le aceptó con la condicion de repartir la autoridad soberana con su hijo que tenía cuarenta y seis años y todas las calidades de su padre. El senado, que detestaba á Maximino, aplaudió esta eleccion, cuya noticia llegó á Roma en los diplomas de dos emperadores llenos de respeto y deferencia á este ilustre cuerpo. El pueblo en la primera expresion de su gozo acompañaba al senado en el odio contra Maximino, y se arrojó á grandes crueldades egecutadas en los partidarios y amigos del bárbaro emperador. Autorizó el senado de algun modo sus furores, proscribiendo á los dos Maximinos, y declarándolos enemigos de la patria; pero aun no se sabian estos decretos en las provincias cuando llegó á Roma la catástrofe precipitada de los dos Gordianos. El mas anciano cuando subió al trono destituyó sin motivos á un oficial de mérito, llamado Capeliano, que siempre le habia disgustado. Este no obedeció, y juntó tropas: Gordiano, su hijo, fue contra él, y quedó vencido y muerto:

el padre se ahogó desesperado con su mismo cingulo despues de un mes y seis dias de reinado.

Cuanta alegría habia causado la elevacion de los Gordianos en la capital, otra tanta fue la desolacion que esta sintió con su caida. Despues de lo practicado contra Maximino, y conociendo su carácter, solo podian esperar una venganza horrible. Recibió Maximino con una rabia mas de bestia feroz que de criatura humana la noticia de como se habia procedido contra sus amigos: daba con la cabeza contra las paredes, se revolcaba en el suelo, desgarró sus vestiduras, sacó la espada, hirió á los que tenia al rededor, y hubiera dado de puñaladas á su hijo si no se hubiera puesto en salvo. El motivo de su furor contra este era el no haber querido vivir en Roma, en donde pudiera haber contenido las resoluciones del senado, y prevenido la rebelion. Era pues general la consternacion: las mugeres, los niños y todo el pueblo hacia súplicas y votos en los templos para que Maximino no volviese á ver la capital; pero él se iba acercando.

En esta estremidad se tomó con la desesperacion un partido, que en tiempos mas sosegados hubiera desaprobado la prudencia. Eligió el senado dos emperadores, en los cuales las calidades y el nacimiento hacian igual contraste; pero todos se lisonjaban de que serian los mas propios para procurar el bien comun. Balbino contaba abuelos ilustres, era muy rico, gustaba del lujo y los placeres, mas no por eso perdia la estimacion general. Tenia menos talentos para las expediciones militares que para el gobierno civil. Máximo por el contrario, de hijo de un carretero y soldado raso habia llegado á la co-

mandancia de los ejércitos, y prometia ser un muro fuerte contra los esfuerzos de Maximino, por lo que le encargaron el mando de las tropas, y á Balbino el gobierno. No siendo esta elección de la aprobación general se sublevó el pueblo, y para sosegarle fue preciso asociar á los dos emperadores á Gordiano, de edad de trece años, hijo ó sobrino de Gordiano el menor, pidiéndole los romanos por respeto y afecto á esta familia.

La condescendencia del senado no llegó á calmar los movimientos populares, y ya empezaba Roma á experimentar las convulsiones de la anarquía que la condujo á su ruina. Hubo una disension entre el pueblo y los pretorianos: estos se refugiaron maltratados á su campo, y en él los acometió el pueblo ayudado de los gladiadores; y no pudiendo vencerlos, cortaron dos canales por donde les iba el agua. Los soldados desesperados dieron sobre la multitud que los rodeaba, y hicieron horrible carnicería: los fueron persiguiendo hasta la ciudad, caían sobre ellos por todas partes tejas y piedras, y los soldados pusieron fuego á las tiendas y almacenes. En poco tiempo redujeron á cenizas una parte de la ciudad y muchas cosas de precio: personas de todas clases perecieron en las llamas: fueron profanados los templos, saqueadas las casas, las calles cubiertas de cadáveres. El emperador Balbino, herido de peligro en la cabeza, no llegó á sosegar el tumulto hasta presentar al jóven Gordiano con el manto de púrpura, y entonces cesaron las hostilidades: por lo que debe creerse que los derechos de este jóven príncipe tenian alguna parte en el motivo de la sedicion.

Despues de estas muertes y ruinas, cuando de-

biera el pueblo estar inquieto porque se acercaba la invasion de Maximino, continuó frecuentando los teatros como siempre. La fortuna fue que detuvieron al bárbaro los habitantes de Aquiles, que escogieron morir antes que rendirse, y tomaron parte en la defensa hasta los niños y mugeres. Estas se cortaron el cabello para hacer cuerdas de arco: rasgo de heroísmo que fue consagrado con un templo dedicado á Venus Calva, y esta resolución de los ciudadanos de Aquiles fue la que salvó á Roma. Mientras Máximo, protegido de esta ciudad, aumentaba y disciplinaba su egército, los soldados de Maximino, cansados de sus crueldades, y asustados con la noticia de que todo el imperio se armaba contra ellos, entraron en la tienda del emperador, y degollaron á él y á su hijo. Tenia el padre cincuenta y cinco años, el hijo veinte y uno, y habian reinado solo tres. Se juntó su egército con el de Máximo, y prestó el juramento de fidelidad á los dos emperadores.

La noticia de la muerte de los Maximinos llegó á Roma cuando Balbino, Gordiano y todo el pueblo asistian á los juegos. Fueron precipitadamente á los templos á dar gracias á los dioses. Balbino, que temblaba al oír el nombre de Maximino, sacrificó de una vez cien víctimas, é hizo ofrecer hecatombes en todas las ciudades del imperio. Máximo fue recibido, cuando volvió, como si hubiera ganado una victoria; y los dos emperadores empezaron á gobernar de concierto, porque aunque se tenian envidia, la ocultaban con el velo de la prudencia. Máximo no agradaba á las guardias pretorianas porque temian que quisiese restablecer la disciplina ó despedirlas, como Severo lo habia hecho con sus



Templo á Venus Calva.

Irritado Máximo con los Romanos por haber protegido á sus rivales, marchó contra la capital para vengarse; pero los habitantes de Aquilea le opusieron tal resistencia, que la salvó, haciendo sus mugeres mismas el sacrificio de sus cabellos para texer cuerdas de arco. Rasgo de patriotismo, que se eternizó con la ereccion de un templo á Venus Calva, aun mas con la admiracion de la posteridad



antecesores, substituyéndoles un cuerpo de germanos traído de Aquileya, que le era muy afecto. También estaban preocupados contra Balbino los pretorianos, creyendo que consentia en la resolución que suponían de Máximo, y sobre esta persuasión determinaron deshacerse de uno y de otro.

Para esto escogieron un día en que los criados y guardias, por asistir á los juegos capitolinos, habían dejado casi solos á los emperadores. Se presentaron pues armados: Máximo quiso llamar á sus germanos: Balbino se opuso, rezelando que fuese alguna alarma de su colega, y que este se sirviese de ellos para privarle de su autoridad. En esta altercación entraron los pretorianos en el palacio, sacaron á los emperadores, rasgaron sus vestiduras, y les dieron muchos golpes. Cuando los arrastraban á su campo, les dijeron: "Que ya acudían los germanos á librarlos;" y llenos de furor mataron á los dos infelices, dejando sus cuerpos en la calle. Se llevaron al jóven Gordiano, le proclamaron emperador; y no teniendo los germanos ya que hacer, se retiraron tranquilos á sus cuarteles, y quedó sosegada la ciudad.

Entraba Gordiano en los catorce años de su edad: era de agradable figura, y de un carácter tan dulce, que fue generalmente amado. El senado le llamaba su hijo, el pueblo su favorito, y los soldados su niño. Con las calidades necesarias para formar un príncipe escelente, juntaba el gusto de las artes y las ciencias; mas no teniendo una madre como Mamea, y faltándole la esperiencia, dió al principio de su reinado en manos de un tal Mauro, y de algunos libertos astutos y corrompidos que abusaron de su confianza y de su juventud. A los

Años
de J. C.
239.

quince años casó con Tranquilina, hija de Misiteo, cuyo nacimiento y acciones se ignoran, pero se saben sus talentos y sus virtudes. Tuvo Gordiano la docilidad de entregarse enteramente á su suegro, gobernarse por sus consejos, y acercarle á su persona, dándole el cargo de capitán de guardias para tener mas proporción de aprovecharse de sus luces.

Bajo la tutela de su suegro gobernó Gordiano á satisfacción del imperio; pero por desgracia perdió á este hombre excelente muy presto, y con su muerte cometió una falta capital, dando su plaza á Filipo, cuyo valor estimaba, sin sospechar de su fidelidad. El jóven emperador lleno de confianza le tomó por guía en sus operaciones militares contra Sapor, rey de Persia; y el pérfido consejero empeñó al ejército en unos países difíciles, en donde las marchas eran penosas, é hizo que se cometiesen otras muchas faltas atribuyendolas con destreza á Gordiano. De las murmuraciones y las quejas pasaron los soldados á pedir lo que secretamente habia insinuado Filipo, y era que fuese asociado al imperio, en lo que consintió Gordiano, á quien siempre conservó el ejército cierta afición que hacia sombra al nuevo emperador, por lo cual este le hizo matar en los confines de la Persia. Los asesinos de este príncipe jóven perecieron algun tiempo después; pero él vivió diez y nueve años, y reinó los diez.

Era Filipo árabe, su padre habia sido caudillo de ladrones, esto es, jefe de aquellos aduares que recorren la Arabia, y se apoderan de cuanto llevan los pasajeros, diciendo que les pertenece por hallarse en sus dominios. Se dice, y es muy probable, que Filipo era cristiano, y que se sujetó á pe-



Gordiano asesinado.

Abusando el pérfido Filipo de la excesiva confianza con que le houraba el joven é inexperto Gordiano, logró con sus ardidés ser asociado al Imperio. La afición que siempre conservó el ejército á aquel Príncipe hacia sombra al nuevo Emperador; quien no pudiendo sufrir este desayre de su orgullo, hizo asesinarle en los confines de Persia. Rara vez el indigno corresponde mejor á los beneficios.



nitencia pública en reparacion de la muerte de Gordiano. Así que le reconoció el ejército por emperador, instándole el presentarse en Roma, compró de los persas la paz, cediéndoles la Armenia y la Mesopotamia; bien que las volvió á tomar algun tiempo despues para aplacar las murmuraciones que excitó con su cobarde condescendencia. Se anunció su gobierno con hechos de bondad y benignidad, aunque no dejaron de levantarse tumultos en varios paises. Pareciendole mas peligroso el de Panonia, se engañó Filipo en la persona que envió á sosegarle: así como se habia engañado Gordiano cuando á él le dió su confianza. Decio, que fue el encargado de reducir á los rebeldes á su obligacion, se dejó seducir: aceptó el imperio, y fue sobre Roma. Avanzó el emperador para acometerle, fue muerto; y al punto que los pretorianos supieron su muerte, quitaron la vida á su hijo, niño de siete años que les habia él entregado, nombrandole César. Tenia Filipo cincuenta y siete años, reinó cinco y cuatro meses; y en su reinado tomó grande incremento la religion cristiana.

Era muy regular que Decio, su sucesor, mirase como poco seguros á los cristianos, á quienes Filipo habia protegido y que sentian su muerte; y así se advierte que la persecucion de Decio fue una de las mas crueles que experimentó la religion verdadera. Era de la Panonia este príncipe, en donde los soldados le proclamaron, sin que el senado ni el pueblo se atreviesen á contradecirlo. Desde el punto en que se vió revestido de la púrpura declaró César á su hijo mayor, y poco despues decoró con el mismo título á los otros tres que tenia. El jóven príncipe, enviado contra los godos, los venció; pero su-

Años
de J. C.
249.

frió despues una pérdida de que le quiso vengar su padre. Pelearon los godos como desesperados, y Decio el jóven se señaló en esta ocasion; pero herido mortalmente de una flecha cayó del caballo á vista de todo el egército. Su padre, viendo la desgracia, dijo á sus soldados á gritos: "Compañeros, no es mas que un hombre, no os desaliente su pérdida;" pero tambien le mataron á él y otros dos de sus hijos. Tenia Decio cincuenta y nueve años, y habia reinado dos y algunos meses.

Años
de J. C.
252.

Como si un emperador no pudiera morir sino á traicion, se esparció la voz de que Galo, uno de sus principales oficiales, por correspondencia secreta con los godos, aconsejó á Decio una situacion nada ventajosa, dió parte á sus enemigos, y fue causa de su derrota y de su muerte; pero si dió motivo para esta conjetura, supo ocultarle tan sagazmente, que á vista de la pena que mostró por esta desgracia, le proclamó emperador el egército: Galo declaró César á su hijo Volusiano, le casó con una hija de Decio; y adoptó á Hostiliano, único hijo que habia quedado vivo de este emperador. Era africano, siempre habia servido en la guerra, y este era su principal mérito; sin embargo, hizo una paz vergonzosa con los godos por ir á gozar de las delicias de Roma. Emiliano, gefe de las tropas opuestas á aquellos pueblos, vengó el honor del Imperio; y soberbio con la victoria, haciendo que sus soldados le diesen la púrpura, fue á desafiar á Galo en Italia: con tan buen éxito en su atrevimiento, que los soldados de Galo, despreciando á su príncipe sumérgido en los placeres, le mataron y tambien á su hijo, despues de un reinado de diez y ocho meses, en presencia del egército de Emi-



Muerte de Decio el joven.

El deseo de reparar su honor comprometido con la pérdida de una batalla que le ganaron los Godos, empenó vivamente al joven Cesar en otra acción contra los mismos, mandada por su Padre; pero la muerte puso término á su ardor; y despues de haberse señalado con proezas, le derribó del caballo mortalmente herido una flecha enemiga. ¡Quantas victimas tiene inmoladas el mal entendido pundonor!



liano, á quien proclamaron emperador. A este, sin embargo, le duró menos el poder, porque le asesinaron sus soldados á los quince meses por evitar, como decian, la guerra civil; noticiosos de que iba contra ellos un egército que en favor de Galo habia levantado Valeriano, que les merecia buena opinion.

Llegando al egército la noticia de que habian quitado la vida á Galo y á su hijo, pusieron en el trono á Valeriano su gefe. Este era uno de aquellos Años
de J. C.
253. hombres particulares que se pueden pintar de solo un rasgo. Queriendo Decio restituir la censura, ya por mucho tiempo abolida, encargó al senado que eligiese una persona capaz de llenar debidamente este cargo; y todos los senadores á una voz exclamaron: "Sea censor Valeriano: el que no tiene defecto es solo quien debe corregir los de los otros." No obstante, este Valeriano persiguió á los cristianos. Era de una familia de las principales de Roma, y habia desempeñado con honor los principales empleos civiles y militares. Todos le amaban por su integridad, modestia y prudencia; y si cada hombre del imperio hubiera tenido derecho para elegir emperador, todos los votos habrian sido en favor de Valeriano; pero alcanzó los tiempos mas infelices, porque todas las naciones que tenian el nombre de godos, ostrogodos, &c. habian invadido la Mesia, la Tracia y la Macedonia. Los persas pasaron el Eufrates, y desolaban la Siria, la Cilicia y la Capadocia: los pueblos de las orillas del Vesper, unidos para defender su libertad, empezaron á darse á conocer y hacerse temibles con sus correrías. Galieno, hijo de Valeriano, nombrado César, combatió á los germanos con ventaja;

y el emperador tuvo tambien otros generales que se distinguieron, como fueron Aureliano contra los godos, y Probo contra los sármatas y los cuados. Tomó Valeriano á su cargo la mayor dificultad, que era hacer frente á los persas; pero á pesar de de su valor y habilidad, lejos de vencer, experimentó la mayor desgracia que puede suceder á un soberano: pues Sapor le hizo prisionero, le trató con ultraje durante su vida, mandando desollarle despues de muerto, y colgar su piel en un templo como perpetuo monumento de afrenta para los romanos. No se sabe cuanto tiempo vivió en las prisiones; pero lo que mas sintió en situacion tan infeliz fue verse despreciado enteramente de Galieno, cuando la mayor parte de los príncipes estrangeros que habian ayudado á Sapor, pedian con instancias la libertad del valiente y desgraciado emperador; y aquel hijo desnaturalizado no dió un paso por un padre tan estimable, encantado sin duda con verse solo en el trono, que ocupó al punto que supó el cautiverio de su padre. Valeriano reinó solos siete años.

Contando todos los que en los ocho años que Galieno reinó solo tomaron la púrpura ó con su permiso ó á pesar suyo, se hallará que fueron diez y nueve. Estos eran generales de egército, gobernadores de provincias, y algunas veces simples gobernadores de una ciudad que se hacían proclamar. Los rivales se buscaban unos á otros, se acometian y peleaban. Tal vez duraba su imperio algunos meses, y aun tres ó cuatro dias. Tomaba el pueblo partido en sus querellas, y así se veian los campos asolados, las ciudades saqueadas, y todo terminaba comunmente quitando la vida á los competidores y á

sus partidarios. Mientras lo interior del imperio estaba así en perpetuo alboroto, egércitos contra egércitos, y ciudadanos contra ciudadanos, forzaban los bárbaros las fronteras, y se estendian como una inundacion, llevandolo todo á fuego y sangre, hasta que se retiraban cargados de botin, y llevando cada vez á sus bosques considerable número de cautivos. Al mismo tiempo, como si se hubiesen juntado todas las plagas contra el infeliz imperio, el cielo en muchos paises se cubrió de negros nublados, y de una completa obscuridad, á la que seguian temblores de tierra, que acompañados con truenos tenian asustados á los habitantes. Se abrió la tierra y se tragó las casas; en donde antes se veian montes, aparecian lagos; y las que antes eran risueñas campiñas, se mudaban en arenales estériles. Se entró el mar por el continente, y arruinó muchas ciudades, al mismo tiempo que la peste salió del Egipto arrasando con su desoladora cuchilla la Grecia, la Italia, y la misma Roma, en la que hacia montones de cadáveres. Esta es la pintura del imperio en el gobierno de Galieno; pero todavía ennegrecian mas los colores sus crueldades.

El primero que se declaró emperador fue Yugeno en Panonia: era gran capitán, y muy amado del pueblo y de los soldados. Vencido por los generales de Galieno se quitó la vida por no caer en manos de este príncipe conociendo su barbaridad; pero Galieno, ya que nada pudo hacer contra el gefe por haberse este substraído á su furor, escribió á Celer, comandante de su egército: "No estaré contento con que mueran los que tomaron armas contra mí; es preciso que estermines en cada ciudad todos los varones así jóvenes como ancianos;

á ninguno perdone de los que me han querido hacer mal, ni de los que han hablado mal de mí: mata, despedaza, bien me entiendes: haz tú lo que sabes que haria yo: yo que te escribo esto de mi propio puño." Conforme á estas sangrientas órdenes no quedó ni un solo varon en muchas ciudades.

Los que se libraron de la matanza, viendose reducidos á la desesperacion, hicieron sucesor de Yugeno á Regiliano. Era descendiente de los reyes de la Dacia, y capitán ilustre, á quien otro capitán no menos célebre escribia antes de su eleccion: "Fortuna es de la república tener en estos tiempos un general como vos. Se le haria gran servicio á Galieno si hubiera quien le dijese la verdad, y quien alabase ó reprendiese á cada uno segun merece. Yo sé por menor vuestros combates y victorias: en otros tiempos os habrian honrado con el triunfo; pero en estos os aconsejaria yo que venciaseis con mas cautela, sin olvidaros de que hay alguno á quien podrian hacer sombra vuestras victorias." De este modo se vé que con este tirano habia riesgo aun en servirle bien. El temor que inspiraba influyó en los soldados de Regiliano, á quien asesinaron para conseguir el perdon del delito de haberle proclamado.

Habia Galieno enviado á Germania á su hijo Valeriano bajo la conducta de Silvano su gobernador. Los soldados, ofendidos de que les diesen un niño por comandante, mataron al tutor y al pupilo, y eligieron por emperador á Postumio, el cual de las Galias, la España y la Inglaterra se formó un buen reino. Reinaron con él por siete años la moderacion y la equidad, y porque tenia estas virtudes le quitaron la vida. Habia tomado á Maguncia, no qui-

no abandonarla al saqueo, y sintieron tanto esto sus soldados, y de tal modo se irritaron, que le mataron á él y á su hijo Postumio el jóven.

Bastará nombrar los que reinando Galieno apenas hicieron mas que gustar la suprema autoridad. Macriano se levantó en Egipto en donde la guerra civil tenia á Alejandría reducida á un estado deplorable. Dionisio, obispo de esta ciudad, refiere que "eran tan violentos allí los furores de la discordia, que sería mas fácil ir desde Oriente á Occidente, que de Alejandría á la misma Alejandría: no se podian tratar sino por cartas, y esto con mucha dificultad para entregarlas: mas fácil era atravesar los mares y los desiertos mas áridos que pasar por la calle que está en medio de la ciudad. El puerto se parecia á las riberas del mar Rojo cuando estaban cubiertas de cadáveres de los egipcios. El mar se veia muchas veces teñido en sangre, y el Nilo lleno de cuerpos ahogados ó asesinados. Se juntó el hambre con la guerra, y sobrevino uua terrible peste que se llevó tanto número de habitantes, que en Alejandría se veian menos hombres de catorce años á ochenta, que los que ordinariamente habia desde cuarenta á setenta." Quitando de esta relacion lo que parezca exagerado, siempre resulta una funestísima idea de lo que puede llegar á suceder en una gran ciudad dividida en bandos.

Contra Macriano se levantó Valente, contra quien Macriano opuso á Pison, que tomó el título de emperador, y fue muerto por Valente. Este sintió despues tanto haberle quitado la vida, que exclamó: *¡Qué cuenta daré yo á los dioses de la muerte de Pison!* Le honró el senado con este notable elogio: "Jamás hubo hombre mejor." Valente que

tomó por sí mismo la púrpura, no tardó en ir á dar la cuenta que temia; y lo mismo sucedió á Macriano. Saturnino, general severo, al ver que á pesar suyo le elevaban al trono, dijo á sus tropas: "Perdeis un buen capitan, y haceis un mal emperador." A la verdad no mostró mucha política: quiso restablecer la disciplina, y le mataron. Tomó Emiliano la corona de Egipto en lugar de Macriano; y Teodoto, general de Galieno, le envió á su emperador, que le hizo ahorcar. Balisto, otro usurpador del trono en Egipto, perdió la vida. Celso, proclamado en Africa, que era hombre de mucho mérito, reinó siete dias, y acabó como los otros. Mario, simple aventurero, elevado al trono en Maguncia, duró tres dias. Le habian precedido Loliano, Victorino y su hijo, y le siguió Tétrico, que no fue menos desgraciado.

El único competidor de Galieno, que vivió en buena inteligencia con él, fue Odenato á quien adoptó por cólega, sin duda porque le necesitaba. Era natural de Palmira, ciudad de Fenicia, cuyas soberbias ruinas todavía dan testimonio de su grandeza. Unos dicen que era un ciudadano y magistrado, otros que era un príncipe. Lo que parece es que fue el primer hombre de la ciudad, y tal vez se enriqueció con el comercio, como en los tiempos posteriores sucedió á los Médicis en Florencia. Sapor, rey de Persia, incurrió en la necedad de despreciarle cuando le ofreció juntarse con él contra los romanos; y viendose desechado por Sapor, se unió con los romanos contra él, y nunca este tuvo enemigo mas encarnizado y temible. Sus hazañas en favor de Galieno fueron el motivo para que como este veia que podia tomar á pesar suyo la

púrpura, le diese parte en el trono. Sostuvo el honor de la corona hasta su muerte, de la que se ignora el género y la data. Cenobia, su viuda, gobernó, con el título de reina del *Oriente*, la parte del Imperio que perteneció á su marido.

Algunos creen que por la misma razon política que tuvo Galieno para ceder á Odonato una porcion del imperio, se determinó á revestir á Aureolo de la púrpura. Era este un hábil capitán, que le habia servido con zelo y con fortuna contra Yugo su primer rival. Otros dicen que solamente fue un general muy favorecido del emperador, y que con el ejercicio de aquella parte de poder que lograba se encendió en deseos de disfrutarle todo. Desde la Iliria, en donde estaba, avanzó á Italia, y en ella fue derrotado. Estaba Galieno bloqueando á Milan, cuando cuatro de sus capitanes, no pudiendo sufrir su gobierno tiránico, hicieron una llamada falsa de noche en el campo, y aprovechandose de la turbacion, le mataron á él, á su hijo, y á sus dos hermanos, á los treinta y cinco años de edad, y quince de reinado. Persuadidos los soldados á que habia muerto asesinado, se amotinaron; pero se sosegaron con la distribucion de veinte piezas de oro por cabeza, sacadas del tesoro de Galieno, que nunca marchaba sin llevar considerables sumas consigo. Propusieron los conjurados al ejército á Claudio como el mas propio para mantener el nombre y la dignidad de emperador romano, y le proclamaron. Con ser tan execrable la memoria de Galieno por sus muchas crueldades, que solamente hemos indicado, le deificó el senado al mismo tiempo que mandó precipitar á sus confidentes y ministros de la roca Tarpeya. Nunca habia dado

empleo alguno á los senadores, ni sufrió que ninguno de ellos se presentase en su campo. Dicen que fue torpe, supersticioso, indolente, y que para todo vivia con indiferencia, sino cuando se trataba de mantener su autoridad y sus gustos. Era amante de las bellas letras, orador y poeta escelente; pero uno de los mas malos emperadores.

Cuando supieron los senadores la eleccion de Claudio, dijeron que siempre habian ellos deseado tener por emperador á él ó á otro cualquiera que se le pareciese. No se sabia quiénes eran sus mayores; pero así que fue emperador le hicieron los genealogistas descendiente de Dárdano y de los troyanos. Los primeros dias de su reinado fueron señalados por la derrota y muerte de Aureolo. Fue Claudio á Roma á arreglar los puntos del gobierno que estaban en la mayor confusion; pero una irrupcion de godos y de otros pueblos del norte le precisó á ir con toda prontitud á la Mesia para hacerles frente. Escribió al senado: "Ya estoy á la vista de los enemigos, y para acometerlos. Ellos son trescientos veinte mil hombres; y si los venzo, cuento con vuestro reconocimiento; pero si el éxito no corresponde á mis esperanzas, debereis tener presente que la batalla se ha de haber dado despues de un reinado como el de Galieno."

El estado en que dice que tenia su ejército mas era para temer que para esperar. "Nosotros, dice, no tenemos lanzas, espadas ni escudos. A nuestros archeros con poca honra nuestra nos los detiene Cenobia; en unas circunstancias como estas la felicidad menor es muy gloriosa." Esta fue mayor de lo que pudiera esperarse, y el mismo Claudio la describe así: "Hemos derrotado enteramente un egér-

cito de trescientos veinte mil godos, y destruido su armada, que era de dos mil velas. Los campos están cubiertos de armas y de cadáveres: son tantos los prisioneros que hemos hecho, que sin contar los hombres, tocarán á cada soldado dos ó tres mugeres." Todas las provincias del imperio enviaron á su campo, como á un mercado, para proveerse de esclavos; mas por el descuido ó negligencia en enterrar los muertos, ó bien por otras causas, sobrevino peste en el ejército de Claudio, y este murió en la epidemia. Una parte de las tropas puso en su lugar á su hermano Quintilio, que le ocupó solos diez y siete dias, porque le asesinaron sus soldados temiendo su severidad. Dicen algunos autores que con la noticia de que la otra parte del ejército había elegido á Aureliano, se hizo abrir las venas. De él se habla como de un hombre igual á su hermano.

La descripción del célebre triunfo de Aureliano por la victoria que consiguió contra los godos, germanos y vándalos, y principalmente contra Cenobia, puede presentarse como la parte gloriosa de la vida de este emperador. Se cree que nació en Pannonia, de origen obscuro; pero cuando se ciñó la diadema, siendo el primer emperador romano que la usó, le hicieron los aduladores una genealogía como á Claudio. Era famoso por su fuerza extraordinaria y su valor: en una sola batalla mató cuarenta y ocho bárbaros con su mano, y en diversos encuentros hasta novecientos y cincuenta. Los marcomanos le enseñaron que al enemigo no se le debe reducir á la desesperación, pues habiéndolos vencido le pidieron la paz con condiciones equitativas, y él se la negó creyendo haberles cortado la retirada; pero en vez de ofrecerse humillados al ejército de Aureliano,

Años
de J. C.
270.

no por volver á su pais , como él lo esperaba, volvieron hácia la Italia; y no pudo el emperador librar á Roma del furor de los bárbaros, sino á costa de dos batallas sangrientas, y una recíproca carnicería.

Cenobia, viuda de Odenato, que habia sucedido en los derechos de su esposo, poseia la Armenia y la Siria, á las que reinando Claudio añadió el Egipto. Pretendia descender de las Cleopatras y los Tolomeos, y no se sabe si llevó á Odenato el principado de Palmira, ó si le tuvo por él; pero á lo menos tuvo parte en sus victorias, y no pasaba por menos alentada y menos hábil que su esposo. Cuando este murió, revistió de la púrpura á tres hijos que la quedaron de él, y como eran menores gobernaba en su nombre. Prudente en sus consejos, firme en sus resoluciones, generosa y equitativa, severa cuando era preciso, cumplia las obligaciones de un gran príncipe y de un grande general. Iba algunas veces Cenobia á la frente de sus tropas con su capacete y ropa imperial; y á imitacion de los emperadores romanos daba muchas veces á sus tropas magníficos convites: y aunque muy sóbria de ordinario, en estas ocasiones podia competir con sus oficiales. Entendia muchas lenguas, poseia á fondo la historia oriental, y de ella hizo un compendio que estimaban los sabios.

Cuando Aureliano marchaba contra Cenobia, cuyas pretensiones se prometia reprimir, se vió detenido por la ciudad de Tiana; y irritado con la resistencia de los habitantes, juró que no habia de dejar ni un perro vivo. Un traidor le entregó un puente de la ciudad, y cuando entró le acordaron su amenaza los soldados, que esperaban un saqueo

lucrativo; pero fuese por bondad, ó por condescender á la peticion de Apolo, al que creia haber visto en sueños, suplicándole que perdonase á sus concudadanos, prohibió que se les hiciese mal alguno. Insistiendo ellos les dijo: "Matad todos los perros, que yo os doy licencia para hacerlo." No pudieron menos los soldados de aprobar su clemencia. En cuanto al traidor, escribió á uno de sus amigos en estos términos: "He tomado á Tianeá, y permitiendo á mis soldados despedazar á aquel cuyos buenos oficios me hicieron dueño de la plaza. He perdonado al resto de los habitantes; pero el traidor me pareció que merecia la muerte, porque ¿cómo podría yo contar con la fidelidad de un hombre que habia hecho traicion á su patria? Era rico, y yo he dado sus bienes á los hijos, para que ninguno diga que yo he quitado á nadie la vida por apoderarme de su hacienda."

Atacada vivamente Cenobia, experimentó la suerte de todo estado que en un territorio de poca estension cuenta solo con fuerza asalariada; y así una sola victoria de Aureliano la encerró en los muros de Palmira su capital, y tal vez su única ciudad, en la que se defendió con valor. "Es increíble, escribia el emperador, la cantidad de dardos y piedras con que nos oprime: de dia ni de noche no nos deja un instante de descanso." La escribió para que se rindiese; y ella tuvo la imprudencia de responder que contaba con los armenios y sarracenos que iban ya á socorrerla. Envió el emperador tropas contra aquellos auxiliares, no esperados, y los venció. Aun no desesperanzada Cenobia, salió de su ciudad para ir á buscar otros: lo supo Aureliano, y la hicieron prisionera. Llevandola á

su presencia la preguntó: “¿Cómo había tenido atrevimiento para desafiar á los emperadores romanos?” Ella le respondió con una soberbia mezclada de discreción: “A vos os miro como á un verdadero emperador; pero un Galieno, y todos los que se le parecían, nunca creí que mereciesen tan grande nombre, ni que yo no pudiese medir mis fuerzas con ellos.” Se rindió Palmira con la noticia de que estaba presa su reina: puso Aureliano una fuerte guarnición, y llevó á Cenobia á Roma.

Empezó su triunfo por tres carros: el primero, que había sido de Odenato, estaba todo cubierto de oro, plata y piedras preciosas: el segundo, igualmente rico, era un presente del rey de Persia á Aureliano: el tercero era el propio carro de Cenobia. Hizo el emperador su entrada en el cuarto, tomado por él á un príncipe godo, y tirado por cuatro ciervos. Le precedían veinte elefantes, bestias feroces de diferentes países, mil seiscientos gladiadores, increíble número de cautivos godos, alanos, rojolanos, francos, sármatas, vándalos, alemanes, árabes, indios, bactrianos, iberos, sarracenos, armenios, persas, palmirenos, egipcios, y aun diez mugeres godas que fueron hechas prisioneras peleando disfrazadas de hombres. Seguía Cenobia, cuya hermosura poco comun, magestuosa estatura, y aire noble, se llevaba los ojos de los espectadores. Iba atada con cadenas de oro sostenidas por sus mugeres, y tan cargadas de perlas y diamantes, que tenía muchas veces que detenerse para descansar. Detras del emperador marchaban las legiones victoriosas, tanto caballería como infantería, con coronas de laurel en las manos. No se habla mas de Cenobia sino para alabar la generosidad de Aureliano, que en las



Cenobia ante Aureliano.

Destituida de recursos, pero no de valor, y despues de una vigorosa resistencia cayó esta Princesa en manos de Aureliano; pero sobreponiendose á la desgracia respondió á sus preguntas con entereza noble, haciendo justicia al mérito del vencedor, aunque descubriendo al mismo tiempo su grandeza de alma. No tanto se acredita la fortaleza de ánimo venciendo, como en saber portarse vencido.



cercanías de Tívoli la dió tierras, en donde vivió según su clase con tranquilidad.

Hizo Aureliano grandes liberalidades al pueblo, y, lo que mas importa, restableció las leyes, y puso en órden todos los ramos de administracion; pero no pudo verificarlo sin grandes contradicciones que degeneraron en alborotos; bien que triunfó su fortaleza. Prohibió el adulterio con muy rigorosas penas, y no permitió concubinas que no fuesen esclavas. Perdonó lo que debian al tesoro público; castigó á los delatores: concedió una amnistía general; mas esta no parece que se estendió á los cristianos, pues los persiguió. En el castigo de los delitos fue tan severo, que le censuran sus mismos panegiristas, y el miedo que inspiraba su inflexibilidad fue causa de su muerte.

Sospechoso de su secretario Mnesteo sobre alguna mala versacion, le amenazó con el castigo; y como en él la pena seguia muy de cerca á la amenaza: este hombre, que sin duda se sentia culpado, resolvió prevenir al emperador, y para esto contrahizo su letra, y formó una lista de los principales oficiales del egército que Aureliano llevaba contra los persas, poniendo en ella su propio nombre. La mostró á los que estaban inscriptos, diciendo: "Que habia caido por casualidad en sus manos la sentencia de muerte contra los que la lista contenia." Creyeron al pérfido, y mientras el egército marchaba, cuando el emperador le seguia con poca escolta, dieron sobre él, y le mataron á la edad de sesenta y tres años, y cinco de reinado. No tardó mucho en descubrirse la traicion, y echaron al malvado á las fieras: los soldados despedazaron á todos los que habian egecutado la atrocidad: y entre el egército y el

senado hubo emulacion sobre los honores fúnebres debidos á este emperador escelente.

Otro género de emulacion se verificó entre dos cuerpos, porque se enviaron mutuamente la eleccion del emperador, dandose recíprocamente esta señal de deferencia hasta tres veces; y no queriendo ceder el uno al otro en atenciones de respeto, se estuvieron ocho meses en una especie de inaccion. No obstante, se iba formando la opinion en favor de Tácito, hombre de buenas costumbres, naturalmente benigno, y amante de las letras, como descendiente del famoso historiador de este nombre. Era grande admirador de la sencillez de los antiguos romanos: y cuando supo que se le inclinaban los votos, se retiró á vivir en el campo, bien que no podia menos de presentarse de tiempo en tiempo en el senado por ser el principal. Un dia, ya determinado por los senadores, quando se levantó á decir su parecer, gritaron todos á una voz: "Tácito, nosotros os saludamos emperador, y ponemos en vuestra mano los cuidados del estado y del mundo: aceptad el imperio que mereceis por vuestro carácter, vuestra clase, y la conducta pasada."

Quiso escusarse el príncipe del senado por su edad de setenta y cinco años, y le respondieron: "Que otros á quienes habian elegido en su vejez, habian gobernado bien." "Lo que necesitamos es un emperador, y no un soldado: su espíritu, y no su cuerpo. Teneis un hermano, valeos de él, pues está en edad de aliviaros." Se dejó Tácito persuadir, y firmó el decreto, que fue recibido con grandes aplausos de los soldados y del pueblo; pero no hubo gozo que igualase al del senado. Ordenaron los padres conscriptos procesiones públicas y hecatom-

bes, convidándose unos á otros, y escribieron á todas las provincias que habian recobrado el derecho de crear emperadores, y el de todos sus antiguos privilegios, por lo que en adelante los vasallos y los reyes debían recurrir á ellos en sus negocios; pero les duró poco tiempo esta agradable ilusion. Murió Tácito á los seis meses, tiempo suficiente para que le echasen menos con sentimiento. Floriano, hermano de Tácito, á quien el senado habia indicado como capaz de aliviar el peso al emperador, quiso tomarle sobre sí: la Europa y Africa le reconocieron, y sin duda el senado tambien; pero los egercitos dispusieron otra cosa.

Habia en el Oriente un hombre á quien Tácito, conociendo su capacidad, confió el gobierno y las fuerzas de aquella parte del imperio. Era excelente capitán, grande estadista, generoso, afable, equitativo, enemigo del vicio, y en una palabra, poseía con la mayor perfeccion las calidades significadas por su nombre Probo, que quiere decir hombre de bien. Era hijo de un jardinero, que despues fue soldado: él tambien lo fue, y pasó por todos los grados de la milicia hasta llegar al imperio en la edad de cuarenta años. Quiso el infeliz Floriano medirse con él; pero sus soldados viéndose en presencia de los de Probo, quitaron la vida al que miraban como incapaz del mando, se pasaron al que tenian por mas digno: y aprobó el senado la eleccion, teniéndola por conveniente en las circunstancias en que se hallaba el imperio, amenazado de próximas invasiones.

Años
de J. C.
276.

Toda su vida se habia egercitado Probo contra los bárbaros, y cuando emperador no frustró las esperanzas que concibieron por las victorias que ha-

bia ganado cuando general. Empezó por los germanos, y debió lisonjear al senado la relacion de su victoria espresada en términos modestos: "Padres conscriptos, les escribia, la Germania, aquel vasto pais, está enteramente sujeta. Nueve reyes de diferentes naciones se han postrado á mis pies, ó por mejor decir, á los vuestros. Todos los bárbaros al presente labran y siembran para vosotros; mas hacen: pelean en vuestro favor. Dad pues gracias á los dioses por tan grande conquista. Cuatrocientos mil enemigos han sido despedazados: diez y seis mil han tomado partido en nuestras tropas: hemos vuelto á ganar sesenta ciudades grandes: ahí os envio las coronas de oro que me han presentado estas ciudades para que las consagreis á los dioses. No solamente hemos recobrado el botin que nos habian tomado los bárbaros, sino que nos hemos enriquecido con sus despojos. Sus ganados trabajan labrando los campos de las Galias: sus ovejas estan en nuestros pastos: sus granos en nuestros almacenes; en una palabra, no les hemos dejado mas que la tierra desnuda." ¡Frutos dignos de las conquistas! ¡La desolacion y la ruina para enriquecer á los ciudadanos ociosos!

Venció Probo á los borgoñones y vándalos, é hizo prisioneros á sus reyes y la flor de su nobleza, pero los trató bien. De las naciones sometidas formaba cuerpos que enviaba á subyugar otros paises. De este modo con los destacamentos de vándalos y borgoñones redujo y mantuvo á los ingleses bajo su dominio. Los godos de la Tracia le pidieron la paz: los bandidos fueron arrojados de la Isauria, y repartidas sus tierras á los veteranos con la condicion de que á la edad de diez y ocho años habian de ir sus

hijos á servir en los egércitos romanos. De la Europa pasó Probo á la Asia: estrechó á los persas hasta pedir la paz como los godos: y llevó la gloria de sus armas á la Etiopia y á los pueblos mas retirados de la Asia, cuya estraña figura admiró á los romanos en el triunfo de Probo.

A pesar de estas hazañas no le faltaron rivales; pero debe advertirse que se los suscitaron las circunstancias mas bien que la ambicion. Saturnino, que era buen general, habia recibido de Aureliano el mando de las fronteras del imperio en el Oriente con prohibicion de ir á Egipto. Unos dicen que era de Mauritania, y otros con mas probabilidad que nació en las Galias. En aquel tiempo pasaban los gaulas por ambiciosos: y los egipcios por instables y propensos á la novedad. Se cree que estas razones ó preocupaciones dictaron la prohibicion de mando que recibió Saturnino. Le entró á este la curiosidad, y al punto le proclamó el pueblo emperador. Huyó á Palestina; pero el temor de ser castigado por una rebelion involuntaria le hizo enarbolar el estandarte de rebelde. Probo, aunque no lo creia, le escribió para reducirle á su obligacion. Sin duda se hubiera rendido Saturnino sino se hubieran opuesto sus soldados, no obstante sus lágrimas y súplicas; por lo que fue necesario enviar tropas contra él. Le vencieron y le redujeron á encerrarse en la ciudadela de Apamea, que tomaron despues por asalto: y pasaron á cuchillo á Saturnino con toda la guarnicion con mucho sentimiento del emperador, que hubiera querido conservarle la vida.

En las Galias, Prócuro, que era bandido y hijo de otro, se hizo proclamar emperador en Colonia á instancias de su muger, tan valiente como

ambiciosa; y aunque sostuvo por algun tiempo la empresa, al fin le vencieron, y se retiró á los francos. Estos le entregaron al emperador, el cual mandó quitarle la vida. Bonoso, español de origen, y nacido en Inglaterra, despues de haber tenido escuela, llegó por todos los grados de la milicia á tener el mando de las riberas del Rin, dejó por desgracia sorprender y quemar las embarcaciones que los romanos mantenian en este rio; y creyendo que solamente la púrpura podia librarle del castigo, la tomó y la defendió por mas tiempo que esperaba Probo; pero reducido á la última estremidad, se quitó la vida. Tenia el talento particular de beber tanto como diez hombres, sin embriagarse y conservándose sereno. Aureliano le habia hecho casarse con Hunila, princesa de la sangre real de los godos, con el fin de que emparentando con los principales de la nacion, pudiese, cuando bebian, penetrar sus secretos. Tenia Hunila mucho espíritu y entendimiento: era hermosa y honrada: por lo cual Probo la trató bien y con honor, señalándola una pension para ella y sus hijos. Un gobernador de Inglaterra, cuyo nombre callan los historiadores, tenia al emperador inquieto sobre su fidelidad: dió parte á un confidente suyo de sus sospechas: este fue allá con pretexto de convertir á su amigo; y habiéndole este recibido bien, le mató á puñaladas por la noche. No se dice si Probo llevó á mal ó aprobó la traicion.

Los gaulas debieron reconocimiento particular á este emperador. Plantó en sus paises las viñas, ó estendió y dejó en libertad su cultivo, que antes les estaba prohibido ó limitado. Empleó en esto á sus soldados, ocupándolos en tiempo de paz en toda especie de trabajos, diciendo: "Pues el público los



Muerte de Probo.

Desearo este digno Príncipe de convertir en beneficio publico la inaccion de la milicia en tiempo de paz, determinó ocuparla en trabajos útiles, que aliviasen el gasto de sostenerla. Al punto se conocieron en todo el Imperio los felices efectos de esta novedad; pero ofendidos de ello los soldadòs le sorprendieron y mataron. Creian sin duda que el soldado debe estar siempre ocioso ó exterminando.

mantiene, razon es que trabajen y peleen por el público." En el poco tiempo que reinó este príncipe edificó ó reparó setenta ciudades; y entre estas se debe contar la de Firmia, en donde habia nacido. Hizo secar las lagunas, y levantar un dique contra las inundaciones á que estaba espuesta. Estos trabajos, que los soldados miraban como útiles para el público mas que para ellos, les disgustaban, y así le acometieron mientras los zelaba. Tuvo tiempo de refugiarse en una pequeña torre, desde la cual solia estar mirando la obra, y allí le atacaron furiosos, siendo solo él en su defensa; por lo que la tomaron por asalto, y le quitaron la vida á los seis años y medio de reinado, y unos cincuenta de edad. La muerte de este príncipe fue muy sentida aun de los bárbaros; porque si temian su valor, veneraban su probidad, clemencia y justicia. Escribieron sobre su sepulcro este epitafio: *Aquí yace el emperador Probo, cuya vida y costumbres correspondieron á su nombre.*

Le sucedió Caro, su capitan de guardias, y le reconoció el senado. Se ignora su nacimiento; pero él decia ser romano, y ya tocaba en la vejez, pues tenia dos hijos de bastante edad, como que eran ya de un carácter declarado y conocido. El uno, llamado Carino, era áspero y cruel; el otro, cuyo nombre era Numeriano, fue humano y benigno. A los dos asoció Caro al imperio; pero al primero, que le habia ayudado á ganar una insigne victoria contra los sármatas, le envió al Danubio á continuar sus hazañas. Marchó con el segundo contra los persas; le asaltó una enfermedad, y uno de sus secretarios cuenta así su muerte: "Mientras nuestro príncipe amado estaba enfermo en su tienda, sobrevino una

Años
de J. C.
282.

furiosa tempestad , con la que de repente se convirtió el dia en noche. Resonaban los truenos de un modo espantoso ; y dando uno mas terrible que los otros , se oyó decir á gritos: *el emperador es muerto.* Poco despues los gefes de su casa , en la desesperacion que su muerte les causaba , pusieron fuego á su tienda." Advierte el secretario , que viendo el incendio creyeron unos que habia muerto de rayo , y otros que le habian asesinado. El certifica que murió de enfermedad.

Pero la suerte de Numeriano , reconocido emperador inmediatamente , hace sospechar que rindió la vida acometido de traidores en su misma habitacion y entre sus criados , así como su hijo halló en su propia familia el asesino. Sintió este hijo tanto la muerte de su padre , y derramó tan copiosas lágrimas , que se le debilitaron los ojos hasta no poder sufrir el resplandor de la luz. Su suegro , llamado Aper , que quiere decir *jabalí* , tuvo por favorable la ocasion para ocupar la plaza de su yerno , y le asesinó. Pero lo ejecutó como malvado indiscreto ; porque hizo llevar el cadáver por tres dias en una litera sin saber que resolver. El mal olor descubrió su delito ; y sabiéndolo los soldados , nombraron á Diocleciano , que tambien era capitán de la guardia de Numeriano. Debe advertirse y observarse que Caro y Diocleciano , ambos capitanes de las guardias , fueron colocados en el trono del emperador á quien no habian defendido.

Hizo Diocleciano que compareciese en su presencia el traidor Aper. Una druida de las Galias habia pronosticado á Diocleciano que sería emperador si mataba un jabalí. En consecuencia mataba cuantos podia siempre que iba á caza ; y no

realizandose la prediccion de la druida, decia: "Yo mato las fieras, y los otros se aprovechan;" pero en aquellas circunstancias, despues de haber dado en rostro á Aper con el asesinato de su príncipe y su yerno, bajó de su tribunal, le traspasó el pecho con la espada, y exclamó: "Ya por último he muerto al jabalí fatal." Carino, que pudiera inquietarle, y aun habia ganado contra él una victoria en las riberas del Danubio, murió á manos de un tribuno á cuya muger habia violentado. Solamente un año y cuatro meses habia reinado Caro, y casi otro tanto tiempo se pasó antes que Diocleciano se viese libre de Carino.

Aquí ofrece la historia el extraordinario espectáculo de dos amigos en el trono, y dos emperadores que toman cada uno un César, y Césares que llegan á ser emperadores, y toman otros dos. En esta confusion de potestades se ven los historiadores bien apurados para seguir el hilo de la narracion de los sucesos, y los pueblos no sabian á cual de los potentados debian obedecer. Diocleciano era hijo de una esclava natural de Dalmacia, y él fue tambien esclavo de un senador que le dió libertad, y llegó despues al trono por la escala de los grados militares. Entendia muy bien los negocios civiles: preveia los sucesos, y sabia disponer sus proyectos, y ser dueño de sí mismo, aunque era naturalmente inclinado á partir con violencia. Aborrecia los gastos inútiles: se le vió proteger las ciencias, cosa que admira en un hombre que no habia tenido educacion alguna sino la de las campañas, y solo se habia aplicado á la guerra; pero la entendia tan bien como los mejores capitanes de la antigüedad.

A poco tiempo de haber subido al trono eligió

por compañero á su amigo Maximiano, que á escepcion de no haber sido esclavo, no era mas esclarecido en el nacimiento. Su patria fue Serinio, lugar pequeño de la Panonia: desde luego tomó el partido de las armas: se señaló en muchas expediciones, y pasaba por uno de los grandes generales de su tiempo. Le pintan hombre cruel y malo; pero al mismo tiempo confiesan su valor, su talento guerrero, y su afecto inviolable á Diocleciano. Este no tuvo mas que una hija llamada Valeria, y Maximiano un hijo y una hija de su muger Eutropia, natural de Siria, que fueron Magendio y Fausta. Llevaba ya Eutropia á Teodora de otro esposo. Se cree que los dos emperadores repartieron entre sí tácitamente el imperio; que Diocleciano se reservó las provincias orientales, y dió el Occidente á Maximiano,

Este era el papel mas difícil; pero Maximiano le desempeñó gloriosamente, porque derrotó á dos generales que se habian hecho declarar emperadores en las Galias, y obligó á los germanos á volverse á sus límites; mas se vió precisado á dejar desplegar la bandera imperial en Inglaterra á Carausio, el cual formó una marina que sostuvo su poder. Entre tanto no estaba Diocleciano ocioso: sujetaba á los sármatas, y reunia bajo su cetro á los de Dacia y otros pueblos vecinos. Despues de estas hazañas se juntaron los dos emperadores en Milan; y tenida esta conferencia, parece por lo que pasó, que trataron del estado crítico del imperio, amenazado por todas partes, y que previendo la dificultad de resistir á los asaltos que se preparaban, resolvieron escoger cada uno quien le ayudase con el nombre de César. Diocleciano eligió á Galeriano, de familia obscura como la suya, y Maximiano á Constancio Clo-

ro, que por los Claudianos estaba enlazado con las mejores casas de Roma. Los dos Césares repudiaron las mugeres que tenían: casó Valeriano con Valeria, hija de Diocleciano, y Constancio con Teodora, hijastra de Maximiano.

Esta multiplicacion de dueños del imperio fue para este mucha carga, pues antes tenían que mantener una sola corte, y fue preciso sostener cuatro, por lo que los impuestos se aumentaron á proporcion, y aun mas de lo que pedia la necesidad. Quanto mas costaba cobrarlos, creció mas el número de los oficiales encargados de exigirlos: sobrecarga que hace al impuesto mas pesado. La misma Italia, tratada hasta entonces con atencion, se vió señalada con los golpes del fisco, y gimió como las demas provincias bajo la vara de los exactores. No eligió Diocleciano ventajosamente cuando tomó á Galeriano por César, porque elevado á esta dignidad desde la ocupacion de vaquero, por medio de los grados militares, se resentian en él muchas cosas de su primer estado, pues era rústico, grosero, y enemigo de los hombres de letras. En sus propias acciones y en su porte se advertian ciertas señales siniestras mas propias para inspirar terror y aversion que estimacion y amistad. Todas las prendas contrarias tenia Constancio, pues juntaba la habilidad en las armas, igual á la de su cólega, sino era superior. De esto dió pruebas en las Galias, en donde ganó muchas victorias, y sobre todo en Inglaterra, en donde venció á Aleto, que asesinando á Carausio habia usurpado el imperio de este. No se condujo Constancio de modo que se conciliase el afecto de los ingleses: entre las ciudades de las Galias manifestó particular afecto á la de Autun, y la adornó con acueduc-

tos, baños y otros edificios. Todo esto se hacia, ya en compañía de Maximiano y ya separadamente, mientras el emperador por su parte alejaba de las fronteras á otras naciones, ó hacia conquistas.

Diocleciano y Galeriano se repartian tambien en el Oriente las operaciones militares. Ocupado el emperador en subyugar á los moros en Africa, envió al César contra Narses, rey de Persia, que hacia una irrupcion en Mesopotamia. Arriesgó Galeriano una accion con muy pocas tropas, y fue vencido: volvió apresurado á Diocleciano buscando consuelo y socorro; pero quedó tan admirado como ofendido al verse recibido con el mayor desprecio: pues este príncipe, que estaba tomando el fresco en los campos cuando llegó el César, permitió que revestido de la ropa de púrpura anduviese á pie mucho camino al lado de su carro, sin dignarse de ofrecerle asiento. En vez de desalentarle esta afrenta, le inspiró un deseo ardiente de borrar la mancha de su derrota, y lo consiguió mas de lo que se podia esperar, pues con un cuerpo de veinte y cinco mil hombres venció completamente á un egército considerable matando mas de veinte mil: sacó un botín inmenso con innumerable cantidad de prisioneros, entre los cuales estaban las mugeres del rey, sus hermanas, sus hijos é hijas, y muchas personas de la mayor distincion, y se tuvo Narses por dichoso en rescatarlos cediendo muchas provincias.

Cuanto la derrota habia humillado á Galeriano, tanto le ensoberbeció su victoria, pues le hizo tomar en el gobierno una autoridad, que la debilidad de Diocleciano dejó llegar al último punto. Por hallarse este príncipe en edad avanzada, llevaba con mucho trabajo el peso del imperio: las desgra-

cias generales le fatigaban : los sucesos particulares no solo interrumpian su tranquilidad , sino que le turbaban el espíritu : y cierta enfermedad habia empezado á causarle algun desórden en el juicio ; en términos que muchas veces temblaba , imaginando que veia caer rayos del cielo. Atribuia á los cristianos aquellos sustos , y á la venganza de Dios por la persecucion que de él sufrían ; pero otros creyeron que Galeriano irritaba su mal : y se sospechaba de este que por dos veces puso fuego al palacio de Nicomedia , en donde habitaba el emperador , con el fin de trastornar del todo su juicio que ya estaba conmovido. A la enfermedad del espíritu se juntó la del cuerpo , la cual fue tan terrible que le tuvieron por difunto , y cuando volvió á presentarse en público , le halló el pueblo tan mudado que apenas le conocia. En este estado le aconsejó el César que dejase el imperio ; no se sabe si fue simple proposicion , súplicas ó amenazas : pero parece que la dimision fue voluntaria , pues Maximiano , en quien no concurrían las mismas razones de edad ni de flaqueza , se determinó á lo mismo. Algunos historiadores aseguran que ya los dos emperadores se habian comprometido en renunciar juntos el imperio.

Cumplieron su palabra , porque en el mismo dia dejó Diocleciano la púrpura en Nicomedia , y Maximiano en Milan. Los dos Césares , Galeriano y Constantio , viendose emperadores , tuvieron cada uno un César segun se habian convenido. Diocleciano los nombró , pero despues de la eleccion imperiosa de Galeriano , el cual desechó á Magencio , hijo de Maximiano , y á Constantino , hijo de Constantio : fue preciso nombrar á Maximino , hijo de su hermana , y á Severo , sacrificado á su voluntad,

pero que por ningun lado tenia conexion con las dos casas imperiales. Despues de su abdicacion se retiró Diocleciano á Dalmacia, su pais natural, eligiendo su habitacion en Salona, en la que edificó un magnífico palacio.

Tranquilo en aquel retiro lograba el delicioso placer de gozar de los presentes de la naturaleza, y se le oyó decir muchas veces: *Ahora sí que vivo, ahora sí que veo la hermosura del sol.* Se divertia en cultivar un pequeño jardin; y queriendo empeñarle en tomar de nuevo la autoridad imperial en tiempos turbulentos, respondió á los que esto solicitaban: "Quisiera yo que vinieseis á Salona, y aquí os mostraria las berzas que he plantado por mi mano: estoy muy seguro de que al verlas no me hablariais mas de imperio." Para creer que un hombre de estos sentimientos muriese de pena por haber trocado el cetro con la azada, ó tomase veneno de pesadumbre, era preciso tener una certeza muy superior á toda duda; pero en este punto no tenemos mas que la opinion de los que creen que el amor de las grandezas es un mal incurable. Tenia Diocleciano ochenta años, y para morir de esta edad no se necesita de pesadumbre ni de veneno. Los príncipes que reinaron despues de él le honraron en su retiro como á su comun padre, á quien debian la dignidad. Reinó veinte años y algunos meses, y á pesar de sus guerras hizo muchas cosas útiles, y manejaba con prudencia los caudales del público. Por su gusto en la arquitectura fue inclinado á hermohear muchas ciudades: casi todos sus edificios llevaron el sello de la inmortalidad, y la poderosa mano del tiempo no ha podido borrarle en sus ruinas, las cuales todavía encantan á los ojos y á la imaginacion.

Hasta aquí el imperio romano, que al principio fue reino, después república con sus cónsules y sus tribunos por antagonistas, en el que contrabalanceaban el pueblo y el senado con su dictadura, potencia regulatriz, sus grandes hombres, su entusiasmo de gloria y fama, su culto que hacia parte del gobierno, el respeto de los pueblos, la pompa de las ceremonias en sus fiestas y sacrificios, fue como una máquina que dandola una vez el movimiento se conserva con arreglo, auxiliada de los lenitivos empleados para suavizar la dureza del choque y frotacion. Por entonces agradaba contemplar el juego de los resortes que mantenian el equilibrio, quiero decir, aquellos hombres extraordinarios, Fabios, Metelos, Paulos Emilios, Gracos y otros, que con el contraste de pasiones y virtudes, eran el móvil de grandes sucesos.

A esta magestuosa organizacion sucedió el desorden introducido por la ambicion dominante de Mario, Sila y Pompeyo para la destruccion casi total de César, primer emperador. No obstante, este y sus sucesores conservaron el aparato de la administracion republicana en el senado y las magistraturas; pero á la sombra de aquellas formalidades se hicieron dueños absolutos, y la voluntad de uno solo arreglaba, gobernaba y ordenaba, quedando reducido todo el aparato de fórmulas á solo un nombre vano. Desde este punto ya la historia del imperio no es mas que la de la corte de los príncipes y la de las intrigas de sus cortesanos, mezcladas de guerras civiles y estrangeras, que le dan todavía cierto aire de apariencia.

Se dividió el imperio entre los dos emperadores y los dos Césares. Tuvo Galeriano la Iliria, Pa-

nonia, Tracia, Macedonia, Grecia, el Asia menor, la Siria, Judea, y todas las demas provincias del Oriente, de las que cedió á Maximino la Siria y el Egipto. Constancio tuvo la Galia, Italia, Africa, España y la Bretaña, pero separó para Severo la Italia y la Africa. Maximino, hijo de la hermana de Galeriano, era un jóven toscó, criado por una madre grosera, como su tio, cuidando los rebaños, y cuyo áspero carácter no desmentia su origen. Severo, cuyo nacimiento no se conoce, era de edad madura, siempre habia profesado en la tropa un sincero afecto á Galeriano, y pasaba por su amigo, pero uno de aquellos amigos condescendientes, que solo ven con los ojos del que los domina; y así le habia elegido Galeriano, porque esperaba de él una sumision igual á la de su sobrino Maximino. Nada le faltaba á este emperador para ser dueño absoluto del imperio sino gobernar á Constancio; pero si no se lisonjaba de esto, esperaba de la poca salud de este príncipe que presto se veria desembarazado de aquel cólega. Por otra parte siempre tuvo consigo á Constantino, hijo de Constancio, como una especie de prenda, si no de la sumision, á lo menos de la condescendencia del padre.

A la verdad Constancio era un cólega molesto para un emperador que mas queria ser temido que amado, cuando él deseaba por el contrario mas bien dominar á sus vasallos por amor que por miedo: por el rasgo siguiente se verá que acertaba en esto. Instruido Diocleciano de que Constancio cuidaba poco de llenar el tesoro público, envió á quien le reprendiese de su negligencia. Suplicó el César á las personas encargadas de la reconvenccion que descansasen algunos dias, y en estos advirtió á los mas ricos

de las provincias que necesitaba dinero, y que en ellos estaba aprovecharse de la ocasion de manifestar que amaban á su príncipe. Este simple mensaje produjo el efecto increíble de que una infinidad de ciudadanos llevaron á porfia su oro y su plata, de suerte que en poco tiempo se llenó el tesoro. Entonces dijo Constancio á los diputados: "Que fuesen á visitar los caudales;" y entre tanto que examinaban aquellos montones con admiracion, les dijo el príncipe: "Mucho tiempo ha me pertenecía eso que veis, pero lo he dejado en depósito en manos de mi pueblo." Despues volvió aquellas riquezas á los mismos depositarios, seguro de que las hallaria siempre que las necesitase, porque "el amor de los vasallos, decia, es el tesoro mas rico é indefectible del príncipe."

Si no fue cristiano, estaba tan distante de perseguirlos, que los estimaba. Mientras sus cólegas los perseguian, hizo declarar á los cristianos oficiales de su casa, y á los gobernadores de provincia, que escogiesen, ó renunciar á su religion ó á sus empleos. Los que prefirieron su religion fueron tratados con distincion por Constancio, y les dió la guardia de su persona y la administracion de sus negocios: á los otros los reprendió, y les quitó su confianza. "Cualquiera, dijo, que sea traidor á su Dios, no hará escrúpulo de serlo á su príncipe", con lo que su palacio se llenó de cristianos. Su misma muger, la célebre Elena, era cristiana, y no se puede dudar que inspirase desde luego á su hijo Constantino sus principios, que depositados en un corazon recto, crecieron y fructificaron despues.

Vió Galeriano con envidia las primeras muestras que daba el jóven Constantino: no hubo prin-

cipe que prometiese mas. Su aire noble y talla magestuosa, juntas con la conducta irrepreensible, carácter dulce, generoso y afable con todo el mundo, le ganaban el afecto del pueblo y de los soldados en tanto grado, que cuantos le conocian deseaban verle algun dia emperador. Por los peligros á que le espuso Galeriano sin reparo, se conjetura que quisiera deshacerse de él, y mas cuando con pretesto de afecto le retenia, sin permitirle que fuese con su padre. No obstante, á instancias del hijo le dejó ir de Nicomedia, en donde estaban juntos, á las Galias, en donde se hallaba su padre; pero al mismo tiempo despachó un correo á Severo con órden de detener al jóven príncipe en su paso por la Italia. Constantino le previno, y saliendo veinte y cuatro horas antes que lo que el emperador habia dispuesto, mató ó dejó inservibles todos los caballos de las postas. Galeriano cuando supo que se le habia huido, lloró de rabia, y envió inútilmente á perseguirle. Llegó Constantino sano y salvo á ver á su padre, y unos dicen que le halló moribundo, otros que le ayudó y se distinguió en la guerra de Inglaterra. De todos modos, al punto que murió este príncipe, que no tardó mucho, eligieron los soldados á Constantino por emperador. Se casó con Fausta, hija del emperador Maximino, pero de otro matrimonio que Magencio, á quien Galeriano habia hecho que Diocleciano negase el título de César, dándosele á Severo y Maximino.

Años
de J. C.
300.

Cuando Magencio supo en Roma la elevacion de Constantino al imperio, se creyó con derecho para apoderarse de la púrpura por ser hijo de Maximiano y yerno de Galeriano. Las guardias pretorianas, ganadas con sus promesas, le proclamaron empe-

rador. El senado y el pueblo le reconocieron; pero esto fue mas por odio á Galeriano, que entreteniéndose con las delicias del Asia no se dignaba de hacerles el honor de visitarlos, que por inclinacion á Magencio. Este era orgulloso, feo, cruel, esclavo de todos los vicios, y aborrecido no solo de los amigos de su padre, sino de su padre mismo. ¡ Pero qué no puede la ambicion! A pesar del odio á un hijo tan aborrecible, y aun pudiendo creer que, segun la opinion bien general, le habian supuesto este hijo, el viejo Maximiano cansado de su soledad, volvió á Roma á acompañarle en el trono. Severo tuvo orden de Galeriano para oponerse á la que él llamaba rebelion. Maximiano y Magencio salieron al encuentro: ganaron la victoria, hicieron prisionero á Severo, y le concedieron por gracia que se hiciese abrir las venas.

Llegó Galeriano tarde á socorrerle, y aun estuvo á riesgo de experimentar la misma desgracia, porque los dos emperadores ganaron parte de los soldados. Fue ventura poder salvarse con el resto en su departamento; y entre tanto que solo debian pensar en perseguirle, se desavinieron entre sí padre é hijo: tentó Maximiano medios para destronar á Magencio; y no consiguiendolo, fue á verse con su yerno Constantino, y despues con Galeriano para escitarlos contra su hijo. Viendo que eran inútiles sus tentativas, se quedó con Constantino, resuelto, segun decia, á volver á su vida tranquila, sin mezclarse mas en los negocios; pero bajo esta renuncia aparente ocultaba el pérfido muy negros designios.

Estaba Constantino en guerra con los francos, y en guerra tan cruel que tiraban á perder-

se. Mataban á los soldados prisioneros; á los generales y aun á los reyes los echaban á las fieras. Estando para verse acometido de nuevo por el lado de Arlés, aconsejó al emperador el suegro que fuese delante de los enemigos á alguna distancia, y aun él se ofreció á acompañarle. Cuando le pareció que ya le tenia tan adelantado, que no podia temer que volviese pronto, regresó él á Arlés, y tomó por tercera vez la púrpura: se apoderó del palacio y del tesoro, y distribuyó una buena suma entre los soldados. El yerno lo supo á tiempo: retrocedió por el mismo camino, y no tardó en reducir al viejo á huirse: tuvo este que encerrarse en Marsella con una débil guarnicion que se dejó sorprender. Constantino le hizo gracia de la vida, y aun le dió una libertad de que abusó. Determinado á subir al trono á toda costa, se dirigió á Fausta su hija; y á fuerza de amenazas, la empeñó en que aquella noche dejase abierto el cuarto de su marido; pero aunque ella lo ofreció, dió cuenta á su esposo, el cual hizo poner en su lecho en su lugar un eunuco. Entró Maximino, descargó el golpe en el eunuco, y exclamó: *Constantino es muerto, yo soy el emperador*. Al punto se presentó Constantino con numerosa guardia: hizo prender al traidor suegro, y le dejó elegir el género de muerte: él escogió ser ahorcado.

Despues de la muerte de Severo, conociendo Galeriano que le iba faltando la salud, y necesitaba de quien le ayudase, dió la púrpura á Licinio, que no tenia otra cualidad estimable sino la de ser bueno para la guerra; pues era por otra parte cruel, altivo, desarreglado, ignorante, y tan enemigo de las letras, que decia eran la perdicion de los esta-

dos. Maximino el César, á vista de esta promocion, se hizo declarar emperador en la Siria y el Egipto, á cuya usurpacion cerró los ojos Galeriano, tal vez por no poder impedirla. Otro pretendiente, llamado Alejandro, natural de Frigia y de bajo nacimiento, tomó la púrpura en Africa, y se revistió de ella en Cartago. No vió Galeriano las consecuencias de estas empresas, porque murió; y fue su enfermedad acompañada de inesplicables tormentos, cuya relacion sola estremecé. Los historiadores nos la presentan como un castigo del cielo por su cruel persecucion contra los cristianos. No bien cerró los ojos cuando Maximino y Licinio pelearon por lo que dejaba; pero al fin repartieron los despojos entre sí. Magencio se quedó en posesion de la Italia y del resto del departamento arrancado á Severo, en el que estaba el Africa usurpada por Alejandro. Magencio llevó á ella sus armas: venció á Alejandro, le hizo ahorcar, quitó la vida á cuantos ricos pudo haber á las manos, y confiscó sus bienes con el pretexto de que habian dado auxilio al usurpador. Llegó su furor hasta reducir á cenizas la ciudad de Cartago, que habia vuelto á ser una de las mas bellas y más florecientes del mundo.

Ufano con la victoria Magencio, pensaba no tener igual, y decia abiertamente que sus cólegas no eran mas que tenientes suyos, colocados en las fronteras para defenderlas contra los bárbaros, y amovibles á su voluntad. Sabiendo Constantino que hacia preparativos de guerra, creyó que le debia hacer presentes los inconvenientes de una guerra civil, y los males que como consecuencias necesarias caerian sobre los pueblos; pero Magencio no era hombre que se movia por estas consideraciones. Nos

le pintan los historiadores como un tirano manchado con todos los vicios. Gemia Roma debajo de su cetro de hierro ; porque no contento con sus vejaciones , abandonaba á sus soldados la honra , la vida y los demas bienes de sus vasallos. No perdonaba su avaricia á los principales miembros del senado , ni su lascivia á las señoras mas ilustres. Una de estas se quitó la vida viendose sacrificada á sus deseos impuros. Era muger del gobernador de Roma , y profesaba la religion cristiana.

Examinando á la luz de la historia el nacimiento y progresos de esta religion , es imposible dejar de pasmarse. Nació en un rincon del universo , y en un pueblo envilecido , ó por mejor decir, entre las ruinas de una nacion cautiva y dispersada. Su fundador fue un hombre de nacimiento tan obscuro que apenas era conocido en su mismo pais: su predicacion solo duró tres años : murió en una cruz con la pena infame de los esclavos ; y los que dejó por predicadores de su doctrina y sus dogmas fueron doce hombres de familia tan humilde como la suya , ignorantes , rústicos , y entregados por la necesidad á los penosos oficios de la clase indigente.

Sus dogmas en nada eran mas claros , ni al entendimiento desamparado de la fe le satisfacian mas que los de las religiones establecidas hasta entonces , porque estan como los de ellas envueltos en misterios. Lo que proponia contradecia á las opiniones en aquel tiempo recibidas , y su doctrina combate á los mas agradables intereses : pues manda renunciar á los gustos , y resistir á las pasiones lisonjeras , como la ambicion , deseo de fama y de riquezas : quiere que se desconfe de lo que agrada, que no conserve el corazon apego á los bienes de

esta vida, y que solo se piense en lo que promete en la otra.

Es tan puro y severo en su moral, que no solamente prohibe los vicios odiosos á los paganos, como el robo y la crueldad, sino tambien los que ellos canonizaban, como la lascivia aun despojada de los escesos, el orgullo, el fausto y la venganza, sustituyendo en su lugar el perdon de las injurias, el amor á los enemigos, la modestia, la humildad, la afabilidad, la mansedumbre, y todas las virtudes despreciadas por el egeemplo de los dioses que los paganos adoraban. Sus discípulos tuvieron que condenar el interes de los sacerdotes de los templos elegidos entre los primeros de las naciones, y el afecto de los pueblos á ceremonias pomposas practicadas en magníficos templos, á las cuales los cristianos sustituian un culto retirado, y lleno de temor humilde. Ultrajados con el desprecio, perseguidos con el odio, no por eso estendieron menos su religion en medio de aquellos mismos pueblos que no hallaban en ella interes, y entre los grandes á quienes contradecia, y la introdujeron hasta en los palacios de los emperadores, pasmados estos de verse investidos de cristianos á pesar de sus crueles edictos. El silencio de algunos de estos príncipes causó diversos intervalos de tranquilidad, en los que la religion de un crucificado, que condenaba los placeres, predicada por doce Apóstoles sin ciencia, y en los siglos mas ilustrados, se aumentó hasta triunfar de las religiones y cultos que reconocian por sus gefes á héroes y reyes deificados ó inmortalizados por sus brillantes acciones. Si esta conversion casi general no se debe á la certidumbre de los milagros, que por entonces no se podia menos de confesarlos,

ella misma es el mas pasmoso de todos los milagros.

Se dice que dudoso Constantino entre el culto de los dioses y la religion cristiana, se determinó por esta con una vision que él mismo contó. En una nube luminosa se le apareció una cruz, y debajo de ella estaban escritas estas palabras: *Por esta señal vencerás.* Y la llamaron el *Lábaro*, nombre cuyo origen se ignora; pero la hizo pintar el emperador en las banderas de las tropas que llevaba contra Magencio. Eran estas menos numerosas y agueridas que las de su cuñado, y ganaron no obstante una victoria completa casi al pie de los muros de Roma. Habia hecho el tirano disponer sobre el Tíber un puente que debia abrirse al pasarle Constantino, para que de este modo quedase sumergido con todo su ejército; pero él dió en su mismo lazo, cuando en la derrota pretendió asustado salvarse, pues abriéndose el puente con el peso de los fugitivos, cayó en el rio y se ahogó.

Solamente señaló Constantino el poder que le daba esta victoria despidiendo las guardias pretorianas, á las cuales redujo al estado de simples soldados; y destruyó su campo, que tantas veces habia sido el centro de las rebeliones y desórdenes. Nada innovó en el gobierno, magistraturas ni empleos, dejando en ellos á cuantos le reconocieron; pero quitó las leyes que eran inútiles y contrarias á la justicia, como las que favorecian á los delatores, á quienes castigó, y las que se publicaron contra los cristianos. Prohibió que á ninguno se diese el suplicio de cruz, como indecoroso á la religion cristiana, la cual profesó abiertamente precediendo la instruccion en ella: la dió privilegios, edificó iglesias, se señaló en la veneracion á los obispos, desfiriendo en



Vision de Constantino.

Vacilando entre la Religion christiana y la idolatria, llegó á determinarse con la vision de una cruz milagrosa. La seguridad con que por su medio le prometia el cielo la victoria contra el ambicioso Maxencio, le llenó de valor; y haciendola pintar en sus banderas, logró derrotarle, aunque con menos tropas y menos aguerridas. Confió en el Dios verdadero y al punto se vió premiada su confianza.



todo á sus consejos, y los hizo depositarios de las cantidades destinadas á los pobres, principalmente cristianos. Dió bienes á los ministros de la religion, para que pudiesen cumplir con sus funciones y egercicios, sin distraerse por otras ocupaciones.

El favor que el emperador concedia al clero llamó tal vez á este estado mas personas de las que convenia, respecto que le pareció preciso hacer un edicto en que prohibió que se admitiese á personas, propias por su riqueza y talento para obtener los grandes empleos; bien que llegando á conocer que esta ordenanza podia envilecer á la Iglesia privándola de sugetos capaces de ilustrarla, la retractó. Prohibió y quitó los arúspices, y los conventículos de los paganos en las casas particulares, dejándoles el egercicio libre de su religion públicamente. Sin duda habia alguna vergüenza en no ser de la religion del príncipe, y por esta vergüenza temian ser notados cuando practicaban otra. Por respeto á la virginidad recomendada en la religion cristiana revocó Constantino la ley Papia, que cargaba de impuestos á los celibatarios. Le merecieron sus cuidados los prisioneros, pues proveyó que fuesen tratados con humanidad. Estableció fondos para el sustento de los hijos, de padres y madres pobres, que fuesen á declarar que no podian criarlos: ordenó que en los domingos se dejase todo trabajo.

Mientras Constantino hacia florecer la religion cristiana, la proscribia Licinio, y Maximino la perseguia. Este último quiso obligar á los armenios á volver al paganismo que habian abjurado, y esta es la primera guerra que tuvo á la religion cristiana por objeto. Estos dos emperadores, aunque acordes en su ceguedad, llegaron por otros motivos á las manos.

Maximino fue vencido, y quiso abreviarse la vida con veneno; mas no siendo de bastante fuerza el que tomó, le duró la vida entre dolores horribles hasta que espiró. Licinio halló en los estados del difunto á Valeria, hija de Diocleciano y viuda de Galeriano, á Candidiano, su hijo adoptivo, á Prisca, madre de Valeria, á Severiano, hijo de Severo, y á todos los quitó la vida. Contando á Maximiano y Maximino, se nota que todos los últimos perseguidores de la religion cristiana murieron de muerte violenta.

No se libertó de esta Licinio. Le habia dado Constantino por esposa á su hermana Constancia, antes de la guerra contra Magencio, y en reconocimiento de esta alianza habia adoptado las leyes de Constantino en favor de los cristianos; pero las observó mal. Esta infraccion, y otros motivos de desavenencia entre ellos, la creacion de un César que hizo Licinio en Valente, armó á los dos cuñados. Algunas acciones poco decisivas produjeron un tratado de paz, en el que se estipuló una nueva division entre los dos, y la destitucion del César Valente, en cuyo lugar crearon tres los emperadores, á Crispo, á Constantino hijo menor del emperador de este nombre, y á Liciniano hijo de Licinio. No duró mucho su buena correspondencia, aunque no se sabe quien fue el que empezó la nueva guerra, bien que Licinio la dió la apariencia de desafio entre las dos religiones. Antes de la batalla se retiró este á un vecino bosque para sacrificar á sus dioses, y volviendo á su egército le dijo: "Si nosotros somos vencidos, será preciso que despreciemos las divinidades que adoramos, y que adoremos un Dios que hasta ahora ha sido el objeto de vuestro des-

precio. Pero si los dioses nos conceden la victoria, será necesario hacer eterna guerra á sus enemigos, hasta borrar el nombre de cristianos." La fortuna, si así pudiera llamarse la disposicion de la Divina Providencia, estuvo en favor del cristianismo. Licinio, aunque vencido, fue bien recibido de su cuñado, el cual despues, sin que hasta ahora se sepa la razon, le quitó la vida. Cumplió contra el paganismo la alternativa pronunciada por Licinio, prohibiendo los sacrificios, los adivinos y los oráculos, y haciendo cerrar los templos de los ídolos y restituir á la Iglesia los bienes que la habian usurpado durante las persecuciones, exhortando á todos sus vasallos á abrazar su religion, y escitándolos á esto con privilegios y favores.

Estos brillantes sucesos de Constantino se deslustraron con las desgracias domésticas. No se sabe que altercacion se levantó entre Crispo, hijo de otro primer matrimonio, y Fausta. Esta renovó contra él la acusacion de Fedra contra Hipólito; y Constantino, tan crédulo como Teseo, condenó á su hijo, que bebió el veneno á los veinte y cinco años de su edad. El sepulcro que con él sepultó mil bellas prendas, fue bañado con lágrimas de los soldados, del pueblo, y aun de los cortesanos. Se descubrió la calumnia; y convencida la delincuente madrastra de desórdenes demasiado probados, fue condenada á muerte, y espiró sofocada con el vapor de un baño hirviendo, y sus cómplices acabaron la vida con hierro ó con veneno. Se ha supuesto que el emperador atendió con exceso en esta ocasion á su inclinacion cruel, y condenó muchos inocentes con los culpados. Generalmente no ahorra demasiado la sangre, y buen testigo es la muerte de su

sobrino Licinio, que á los doce años no podía merecer tan triste suerte.

Las razones que determinaron á Constantino para dejar á Roma, y hacerse otra capital, son todavía inciertas. Unos dicen que esto fue una irrupcion de vanagloria, y una idea de hacerse inmortal dando su nombre á monumentos que no perecen, como es una grande ciudad. Otros dicen que estaba cansado, y le molestaban tantos templos, sacrificios, ídolos y todo el aparato del paganismo, porque no podía salir sin ser testigo de las fiestas y ceremonias que le desagradaban. A esto se añade, que el semblante violento que manifestaba cuando tenia que asistir por algun suceso, victoria ú otras obligaciones de su dignidad, disgustó á los romanos, y éstos le dieron á entender su descontento con públicas insultaciones: y que el resentimiento que él recibía le hizo tomar y egecutar la resolucion de abandonarlos. Si este fue el motivo, el daño que resultó á Roma de que la abandonase el emperador, enseña á los príncipes el modo de castigar una multitud insolente, y da una leccion á las capitales y otras grandes ciudades para que no abusen de sus fuerzas.

Eligió Constantino á Bizancio en el Bósforo de Tracia, que tal vez es la disposicion mas feliz del mundo. No perdonó á trabajos ni gastos para poblarla, adornarla, hermosearla y hacerla la habitacion mas cómoda y agradable. Hizo construir en ella un capitolio, un anfiteatro, un gran circo, baños, pórticos, plazas públicas, y sobre todo procuró que desapareciese cuanto podía acordar el paganismo; porque hizo derribar los templos que allí habia, erigiendo en su lugar magníficas iglesias, y

plantando cruces en todos los cruceros de las calles y en las plazas. Su deseo era que no hubiese en la nueva ciudad sino cristianos.

Se descargó de una parte del peso del imperio sobre sus tres hijos, Constantino, Constante y Constancio, creándolos Césares. Les dió por esposas las hijas de sus hermanos; y á sus primos hermanos los casó con sus propias hijas, con el fin de prepararse una posteridad numerosa. Estos príncipes jóvenes rechazaron bajo sus órdenes á los godos, sármatas, francos, y otros bárbaros de las fronteras; pero mucho mas los contenia en sus límites el respeto y temor que el emperador les inspiraba. Estos pensamientos le merecieron que llegasen embajadores de las naciones mas distantes, enviados á presentarle el homenaje de su admiracion.

Uno de los cuidados mas importantes y que mas le embarazaban era la tranquilidad y unidad de la Iglesia desgarrada con muchas heregías. Aquí se debe advertir que todas las que aparecieron en los cuatro ó cinco primeros siglos eran respectivas á la divinidad de Jesucristo. Sobre si era Dios y hombre: si era hombre mas que Dios: sobre si era Dios mas que hombre: sobre si el cuerpo del Señor era verdadero ó fantástico: sobre si la Virgen María era verdadera madre de Dios, ó simplemente madre del hombre. Tambien se dividian en opiniones en punto de la Trinidad, sobre si esta era el conjunto de tres substancias ó de tres formas; sobre si las tres personas eran una sola, ó idénticas, aunque separadas. Las mismas cuestiones movian sobre las voluntades. Del objeto de la controversia, ó de los nombres de sus patriarcas, se llamaron los sectarios arrianos, semi-arrianos, nestorianos,

monotelistas, eutiquianos, antropomorfitas, y con otros nombres semejantes. La opinion de Arrio fue examinada, reinando Constantino, en los concilios con todo el calor de los ingenios orientales, y la sutileza de la dialéctica griega. Salió triunfante la divinidad de Jesucristo del crisol de esta disputa, en la cual se halló el emperador disponiendo el buen orden, y exhortando á la union y á la concordia. Que se perpetuase la existencia de la Iglesia en medio de estos alborotos á la vista de los idólatras envidiosos y poderosos, todavía es otro milagro no menos pasmoso que su establecimiento.

Como no era teólogo Constantino, y tenia en su corte á Eusebio de Nicomedia, que era en el corazon arriano, fácilmente le persuadia este á que tuviese por cosa reprehensible la constancia de los católicos en no admitir por el bien de la paz acomodamientos algunos, de los que proponian los hereges: por lo cual desterró á algunos obispos; pero despues llamó á los desterrados antes de su muerte. Confió sin embargo su testamento á un arriano, y esto dió grande autoridad á los sectarios para con su principal heredero. Llamó á sus hijos que estaban distantes, y ya llegaron tarde. Murió Constantino á los sesenta y cuatro años de su edad, y treinta y uno de reinado.

Tres clases de historiadores han pretendido juzgarle: los arrianos, los católicos y los gentiles. El que atienda á los últimos, verá que le hallaron todo género de vicios, y que fue ambicioso, injusto, exactor, avaro, vejador y cruel. No se puede negar que fue cruel con su misma familia; pero jamás lo fue con los vasallos. Los católicos y los arrianos le sentencian segun las circunstancias en que les fue fa-

vorable ó contrario. La Iglesia Griega le tiene por santo, y el universo por príncipe digno de toda estimacion. Nadie le disputa las prendas de amante de las artes, protector de los sabios, hombre de estado y grande capitán. Repartió el imperio entre cinco: Constantino, el mayor de sus hijos, se llevó las Galias; la España y la Inglaterra: Constancio, que era el segundo, el Oriente, que comprendia el Asia, la Siria y el Egipto: Constante, el mas jóven, la Iliria, la Italia y el Africa. Dió á su sobrino Dalmacio la Tracia, la Macedonia y la Acaya; á Anibaliano, que era otro sobrino, la menor Armenia, con título de reino, el Ponto y la Capadocia, con la ciudad de Cesarea por su capital.

FIN DEL TOMO TERCERO:

T A B L A

DE LAS MATERIAS DEL TOMO TERCERO.

<i>Curcio, Arrojo de Manlio Torcuato.</i>	3
<i>Egemplo terrible de disciplina.</i>	5
<i>Ceremonia para sacrificarse por la patria.</i>	6
<i>Capua.</i>	7
<i>Firmeza de un priverniano.</i>	8
<i>Resentimiento que dió motivo á una mutacion importante.</i>	9
<i>Mugeres envenenadoras.</i>	10
<i>Horcas caudinas,</i>	13
<i>Juramento de sacrificarse por la patria.</i>	15
<i>Legiones y esclavos castigados.</i>	16
<i>Dureza de las leyes contra los deudores.</i>	17
<i>Censura de las costumbres.</i>	id.
<i>Primera guerra púnica.</i>	18
<i>Armada construida en dos meses.</i>	20
<i>Régulo.</i>	22
<i>Divorcio.</i>	28
<i>Medicina y cirugía.</i>	29
<i>Invasion de los gaulas.</i>	id.
<i>Segunda guerra púnica, Anibal.</i>	33
<i>Continencia de Escipion.</i>	47
<i>Caton el Censor.</i>	57
<i>Mala fe de los romanos con los cartagineses.</i>	67
<i>Los Gracos.</i>	80
<i>Rebelion de los esclavos sicilianos.</i>	84
<i>Gladiadores.</i>	97
<i>Mario.</i>	99
<i>Yugurta.</i>	101

	519
<i>Guerra de los esclavos.</i>	108
<i>Guerra de los cimbro y teutones.</i>	111
<i>Guerra de los aliados.</i>	123
<i>Fuga de Mario.</i>	130
<i>Sertorio.</i>	154
<i>Espartaco.</i>	157
<i>César en poder de los piratas.</i>	159
<i>Popularidad de César.</i>	163
<i>Catilina.</i>	164
<i>Clodio.</i>	169
<i>Primer triunvirato.</i>	172
<i>Desgracia de Ciceron.</i>	175
<i>Batalla de Farsalia.</i>	188
<i>Muerte de Pompeyo.</i>	191
<i>Muerte de Caton.</i>	194
<i>Bruto.</i>	200
<i>Muerte de César.</i>	203
<i>Octaviano.</i>	209
<i>Segundo triunvirato.</i>	215
<i>Proscripciones.</i>	218
<i>Muerte de Ciceron y de Quinto su hermano.</i>	223
<i>Muerte de Bruto y Casio.</i>	232
<i>Tiberio.</i>	263
<i>Caligula.</i>	301
<i>Claudio.</i>	311
<i>Neron.</i>	328
<i>Galba.</i>	355
<i>Oton.</i>	361
<i>Vitelio.</i>	370
<i>Vespasiano.</i>	379
<i>Tito.</i>	387
<i>Domiciano.</i>	389
<i>Nerva.</i>	398
<i>Trajano.</i>	401

<i>Adriano.</i>	406
<i>Antonino Pio.</i>	414
<i>Marco Aurelio.</i>	417
<i>Cómodo.</i>	424
<i>Pertinax.</i>	429
<i>Severo.</i>	437
<i>Caracalla.</i>	445
<i>Macrino.</i>	452
<i>Heliogábalo.</i>	455
<i>Alejandro Severo.</i>	458
<i>Los dos Maximinos.</i>	464
<i>Los dos Gordianos.</i>	467
<i>Maximino y Balbino.</i>	468
<i>Gordiano el joven.</i>	471
<i>Filipo.</i>	472
<i>Decio.</i>	473
<i>Galo.</i>	474
<i>Emiliano.</i>	id.
<i>Valeriano.</i>	475
<i>Galieno.</i>	476
<i>Aureliano.</i>	483
<i>Tácito.</i>	488
<i>Floriano.</i>	489
<i>Probo.</i>	id.
<i>Caro.</i>	493
<i>Carino.</i>	id.
<i>Numeriano.</i>	494
<i>Diocleciano.</i>	id.
<i>Maximiano.</i>	496
<i>Galeriano.</i>	501
<i>Constancio.</i>	502
<i>Constantino.</i>	504
<i>Religion cristiana.</i>	508
<i>Constantinopla.</i>	514

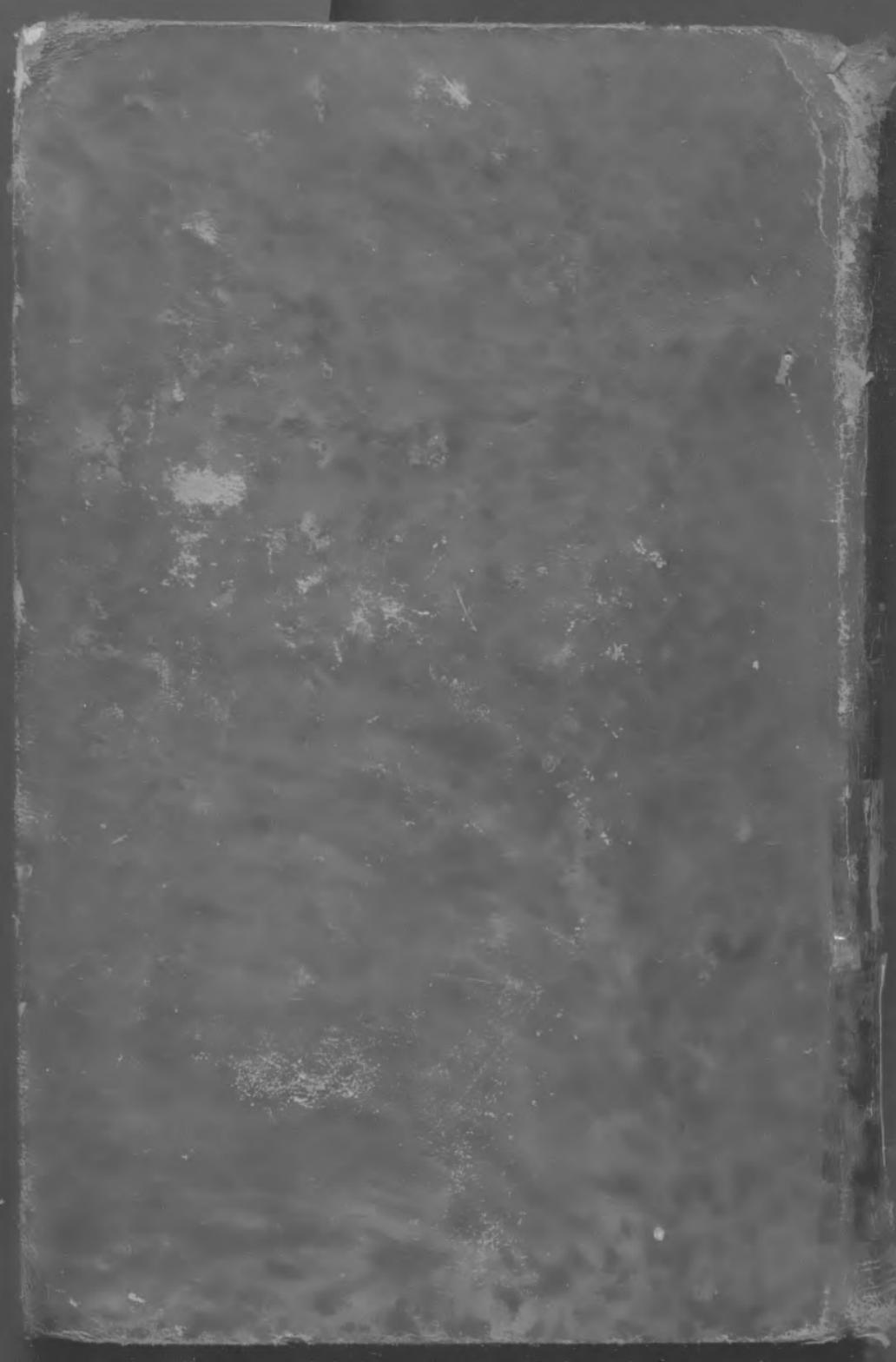












ANQUETIL
HIST. UNIVERSAL.

3

AH 1498